© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© La Vansa

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz

Diseño de portada: Rubén García

Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1386-833-2

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Dedicada a Óscar Arnulfo Romero y a Gary Webb

El caso de los escritores de novela negra asesinados

Un asesino en serie está matando brutalmente a escritores de novela negra en ciudades de tres continentes —Los Ángeles, Budapest, París, Kuala Lumpur…—. El hermano millonario de uno de los fallecidos está disconforme con la labor policial: teme que no se logrará arrestar al asesino. Por ello, contrata al detective Marc Lancaster.

Lancaster, durante sus indagaciones, halla móviles inesperados, buenos y turbadores para asesinar a varias de las víctimas. Por tanto, la investigación está llena de preguntas sin respuesta. Finalmente, él desentraña el móvil, lo que permite a la Policía de Malasia atrapar al peligroso asesino. Esta detención supone el fin del terror y el principio de un gran escándalo.

En la novela aparece una segunda historia: Anika Doric, una muchacha de quince años, encarga a Lancaster localizar a su padre, un exsoldado serbio que violó a su madre durante la guerra de Yugoslavia. Anika le dice que su propósito es ver por primera vez y conocer a este hombre. El detective desconfía de ella, ya que se figura que su intención real, tal vez, sea la venganza. No obstante, asume el caso.

Críticas literarias

Crítica literaria del señor Bernat Garí, profesor de la asignatura Narrativa Policial en Hispanoamérica en la Universidad de Barcelona

La Vansa nos brinda su primera novela, *El caso de los escritores de novela negra asesinados* , que podemos considerar, sin lugar a dudas, un estreno de primera categoría. La Vansa hace gala de un lenguaje escueto y cercano que se traduce en un estilo fresco y trepidante: ni falta ni sobra en su prosa; mesura y circunspección parecen ser el credo del escritor. La novela contiene todos los ingredientes esenciales del género negro, esto es, un enigma aparentemente irresoluble, un detective honesto y carismático, con un poco de la agudeza de Holmes y de los titubeos de Marlowe; y, finalmente, un juicio convulso, en el que el lector participa como imputado y en el que se ponen en discusión los usos, costumbres y valores del Occidente contemporáneo. Marc Lancaster, protagonista del relato, nos conduce vertiginosamente a través de un itinerario que incluye Barcelona, Los Ángeles, Nueva York, París, Budapest y Etiopía, entre otros, en un periplo geográfico e interior y en un aprendizaje que se eleva de lo particular a lo general. La Vansa se inscribe parcialmente, en ese sentido, en el circuito del neopolicial iberoamericano, en donde lo meramente detectivesco se entremezcla deliberadamente con lo sociocrítico. Ningún asiduo de Graham Greene, Agatha Christie o Conan Doyle debería dejar escapar el placer de leer la novela de La Vansa, que renueva los espacios y tópicos recurrentes del policial de corte más clásico.

Bernat Garí

Profesor de la asignatura Narrativa policial en Hispanoamérica en la Universidad de Barcelona

.

Crítica de la revista literaria Universo la Maga

Reseña El caso de los escritores de novela negra asesinados

Marc Lancaster: un detective más allá de la moral

La novela negra es un género que, sin duda, se presta a las más múltiples variaciones, pero suele ocurrir que encontramos escritores de lo más variopinto que, dedicándose al género con toda su disposición, terminan cayendo en los mismos tópicos, archiconocidos y manidos. No ocurre lo mismo, ni de lejos, con la novela de Xavier la Vansa, *El caso de los escritores de novela negra asesinados* . De entrada, estamos ante una historia detectivesca que, sin embargo, se va nutriendo de otros aportes literarios, como la novela social o la novela romántica. Sin dejar de ser una novela negra en toda regla, va más allá, ofreciendo al lector una obra compleja y magistralmente construida, una obra con un bagaje literario y cultural en absoluto desdeñable, cuyos personajes recuerdan a los de autores clásicos ingleses como Shakespeare, Dickens o Hardy, personajes que buscan desesperadamente la felicidad, pero que, al contrario de lo que suele ocurrir en las novelas de estos autores, en la novela de Xavier algunos personajes sí lograrán encontrar la plenitud. De igual manera, la novela que nos ocupa está enlazada a la perfección y su lenguaje es accesible sin dejar de ser culto.

Destacan también la amplitud y profundidad de los personajes, así como los terribles dilemas morales a los que se enfrentan, en especial, su protagonista, el exguardaespaldas y detective Marc Lancaster. Personaje enigmático y al mismo tiempo sincero, el señor Lancaster parece estar más allá del bien y del mal en los puntos álgidos de la novela. Así, La Vansa nos guía hacia una idea presente en toda la novela: un detective ha de poseer una rectitud inquebrantable y es esa rectitud la que le proporcionará respuestas. En concreto, Marc ha de enfrentarse a un caso extremadamente difícil: dar con el asesino de varios escritores de novela negra. Lo que al principio puede parecer sencillo, se vuelve cada vez más complejo,

involucrando a personas relacionadas con la religión o el mundo empresarial. Detectives de todo el mundo (Nueva York, París, Adís Abeba…) se enfrascarán en esclarecer un arduo caso que saltará a la luz y salpicará a los personajes más inimaginables, haciendo reflexionar a los lectores sobre los límites de la bondad y la maldad humanas y sobre la dificultad de definir a ambas.

Al mismo tiempo, nuestro trabajador detective lleva otro caso aparentemente más sencillo, demandado por la joven y tierna Anika, una adolescente que busca a su padre, un padre con una historia oscura que ella está, en apariencia, dispuesta a perdonar. Es así como, justo después de las idas y venidas de Marc Lancaster por el mundo y una vez más o menos esclarecido el caso de los escritores de novela negra asesinados, nuestro protagonista vuelve a Barcelona para centrarse en el caso de la chica, un caso relativamente sencillo de resolver, pero que volverá a plantear un dilema moral incluso más fuerte que el anterior: un dilema que, sin dar muchos detalles (al fin y al cabo, lo importante es adentrarse en las páginas del libro), trasladará a los lectores a lo más profundo del corazón del detective.

Sin embargo, más allá de reconocer la fuerza del amor, el mensaje de *El caso de los escritores de novela negra asesinados* es claro: alertar al mundo occidental de las injusticias y la terrible pobreza del sin duda mal llamado tercer mundo. Es así como esta novela, de estructura circular, acaba volviendo a su trama principal. Dando una vuelta por el mundo, Marc Lancaster conocerá la fragilidad de los derechos humanos, la corrupción realizada en su nombre y la sin duda inevitable esperanza en un mundo mejor. Una novela negra con tintes utópicos, políticos y sociales más que recomendable.

http://www.universolamaga.com/escritores-de-novela-negra/

.

«El amor es una locura muy sensata»
William Shakespeare

«Redundará en mayor provecho de los reyes que sus súbditos tengan muy poco o nada de su propiedad, por cuanto la seguridad de aquellos reside en que su pueblo no se desenfrene ni se enriquezca con tantas riquezas y libertad, porque donde existen estas cosas los hombres no acostumbran a obedecer pacientemente las órdenes duras, injustas e ilegales, mientras que, en cambio, la necesidad y la pobreza apaciguan y someten a los ánimos fuertes y los hacen forzosamente pacientes quitándoles las ganas de atrevimiento y la rebeldía».

Thomas More (Tomás Moro)

1
EN BUSCA DE UN ASESINO DE ASESINOS

Barcelona, primavera del año 2008

Los sonidos de voces alegres y de hojas temblorosas provenientes de las Ramblas, junto con los cantos de pájaros en cornisas y farolas de la plaza Real, llegaban a los soportales de esta célebre plaza como una agradable melodía. En una de las terrazas de los bares ubicados bajo estos, el detective Marc Lancaster ocupaba una mesa. Tenía complexión atlética, estatura media, facciones características de los autóctonos del Pirineo oriental, dos cicatrices en la frente, el cabello castaño y lacio, los ojos verdes y la mirada muy cambiante: a veces fiera, otras, dulce y compasiva o, como ahora, insumisa, típica de los críos con vidas muy duras, enfermos de tristeza y ávidos de felicidad. Esta mirada aparecía a menudo en su rostro cuando se abstraía, ya que un niño deseoso de felicidad, curioso y bueno aún vivía en lo más recóndito de su ser a pesar de sus treinta y dos años y de las vivencias descorazonadoras que había tenido en algunos de sus viajes por los cinco continentes, en su trabajo anterior —escolta antiterrorista—, en su profesión actual —detective privado en casos de personas desaparecidas— y en su infancia.

Estaba concentrado en la lectura del periódico, en concreto, en un artículo de la sección de noticias internacionales. Leía intrigado, algo inusual en él. El artículo trataba sobre una tragedia remota: los cuatro escritores de novela negra asesinados en Estados Unidos en los dos últimos meses. El periodista afirmaba, basándose en las filtraciones de sus fuentes, que la Policía atribuía la autoría de las muertes a un asesino en serie.

Marc Lancaster se preguntó extrañado por quinta vez por qué un empresario estadounidense había manifestado interés en contratarlo para hallar al homicida del artículo —había recibido su llamada telefónica

anteayer—. Y también se preguntaba qué consejero le había dado referencias buenas de él y había ensalzado su valía. Ni siquiera lo intuía, pues no tenía amigos, detectives conocidos ni contactos en Estados Unidos. Levantó despacio la vista del diario pensando en cómo sería este asesino en serie, y se dijo: «No tiene un móvil corriente, comprensible. ¿Actúa por el afán de sesgar vidas o para hacerse famoso? En cualquier caso, los de Homicidios han visto los crímenes de un monstruo». Con aire de preocupación, reflexionó acerca de si un detective privado sin experiencia profesional en Estados Unidos era el más indicado para acometer una investigación tan larga y complicada en California. Al cabo, decidió que le haría notar esta desventaja a John Roberts, el magnate millonario y posible cliente que había requerido sus servicios con voz autoritaria mediante una llamada telefónica desde Malibú.

Hoy mismo tendría ocasión de reconocer sus limitaciones. Ellos dos habían quedado a las once de la mañana en esta terraza del bar Glaciar, a medio camino entre las bellezas arquitectónicas del barrio Gótico y el paupérrimo barrio de emigrantes africanos y asiáticos, el Raval.

En cuanto Lancaster hubo decidido aconsejar encarecidamente a John Roberts la contratación de otro detective, se puso a meditar sobre lo que sabía —muy poco— de este impresionante caso, como si se preparase para emprender las indagaciones. Empezó resumiendo mentalmente los hechos que habían divulgado los periódicos españoles en crónicas muy cortas, así como los programas de televisión norteamericanos proclives a dar una amplia cobertura informativa a los asuntos más escabrosos, en particular, cuando su temática es el sexo o la violencia: cuatro escritores de novela policíaca habían sido asesinados en Estados Unidos; el primero en Sacramento, el segundo en Los Ángeles, el tercero en Carmel y el cuarto en Nueva York, en el centro de Manhattan. A renglón seguido extrajo conclusiones: el que los hubieran matado en solo dos meses apuntaba a un asesino en serie caprichoso y voraz. La manera cruel de asesinar y las irrespetuosas extravagancias posteriores, salidas a la luz a causa de la torpeza o de las ganas de vender a toda costa de un diario de Los Ángeles, reforzaban esta hipótesis suya y hacían prácticamente indefendible

cualquier punto de vista alternativo. ¿En qué consistían las extravagancias? Después de arrebatar la vida a sus víctimas, el criminal les vendaba los ojos y ponía la canción «Blue Moon», interpretada por Tony Bennett con su embriagadora voz. En cuanto al modo de matar, había un patrón invariable: las degollaba mientras dormían en noches de soledad. Era un cobarde de campeonato, según la opinión que el investigador privado se había formado.

Él se figuraba bien la morbosa fascinación que estos rarísimos crímenes habían suscitado en una parte de la población estadounidense, esa a la que le encanta ver en la televisión y leer en la prensa amarilla infidelidades maritales de famosos o sucesos macabros. Asimismo, se imaginaba la alarma que habían ocasionado en el FBI.

Con el objeto de remediar la ignorancia del detective sobre casi todo lo referente al caso, John Roberts se había comprometido a darle en mano toda la información en posesión del FBI. Este compromiso, inasequible para la inmensa mayoría, hacía pensar en dos posibilidades: él tenía contactos en las altas esferas de la Policía de Estados Unidos y se comportaba de manera muy generosa con estos o era un fantasma propenso a mentir. Marc Lancaster, aun sin conocerlo personalmente, se inclinaba a creer lo primero. Enseguida tendría más elementos de juicio y podría convertir sus débiles conjeturas en una certeza, habida cuenta de que la figura del norteamericano acababa de surgir de detrás de unos comensales arracimados y variopintos que se disponían a acomodarse en la terraza del restaurante contiguo. El investigador privado dedujo que John Roberts estaba ante él, en el otro extremo de la fachada del bar Glaciar, porque percibía mucha decisión y rabia en sus pasos, así como frustración y sed de venganza en su rostro. También percibía un hondo dolor debajo de su muy deficiente máscara de imperturbabilidad, que le recordó al de muchos de sus clientes cuando lo habían contratado. Junto con todo esto, le indujo a pensar que era él la pesadumbre de sus ojos y su aire de millonario altivo mientras avanzaba por los claroscuros de los soportales, entre las conversaciones triviales de turistas, las palomas hambrientas y un mendigo medio estirado en el suelo de mirada un tanto cruel, andrajoso, con la

melena alborotada, aturdido por el vino. El exescolta se levantó de la silla mirando la encarnación del rencor extremo y le hizo una seña con el brazo para hacerse ver. El magnate no aceleró ni ralentizó su paso; su gesto de resolución tampoco varió. A raíz de esto, el barcelonés supuso Roberts que tenía un cierto conocimiento previo de él: ya había visto alguna fotografía suya, aparte de haber leído y releído un costoso informe acerca de su competencia profesional. Su trayectoria rápida, sin cambios de dirección, no se debía a la seña.

Se dieron la mano por encima del tablero de granito de la mesa de Lancaster y dijeron estar encantados de conocerse. Inmediatamente, el empresario retiró una de las cuatro sillas metálicas de color de noche cerrada y tomó asiento en ella. A los parcos saludos siguió una aclaración sobre su voluntad de contratar a un detective extranjero:

—Se estará preguntando por qué pretendo embarcar a un investigador privado de otro país en la persecución del asesino.

La desconfianza impulsó al detective a leer los sentimientos de su aspirante a cliente, cual mal anfitrión y hombre prudente, pues quería descubrir sus intenciones. John Roberts notó su pesada mirada inquisitiva sobre el rostro; luego vio pasar por sus ojos verdes algo inefable indicativo de suspicacia y cautela.

—Me invade la curiosidad, lo admito —reconoció Lancaster con voz sincera—. Por cierto, ya puestos a satisfacer mi curiosidad, ¿cómo es que habla tan bien el español?

—Me llamo John Roberts Acosta. Mi madre es originaria de Puerto Rico. A los veinte años consiguió un empleo de sirvienta en la mansión de los Roberts. Mi padre, el copropietario de una gran cadena de televisión estatal en aquella época, se enamoró perdidamente de ella. Se casaron en pocos meses a pesar de la oposición frontal de mi abuelo. Yo soy su tercer hijo. De niño siempre hablaba con ella en español cuando mi padre no estaba presente.

Marc Lancaster movió la cabeza denotando comprensión.

—¿Continúo satisfaciendo su curiosidad?

—Sí, por favor. Dígame, ¿a qué viene su interés por descubrir la identidad

del asesino de los novelistas? ¿Se propone emitir una primicia en el programa de noticias de su canal?

—No me desagradaría emitirla en una franja horaria de máxima audiencia. Sin embargo, dar realce a mi canal de televisión no es lo que me ha traído a Barcelona.

La súbita exacerbación del odio en los ojos enrojecidos del empresario determinó el contenido de las palabras del investigador:

—Es algo de índole muy personal —se figuró y dijo—. Usted conocía a alguna de las víctimas, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Sus ojos y su forma de andar expresan odio, rencor e indignación.

—Su agudeza me complace. Hará posible mi venganza —pronunció mirándolo como si fuera un soldado eficiente a su completa disposición—. El novelista asesinado en Sacramento era mi hermano pequeño. Firmaba con el seudónimo Anthony de las Heras; por eso nuestros apellidos son diferentes. Se abstenía de utilizar su apellido auténtico por honestidad: no quería sacar provecho de la notoriedad y las enormes influencias de la dinastía Roberts para publicar sus novelas.

—Vaya… Mis condolencias. —Torció la cabeza hacia la brisa del mar; su mirada se cubrió de lástima.

—Gracias.

—Quedan claros sus motivos para conocer la identidad del autor de estos asesinatos tan singulares, pero todavía no entiendo que me haya elegido. En Estados Unidos hay muchísimos detectives excelentes, y su riqueza le permite contratar, de entre ellos, a los mejores. Además, de nuestra conversación telefónica se desprende que tiene muy buenos informadores en el FBI. En suma, no me necesita.

John Roberts se removió en la silla. Sus duras facciones se tensaron, dando lugar a una mueca de fastidio y, después, a una sonrisa de perverso furioso, de esas que preceden a las amenazas terribles. Varias cortinas de luz clara colgaban de las nubes; una de ellas tocaba al americano, resaltando la tensión de su cuerpo, su ancha mandíbula, sus blancos dientes y la ira en su faz.

—Verá, señor Lancaster, lo del asesino en serie es una tapadera buena, cara y fabricada con maldad para asesinar a mi hermano y quedar impune. Él y otros socios de mi empresa votaron en contra de la fusión con la cadena de televisión CNN. Su voto, al ser el segundo mayor accionista, dio al traste con la operación. Algún hijo de mala madre pensó: «Quitándolo de en medio, desencallaré la negociación». Uno de los copropietarios de la cadena CNN o de la mía pagó su asesinato, no me cabe duda.

—¿Cree que han matado a tres escritores más con la intención de despistar a la Policía?

—Sí, lo creo. En realidad, el número de novelistas asesinados se ha elevado a cinco. Ayer mataron a un joven y prometedor escritor en París, Michel Lacroix.

—¿Con la misma firma de los asesinatos en Estados Unidos?

—Exacta. Lo degolló, escuchó la versión de Tony Bennett de la canción «Blue Moon» y completó el resto del ritual que no ha trascendido a la prensa. Respecto al porqué de haberlo elegido a usted para investigar el caso, hay tres razones de peso. La primera es que si descubre al asesino de mi hermano, quiero que se le mate en lugar de que se le arreste. El FBI me pondría trabas y reparos.

—Obviamente.

—Me he informado a fondo acerca de usted. Me consta que es insobornable. Valoro mucho tan infrecuente virtud en su profesión, dadas las circunstancias. De ser cierta mi teoría, uno de mis competidores o de mis socios mandó matar a Anthony. Estamos hablando de un millonario, como yo. Es de temer que su poder de persuasión, muy grande por su enorme fortuna, provoque una amnesia repentina a los más notables detectives privados de mi país, por lo común, policías jubilados con poca o ninguna ética. Otra cosa que me gusta de usted es la calidad de sus libros sobre cómo abordar la búsqueda de personas desaparecidas y sobre técnicas de protección. Por estas tres razones, lo considero idóneo.

—En el supuesto de que yo desentrañe quién asesinó a su hermano, de ninguna manera le daré muerte. Soy detective, no verdugo.

—No representa un problema. He venido mentalizado de que igual diría

esto. Olvide la petición de matarlo. Lo que sí impongo es que deberá guardar silencio en cuanto a mi deseo de tomarme la justicia por mi mano. ¿Respetará esta condición?

—Por supuesto. La discreción es uno de mis puntos fuertes.

Marc Lancaster entornó los ojos; un gesto de cavilación se formó y se desvaneció en torno a ellos con la misma rapidez. Al punto objetó:

—Su teoría no la calificaría de infalible. Quizás un sicario no haya blandido ese puñal. Bien pudiéramos hallarnos ante otro tipo de psicópata, como un asesino en serie a lo Theodore Bundy. Como sabrá, estos psicópatas en absoluto actúan por dinero, lo hacen por placer o por impulsos irracionales. ¿Se ha parado a pensar sobre esto?

—No cambiaría nada que un miserable criminal de esa clase se hubiera cruzado en el camino de mi hermano en vez de un sicario; también un profesional de garantías pondría fin a su vida y yo me regocijaría con su muerte.

John Roberts mostró su disconformidad mediante la mirada, se inclinó sobre la mesa, como si quisiera reducir la separación entre ellos para desvelar una confidencia o para comentar algo de gran trascendencia en voz queda, y agregó:

—Hágame caso. Los asesinatos de los otros escritores son una tapadera creada con el propósito de que no se sospeche de las personas con móviles habituales y nunca se investigue con la óptica adecuada el asesinato de mi hermano.

—Móviles habituales: resentimiento y dinero.

—En este asesinato, dinero, muchísimo dinero.

—¿Qué más sabe de mí?

—Quedó en primer lugar en el concurso para escribir el manual de la Asociación Española de Escoltas y trabajó durante nueve años de escolta antiterrorista en el País Vasco protegiendo a jueces, periodistas y políticos en el punto de mira de la banda terrorista ETA. Compaginaba esta profesión con la de profesor de escoltas. Se enfrentó a la corrupción existente en sindicatos, en empresas de seguridad y en algunos cargos de la Policía Nacional porque era la causa de que no se pagara a los

guardaespaldas la totalidad de su salario. Ganó un juicio laboral contra una empresa que se negaba a pagar a sus escoltas por horas trabajadas; les hizo perder bastante dinero a esta y a otras, por cuanto el colectivo de escoltas españoles podía acogerse a este precedente jurídico en virtud de la unificación de doctrina. A partir de entonces fue un empleado mal visto por ciertas empresas, poco apreciado. Y en las últimas líneas del informe leí que sufre desde los dieciocho años una enfermedad del sistema inmune muy dolorosa.

Marc Lancaster esbozó una sonrisa de queja, a la que siguió un gesto huraño. Estaba perplejo y algo molesto.

—Un buen informe, muy fidedigno —manifestó—. Debería dedicarse a hacer indagaciones. Tiene buenas dotes. A ver si lo he entendido: como yo luché contra la corrupción a sabiendas del mal porvenir que me acarrearía, usted saca en conclusión que jamás aceptaría un soborno del millonario de su hipótesis, el que tramó los asesinatos de novelistas.

—Justamente. También su *email* a Blackwater influyó en que lo eligiera.

El detective refunfuñó y se le escapó un mohín de enfado que deformó la simetría de su rostro. Un instante después, se estaba esfumando la sutil apariencia de ser humano altruista que normalmente, junto con la de sufrimiento, se entreveía en sus ojos. Con este cambio procuraba dar la impresión de ser menos noble. Se sentía incómodo cuando alguien lo hacía bondadoso. Prefería mil veces que las personas de paso en su vida lo tuvieran por poco tratable y peligroso. Además, no se sentía un santo.

—¡Ha tenido acceso al currículo que remití a Blackwater! ¡Menudo atajo de granujas! Puse datos privados.

—No se sorprenda. Los directivos de Blackwater venderían a su madre a plazos en cuanto acordáramos un precio satisfactorio. Son escoria. Con franqueza, leer en su *email* que, en Irak, solo trabajaría de escolta para periodistas y personal de las ONG hizo que acabara de decidirme. Usted será inmune a las tentaciones, a sobornos.

—Comprendo su razonamiento: un detective honrado no se dejará sobornar, por tanto, la investigación se hará con profesionalidad.

— ¿Qué responde? ¿Le interesa liderar esta cruzada?

—Me lo estoy pensando.

—Sus honorarios ascenderían a quince mil dólares al mes, más gastos. Tendría seis meses para identificar o apresar al asesino. Cualquiera de los dos logros me sirve. Pasado este tiempo, yo prescindiría de sus servicios si no hubiese averiguado nada de valor. Por el contrario, de haber respondido a las esperanzas puestas en usted, de haberme aportado pruebas fehacientes que incriminen al autor material o al urdidor de los crímenes, recibiría cincuenta mil dólares adicionales.

—Estos cincuenta mil dólares serían el premio por mi eficacia y, también, el pago por mi silencio total y permanente.

John Roberts asintió ostentando una sonrisa de satisfacción. Le agradaba sintonizar tan bien con el Lancaster: que ambos hablaran el mismo idioma exento de pretensiones veladas y de formalismos, y prefirieran las opiniones sinceras, las manifestaciones contundentes y los tratos rápidos. Para mayor contento del empresario, todo invitaba a pensar que el barcelonés se parecía mucho a la persona imaginada y deseada por él: perspicaz, sin ingenuidad ni debilidades y dispuesta a actuar de forma despiadada con los lobos para defender al rebaño; una de esas a las que, al morir, se les prohíbe entrar tanto en el infierno como en el cielo. A fin de cuentas, un detective que, llegado el caso, estaría en inclemencia a la altura del mercenario que había asesinado con bestialidad a su hermano menor por encargo o a la del asesino en serie encaprichado de modo enfermizo de los escritores de novela negra.

—Cerremos el acuerdo. Un apretón de manos valdrá —sugirió Lancaster.

—Estupendo, estupendo.

Se estrecharon la mano rodeados de olor a mar, de los aromas de especias provenientes de la cocina del restaurante Les Quinze Nits y de voces femeninas francesas que la brisa marina reducía a susurros de rumbo incierto. Al mismo tiempo se miraron a los ojos, cosa que resultó muy reveladora para el investigador privado, puesto que así supo que tanto la amargura como el padecimiento pervivían con igual intensidad en John Roberts después de haber obtenido su primer objetivo, su contratación. Comprendió bien qué significaba que estos dos ingratos sentimientos aún

se mantuvieran tan fuertes en él: solo la venganza proporcional, esto es, mortal, le devolvería la paz y la alegría.

—Le he confeccionado un dosier completo de los homicidios. En él figuran todos los informes del FBI: las descripciones de los escenarios de los crímenes, las autopsias, el perfil psicológico del asesino, las entrevistas a los vecinos, a los familiares y a los amigos de las víctimas, etcétera. Las aportaciones de mis detectives a dicho dosier brillan por su ausencia. Lamentablemente, por ahora no han descubierto nada, lo cual me consume.

—Llegar hasta los asesinos en serie cuesta mucho. La inexistencia de móviles usuales complica extraordinariamente encontrar una pista sólida. Por regla general, el único modo de capturarlos consiste en estar a la espera de que cometan un error, de que den un paso en falso. Si su teoría se correspondiera con la realidad, sería más factible atrapar al asesino. Tomándola como punto de partida, voy a conjeturar: el homicida, un mercenario de buen nivel, se ha aliado con un gran accionista de una cadena televisiva. Dado que el contratante tiene tanto dinero, atrajo su atención y consiguió sus servicios con facilidad.

—Seguro.

—Esta clase de profesionales ejecutan sus acciones criminales con sumo cuidado para no dejar ningún rastro. Con todo, a veces los dejan. Lo que ocurre es que, al ser muy poco evidentes, suelen pasar desapercibidos a la Policía.

—¿Muy poco evidentes?

—Están fuera del escenario de los crímenes. Ahí es donde la pifian, si la pifian.

—Encuentre un rastro; sabré agradecérselo.

—Pondré todo mi empeño en este caso, créame. Me desplazaré a su país pasado mañana e iniciaré las pesquisas. Tenga la amabilidad de comprarme billetes de avión Barcelona-Los Ángeles, Los Ángeles-Sacramento, ida y vuelta, Los Ángeles-Nueva York y Nueva York-París, con fechas modificables. En principio, estaré doce días en California, cuatro en Nueva York y otros cuatro en París. Pero, de hallar una pista crucial en alguna ciudad, prolongaría mi estancia en ella. Entrevistaré a los vecinos, a los

amigos, a los familiares, a las parejas sentimentales… a cualquiera que conozca o haya visto algo relevante, aunque aún no lo sepa. Con suerte, los vecinos se sincerarán conmigo al ofrecerles unos cuantos billetes de cien dólares, algo que el FBI nunca hace. También inspeccionaré las viviendas de los novelistas; a lo mejor, acierto a ver en su interior cosas anormales o inapreciables para los detectives de la Policía. Mis ojos, de vez en cuando, ven más que los suyos.

—Ojalá su sagacidad haga avanzar la investigación.

—Quedemos mañana. Seguiremos hablando y me dará los billetes de avión.

—Perfecto. Le hago entrega de un adelanto, veinticinco mil dólares, para que viva con holgura en Estados Unidos y, en las ocasiones oportunas, para que refresque la memoria a los vecinos que aseguraron al FBI no haber sido testigos de nada digno de mención y, tal vez, sí vieron fugazmente a un extraño silencioso deslizándose hacia la oscuridad de la noche.

—Bien.

Lancaster tomó el dosier junto con el dinero y los metió, respectivamente, en su maletín de cuero marrón y en su cartera. Estaba a punto de preguntar cuándo y dónde se citarían mañana, pero se quedó callado porque John Roberts alzó los antebrazos y ladeó la cabeza, indicando que iba a decir algo. Quería contarle al detective particularidades enigmáticas e impactantes de los asesinatos. De hecho, algunas lo eran tanto que borrarían del pensamiento del barcelonés esas dos preguntas pendientes.

—Hay algo más. Usted lo desconoce. Y tiene su importancia. En los diarios no se han escrito crónicas de los asesinatos totalmente correctas. La Policía ha omitido información a la prensa sobre los rituales de este sádico depravado y, a su vez, algunos periodistas se han inventado cosas para atrapar la atención de los lectores.

—¿No venda los ojos a sus víctimas con un pañuelo de seda rojo y deja puesta la versión de Tony Bennett de «Blue Moon»?

—Lo de la canción es verdad. Lo del pañuelo rojo es invención de un periodista de Los Angeles Times. ¡Vaya cara dura tiene!

—¿Qué falta en los artículos de los asesinatos?

—Saca el corazón a las víctimas, les abre la mano izquierda y lo deja en la palma. ¡Se lo hizo al pobre Anthony! —se lamentó con odio y sintiéndose humillado al tiempo que empequeñecía los ojos y cerraba las manos, dándoles forma de puños de boxeador en pleno combate.

El investigador tuvo para sí que un poco del sentimiento de humillación de John Roberts desaparecería cuando este supiese al fin contra qué enemigo debía luchar. A continuación, su mente creó las imágenes de cuatro rostros con expresiones de delincuentes que gozan al derramar sangre. Y, tomando como referencia e inspiración la descripción del magnate de los crímenes, imaginó a un abominable asesino en serie de esa clase que los psicólogos denominan psicópatas primarios o puros —seres con gélidos ojos de serpiente— caminando sigilosamente a través de la noche hacia un novelista dormido. De repente, le apeteció decir que acabar con él corría de su cuenta, y gratis. Dio por cierto que el mundo sería mucho mejor sin ese tipejo desalmado. Estuvo conforme con el designio más radical de su cliente, asesinarlo, apenas unos segundos, y sus ganas espontáneas de ejercer de justiciero fueron igual de efímeras. Ahora bien, si en el transcurso de su investigación se veía obligado a quitarle la vida para conservar la suya, por la noche descansaría plácidamente. Nunca tendría el más mínimo remordimiento.

—En uno de los informes del dosier vienen estos detalles ocultados a la prensa. Léalo con calma.

—Lo haré esta misma tarde. Luego arreglaré mis asuntos personales. Desde mañana me ocuparé del asesinato de su hermano.

—¿Con exclusividad?

—Acostumbro a trabajar en dos casos simultáneamente. Uno sencillo y otro difícil, como este. El sencillo me ayuda a desconectar y a analizar el enrevesado con frialdad. ¿Prefiere que mientras indague sobre los asesinatos de los novelistas me abstenga de asumir otro caso?

—No me opongo a que trabaje en otra investigación, siempre y cuando no le quite tiempo a la del asesinato de Anthony o la perjudique. ¿Qué le han solicitado que haga?

—Nada, de momento. Mi último caso lo solucioné la semana pasada. Un

adolescente se había escapado de casa, un suceso usual en mis archivos. Honestamente, esta es mi especialidad. Me dedico, de manera exclusiva, a encontrar a desaparecidos. Nunca tomo fotografías a fin de que los divorcios resulten lucrativos ni trabajo en otras fruslerías de ese estilo.

—Su especialidad le viene como anillo al dedo a lo mío. Le he contratado con la finalidad de que coja a un asesino que se cuela en dormitorios de escritores para martirizarlos, se esconde muy bien de mis detectives y de la policía, y reaparece en otras ciudades. ¿Acaso no son casi idénticos los procedimientos para acercarse a un demonio muy bien escondido y a una persona desaparecida?

—Yo también lo veo así —expresó Lancaster con sinceridad—. La investigación del homicida que ha arrancado el corazón a su hermano la considero difícil y a la vez muy atractiva, un reto profesional. Supongo que para usted no representa lo mismo, más bien constituye la primera etapa de una venganza pura y dura.

—No, no. Lo está interpretando mal.

John Roberts se inclinó hacia atrás; entonces la sombra de la columna que se alzaba a su espalda se adhirió completamente a la mitad superior de su cuerpo, de tal forma que, en su oscura cara, sus ojos repletos de odio brillaron como los tesoros de los cuervos en la noche. El americano, con resolución, trató de hacer entender al detective que los proyectos iniciados por la cólera, a veces, contienen fines justos:

—Quiero vengarme, no lo niego. No obstante, la investigación también representa un reto para mí. Cuando mataron a Anthony, me pregunté: ¿puede la maldad dominar el mundo? ¿Debemos consentirlo? Respondí con un «no» a ambas preguntas. Y me propuse, costase lo que costase, pararle los pies al mercenario.

Marc Lancaster, en actitud reflexiva, miró al desdichado empresario, en especial a sus ojos repletos de odio, y le dio la razón asintiendo con la cabeza, así como con una expresión de inconformismo y rebeldía, en la que se apreciaba que se identificaba con él. En parte, la captura del aterrador asesino significaba lo mismo para los dos.

2
UNA CLIENTA MISTERIOSA

Marc Lancaster, sentado ante la mesa de despacho de su oficina, estudió el amplísimo dosier que le había proporcionado John Roberts. Tal como este le había asegurado, en sus páginas constaban los atestados policiales sobre los escenarios de los crímenes, las entrevistas a familiares, amigos y vecinos de los fallecidos, las certeras conclusiones de las autopsias, escritas pormenorizadamente por forenses de élite, y el perfil psicológico del asesino. Este material no hacía pensar que la investigación policial fuera una chapuza. Al contrario, cualquier entendido la valoraría como bien efectuada. Lógicamente, el barcelonés reconoció su calidad.

Al leer los diagnósticos de los forenses sobre la causa de las muertes, se descubría que el mismo individuo había cometido los espeluznantes asesinatos, toda vez que los escritores presentaban idénticas heridas. Y de la lectura de algunos informes del Departamento de Homicidios del FBI, se deducía que este homicida tenía la habilidad de pasar inadvertido: ninguno de los entrevistados había visto a un merodeador. En resumidas cuentas, degolló a los novelistas mientras dormían, sin hacer ruido, bien fuera gracias al temple de un profesional —según la teoría del mercenario experimentado contratado por un millonario— o a una cierta contención de su furor —de ser un asesino en serie—. Sin embargo, jamás les infligió cortes profundos al degollarlos. Tal forma de cortarles el cuello tuvo una finalidad muy difícil de entender y, más aún, de encajar: darles una muerte lenta. En ese momento de la agresión solo pretendía eliminar la capacidad de reacción de la víctimas: impedir sus gritos en pos de auxilio, dejarles sin fuerzas y desangrar su coraje. Más tarde las mató arrancándoles el corazón.

Marc Lancaster era consciente de que estos hechos resultaban indiscutibles, pero insuficientes para reconstruir los asesinatos de principio

a fin. Había lagunas e incógnitas: ¿por qué el homicida permanecía en las moradas de los escritores más tiempo del indispensable? y ¿qué motivaba que no apretara más la hoja en sus gargantas? Quiso imaginar la secuencia completa, así que recurrió a sus propias suposiciones para llenar los vacíos: el asesino contemplaba durante unos segundos, por puro placer, el terror de sus víctimas justo después de cortarles un poco el cuello y, acto seguido, cuando todavía latía la vida en ellas y sus ojos estaban totalmente abiertos por el pánico, hundía el puñal en su pecho.

El detective dudó en una sola cosa al añadir suposiciones: ¿aquella bestia depositaba el corazón en la palma izquierda de los difuntos y luego ponía la canción «Blue Moon» a bajo volumen o era al revés? Ni los agentes especiales del FBI ni la Unidad de Análisis de la Conducta del Centro Nacional para el Análisis de Crímenes Violentos habían establecido en qué orden ejecutaba estas dos últimas acciones del ritual. A juicio del detective barcelonés, no tenía relevancia alguna que él deambulase por el dormitorio con el corazón en sus manos antes de hacer sonar la melodía o que primero escuchara la música y después lo colocara ceremoniosamente en la palma, sobre la línea del destino. Lo que necesitaba saber con urgencia, y más le preocupaba, eran las razones de su invisibilidad. Se figuró que adquiría un aspecto gris y pulcro, y que imitaba un comportamiento normal, inofensivo, siempre que le convenía, con el fin de no despertar desconfianzas. Asimismo, se figuró que esa especie de camuflaje no le bastaría para seguir pasando inadvertido en sus recorridos por las zonas comunitarias de los inmuebles los días de las agresiones mortales. «La suerte se acaba tarde o temprano, y esto también les sucede a los diablos que son previsores y prudentes a la hora de actuar», se dijo. Creía que el asesino acechaba cautelosamente a los artistas hasta averiguar sus horarios: caminaba en los aledaños del futuro escenario del crimen por rutas umbrosas y con la cabeza gacha, como los acomplejados sin pundonor; oteaba su portal desde la mesa de un bar pegada a una cristalera; los esperaba en una parada de autobús atestada de gente hasta verlos pasar… «¿Cuándo le abandonará la suerte?», se preguntó. De inmediato murmuró en tono de enfado: «¿No me queda otra que esperar a que la suerte le abandone?». Leyó una vez más

cada línea del dosier, deteniéndose en los aspectos sustanciales y no menos en lo a primera vista accesorio, como si su respuesta hubiera sido que conocer mucho mejor a su enemigo posibilitaría apresarlo sin esperar a recibir una ayuda de la fortuna. A la conclusión de esta segunda lectura, Lancaster todavía contemplaba una única explicación plausible para la invisibilidad de aquel criminal, su prudencia en la osadía: se informaba cumplidamente sobre los novelistas, planificaba bien los crímenes y retenía sus ansias de matar hasta un momento favorable. En primer lugar, llevaba a cabo un concienzudo trabajo de recogida de información sobre ellos: sabía a qué horas se iban a dormir y solían sacar la basura a la calle, dónde y cuándo practicaban sus actividades lúdicas, los días en que recibían visitas… Después planeaba el allanamiento y el ataque a partir de esa información que describía un modo de vivir o de malvivir. Sus intensos y aviesos deseos de asesinar no se traducían en homicidios impulsivos, sino que se guardaba de incurrir en este error. El momento pasional, cuando sí se desbocaban sus sentimientos, se limitaba exclusivamente al acto de matar y a cada vez que observaba cómo la esperanza en sobrevivir y la vida se marchaban, en este orden, de los ojos de sus víctimas. En el resto de sus acciones no dejaba margen para la improvisación, las sorpresas ni la exposición. El investigador privado reflexionó largamente sobre sus inferencias. Al cabo, pensó que eran atinadas y casi definitivas. Las resumió en dos:

1) El asesino nunca elige el momento de atacar dejándose influir por las tentaciones ni se arriesga innecesariamente.

2) Se caracteriza por su extrema frialdad y previsión.

Según el barcelonés, incluso con este modo de proceder del homicida, que denotaba aptitudes de criminal planificador y escurridizo, se presentarían oportunidades de prenderlo en el caso de que fuera un asesino en serie, pues volvería a matar. Tras prever esto con ojos desafiantes, volvió a reflexionar. Entonces se imaginó que, como todas sus víctimas habían sido reconocidos escritores de novela negra, probablemente el FBI ya tenía vigilados desde hacía semanas los domicilios de los más populares en este

género literario. Y no bien los agentes especiales federales al mando de la investigación se percataron de la dimensión de la amenaza, ampliaron su protección a otros menos insignes. Estas esperables telas de araña serían la razón de que el asesino de los novelistas pasara de matar en Estados Unidos a sembrar el pánico en París, una ciudad en la que la Police Nationale no había montado ningún dispositivo de protección para estos artistas. Se adelantó así a las medidas policiales. «¿Qué tipo de asesino en serie actuaría de forma tan sensata?», se preguntó Lancaster con ademán pensativo, sintiendo la necesidad de descubrir más información. Trajo a la mente lo que sabía. Meditó largamente sobre ello. Organizó sus ideas y esbozó un perfil incompleto de un homicida que encajara con el de los escritores de novela negra: tremendamente cruel, encuentra placer en matar y no le perturba hacerlo, bastante o muy inteligente, con recursos económicos medios o altos y posee suficiente autocontrol como para reprimir su inclinación al crimen temporalmente, unas semanas o unos meses, hasta haber ultimado un plan óptimo para allanar las viviendas de los novelistas sin que nadie note su presencia. Pronto, con seguridad, el detective añadió a este perfil el incremento de su voracidad, ya que estaba acortando el espacio de tiempo entre asesinato y asesinato, lo cual era típico de los asesinos en serie. Estas nuevas deducciones sobre el monstruo le hicieron plantearse dos cuestiones: ¿dejaría de matar si recelara que había aumentado el riesgo de que algún policía lo viera forzando una cerradura? Y, por otra parte, mientras no temiese su detención, en especial cuando los sentimientos redujeran la calma a la nada, es decir, al matar, ¿tendría algún descuido que sirviera para grapar la fotografía de un rostro y escribir un nombre y unos apellidos en los expedientes de los investigadores? Posteriormente se hizo otra pregunta todavía más crucial: ¿había tenido ya algún descuido al descargar su cólera sobre los escritores, al atravesar sus domicilios o al recorrer las escaleras de vecinos y al FBI y a los detectives privados de John Roberts se les había pasado por alto? Lancaster decidió que en sus averiguaciones en Estados Unidos y en París procuraría por todos los medios hallar ese posible fallo. Y se dijo que lo adecuado era no descartar la teoría de la Policía de California —se

enfrentaban a un asesino en serie— ni que un mercenario estuviera representando muy bien un papel, tal como sostenía el magnate.

El sonido del timbre de la calle paralizó su manera lenta de afirmar con la cabeza, provocó que cesara de analizar febrilmente al criminal, así como sus horríficos asesinatos, y ahuyentó su gesto meditabundo. Al instante lanzó una mirada dura al auricular del portero automático; en sus ojos había un calor semejante al que extiende un breve frenesí, justo después pareció que relucían por el enfado o, tal vez, un reflejo de resplandor rieló en ellos.

Se puso en pie de forma brusca en medio de la luz ambarina de la estancia de altos techos nacarados, ventanales modernistas y suelo antiguo de baldosas con símbolos florentinos, se desplazó al vestíbulo y agarró el auricular con aire de fastidio, como si le hubieran despertado de un sueño muy agradable. Estuvo tentado de no responder. No obstante, lo hizo, y como consecuencia, su vida cambiaría para siempre.

—¿Sí?

—Buenos días. Deseo ver al detective Marc Curial Lancaster.

En la voz dulce, de mujer joven, Lancaster detectó una irrenunciable determinación coexistiendo con el temor a ser rechazada por él y por la vida.

—¿Para qué?

—Quiero contratarle.

El investigador se apoyó en la pared y bajó la barbilla. Pensó algo particularmente atractivo: a lo mejor, este sería uno esos casos sencillos a menudo buenos para contrarrestar la tensión y favorecer la clarividencia. Precisamente por ello, pulsó con fuerza el botón platino del portero automático y sus mudables ojos, ahora de hombre apasionado, se diría que gozaban al contemplar algo enternecedor. Todavía elucubrando qué le solicitaría esa joven con voz de estar en apuros, muy parecida a la escuchada en otros clientes en su primera consulta, la invitó a entrar:

—Sube.

El barcelonés abrió la centenaria puerta de nogal, labrada con la pretensión de maravillar a la gente rica de otra época, y vio salir de la franja de luz verde botella del hueco de la escalera de vecinos a una

adolescente distinguida, de esbelta silueta, aire taciturno y mirada rogadora. Se confirmó la primera impresión que se hizo de ella cuando la escuchó por el interfono: poseía una irrenunciable determinación coexistiendo con el temor a ser rechazada por él y por la vida, puesto que su rostro y su forma de moverse sugerían que estaba apurada y era obstinada o, al menos, muy decidida. También apreció otro atributo en la muchacha, uno nada común: atesoraba mucha pureza; entre una cosa y la otra, se asemejaba a Juana de Arco en la hoguera antes de que el fuego la cercara. Una vez que Lancaster la tuvo ante sí, a escasos dos palmos, este habría jurado que una pesadumbre similar a la suya la ensombrecía. Se imaginó que la perseguía un mal pasado, una infancia de mañanas, tardes y noches muy penosas. Frente al espejo, el detective había visto tantísimas veces este daño en su espíritu que lo reconocería en cualquier otra persona. Él tenía esa misma pincelada de infelicidad; la distinguía al afeitarse siempre que miraba sus iris. Súbitamente, sintió que existía un vínculo entre ellos: estaban hermanados por haber padecido una desgracia idéntica, una infancia malísima, lastimosa. Quiso equivocarse.

Con este bienquerer hacia la chica influyendo en los ademanes y en la voz, la hizo pasar al despacho y le pidió que tomara asiento. Él se acomodó en su silla y la observó con curiosidad. En sus manos femeninas, así como en su postura, se manifestaba su tensión. Su rostro era peregrino*:* muy hermoso, bastante exótico. Lancaster advirtió su ascendencia eslava por las finas facciones, el cutis claro y los ojos azules, que incesantemente exhortaban su ayuda. Tuvo el impulso de escrutarlos hasta saber el motivo de tanta desesperación, pero se retuvo. Habría sido irrespetuoso y, además, no hacía ninguna falta. Pronto escucharía su solicitud y sabría la verdad.

—¿Para qué quieres contratarme?

—Necesito encontrar a una persona. Y pronto.

—¿Quién me ha recomendado?

—Google. He estado buscando en internet detectives privados. Su anuncio me ha esperanzado. «Marc Curial Lancaster Niubó, especialista en búsqueda de personas desaparecidas». Me he dicho: «Este es el detective perfecto para mí».

—Comprendo. ¿Qué edad tienes? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

—Quince años.

—Quince años. ¿Cómo vas a pagar mis costosos servicios con quince años?

—No puedo. No de golpe, aunque sí poco a poco. Le he traído un adelanto, ciento cincuenta euros. El mes que viene cumpliré dieciséis, la edad legal para tener contrato, y empezaré a ganar dinero trabajando en el McDonald's, el Kentucky Fried Chicken u otra empresa de *fast food* . También me ofrezco a limpiar su oficina. Es un trato justo.

Marc Lancaster sonrió. Sentía simpatía por la adolescente y le quería bien, de manera que le apetecía condescender a su petición dicha con voz de ruego. La eslava intuyó que aceptaría en cuestión de segundos: se ilusionó.

—¿Cómo te llamas?

—Anika.

—Anika, ¿a quién habría de encontrar?

—A mi padre, un croata afincado en Perpiñán.

—¿Nombre y apellidos?

—Su nombre es Mario, los apellidos… —Hizo una mueca de amarga impotencia, dando a entender que lo ignoraba.

—Vaya… ¿No sabes sus apellidos?

—No. Esto no supondrá un obstáculo para llegar hasta él. Mi madre lo visita cinco o seis veces al año. Me doy cuenta de cuándo va a viajar, pues está más seria de lo normal toda la semana y el día antes cocina mi almuerzo y lo guarda en la nevera. Entonces le llamaría a usted. Tendría que seguirla en Francia y averiguar dónde reside mi padre. Eso es todo. Le llevaría un par de días como mucho. Yo, para pagar lo que le adeudo, limpiaría su oficina tres días a la semana durante un año o bien le daría su dinero dentro de unos meses —propuso con la vehemencia de quien está en un aprieto y con la patética dulzura de una niña pequeña angustiada que pide amparo.

Cuando Anika terminó de hablar, su gesto decía que su pago en especie era equivalente o superior en valor al tiempo que el detective dedicaría a esta investigación, a buen seguro, con la intención de comunicar con más

fuerza a un completo desconocido, alguien de un carácter y una ética insospechables para ella, cuán razonable sería su forma de recompensarle. Además, sus ojos rebosaban bondad y una luz hecha de esperanza, y su rostro, en conjunto, transparentaba inocencia. Marc Lancaster sentía que debía plegarse a sus deseos, en parte, por esta naturaleza bondadosa, pero también a causa de que le estaba planteando el trabajo como un favor vital. A su vez, favorecía que quisiera echarle una mano la sensación de que con ello, en cierta manera, se rebelaba ante las injusticias y satisfacía su intensa apetencia, reconfortarla. Se preguntó por qué le apetecía tanto hacerlo. Rápidamente, lo entendió: sí, los unía el sufrimiento infantil y juvenil, eran hermanos de sentimientos.

—Él, al principio, fue un buen padre. Tras estos años de decencia, se divorció y se despreocupó de ti. ¿Acierto?

La muchacha negó con la cabeza.

—Pero vivió contigo.

—Nunca nos hemos visto, ni siquiera tengo una fotografía suya. Nació y se crio en Darda, un pueblo vecino al de mi madre. Estos son mis grandes conocimientos de él —admitió al tiempo que transmitía la misma amarga impotencia de antes.

Lancaster vio a una niña que ansiaba los abrazos paternos que jamás le habían dado. Le dio mucha pena.

—¿Se reúne con tu madre para…?

—Le entrega dinero para mi manutención y le pregunta cosas sobre mí: cómo me va en los estudios, si estoy bien de salud, etcétera.

—Debería preguntártelo a ti, así lo sabría de primera mano y te daría una alegría.

—No quiere verme. Tiene miedo. Además, piensa que le odio.

—¡Cómo vas a odiar a quien nunca has visto! El abandono ocasiona tristeza o desafección; odio, no.

—Es fácil de entender y muy duro de explicar.

—Adelante. Cuéntamelo. Quedará entre nosotros.

Anika procuró, en balde, desnudarse de su frustración. Suspiró hondamente a modo de lamentación, recostó la espalda en el respaldo de la

silla y miró hacia el techo nacarado. Su ostensible incomodidad le impedía hablar. El detective sabía que la interrupción de la conversación sería temporal, un alto en el camino en un viaje de dos personas, ella y él. Y también sabía, con total e inexplicable certitud, que resultaría perjudicial apremiarla, dado que si lo hacía, jamás se abriría. Además, había otra razón para esperar: habría sido poco gentil negarse a consentir sus silencios. Al cabo de un rato, con pena, vergüenza y esperanza, la muchacha se extendió en narrar las singularidades de su peculiar e hiriente situación:

—Mi madre tenía dieciséis años y mi padre dieciocho cuando estalló la guerra en Yugoslavia. Ella es croata nativa; él croata descendiente de serbios. Lo reclutaron a la fuerza en la milicia serbia a las tres semanas de iniciarse el conflicto.

—Los partidarios de la República Serbia de Krajina.

—Sí. Durante una etapa de la guerra, los serbios se adueñaron de nuestra provincia. Un día, una patrulla de paramilitares se ensañó con los habitantes del poblado de mi familia. Asesinaron a muchos hombres y violaron a casi todas las mujeres. Entre ellas, estaba Ivana Doric, mi madre. Según me ha contado, mi padre detestaba la guerra y las violaciones. Pero se lo ordenaron… y él, un muchacho cándido y débil, estaba demasiado asustado para negarse.

—¡¿Qué?! ¿Me pides que localice al miliciano que violó a tu madre? ¡Hostia! —exclamó mientras la alarma afloraba en su faz, devastando las emociones fraternales que antes traslucía. Apenas se produjo esta fulgurante devastación, la alarma se tornó desconcierto.

La adolescente croata elevó ligeramente su brazo diestro y abrió la mano alzada para que Lancaster la dejara seguir explicándose y, sobre todo, para indicarle que pospusiera cualquier juicio prematuro.

—Los oficiales serbios se jactaban de su brutalidad, fusilaban a sus soldados en cuanto desobedecían cualquier orden. Mario se insubordinó al principio, durante unos minutos, hasta que lo acobardaron con amenazas. Él odiaba tomar parte en las violaciones; no le deseaba mal a nadie, y menos a mi madre. Se conocían. Habían estudiado en la misma escuela. Por esto, por estar ella muy segura de que los habían forzado a los dos, le

confió que estaba embarazada. Mario la ayudó económicamente desde el primer día.

—¡Qué majo! Mira, Anika, el tal Mario debió haberse negado en redondo a acatar esa orden. ¿Lo habrían fusilado por su acto de decencia? Puede que sí. Sea como fuere, era la única opción digna que tenía. ¡Créeme, está mal transigir con las barbaridades! Ahórrate el esfuerzo de limpiar mi oficina. No moveré un dedo para averiguar dónde vive semejante salvaje. Para nada te conviene esta clase de padre.

—Él no es una mala persona. Lo coaccionaron, tuvo miedo a morir. ¿Desde cuándo la cobardía ha de considerarse como un defecto imperdonable? ¿Acaso es usted Dios para decidir lo que yo puedo perdonar y lo que no? —contraargumentó de forma extremadamente emotiva. Su voz desprendía pesar, temor a no ser amada y necesidad de amar y, cuando calló, por cómo sufría, se diría que hubiera cogido un trozo de cristal y lo estuviera apretando en su mano.

Al barcelonés lo asaltó un pensamiento turbador: Anika Doric tal vez estaba fingiendo. Este dudaba de que le hubiese declarado sus verdaderas intenciones. Debido a ello, tuvo de nuevo el impulso de escrutar sus ojos azules con el tenue y profundo brillo de los zafiros que él había admirado en Jaipur hacía más de una década, en su aventurera juventud. Tanto es así que no pudo contenerse de mirarlos de hito en hito con máxima atención, resuelto a discernir si la angustia, el sentimiento de soledad y el cariño inmerecido hacia ese violador que ella expresaba eran auténticos o no. Le inquietaba que fuese una inconsciente ingenua a punto de lastimarse por culpa de anhelar relacionarse con el exsoldado y, más aún, que lo estuviera embaucando con la mira de hallarlo y vengar a su madre. En otras palabras, la adolescente croata habría ideado un plan para matar a un violador repugnante que no había sido castigado por su crimen y él sería el títere ideal para propiciar la venganza. No quería. No y mil veces no. Detestaba esta clase de mentiras tan viles. John Roberts le había hecho una petición muy radical, asesinar a un criminal, pero había venido con la verdad por delante, lo cual representaba una gran diferencia con respecto a ser utilizado. Sin embargo, aunque el exescolta escrutó con concentración y

recelo a Anika Doric durante bastantes segundos, los sentimientos de buena chica, estables en sus expresivos ojos, todavía casaban con sus palabras. Se dijo que, salvo en contadas excepciones, un odio tan extremo en una persona de quince años resaltaría en los iris como la sangre de un inocente sobre la nieve. Se preguntó si lo estaría engañando una gran actriz. No lo descartó, seguramente por cautela o por temor a hacer el ridículo. Recordó parte de su experiencia como detective privado, la relativa a las disputas y fechorías entre enemigos, y enseguida concluyó que el apetito de venganza estimula la imaginación, aguza el ingenio y perfecciona las mentiras. Finalmente, exhaló un suspiro con desasosiego —se vio a sí mismo como un investigador nada infalible— y, todavía mirándola con fuerte recelo, se franqueó:

—Me inquieta que pudiera suceder un desenlace trágico. No me agradaría ser una marioneta en tus manos. Voy a especular; concédeme comportarme como un insolente durante unos momentos. Asumo tu caso y me pongo a investigar. Yo hago bien mi trabajo: sigo a tu madre hasta la casa de Mario y te facilito las señas. Y luego tú lo matas para vengarte. Como tienes quince años, te impondrían una pena irrisoria. Mejor darse prisa, ¿a que sí?

—¡No, no, no! Usted no concibe el perdón. Es evidente — reprochó tratando de mostrar indignación, sin lograrlo del todo. En el fondo, comprendía los temores del detective; por consiguiente, en modo alguno se sentía ofendida. Por el mismo motivo, no la atravesó un sentimiento de decepción.

—¿Perdonar que violó a tu madre? ¿Que eres fruto de una violación? ¿Que no se ha dignado cuidar de ti? ¡¿Vas a perdonar todo esto?!

—Sí, señor Lancaster, se lo perdonaré. Quiero hacerlo —agregó con simplicidad y con la esperanza de hacerle comprender.

Sus réplicas contenían la fuerza del amor filial, solo explicable por su firme voluntad de perdonar, pero tampoco estaban exentas de una superioridad moral que, a tenor de la diferencia de edad, muchos habrían considerado irritante. De manera opuesta, Marc Lancaster encontró reconfortante esta supuesta voluntad de querer perdonar los gravísimos daños ocasionados y el abandono al hombre que había originado su

padecimiento. En honor a la verdad, precisamente la limpieza de corazón de la muchacha tranquilizó al detective y lo llevó a coger el caso. Accedió enseguida, mediante manifestaciones mejorables: un breve gesto de conformidad de brazos y manos, y ocultando su recelo con serenidad. A ella no le bastaron estas dos débiles manifestaciones de aceptación. Ambicionaba una respuesta más clara. Únicamente al escuchar que Lancaster se haría cargo de la búsqueda de Mario, se aplacarían la angustia y la agitación en sus entrañas y se desharía su mohín de disgusto.

—De acuerdo. Te diré en qué domicilio reside. Avísame al menos unas horas antes de que tu madre emprenda el viaje.

—Gracias, señor Lancaster. Siempre le estaré muy agradecida —se apresuró a asegurarle con esperanza renovada, así como con incipiente aprecio hacia él, al menos, en apariencia. Ahora ella estaba radiante, contenta, mucho más relajada.

—Tengo entre manos otra investigación. Me obligará a viajar al extranjero para escarbar en las vidas de unos escritores. Parto mañana y permaneceré quince días fuera. ¿Te sigue interesando contratar mis servicios?

—Sí —respondió con impulsividad, sin meditar. Ahora bien, una respuesta muy meditada habría sido la misma.

—¿Cuándo prevés una nueva visita de tu madre?

—Ella fue a ver a Mario hará cosa de un mes. No irá a Francia hasta dentro de cinco o seis semanas. Eso creo, por los antecedentes.

—En estas fechas estaré en Barcelona. En el supuesto de que tu madre se desplazase a Francia antes de lo que esperas, habrás de tener paciencia y aguantar hasta el siguiente viaje. ¿Te conformas?

—Sí.

—Tan pronto como sepas con exactitud el día del viaje, o incluso si meramente lo intuyes, telefonéame.

—Bien. ¿Ciento cincuenta euros de adelanto?

—Sí, basta con esto. El resto lo pagarás limpiando.

Anika le dio el dinero y dijo con tono apropiado para sellar un pacto inquebrantable:

—Tenemos un acuerdo, ¿es así?

—Lo tenemos.

Marc Lancaster escribió en una de sus austeras tarjetas de presentación su número de teléfono móvil personal y se la tendió a su ya cliente. Mientras esta la cogía con alegría manifiesta, como si acabara de sellar una alianza ganadora, él pensó en lo intranquilizador que podía llegar a ser el caso: «El encuentro de esta chica con Mario, un violador, quizá destruya su candor natural. También cabe la posibilidad de una tentativa de asesinato. ¿Me ha ocultado su plan para actuar como juez y verdugo, para ajusticiarlo?» En tal supuesto, una muchacha con la ira en su apogeo estaba en el despacho del barcelonés sin que él advirtiera ese sentimiento. Lo cierto era que, si Anika matase a Mario, él se sentiría un estúpido y se convertiría en un profesional peor de lo que ahora era. El sabía o presentía esto, de ahí que al punto se dijera que, al igual que cualquier otro detective, estaba orgulloso de sus cualidades y que esta confianza en sí mismo no debía decaer o se vería perjudicada su habilidad para indagar y despejar enigmas.

En otro orden de cosas, el investigador privado temió que le costaría no implicarse emocionalmente en el caso, ya que los objetivos de la investigación, en realidad, eran dos: hallar al exsoldado y preservar la esperanza y la pureza que había en Anika Doric a despecho de sus aciagas circunstancias. Lo mirase como lo mirase, él llegaba a la conclusión de que la felicidad de la chica dependía de que se consiguiese averiguar el paradero de su incurioso padre. Así pues, sobre sus hombros recaía la responsabilidad de proteger la bondad, de salvaguardar la piedad excepcional de ella de la perversidad de otros, de las sombras de la vida. Tuvo la sensación de tener que resguardar a una flor de un incendio descontrolado que reducía todo a cenizas a su paso. Vaciló, casi se arrepintió de haber aceptado el caso. Sin embargo, esta inseguridad, propia de un hombre falto de valentía, apenas duró más que unos instantes. Su honestidad, su sentido de la ética, así como su amor propio, le prohibían desentenderse de llevar a término una encomienda tan trascendente.

El ser desvalido y lastimoso a quien Lancaster se sentía en la obligación de auxiliar o la asesina en potencia con grandes dotes para el fingimiento se

guardó la tarjeta en el bolso. Enseguida, una sonrisa destacó en su rostro eslavo, todavía alterado por las dolorosas confesiones. Él la vio complacida y aliviada, pero esta variación en las emociones, este giro hacia la normalidad, no aclaraba nada. Las características de su alma también eran un misterio por resolver.

3
EL ASESINATO DE JAN PESTOVA

Budapest era una mujer silenciosa, fascinante y orgullosa de su belleza a las cinco de la mañana, una hora antes de rayar el alba. La iluminación de los palacios en la montaña, la de otros monumentos de ensueño en Buda y en Pest, junto con una miríada de farolas encendidas a lo largo de las orillas y de los espectaculares puentes del Danubio, hacían visible esta belleza arquitectónica del centro de la ciudad sumergida en la noche. Por añadidura, hermoseaban su envoltura de oscuridad, toda vez que colgaban en ella variadas formas de color de oro, a modo de guirnaldas chispeantes de Navidad. El leve rumor del ramaje de los árboles, los bajos susurridos cada vez que las corrientes rasgaban la superficie del río y el ruido de los andares de los bohemios más empedernidos, los únicos sonidos cuando no circulaban vehículos cerca, en modo alguno estropeaban esa paz.

A esta misma hora de la madrugada, el asesino de los escritores de novela policíaca forzaba con una ganzúa la cerradura de la puerta de un edificio con aspecto de palacio medio en ruinas y ascendía por sus escaleras. En algunos tramos de los escalones de cerámica vetusta, con resquebrajaduras aquí y allá, la mortecina luz de la luna, que se derramaba desde la claraboya, cubría brevemente su fuerte estampa y sus ademanes de ferocidad. En el cuarto piso, él se arrimó a la primorosa puerta de caoba de la derecha, se echó la mano al bolsillo, asió de nuevo una de sus ganzúas y, gracias a su destreza de ladrón experto, la abrió con rapidez. Un trecho más adelante se perdió en la penumbra de aquella vivienda con aroma a incienso oriental. Amortiguaba sus pisadas con un andar lento y suave; al mismo tiempo, se agudizaba su excitación. Recorrió un metro más por debajo de los restos de una pequeña iglesia bombardeada en la Segunda Guerra Mundial —dos gárgolas de ángeles—, se cercioró de que no

hubiera nadie en su sombrío campo visual, retrocedió, cerró la puerta poco a poco, sin hacer nada de ruido. Al momento se adentró en la propiedad.

El interior del domicilio armonizaba con la puerta de entrada, pues atesoraba una belleza señorial. Contribuían a crearla los muebles vieneses, las alfombras persas, las paredes, forradas de seda, del comedor, los cuatro candelabros del siglo XVI , los artesonados de filigrana en sus altísimos techos y, sobre todo, la abundancia de obras de arte: esculturas antiguas y cuadros de pintores virtuosos sin reconocimiento, carentes de grandeza para los galeristas y los marchantes de arte. En su extremo norte se alzaban tres ventanales grandes, con repisas de color hueso, tras cortinas adamascadas un metro descorridas; los tres, a cualquier hora, enmarcaban una vista de postal. A través de sus cristales entraba la luz del alumbrado de la calle, pero al ser tan débil, ni siquiera perfilaba la silueta de ese intruso que se dirigía a consumar una tragedia.

El criminal sobrepasó el centro del apartamento con determinación y hambre de muerte, se detuvo, miró a los lados, se dijo que todo estaba como lo había supuesto, lo cual era perfecto para él. Echó a andar en dirección al aposento de su víctima aumentando la lentitud y la suavidad de sus pasos. Abrió de par en par el batiente entrecerrado. Traspasó el hueco de la puerta y se quedó casi inmóvil. Concentró su mirada en el centro de la escena: la endeble figura de un anciano vencido por el sueño sobre sábanas de color *beige* ; luego, traspasado de una súbita inquina, posó sus ojos en los rasgos de aquel aclamado autor, Jan Pestova. A sus setenta y dos años, pese a sus mayúsculos éxitos literarios, la modestia se había impuesto totalmente a la presuntuosidad en su espíritu. Incluso dormido, conservaba un aire de bonhomía. Observándolo aquella madrugada, se adivinaba que escribía por amor al género humano en vez de por otras motivaciones más usuales, como, por ejemplo, que en su juventud hubiera llegado a la conclusión de que componiendo frases admirables nadaría en la abundancia y recibiría adulaciones de sus conciudadanos.

Ahora, ante el literato septuagenario, el intruso mostraba una curiosa actitud de indolencia con su relajada postura; curiosa porque desentonaba con sus impacientes manos y, no menos, con el deseo de violencia de sus

ojos. No fue más que un espejismo, dado que él muy pronto lo torturaría. Con la mano diestra, desenvainó con fuerza su puñal de doble filo y lo alzó. Seguidamente, aún con más rapidez, uno de los filos seccionó de derecha a izquierda el cuello del anciano. Sin embargo, la fatal herida no lo mató. El asesino en serie lo quería así, un poco por sadismo, pero sobre todo para ceñirse a su ritual. Disfrutó contemplando al agonizante, que sufría lo indecible. Después apoyó la rodilla en su pecho y se sentó sobre su estómago, aprisionándole el cuerpo. El fulgor de la luna, en cuarto menguante, incidía parcialmente en el rostro del delincuente. Esta parte dorada era suficiente para apreciar su juventud, así como su maldad, pero solo con más luz en la estancia habría podido describirse bien su aspecto: barbilla prominente, cutis moreno, rasgos faciales feos, ojos cenicientos e interrogantes, carnosos labios curvados en una sonrisa de canalla, orejas sin lóbulo, cabello negro, corto y ondulado, al estilo de los magnicidas romanos de alta cuna, gesto de satisfacción y euforia. Su juventud y ciertos trazos inconexos de su sonrisa fue cuanto el magiar distinguió en su cara en un primer momento. La penumbra, por encima y por debajo de aquella insuficiente franja de luz, difuminaba el resto de ella y la reducía a un tono gris, que era negruzco para cualquiera que estuviera tan malherido. A continuación, ese ser terrorífico y depravado se inclinó sobre su sexta víctima y disfrutó todavía más con su agonía en la indefensión. Entonces, una mirada aterrorizada de esta llegó a los iris de ceniza del asesino y naufragó en ellos:

—Voy a coger tu corazón —le espetó el joven con tono de burla, y rompió a reír como un loco.

Jan Pestova estaba rodeado de malsano placer, de perversidad inigualable y de una risa cruel. Sus esperanzas se reducían a que la agresión fuese el fin de una pesadilla, mas no tenía fe en ello. En el fondo sabía que esta esperanza no era sino el deseo imposible de un moribundo. De hecho, presintió que la muerte se lo llevaría a la fuerza de este mundo antes de que el puñal se hundiera junto a su corazón. Y, cuando esto sucedió, cuando el frío y afilado metal penetró en su carne, el atroz dolor desfiguró su faz. Con la mirada todavía clavada en aquellos ojos que amaban la destrucción lenta

de la vida —estaba muriendo como había vivido, mirando a la cara a quienes llevaban el mal dentro de sí—, sorprendentemente, gritó una queja. La mano del matarife de artistas tapó con celeridad la boca del novelista, ahogando el desgarrador grito. Tarde. Su pausada manera de matar se reveló imperfecta; el alarido constituía la evidencia. Desde luego, nada más el agresor lo oyó, fue muy consciente de haber cometido su primer fallo desde que empezara a matar a escritores de novela negra: no profundizó lo suficiente el corte en el cuello. Su alto sadismo, esto es, su voluntad de que el viejo muriese poco a poco, y la lealtad a la cólera de sus manos, que no querían atender las órdenes de la sensatez, le habían jugado una mala pasada. Y, tal vez, lo habían puesto en una situación muy apurada.

Con todo, aunque el malvado corría el riesgo de que algún vecino hubiese oído el grito y no lo interpretara como la reacción a una pesadilla, prosiguió con su macabro ritual. Encendió el equipo de música, bajó el volumen, insertó un CD, tras lo cual sonaron las primeras notas de la canción «Blue Moon» y la voz sin par de Tony Bennett. Introdujo sus manos en el pecho de Jan Pestova, tomó su corazón, dio varias vueltas a la cama doble con el órgano en sus guantes, empapados de sangre. Ni un solo momento apartaba su mirada del rictus de terror del difunto y, de vez en cuando, le insultaba con tono sarcástico, como si aún pudiera martirizarlo.

Sangre cayendo en la oscuridad. Excitación adueñándose del homicida que iba ganando a los cuerpos policiales de varios países. Pisadas entre el silencio. Un cadáver con el tórax rojo sobre el lecho.

Varios minutos más tarde, el criminal colocó el corazón en la inerte, arrugada y flácida mano izquierda del intelectual. Limpió los guantes. Enfiló hacia la entrada del piso. Observó a través de la mirilla, por si hubiera algún residente que, alertado por el aullido, estuviera aguardando una explicación tranquilizadora. No veía a nadie ni oía pasos. No obstante, de todas formas él presintió que sí había una persona acechando en los escalones del rellano superior. Quizá presentía esto a fin de estar preparado para lo peor o quizá porque deseaba cobrarse otra víctima más. Probablemente por esta última razón, salió de la vivienda con idea de abalanzarse sobre un vecino intrépido o irreflexivo. De inmediato corrió

impetuosamente hacia el quinto piso empuñando su arma y, al alcanzar el rellano, acuchilló el aire fuliginoso en todas direcciones. En su semblante, una mueca de extraña alegría, surgida de su pasión por matar. Tan pronto como reparó en que estaba solo, se giró en redondo y empezó a bajar por los peldaños como el viento. En medio de esta apresurada huida por las escaleras, en la cual sus pisadas resonaban —su segundo error—, quitó la sangre vieja de su puñal con un pañuelo y lo envainó. Finalmente, se precipitó a la calle como un lobo solitario al que le gusta correr de noche. Hasta que no percibió el olor del Danubio y su tenue rumor, no comenzó a andar más despacio y con aspecto despreocupado.

Al poco rato tiró en un contenedor de basura todo lo que aún le hacía parecer un asesino: el placer morboso de sus ojos, su peluca, sus cejas postizas, los guantes y el puñal. Luego transitó por varias calles más. Al cabo, se acodó en el murete de piedra de una ribera y observó, con mirada arrogante y torva, los palacios y otros edificios históricos iluminados, que se reflejaban en el río y en sus ojos. Se prometió que nunca lo cogerían. Ni por asomo le habían salido las cosas perfectas al matar esa noche, pero sus fallos no le traerían malas consecuencias. El diablo, esa deidad a su medida que le había insuflado valor durante años, ahora guiaba sus pasos y movía sus brazos. De ningún modo necesitaba hacerlo todo perfecto para seguir sesgando vidas de artistas con impunidad, sin ir a la cárcel. Era el discípulo predilecto de un ser supremo, por lo que gozaba de su magna protección. La providencia del diablo para con sus devotos lo hacía invisible e invulnerable. Él pensaba y creía todo esto.

4
LOS ASESINATOS DE AMARÉ LECONTE Y RICHARD KRAUSS

Los Ángeles, dos días después

Marc Lancaster aterrizó en Los Ángeles cuando la noche empezaba a retirarse de un cielo nublado y plomizo, bien diferente al de los anuncios en que salían playas soleadas de California. No se entretuvo en el aeropuerto ni a la hora de tomar un transporte para ir al centro. Cogió el primer taxi libre, le dijo al conductor el nombre de su hotel, reposó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Su deseo era ponerse a indagar cuanto antes; se sentía fuertemente impulsado a esclarecer el caso.

A los pocos minutos de instalarse en la habitación de su moderno hotel de lujo, el Sheraton —por cortesía de John Roberts—, se tumbó en la cama, abrió el dosier de los asesinatos y se embebió en la planificación de la investigación. Pensó que le convenía descubrir lo antes posible quién era el asesino monstruoso que había desatado el terror en las alcobas de los novelistas, lo cual, posteriormente le permitiría conocer los cómplices —si los había— y el móvil. Él era muy realista en lo concerniente a su profesión. En consecuencia, se figuraba la gran dificultad que presentaría esa investigación laboriosa, peligrosa y, hasta la fecha, irresoluble para los equipos de detectives empeñados en hallar un cabello o una huella dactilar, o en escuchar una descripción física de un hombre de mirada siniestra. En verdad, sería preciso trabajar a jornada completa muchas semanas, partir de planteamientos inteligentes y tener algo de fortuna para determinar qué individuo había esgrimido el puñal, se dijo. Lo que sí le llevó muy poco tiempo fue cambiar su idea inicial sobre cómo orientar la investigación. Se decantó por mantener una visión sobre el móvil de los asesinatos más amplia que la de los policías del Departamento de Homicidios del FBI y

distinta a la de John Roberts, y haría indagaciones a partir de esta visión que no gustaría a su cliente. Estimaba tal procedimiento como el más el correcto, ya que los detectives que investigaban de forma tradicional este caso intrincado desde el primer asesinato admitían una desalentadora falta de avances: no habían obtenido una sola pista. Ninguna de las preguntas más importantes tenía todavía una respuesta plausible. Visto el panorama, optar por una investigación convencional equivalía a tomar callejones sin salida y a repetir inútilmente el trabajo policial realizado.

Tomó su pluma y un folio y se concentró en escribir sobre una carpeta. La luz que se filtraba entre las rendijas de las persianas, una profusión de líneas estrechas, trémulas y de color púrpura, coloreaba de alba bonita su espalda, el suelo enmoquetado y la cama medio deshecha. Lo único en la habitación más dinámico que estos leves temblores púrpuras era su mano diestra. Escribió:

Hipótesis 1

El homicida se ha propuesto tapar el móvil del primer asesinato, el del hermano de John Roberts, Anthony Roberts —también conocido como Anthony de la Heras—, mediante otros crímenes, atribuibles a un asesino en serie. El móvil real es desbloquear la fusión de dos grandes cadenas televisivas. Hay un autor material y un contratante.

¿Se trata de una hipótesis de trabajo válida? No.

Hipótesis 2

Un psicópata obsesionado con los escritores de novela policíaca se aventura a hacer realidad su fantasía, asesinarlos.

¿La considero una hipótesis de trabajo válida? Sí.

Hipótesis 3

Los asesinatos son una cortina de humo para desorientar a la Policía, para que no acierten a ver que existe un homicidio con un móvil clásico: venganza, celos, intereses económicos —excepto garantizar la fusión entre dos cadenas televisivas, que no se admite como posibilidad en esta hipótesis—, acabar con un chantaje… Un mercenario profesional ejecuta

los crímenes siguiendo la estrategia marcada por un inductor con buen o gran nivel económico.

Ninguno de los novelistas fue el objeto del deseo del asesino, aunque los rituales lleven a pensar lo contrario.

¿Es una hipótesis de trabajo válida? Sí.

A continuación apuntó las tareas a efectuar en las próximas semanas. Dejó caer el bolígrafo en la colcha, se irguió, echó a andar de manera tensa y en círculos por la habitación. Recordaba un felino enjaulado con ansias de libertad mientras revisaba mentalmente su planificación de la investigación. Se preguntó si estaba bien hecha. Transcurridos diez minutos quedó convencido de que las tareas escritas abarcaban lo que correspondía comprobar —a partir de ahí, su tensión disminuyó—. Con todo, presumía que John Roberts en absoluto se tomaría bien que hubiera arrumbado su teoría, expuesta con gran emoción y énfasis en Barcelona dos días atrás. Le estaba pagando muy por encima de lo normal, así que seguramente no consentiría ser corregido, máxime, al no haber razones de peso o, más bien, evidencias contundentes para ello. Las líneas de investigación de Lancaster, encaminadas a atrapar a ese asesino proclive a sucumbir a la tentación de la violencia extrema o a la del dinero, se basaban un poco en la intuición, en el instinto. «Diantres, ¿acaso no me contratado justamente por mi intuición? Claro que sí», él se preguntó y afirmó. Pensó de nuevo que urgía hacer progresos y musitó:

—Tendrá que conformarse y valorar los resultados dentro de cuatro semanas.

El detective esperaba, necesitaba y deseaba la aquiescencia de buen grado o el amoldamiento a regañadientes del magnate. Para agilizar las indagaciones se requería que él diera luz verde, o sea, su dinero, puesto que el barcelonés precisaba contar con detectives de calidad y muy aplicados como ayudantes; investigar eficientemente dependía de ello. De negarle su cliente los refuerzos, estaría boicoteando la búsqueda del asesino y facilitando que volviera a hincar su puñal de doble filo en los pechos de escritores despavoridos en cualquier parte del mundo. «Entonces, ¿para qué

arriesgarse?», se dijo Lancaster. Con una idea muy presente en su mente: engañaría a John Roberts por su bien, le telefoneó y le contó medias verdades y mentiras. Se explayó en defender las ventajas de incorporar sus dos líneas de investigación, y en su argumentación puntualizó que hacer esto de ninguna forma implicaba desechar ni infravalorar la teoría de que alguien muy rico de una cadena televisiva había perseguido matar a Anthony Roberts, solo a él. A la postre, el empresario transigió por el engaño.

Tres horas más tarde, con la ayuda de un detective a menudo al servicio de John Roberts y teniendo el infundado presentimiento de que detendría al homicida en unos meses, Lancaster empezó sus pesquisas en California. Este detective, Miguel Torres, había venido al mundo hacía treinta y cuatro años en el otro lado de la frontera, en Campeche. Su aspecto físico delataba su origen sureño: cabello negro, rizado, seco y apagado, bigote tupido, frente ancha, mandíbula prominente, piel atezada, constitución corporal un tanto flaca, mirada maya, normalmente serena, que se volvía inquisitiva o suspicaz siempre que discurría sobre un caso complicado. Y al observar sus ojos se sabía algo más de él, había cruzado la frontera siendo muy joven —lo hizo a los tres años—, pues en ellos no existía el sentimiento de inferioridad que entristece a los muy pobres venidos a la «tierra prometida» a edades en que la mala acogida o la falta de adaptación suele mutilar el carácter, así como la autoestima. Desde el primer día en que ayudó en el caso, demostró ser un detective cumplidor, espabilado y de fiar. Además, era valiente, menos cuando convenía transgredir las normas de los clientes. Esta obediencia incondicional hacia ellos quedó de manifiesto desde el mismo instante en que tuvo conocimiento del rumbo que Marc Lancaster, por su cuenta y riesgo, había dado a la investigación. Al principio, a Torres le enojó un poco y le preocupó bastante que el barcelonés no tuviera en cuenta la cuestionable presunción del magnate. Fue una desazón pasajera. Pronto vio buena intención en la tan particular forma de hacer las cosas del exescolta y, muy poco después, juzgó válidas sus razones para imponer su criterio. Ciertamente, se figuró que sus métodos vendrían bien para encontrar y encajar las piezas en el difícil puzle en que se había convertido

el asesinato de Anthony Roberts, de manera que sus críticas no fueron más allá de reproches muy suaves. No le gustaba que alguien se saltara las normas de quien los contrataba o eludiera trabajar en equipo. A veces, hasta lo detestaba. Pero detestaba más todavía que un asesino múltiple se librara de la cárcel o de la pena de muerte. Así las cosas, y habida cuenta de que Marc Lancaster estaba aportando una óptica prometedora de cara a apresar a la bestia, toleró sus planteamientos atípicos, así como su engaño a John Roberts.

A pesar de esta comprensión de Miguel Torres, que potenciaba su tolerancia, el tema no estaba zanjado del todo en su conciencia. ¿Estaba siendo desleal con su mejor cliente al respaldar al extranjero y al permitir su osadía?, se planteó. Cuando circulaban por la avenida Willshire Boulevard, cesó de cavilar sobre este asunto y también de dudar. De ninguna manera estaba comportándose mal con Roberts; era lícito ignorar su directriz, siempre que gracias a esto se engrilletara al degollador nocturno, consideró. Aun así, quiso saber exactamente en qué situación se encontraba. Quitó una mano del volante, apartó la vista de la carretera un segundo, se giró hacia Lancaster y lo interpeló:

—¿Ni siquiera ha insinuado al señor Roberts que diseñaría la investigación para buscar a un asesino en serie o para destapar una conspiración sin relación con su teoría?

—No. ¿Lo desaprueba?

—En parte sí y en parte no. Quien paga tiene derecho a andar equivocado, incluso a emperrarse en que se le haga caso por muy absurda que sea su postura. Y un detective tiene la obligación de resolver los casos. En ocasiones, supongo, para resolverlos es necesario soltar algunas mentiras.

—Desde luego que sí.

Miguel Torres sonrió de forma leve y torcida, como las personas con la costumbre de decir ironías graciosas. Y el rostro del barcelonés, ahora con los ojos diferentes por la luz solar, que aclaraba su verde color, expresó que él daba por buena su forma de investigar.

El tiempo había cambiado radicalmente desde el aterrizaje: primero el cielo encapotado mudó a medio nublado y sobre las nueve de la mañana se

despejó por completo. Desde hacía varias horas, el sol derramaba su calor asfixiante hasta el último rincón de la ciudad. Esta temperatura alta, más propia del verano, se aguantaba mal en el vehículo de Miguel Torres, con el aire acondicionado muy poco potente. Por la suma de haber dormido muy poco por el *jet lag* , del bochorno en el habitáculo y de un par de minutos sin conversación, de repente, cuanto Marc Lancaster veía y oía le parecían imágenes sueltas de sueños pasados que, una noche lejana, habían formado parte de una historia completa. Apenas dejó de tener sueño, miró a su colega, que alternaba bocinazos con giros bruscos hacia otros carriles. Trataba de esquivar las incontables retenciones de Los Ángeles y cuando se temía no conseguirlo exclamaba maldiciones mexicanas.

En un cuarto de hora, pasó lo inevitable: quedaron atrapados en un atasco. Miles de turismos palpitaban sobre el asfalto, las carrocerías formaban una gran línea en la autopista hasta el luminoso horizonte, las melodías de la radio se colaban por las ventanillas como polizones agradables y briosos. Por encima de todos esos vehículos, esplendía el sol, engastado en un límpido cielo con la tonalidad de la aguamarina.

Marc Lancaster mantuvo su mirada perdida un buen rato. Pensaba en Anika, en su historia de perdón y en su tormento. ¿Qué había sentido por Mario tras habérsele narrado la violación?, ¿cómo había triunfado el maravilloso perdón sobre el desprecio y el odio? y ¿cuál era esa senda de fraternidad grandísima que él no conocía y que escapaba a su comprensión?, se preguntó. De pronto, se vio a sí mismo como un hombre muy imperfecto. Al compararse con ella, concluyó que era muy inferior en cuanto a virtudes morales. Y poco después supo que este segundo caso no le serviría para relajarse. «Esta vez, no, en absoluto», repitió para sus adentros.

Procuró no pensar más en Anika. La expulsó de su mente con la intención de recuperar un estado mental óptimo para rendir. Enseguida, su mirada vagó por las centelleantes ventanas de las plantas más altas de los bloques de pisos de la acera de la derecha. Algo después, él consiguió concentrarse de nuevo en el caso de los escritores. Entonces miró a Miguel Torres y esbozó una tímida y amistosa sonrisa. El investigador americano consideró

que era el mejor momento, desde que se dieron cita a las nueve de la mañana, para hablarle con franqueza sobre el caso.

—¿Puedo tutearle? —preguntó Miguel Torres con gesto serio.

—Faltaría más.

—¿Echaremos el guante a este criminal en el caso de que sea un asesino en serie?

—Dependerá de que siga actuando o no. Si domina sus impulsos asesinos y permanece inactivo durante largo tiempo, seguramente nadie atine a desvelar su identidad. En cambio, como siga matando a este ritmo, acabará cometiendo un error: se le caerá un cabello en la escena de un crimen, se cruzará con algún vecino después de degollar, dejará una huella dactilar donde no debe cuando lo posean sus ganas de matar… Me extraña que no haya cometido ya uno de estos errores. Me extraña tanto que…

—Que ves factible tu otra hipótesis.

—Sí. El perfeccionismo, el que jamás deje un rastro, encaja bien con el modo de operar de un mercenario bien adiestrado.

—¿Por qué te parece mala la suposición de John Roberts? ¿Por no tener un fundamento sólido o porque, de ser acertada, ya habríamos descubierto al asesino nosotros o la Policía?

—Por lo último. Y además…

—¿Y además qué?

—Pongamos por caso que Anthony Roberts fuese el único objetivo real. Encuentro contraproducente que fuera elegido como primera víctima. Levanta sospechas. Mi intuición me dice que John Roberts va descaminado. No te inquietes. Nunca abordo mis investigaciones exclusivamente haciendo uso de mi intuición, también sigo procedimientos tradicionales. Y ya que sale el tema, ¿estáis reuniendo las grabaciones que te solicité?

—Sí. Verlas supondrá un trabajo descomunal, es como buscar una aguja en un pajar.

—Lo sé.

—El detective Nikos Andropoulos está adquiriendo las de Nueva York y otros dos, Richard Lampard, un cabrón irlandés muy concienzudo, y Louis

Van Horn, están haciendo lo propio en Los Ángeles, Carmel y Sacramento. También les he encomendado preguntar en los bares y las cafeterías en torno a las residencias de las víctimas, hasta la distancia que delimitaste, respecto a los incidentes con desconocidos. Les llevará unos cinco días más juntar todas las grabaciones y otros cinco pasarse por los bares y las cafeterías, como mínimo.

—¿Y en París?

—No hemos enviado a un detective americano a investigar el asesinato de París; en vez de hacer eso, hemos contratado a un investigador privado local. Está en ello. Nos enviará las grabaciones el próximo viernes.

—Fantástico —lo felicitó Marc Lancaster—. Me hago cargo de que reunir las grabaciones y recorrerse los bares entrañará dedicar grandes esfuerzos.

—Eso no es nada comparado con visionar las grabaciones. ¡Cojones!

El exescolta asintió y pidió que todo el equipo se resignara a trabajar muy duro:

—Sí, es una faena descomunal, una putada, pero hay que efectuarla. Empezaremos con las grabaciones de los establecimientos que venden alcohol y abren las veinticuatro horas. La Policía ya habrá visto las de los cajeros automáticos, así como las de las cámaras de tráfico. Estas las veremos después.

—Estamos hablando de cientos y cientos de grabaciones. Una montaña de cintas y DVD.

—¿Veinte días para visionarlas? —preguntó. Un gesto de aspirar a acertar entrecerraba sus ojos y torcía sus mejillas.

—Dos investigadores y yo, doce horas al día… —farfulló Miguel Torres mientras calculaba—. Tardaremos más de cincuenta días. Y solo estoy contando los que emplearemos en hacer una selección de los individuos con comportamientos anómalos o con la ropa o alguna parte del cuerpo manchadas de sangre. Pasarán siglos hasta que sepamos si una persona sale en grabaciones de distintas ciudades. Cada detective habrá de visionar varias veces todas las grabaciones con la etiqueta: «A 300 metros o menos de los escenarios de los crímenes». Retener las caras será lo peor. Es muy posible que no hagamos bien esto último.

—Cierto. Hay otro medio para saber si alguien sale en varias grabaciones. ¿No dispone la CIA de un programa informático que detecta coincidencias faciales?

—Solamente tienen acceso a él la CIA, los militares y el FBI. Puedo conseguir otros programas de reconocimiento facial, pero mucho peores.

—¡Qué lástima! —dijo quejosamente, con segundas intenciones: Miguel Torres debía agenciárselas para que el FBI les dejara esta tecnología.

El americano entendió el mensaje.

—Lo intentaré. No esperes mucho de estas cosas tan modernas; alternan los prodigios con los errores. Para nada son fiables al cien por cien. Ojalá peque de pesimista.

—Aunque nos prestasen este programa informático, visionaríais las grabaciones de la manera tradicional. Lo usaríamos para ir más rápido, para abarcar un radio más amplio y para agotar todas las posibilidades. Yo sí confío en él. Todo se reduce a que en las grabaciones se vea el rostro entero del asesino y a que se modifique un poco su *software* . Originalmente, está diseñado para hallar a un delincuente a partir de una cara.

—Haré un par de llamadas. Sondearé si tienen a bien ayudarnos.

—Prefiero que las haga John Roberts. El dinero tiene un gran poder de persuasión. Y él está por la labor de sobornar con sumas impresionantes.

—Tienes razón —convino con voz sosegada. Asimismo, mostró su aprobación mediante una elocuente expresión facial. Tras algunos pensamientos sobre lo bien relacionado que estaba su cliente, dijo—: Estamos cerca. Cinco calles más y llegaremos al domicilio de la segunda víctima.

—¿Conoces datos de este escritor que no estén en su expediente?

—No. Nos habíamos volcado tantísimo en la investigación del asesinato del hermano de John Roberts que descuidamos el resto de ellas, incluida la de Amaré Leconte. Pero, siguiendo las nuevas instrucciones, las tuyas, se interrogó a los vecinos y se les tentó con trescientos dólares. Anteayer, Richard Lampard lo hizo aquí y en Carmel. Solo nos queda preguntar a los de Nueva York.

—¿Habéis tratado de averiguar en qué países del tercer mundo Leconte ha

vivido o ha hecho turismo?

—No. ¿Lo dices porque te imaginas que, tal vez, su novela está fundada en hechos reales?

—Ajá.

—¿Una historia tan increíble puede ser real? Lo dudo mucho.

—Nunca juzgo por anticipado. Si bien, por lo común, la gente opina lo contrario, la realidad supera a la ficción —aseveró con pena meridiana, pensando en la azarosa vida y en los anhelos incumplidos de Anika.

Este pensamiento de Lancaster provocó que le fuera imposible continuar dialogando. La preocupación y la admiración hacia ella se expandieron hasta lo más recóndito de su alma, de modo que al instante se emocionó. No obstante, en un minuto recobró su habitual sobriedad e inquirió:

—¿Cuántos de los allegados con los que pretendo hablar han accedido a reunirse con nosotros?

—Los cinco. Nos esperan sus padres, su novia, su mejor amigo y su agente literario. Se han mostrado muy colaboradores y bastante amables, a pesar de su reciente pérdida. Me han parecido personas muy consideradas y con mucho interés en que se detenga al asesino.

—Es normal. Les han arrebatado a un ser muy querido. Hazme un favor, Miguel.

—¿Cómo no?

—Cuando telefonees a John Roberts, dile de mi parte que me hacen falta cinco detectives más. Uno trabajará en la calle y los otros visionarán las cintas.

—Tendrá que desembolsar una buena pasta.

—No te lo discuto. ¡Qué más da! Le sobra el dinero. De hecho, insistió en que le comunicara cualquier necesidad. Se ofreció a proveer gustoso y sin demora. Le tomo la palabra.

—Le telefonearé nada más salgamos de la vivienda.

Marc Lancaster confiaba en haber escogido la vía más coherente para descifrar el misterio de los asesinatos. Con el transcurso de las horas tendía a creer con mayor firmeza que, para desempeñar bien su cometido, necesitaba adoptar una estrategia global: investigar los homicidios y las

vidas de los cinco escritores. Cada vez que sopesaba las ventajas y los inconvenientes de que la investigación de Anthony Roberts monopolizase los empeños del elenco de detectives de su cliente sediento de venganza, se resolvía más a poner la misma dedicación y ahínco en todas las investigaciones. Verdaderamente, tenía esperanzas de que la clave para encontrar al asesino pudiera surgir en cualquiera de ellas.

El exescolta sacó de su maletín el expediente correspondiente al crimen del novelista a cuyo hogar se dirigían, lo abrió y centró su atención en él. A ratos leía y a ratos procuraba perfeccionar sus teorías divergentes de la de John Roberts. En el mejor de los casos, gracias a ellas sospecharía a corto plazo quién era el demonio invisible, sigiloso y tan hábil como para asesinar a varios artistas en diferentes países sin dejar pruebas. Durante su lectura de esas páginas, permanecía completamente concentrado y quieto; en cambio, cuando pensaba en sus hipótesis se removía en el asiento a causa de las desasosegantes incertidumbres.

Miguel Torres echó varios vistazos a Lancaster, con lo que enseguida se percató de que estaba haciendo un profundo análisis. Además, por ciertas señales, dedujo que era muy tenaz y que experimentaba un vivo deseo de depredador agresivo: ansiaba capturar a su presa, el asesino de los novelistas. De esta forma conoció mejor la manera de ser de su socio por imposición. Justo entonces el americano pensó que haría bien en seguir sus órdenes al pie de la letra. No pensó esto en razón de que Roberts hubiera ordenado la subordinación, sino porque reconocía cuán útiles resultaban las cualidades de ese profesional, inteligencia, tenacidad, astucia y valor, para las misiones complejas y peligrosas. Lo cierto es que, allí y entonces, Torres barruntó que un investigador tan dotado prendería a cualquier criminal tan pronto como este se confiara y bajara la guardia. Más adelante, cuando advirtió que entre las características de Lancaster también se encontraban el proceder con contundencia y la impiedad absoluta, se sobrecogió. Además, se formó una idea perturbadora: existía algo malo y contrario al cristianismo en él, en su espíritu había precipicios en los que su clemencia se había despeñado. Pese a estos «defectos», el de Campeche lo contaba entre los detectives más astutos con los que había trabajado, así

como entre los más temibles, y concluyó para sí que tales atributos de inmisericorde cazador de asesinos constituían grandes razones para intentar aprender su modo de encarar el peligro. En los días posteriores a ese súbito sobrecogimiento, le dio vueltas al origen de la cualidad más oscura e inmoral del extranjero: su facilidad para actuar con suma brutalidad siempre que lo deseaba, lo que le permitía mirar de tú a tú a todo asesino sanguinario y adaptarse a las situaciones más arriesgadas. Supuso que esto tenía una explicación probable: un episodio horrible acaeció en su vida y le produjo una herida en el alma. Más adelante, casi al término de la investigación, tuvo para sí que, en efecto, un suceso traumático había dejado en él aquella herida y que tras reponerse se había hecho más fuerte, erigiéndose en un enemigo nada recomendable.

Miguel Torres observó un instante con ojos comprensivos a su colega y volvió a fijar su mirada en el asfalto marengo; ese instante le bastó para saber que aquellos párrafos mecanografiados acerca del difunto estaban intensificando su suspicacia.

A la atención de Miguel Torres.

Informe de Amaré Leconte:

Amaré Marcel Leconte, 37 años. Estaba considerado el escritor joven con más futuro de Estados Unidos en el género de novela negra. Su ópera prima, *El Diablo de Etiopía* , se convirtió en un éxito de ventas. Contaba con el reconocimiento de crítica y público, una situación literaria infrecuente en nuestro país. Estaba escribiendo su segunda novela, cuyo argumento ignoramos.

Su padre, francés, se casó en Lyon en 1965 con una inmigrante rumana, Loredana Popescu. En 1976, cuando Amaré Leconte tenía siete años, el matrimonio se trasladó a Los Ángeles, ciudad en que su padre había encontrado un empleo como ingeniero industrial. La familia disfrutaba de buena posición económica.

Amaré Leconte se licenció en Medicina en Stanford. Ejerció hasta la publicación de su novela, un punto de inflexión en su vida. Unas pocas

semanas después de este éxito atronador, dejó su empleo de traumatólogo en el Sutter General Hospital de Sacramento y se dedicó por entero a escribir.

Esta primera novela narra la historia de un misionero jesuita que fundó una misión en una mísera zona rural de Etiopía. Él, atormentado por ver morir a diario a los nativos durante el periodo de hambruna, ideó y puso en práctica una solución eficaz y detestable para revertir tamaña calamidad: vendía un niño cada diez años, aproximadamente. Al seleccionado le extraían órganos en Los Ángeles, los cuales previamente se habían subastado en el mercado negro a padres ricos y desesperados con un hijo al borde de la muerte. El jesuita no se quedaba con el dinero a fin de tener una vida maravillosa, lo destinaba a comprar comestibles y medicamentos para los famélicos habitantes de su misión y los de las aldeas colindantes. En verdad, subsistieron miles de ellos gracias a su estrategia criminal.

Años más tarde de la primera venta de uno de estos niños, los crímenes llegaron al conocimiento de la Policía mediante una denuncia telefónica anónima realizada por un individuo encolerizado, quien aseguró haber comprado un riñón para su hijo enfermo. Este dijo otra cosa más, al día siguiente de haberse practicado la operación de trasplante se enteró de que el riñón provenía de un chico negro. Manifiestamente, su fuerte racismo (tenía ideología nazi) lo impulsó a denunciar al intermediario.

La Policía no dio ninguna credibilidad a la denuncia. Así y todo, debía cumplir con el trámite de abrir una investigación. Se respetaron los protocolos. El Departamento de Homicidios de Los Ángeles envió a esa misión, a modo de vacaciones, a un inspector que atravesaba por un mal momento. A sus mandos se les ocurrió que un viaje intrascendente a África le vendría bien para superar el reciente suicidio de su hermana.

Cuando el angelino interrogó al sacerdote en la misión, este le reconoció abiertamente su culpabilidad, y de inmediato se afanó en convencerlo de que las decisiones tomadas eran moralmente aceptables. Fundamentalmente, argumentó que, sacrificando unas pocas vidas, salvaba cientos cada año. Asimismo, enfatizó que, si le detenía, sería el responsable de un enorme número de muertes. El misionero consiguió su objetivo:

disuadir al inspector de informar a sus superiores.

El policía regresó a Los Ángeles, vivió como lo hacía antes del viaje a Etiopía y guardó el secreto.

El sacerdote falleció de malaria al cabo de unos meses.

Por su parte, el denunciante consiguió que un periodista crédulo removiese el pasado e hiciera preguntas relativas a sus acusaciones. Tras unas semanas de fructíferas pesquisas periodísticas, el escándalo saltó a los periódicos.

El juicio del inspector ocupa la segunda mitad de la novela.

Información complementaria:

Cinco años antes de la publicación de su novela, Amaré Leconte escribió un artículo en The New York Times en el que encomiaba la labor humanitaria de Save the Children en las zonas más pobres del mundo y ponía de vuelta y media a la administración norteamericana por su escasa aportación a esta entidad y a otras similares.

Lancaster, preocupado y con una gran comezón por conocer la verdad, cerró el expediente de golpe.

—Miguel, uno de los detectives de refuerzo comprobará si Amaré Leconte viajó a Etiopía. En el caso de que hubiese realizado el viaje, el detective reconstruirá lo que hizo allí. Lo liberaremos de las otras tareas.

—Se inventó la historia. No es verdadera —opinó alarmado, casi alterado.

—Pondremos el mismo interés en esclarecer cada asesinato. ¡Hostia! Como este sacerdote exista y no haya fallecido de malaria…

—Entonces, ¿qué? Demos por verdadero que vendía niños con la pretensión de salvar la vida a miles de sus queridos feligreses. Vale, partamos de este supuesto descabellado. Aun así, no mataría a escritores inocentes en medio mundo para evitar que lo enchironaran.

—Cierto, jamás encargaría asesinar a escritores. Sin embargo, sí lo haría algún rico sin escrúpulos que ya tuviera apalabrada una compra de un órgano. Habría visto peligrar seriamente el trasplante al leer *El Diablo de Etiopía* , al descubrir que Amaré Leconte estaba al corriente del tinglado. Ante esta contrariedad, con la finalidad de asegurar la transacción, el

comprador dispuso que se matara a Leconte de forma extremadamente rara, como lo harían los miembros de la familia Manson u otro asesino en serie original. De esta manera, nadie o muy pocos llegarían a plantearse que un mercenario acabó con él porque sabía demasiado. Y, por lo mismo, para enmascarar el móvil, se estaría perpetrando la matanza paulatina de más escritores. Dicho de otro modo: este comprador de órganos habría financiado los asesinatos de unos cuantos autores de novela negra para curarse o para curar a su hijo, a su esposa o a otro familiar.

—¡Joder! No lo había visto desde esa perspectiva tan inquietante. Me informaré mañana mismo sobre los viajes de Amaré Leconte. Tengo un amigo en el Departamento de Estado.

—Sí, hazlo.

—¿Ves ese edificio futurista con la fachada de cristal negro?

—Sí.

—Ahí residía Leconte, en la tercera planta.

Miguel Torres, todavía pensando que le había faltado una sospecha a sus sospechas y en su porqué, estacionó el coche en el aparcamiento reservado a los propietarios de la finca. Seguidamente, los dos detectives anduvieron por el camino del cuidadísimo jardín comunitario, que aumentaba el atractivo del lujoso inmueble. Amaré Leconte se había enriquecido mucho con su *bestseller* , dedujo Lancaster. En ese momento, en medio del terreno con blancas rosaledas bajo ramas de arces de hoja roja, Miguel Torres hizo un comentario de índole sentimental al barcelonés: a diferencia de los otros escritores asesinados en suelo norteamericano, Leconte gozaba de la estima póstuma de una legión de seguidores. Ciertamente, entre sus incondicionales había un elevado porcentaje de lectores idealistas que jamás se habrían interesado por la novela negra de no ser por su arrolladora aparición en el panorama literario. Este los había maravillado con su estilo fino, sencillo, adictivo y, mayormente, mediante su historia de denuncia social: *El Diablo de Etiopía* alentaba a implicarse en la construcción de un mundo justo y contenía una carga emocional muy fuerte. De ahí que el autor despertara, en cierto tipo de lectores, simpatías fulminantes a la par que afectos intensos. Mediante esta obra, criticaba tan certera y

descarnadamente a los gobiernos occidentales y su insolidaridad con el tercer mundo que enseguida había acaparado la devoción de gran parte de los activistas, de los opositores al *statu quo* , de la gente honesta decepcionada con el sistema… Unas cuantas docenas de esos devotos residentes en California, con auténtico sentimiento de duelo, se manifestaban cada sábado de once a doce de la mañana ante las puertas de ese mismo lindo jardín, y entonces clamaban por justicia y exigían a la Policía el encarcelamiento del abyecto culpable.

También Marc Lancaster se sentía atraído por la cautivadora personalidad y el talante piadoso de Leconte, así como por la temática reivindicativa de *El Diablo de Etiopía* . Cuando inició la lectura de ese libro, lo devoró sin hacer pausas, durante ocho horas (lo había leído el día anterior, en el vuelo de Barcelona a Los Ángeles). Desde el tercer capítulo, concibió admiración hacia él, comprendió su mensaje y lamentó que el aborrecible asesino no hubiera elegido a otro artista para cobrarse una víctima más y alimentar su vanidad o crear un engaño colectivo.

Declaró esta admiración inusual —admiraba a pocos intelectuales: Paulo Freire, Gustavo Gutiérrez Merino, Jürgen Habermas, John Rawls y Noam Chomsky— a Miguel Torres cuando estaban subiendo por las escaleras de color marfil, construidas alrededor del hueco acristalado del ascensor. Con dos frases cortas, el americano le comentó que en él también había germinado una gran admiración por el carismático escritor. Luego, su mano pulsó el timbre del piso y de su boca salieron más razones por las que la profesaba.

Abrió la puerta una señora mayor, flaca, afligida, de facciones afiligranadas, vestida de negro de pies a cabeza. Les atendió haciendo gala de un lenguaje depurado, así como de una educación impecable, nada reñidos con la naturalidad y la sencillez de una mujer adorable. Al presentarse como la madre del fallecido sin que decayeran su amabilidad ni su educación, el detective barcelonés se imaginó que su educación se mantenía exquisita, a pesar de su tremendo padecimiento, porque se sentía obligada a comportarse así. En cuanto al trato deliciosamente amable, tuvo la impresión de que constituía una característica connatural de ella, que

nunca perdería. Al poco de que este observara su forma de ser, sus maneras y sus amorosos ojos, se imaginó que Amaré Leconte había llegado a ser un gran crítico social y un escritor comprometido gracias a su influjo, pues al criarlo le habría transmitido la valentía e instilado los valores que impregnaban y hacían especial su obra, bien distinta a la de los novelistas talentosos o mediocres muy dados a consentir, con su conformismo o con su cobardía, las iniquidades de su época —la gran mayoría—. A su vez, ella lo habría educado para ser humilde, y esto hizo que el éxito no se le subiera a la cabeza ni lo ensoberbeciera. La presencia multitudinaria de manifestantes a las puertas del jardín a guisa de homenaje al escritor, debía considerarse, en buena parte, consecuencia de su excelsa labor como madre.

En el salón, la señora Leconte invitó a los investigadores a ponerse cómodos en los sillones y les ofreció una bebida y pastas de las de amenizar el té. Ambos declinaron el ofrecimiento con voz floja, a juego con el ambiente de duelo de la casa, y dieron las gracias a esta mujer madura, transida de dolor, que, en opinión de Marc Lancaster, se asemejaba a un otoño moribundo por su elegancia y por cómo se apagaba su fuerza vital. Después, los dos detectives saludaron a los demás, que eran todas las personas de interés para ahondar en la investigación, tal como había apuntado Miguel Torres en el vehículo. El barcelonés se animó al constatar que la jornada discurría según el plan de trabajo del día.

El agente literario era obeso, achaparrado, de muy escasa viveza y resaltaba en él una mirada de perenne ensimismamiento. A causa de estas dos últimas características, nunca lo abandonaba un cierto aire melancólico. Sobre su ancho cuello, una cara de persona noble y justa, una apariencia que se correspondía con la realidad: jamás profesaba envidia ni otros sentimientos bajos hacia nadie.

La novia de Amaré Leconte, Kalia, se encerraba en sí misma y guardaba bajo llave sus sentimientos, de modo que no podían distinguirse. Su expresión rígida e inalterable impedía captar su personalidad, así como su tendencia natural a hacer el bien o el mal. Bien pudiera tratarse de una persona altiva y egoísta o gentil, sociable y caritativa. En lo tocante al

físico, sus ojos, grandes, almendrados y negros, impresionaban gratamente; sus facciones, muy bellas, parecían chipriotas; su esbeltez y su buena estatura concordaban con las de una modelo de pasarela, y el cabello, opulento y castaño, que encuadraba parcialmente y con armonía su enigmática y oscura mirada, se adivinaba sedoso. Todo en ella merecía alabanzas y movía a desearla. Mientras Marc Lancaster hablaba con parquedad para saber quién era quién entre los allegados, se figuró que seguramente al polemista escritor le gustaron las mujeres que compartían su ideología y rebeldía, pero que cuando conoció a esa beldad al estilo de chica guapa de película americana de cine negro clásico, se sintió abocado a hacer una excepción, a prescindir de la coherencia. Cualquier hombre habría hecho lo mismo, también uno lúcido y sabio, se dijo para sus adentros. Lancaster había visto muchas veces renunciar a un ideal muy definido de mujer ante la tentación de una joven tan bella y hechicera. Él mismo había caído en esa tentación, así que daba por sentado que todo varón adolecía de esta excusable debilidad.

El padre de Amaré Leconte, Alain, no había asimilado la tragedia. Saltaba a la vista. Se mantenía en ese estado de *shock* prolongado en el cual las desgracias se saben ciertas, pero se sienten irreales, por lo que todavía quería y necesitaba estrechar en sus brazos al hijo a cuyo bienestar había consagrado su vida. Su felicidad y su vitalidad murieron al mismo tiempo que Amaré, de ahí que pareciera un pusilánime. Estaba claro que nunca recuperaría su anterior pasión ni su intrepidez. De esto sí se había hecho a la idea ese pobre anciano, y se resignaba.

El que fuera el mejor amigo del novelista, Damian Folk, completaba la congregación de los depositarios de sus varias clases de amor. Habían sido compañeros de clase en el parvulario y en el instituto. Vamos, casi toda su vida. Y cuando los estudios universitarios los distanciaron geográficamente, el afecto y la lealtad incondicional que embellecían su amistad permanecieron sólidos en ambos. Del grupo de damnificados, era el único cuyos ojos proclamaban odiar al asesino de Amaré Leconte. Marc Lancaster valoró de manera positiva su odio —coligió que estaría abierto a declararle cuanto sabía—, razón por la cual estuvo tentado de dirigirle las

primeras preguntas. Su carácter, que le hacía ser sistemático siempre que investigaba, le enmendó enseguida y cogió las riendas de su curiosidad. En definitiva, él siguió el orden establecido previamente según su método para proceder en las entrevistas cruciales: definir con antelación las preguntas, a qué persona se las hacía y en qué preciso momento. Así pues, empezó con el agente literario, Richard Malone.

—Señor Malone, ¿su representado fue objeto de amenazas? Me refiero tanto a las que espantarían al más flemático como a las que se nos antojarían irrisorias o poco creíbles.

—No, en modo alguno. Los lectores le mandaban multitud de cartas, pero siempre con buenos fines: para alabar su solidaridad con los desfavorecidos y que llamara a las cosas por su nombre. Amaré no solía responderlas. Aunque sí lo hizo a veces, y me contó que le habría gustado enviar misivas de agradecimiento a cada uno de ellos. La verdad, no podía tener tal gentileza para con todos; habría tenido que dejar de escribir novelas.

—¿Sucedió esto?

—No le entiendo.

—Dejar de escribir. ¿Se estaba tomando un descanso o había comenzado una nueva novela?

—Se tomó un merecido descanso después de la publicación de *El Diablo de Etiopía* . El descanso terminó hará cosa de dos meses. Ya estaba escribiendo su segunda novela. Se la mandaré por correo electrónico al mediodía.

—¿De qué va?

—De la gente a la que se le prohíbe ser feliz. Esta fue su contestación literal cuando le pregunté.

—Sea más concreto, por favor.

—La novela destapa algunas de las actividades ilegales de las mafias chinas que han echado raíces en Estados Unidos, pero principalmente narra la vida de una chica de catorce años traída desde una aldea de China por las tríadas para trabajar de cocinera en un restaurante del Chinatown de Nueva York en unas condiciones rayanas en la esclavitud. Amaré se propuso plasmar sus sueños y sus anhelos en la novela. A tenor del resumen que me

hizo, ella es consciente de que no saldrá de la explotación en muchos años, y, para evadirse, crea en su imaginación un mundo paralelo en el que es libre y feliz.

La expresión de Marc Lancaster decía que estaba imaginándose algo malo. El agente literario se dio cuenta y alcanzó a comprender la razón de este temor de detective receloso.

—Me figuro qué está pensando. Nadie, menos Amaré y quienes estamos aquí, sabía el argumento de la nueva novela. La mafia china en forma alguna se sintió aludida, perjudicada u ofendida —subrayó el señor Malone —. Él apenas había escrito ochenta páginas.

—Pero se documentaría.

—Claro.

—¿Frecuentó Chinatown o procuró hallar jóvenes chinos que padecieran opresión en sus vidas?

—Lo ignoro. Le sugiero tener presente tal posibilidad. Amaré veía necesario conocer bien las realidades en torno a las que giraban sus novelas.

—¿Qué puede decirme sobre cómo se documentó Leconte para escribir la primera novela?

—Se entrevistó con africanos y con personal de las ONG cuyo destino había sido Etiopía.

—¿Viajó a Etiopía?

—No. Entrevistó a estas personas de referencia aquí, en Los Ángeles.

—¿*El Diablo de Etiopía* se inspira en una historia real?

—¡No! ¡Por Dios! Su insinuación es una barbaridad. Se inventó la historia.

—¿Está completamente seguro?

—Sí. Un secreto de esta índole lo habría compartido conmigo; confiaba mucho en mí. Y tuvo sobradas ocasiones para confesármelo: quedábamos para desayunar los lunes cuando los dos estábamos en Los Ángeles.

—¿Mencionó a alguno de ustedes que hubiera escrito *El Diablo de Etiopía* basándose en un hecho verdadero? —preguntó Lancaster, y orientó su mirada hacia los estupefactos familiares, la venusta novia y el amigo

íntimo.

Solamente se oyeron dos respuestas negativas. La pasividad del padre, así como la de la novia, contrastaban con la actitud solícita de la madre y del amigo, que se habían apresurado a contestar. El investigador barcelonés esperó unos segundos sin insistir, mas no hubo otras contestaciones. Después, expresando condolencia a la par que un poco de intriga, miró fijamente a los seres queridos del novelista que no habían dicho nada desde la llegada de los detectives. Finalmente, Alain Leconte exclamó un sonoro «No». A continuación, aquella belleza casi desmadejada, misteriosa y propensa al silencio hizo un gesto de negación moviendo lentamente la cabeza, como si fuera una desidiosa.

—Discúlpeme por esta pregunta, señor Malone. Se impone hacerla. ¿Tenía negro, un *ghostwriter* ?

—¡No! Pondría la mano en el fuego. Él escribía sus propias novelas. Le sobraba talento.

—¿Escribió para otros en el pasado?

—No, tampoco. Provenía de una familia acomodada, como puede ver —atestiguó el agente extendiendo el brazo hacia los acongojados padres—. Nunca le faltó dinero. Y, de haberlo necesitado, antes habría trabajado de friegaplatos que rebajarse a escribir para impostores. Para nada fue un hombre jactancioso ni endiosado. Ahora bien, su arte no se lo hubiera vendido a ninguno de los grises escritores que afean la novela negra.

Lancaster continuó conversando con los seres más cercanos del escritor asesinado. Formuló preguntas incómodas y otras menos arduas de responder. A él le satisficieron las respuestas. Desde la primera a la última palabra, las estimó francas, en buena medida porque sonaban así y también porque concertaban con la biografía de Leconte reflejada en su expediente. Por tanto, se abstuvo de alargar la entrevista lanzando preguntas reiterativas a aquellas personas martirizadas por la añoranza. En el breve espacio de tiempo que el barcelonés había empleado en sopesar si daba por concluida la reunión, el silencio se impuso en el salón y las miradas de los convocados convergieron en su meditativo semblante. Todos ellos se esforzaban en leer indicios de que tenían delante a un investigador

sobresaliente. Además, el agente y Damian Folk se planteaban si estaba dotado de la notable inteligencia necesaria para solucionar un caso tan difícil en el que el FBI estaba quedando en evidencia y si poseía la astucia, la perseverancia y el coraje para identificar, tender una trampa y vencer al asesino. A todos les agradó cuanto leyeron en él. En la autoconfianza, en el valor y en la predisposición a socorrer a los débiles, que de algún modo claro y extraño se apreciaban en su rostro, vieron una combinación de cualidades fenomenal para concebir esperanzas. También su respetuoso interrogatorio en grupo, en el cual dio muestras de ser listo, había contribuido a que ellos lo tuvieran por un detective válido. En definitiva, presintieron que, si alguna vez tenía a tiro al asesino, le daría caza sin contemplaciones. Incluso Kalia se figuraba que el investigador extranjero estaba deseando perseguirlo y lanzarse sobre él, de ahí que se advirtiera una alegría cruel en su faz y ya no estuviera impenetrable y con la mirada ausente como antes. Al igual que los demás, acarició la idea de que ese europeo no fallaría y sintió el impulso de darle las gracias.

Marc Lancaster, en su despedida, correspondió con cortesía al buen trato recibido y dio el pésame. A renglón seguido prometió no desfallecer. Como era de esperar, esto concitó gratitud en los desolados allegados y, asimismo, un muy ligero aplacamiento de su pesar.

En medio minuto, los dos investigadores privados estaban bajando pensativos las escaleras del edificio; a cada uno lo acompañaban sus preguntas, bien dispares, sobre el criminal aficionado a matar de noche y a traición. Además, el exescolta pensaba intermitentemente en la madre a quien la gran aflicción, su modo de conversar y la vestimenta negra le daban una gran distinción y hacían que cualquiera normal, con algo de humanidad, sintiera compasión hacia ella. Al acabarse los peldaños, Torres apoyó la espalda en la pared del vestíbulo anexo al jardín, telefoneó a John Roberts y, sin rodeos, le trasladó las costosas peticiones de Lancaster. El magnate no puso objeciones, bien al contrario, le agradó la solicitud de más personal. Esto, a su entender, significaba que sus detectives tenían una pista o estaban siguiendo un plan. Finalizada la conversación entre el vengador de Anthony Roberts y Torres, este salió al jardín en dirección a su

compañero, se guardó el teléfono móvil en el bolsillo de la pernera bajo el sol luciente y los débiles y breves susurros de las hojas, entrecerró sus ojos de forma prolongada en señal de malestar o, tal vez, de desagrado, miró a Lancaster con fingida pereza y comentó:

—Éramos pocos y parió la abuela. Ahora también tenemos que meter a la mafia china en la relación de sospechosos.

—No la añadas, todavía no —lo contradijo categóricamente.

—¿Por qué?

—La mafia china alardearía de haberse cargado a un novelista que la estaba retando. Alguno de sus malhechores le habría pegado dos balazos sin dejar pruebas materiales de su culpabilidad, y al día siguiente del crimen, otros de ellos habrían corrido la voz por las calles de Chinatown de por qué se le había asesinado, para que el arreglo de cuentas sirviera de aviso a cuantos tuvieran la tentación en el futuro de interponerse en el camino de esa tríada.

—Estoy contigo. No cuadra.

—Esté en lo cierto o no, de ninguna manera prescindiremos de esta línea de investigación. Sería irresponsable. La dejaremos en un segundo plano, pero no la eliminaremos. Eso sí, te confieso no tener ninguna fe en ella. Lee la novela inacabada de Leconte esta noche. Apunta los nombres de los personajes mafiosos y me los pasas mañana a primera hora, ¿*okay* ?

—Dalo por hecho. ¿Cómo organizo el equipo? ¿Qué funciones asigno a los detectives de refuerzo?

—El detective irlandés… ¿Lampard?

—Sí, Richard Lampard.

—Continuará preguntando en las cafeterías, bares y restaurantes próximos a los domicilios de los escritores. Uno de los nuevos se le unirá. Nos han de hacer saber al instante, no al final de la jornada, los establecimientos en que un cliente nuevo provocó una pelea o se mostró violento. ¿Tienes al dibujante listo?

—Está constantemente pendiente de mi llamada. Moverá el culo bien rápido hacia uno de esos bares tan pronto como le avise.

—Muy bien. El detective Van Horn centrará sus esfuerzos en hacerse con

las grabaciones de vídeo, también las de las cámaras camufladas. Este será su quehacer exclusivo. ¿Le llegará el dinero para pagar a los reticentes?

—Dispone de cuatro mil dólares.

—Pon en sus bolsillos el triple. Los pagos exiguos acarrean embustes o negativas. Debemos evitarlo. Es esencial disponer de las grabaciones.

—Le daré varios fajos de billetes grandes.

—Otro de los nuevos lo ayudará. Yo visionaré contigo y tus detectives las grabaciones mañana por la mañana y, al mediodía, inspeccionaré el escenario del crimen del hermano de John Roberts. Vosotros dedicaréis pasado mañana, más los días que sean necesarios, a ver las puñeteras grabaciones.

—¿Qué harás el jueves?

—Volaré a Nueva York a primera hora de la tarde. Y el viernes entrevistaré a los familiares y a los otros allegados del novelista asesinado en Manhattan. Será bueno tener y contrastar los datos de los cinco asesinatos cuanto antes.

—Vas a viajar de lo lindo. Por fortuna, París es una preciosidad.

—La ciudad del amor. ¡Qué ironía! Te dejaré al mando en lo de las grabaciones. No infravalores esta faceta de la investigación. Delego en ti una labor aburrida y fatigosa, y quizá determinante. Las grabaciones constituyen una baza estupenda para descubrir la identidad de ese hijo de puta.

—Confía en mí. Las miraremos cuidadosamente.

—Telefonéame a cualquier hora del día o de la noche no bien detectaseis a una misma persona en más de una ciudad o una actitud sospechosa. Vería la grabación en cuestión en mi móvil.

—Son casi las dos. Habría que ir tirando para Carmel.

—Sí.

—Nos espera más de lo mismo: desolación y rabia.

Se montaron en el longevo Dodge de Miguel Torres y circularon a lo largo de avenidas amplias con edificaciones de poca altura, ubicadas detrás de aceras con escasos peatones. En media hora se incorporaron a la circulación de la autopista. El calor todavía era muy intenso y se pegaba a

todo, también a las carrocerías de los vehículos, lo cual invitaba a bajar las ventanillas y a acelerar. El aire caliente sobre el abrasador asfalto temblaba exactamente igual que los espejismos deseables en los desiertos, de manera que al mirar en lontananza se divisaba una especie de puente hacia la irrealidad.

Marc Lancaster, mientras soportaba este calor soporífero, se preguntó a qué se debía que el degollador hubiera iniciado su masacre en Sacramento. Luego, de nuevo, trató de imaginar a qué clase de asesino aspiraba a detener. Por descontado, podía explicarse cómo era este en lo más esencial, si bien no a través de un único supuesto; se precisaban dos en esta fase inicial de la investigación, creyó él. El primero que barajaba en nada difería del de la Policía: estaban lidiando con un asesino en serie, con toda probabilidad natural de California, que había residido en Los Ángeles, en Carmel o en Sacramento. El exescolta hipotetizó para sí: «Un asesino en serie mata a personas a las que desea mucho. Tales deseos, normalmente, surgen después de haberlas visto con frecuencia en algún sitio o, si no, en los medios de comunicación locales. Esto me hace presumir que se ha criado o se ha establecido en California. Arrancar corazones en otras ciudades, en especial en el extranjero, obedece a su obsesión incontenible por los escritores de novela negra y a su voluntad de minimizar el riesgo de una detención». A continuación se dijo: «¿Qué alto mando o detective en la Policía francesa preveía que repetiría sus macabras hazañas en París? Ninguno». Y la otra posibilidad, se había contratado a un mercenario y se le había ordenado acabar con la vida de un novelista en concreto y, a su elección, con la de unos cuantos más —para crear una cortina de humo—, no aclaraba de dónde eran el agresor ni esta víctima fija de la lista. Tal vez fuesen de California o tal vez no. A propósito, Lancaster discurrió como lo haría un mercenario frío y calculador con un único objetivo principal. Como resultado, supuso que el asesinato clave estaba situado en la mitad o cerca de la mitad, dentro de la sucesión de crímenes. ¿Por qué? Por de pronto, si se hiciera cargo del caso un agente especial del FBI nada ingenuo y bastante imaginativo, sería partidario de dividir los asesinatos de los novelistas en dos categorías, uno imprescindible y los cometidos para

confundir, y tendería a pensar que el imprescindible se correspondía con el primero. Existía una razón más para que el investigador privado considerara acertada su suposición sobre el orden de los crímenes: como el mercenario creara antes la cortina de humo y dejara para el final o casi el final la eliminación del verdadero objetivo, tendría que esquivar a una Policía en estado de alerta. Habría agentes de paisano apostados en los aledaños de las residencias de los escritores célebres, así como en las de los que se estaban labrando un nombre. Esto no le convenía al criminal. Los novelistas escogidos para la cortina de humo se podían sustituir en cualquier momento por otros menos protegidos; el objetivo prioritario, no. No había otro modo de verlo, toda vez que poniendo a ese objetivo prioritario en los últimos lugares de la lista, tocaría matarlo con el escollo de la presencia policial y arriesgarse excesivamente. Vamos, todo un despropósito.

Justo entonces, cuando las especulaciones del europeo estaban transformándose en conclusiones muy consistentes, sonó una melodía de salsa cubana en el teléfono móvil de Miguel Torres. Este atendió la llamada con cara amigable sin cesar de mirar a la carretera, que el hambre del mediodía llenaba de conductores con prisa. Súbitamente, palideció y se tornó muy serio. Soltó el teléfono, abrió mucho los ojos, apretó los labios y sacudió la cabeza por la desazón y la sorpresa.

—Marc, han asesinado a otro novelista con idéntico *modus operandi* .

—¿Dónde?

—Vas a flipar. En Budapest. Este caso es una mierda. Nos costará Dios y ayuda solucionarlo.

Lancaster no se desconcertó. En absoluto le cogió por sorpresa que se hubiera producido un homicidio en Budapest. El efecto de la noticia en él fue diferente al de Miguel Torres: ni por asomo estaba sorprendido, únicamente se sentía mal por estar incumpliendo su deber. Le remordía pensar que, de haber apresado ya al asesino, este no habría matado al novelista húngaro. Para consolarse con una verdad, se dijo que esta acusación de negligencia que lanzaba contra sí mismo tenía mucho de gratuita, habida cuenta de que era el primer día que inquiría; aunque sí

auguró para sus adentros que se apesadumbraría mucho, y ya merecidamente, si la investigación se dilataba y los artistas seguían siendo asesinados.

—¿Por qué le ha dado por actuar en Budapest a este grandísimo cabrón? —preguntó Miguel Torres con intensa repulsión. Por su gesto, se diría que su fe en atraparlo estaba decreciendo.

—Por lo mismo que en París: si es un asesino en serie, le atraía matar a ese escritor; si es un mercenario, persigue mejorar su cortina de humo.

—¿Dejará de matar?

—Dejará de matar muy pronto y definitivamente de tratarse de un mercenario que está haciéndose pasar por un enfermo mental. Con un par de asesinatos más, le basta y le sobra para que la Policía no se cuestione que un asesino en serie es el responsable de estos crímenes. En su agenda de maldades ya están tachados casi todos sus sangrientos encuentros con novelistas, diría yo. Y una vez que cese de asesinar, no blandirá más su puñal de doble filo. No se darán nuevos asesinatos.

—Quizá pare ya, ¿no crees? Después de seis asesinatos calcados y tan extraños, la gran mayoría de policías y periodistas no dudará de que hemos visto la obra de un asesino en serie clásico.

—Así es. Y como este criminal sea un asesino en serie de verdad, vaticino una pausa momentánea en los asesinatos. Agentes de paisano lo están esperando en el vestíbulo o en el perímetro de los edificios en cuyos dormitorios tiene previsto martirizar. Ha perdido el factor sorpresa. Él lo sabe: evitará caer en una trampa.

—¿Solo una pausa momentánea?

—Sí. Las puertas de su paraíso volverán a abrirse de par en par en cuanto la Policía desmonte sus operativos de protección. Durante el tiempo de espera, el homicida se conformará con pegar a prostitutas, torturar animales o ruindades de ese estilo. Lo ideal sería detenerlo antes de este letargo forzado. Cuéntame más sobre el asesinato de Budapest.

—El forense ha fijado la hora de la muerte en torno a la medianoche de hace cuatro días. Nadie vio nada. Nadie oyó nada. Nadie sabe nada. Lo de siempre. Jan Pestova, el escritor, se hallaba solo en su piso. Por lo visto, no

se relacionaba mucho últimamente. Tal vez, los novelistas viven como ermitaños cuando les apetece escribir. Vete a saber. El ritual, así como el modo de matar, son exactos a los de los otros homicidios. Nuestro asesino invisible lo ha torturado y matado.

—O nuestra asesina.

—Sería alucinante. Lo de quitarles el corazón lo encuentro muy femenino.

—No te emociones, Miguel. Se me antoja muy improbable. Las estadísticas están en contra. Y, desde luego, una mujer mataría disparando un arma de fuego. No se sentiría segura asesinando con un puñal a personas físicamente más fuertes, aun cuando estuvieran durmiendo. ¿Este novelista húngaro dormía?

—Como un bebé.

—Cobarde asqueroso —lo insultó Lancaster rezumando aborrecimiento.

La conversación concluyó en el mismo Carmel. La ciudad contrastaba de modo considerable con Los Ángeles. Había muchos menos coches circulando, bastantes zonas verdes, más familias con niños, el ruido era un visitante que rara vez venía y las casas se veían tan bonitas, de un tamaño tan similar y estaban tan bien alineadas que semejaban bombones en una caja abierta. Al poco de acceder a un barrio de alto *standing* , los detectives avistaron la mansión del escritor Richard Krauss. Miguel Torres pegó el Dodge a su cancela de metal con barrotes forjados en forma de hojas, flores y tallos de rosa, se apeó y conversó, a través del portero automático, con un guardés de voz ronca, que le dio permiso para entrar con su coche. Enseguida, la negra cancela se abrió, descubriendo el esplendor de una casa señorial de estilo sureño, de otra época.

Los dos investigadores privados penetraron en la propiedad siguiendo un camino asfaltado que atravesaba un jardín compuesto por una armoniosa abundancia de almendros, cerezos, naranjos y flores multicolores, a los que mimaba, con sus caricias, una brisa suave y templada. Este jardín presentaba la hermosura privativa de la primavera de extremo a extremo. Precisamente, al ser bucólico y germen de alegría, desentonaba con las circunstancias, a saber, con el luto. A Marc Lancaster, como a Miguel Torres, le alegró los ojos su miríada de flores y sus confines verdes: hiedras

trepadoras, encaramándose como niños imprudentes a muros de piedra.

A continuación, los detectives de Roberts admiraron la regia y palaciega mansión. Un albo friso helénico coronaba cinco columnas altísimas, recias, acanaladas. Por encima de estos elementos griegos, en la segunda planta, su fachada de piedra marrón lucía grandes ventanales rectangulares de cristales irisados —daba la sensación de que se había formado un diminuto arco iris frente a cada cristal— desde los que se dominaba el jardín ameno. A los pies de esa fachada con múltiples arco iris, por detrás de un barandal de madera de teca, se extendía una terraza compartida por cuatro dormitorios. El mérito de esta grandiosa mansión, en justicia, debía repartirse entre su arquitecto, su decorador de interiores y su diseñador de jardines, por haberse conchabado a tiempo para hacer caso omiso de las sugerencias de su contratante, el novelista asesinado. Este, en vida, no tenía buen gusto, algo que también podía decirse de los recientes propietarios actuales. Todos ellos eran nuevos ricos sin sensibilidad estética ni clase en sus relaciones sociales: carecían de modales refinados y del encanto que nace de la cortesía.

—Nunca me hubiera imaginado que escribir novela negra diese tantísimo dinero —comentó Marc Lancaster según salía del vehículo en una zona habilitada para estacionar, ubicada entre un cenador y una piscina compuesta de dos circunferencias gemelas en cuya agua reverberaba la luz solar, era un ocho opalino resplandeciente.

A continuación, él se unió a Miguel Torres, y caminaron juntos hacia el pórtico de la entrada principal.

—Ni yo. ¡Vaya palacio! —exclamó el detective americano.

—Este novelista debió de ser un superventas.

—A Richard Krauss se le consideraba la antítesis de Amaré Leconte.

—¿En qué sentido?

—Vendía sus libros a porrillo y era realmente prolífico. Escribía una novela cada año. Así que se publicaban, ocupaban los mejores escaparates de muchas librerías de Estados Unidos durante un mínimo de quince días. Sin embargo, a los críticos y a los lectores con buen paladar les repugnaba su producción literaria.

—No los culpo. Leí la mitad de una de sus novelas en el avión. La encontré mala de solemnidad: trama muy poco interesante, lenguaje nada culto, estaba cantado quién era el asesino…

—Cierto, pero en cada uno de sus libros aparece un desfile de tetudas con la cara de Barbie y el cuerpazo de Pamela Anderson.

—Y su personaje, el detective Montgomery Daze, las seduce.

—A todas: rubias, morenas, pelirrojas, adolescentes, jóvenes, cuarentonas, casadas solteras, viudas… A su lado, James Bond parece un monaguillo virgen sin gracia.

Marc Lancaster movió la cabeza por el desprecio; le desagradaba que los artistas mediocres tuvieran tanto éxito. Después esbozó una mueca burlesca e ironizó:

—A pesar de sus afrentas a la literatura, me da que no lo asesinó un crítico literario furibundo.

—¡Y tanto que no!

—Estos se conformarían con dejar por los suelos en sus artículos el estilo narrativo y las historias de sus novelas.

—¡Oh, sí! A menudo se ponía en duda su valía en la sección cultural de los periódicos serios. En ocasiones, incluso se mofaban de ella. Un crítico literario se refirió a Richard Krauss como «un patán sin capacidad artística» y otro lo tildó de «pirómano de la buena novela negra».

—¿Qué replicaba él?

—No rebatía las acusaciones. Citaba a Mickey Spillane, el creador del detective Mike Hammer. Decía: «Sí, es una mierda, pero buena mierda». Además, disfrutaba picando a sus detractores. Cuando concedía entrevistas nunca desaprovechaba una ocasión para jactarse de ganar mucho más dinero con cualquiera de sus novelas en un año que los críticos histéricos que lo fustigaban en diez. Los llamaba «novelistas frustrados» y afirmaba que el resentimiento hacia las editoriales que se habían negado a publicar sus obras se apoderaba de sus plumas estilográficas y los movía a verter insultos contra él. En una entrevista soltó esta perla: «Estos amargados deberían fundar un club para hablar mal de mí, así no aburrirían a sus lectores con su soporífera prosa. Yo les digo aquí y ahora: critíquenme,

pero, por favor, no aburran a sus lectores, desistan de adormecer al público inocente con sus tediosos artículos».

—Es curioso. Sus contraataques tienen mayor ingenio y mordacidad que sus novelas.

—No puedo estar más de acuerdo.

En este punto de la conversación, pisaron las sombras de las columnas y los escalones azul turquesa del grandioso acceso principal. Miguel Torres oprimió el botón del timbre mientras continuaba burlándose de la categoría literaria de Richard Krauss y, al abrir la puerta una mano femenina, brindó una sonrisa a una criada joven y servicial que antes del horroroso asesinato había sido bien risueña.

En tres minutos, los detectives estaban sentados en el mullido sofá de un salón de reminiscencias renacentistas. Frente a ellos, en otro sofá, se hallaban la viuda, el agente literario y el hermano de la víctima. El agente, Jonás Lévi, un hombre versado en literatura clásica, simpático, que rozaba los cuarenta años, alto, entrado en carnes, cejijunto, de rostro enrojecido por su larga desobediencia al cardiólogo —comía mal y era fumador empedernido—, se desvivía por atenderlos. Su voz sonaba amistosa, hablaba bastante, casi siempre para que quedara patente su disposición a cooperar de muy buen grado con esos dos investigadores, y su rostro manifestaba sus ansias de que se hiciera justicia. Algo cercano al apasionamiento indicaba que su manera de comportarse, atenta y diligente, no estaba motivada únicamente por una especie de deber inexcusable: ser amable con los detectives que estaban ocupándose de esa investigación, que parecía extraída de una novela negra —paradojas del destino—. Jonás Lévi tenía por cierto que estaba en deuda con el escritor torturado y asesinado. A lo largo de todo el tiempo en que ellos habían colaborado, once años, sus discusiones habían desembocado en reconciliaciones entrañables y las reuniones de carácter profesional habían dado paso a buenos ratos compartidos en restaurantes o a charlas junto a la chimenea de aquella mansión, durante los cuales bebían coñac y se hacían confidencias, ya fueran triviales o trascendentes. Habían trabado una buena amistad, que no se vio dañada por sus efímeras disputas o el paso del tiempo. Sin

embargo, el representante de escritores nunca lo admitió y Richard Krauss jamás le instó a que lo hiciera. Los hombres reservados y orgullosos pueden llegar a sentir aprecio el uno por el otro a partir de que el trato derriba la puerta de la timidez, mas no admiten este vínculo. En el presente, Jonás Lévi se arrepentía de no haber confesado al novelista que lo consideraba su amigo y, no menos se arrepentía del escaso agradecimiento que le había declarado por haberlo hecho rico con sus *bestsellers* . Lévi tampoco había estado bien a la hora de devolver los halagos profesionales: Richard Krauss lo reputaba de gran agente; él jamás pronunció un elogio sobre sus novelas. El carácter difícil y arisco del difunto, antes una buena razón para que el agente literario excusara su conducta injusta y su cicatería en las alabanzas, en este momento él lo juzgaba un pretexto muy malo. Sí, con seguridad, estaba en deuda con Richard Krauss, se había repetido en aquellos veintiséis días de duelo. Por lo tanto, esta cordialidad, así como su auténtica voluntad de cooperar, esencialmente encerraban un propósito de redención.

La actitud del hermano de la víctima, Francis, era diametralmente opuesta. Se temía que las sospechas recayeran sobre él por haber sido el mayor beneficiario de la herencia y porque nunca habían congeniado —todos en el círculo de «amistades» del novelista habían visto u oído alguna de sus acaloradas riñas—. Y le disgustaba indeciblemente atraer las miradas de malicia y suspicacia. En exclusiva el hecho de que Richard Krauss estuviera hastiado de su esposa obró el milagro: legarle el grueso de su herencia. El amor fraterno y la predilección, inexistentes, no influyeron en la elección. En realidad, supuso una gran sorpresa para Francis que su hermano se convirtiera en su benefactor tras su fallecimiento. Esta gran sorpresa era cuanto podía aducir para proclamar su inocencia; por desgracia, constituía una pobre argumentación de cara a disipar las sospechas de ser un fratricida. Al menor de los Krauss se le antojaba que resultaría estéril refutar las acusaciones sin base y las insinuaciones, siempre hechas por la espalda —amigos suyos las escuchaban disimuladamente en conversaciones ajenas y se las contaban—, alegando el carácter verdadero de su sorpresa. Algunos, o más bien muchos, no le

creerían, pues es sabido que los asesinos emplean frases hijas de la hipocresía y afectan amor, duelo y pasmo para ocultar sus odios y sus ambiciones.

Tampoco ayudaba a la respetabilidad de Francis Krauss su trayectoria poco ejemplar. En su vida destacaba, para mal, un rosario de delitos menores. Había transgredido la ley desde la adolescencia, lo que con frecuencia le valió la desaprobación familiar, incluida la de su hermano, cuyas censuras, por cierto, lo habían llevado a la exasperación. Y francamente, tenía motivos para sentirla. A pesar de que el novelista había caído en el vicio y de sus muchas miserias —egoísta, putero, bebedor empedernido, mezquino, rencilloso, pendenciero, cínico, vengativo y mendaz—, tenía la desfachatez de darle lecciones de moral cada vez que abochornaba a sus padres. En cambio, Francis Krauss, si bien había sido un delincuente de poca monta, era cariñoso con su novia, muy fiel con sus amigos y apoyaba a todo aquel que le hubiera hecho un favor. Precisamente por sus aspectos positivos, le sacaba de quicio que se refiriesen a él como la oveja negra de la familia.

Marc Lancaster había leído el informe que desgranaba sin piedad la vida delictiva de Francis Krauss. No lo juzgaba el historial de un asesino, en modo alguno. Aun así, clavó su inquisitiva mirada en aquel hombre al que habían amado muy poco sus distantes padres, aguzó los sentidos y se esforzó por advertir en su cara algún signo de la agitación interior de los homicidas que matan por encono o de la siniestra imperturbabilidad de los que lo hacen por dinero. Nada descubrió que lo hiciera sospechar. Verdaderamente, su rostro de rasgos ligeramente adolescentes dejaba ver su ausencia de maldad y transparentaba que se encontraba violento en la reunión. Al margen de esto, por su traje malo, su reloj barato y sus zapatos viejos se sabía que no estaba dándose la gran vida con el dinero de la herencia. Todo en él, particularmente esa significativa falta de amor al dinero y sus inocentes ojos, desmentía su culpabilidad. Estas apreciaciones convirtieron en válida la presunción del día anterior de Marc Lancaster: Francis Krauss no era un Caín contemporáneo. Había ido por el mal camino en su adolescencia, ¿y qué? Sus delitos, pecados veniales, malas

acciones muy leves en comparación con un asesinato, de ninguna manera invitaban a pensar que albergaba la maldad extrema del asesino de los novelistas. ¿Qué delitos había cometido?: posesión de marihuana en poca cantidad, desperfectos en tres bares durante varias peleas para defender el honor de su novia o el de sus camaradas, escándalo público y resistencia a la autoridad. Nada muy grave. Se trataba de un joven indisciplinado con ansias de llamar la atención de unos progenitores metodistas estrictos, humillados semana sí, semana no, por culpa de la retahíla de fechorías leves de sus dos vástagos. Era licencioso, ladrón, vago…, pero no un asesino. Encajaba bien con el perfil de gamberro dado a armar broncas de bar y muy mal con el de criminal. Además, él habría dejado decenas de pistas en el escenario de los crímenes, cosa que el auténtico asesino jamás hacía.

A Margaret Simmons, la viuda, el barcelonés la hacía una persona bien diferente. Se imaginaba que ella había ocultado malos deseos inconfesables durante mucho tiempo y que, tal vez, tenía rencor acumulado de sobra como para querer matar a Richard Krauss; en cualquier caso, el investigador daba por seguro que tampoco atesoraba la frialdad para rebanar el cuello a los novelistas sin dejar rastro. El hecho era que las expresiones de la viuda, aparte de transmitir cuán infeliz se sentía, revelaban su despecho hacia un marido infiel que estuvo ocho años sin acostarse con ella y no se divorció con el fin de ahorrarse pagarle un dineral —algo de lo que este se jactaba en privado y en público—. En la mentalidad detectivesca de Marc Lancaster, a una mujer humillada durante ocho años y llena de rencor se la podía catalogar de presunta asesina. No obstante, tal teoría, aplicada al caso, fallaba, se caía por su propio peso. Ella habría perpetrado el homicidio como una asesina pasional descuidada —los celos o la rabia la habrían incitado al crimen por medio de vocecitas en su mente— y no habría eliminado bien las pruebas de su paso por las alcobas. En vista de esta obviedad, también descartó que fuera el asesino en serie imparable, perfeccionista y sádico.

—Señor Lancaster, señor Torres, es un placer recibirles. Confío en que podremos servirles de ayuda y contestar satisfactoriamente a sus preguntas

—manifestó el agente literario con afabilidad—, ¿verdad, Margaret?

—Un gran placer —respondió Margaret Simmons a medio camino entre el sarcasmo y la obediencia.

—Muy amable, señor Lévi —correspondió Marc Lancaster—. Su disposición a colaborar será beneficiosa para todos. Dígame, ¿tenía enemigos su representado?

—¡Oh, sí! El señor Krauss, que en paz descanse, tenía muchos enemigos.

—¿Y eso?

—No era precisamente un modelo de conducta. Calificaría de muy merecida la imagen de granuja que se había granjeado a lo largo de los años. Me gustaría citar sus muchas prendas morales. Le debo a su imaginación privilegiada el haber amasado una fortuna. Gracias, Richard —pronunció mirando al cielo—. El caso es que la fantasía no se me da bien; él fue bendecido con este don, yo no. No vea una pequeña traición en mis palabras. Le conocía muy bien, así que no me cabe duda de que preferiría ser descrito con verdades. Me lo imagino llamándome farsante y poco hombre si me inventara mentiras bonitas con la idea de proyectar una imagen falsa de él. En cierto modo, se enorgullecía de su deshonestidad. Nunca empleaba dinero para echar una mano a los niños de los barrios marginales, para financiar el estudio del cáncer o en otras obras de caridad; además, le encantaba ridiculizar a los críticos literarios, los machacaba con sus declaraciones, y en la intimidad reconocía que su obra se caracterizaba por ser vacía y vulgar.

Jonás Lévi dio un sorbo a su copa de coñac, sonrió al encontrar con facilidad en su memoria una de las diabluras del novelista y reanudó su narración resuelto a evitar añadir algo crítico. Ahora quería ensalzar alguna de sus escasas cualidades.

—Poseía más capacidad artística de la que atestiguan sus pésimas y picantes publicaciones. No sé si la suficiente para erigirse en un gran novelista, pero para escribir buenas novelas, seguro que sí. Sin embargo, solamente le importaba el dinero. Sirve esto de ejemplo: su indiferencia al leer o escuchar las adulaciones de los innumerables pánfilos y zoquetes que adquirían sus novelas como si fueran el alimento de su felicidad. Para mí,

el secreto de su éxito radicaba en que los lectores acomplejados soñaban con parecerse y emular a su detective, Montgomery Daze.

—Montgomery Daze, el seductor irresistible —lo definió en tono de broma Miguel Torres.

—Seductor e irresistible con las mujeres, temido por los criminales, apuesto, bravo, sagaz, cautivador… Los tarugos con vidas anodinas y monótonas sentían que eran él al leer los libros de Richard. Se alienaban de la realidad y se lo pasaban estupendamente durante unas horas. ¿Quién ofrece más por veinte dólares? —dijo Jonás Lévi para poner en valor el servicio social de su malogrado representado.

—Tenía enemigos por su inmenso talento. Hay tanta envidia en este mundo… —señaló Margaret Simmons con acento de embriaguez, y al gesticular con los brazos, esta se le notó más.

Los presentes se sorprendieron. Habían supuesto que la viuda se había tomado dos copas, no dos copas de más. Llevarse un inesperado y fuerte chasco con la herencia de su marido, esto es, saberse condenada a llevar un tren de vida mucho más bajo hasta el fin de sus días, había despertado repentinamente en ella una desmesurada atracción por las botellas del mueble bar de colores más llamativos.

—Lo tendré en cuenta, señora Simmons —aseguró el detective barcelonés con voz suave y con cierta lástima. Giró su cabeza hacia el representante de escritores y opinó—: Una cosa es caerle mal a muchos y otra muy distinta que desearan matarlo. ¿Tiene a alguien en mente con motivos fundados para asesinarlo?

—No, en realidad, no. Se me ocurren un montón de ofendidos a los que les habría alegrado el día enterarse de que Richard se había caído por las escaleras y se había fracturado una pierna. Ahora bien, que estos mismos ofendidos con cuentas pendientes y que le profesaban una fuerte antipatía se arrojaran sobre él para asesinarlo… me asombraría. El castigo lo encuentro excesivo en comparación con la ofensa. ¡Es disparatado!

—Sí, es disparatado —suscribió Margaret Simmons con resquemor—. No se mata a la gente con tanto talento. ¿Lo entienden, caballeros?

Los detectives ignoraron las tragicómicas intervenciones de la viuda y sus

estúpidas frases sin sentido. Por su parte, al hermano y al agente literario les dio vergüenza ajena que hablara tan ebria.

—¿No les consta que hubiera recibido amenazas de muerte mediante llamadas telefónicas, cartas, gritos a la cara…? —interrogó Marc Lancaster.

Jonás Lévi, Francis Krauss y Margaret Simmons recordaron los monumentales enfados de quienes se habían presentado en la mansión para reprenderlo, insultarle con dureza o vociferar amenazas. Al poco se miraron con gesto interrogativo al tiempo que seguían recordando, una a una, todas las visitas de la ira a lo largo de la vida del escritor. Finalmente, con frases cortas casi simultáneas, los tres refrendaron que las advertencias duras y los insultos que se le habían lanzado en las dos últimas décadas obedecieron a arrebatos de personas normales, legítimamente airadas por sus provocaciones, sus desplantes o sus libelos destinados a sonrojar. Asimismo, las contadas amenazas de muerte a voz en grito de las personas que llegaron a estar más fuera de sí, esos allegados de Richard Krauss tampoco se las habían tomado en serio, ya que no las vieron como aciagas promesas de un enemigo que quisiera asesinarlo de verdad.

—Eso sí, una vez le dieron una buena zurra —testimonió el agente literario.

—¡Nadie me dijo ni una palabra! —exclamó Francis, sorprendiéndose.

—Sí, Francis, le dieron una buena zurra —dio fe Margaret Simmons.

En el detective Miguel Torres afloró el mal humor. Las intervenciones de loro poco afortunadas de la viuda lo estaban enervando. A Lancaster no le descentraban, con una salvedad: cuando lo indujeron a preguntarse por qué muchas mujeres aman a los canallas con el hábito de maltratarlas.

—¿A qué vino la agresión, señor Lévi? —se interesó en averiguar el barcelonés.

—A un asunto de faldas. A un marido le enrabió Richard que se acostara con su esposa.

—¿Su nombre? —preguntó Lancaster mientras abría un cuadernito de notas. A continuación quitó la caperuza de su pluma de color carbón y miró de modo apremiante al agente.

—Alan Holmes. Trabaja de administrativo en el centro deportivo Carmel Valley Athletic Club.

El barcelonés apuntó el nombre y el lugar de trabajo sin confianza en cuanto a su utilidad. Importunar a Alan Holmes con preguntas y mirar con lupa su vida hasta saber si había tenido arranques violentos no conduciría a ninguna parte, pero se imponía investigar a cuantos tuvieran un móvil, consideró él. Inmediatamente después reanudó la conversación con el representante del novelista propenso a crearse enemistades.

— ¿Le debía dinero a alguien, señor Lévi?

—No tenía deudas. Los tacaños no acostumbran a tenerlas.

—¿Quiénes han heredado su fortuna?

—Su hermano, aquí presente, es el mayor beneficiario. El dinero de las cuentas bancarias en Suiza y en Panamá le pertenece íntegramente. Y ha pasado a ser copropietario de esta mansión.

—¿Acaso lo ignoraba? —preguntó Francis Krauss en tono de queja y en actitud desafiante.

Le irritaba que alguien creyera que había amado o matado a su hermano. Y también le irritaba presagiar que lo atosigarían con preguntas acerca de si lo había asesinado para poseer su fortuna o para no soportar más su crispante compañía.

Francis Krauss se confundía. Los detectives en forma alguna iban a increparlo. Los dos suponían que el asesino era un pedazo de hielo que mataba por ambición u odio extremos, y a él lo tenían por un delincuente de poca monta sin malicia. En resumidas cuentas, no intentaron avivar el nerviosismo del heredero para que la verdad irrumpiría sonoramente en la sala circular.

—No lo ignoraba.

—Su viuda recibió de la herencia el mínimo establecido por la ley —concretó Lévi señalándola con la mano—. Y, a mí, Richard me legó sus valiosas colecciones de habanos cubanos y *whisky* escocés. Espero no ser sospechoso por este detalle —bromeó con la intención de rebajar la tensión en el ambiente.

—Honestamente, de momento, no tenemos sospechosos. Estamos justo

iniciando la investigación, es pronto para figurarse un culpable —aclaró el barcelonés.

—Dicen que se comportaba como un hijo de puta y un soberano mamón. No, no y no —protestó Margaret Simmons con voz un tanto sentenciosa y la espalda temblorosa y enhiesta como la de un funambulista. El alcohol aún mandaba en ese cuerpecito delgado tirando a flaco metido perezosamente en un vestido negro de dos mil dólares y en unos zapatos de tacón acharolados.

Las loanzas de la viuda resultaban inapropiadas, al igual que sus labios pintados: el rojo Rusia no armonizaba con el duelo, ni su valoración de aquel hombre mezquino y orgulloso de sus malas jugadas con la objetividad. Marc Lancaster percibió en sus ojos ligeramente achinados una lealtad irracional nueva, en lucha con una frustración soportada desde hacía años por no haber abandonado al escritor cuando aún tenía la oportunidad de disfrutar de la vida, de su juventud. Se formó un concepto de ella ajustado a la realidad: era una mujer arrepentida de su sumisión a Richard Krauss y sin agallas para matar ni para suicidarse. La imaginó joven, deprimida, sentada en el borde de la cama de su dormitorio con una cuchilla de afeitar sobre las venas y sin valor para cortárselas. Definitivamente, no tenía madera de asesina, concluyó el exescolta. Su fiable instinto vetó su nombre de una lista de sospechosos pendiente de confeccionar.

En este punto de la conversación, Lancaster tenía muy claro que que la borrachera de Margaret Simmons y la hosquedad de Francis Krauss estorbaban en la investigación y que el agente literario era el único convocado que podía aportar alguna información adicional interesante referente al novelista. Por tal razón, el detective europeo sugirió a Lévi conversar los dos a solas en el jardín de la mansión; mientras le hizo esa petición disfrazada de sugerencia, estuvo pensando que la vida no se había portado bien con la viuda. Este pensamiento, las injusticias que sufren algunos seres humanos a lo largo de su existencia, de inmediato, inexorablemente, le trajo a la mente el caso de Anika. A consecuencia de ello, se apenó bajo dos líneas simétricas de cerezos que las manos de la

primavera habían guarnecido con flores blancas. Poco después el padecimiento de la adolescente lo movió a la compasión. De golpe, se sorprendió por un deseo en auge en su ser que no había notado con claridad hasta ahora: anteponer la investigación de ella a la de Anthony Roberts, buscar al violador croata. Se dijo que debía solucionar los asesinatos de los novelistas con rapidez, de esta forma averiguaría lo antes posible dónde vivía el exsoldado de la milicia serbocroata y, por ende, conseguiría en breve que la muchacha dejara de estar tan sumamente triste. Entonces, Jonás Lévi, que caminaba junto a él, arrimado a su hombro derecho, rectificó cuanto había dicho sobre la agresión:

—Alan Holmes no le pegó. Ese tonto sobrellevó los cuernos sin rechistar. Delante de Margaret no convenía contar lo sucedido.

—¿Qué ocurrió en realidad?

—Richard estuvo con una joven en un prostíbulo de lujo de Los Ángeles y, cuando llegó la hora de pagar, cayó en la cuenta de que se había dejado la cartera en casa. Cualquiera con un mínimo de sentido común habría telefoneado a un amigo o habría sugerido a un empleado del prostíbulo que lo acompañara en su coche hasta aquí para saldar la deuda. Pues él no. Se empecinó en que la *madame* aceptara como pago un ejemplar firmado de su última novela. Guardaba varias en el maletero de su Mustang, por si por casualidad alguna admiradora con pinta de modelo le pedía un autógrafo, algo que nunca pasaba. Según tengo entendido, no cedió ante la negativa de la *madame* y de dos robustos porteros búlgaros. A la postre, estos lo hicieron entrar en razón a base de molerlo a palos. Me tocó ir al callejón trasero del prostíbulo a las cuatro de la madrugada con mil ochocientos dólares, el triple de lo adeudado, y un botiquín de los Boy Scouts de mi hijo. Richard era así, un capullo egocéntrico con muchos episodios vergonzantes en su vida. Naturalmente, infinidad de resentidos le deseaban mal. Siembra vientos y recogerás tempestades, se dice en su país, ¿no?

—Sí.

—Ninguna de estas tempestades dieron lugar a que se pensara en asesinarlo, en mi opinión. Los agravios no eran para tanto. Para quedarse a gusto, bastaba con soltarle un par de insultos o una buena hostia.

A la luz del atardecer, en la intersección de las dos líneas de cerezos con otras dos de almendros de semejante floración nívea, Marc Lancaster experimentó una efímera paz de espíritu. El colorido primaveral de los sanos frutales, la profusión de tulipanes y de narcisos a la altura de las rodillas, y las lozanas hiedras trepando en los muros de piedra lo remitieron a su infancia: evocó ratos pasados en una casa de colonias en Platja d'Aro, un lugar apacible en el lejano Mediterráneo en el que, tres semanas al año, jugaba y se divertía como un niño de vida normal.

—Yo pienso como usted: a Richard Krauss no le abrió el pecho alguien de su entorno. Desconocemos por qué lo mataron, pero a mí me parece muy probable que el móvil por descubrir no guarde relación alguna con su nada inspirador estilo de vida. Gracias por atenderme. No le robaré más tiempo.

—De nada. Pille a ese asesino en serie que está sembrando el terror entre los escritores. La pena de muerte se instauró para castigar a gente de esa calaña. Su espantosa forma de matar y su ensañamiento… Dios mío, ha cometido verdaderas atrocidades. ¿Es consciente de que está persiguiendo a un demonio? ¿Qué siente? ¿No le da miedo pensar que podrían hallarse cara a cara? Si él se sintiera amenazado, daría rienda suelta a sus violentos instintos.

—Todos tememos algo o a alguien. Yo también. No obstante, perseguir demonios no me da ningún miedo. Al contrario, ardo en deseos de esposarlo.

Lancaster miró en su interior hasta discernir la razón de su valor al enfrentarse a terroristas o a asesinos a sueldo. El resultado lo decepcionó: adolecía de un defecto, no tenía clemencia con ellos. Pese a ser un buen hombre, había en él un lado salvaje y despiadado tan extremo como el de esos homicidas. En cierto modo, se trataba de luchas entre iguales, por lo que el miedo jamás encontraba en su interior una morada con la puerta abierta. Debido a esa deformidad moral, él supuso que no era uno de los mansos que, según el Evangelio de Mateo, heredarán la tierra. De pronto, detestó esta parte de su naturaleza que lo hacía peligroso para los asesinos más brutales.

—¿A qué le tiene usted miedo? —preguntó el agente literario.

—Tiene curiosidad de novelista.

—Oh, excúseme. Mi curiosidad le incomoda.

—No me incomoda. ¿A qué le tengo miedo…? Llevo otra investigación. Una adolescente me ha contratado para ponerla en contacto con su padre, a quien nunca ha visto. Tengo miedo de que vaya a sufrir enormemente cuando lo conozca. También me produce miedo saber que los niños se seguirán muriendo de hambre en el tercer mundo y que los políticos, por medio de sus leyes, reincidirán en apoyar el negocio de venta de armamento a un buen número de dictaduras. Por contra, la idea de atacar a un demonio ni me inquieta ni me inspira miedo.

Jonás Lévi asintió con la cabeza, evidenciando que empatizaba con él, le descubrió que aborrecían las mismas cosas, se despidió con un apretón de manos y le dio una palmadita en la espalda.

El detective barcelonés fue derecho hacia la entrada de la mansión. Su bella cancela, sobre la que reposaban flores de metal abiertas, estaba teñida de tonalidades carmesíes y violetas allá donde la tocaba la luz crepuscular, que también teñía, a trechos, el tejado, la fachada frontal neoclásica, el césped, las flores de los árboles frutales, las plantas, los muros del delicioso jardín …

A lo sumo cinco minutos más tarde, Miguel Torres también se acercó a esa cancela. Había venido hablando consigo mismo, como si rezongara por estar sometido a un mandamiento fastidioso.

—¡Menuda familia! La viuda es una aprendiza de borracha y Francis Krauss un borde redomado y un delincuente que no echa de menos a su hermano —descalificó el detective americano—. Personas nada respetables, pero incapaces de perpetrar un crimen.

—Coincido contigo. En esta mansión nunca hallaremos información que nos permita llegar al fondo del asunto. El desamor no es un crimen. Regresemos a Los Ángeles.

Los dos investigadores privados subieron al unísono al vehículo. Una mano de Torres encendió la radio. Comenzó a sonar una canción de Chet Baker sobre perdedores emotivos. El sonido de trompeta que salía flotando

por las ventanillas se fue esfumando conforme el vehículo se alejaba de la urbanización de ricos.

El silencio sucedió a la triste melodía en los alrededores de la cancela. El lugar extrañaba la canción; las flores tempranas bailaban bien sincronizadas al compás de una suave brisa; la lluvia de colores todavía cubría de manera discontinua, a modo de pinceladas irregulares, el jardín y la hermosa mansión sureña. A nadie le habría parecido el escenario de un crimen aterrador.

5
LA PRIMERA PISTA SOBRE EL ASESINO

Los detectives arribaron a Los Ángeles cuando empezaba a anochecer. El coche de Torres se detuvo en Venice Beach. Lancaster se apeó despacio mientras escuchaba a su compañero afirmar que, dentro de unos minutos, dejaría preparados los monitores y los vídeos para ser utilizados al día siguiente a primera hora. Con el tronco inclinado hacia adelante y una mano en la portezuela abierta, el barcelonés le insistió en que consiguiera información de los viajes al extranjero de Amaré Leconte. Miguel Torres le ratificó que mañana obraría en su poder información fehaciente de ellos. A continuación lo invitó a cenar en su casa con su familia, una esposa muy morena, abnegada, extrovertida, y una niña de cuatro años rolliza y juguetona. El exescolta se lo agradeció, mas declinó la invitación excusándose y alegando que ese día no sería un buen invitado, pues estaba como hipnotizado siempre que se entregaba a una investigación complicada en la que no se vislumbraba la verdad. Y, a fin de no ofenderle, añadió que con mucho gusto cenaría con él y su familia más adelante, cuando tuvieran el caso resuelto o, al menos, encarrilado. Dijo esto mismo con una promesa, se despidió, cerró la portezuela del Dodge empujándola con el codo y tiró hacia la playa como un andariego que disfruta con su afición.

Marc Lancaster paseaba por Venice Beach con la mirada indiferente, como si se hallara en un lugar cotidiano. Este desinterés por cuanto había a su alrededor, inusitado en él, lo provocaba el hecho de estar sumido en reflexiones relativas a la forma de coger al homicida. Así y todo, de tanto en tanto echaba ojeadas a la atmósfera nocturna californiana. Le placía caminar entre la heterogeneidad de estéticas y razas. Le agradaba ver similitudes en otros países, aunque fueran pequeñas, con las Ramblas de su cosmopolita Barcelona natal, la cual, como una cariñosa madre autoritaria,

exigía sentir añoranza y querencia a sus hijos viajeros.

Al cabo de un rato, Lancaster se quedó mirando una fina raya de luz púrpura en el horizonte del océano Pacífico, bajo nubes tormentosas que parecían gigantescas bolas de algodón impregnadas de pintura gris; a él le recordaba a la luz en el suelo que sale de una habitación con la puerta cerrada. Apreció belleza en el paisaje, pero sintió que prefería que el sol naciera en el mar en vez de que falleciera en sus aguas. Sin querer, evocó un amanecer en el que vio salir el sol desde la playa de la Barceloneta y el desvanecimiento de la aurora. En ese preciso momento se dio cuenta de que, de una vez por todas, la astucia tomaba el control de su pensar. «De fábula», se dijo, y musitó:

—¿Cómo voy a atrapar al asesino?

Se respondió mentalmente: «Mediante sus errores. A lo mejor, pasó por delante de cámaras cercanas a algunos de los escenarios de los crímenes, se peleó dentro de un bar en barrios de las víctimas, tomó prestadas sus novelas en las bibliotecas públicas o las compró con tarjeta en comercios o en internet… Visionaremos las grabaciones por si situaran a un mismo individuo en dos ciudades distintas, preguntaremos en los bares si un cliente desconocido participó en una trifulca y averiguaremos cuántos aficionados a la novela negra leyeron obras de todos los escritores malogrados. Esto último lo haremos accediendo a los registros de compras con tarjetas bancarias, así como a los historiales de préstamos en las bibliotecas públicas. Como el asesino sea un fan de las víctimas, no me extrañaría nada identificarlo de esta manera. Las listas serán muy largas. Da igual. Vale la pena mirar bien esos préstamos y compras con los que el homicida incrementaba su obsesión por ellos a la par que su sed de violencia». Habría continuado razonando de no habérsele cruzado una prostituta puertorriqueña, veinteañera, escultural, de negro cabello, falda corta y escote generoso. Ella destilaba pena, aunque procuraba disimularla. Su expresión de felicidad, mal rematada con una sonrisa meretricia igual de postiza, era desmentida por sus amuscos ojos, dos espejos de su alma que la habían agraciado antes de ejercer su oficio, antes de envenenar su ilusión de vivir. El que Lancaster se fijara en la pena que estos segregaban hizo que

pensara en Anika y perdiera totalmente la concentración. De improviso, se le ocurrieron varias preguntas que le dolieron: ¿se le quedaría esta cara a la muchacha después de conocer a su pésimo padre, tras la gran decepción?, ¿su dulzura desaparecería en cuanto este le dirigiera frases de rechazo?, ¿trataría ella de fingir felicidad cuando, en realidad, estaba destrozada por los errores de Dios?, ¿por qué le importaba tanto esa clienta? y ¿era solo porque los dos habían tenido infancias desoladoras? Mientras se sucedían estas preguntas en la mente del investigador privado, la tormenta estalló. Llovía a cántaros y las gotas repiqueteaban por doquier. Más tarde, en unos veinte minutos, esa tormenta amainaría. Durante todo el tiempo de estruendo en el firmamento, al principio refugiado de la copiosa lluvia debajo de un balcón saledizo y luego en un bar de noctámbulos amantes del *jazz* , él estuvo meditando acerca del caso de la adolescente croata. Huelga decir que, a las meditaciones y a las cábalas les hizo siempre muy mala compañía la preocupación.

Hacia las once entró en su habitación de hotel, se quitó la ropa húmeda, se vistió con una bata. Se echó en la cama y trató de interpretar bien la causa de esa inquietud excesiva y poco profesional. No lo logró. Después se propuso dejar de pensar en Anika. Tampoco lo consiguió. Las horas de la noche se trenzaron con sus pensamientos sobre ella hasta bien entrada la madrugada. Proporcionarle sosiego y restañar sus heridas emocionales devino la prioridad del detective, así como su mayor anhelo.

El alba asediaba las colinas limítrofes de Los Ángeles y les daba luz, diminutos fulgores y hermosura a cambio de que cejara en su empeño de abrazar a la oscuridad. Triunfó.

A esta hora temprana, en torno a las siete, Torres abrió la puerta de su oficina a Marc Lancaster. La mueca del americano, entre el ligero asombro y la total perplejidad, anunciaba una novedad inesperada en la investigación.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Lancaster intrigado.

—Llevabas razón. Me he quedado de piedra.

Torres presionó el batiente hasta oír un clic; a continuación gesticuló con

las manos, que en aquel momento estaban bajo el control de sus temores.

—Escucha y alucina. Amaré Leconte viajó a Etiopía hace cuatro años y dos meses con un visado de turista válido para quince días. Su estancia allí se prolongó más allá de lo autorizado, hasta mediados de abril. Aparentemente, después escribió la novela.

Lancaster abrió enteramente sus soñolientos ojos, y se le demudó el gesto por la impresión. Sin embargo, su impresión no se transformó en incredulidad, ni él prorrumpió en exclamaciones acerca de lo increíble del descubrimiento. Desde su primera lectura del expediente de Amaré Leconte, había creído que la literaria trama etíope —*a priori* ficticia— a lo mejor serviría para desentrañar el móvil y los misterios de los otros asesinatos. Aun así, consideró que se hacía imprescindible efectuar un ejercicio de refutación, intentar hallar puntos débiles en esa escalofriante explicación del origen de los asesinatos:

—Igual se documentó sobre el terreno. Muchos escritores lo hacen antes de empezar sus novelas.

—Igual sí. O, a tal vez, viajó a Etiopía con el objetivo de verificar una información escandalosa que alguien le había vendido. ¿Cómo es que ocultó este viaje a su agente literario? Se llevaban de maravilla, ¿no? Esta hipótesis ya no deberíamos verla como una mera posibilidad remota. Tiene visos de ser real —razonó Torres.

—No. Ese alguien no le vendió información —replicó Lancaster con cierta seguridad. Y expresó sus sospechas—: La dio gratis, como ocurre en la novela. De ser cierta la venta de órganos de niños africanos, me temo que todo pasó como se relata en sus páginas. Habría un comprador muy descontento que telefoneó al Departamento de Homicidios de Los Ángeles y denunció los hechos principales. Y también habría un inspector cuya debilidad lo condujo a la perdición, a conculcar las normas de la ética y de su profesión: encubrió al sacerdote; y un tiempo después se sinceró con Leconte.

—¿Eran amigos, entonces?

—No necesariamente. Quizás este inspector blandengue sea un lector que lo tenía en alta consideración. Ten en cuenta que Leconte ya había

publicado un artículo para reivindicar la solidaridad con el tercer mundo y la justicia social. A juicio del policía, sería una persona a quien él podía contar sus mortificadores secretos y en la que encontraría comprensión; de este modo, se moderaría su inquietud.

Marc Lancaster dio una vuelta por la salita contigua al recibidor con una furia que refrenaba para que no lastrase su razonamiento. Se movía otra vez como un felino enjaulado que no se conforma con su cautiverio: su musculatura estaba tensa, caminaba deprisa y se entreveían ganas de pasar a la acción en su mirada y en sus brazos. Sus facciones, en contraste, indicaban que mantenía la serenidad, cosa que lograba gracias al autocontrol. Al término de la segunda vuelta, se detuvo de súbito. Ahora, sus ojos brillaban por la determinación y la luz matinal de tonalidad melocotón.

—Mandaremos hoy mismo a un detective de primera a Etiopía para que nos ponga al corriente de lo que hizo Amaré Leconte durante su estancia. Tenemos que saber adónde fue, con quién se encontró, a qué amistades telefoneó… —enfatizó Lancaster.

—Ya lo he dispuesto. Un investigador de Sacramento, Kent Wallace, partirá hacia Adís Abeba a media mañana. Respondo por él. Muy avispado, experimentado, curtido en mil batallas. Trabajó doce años en la División de Homicidios de San Francisco antes de pasarse al sector privado. Le he contado tu hipótesis y el argumento de la novela. El tío se ha entusiasmado; le aburría soberanamente el espionaje industrial. Me ha espetado la mar de contento: «¡Esto sí es un trabajo de detectives, cojones!».

—Bien hecho. ¿A John Roberts…?

No le hizo falta acabar la frase para que el detective de sangre mexicana supiera la pregunta.

—No le he mencionado nada. Pensaba llamarle esta tarde.

—Espera un par de días. Nuestros descubrimientos son muy poca cosa todavía. No veo bien hacerlo sufrir sin necesidad o crearle expectativas infundadas.

—Como quieras.

El barcelonés se sentó bruscamente en una silla y se quedó en ademán

reflexivo. De repente, miró directamente a su colega a través de la luz melocotón, que estaba tornándose dorada, y de las partículas de polvo suspendidas en sus haces. Tenía la excitación de quien acaba de descifrar un problema importante. Entonces le comentó a Torres:

—Hay un comprador muy descontento y otro satisfecho.

—No te sigo.

—El descontento, de igual forma que en la novela, montó en cólera porque no le avisaron de que el órgano provenía de un niño negro. Por su denuncia anónima a la Policía para desquitarse y por una conversación posterior entre el misionero y el inspector de Homicidios que la investigó, este inspector conoció la existencia del repulsivo negocio. Por su parte, el comprador satisfecho estaba más feliz que unas pascuas desde que se le dijo que su órgano llegaría en cuestión de semanas. Le traía sin cuidado de quién procediera, fuera negro, asiático o mestizo. Cuando salió a la venta la novela vio peligrar la compra que lo curaría, de ahí que pagara la matanza de los novelistas. ¿Por qué se debía matar a varios de ellos? Si su mercenario solo mataba a Leconte, la investigación se centraría en dicho novelista, con el riesgo de que abarcara sus obras. Mientras que, de asesinar este a unos cuantos escritores de novela negra de forma muy extraña, tal como lo haría un asesino en serie extravagante, la Policía no abrigaría intenciones de buscar el móvil en lo que sucedía en las páginas de *El Diablo de Etiopía.* La razón de matar a novelistas en varios continentes y de repetir rituales de loco sería confundir a los detectives de Homicidios e impedir que vieran el trasfondo de los asesinatos. Detrás de esa imagen de degollador desatado con fijación por los escritores de novela negra, se esconde un mercenario de élite impasible, un profesional. Por eso no va dejando pistas dondequiera que mate. Todo encajaría.

—¿El supuesto comprador descontento informó a la Policía o a Leconte? Tal vez, en esto, la novela ni mucho menos narre exactamente lo ocurrido.

—No tengo ni idea. Puestos a especular, diría que Amaré Leconte escuchó una historia trágica de boca de un inspector de Homicidios. Al comprador descontento le convenía más telefonear a la Policía que a un novelista poco famoso para acabar con los manejos y el abominable

negocio del sacerdote. ¿Alguien de tu equipo tiene buenos contactos en Homicidios?

—Yo mismo. Aquí, en California. A nivel nacional mucho menos.

—Habla con un director ejecutivo del FBI que los tenga en todo el país. De haber existido una denuncia de tráfico de órganos, nos urge enterarnos de qué investigador asumió el caso y viajó a Etiopía en misión oficial.

—Me pondré con ello ahora mismo. Espero que esta hipótesis salga errónea.

—Te entiendo. Afrontar una tragedia ya es de por sí demasiado terrible, afrontar dos… —señaló el barcelonés con dejo de agobio.

—Veo una pega en tu teoría: ¿por qué un idealista como Amaré Leconte guardaría silencio sobre las ventas de los niños?

La mirada del detective americano se apesadumbró. Le disgustaba que la bondad perdiera batallas o el idealismo zozobrara sin oponer ninguna resistencia.

—Leconte debió de comulgar con el sacerdote: para preservar a miles de personas de la desnutrición y las epidemias devastadoras, se hacía admisible el sacrificio de dos o tres niños. Se dejó liar por un misionero carismático y persuasivo.

—Si tuvieras razón, este caso entraría en el récord Guinness de la indecencia — emitió—. Tendríamos, por un lado, a un mercenario simulando ser un asesino en serie insaciable y sádico y, por otro lado, un negocio de venta de niños africanos a los que se asesina para extraerles los órganos.

—Sí, sería súper indecente. No dejes que esto te afecte. Nada está claro todavía. Sé profesional.

—¡Cómo no! Debo ser profesional, indolente.

—Mientras el caso esté abierto. Una vez que lo hayamos solucionado, deprímete cuanto quieras.

Miguel Torres resopló y se esforzó por mantenerse imperturbable, pero entró en desánimo. A continuación recurrió al sentido del humor como paliativo.

—En confianza, prefiero hacerme famoso por acostarme con una estrella

de Hollywood que por poner entre rejas a este asesino degollador.

—Yo nunca he deseado ser famoso. Eso sí, me dejaría dar una somanta de palos por acostarme con Jessica Alba.

Torres sonrió con complicidad. Se dio media vuelta, asió una bolsa azul de deporte, la alzó a la altura de sus hombros y vaticinó:

—Es posible que el asesino aparezca en estas grabaciones. Son las de cámaras de vigilancia de oficinas bancarias y de cajeros automáticos de Carmel, Los Ángeles y Sacramento. A lo largo de la semana, recibiré el resto.

—Bien, bien. ¿Cuándo vendrán tus detectives a ayudarnos?

—He citado a los muchachos a las siete. Irán llegando en media hora. Son responsables y despiertos. Las cuantiosas transferencias de dinero de Roberts me han deparado la oportunidad de fichar a los más competentes disponibles. No te defraudarán.

Marc Lancaster aprobó la toma de decisiones de Torres y lo elogió. Luego, inconscientemente, fijó su mirada en los cristales cubiertos de la luz del amanecer y la extravió en ella. Se le representó un poblado etíope en torno a 1984, sórdido, cochambroso, asentado en un seco páramo, en el que la hambruna moldeaba los cuerpos y los rostros infantiles, y dejaba sin vitalidad a los adultos de mediana edad, a los ancianos, a los adolescentes… Los efectos de esa falta de energía comprendían desde la desmoralización a la debilidad física extrema; en cualquiera de los casos, los lugareños carecían de la indocilidad con la que podrían revertir su situación. El sol, cegador y de contorno tembloroso, irradiaba claridad desde el horizonte, perfilando a la mayor parte de aquellas gentes. En unas cuantas de ellas también hacía visible una especie de indiferencia, que enraizaba en sus carnes negras desde que se acostumbraban al hambre y a la resignación y se abandonaban a la tristeza. Algo después, en esta visión se formaron imágenes de ancianos sentados en la tierra como indigentes agotados o sin aspiraciones de prosperar, mujeres portando vasijas de arcilla sobre sus cabezas, de regreso de un pozo de agua sucia, y niños de torpes andares por arrastrar pesadas cadenas, la desnutrición. Las mujeres con vasijas en las vastas llanuras acabó siendo lo único que Lancaster

imaginaba. Sus estilizadas siluetas a contraluz, enteramente oscuras, ahora pisaban el terreno de su conciencia. El detective estimó que las presuntas fechorías del misionero constituían actos eficaces para el bienestar y la supervivencia de los nativos, tal como sucedía en la soberbia novela de Amaré Leconte, dado que por cada niño que sacrificaba estaba arrancando a cientos o a miles de las garras de la muerte. También en silencio, se reprochó a sí mismo su insuficiente severidad hacia aquel religioso. ¿Entrañaba coherencia el reproche del barcelonés? Sí. Honestar el asesinato de niños iba contra sus principios.

Dejó de abstraerse en estas perturbadoras reflexiones, profirió una maldición y torció la vista hacia Miguel Torres.

—Pongámonos a ver los DVD y las cintas, Miguel.

—Traeré unos cuantos cafés.

Con una segunda taza de café en la mano, empezaron a visionar las grabaciones. Los detectives intentaban descubrir a un asesino medroso. El humo del tabaco negro de Miguel Torres tocaba de vez en cuando las pantallas aquí y allá, como lo haría un acusador de opinión muy mudable. El tesón no decaía en ninguno de los dos, de manera que mantenía sus sentidos en un estado óptimo para la tarea.

A la hora en la que el ruido del tráfico estaba alcanzando su máximo nivel, ocho detectives voluntariosos se les unieron y se pusieron a ver grabaciones sin perder detalle. Tres eran angelinos de mediana edad, con una condición física mala para lo que la profesión exigía de vez en cuando —reducir a agresores, correr detrás de delincuentes a la fuga…—; sin embargo, estaban dotados de un gran poder de observación, realizaban seguimientos perfectos y jamás olvidaban una cara. Otros dos, criminólogos con ademanes de bibliotecarios, altos, delgados, de unos treinta y cinco años, provenían de Houston y Chicago. No tenían como puntos fuertes localizar a una persona desaparecida por propia voluntad, seguir a alguien disimuladamente, intimidar a confidentes reacios a decir cuanto sabían ni hallar pistas mediante entrevistas educadas o interrogatorios feos; eso sí, sobresalían por sus capacidades para analizar un informe y deducir teorías congruentes a partir de él. Se les podría

catalogar como analistas de actos criminales. Por último, tres reputados investigadores privados de otras ciudades de California, con muchos años de experiencia en su haber, sin tacha alguna en su historial profesional, ingeniosos y con una agresividad ajustada al oficio, completaban el grupo conjurado para atrapar al asesino. Los ocho tenían en común, entre otras cosas, que querían apuntarse este tanto para presumir ante sus amigos policías, para mejorar mucho su currículo y para dar un empujón a sus carreras. Pero, por encima de todo, albergaban el deseo de poner fin a las andanzas y salvajadas de ese nefario criminal.

Previamente, Marc Lancaster se había dirigido a ellos para pormenorizar sus dos hipótesis y recalcar la conveniencia de investigar desde una perspectiva diferente a la de la legión de detectives privados de John Roberts que no pertenecían a este equipo. Asimismo, les apremió para que, en grupos de dos, visionaran la plétora de DVD y cintas, y les dio la instrucción de llamarlo cada vez que detectaran a un sujeto que escondiera la cara a la cámara o apareciera en lugares próximos a más de un escenario de los crímenes. Calificó de «máximo interés» esas eventuales detecciones. Los refuerzos, sin excepción, encontraron muy buenos sus puntos de vista, así como los argumentos en que se sustentaban. Ninguno de ellos siguió sus indicaciones sin pensar lo mismo: esta estrategia podía ponerles sobre la pista del degollador en unas semanas, siempre y cuando la suerte los acompañara.

Durante las cinco primeras horas, los recién incorporados no vieron nada que justificara avisar a Marc Lancaster; así que se limitaron a estar atentos y a estudiar la actitud de los transeúntes de las grabaciones, algo que el programa informático de reconocimiento facial no podía hacer.

Al mediodía, el investigador Michael Trumbo requirió con un movimiento rápido del brazo derecho y con voz alta la atención del barcelonés.

—Mire, Lancaster. Las imágenes sugieren que este tío da la espalda a la cámara aposta. Anda de manera muy forzada, muy poco natural. O no quería salir en la grabación o no quería ser visto por algún conocido suyo que estaba en el banco.

Marc Lancaster remiró en la pantalla al posible homicida que ocultaba su

cara a la cámara. Le bastaron quince segundos para dar por correcta la apreciación de Trumbo. Los movimientos de ese hombre alto, musculoso, con la espalda ora inclinada, ora erguida, vestido con camiseta roja y vaqueros de bajos deshilachados no eran normales. Los hacía para no enseñar su rostro, para conservar el anonimato.

—También pudiera deberse a otros motivos —apuntó Trumbo—. ¿Estamos sospechando de un peatón estrafalario? Quienes sufren un trastorno obsesivo-compulsivo desarrollan estas conductas tan anómalas. Y bien, ¿cómo saber si es un enfermo o nuestro hombre?

— Mirando mucho más de cerca la imagen —sostuvo el barcelonés.

—¿Qué quiere decir, Lancaster?

—Que quizá haya más de lo que se percibe a primera vista. Miguel, ¿cuál de los detectives es el más entendido en edición? —se interesó en saber con ansias de progresar.

—Bugansky.

Un detective de ascendencia polaca y ojos azulosos, casi transparentes, como las aguas limpias y lentas de los ríos poco profundos, abrió la mano a la altura del pecho en señal de ofrecerse.

—Siéntese en esta silla, por favor —solicitó Lancaster a Bugansky.

Trumbo se levantó y cedió su asiento sin figurarse qué truco iba a emplear el extranjero. Aun así, miró a este con el respeto y la expectación con los que se observa a un mago excelso, de esos de espalda tiesa, ojos soberbios, fama merecida y traje almidonado. Esperaba presenciar algo brillante, una consecución digna de arrancar aplausos y suscitar admiración.

Terence Bugansky se sentó presto a esmerarse, se crujió los huesos de las manos, se concentró y preguntó:

—¿Qué hago, Lancaster?

—¿Es factible ampliar la imagen en partes determinadas?

—Sí. ¿Qué quiere ver ampliado?

—La cabeza y los antebrazos.

—Vamos allá.

Bugansky agrandó las imágenes de las sienes, de la cerviz y de las partes de los brazos que no estaban tapadas por la camiseta ceñida, y le hizo notar

al exescolta:

—No encuentro tatuajes, marcas de nacimiento o cicatrices.

—Hay posibilidades de que sea el asesino de novelistas —afirmó Marc Lancaster.

—¿En qué te fundas? —articuló Miguel Torres sin tono de discordancia, pues tenía muy presente la magnífica perspicacia de su compañero de trabajo.

Los demás detectives querían que terminara el suspense, de modo que apoyaron la oportunidad de la pregunta. En el acto hicieron un corrillo frente al monitor y miraron la imagen congelada del tipo raro al que el barcelonés prácticamente había acusado de ser el psicópata con seis asesinatos terroríficos a sus espaldas.

—No nos tenga en ascuas, Lancaster. ¿Por qué lo ha dicho? —inquirió Trumbo en voz alta.

—Los informes policiales hacen hincapié en que no se han encontrado restos físicos del asesino. Ni un cabello, ni un pelo del cuerpo, ni siquiera una mala pestaña. Y aquí tenemos a un adulto completamente depilado. ¿Ven alguna parte de la ceja izquierda? No. No la ven; se la ha afeitado. ¿Quiénes se afeitan las cejas? Nadie. ¿Quiénes se depilan el cuerpo, aparte de los asesinos precavidos? Los metrosexuales y los nadadores de competición. Su vestimenta cutre no la llevaría un metrosexual, indiscutiblemente. Esos pijos coquetos nunca se vestirían como un camionero desaliñado. Tampoco cabe pensar que compita en pruebas de natación: tiene un poco de barriga. Y, con seguridad, no estamos observando a un enfermo de cáncer. Fíjense en su cabeza. No está calvo, está rasurado. De ninguna manera sería acertado asociar su calvicie con un efecto secundario de la quimioterapia. Más cosas: sus zapatos están sucios. Los obsesivo-compulsivos, por regla muy general, son limpios hasta la exageración. ¿Qué nos queda, a base de descartes? El destripador de novelistas o un delincuente planeando un atraco en la zona. Y sería raro que un atracador fuera tan…

—Tan cauto —subrayó Trumbo con su voz potente y segura—. Comprobaré si se ha cometido un robo en el banco o en cualquier

establecimiento comercial próximo a él después de la fecha de esta grabación.

Los sorprendidos detectives, apiñados en semicírculo delante del monitor, echaron ojeadas a Lancaster y volvieron a clavar sus miradas en la pantalla, en la figura de espaldas. Todos pensaron que la conclusión del europeo era certera, así que un optimismo moderado sucedió a su sorpresa.

—Estoy por informar a John Roberts de este prometedor avance. ¿Cómo lo ves, Marc? —le consultó Miguel Torres.

—No hemos conseguido un prometedor avance —lo corrigió—. Solamente tenemos filmada la espalda y un trocito de la frente de un sospechoso. Pero sí, telefonéale. De ponerse contento, nos mandará más investigadores. Nos vendrían muy bien. Visionar las grabaciones supone un trabajo tremendo.

—Conozco a Roberts desde hace nueve años. La noticia le alegrará el día. Quiere aferrarse a una esperanza.

—Aprovecha para confirmarle que llegaré a Nueva York mañana por la noche. Seré más útil entrevistando a la familia y a los agentes de los otros escritores. Os veo muy capacitados para buscar al asesino en las grabaciones sin mí. En cuanto tengáis cualquier cosa importante, por ejemplo, la cara de esta rata de cloaca, me llamas al móvil y me envías el *link* de la grabación a mi *email* .

—Así lo haré —le garantizó Torres—. ¿Piensas que es la espalda del degollador de novelistas?

—No me atrevería a asegurarlo.

—Pero, ¿qué te figuras?

—Que es él. Y que, de vérsele bien la cara en alguna grabación, no tenderemos esa suerte gracias a las cámaras normales, sino a alguna camuflada. A un criminal descuidado lo habrían trincado hace tiempo.

Marc Lancaster enderezó la espalda, sonrió y habló al grupo:

—Pido un voluntario de Los Ángeles. Me llevará con celeridad al lugar de la grabación. Me gustaría dar una vuelta por esa calle antes de desplazarme a Sacramento.

—Me sé la ruta al dedillo. Paso a menudo con el coche por ahí —dijo para

ponerse a su disposición Ian Lemond, un exoficial de la Inteligencia Militar convertido en detective privado.

El barcelonés dirigió la vista hacia él. Al otro extremo de su mirada, un hombre orondo, de ojos marengos, chicos, hundidos, entristecidos, los cuales le daban un aspecto apesadumbrado y débil, pese a su corpulencia, sus ciento ochenta y cinco centímetros de estatura y su manera de andar de hombre temperamental: rápida y nada acompasada. Precisamente, Lemond se acercó al extranjero apresurando el paso, con esa apariencia de querer atender una urgencia grave que presentaba tan a menudo mientras iba hacia alguien simplemente para conversar.

Marc Lancaster miró a Torres, que estaba de buen ánimo porque la investigación prometía ser eficaz, y se franqueó:

—Quiero ponerme en la piel de este homicida trotamundos, caminar por donde él lo ha hecho, ver lo que ha visto y oír lo que ha oído. Sabemos quiénes han sido y serán sus víctimas, los escritores de novela negra, cómo mata y que procede con gran cautela. Necesito saber mucho más.

6
EL ASESINATO DE JASON STEVENSON

Marc Lancaster aterrizó en Nueva York a las nueve de la noche y enseguida se trasladó en taxi a su hotel. Guardó la ropa en los armarios con rapidez y consultó su reloj. Era demasiado tarde para ocuparse de alguna faceta de la investigación, a pesar de haberse dado prisa. Por fortuna, su agenda del día siguiente estaba perfectamente organizada: a las once y media de la mañana se reuniría con el agente, los familiares y otros seres queridos del novelista Jason Stevenson en la vivienda de su hermano en Manhattan, y una hora antes, uno de los detectives de John Roberts le enseñaría el lugar de los hechos, el apartamento del escritor. Pensó en esto y contuvo su afán por avanzar, con la idea de recuperarlo mañana. Al instante se relajó. Luego, por aburrimiento, se arrimó a la ventana. Desde la segunda planta del hotel Grand Hyatt la avenida de Manhattan le pareció moderna y poco acogedora, como su habitación. Empeoraba esta decepcionante percepción suya el que las aglomeraciones en las aceras no estuvieran originadas por la felicidad o la diversión, sino por el estrés y los viajes de ida y vuelta a los trabajos, así como a otras tediosas servidumbres. Empleados de todas las razas, turistas y algunos estudiantes, disonantes entre el desánimo general y el «yo a lo mío y tú a lo tuyo», atestaban las aceras bañadas de chillonas luces de neón. Ni qué decir tiene, las sonrisas escaseaban. «No estás en el Mediterráneo», se dijo el detective. También vio varios bares de diseño, idóneos para suavizar el sentimiento de soledad que lo estaba invadiendo y apagando su pasión. En un momento dado, empezó a desear compañía femenina. La soledad la sobrellevaba mal si no tenía entre sus brazos a una mujer tierna y cariñosa. Y como él conocía muy bien sus debilidades y se dejaba llevar por sus deseos cuando no lo perjudicaban ni perjudicaban a otros, se decidió a intentar gozar con una

amante esa noche.

Se enfundó la americana del traje, se peinó con los dedos sin mirarse en el espejo, contó el dinero americano de la cartera. Bajó hacia las calles de aquella Babilonia contemporánea al paso que tatareaba la canción «Me'n vaig a peu» de Joan Manuel Serrat. Y empezó a transitar por las aceras de Manhattan sin un rumbo concreto; este vagar no venía dado por su sentimiento de soledad, se debía a su forma de ser: en el fondo, era un viajero empedernido de Barcelona que estudiaba Antropología en la universidad y encontraba deleite en sumergirse en culturas extranjeras.

En cuarenta minutos, Lancaster estaba deambulando por aceras con mucha menos gente; en ellas, uno se imaginaba que los transeúntes residían en el vecindario, habida cuenta de que andaban despacio y abundaban las madres con niños.

En una de esas calles menos concurridas, él se sintió impulsado a entrar en un club de *jazz* por la escena que vislumbró tras su transparente cristalera y el incitante rastro de la música que traspasó la puerta principal cuando la abrieron unos parroquianos. Cuanto veía y escuchaba desde fuera le gustaba, le resultaba motivo de distracción y evasión: ambiente agradable, la penumbra difuminaba las mesas, los clientes se arrellanaban o besaban a su pareja, una cantante de veinte años, pelirroja, con rasgos célticos y ojos inundados de taciturnidad irlandesa deslumbraba al personal, la luz de dos focos caía sobre una melodía enternecedora de Billie Holiday… El detective lo tuvo claro: era un local de ocio ideal para lanzar una moneda al aire, probar a ligar.

Se metió allí creyendo que pasaría un buen rato, se adentró en la relajante penumbra de la sala oval contigua al escenario y tomó asiento en una mesa libre de madera de nogal, casi grande, diseñada para grupos de hasta cinco personas, igual que el resto de las mesas. Imperaba la tranquilidad en la zona donde él se había acomodado: no se oían conversaciones, solo música y la voz de esa muchacha tímida pero cautivadora que daba la sensación de provenir de un pueblo rural y haber encontrado en el escenario del club su tabla de salvación, un medio para ganar dinero en aquella celebérrima urbe. En verdad, la mirada compasiva y candorosa de la cantante en modo alguno

se avenía con aquel lugar, dado que en él se hacía ostentación de riqueza y, a menudo, ciertos clientes sentían envidia o una inapropiada veneración al observar a quienes nadaban en la abundancia. Su rostro de persona humilde, piadosa, que quería a todo el mundo, así como su falda de chica casta, larga hasta los tobillos, casaban con una componente de un coro de iglesia de una pequeña localidad de valores tradicionales, no con una de las típicas jóvenes de las interminables noches de Nueva York. Posiblemente, ella era una aspirante a actriz o a otro tipo de actividad artística, con la cuenta atrás en marcha para alcanzar su sueño. Los desorbitados alquileres acortaban los plazos de tiempo a aquellos que aspiraban a convertirse en artistas profesionales. La ciudad, con ellos, se revelaba tremendamente dura —tratar de triunfar ahí era como participar en una carrera en la que se daban muchos empujones y codazos—. Y no concedía segundas oportunidades. Nueva York, entre otras cosas, era un cementerio de ilusiones.

Marc Lancaster miraba al encandilador escenario y a la espectacular barra americana, de unos ocho metros, elaborada con granito negruzco. En torno a esta, se congregaban un buen número de hombres y mujeres muy bien vestidos, a los cuales les placía comenzar romances, escuchar palabras amables o descubrir que tenían afinidades con otros noctámbulos. También trasnochaban a su vera modelos ególatras, estudiantes y hermosas veinteañeras de los suburbios, estas últimas por sus pretensiones de llevar al altar a los buenos partidos de la zona: empresarios, *brokers* y deportistas de élite. La cantante atraía largamente la atención del investigador privado, en detrimento de lo que pasaba frente a la barra: los juegos de seducción, las conversaciones de diverso género, un arrobamiento fingido de una guapa mujer fatal con ojos de súcubo… Esa preferencia de Lancaster en el mirar cambiaría radicalmente cuando una joven con aspecto de estudiante universitaria se sentó en uno de los taburetes del bar, cruzó las piernas y, acodándose en la barra, apoyó el peso de su melancolía y el de su esbelto cuerpo sobre el antebrazo derecho; entonces, su lisa cabellera de azabache se abrió sobre el hombrito desnudo pegado a su mejilla. La melancolía o el cansancio, o los dos a la vez, hicieron que en su figura se trazara una

postura de abatimiento. Enseguida, esta mujer que frisaba los veinte años, de aire pudoroso, con un vestido barato nada provocativo absorbió las miradas de los casados sin lealtad, las de los divorciados, así como las de los solteros. Los candidatos que aspiraban a invitarla a una copa, cuatro en diez minutos, obtenían un «no» tajante por respuesta, tras lo cual le decían galanterías o sandeces con miras a hacer desaparecer su renuencia. En balde.

La repetición de noes en absoluto amilanó a Marc Lancaster; a despecho del desinterés manifiesto de la beldad por tener un acompañante, se le aproximó para invitarla a tomar algo. Pensaba que de esperar más tiempo los pesados la acosarían por turnos y, como resultado, ella, harta del asedio, se cerraría en banda a charlar con cualquier hombre. Al llegar él a su lado pudo contemplarla mejor. En sus ojos, marrones y de un tamaño algo superior al común, resplandecían la juventud y la tristeza. Su mirada, sincera y muy limpia, evocaba un temperamento pacífico. Sus facciones recordaban a las de las francesas. Y su melena, negra, lisa y muy hermosa, imitaba bien el estilo egipcio: un flequillo recto, un dedo por arriba de sus cejas, ceñía su frente, y por detrás resaltaba su larga longitud. El barcelonés apreció enseguida que ella atesoraba una belleza muy natural y auténtica, tal vez porque para potenciarla prescindía de la ayuda de la sofisticación: su vestido era simple, no llevaba los labios pintados ni maquillaje alguno y tampoco lucía complementos, excepto un reloj de mujer pobre y un collar de plata con su nombre, Madelaine, grabado en letra inglesa. Estas ausencias no menguaban su encanto, bien al contrario.

—¿Puedo invitarte a tomar algo? —se ofreció el investigador.

—No, gracias.

—Me encantaría conversar contigo un rato.

—Lo siento. Gracias.

—Está bien. Te dejo tranquila. En realidad, solamente deseaba un poco de ternura. Me siento tan solo esta noche…

La joven sonrió por cortesía y Marc Lancaster se marchó bajo los efectos de aquel «No, gracias» en su ánimo, se retrepó en la silla con forro de piel de su mesa, resopló como lo hace la gente con tedio y echó un trago a su

piña colada. No reparó en que ella se debatía entre permanecer en la barra o sentarse a su mesa. Tampoco la vio venir. Hasta que no se sentó frente a él con un movimiento suave, no la contemplaría de nuevo; en ese momento, los castaños ojos de la mujer habían cambiado, eran los de alguien que quiere recibir cariño. El detective los estudió y se alegró.

—Vengo a este bar, en exclusiva, porque me gusta escuchar a mi hermana —le dio a conocer y señaló al escenario—. La vida nocturna de esta ciudad no me llama. Además, no soy una chica liberal ni estoy de humor para flirtear.

—Anotado —pronunció. Pensó y sintió que tenerla tan cerca era estupendo.

—Deseas ternura… ¿De verdad te sientes tan solo?

—Te lo juro.

—Mi prometido falleció en un accidente de tráfico hace siete meses. Invadió su carril la furgoneta de un alcohólico. Yo también me siento muy sola. Sé lo que es eso —admitió plena de una soledad mucho más fuerte que la de Marc Lancaster.

—Lo lamento. ¿Cuánto tiempo llevabais saliendo?

—Desde el instituto.

—Eso es mucho tiempo.

—Sí, seis años.

Ante Marc Lancaster, una joven evocando su felicidad perdida, confusa, con luceros que pertenecían a la nostalgia. Él se atrevió a preguntar:

—¿También necesitas ternura?

—Me lo estoy preguntando desde que he hablado contigo en la barra. —Se interrumpió. Un mohín de indecisión arrugó sus labios. Al punto se permitió decirle lo que suponía—: Tú vas a por un «aquí te pillo, aquí te mato» con una mujer guapa, claro, como todos los tíos.

—Te equivocas si me tomas por un insensible o un salido. No le haría ascos a acostarme con una mujer guapa, pero también me atraen otras cosas.

—¿La ternura?

—Sí.

—¿Qué propones?

—Duerme conmigo esta noche. No habrá sexo, solo abrazos.

Lancaster la acarició con la mirada, una costumbre suya que precedía a las caricias físicas a sus amantes. Ella se alteró. Le apetecía tanto olvidar su dolor por un rato y aceptar lo que el desconocido le estaba proponiendo que, de improviso, en sus pensamientos su concepto sobre sí misma se volvió muy riguroso: era patética. Debido a este juicio tan severo, accedió afectada y con voz avergonzada a la propuesta. Entretanto, se intensificaban las marcas inconfundibles de la tristeza en su rostro. Con todo, seguía arrebatando las miradas de muchos clientes masculinos. Su tristeza en modo alguno deslucía su belleza, al contrario, le daba un matiz de sentirse desamparada que hasta la mejoraba.

En la cama de la habitación del hotel Grand Hyatt, unidos por la necesidad, la atracción y el sentimiento de soledad, en Marc Lancaster este último sentimiento desapareció, mientras que en Madelaine se mitigó. Los dos respetaron el acuerdo peculiar, de desesperados: no hubo sexo, se abstuvieron de besarse en los labios —estos se circunscribieron a la cara y al cuello— y la pasión nunca osó reemplazar a la ternura. Eso sí, se prodigaron en caricias y en mimos. Seguramente a consecuencia de esa falta de pasión, las conversaciones se redujeron a unas pocas palabras sueltas y a frases aisladas en tono de susurro. La conversación más larga, sobre las dos de la madrugada, duró menos de un minuto.

—Eres guapo —expresó Madelaine con voz franca y cálida, si bien carente de ardor amoroso.

—La empleada del hogar andaluza de mi madre estaría de acuerdo contigo. Cuando yo tenía siete u ocho años, me decía: «Serás un hombre muy guapo. Y con esos ojos verdes tendrás mirada de golfo».

—Tenía razón.

—Yo estaba algo preocupado por entonces. En absoluto pensaba que tener mirada de golfo supusiera una ventaja. Temía que las mujeres se asustaran y me rehuyeran.

—No asustan, seducen. Además, eres simpático. Buena combinación para tener siempre a una mujer a tu lado.

En una conversación posterior, la joven le preguntó de qué trabajaba en Barcelona. El detective admiró lo guapa que estaba rodeada del gris de la semioscuridad y se lo dijo, pero sin contarle nada de la investigación que lo había traído a la ciudad. De todos modos, aquella pregunta le llevó a él a pensar en África. Se estaba imaginando una aldea con hambrientos con siluetas de ébano en la que el viento, silencioso y fuerte, hacía temblar sus vestiduras. Se durmió visualizando esa dramática escena, con su mano derecha dentro de la lacia melena de Madelaine y escuchando su respiración.

Unas horas después, una pesadilla de Lancaster originada a partir de su elucubración de la tarde anterior: el fin de los asesinatos era silenciar a Amaré Leconte, amenazaba su descanso y su sosiego. Él veía a un niño etíope andando hacia un león de mirada torva; ese niño estaba seguro de que moriría bajo las zarpas del animal implacable, inmisericorde —la representación del sacerdote—. El investigador sufría por no encontrar la forma de entrar en la sabana, cogerlo en brazos y llevárselo corriendo al poblado colindante, fuera del alcance del depredador, que ansiaba devorarlo. El devenir de la pesadilla truncaba sus propósitos: socorrer al chiquillo y, hecho esto, despertarse, zafarse del agarrón de la angustia. Hasta que el león no lo desfiguró y lo mutiló, el barcelonés no abrió los ojos. En esas, nervioso, con la respiración alterada, sudor en el pecho y frío en las manos, recordó el ataque al crío. Madelaine todavía yacía dormida sobre su pecho, en apariencia, amorosamente: los brazos de esta describían las líneas de un abrazo. El exescolta le miró el rostro y tuvo la impresión de que la paz de espíritu se estaba imponiendo a la aflicción en ella. Esta engañosa impresión lo tranquilizó.

El detective de Roberts apartó la humanidad de la joven procurando no despertarla, salió poco a poco de la cama en que se sucedieron caricias para fortalecerla contra la añoranza, interrumpió sus pasos junto a la ventana. Paseó su alicaída mirada por los rascacielos de Manhattan, por la gama de amarillos que rebosaba de sus ventanales. Repentinamente, volvió a ver una sabana y a un niño mutilado sobre briznas de hierba. Sintió que había fracasado en el caso de los novelistas asesinados. Injustamente, pues no

había tenido tiempo de descubrir la verdad. Se preguntó si realmente habría niños africanos desvalidos que hubieran sido vendidos y se hallaran retenidos en pisos norteamericanos a la espera de una operación. A renglón seguido, aún sepultado en sus preocupaciones, decidió que, nada más atrapara al degollador, le apretaría las clavijas o lo torturaría para despejar las incógnitas, para conocer el móvil de los asesinatos de los escritores de novela negra. ¿La matanza la había desatado un psicópata con la esperanza de sentirse un ser todopoderoso o un mercenario con vistas a crear una cortina de humo?, se dio a pensar. Se juró que, si el homicida era un mercenario, este confesaría durante el futuro interrogatorio el nombre de quién le pagaba. Lo haría hablar como fuera. Recurriría a la crueldad atroz, de ser menester, aunque esto le valiera el eterno desprecio de Dios e hiciera sonreír al diablo.

Al despuntar el alba, cuando el sol arañaba aquí y allá la oscuridad de las calles y añilaba las azoteas, Madelaine se fue a su casa, en Queens, a mirar fotografías de su prometido bajo tierra, a languidecer —siempre que hacía esto, sus iris quedaban faltos de vida, se asemejaban a los de una muñeca de porcelana—, y Marc Lancaster se dirigió al encuentro del detective Nikos Andropoulos, su guía en Nueva York. Un teléfono y el nombre Madelaine escritos en una nota encima de la mesita de noche hacían creíble la propuesta de ella de conocerlo más y llegar a ser buenos amigos. Nada más que esto, por ahora. De haber una relación sentimental en el futuro, esta surgiría de una amistad previa aún por forjar, impuso la joven. El investigador estaba convencido de que no la había seducido ni conquistado. Madelaine había dormido con su prometido muerto, no con él. Así y todo, había sido una buena noche para ambos, por cuanto se sentían mucho mejor tras darse ternura.

El detective Nikos Andropoulos aplastó el cigarrillo en el cenicero, maldijo de modo malsonante y exclamó:

—¡Mal asunto!

Tenía cuarenta y seis años, los hombros y la espalda voluminosos, complexión recia, rasgos duros, la barbilla con hoyuelo, un gesto casi

permanente de serenidad, ojos de color miel y el cabello corto, rizado, canoso. A menudo miraba de forma incisiva; entonces se diría que estaba haciendo un juicio de valor, una interpretación crítica de las personas. Se había jubilado hacía un año de la Brigada de Homicidios de Nueva York. Al comienzo de su retiro se entretuvo con sus *hobbies* de siempre —jugar a los bolos y a las cartas con sus amigos, disparar en la galería de tiro, leer el periódico de la tarde, cocinar comida griega…— y con otros nuevos —pasar el día con su esposa en bucólicos pueblecitos de postal de Connecticut una vez a la semana, construir maquetas de barcos antiguos y cuidar su rosaleda tricolor—. A los tres meses empezó a sentirse vacío, bien porque no amaba a su esposa como antes, bien porque la infertilidad de ella les privó de tener hijos. Sus asignaciones en la Policía de Nueva York: resolver asesinatos enrevesados o que provocaban una gran alarma social, lo habían hecho sentirse realizado, pero no se había dado cuenta de su amor por su profesión hasta que se jubiló.

—Esta alimaña rabiosa es el hombre sin rastro. No hay huellas dactilares, ni siquiera en las escaleras de vecinos. Tampoco deja ni un cabello para el laboratorio. Nadie lo ve. Nunca emite ruido al matar ni cuando abre la cerradura —resumió Nikos Andropoulos entrando en recelo—. Una vez, vale. En seis asesinatos, se sale de lo normal. Raro, muy raro.

—Tenemos un sospechoso —le anunció Lancaster—. Bueno, mejor dicho, tenemos la imagen de un sospechoso de espaldas. Va completamente rasurado y rapado.

—Interesante. Un profesional prudente. Esto explicaría muchas cosas, pero no el móvil.

El barcelonés suscribió su opinión en actitud de no querer conformarse y agregó con resolución:

—Estamos en ello. Tal vez, primero pillaremos al asesino de los escritores y después sabremos el móvil. O puede que descubramos una causa para matar que nos conduzca hasta él. El equipo de Los Ángeles se centra en hallar sospechosos mediante las grabaciones. Yo, a fin de arrojar luz sobre este móvil, estoy diseccionando los homicidios, fijándome en los sentimientos de cuantos tenían motivos para odiar a alguna de las víctimas

y tratando de vislumbrar quiénes se han beneficiado con sus muertes más allá de lo obvio.

El expolicía apuró el humeante café de un sorbo y se limpió los labios cortados con una servilleta de papel. Miró a Lancaster lleno de desconfianza por lo que había escuchado y compartió sus pensamientos con entonación de llevar razón:

—Esto huele mal. Como el de la grabación sea el mataescritores, vamos detrás de un sicario caro. Igual nos hallamos ante un asesino en serie que pretende entrar por la puerta grande en la historia de la criminología, claro está. Pero…

—Pero no apostarías por esta posibilidad. Yo tampoco.

La música de Bach del teléfono de Marc Lancaster, la *Partita n.º 2 en C menor* para piano, alteró la mirada de este. Y cuando vio el apellido Torres centelleando en la pantalla, estuvo ávido de escuchar al de Campeche. Sin perder un segundo, apretó el icono verde y saludó:

—Hola, Miguel.

—¿Cómo estás, Marc?

—Bien. ¿Qué tenéis?

—Estamos sin pistas. Por lo que sabemos, ningún extraño buscó pelea ni intervino en una reyerta en los bares próximos a los escenarios de los crímenes. El programa de reconocimiento facial no ha hallado coincidencias. Y, en cuanto al fortachón depilado, no sale en más grabaciones… por el momento. Todavía nos falta reproducir un montonazo de DVD y cintas. Wallace aterrizará en Etiopía en tres horas.

—¿Cuántos sois? ¿Han venido refuerzos?

—Esa es la buena noticia. John Roberts nos los ha mandado. Me lo esperaba porque se puso eufórico cuando le hablé del rapado.

—Un rapado al que no se le ve la cara. ¿No exagerarías sobre nuestros progresos?

—Le dije la pura verdad. Aun así, estalló de alegría. Ahora estamos visionando las grabaciones doce detectives y otros cuatro se patean las calles para reunir grabaciones y anotar descripciones en bares.

—Perfecto. Disponiendo de estos refuerzos, me parece adecuado ampliar

la investigación. Agénciate también las grabaciones de los supermercados en un radio de dos kilómetros de los escenarios de los crímenes. Nos interesan las grabaciones de los días de los asesinatos, así como las de los cinco días anteriores y posteriores.

—¡Menudo faenón! Pero convengo contigo, es necesario. Debemos mirar bien el pasado.

—¿Qué tal lo lleva tu mujer?

—Mal. Le he prometido que, como muy tarde, en uno o dos meses el caso estará resuelto.

—¡Qué mentiroso!

—Sí. Una cosa más. Es en relación con la denuncia anónima sobre el tráfico de órganos. Se hizo en Los Ángeles en octubre de 1996. Y se abrió una investigación. Lo he confirmado.

—¿A qué policía de Homicidios se le endosaron?

—A un tal Drazen Stepanec. Un teniente condecorado, intachable.

—¿Has hablado con él?

—Por supuesto. O no descubrió nada relacionado con la venta de órganos de la que escribió Leconte o es un actor consumado. Ah, estuvo en Etiopía indagando a principios de noviembre de ese año.

—¿Y?

—Todo normal. La denuncia anónima resultó ser una broma de mal gusto. Él afirma esto.

—Comprueba si Leconte y Stepanec se llamaban. E interroga al agente literario de Leconte acerca de este detective, a ver si le suena el nombre. Enséñale también una fotografía suya.

—Me pongo ahora mismo.

—Tenme al tanto de las novedades. En especial, de cada vez que el sospechoso vuelva a aparecer en las cintas, de lo que descubra Wallace en Etiopía y de la vinculación de Stepanec con Leconte.

—Descuida.

—Tengo que colgar. Adiós y suerte.

—Adiós.

Nikos Andropoulos movió el cuello y los brazos para desentumecerlos;

parecía un niño malo y abusón preparándose para zurrar a un chiquillo al que tenía ojeriza, y comentó:

—Miguel es un buen tipo y un detective magnífico. Una investigación solicitada por un amigo de John Roberts nos hizo trabajar codo con codo hará cosa de seis meses. ¿Vamos al apartamento?

—Vamos.

Los dos investigadores privados se metieron en la abigarrada y ruidosa muchedumbre del centro de Manhattan y, pasados cinco minutos, en el rascacielos para ricos en el que tuvo su hogar el novelista Jason Stevenson, la cuarta víctima. En el apartamento el ambiente de horror persistía semanas después del traslado del cadáver y de la ropa de cama al laboratorio de la Policía Científica de Nueva York. Había grandes manchas de sangre a ambos lados del cuello y del tórax de la silueta humana dibujada en el colchón, demasiado silencio y el polvo de los lugares abandonados a la fuerza; además, olía a sangre y a odio. De buenas a primeras, Marc Lancaster recorrió con la vista los treinta y dos metros por los que anduvo el homicida, desde la puerta de entrada a la cama doble, donde sorprendió a Stevenson durmiendo entre sábanas de seda. Una vez que hubo visualizado el allanamiento, así como la agresión mortal, pensó que nada allí era diferente de cuanto había visto decenas de veces en las veintiocho fotografías del expediente y de lo que decía el prolijo informe del FBI. En ellos, no se apreciaban fallos ni descuidos del intruso. Igualmente, tampoco se advertían en ese escenario material. Sin embargo, al barcelonés le resultó mucho más impresionante caminar por la fastuosa alcoba de Manhattan en comparación con examinar el informe policial y remirar las fotografías numeradas del cadáver y de las estancias del apartamento, ya que cuando concentró su atención en las fotografías y leyó el modo en que se perpetró el crimen, no oyó los golpes de las manos histéricas del escritor en el cabezal de la cama ni imaginó tan bien su terror antes de morir muy dolorosamente entre torturas.

Poco después de que la expresión de ambos significara lo mismo —para qué mirar más tiempo—, abandonaron el apartamento. Se presentaron en los domicilios de inquilinos y propietarios de la misma planta, así como de

las seis por arriba y por abajo. En sus recibidores, dijeron a quienes les abrieron la puerta, normalmente personal del servicio doméstico, que tres cientos dólares cambiarían de manos, siempre y cuando tuvieran palabras valiosas para vender, y les explicaron qué entendían por palabras valiosas. No les recriminaron sus «involuntarios» olvidos con los policías, al revés, se mostraron comprensivos y les animaron a hablar abiertamente. A más de uno le sedujo la idea de entrar en negociaciones con hombres tan espléndidos, pero no tenían nada que contarles.

Al cabo de unas tres horas, los detectives bajaron al portal. Marc Lancaster interrogó al portero y Nikos Andropoulos introdujo cartas en todos los buzones —claro está, en ellas se ofrecían golosas gratificaciones a cambio de información—. Luego cruzaron la calzada, accedieron a un vestíbulo mayestático, dijeron adónde iban a un conserje gordo, aburrido y embutido en un uniforme ridículo similar al de un soldado zarista, y se metieron en un ascensor que no desmerecía del vestíbulo. En el duodécimo piso, torcieron a la izquierda. Nikos Andropoulos, impaciente, presionó el timbre de la propiedad del hermano de Jason Stevenson.

En la sala de estar —amueblada con una mesa de estilo Directorio francés, una fenomenal sillería con tapizado de color salmón, un sofá en forma de ese y una larga librería de caoba, y adornada con una lámpara de cristal de Bohemia y cinco cuadros de gran valor—, los estaban esperando el hermano de la víctima, Joshua, el que fuera su agente, Steve Camprodón, y los dos amigos con los que mantuvo una estrecha amistad, Edward Cedric y David Lemus.

Joshua Stevenson, un caballero de treinta y siete años, rubio, apuesto, con una cicatriz sobre la ceja derecha, de buen carácter, cortés, con escasa fe en la gente, inmediatamente se comportó como un anfitrión complaciente y hospitalario.

—¿Quieren tomar algo? ¿Un vaso de *whisky?*

—No, gracias —respondió Lancaster.

—Yo tomaría un café con leche —pidió Andropoulos.

—Laura, por favor —requirió Joshua Stevenson a la joven criada flaquita, pálida, pecosa, retraída.

—Ahora mismo se lo traigo.

—Señor Lancaster, contestamos a las preguntas de los policías el día del asesinato. Vimos muy perdidos a los investigadores entonces. A fecha de hoy nos tememos que nada haya cambiado. Creo que hablo en nombre de todos —dio casi por sentado el hermano de la cuarta víctima.

—Desde luego —se sumó a esta opinión Edward Cedric.

—Sí —corroboró Steve Camprodón.

—No tenían ni idea de por qué fue asesinado ni de quién lo hizo —continuó Joshua Stevenson—. Su inoperancia nos afectó, resultó muy frustrante. Haremos lo que esté en nuestra mano para facilitar la detención del criminal. Cuando lo ejecuten, estaré en primera fila. No me lo perderé.

—Aclarar estos interrogantes corre de nuestra cuenta. Estamos investigando en varias ciudades con el objetivo de saber quién asesinó a su hermano y por qué —le confió el barcelonés a fin de sosegarlo.

—¿Ven progresos, señor Lancaster? —pronunció rápidamente Steve Camprodón. Sus ojos, pequeñitos, excitados y de ardilla juguetona, chispeaban bajo la luz gualda de una ventana.

—Sobre el móvil, no. En cuanto a la autoría, estamos siguiendo una pista esperanzadora. Por supuesto, tan pronto como tengamos datos contrastados los pondremos en su conocimiento y en el de los allegados de las otras víctimas.

—Le quedo muy agradecido. Pasemos a lo importante —priorizó Joshua Stevenson—. Han venido a hacernos preguntas, ¿verdad?

—Sí. ¿Alguien había sufrido perjuicios o ultrajes tan fuertes como para que deseara matar a su hermano? —inquirió el detective barcelonés a Stevenson.

—No, que yo sepa. Y hago extensible esta creencia a todos. Hemos hablado largo y tendido sobre ello.

La mirada de Marc Lancaster se movió hacia el agente literario de ojitos de ardilla juguetona, un neoyorkino enjuto, de unos treinta y cinco años, cabello castaño, rasgos poco marcados, dientes bonitos y muy blancos, y actitud obsequiosa. Llamaba la atención su gesto de intriga, que se acentuó cuando este advirtió que el investigador estaba mirándolo.

—Señor Camprodón, ¿estaba escribiendo Jason Stevenson una nueva novela?

—Sí.

—¿De qué va?

—El argumento no es nada del otro mundo. Para nada falto a la verdad al afirmar que no iba a ser su novela más notable. Un comerciante se aficiona a las partidas de póker en casinos ilegales. En poco tiempo contrae deudas muy grandes con rufianes. Uno de ellos, harto de esperar su devolución, lo manda asesinar. El padre del ludópata, un empresario de la construcción que ignoraba su vicio, no se resigna a la ineficacia de la Policía. Unas semanas después del crimen contrata al detective de la saga de Stevenson para que prenda al homicida y lo lleve ante la justicia. Un tema muy manido.

—¿Tú sabes escribir mejor? —le preguntó en tono recriminatorio el hermano del novelista.

—Vamos, Joshua, no te enfades. Yo respetaba a tu hermano y le tenía estima, pero estaba lejos de ser un escritor de la categoría de Ernest Hemingway. No supo evolucionar, se había estancado.

—Pues bien que vendía.

—Eso no significa nada. Normalmente, el público de novela negra no es exigente con la calidad literaria. Se conforma con divertirse leyendo heroicidades de personajes con los que simpatiza.

—Te has forrado y has vivido a cuerpo de rey gracias a él, y ahora cuestionas la calidad de sus obras. Tus poetas y novelistas *underground* no venden. Sin Jason, tu gallina de los huevos de oro, estarías de camarero en un Starbucks —arguyó Joshua Stevenson para afearle sus menosprecios a su hermano; al mismo tiempo se le encendió la furia.

—Rendí como un buen agente. Los dos salimos ganando con nuestra unión. No me abrumes con tus reprimendas. Están fuera de lugar.

—¡Él podría haber encontrado a otro agente competente, tú no a otro novelista superventas! ¿Nos tomas por imbéciles?

—Caballeros, tengan la bondad de dejar de discutir —exhortó Nikos Andropoulos para acabar con la disputa—. El señor Lancaster dispone de

poco tiempo. Volará a Hungría en unas horas. Volvamos a la vida de su hermano, señor Stevenson.

—Gracias, Nikos —dijo el detective barcelonés.

—Escribía utilizando el método Stanislavski de los actores y solía encariñarse de sus personajes. A menudo experimentaba sus mismas sensaciones y sentimientos —explicó Edward Cedric.

—Este procedimiento artístico no comporta ningún peligro —pensó en voz alta Marc Lancaster.

—Depende de cómo se mire —disintió Cedric—. Se pasaba al identificarse con ellos: compartía sus aficiones. Estaba jugando a póker en circuitos nada recomendables por los que pasaba gentuza peligrosa: delincuentes y adictos al juego irascibles y de mal perder. Dilapidaba su dinero en las partidas noche sí, noche también, pues era una nulidad como jugador de cartas. Dicho esto, no creo que fuese tan poco cuerdo como para dejar sus deudas sin pagar, si bien, la verdad, no lo sé a ciencia cierta.

—Su cuenta bancaria gozaba de muy buena salud —aseveró el agente.

—Da igual. Si llevó al extremo máximo el método Stanislavski, puede que quisiera saber qué se siente cuando te amenazan sujetos violentos. Con este fin, se retrasaría en satisfacer las deudas —conjeturó Andropoulos.

—Nadie se arriesgaría de este modo… excepto un subnormal —consideró con sequedad Joshua Stevenson; sus palabras sonaron como las de las reconvenciones legítimas—. Mi hermano era muy lúcido. Su anómalo comportamiento de unos meses atrás tiene una explicación muy simple: le apasionaba escribir, pero a veces le faltaba inspiración, y para recobrarla observaba cómo viven las personas marginales.

—Te asombrarías de lo excéntricos que llegan a ser los artistas, y no me refiero a Jason en particular. Hablo en general —atestiguó el agente literario. Al momento, este vio a Joshua Stevenson enfurecerse otra vez—. Joshua, ponerse en la piel de un personaje en la vida real en absoluto es un proceder de subnormales, lo hacen muchos actores y algunos escritores.

—No me vale, señor Camprodón. Aun cuando tuviera deudas, vamos a suponer, con traficantes de droga o atracadores muy violentos amantes del póker, de ninguna manera esos maleantes matarían a novelistas en varios

países para confundirnos. La escabechina no se la debemos atribuir a ellos. Lo veo demasiado rebuscado y bastante absurdo —dio argumentos Marc Lancaster—. ¿Tenía Jason Stevenson amistad con los otros novelistas asesinados?

El agente literario bajó los párpados a medias mientras procuraba recordar, elevó el pecho como si hubiera tenido una idea genial que le hubiera sorprendido incluso a sí mismo y respondió:

—Conocía a Richard Krauss. A Amaré Leconte no, seguro. Hablamos sobre él más de una vez. A Jason le daba rabia lo bien que escribía. Lo tenía en un pedestal. De haberse citado con Leconte, me lo habría contado con voz de envidia o de entusiasmo. Diría que nunca había coincidido con los demás novelistas.

—¿Ustedes piensan lo mismo? ¿Corroboran que no se había hecho amigo de alguna de las víctimas? —quiso saber Andropoulos.

Se vertieron opiniones unánimes con diversos acentos; los de afligimiento dieron lugar a que Marc Lancaster descubriera un cariño presente, pasado y futuro hacia el novelista, y los de sinceridad indicaron un conocimiento profundo de su vida. Se hacía sencillo adivinar que Jason Stevenson contaba sus intimidades a sus personas cercanas, que confiaba en ellas.

A la postre, la falta de avances desalentó a los detectives. Lancaster pensó que habría sido más productivo estar en ese momento investigando en Budapest o en Etiopía, o visionando las grabaciones en Los Ángeles. Las únicas certezas que se desprendían de aquella entrevista en Nueva York eran la decadencia literaria de Jason Stevenson y la de su orgullo. No había pruebas materiales en el escenario del crimen, los vecinos no vieron nada alarmante, el seguro de vida ni mucho menos brindaba una vida regalada a los beneficiarios, el novelista no tenía enemigos que hubieran dado muestras de poder ser el demonio que lo había asesinado ni que contaran con los recursos económicos para perpetrar una masacre repartida en varios continentes, etcétera. Se encontró con el mismo panorama que en Los Ángeles, Carmel y Sacramento: allegados ligeramente o muy abatidos, ni una pizca de información de valor, un asesino maestro en su repudiable oficio, un móvil que se ignoraba y otras muchas preguntas sin respuesta.

Por esta inutilidad que desazonaba a los detectives, estos no tardaron en dar por concluida la reunión; lo hicieron dando las gracias a las personas que Jason Stevenson había querido y diciéndoles no querer abusar más de su tiempo. Luego se despidieron con brevedad.

Nikos Andropoulos acompañó al barcelonés en un taxi por la ruta hacia el aeropuerto para aprovechar sus últimos minutos en la ciudad. Durante el trayecto, el policía retirado asumió el encargo de hacerse con las filmaciones de las cámaras de los supermercados en un radio de dos kilómetros de los escenarios de los crímenes y enviarlas a Miguel Torres. Este experimentado detective neoyorquino se inclinaba a pensar que el allanador nocturno era un asesino en serie muy cruel y que elegía a ciertos escritores de novela negra por sus deseos o bien que la conspiración criminal imaginada por John Roberts se evidenciaría verídica tarde o temprano —esta hipótesis era la que más le convencía—. Andropoulos abogaba por investigar conforme a las vías lógicas, pero estas habían estado llevando a callejones sin salida muy oscuros. Los Departamentos de Homicidios de Los Ángeles, Sacramento y Nueva York, el FBI, la Police Nationale francesa y la Interpol en forma alguna habían sacado rendimiento a su hipótesis común de trabajo: un asesino en serie estaba degollando y acuchillando a escritores de novela negra; un hombre de raza blanca, de veinticinco a cuarenta y cinco años, con un cociente intelectual superior a la media y sin empatía. Y los detectives de Roberts que hacían pesquisas a partir de la teoría de la avaricia empresarial —asesinar por la buena marcha de una compañía—, tampoco habían dado con culpables o pruebas, ni siquiera con indicios. Nada. Aun así, Marc Lancaster se dijo que sería incongruente excluir la posibilidad de que un asesino en serie clásico estuviera matando a novelistas. Asimismo, se dijo que él bien podría estar equivocándose de pleno al no hacer caso al magnate, pues quizá esa espalda y ese rostro escondido eran los de un sicario bien pagado y sin ideas propias que obedecía las instrucciones de una gran corporación del sector de los medios de comunicación de masas. El tiempo le daría o le quitaría la razón al barcelonés.

Transcurrida media hora, en medio de la mezcolanza de pasajeros en

tránsito y de la superposición de conversaciones del aeropuerto neoyorquino, Lancaster telefoneó a Natasha, una antigua novia con la que había roto a principios de otoño. Ella residía en un pueblo lindante a Érd, a pocos kilómetros de Budapest, y trabajaba de enfermera en un hospital de la capital húngara. El detective pensó que, con suerte, mañana libraría en el hospital y los dos desayunarían juntos, y con mucha suerte, libraría en el hospital, desayunarían y cenarían juntos, y después harían el amor. Él estaba libre de compromisos de fidelidad. Con Madelaine no había iniciado una relación de pareja, solo una amistad que a lo mejor se convertiría en un romance algún día, de manera que no incurría en una deslealtad por realizar la llamada ni tampoco hacía nada desacertado: le apetecía más desnudar a Natasha que a Madelaine. En cuanto colgó el teléfono, se apenó mucho por lo dicho en la conversación: ella no estaba saliendo con nadie y era infeliz porque lo echaba de menos. Por un lado, el barcelonés detestó saber que se sentía infeliz. Por otro lado, el contexto se le antojó de lo más favorable de cara a disfrutar de unos días estupendos, más todavía al darle importancia a cuándo y dónde se habían citado, en la puerta delantera del Mercado Central a las ocho de la mañana, donde comerían moras, tal como tenían por costumbre hacía unos meses siempre que la joven salía del hospital tras el turno de noche. Más tarde, hacia las nueve, habían quedado en ir a cenar a un restaurante tailandés. Y, si bien se omitió, se sobreentendió que, como colofón memorable al feliz día, los dos querían pasear por la orilla del Danubio y acostarse.

El exescolta calculó que, desde que dijera adiós a Natasha por la mañana hasta la cena, dispondría de unas doce horas para investigar sin desmayo. Justo después pensó en que el homicida que arrancaba corazones andaba suelto y posiblemente estaría aún en Budapest. Apenas hacía un día y medio del asesinato de Jan Pestova. Se preguntó si sentiría su presencia en caso de cruzarse con él. Como fuera un sicario, bien pudiera estar sobre aviso de qué detectives privados estaban intentando detenerlo. No sería para quedarse pasmado el enterarse de que la persona X que había maquinado y pagado los crímenes estuviera informando puntualmente al criminal de los movimientos de los investigadores de Roberts con la

finalidad de mantenerlo lejos de ellos. Sin embargo, un ser tan malvado quizá preferiría la cercanía a la beneficiosa lejanía: la agresión a sus perseguidores a la huida permanente. El contratante ni por asomo supondría que su mercenario adolecía de esta inclinación, propia de un enfermo colmado de odio que disfruta empleando la violencia terrífica. De modo opuesto, Lancaster tenía esto bien presente.

7
NATASHA

A las siete y media de la mañana el sol pintaba de luz gualda las cúpulas y los tejados de la ciudad de los palacios abandonados. Así llamaba Marc Lancaster a Budapest cuando la echaba de menos, cuando la nostalgia por momentos inolvidables vividos con Natasha se adueñaba de su corazón y de su mirada, y lo hacía emocionarse. En el curso del idilio, sobre todo cuando iban a visitar a amigos de Natasha en el centro de la ciudad, a él lo había maravillado la majestuosidad de algunos inmuebles faltos de remozamiento. «Palacios abandonados», le había musitado a su novia para criticar la mala conservación de tales joyas arquitectónicas una de esas tardes en que pasaron por el centro histórico. Ante este comentario, ella amplió una sonrisa de resignación y admitió que estaba acostumbrada a percibir en algunos edificios de Budapest la hermosura impresionante unida a la decrepitud; y era verdad, puesto que desde niña había visto deteriorarse esos bellísimos edificios en manos de particulares empobrecidos. ¿Cómo podía una persona mirar, sin inmutarse, tanta belleza perdiendo su esplendor por el deficiente mantenimiento?, se planteó el barcelonés aquella tarde mientras la sonrisa femenina de Natasha se mudaba en un trazo de seriedad.

A Lancaster Budapest le fascinaba. Le gustaba todo de ella: la colección de maravillas que se alzaban en ambas orillas del Danubio, la espectacular iluminación nocturna cubriendo de oro las aguas, Natasha, la inmemorial armonía de sus calles, la competición de belleza entre Buda y Pest, las sublimes delicias de las pastelerías, la variadísima oferta de exquisiteces del Mercado Central, la Estatua de la Libertad, esa mujer ardida y libre… Cada vez que él regresaba a la capital húngara, experimentaba la sensación de que jamás se había marchado. Y cada vez que partía, se imponía retornar

pronto.

Por este amor a la ciudad, el detective sentía placer y regocijo mientras se dirigía hacia el Mercado Central siguiendo la margen del Danubio. Realmente se hallaba dichoso por pasear otra vez por allí y, más todavía, por dirigirse hacia Natasha. Nunca la había querido con esa bonita locura en que se pierde el control de las emociones, lo cual no significaba un interés escaso por ella ni que no hubiera gozado siempre que habían estado juntos. Nada más lejos de la realidad: el barcelonés había deseado enamorarse de su pareja durante los días de su noviazgo, continuamente, cosa que podía considerarse una forma de devoción.

Visto desde una óptica masculina, la joven húngara era un dechado de virtudes: divertida —en ocasiones, hasta graciosa—, muy hermosa, de buen juicio, fiel, amable y desprovista de malas ambiciones, jamás había valorado a un hombre por su riqueza o por su profesión. Ella conocía mejor que nadie a Marc Lancaster. Le recordaba a Sinclair, el personaje de Hermann Hesse que se había criado en un ambiente de bondad y se sentía muy atraído por el mundo oscuro, por el mal. El exescolta se había criado en el mundo oscuro y se sentía muy atraído por el bien y la pureza; al igual que Sinclair, caminaba con decisión hacia un mundo opuesto al de su niñez.

Lancaster la dejó por su bien, no obstante, la había herido. En su día, más o menos hacía medio año, el investigador privado puso fin a la relación por compasión. En su última etapa de noviazgo, ambos sabían que el amor no anidaría en el corazón de él, de modo que prolongarlo no haría sino que, al quedarse Natasha sola, se hundiera más, que su pesar fuese todavía mayor. El barcelonés le juró que su voluntad era enamorarse. No mintió; ni a la joven ni a sí mismo. Ella no le recriminó su incompetencia para realizar sus propios deseos, pero sus ojos hablaron de su desilusión. Postreramente, cortaron dándose besos y diciéndose cosas bonitas en una atmósfera de cariño y ternura, como solían hacer, y con una sensación idéntica: había algo ilógico en aquel desastre. Ninguno de los dos entendió que él le profesara una estima tan fuerte y, sin embargo, no la amara. Marc Lancaster se acusaba de haber fallado estrepitosamente. Natasha nunca lo

vio tan claro. No estaba segura de si había fallado su novio, ella misma o Dios. Su raciocinio tendía a culpar a Dios. A consecuencia de estos pensamientos recriminatorios, llegó un fatal día en el que consideró al Señor un protector negligente y sin capacidad, y dejó de quererlo. Nunca le mencionó ni una palabra al barcelonés acerca de la pésima opinión que tenía de Dios a raíz de su fracaso amoroso, por cuanto descubrir esto lo habría lastimado, algo del todo indeseable para la joven. Verdaderamente, ella se había propuesto que su exnovio conservara un recuerdo precioso de sus doscientos dos días juntos, como los niños rememoran la primera zambullida en el mar o el sabor de las almendras verdes deshaciéndose en la boca en las vacaciones de verano, cuando creen que serán felices eternamente. De ningún modo quería traer pesadumbre y preguntas nefastas a la vida de Lancaster. Sabía que había padecido demasiados sinsabores en su amarga infancia y que, cuando echaba la vista tan atrás, la tristeza se apoderaba de él. No merecía ni un minuto más de tristeza o de amargura, según Natasha.

El detective se desvió del cauce del Danubio hacia la izquierda veinte minutos antes de las ocho; las ganas de encontrarse con Natasha hicieron que se presentara antes de la hora acordada. Este vio su figura al pie del mercado y corrió hacia ella con la aspiración de experimentar la felicidad de tiempo atrás. Se dejaron llevar por sus sentimientos: se abrazaron con pasión y con una alegría desbordante entre dos mujeres de la tercera edad ataviadas con vestidos de corte anticuado. Él posó las manos en el cuello de su exnovia y proclamó con cariño:

—Mi chica favorita.

Natasha lucía este aspecto: cabello rubio y liso, alta, rasgos agraciados; sus ciento setenta y seis centímetros y la escasa protuberancia de sus caderas acentuaban su delgadez, lo cual no era impedimento para que su constitución resultase bonita. Se mantenía el aire adolescente en ella, a pesar de sus veintiséis años y de una mirada sabia adherida a sus azules ojos algo rasgados, que exteriorizaban gran serenidad casi siempre que conversaba de asuntos serios. Además, todavía había algo infantil en ellos, quizá porque la húngara amaba como los niños, idealizando un poco a las

personas que quería: no las comparaba con otras al hacerse una idea de su calidad. Se movía con una suavidad pareja a la de muchas mujeres, pero todos cuantos la conocían bien dirían que andaba en consonancia con la dulzura de su carácter. El tiempo en modo alguno hacía mella en su rostro ni en su cuerpo: ella no había perdido ni un ápice de su hermosura. No es que siguiera siendo hermosa de una forma ligeramente diferente por los pequeños cambios inherentes a la edad, sino que ocurría algo distinto: estaba exactamente igual desde hacía cinco años, como si poseyera una belleza definitiva; y tal particularidad hacía que Lancaster pensara en el pasado y fuera presa de la melancolía. Ella nunca encontró extraño el hecho de que no hubiera cambiado físicamente durante esos años. Su entorno de amistades, sus padres y su hermana sí. El barcelonés, por descontado, también; seré muy sincero: aquello le parecía a veces un reproche de la vida y, otras veces, una segunda oportunidad brindada por el destino.

Seguidamente, Natasha y Lancaster cambiaron manifestaciones de apego, compraron moras selectas en una paradita del mercado y se las comieron dando un paseo hasta la isla Margarita, el florido y alargado parque en medio del Danubio. En un rincón tranquilo de sus jardines, tumbados sobre el césped, remembraron lo más agradable que habían vivido cuando salían juntos, sostuvieron conversaciones sobre cosas que habían hecho entonces en Budapest y, de tanto en tanto, hablaron de su insípido presente. Ninguno de los dos tenía una vida mejor, más feliz. A la enfermera le dolía que su relación se hubiera terminado antes de oficiarse una boda en una iglesia o de casarse por lo civil en un juzgado. Asimismo, Marc Lancaster prefería la estabilidad anterior a su promiscuidad actual, producto de no tener pareja fija. Sin duda, le disgustaba su desarraigo afectivo. En las cuestiones amorosas, en sus pensamientos se autodefinía como un errante sin vocación. Quizá por esta inadaptación a las vicisitudes de su existencia, por unos minutos volvió a sentirla su mujer predilecta, su novia de grandes cualidades y su cariñosa amante. El gozo del pasado resurgió en el detective al tenerla de nuevo entre los brazos; era casi la felicidad. Él deseó que ese sentimiento que inundaba su alma durara indefinidamente.

En cuanto ingresó en el parque gente a docenas para practicar *footing,*

aproximadamente cuando la luz matinal ya se dilataba en el río y en la parte baja de la ciudad, el catalán y Natasha se marcharon cogidos de la mano en dirección a la orilla. En el comienzo de Pest, tras decirse un «Hasta la noche» con voz tersa y obsequiarse con miradas sentimentales que invitaban a reanudar los mimos, él se encaminó hacia el lugar de encuentro con el investigador y cicerone de turno bajo el control de John Roberts, mientras que la enfermera se fue a su apartamento cavilando sobre su vida con gesto mustio y, a media mañana, de buen humor, haría planes para después de la cena.

El subinspector de la Policía húngara Ferenc Letari estaba esperando a Lancaster en el portal del edificio del novelista asesinado, el eminente y admirado Jan Pestova. Letari debía describirse como un hombre alto, flaco, de cabello canoso, piel clara tirando a pálida, barbilla prominente, boca recta, semblante perfilado y ojos grises, insinuantes, con ojeras; en lo que respecta a sus expresiones, las más corrientes sugerían desconfianza, reflexión o bien mal genio. Era insensible al desdén, fuera justo o injusto, una peculiaridad que, cuando lo criticaban, se hacía visible en sus sonrisas sarcásticas y en su mirada indiferente. Se conducía como un corrupto y recibía dinero para hacer la vista gorda en asuntos ilegales no demasiado graves, siempre y cuando, claro está, recibiera una contraprestación económica por la que le valiera la pena manchar su honor de policía, ya casi inexistente. También tenía su lado bueno: en él concurrían talentos, rasgos de personalidad y competencias ideales para arrestar a los delincuentes que no protegía; ciertamente, descollaba por su inteligencia, su constancia en el trabajo, su capacidad para ser eficiente y su intuición, loadísima, por cierto. Sumando la inteligencia, el carácter y la experiencia policial acumulada, contaba con recursos muy válidos para solucionar los interrogantes y los retos de su profesión. Sin embargo, su peor costumbre, su propensión a pedir sobornos, lo marginaba en el Departamento de Homicidios de Budapest hasta que su concurso se preveía fundamental para salir airoso en un caso de gran envergadura. En tales ocasiones, los mandos le concedían una especie de remisión de los pecados a medida, un «Partamos de cero y no nos la vuelvas a jugar con tu codicia y tu

participación en corruptelas».

Marc Lancaster, serio por fuera y contento por dentro —el rato pasado con Natasha repercutía de forma positiva en su estado de ánimo—, se personó en el número ocho de la céntrica plaza Madách, justo a la hora convenida. Ferenc Letari lo reconoció por los archivos fotográficos que había visto en su ordenador y, fingiendo la debida cordialidad para un recibimiento amistoso, le tendió su sarmentosa mano y dijo melodiosamente:

—Bienvenido a Budapest.

—Gracias, subinspector —agradeció estrechando su mano.

—Su sexta estancia en nuestra acogedora ciudad, según tengo entendido. Hace bien en viajar aquí con frecuencia. Budapest es una vieja dama a la que le encantan las visitas.

Lancaster se percató de que Ferenc Letari hacía los deberes prontamente y con diligencia. De inmediato se figuró que, probablemente, ya tenía en su mesa un amplio expediente de su trayectoria profesional en España y otro menos extenso sobre Natasha. También se figuró que quería que él, un forastero con quien solo trataría unos días, lo tuviera por un investigador muy inteligente y agudo, de primera categoría. Esta vanidad suponía una debilidad a sus ojos.

—Un asunto feo donde los haya. Horribles la manera de morir y la elección de la víctima. Jan Pestova se había erigido en un intelectual muy querido y respetado —observó el subinspector Letari—. Representaba mucho para nosotros.

—Todavía no conozco su obra tanto como debiera. Voy por su segunda novela. No doy abasto.

—Me lo imagino. Lo han convertido en un lector voraz de novela negra a la fuerza.

—Sí.

—Gajes del oficio. La novela negra constituía su fuente de ingresos, pero no era su vocación ni su mayor aportación a la sociedad húngara.

—En su expediente leí que se dedicaba a dar clases de filosofía.

—También desempeñaba labores de activista político. ¿Omitieron su

activismo?

—Lamentablemente, sí.

—Oh, oh… —dijo con acento de crítica para afear que no se hubiera reflejado su activismo.

—Sus libros de filosofía versan sobre la influencia de Hegel en Marx y la de Kant en los pensadores del siglo XX . ¿Qué me resta por conocer?

—Junto con otros dos hombres de buena fama, fundó el Partido Pirata en Hungría, el Kalóz Párt. Había mucha gente cabreadísima por sus pinitos en la política.

—¿Por qué?

—El Partido Pirata no pasa de ser minoritario en el mundo. Sin embargo, como Jan Pestova gozaba de tanta veneración en nuestro país, este Partido Pirata húngaro habría devenido en la excepción. Hubiera obtenido un alto porcentaje de votos. La cúpula del Gobierno, sabedora del batacazo electoral en ciernes, estaba algo acojonada y muy enfadada.

—¿Lo cree o le consta?

—Me consta, de primera mano. El enfado rayaba en la inquina. Daban por hecho un enorme trasvase de votos al Partido Pirata.

—¿Quiénes más estaban cabreados, aparte de los políticos? ¿El grupito de ricos a los que benefician las políticas actuales?

—Sí, señor. Ha dado en la diana. Ciertos banqueros y grandes empresarios industriales estaban furiosos. Cuando Miguel Torres me comentó que usted presumía que con el goteo de asesinatos se estaba creando un engaño y que la víctima insustituible no era Anthony Roberts, Dios, al instante pensé en estos enemigos acérrimos de Jan Pestova. Me he tomado la libertad de redactar informes de los cinco principales sospechosos. Ellos, todos banqueros o empresarios poderosos, habrían dejado de ingresar altísimas sumas de dinero. Le diré algo más de estos cinco vips con aires de nobleza: con toda certeza tienen contactos y amigos en el hampa, así como intereses e inversiones en sus actividades económicas ilegales.

Marc Lancaster leyó fragmentos sueltos de los informes, que sugerían un móvil para matar tan antiguo como el crimen, la avaricia. En los cinco

había datos contrastados y se especificaba cuánto menguarían los ingresos de los potentados de ser desbancado el partido actualmente en el Gobierno. En la última página, en el apartado de las conclusiones, se explicitaba otro perjuicio: algunos de esos hombres opulentos darían con sus huesos en la cárcel. El barcelonés dijo para sí que se había asesinado, se asesinaba y se asesinaría por mucho menos, y preguntó:

—¿La muerte de Jan Pestova suponía arruinar los resultados electorales del Partido Pirata?

—Totalmente. No tenemos sustitutos a su altura en Hungría. Su poder de atracción y persuasión eran inigualables. La sangría de votos de los partidos tradicionales no se llegará a consumar, por fortuna para nuestros patricios. Ellos seguirán dándose la gran vida a costa de los pobres.

—Leeré sus informes esta tarde sin falta.

—¿Le enseño el escenario del crimen?

—Sí, por favor.

Ascendieron por las escaleras de cerámica con crujientes resquebrajaduras por las que el criminal huyó corriendo para disimularse en la oscuridad de la noche cerrada. Miraron la cerradura, intacta, pese a la introducción de ganzúas en ella. Caminaron a lo largo y ancho del salón, embellecido con varias alfombras persas, así como con abundantes objetos de arte, e inspeccionaron el aposento de Jan Pestova. En cada una de las estancias observaron todo con suma atención. Marc Lancaster caminaba pausadamente, en contraste con lo rápidos y frecuentes movimientos de sus ojos; mientras tanto, en el semblante y en los gestos de los brazos de Letari se percibía que le gustaría conocer la identidad, las características y las motivaciones del homicida de aviesa condición. En cinco minutos, los dos se cansaron del silencio.

—Un profesional. O, si no, un asesino en serie bastante cuidadoso —dedujo Letari.

—Tarde o temprano se equivocará y yo sabré aprovecharlo.

—Ya ha hecho algo mal, pero no le sacará partido. Pudo ser su perdición la noche de los hechos. Ahora no le perjudica.

—¿Qué hizo mal?

—Mató demasiado despacio. Pestova tuvo tiempo de soltar un grito. El vecino de arriba se despertó. Se figuró que provenía de la calle o que el escritor estaba enfermo. Estuvo a punto de bajar, llamar al timbre e interesarse por su estado, pero finalmente atribuyó el grito a los excesos de un maleducado en la plaza Madách, así que volvió a dormirse.

—De haber bajado, el asesino habría echado un vistazo por la mirilla y en un periquete habría acabado con él prescindiendo de rituales y extravagancias —aseguró Lancaster moviendo expresivamente tanto la cabeza como las manos.

—Sí, muy cierto. ¿Y si en lugar de bajar como un buen cristiano hubiese avisado a la Policía y una patrulla hubiera estado por la zona?

—Habría habido dos agentes muertos en el suelo de este apartamento. ¿Lo duda?

—No. A nadie en el cuerpo se le pasó por la cabeza que el asesino de los novelistas se encontraba en Hungría. Los muchachos habrían acudido demasiado relajados: no hubiesen actuado con la contundencia apropiada.

El exnovio de Natasha asintió, le dio la razón con más pormenores y emitió una opinión:

—No sería inteligente repetir su macabro espectáculo en Hungría.

—No lo hará. Desde la muerte de Pestova, se le espera. Policías de la Unidad de Información están haciendo contravigilancias alrededor de las casas de nuestros novelistas de postín de este género, incluso en las de los novelistas no tan de primer orden. Como no pare de asesinar, pensaré que es un asesino en serie.

—¿O?

—Un mercenario se esmera en engañarnos —contestó antes de ladear la cabeza y entornar sus ojos vidriosos y carentes de calidez—. Yo no lo creo, en realidad, no. Un profesional habría dado su engaño por terminado al tercer o cuarto crimen. Matar a tantos novelistas sería una estupidez por su parte; en cada asesinato se expone a ser detenido.

Ferenc Letari no precisaba más que pequeñísimas ayudas y unos segundos para entender los puntos de vista de otros. Marc Lancaster enseguida lo vio como un investigador muy astuto, experimentado y minucioso. Una gran

incorporación al equipo, pese a su vanidad intermitente y su falta de integridad.

—Sea un mercenario o sea un adicto al crimen, no actuará más en Hungría, ni en Francia ni en Estados Unidos. Sería rizar el rizo. Asesinará al siguiente novelista en otro país —predijo el exescolta.

—Pero no en uno nuevo para él. Vuelve sobre sus pasos, conoce las ciudades en las que mata. Vivió en ellas o bien las visitó en fechas anteriores a los homicidios con el objeto de evaluar hasta qué punto estos eran viables. Se dice que los asesinos regresan al escenario de sus crímenes. Este animal funciona al revés.

Marc Lancaster afirmó con la cabeza en señal de conformidad con el razonamiento. Sí, el criminal había preparado a conciencia los asesinatos y tras consumarlos se acogía a la noche para ocultarse y sentirse a salvo, concluyó para sí.

El policía chasqueó los dedos, frunció las cejas y advirtió sosegadamente al detective de Roberts:

—He hablado con los residentes de este bloque. No queda nada interesante por escuchar. Sé que suele conversar con los vecinos para sacarles información. Regalarles dinero no conllevará descripciones a partir de las cuales se dibuje un retrato robot. Yo ya lo he intentado con ese acicate. Claro que, si quiere…

—No, ¿para qué? Sería desperdiciar el tiempo. ¡Caramba! Ha estudiado mi forma de trabajar.

—Me exijo conocer muy bien a los amigos, a los enemigos y a la gente con la que he de trabajar. ¿Cómo lo diría? Es un imperativo personal.

—Entonces, no le sorprenderá que le pida las grabaciones.

—Las mandé ayer por la tarde por mensajería urgente a Miguel Torres en Los Ángeles. ¿He hecho bien?

—Sí.

—¿Qué más está en mi mano hacer por usted?

—Nada. Reanude sus rutinas. De precisar cualquier ayuda, lo telefonearé.

—Le daré un último consejo: busque al pagador del sicario en estos cinco informes.

Ferenc Letari le dio la mano al extranjero, le deseó buena suerte en sus pesquisas, le guiñó un ojo, levantó los hombros y avanzó hacia las escaleras. Movió su delgado cuerpo a ritmo parsimonioso en los peldaños y, a pie de calle, atravesó el umbral relleno de luz dorada. Al poco rato, Marc Lancaster también se sumergió en el murmullo de voces de la plaza Madách. Dio tres vueltas al edificio con paso relajado. En la segunda vuelta, consiguió imaginar la noche oscura y solitaria del asesinato. En la tercera, además de situarse en esa noche, siguió la figura del perverso, aquel cuerpo fuerte de la grabación de Los Ángeles, hasta el vestíbulo del inmueble del egregio novelista. Ahí mismo se giró en redondo y colocó los brazos en jarras. Le vinieron ganas de arrojarse sobre este homicida que adoraba matar o recibir grandes sumas de dinero.

Media hora más tarde, Lancaster se tomó un breve descanso para comer. Dio buena cuenta de un estofado húngaro tradicional y de una porción de tarta de chocolate en la terraza de un restaurante del casco antiguo. En cuanto dejó de darse pequeños placeres, pasó entre los turistas de paseo y se encerró en una biblioteca dos horas, lo que tardó en memorizar las razones de cada potentado húngaro para sentir encono o temor hacia un filósofo sexagenario, honorable, comprometido con su sociedad y de discurso incendiario. Los informes de Ferenc Letari detallaban irregularidades deplorables que favorecían a los cinco delincuentes de cuello blanco: coacciones a sindicalistas, subvenciones por cursos de formación a trabajadores nunca impartidos, adjudicaciones de obra pública a dedo, permisividad con el fraude fiscal, adquisiciones de compañías eléctricas y de suministro de agua por una tercera parte de su valor real, indebidas recalificaciones de terrenos… Tres de ellos se habían hecho millonarios en unos quince años y los otros dos en unos ocho. En exclusiva, robando a lo grande —esto requería la dejación de funciones o la complicidad del Estado— un empresario normal y corriente amasaba una gran fortuna en tan cortos periodos de tiempo. El triunfo en las elecciones de Jan Pestova habría implicado el fin del tráfico de influencias, así como el de la protección política. Los caraduras aprovechados ya podían ir despidiéndose de tener barra libre en una coyuntura social nueva como

esta. Empero, había un problema, los caraduras codiciaban seguir bebiendo gratis. Hungría no era distinta al resto del mundo: algunos ciudadanos se hacían políticos para robar a la gente de bien y para medrar, y los millonarios les pedían lucrativos favores, que regularmente se concedían.

Marc Lancaster intentó guiarse por el instinto y se preguntó: ¿habían silenciado la voz de la justicia mediante un asesino profesional? y ¿dónde estaba el origen del móvil, en Budapest o en Etiopía?

Por la noche, en el modesto apartamento de Natasha, ella y el investigador privado procuraron hacer renacer las sensaciones de cuando salían juntos con sus palabras y con sus muestras de ternura, mas eso no bastó. Se juntaron demasiadas cosas que dificultaban ese renacer: en la cena la conversación había girado en torno al asesinato de Jan Pestova, las caricias de él no eran tan sentidas ni numerosas como las recordaba la enfermera y también sus miradas carecían del ardor de meses atrás. Ahora, a Marc Lancaster su exnovia meramente le inspiraba un afecto fraternal y le atraía físicamente. Ella se daba cuenta: sufría. Por su parte, el barcelonés, si bien era consciente del deterioro de su pasión, ignoraba el daño real que esto estaba ocasionando a la joven.

En la cama, durante un intento de hacer el amor como antes de que el detective la dejase, con la fogosidad combinada con la ternura, la falta de enamoramiento de él se notó más y estropeó ese incierto intento de revivir el pasado. Mientras tenían sexo, Natasha se movía con flojedad, con la insuficiente energía inherente a sufrir un desencanto, y dejaba traslucir su estado anímico, y Marc Lancaster pensaba en el atrabiliario asesino que había extendido su matanza de escritores de novela negra hasta Budapest. En un momento dado, ella interrumpió el anormal coito y en sus ojos se mezclaron el enfado y la pena.

—¡Cuando éramos pareja tampoco me amabas, pero al menos no amabas a otra! —le echó en cara con osadía y con tono de indignación.

—¡Qué dices, Nat! No estoy saliendo con nadie. Te equivocas.

—Estás enamorado de otra mujer. ¡No lo niegues! ¡Lo noto! ¡No soy idiota!

Natasha mantuvo su mohín de tristeza en los labios. Parecía más adolescente que nunca, una adolescente desengañada. Él no tenía a su anterior novia por una ingenua, de manera que su queja lo indujo a pensar en Madelaine y en si el placer que sintió en aquella velada en Nueva York significaba o no el preludio del amor. ¿Tan absorto estaba en el caso que no había oído los ruegos de su corazón?, se preguntó. Dijo para sus adentros, abrigando muchas dudas, que el amor no había retornado a su vida. Ahora bien, quizá había nacido para querer a Madelaine; probablemente, estaba a una o dos citas de paladear el sabor del amor con la melancólica belleza morena, intuyó.

—¡Que no! Estoy con mujeres de vez en cuando, nada serio —le aseguró con el propósito de que su dolor y su indignación se atemperaran.

—Acostarse con una mujer cuando se ama a otra lo encuentro una falta de respeto, Marc. Una falta de respeto muy grande. ¡Jamás habría creído que me humillarías de este modo!

La joven abandonó la cama airada y dolida, se tapó con una bata rosada de satén y, maldiciendo su suerte, se refugió en la cocina. Lloró y se puso a preparar café para no llorar más, ni siquiera le apetecía tomarse una taza.

El exescolta se incorporó sobre el brazo, salió de la cama, se abocó a la ventana, recorrió con su mirada la acera desierta. Pensó de nuevo en la suposición de su amante. Después se vistió con el pantalón del pijama, cogió los informes del policía corrupto y caminó hacia ella. La halló en la cocina; estaba sentada en una silla de la mesa, su mano removía sin parar el azúcar en la taza de café, sus azules ojos rasgados incumplían su deseo de mirar ardientemente al hombre que quería y protegían su amor propio, su voz no colaboraba con su impulso de criticar a voz en grito, su gran desolación caracterizaba su mueca a la par que su postura. Cuando él se le acercó, puso una rodilla en el suelo y una mano en la pierna de ella, y enseguida le aseguró con tono de franqueza absoluta:

—Yo te respeto. Eres mi exnovia, mi hermana, mi amiga.

Lancaster se retiró al salón, ya que odiaba ver deprimida a Natasha. Ella permaneció inmóvil, ausente, abatida. Se había visto relegada al papel de diversión sexual. Pensaba que no podía ser peor. Continuó sollozando y

cavilando sobre este nuevo rol de chica simpática y guapa para pasar el rato y, mientras detestaba esa pérdida de valor tan extrema y la desolación la desmadejaba, el investigador leía otra vez los informes de los oligarcas.

De súbito, la música de Bach sonó en su teléfono móvil y el nombre de Miguel Torres palpitó en la pantalla. Él agarró con brusquedad el teléfono deseando un avance alentador.

—¿Cómo estás, Miguel?

—Agobiadísimo de visionar tantas grabaciones. Y con mi mujer, ni te cuento. Esto me va a costar el divorcio.

—Paciencia, en lo profesional y en lo personal. ¿Cuántas os quedan por ver?

—Las de tres o cuatro cajas grandes. Te llamo por otra cosa. Vas a sorprenderte.

—¿Es sobre Stepanec?

—No. Stepanec y Leconte no se telefoneaban ni se mandaban *emails* , al menos desde sus teléfonos y sus direcciones de correo electrónico. Lo único que relaciona al policía con África es que estuvo de vacaciones en Túnez en febrero de este año.

—¿Qué pasa, entonces?

—Te tocará viajar a Etiopía.

—¿Por qué? ¿Qué ha averiguado Wallace?

—Se ha presentado por sorpresa en una misión regentada por un jesuita, el sacerdote Paulo Guimaraes Barbosa. Esta misión es un oasis de salud en un territorio castigado por el hambre y las enfermedades. Llevo unas cuatro horas indagando sobre la procedencia del dinero con el que se ha hecho semejante milagro.

—¿Y?

—No hay procedencia. Ni partidas presupuestarias del Gobierno etíope o de la Orden de los Jesuitas, ni donaciones internacionales ni patrimonio personal de la familia del sacerdote. Nada.

—¡Cojones! —medio gritó cuando la preocupación lo embistió.

—Muy raro, ¿a que sí? Tal vez, después de todo Amaré Leconte no era tan bueno imaginando historias. Tenía un *ghostwriter* al que no le hacía

falta pagar: la realidad. Plagiaba las desgracias de la vida misma.

—Te llamo en dos minutos.

El barcelonés colgó y rompió a andar frenéticamente por el salón. Sintió miedo. ¿Estaban matando a niños africanos y traficando con sus órganos?, se planteó. En breve, la respuesta «Es posible» se repitió en su mente, excitando su intranquilidad. Además de los brutales asesinatos de los novelistas, a tenor de lo que le había comunicado Miguel Torres, el mismo caso quizá comprendía el comercio de niños.

—¡Hay que joderse! —protestó Lancaster. En un abrir y cerrar de ojos, marcó el número del detective americano. Recuperó la frialdad y se rehízo —. Miguel, aplazo el viaje a París. Primero iré a Etiopía. Adquiere un billete Budapest-Adís Abeba para el primer vuelo en que haya una plaza libre. Y di a Wallace que me espere en el aeropuerto con un todoterreno y un conductor nativo. Preciso que este domine el inglés o el español y conozca bien la ruta a la misión. No me haría ninguna gracia perderme en esos páramos dejados de la mano de Dios.

Acabaron de concretar los detalles, renegaron, expresaron su malestar por el conjetural empeoramiento de los acontecimientos y se despidieron con voz de consternación alternada con la de desquiciamiento. Marc Lancaster cerró el teléfono y lo lanzó al sofá. Se metió en la cocina, acogió a Natasha en su pecho y besó su cuello como lo haría un antiguo novio con sentimientos actuales de muy buen amigo. Sus ojos decían que lamentaba enormemente el quebranto que le había causado. En verdad, estaba pidiéndole perdón.

8
UN TRATO CON UN DIABLO SIEMPRE ES PELIGROSO

Amanecía en Adís Abeba cuando el avión en el que viajaba Marc Lancaster aterrizó en una pista grisácea, manchada de la vejez de las cosas y de la tonalidad rubescente del sol; unos minutos después, esta misma luz se reflejaba débilmente en la aeronave, en las siluetas de tres operarios y sobre el lado izquierdo de los somnolientos pasajeros, que desembarcaban con andares lentos a lo largo de escaleras de metal. Los sonidos del idioma amárico en las conversaciones de empresarios de raza negra, los singulares rasgos étnicos de los etíopes, el nulo ajetreo en la zona, así como las funestas figuraciones del investigador privado de Roberts —había hambrientos en las regiones más pobres de esta nación y la desesperanza anidaba en ellos— hicieron sentir a este que se hallaba en una tierra extraña, en un mundo diferente del que había visto en los numerosos países visitados por diversión, por trabajo o porque le encantaba la antropología.

El detective imaginó tres rostros angelicales en los dos niños y en la niña asesinados en las páginas de la turbadora novela de Amaré Leconte. Su corazón, o su conciencia, procuraban emocionarlo y espolearlo a que se volcara en la investigación y aguzara el ingenio. Él sabía muy bien que su naturaleza recurría a estas astucias para darle aliento siempre que sus fuerzas y su ánimo flaqueaban, y el caso no admitía demoras ni un fracaso.

Tras pasar por el control de aduanas, lo saludó un hombre desconocido con una cara familiar —había visto dos fotografías de él mandadas a su teléfono móvil— llamado Kent Wallace, pero el barcelonés se alegró igual que si se hubiera reencontrado con un viejo amigo entrañable. También se dieron la mano como si fueran amigos, con gusto, en vez de hacerlo meramente para cumplir con una especie de protocolo o para seguir una

norma de cortesía.

—Bienvenido a África.

Si uno observase a Kent Wallace, un varón caucasiano con musculatura de jugador de *rugby* , nariz aguileña, facciones angulosas, pelo negro, casi lacio, muy corto, le llamarían la atención su gesto severo, una postura un tanto marcial y, por encima de todo, la mirada amenazante. Su tierna sonrisa parecía una intrusa en aquella fortaleza física y de carácter: era una nota discordante.

—Gracias, Kent. ¿Me has conseguido un vehículo y un conductor?

—Sí.

—¿Y el arma legal?

—Una Beretta ilegal, modelo Cougar.

—Me va bien.

—Pierde cuidado, aquí tienen la misma religión que en Occidente, el dinero. No tendrás problemas en caso de usarla. ¿Adónde quieres ir? ¿A dormir al hotel, a un restaurante o a la misión católica?

—A la misión católica. Estoy muy intrigado.

—Yo también. He visto de todo en doce años en el Departamento de Homicidios de Chicago: crímenes vomitivos, bajezas tremendas… Pero esto, ¡bah!, lo superaría. De confirmarse, sería para llevarse las manos a la cabeza y gritar. Mira, la prosperidad y el financiamiento sin explicación aparente de la misión dan qué pensar. Lo diré de otro modo: en esto, recuerda a la de la novela de Leconte. No obstante, debemos ser muy prudentes. Todavía no podemos asegurar que Paulo Guimaraes, el sacerdote, esté vendiendo niños y comerciando con sus órganos. Nos sobran presentimientos, nos faltan evidencias.

—¿Has leído toda la novela?

—Enterita —contestó Wallace con acento de estar bajo de ánimo, como si entendiera bien el drama de grandes dimensiones plasmado por el escritor asesinado.

—¿Qué te dice tu instinto?

—Que Leconte encubrió al misionero porque llegó a una conclusión terrible: permitir las ventas suponía lo más beneficioso para la mayoría.

—Nuestros instintos nos dicen lo mismo —señaló Marc Lancaster perdiendo el control de la dirección de su mirada. Luego asintió varias veces con la cabeza.

—Mi instinto y mi pensamiento racional no son hermanos bien avenidos. No tengo nada claro que él haya vendido niños.

—¿Cómo es eso?

—La encuentro una historia formidable de cara a vender libros. La realidad, seguramente, es otra. ¡Coño, estamos hablando de un sacerdote, no de un traficante de armas!

—Sí, bueno, un traficante de armas vendería a los niños para hacerse muy rico. En la novela, el jesuita los vende para salvar miles de vidas. Lo encuentro factible. Horripilante y factible.

—No estaré tranquilo hasta que hayamos comprobado la falsedad de esta denuncia. —La luz de los iris del expolicía bajó hacia lo más profundo de estos.

—A mí me ocurre lo mismo.

Marc Lancaster y su enlace caminaron hasta el todoterreno. El chófer nativo, en actitud sumisa, los estaba esperando pegado a la carrocería. A la breve y educada presentación entre el etíope y el barcelonés la siguió una frase de aprobación de este último al vehículo alquilado para asaltar aquel, tal vez, pequeño infierno inaudito. Enseguida, los tres abandonaron la capital.

En el viaje pasaron por un sinfín de bachecitos, se produjeron muchas conversaciones, largas y francas, entre Lancaster y Wallace por medio de las cuales entablaron amistad, e hicieron dos paradas de veinte minutos en aldeas desangeladas, destinadas a comer con algo de comodidad. En la segunda parada los detectives fueron testigos de los estragos de las calamidades más usuales —hambre y enfermedades— en la salud de los nativos. En especial, eran los infantes quienes padecían ese cúmulo de desgracias. Sobrevivir a la niñez venía dado por la suerte.

En apenas unos minutos, el exnovio de Natasha comprendió mucho mejor la razón de las presuntas fechorías del jesuita, pero ni las imágenes de etíopes desnutridos o enfermos en aldeas distantes de la capital ni la

facundia de un cura embaucador iban a afectar a su bravura ni a hacer que abdicara de sus creencias. La injusticia se combatía con la justicia, no con otra injusticia, más aún si esta se correspondía con el crimen más horrendo, matar niños, él se dijo varias veces.

Al caer la noche, cuando, desde la distancia, en el poblado del misionero portugués no se distinguían más que diminutas luces de hogueras desperdigadas, que semejaban farolas de barcos pesqueros lejos en la vastedad del mar, la disposición del barcelonés a ser inflexible y expeditivo se mantenía igual, muy firme.

El chófer aparcó discretamente en las inmediaciones del poblado, a unos cincuenta metros de su contorno de chozas de madera y paja, tierra polvorienta, adultos despiertos y niños durmientes. El motor se calló. Los investigadores, sensiblemente ansiosos, montaron las armas y su ayudante etíope se internó en el poblado presto a inquirir en qué tienda o choza vivía el misionero de marras.

Antes de lo esperado, el escuálido conductor de sonrisa fácil regresó con la satisfacción del trabajo bien hecho. Les anunció que lo había arreglado: el sacerdote los recibiría en su tienda, y agregó que este hablaba bien inglés. A renglón seguido los condujo a través de la aldea. A Marc Lancaster no le chocó el aspecto saludable de todos los nativos, pero solo porque Torres y Wallace ya habían hecho alusión a esta paradoja. Delante de la choza del clérigo, mandó al chófer que aguardase en el vehículo y le susurró a Kent Wallace que se quedara donde estaba y empuñara el arma con disimulo, sin sacarla de la funda. El corpulento detective de faz inconmovible alcanzaba a entender lo que esto significaba: quizá debería disparar para salir con vida de un ataque a traición. Al instante siguiente, el barcelonés notó como un escalofrío atravesaba su cuerpo, tras lo cual entró resueltamente en la morada del sospechoso de haber planeado infanticidios.

Un viejo, muy flaco por una larga enfermedad, de pelo y barba canosos, oscuros ojos grandes y sentimentales, mediana estatura, espalda algo encorvada y manos huesudas, lo seguía con la mirada, que delataba un sentimiento de honda preocupación. Además, en ella se hacía evidente la esencia del portugués, la abnegación. Al poco, este habló con tono de

bonhomía.

— Buenas noches, detective. ¿Le apetece un vaso de agua?

—Qué putada la novela, ¿eh?

—¿Cómo dice?

—Sabe perfectamente de qué estoy hablando, Moisés de pacotilla. ¿De verdad confiaba en que no acabaría en la cárcel? ¿Que nadie se enteraría de sus fechorías una vez publicado el libro de Leconte? ¿Cómo ha podido urdir unos crímenes tan repugnantes? ¡Misionero depravado y pérfido!

El jesuita se apenó al rememorar sus actos y dio la espalda al investigador y a sus insoportables preguntas.

Un silencio tenso.

—¿Qué otra opción tenía?

A Lancaster le agradó sumamente que sus intimidadoras palabras, a caballo entre la acusación feroz y el farol, desencadenaran una confesión tan rápida. En rigor, hasta esta admisión de culpa con mortificación en la voz, el que el sacerdote hubiera tomado parte en asesinatos de niños era una mera especulación y la trama de un *bestseller,* nada más. De inmediato, todo a la vez, la agresividad retenida del exescolta endureció sus músculos, una media sonrisa de nerviosismo estiró sus labios y sus manos desearon coger la pistola. Luego, cuando una docena de segundos formaron parte del pasado, el religioso se volvió y quedó de cara a su recriminador. El detective de Roberts advirtió que no había nada de felicidad en él cuando dijo:

—Cada día pienso en esos niños… y me aflijo inmensamente. Usted no lo entiende. Fueron decisiones muy meditadas. En absoluto las tomé a la ligera. Volvería a hacer lo mismo. No me arrepiento.

—¿A cuántos mató? ¿A tres?

—Matar no es la palabra.

—Claro, claro, la palabra indicada es vender. Otros los mataron. Usted es inocente —censuró Lancaster con sarcasmo.

—La palabra correcta es sacrificar. Sacrifiqué unas pocas vidas para que subsistieran decenas de miles de nativos.

—¿Cuántos?

—Dos. No, tres, como en la novela. El primero, Abede, en 1984. El segundo niño se llamaba Meles, lo vendí en 1996. Y he elegido a un tercer niño, Tania. La venderé en fechas próximas.

—¡Maldito criminal! ¿Le compensa obtener dinero vendiendo criaturas?

—Sí, me compensa —aseveró en tono de certeza absoluta.

—No sacará más oro de la mina, misionero. Su impunidad se terminó. Hágase a la idea. En ningún caso lo juzgará un juez etíope corrupto y sobornable. Se le juzgará en Estados Unidos, el país en que se cometieron los homicidios. Jamás disfrutará de su dinero. ¿Aún le compensa?

—Aún me compensa, sí.

El barcelonés no exteriorizó desconcierto. Había leído la polémica obra de Leconte desde la primera a la última línea. Gracias a esa lectura absorbente, pensó que el personaje protagonista de *El Diablo de Etiopía* se ajustaba a ese cura, así que en modo alguno le descolocaron sus escandalosas respuestas. Pese a esta nula sorpresa y a la indignación con la que Marc Lancaster había lanzado sus amenazas, Paulo Guimaraes entrevió que este no contaba con pruebas.

—En realidad, usted sabe poquísimo de lo que está ocurriendo aquí. Ha venido a Nazaret por haber leído una novela que es considerada la invención de un escritor fantasioso cuya mira era la popularidad, no a raíz de unos hechos probados. Solamente ha reunido conjeturas. Carece de testigos. En tal caso, habría venido con policías y ellos me habrían esposado al entrar. Y, desde luego, no estaría tratando de reconstruir una historia sobre la cual, obviamente, ignora muchas cosas. Me ha engañado con su ardid, con sus mentiras para sacar la verdad, pero es un mago de un solo truco. Ya no sabe más.

—Ni los necesito. Haré que lo detenga la Policía etíope o la Interpol**.**

—¿A mí? ¿A un honrado misionero que administra sabiamente donaciones anónimas? ¿Qué pruebas tiene de que el dinero proviene de la venta de niños en lugar de la largueza de cristianos devotos que no precisan desgravar sus donativos? Los dan para quedar bien con Dios, no con la Autoridad Tributaria y Aduanera de Portugal.

El astuto e inmoral comportamiento del anciano se asemejaba mucho al

del controvertido sacerdote de la novela de Amaré Leconte, a juicio del detective, cosa que lo enfadaba y lo hacía estar alerta. Sabía que estaba perdiendo el dominio de la situación y que el asesino de niños empezaba a controlarla. La suerte no estaba echada, ni mucho menos. De ningún modo era seguro que las ventas de los niños pudieran demostrarse.

—Por de pronto, tengo su confesión.

—Me desdiré. Afirmaré, muy ofendido, que usted miente.

—La Interpol identificará a sus cómplices en la misión y les ofreceré un trato de lo más tentador, de los que nunca se rechazan, de modo que testificarán contra usted.

—No hay cómplices en Nazaret, tampoco testigos. Los crímenes son obra mía, nadie más sabe o sospecha cómo consigo el dinero con el que alimento a estas gentes. Sin embargo, sí puede conseguir una prueba contra mí, una prueba irrebatible.

Lancaster, muy serio y expectante, lo miró como dando a entender: «Siga hablando».

—Pondré en sus manos una confesión completa por escrito. En ella figurarán los datos personales de mi contacto en Estados Unidos, el intermediario. Presionando a este rico hombre de negocios logrará llegar hasta los otros involucrados: el complaciente funcionario etíope que tramitó los visados, los compradores finales y el ambiciosísimo doctor que mató a los niños y practicó los trasplantes en Estados Unidos. Y, una vez que haya apresado a este doctor amante del dinero, seguro que también sabrá persuadirlo para que confiese los nombres de su bien retribuido equipo médico y dónde está instalado su quirófano clandestino. ¿Le interesa mi confesión?

—Supongamos que sí.

—Quiero algo a cambio.

—No se librará de veinte años en la cárcel o de la pena de muerte.

—¿Cree que me preocupa morir o pasar el resto de mis días en prisión? Para nada. Además, mi reclusión no duraría muchos años. La malaria pronto reclamará lo que le pertenece, mi vida. Me quedan dos o tres años, no más.

El detective de Roberts dio crédito a la afirmación de que su muerte sería temprana. Su rostro, demacrado y pálido, y sus huesudas manos anunciaban el cercano final de su transgresora existencia.

—¿Qué quiere?

—Usted será mi huésped en la misión durante cuatro días.

—¿Se figura que en el curso de estos cuatro días se le presentará la ocasión de matarme a mí también?

—No llevo idea de matarlo.

—Ah, ¿no? ¿Qué fin tiene su invitación?

Paulo Guimaraes agachó la cabeza, pensó en cuán trascendental se evidenciaba atraerlo a su causa y alzó su mirada de desasosiego.

—Pretendo que lo entienda.

Ahora la voz del portugués transmitía mucha más emotividad; al margen de esto, sonaba franca. El investigador captó sinceridad en lo que le decía, así como debilidad en su macilento rostro, avejentado por sus tragedias personales y la malaria crónica.

—¿Qué he de entender?

—Los motivos, las razones.

—El lucro.

—El lucro, no. La justicia.

—¡La justicia! ¡Cuánta labia y qué poca ética!

—Cuando me hice cargo del poblado, morían en torno a cien nativos al año de enfermedades curables con medicamentos que no teníamos manera de pagar. La mayoría de quienes fallecían prematuramente eran niños, como Abede y Meles. Ese mismo año intenté recolectar fondos enviando cartas conmovedoras a las autoridades de Portugal, a las de mi orden religiosa y a varias instituciones filantrópicas de Europa. Recaudé una cantidad de dinero que no dio para mucho. Los lugareños siguieron muriendo ante mis ojos. En unos meses concebí la solución: sacrificar a unos pocos para salvar a multitudes, mandar a la muerte a una persona cada cinco o diez años con tal de preservar la vida de miles. Yo no gano ni un dólar. Invierto enteramente esos pagos en la misión. Déjese guiar por el sentido común para discernir si le estoy mintiendo. Al primer niño lo vendí

hace mucho años. De hacerlo por dinero, ¿estaría en una playa paradisíaca de la Polinesia o en medio de un paisaje feo y árido?

La viva exposición de los argumentos del jesuita se había enriquecido al emocionarse: le estaba contando la verdad desnuda, adornada con unas cuantas palabras ardorosas, que también eran ciertas. El detective se creyó que la narración contenía hechos y condicionantes reales, mas conocer la durísima verdad no bastaba, al menos de momento, para someterlo o agostar su determinación. Él se impedía ser persuadido y capitular. Había venido a Nazaret a prenderlo, no a comprender sus aspiraciones —salvar miles de vidas— y presuntos eximentes, y a consolarlo, así que todavía consideraba que las víctimas eran los niños asesinados y que su secuestrador, un criminal, bajo ningún concepto entraba en esa categoría de víctima. Este modo de ver las cosas ni había cambiado ni se había debilitado en su mente.

—Sus alegaciones y pretextos no harán mella en mí —vaticinó Lancaster —. A Leconte le faltaba seguridad en sí mismo, a mí no.

—Amaré era muy buen hombre. Recibíamos de él grandes cantidades de dinero cada medio año. Su muerte supuso una tragedia en lo personal y en lo humanitario.

—¿Sabe quién lo mató o pagó su asesinato?

—No. Ahora bien, todo sugiere que el comprador racista pagó su asesinato. Muerto Leconte, solo cabía ver su novela negra como mera ficción. De haber vivido y concedido entrevistas…

—Investigadores de Homicidios llamarían a la puerta de Leconte, luego vendrían aquí y, tarde o temprano, detendrían al intermediario y al comprador racista. ¿Es lo que piensa?

—Es lo que me imagino. ¿Cómo saber a ciencia cierta si mi querido amigo reconocería las acusaciones ante la Policía de Los Ángeles? Amaré era imprevisible; ni él mismo sabía cómo iba a actuar.

—El intermediario ha negociado directamente con este comprador racista, ¿acierto?

—Sospecho que sí. Le recomiendo que lo fuerce a compartir sus secretos.

—Hablará. Y usted también si me lo propongo. ¿Por qué no ahora

mismo? ¿Quién me lo impediría?

—Una persona bajo torturas habla, es muy cierto. Y dice tanto mentiras como verdades. ¿Le sirven las mentiras?

El exnovio de Natasha, irritado, arrugó la frente y movió con fuerza los brazos. En la mitad superior de su cara, particularmente en sus ojos verdes, palpitaba el deseo de torturar al enojoso religioso; la mitad inferior estaba más relajada a causa de una reflexión: si en cuatro días le sacaba el nombre del intermediario, valía la pena esperar y plegarse a sus exigencias. A fin de cuentas, al asesino de niños no le faltaba razón: con frecuencia, las torturas atraen a las mentiras.

—¿Por qué cuatro días?

—En cinco minutos no tengo posibilidades de convencerle. En cuatro días, sí.

—Me confunde con Leconte otra vez. En mi opinión, no es lícito, para nadie, incluido usted o cualquier otro visionario extremista, arrogarse las funciones de Dios.

—La providencia no existe en África. Dios y yo mantendremos una conversación subida de tono cuando me muera.

—¿Tiene en mente pedir cuentas a Dios?

—Sí. Ansío explicaciones. Y las exigiré.

—Interpreta erróneamente el origen de estas desgracias en África. Los humanos somos los responsables de los acontecimientos en el mundo. Yo encuentro tan cómodo como equivocado echarle las culpas a Dios de nuestra irresponsabilidad. ¿Cómo puedo saber que respetará el acuerdo?

—No puede. Le doy mi palabra; espero que le valga para albergar esta confianza. Le entregaré una confesión detallada de mi puño y letra, sin omisiones. Inculparé a cuantos se han lucrado con el tráfico de órganos.

—¿Qué me dice de Stepanec?

—Queda excluido del acuerdo. No solo me encubrió, además nos asistía en la medida de sus posibilidades hasta que su segundo divorcio lo arruinó. Entonces se preocupó de encontrar un filántropo.

—Leconte.

—Sí.

El investigador privado frunció de nuevo el ceño, sopesó los pros y los contras de esta oferta y, a pesar de que temía una treta del infanticida, se avino a sus condiciones:

—Seré su huésped a la fuerza dos días; cuatro sería excesivo. Yo también le voy a dar mi palabra: como pasados esos dos días no tenga una confesión impecable en mis manos, descubrirá un nivel de dolor muchísimo más atroz que el de la malaria. Andaremos usted y yo hacia el horizonte, lejos, donde nadie oirá sus gritos, y le torturaré hasta escuchar una confesión a mi gusto, con pelos y señales.

—Dos días se me antojan pocos para llegar a comprender lo que hay que comprender.

—No aguantaré cuatro días sin dormir.

—¿Todavía se malicia que estoy tramando su asesinato?

—Estoy poniendo en peligro su gran obra y, habida cuenta de que usted juzga conveniente quitar la vida a tres personas para salvar a miles, ¿por qué no quitarla a cuatro para salvar a miles? ¿Acaso varía en lo esencial?

—¿Está dando ideas al Diablo de Etiopía? ¡Qué pésima estrategia!

Marc Lancaster se enojó y entornó los ojos. Al mismo tiempo, por efecto del súbito y violento incremento de furia, su corazón se aceleró y sus manos se cerraron, convirtiéndose en signos de odio. Creyó notar el calor de la sangre en las venas. Estuvo tentado de agarrar al sacerdote, tirarlo al suelo y torturarlo como lo haría un justiciero inclemente.

—Comprendo su razonamiento y sus temores. Deséchelos. Le he dado mi palabra —agregó el portugués con el objeto de sellar el pacto, así como para que se atenuara esa furia del visitante inesperado, que se desbordaba de su interior.

—Prefiero mantenerme despierto y tener la pistola siempre al alcance de la mano a bajar la guardia por su dudosa promesa.

—Dos días, entonces. ¿Hay acuerdo?

—Sí.

A la mente de Paulo Guimaraes acudió una cita de Marco Aurelio: «Es un favor divino que no se presentara ninguna combinación de circunstancias que me pusiera a prueba». Seguidamente recordó las ventas infantiles que

se había visto obligado a realizar por la ausencia de favores divinos, por lo que se ensimismó y creció su aflicción. Y el detective venido de Europa, aún furioso, se giró hacia la oscuridad y abandonó la tienda. Avivó su paso fuerte, perforó la negrura de la noche, colocó su mano diestra sobre un hombro de Wallace y le dio a conocer:

—Sabe mucho, pero no soltará prenda hasta dentro de dos días.

—¿Por qué?

—Porque los iluminados sobrevaloran su poder de persuasión. Se hace ilusiones. Espera llevarme al huerto. ¡Ja, va listo!

—Ayudémosle a confesar —propuso con cara de pendenciero y excitado.

—Ya se me había ocurrido. No saldría a cuenta. Mucho me temo que nos enredará con información falsa, salvo que me someta a sus exigencias. Dos días lo considero un plazo tolerable.

—En la novela, en unos días, lava el cerebro al policía.

—Y a Leconte en la vida real.

—El policía, Stepanec, también pertenece a la vida real —le hizo notar Kent Wallace—. Nunca habría llegado a oídos de Amaré Leconte que este nauseabundo negocio existía sin que alguien se lo hubiera dicho en Estados Unidos. Y ese alguien fue Stepanec.

—Deduces bien; Guimaraes ha admitido que Stepanec vino a Nazaret y que posteriormente este habló con Leconte. En cuanto a que el misionero me lave el cerebro, estate tranquilo, no pasará. No malgastes ni un segundo inquietándote por ello. Haremos lo siguiente: yo me quedo y tú te marchas ahora a Adís Abeba. Di a nuestro risueño chófer que esté aquí pasado mañana a última hora de la tarde. Al día siguiente, al alba, espérame en el aparcamiento del hotel. No bien yo regrese, facilitaremos las coordenadas de este nido de serpientes al oficial de la Interpol al mando.

—Me gusta.

—También será preciso que algún funcionario de Servicios Sociales esté en el hotel a esa misma hora. Traeré a una niña conmigo. Por lo visto, la iba a subastar en unos días.

—¡Menudo elemento, el cura!

El barcelonés alzó la mirada hacia el firmamento plagado de estrellas,

resopló, ordenó sus pensamientos deprisa y tornó a mirar a su colega.

—Me proveeré con el agua y la comida de las que podáis prescindir. No querría morir envenenado en este rincón del mundo.

—¿Crees que se atrevería a envenenarte?

—No me fío ni un pelo de este ancianito solapado.

Kent Wallace reiteró y robusteció sus reticencias. Él encontraba más adecuado romper unos cuantos huesos al jesuita ya mismo. Lancaster contrapuso por segunda vez las ventajas de reprimir la impaciencia. Al cabo, se despidieron sabiendo que las confesiones de Paulo Guimaraes probablemente llevarían la investigación a buen puerto.

Unos pocos minutos más tarde, el vehículo en el que viajaban el chófer y Wallace penetró en la oscuridad de la silenciosa noche en dirección a la capital y el investigador europeo dirigió sus pasos hacia el misionero. El exescolta presumía que él empezaría a poner en funcionamiento una táctica orientada a menoscabar su fuerza mental: hacerlo sentir culpable de las muertes venideras de los naturales. No iba descaminado. Guimaraes lo invitó a instalarse en una tienda de lona y, en cuanto Lancaster hubo dejado su bolsa de viaje dentro, este lo compelió a seguirlo, a escuchar sus hirientes raciocinios, a mirar qué había en la abarrotada misión en el presente y a enfrentarse a la idea de qué habría más adelante —hambre, enfermedades, desesperación…— de perder su fuente de financiación criminal pero vital.

—En este barracón atendemos a los enfermos. Ese otro es la escuela. Y aquel de la derecha, el más grande, lo hemos habilitado como comedor —narró el religioso mientras señalaba con las manos—. En la misión Nazaret viven unos ochocientos nativos. Si bien, en realidad, unos cuarenta mil gozan de buena salud gracias a nosotros, ya que prestamos asistencia médica y abastecemos de víveres a las aldeas de nuestro entorno.

—Parecen bien alimentados —observó el detective de Roberts mientras miraba brevemente a unos cuantos autóctonos.

—Lo están. Esto es lo que justifica los sacrificios, lo que les da sentido. Desde las dos ventas, la desnutrición y la desesperanza son solo malos recuerdos para los aldeanos. Además, tampoco cunden las epidemias —

testimonió con el fin de conseguir su meta: convencer a Lancaster. Su expresión, de repente algo más contenta, perseguía lo mismo—. Acerquémonos a esa antorcha. Quiero enseñarle algo.

Fueron hasta la antorcha fúlgida colocada en una argolla de la pared de la escuela y se detuvieron dentro de la flotante claridad amarilla, en forma de anillo, que circundaba su llama. El tenaz sacerdote tomó de su cartera unas cuantas fotografías sacadas cuando fundó la misión, en 1984. La hambruna, la difteria, la meningitis, la malaria y otras muchas enfermedades estaban presentes en el pasado inmóvil en blanco y negro. En este punto, sus ojos se tornaron exhortativos y escrutadores, y miraban ya las instantáneas, ya al visitante, destructor en potencia de su legado. Estaba mostrándole a este su más preciada posesión —observar las fotografías lo ayudaba a sobrellevar su dolor— e, innegablemente, su gran baza para convertirlo a su creencia: el pragmatismo.

—Al fondo de la fotografía se ve la iglesia. ¿La reconoce? Es la que hemos visto antes, pero sin dos capas de pintura blanca y sin la ampliación.

El investigador privado se impresionó intensamente mientras observaba esas fotografías. Le costaba permanecer impasible porque su intervención conforme a la legalidad condenaría a los feligreses de Nazaret a padecer hambre y enfermedades. De todos modos, siguió observando las fotografías sin perder detalle, y simultáneamente imaginó el retorno de tales letales plagas. La pena se apoderó de él. Pronto, el horror y la consternación la sustituyeron. En ese preciso instante supo que Paulo Guimaraes se había apuntado una victoria. Se dijo que sería una victoria estéril, pues no cedería por la pena, el horror o la consternación. Igualmente, hizo propósito de no flaquear por mor de las dudas, en el caso de que estas lo invadieran y afectaran a su conciencia en algún momento de los dos días de incitación a tapar crímenes.

—No debía quedarme de brazos cruzados, limitarme a rezar. ¿Se hace cargo? —dijo Guimaraes.

—Admito la gravedad de la situación, pero no comparto que asesinar niños fuera la solución.

—Sin el dinero de las ventas, posiblemente los dos niños que sacrifiqué

habrían muerto de todas formas, de hambre o de enfermedad —puso de relieve.

Lancaster no discrepó esta vez; el hecho era que no se veía capaz de rebatir esa consideración tan objetiva. Aguantó callado con gesto sereno, fingiendo entereza y tener la moral alta. Luego alargó el brazo, tendiendo las quince fotografías al viejo portugués, que estimó verdadera e intacta esa serenidad engañosa, aunque todavía no sabía en qué se cimentaba. ¿Era en la indolencia repudiable o en el antagonismo ideológico, en una manera diametralmente distinta de ver el remedio apropiado de aquellas calamidades?, se preguntó. Ahora, la pequeña victoria se la había adjudicado el detective.

—No. Devuélvamelas dentro de dos días —propuso el misionero.

Marc Lancaster guardó ese veneno del alma en su mochila y continuó exhibiendo la engañosa serenidad que lastimaba al jesuita. Realmente, este vio su proyecto destruido durante unos minutos, en parte por estar figurándose algo erróneo: el extranjero tenía un corazón insensible o no imaginaba el futuro calvario de los nativos, cosa que sí habían sido capaces de hacer el teniente de Homicidios de Los Ángeles, Drazen Stepanec, y el novelista Amaré Leconte.

—Deténgame y el hambre y las enfermedades asolarán a los lugareños. No fallecerán en igual número que en 1983 y en 1984. Las cosas están mejor en comparación con la década de los 80, pero morirán decenas o cientos de ellos con el transcurso de los años, ya que las campañas de vacunación del Gobierno no llegan o lo hacen muy tarde, los suministros de insulina para los diabéticos a veces se acaban y no se reponen, escasean ciertas medicinas para los enfermos con patologías cardíacas, etcétera. En los poblados de por aquí ni remotamente funciona el sistema sanitario como en Adís Abeba. Depende de usted que no resurjan las enfermedades y el hambre que los diezmarían. Solamente de usted. No aspiro a imponerle mis anhelos, mas sí a apelar a su compasión. Por cierto, yo conocía a cada uno de los fallecidos de las fotografías. Y los quería. ¿Sus padres están vivos, señor Lancaster?

—Sí.

—Es afortunado. No sabe lo que se siente al perder a alguien querido. Yo lo experimenté cientos de veces. No hay modo de describirlo. Uno debe vivirlo para saber cuánto dolor origina cada una de esas muertes. Dejémoslo por hoy, se ha hecho muy tarde. Mañana continuaremos recorriendo la misión y le presentaré a gente que morirá si usted hace lo que considera su deber. Con suerte, las personas de carne y hueso le harán reflexionar más que unas fotografías antiguas.

—Ni reflexionaré ni recapacitaré. Estoy soportando sus tentativas de contagiarme su locura con la finalidad de que me dé, de una manera civilizada, los nombres de quienes están metidos en este aberrante negocio. Punto final.

—Los seres humanos cambiamos de idea. Lo que hoy es un «no» más adelante tal vez sea un «ya veremos» y, al final, un «sí».

—Abandone sus esperanzas. Soy de ideas fijas. Jamás mato niños —enfatizó el detective poniéndose nervioso, aunque sin dar muestras de ello.

—Pues matará a unos cuarenta o cincuenta en dos años como nos deje sin ingresos. Eso, tirando por lo bajo.

En nada estuvo que Lancaster soltara un puñetazo al jesuita por la acusación, que ambos juzgaron terrible debido a que era cierta. Por esta razón, al barcelonés le costó aparentar un temperamento apático. Necesitaba un descanso inmediato o su fingimiento se resquebrajaría como el hielo en un clima caluroso. Urgía retirarse.

—Usted delira. Será por la malaria. Buenas noches.

—Buenas noches. Hágame el favor de mirar las fotografías antes de acostarse. A tenor de su forma de pensar, ni mucho menos lo harán vacilar. No le ofuscarán la razón ni le nublarán la alegría.

—Sí, las miraré un rato. ¿Por qué no? —concedió con la huida ya iniciada.

Marc Lancaster había mentido con vistas a minar más la fe de Paulo Guimaraes en que su mentalidad fuese a cambiar, para no dar una imagen de debilidad y para acortar la conversación. Ansiaba sobremanera la soledad.

El detective se apresuró, se introdujo en su tiendecita de lona, lanzó un

soplido de alivio. Se sentó en el suelo, extendió las fotografías en semicírculo como si fueran cartas de póker mientras exclamaba palabrotas y gruñía, las cogió de una en una, las contempló largamente y las insertó en la baraja de desgracias. Se explicó la flaqueza de los dos viajeros anteriores en busca de respuestas, que después odiaron haber hallado. «Su encubrimiento no vino dado por una moralidad deficiente. Lo achaco a la pérdida de fortaleza mental. ¡Cómo la desgasta este sacerdote malnacido! Los dilemas que encierran sus actos malhieren el espíritu y el buen juicio de cualquiera que sea honrado», se dijo con agobio, muy decaído. Después no pudo dejar de valorar las ventajas y los inconvenientes de las decisiones del misionero y, por ende, de su futura denuncia o inhibición. Con los dos venenos en su mente —las imágenes de las fotografías y los argumentos nada endebles del portugués a un paso del infierno—, le parecía menos dañino sacrificar a tres personas que propiciar la muerte de cientos. Una lógica sólida, así como una verdad evidente, daban fuerza a las alegaciones del religioso. Sin embargo, vender niños, aun cuando fueran a morir de todos modos durante su infancia por otras causas, se repugnaba con la justicia. No oponerse a semejantes crímenes empeoraría el mundo, consideró Lancaster. Este se exigió no dejarse influir por narraciones malintencionadas en los dos próximos días. Y, tan pronto como tuviera en su poder al asesino de los escritores, solicitaría a John Roberts que se portara muy solidaria y piadosamente —le pediría un donativo que acabara con la miseria de los aldeanos—. En consecuencia, desde ahora, detener al asesino era preciso para la subsistencia de aquellos etíopes a los que, desde la perspectiva del jesuita, Dios no cuidaba.

Finalmente, el exescolta apartó las fotografías y se propuso no pensar más en la apología de ese corruptor de mentalidades relativa a la conveniencia de actuar de forma práctica. Despejó el colchón pegado al suelo, se tendió, colocó la pistola lista para disparar por dentro del cinturón. Entrecerró los ojos y evocó, con la intención de confortarse, los largos abrazos con Madelaine y los juegos con su estimada Valeria, la hija de una magistrada a la que escoltó en San Sebastián unos años atrás.

Sintió que cualquier tiempo anterior de su vida había sido mucho mejor.

A la mañana siguiente, el sacerdote todavía quería que su conclusión fuera también la del investigador. No contemplaba la rendición, abandonar a su suerte a sus feligreses y a los otros lugareños. Por esta lealtad, se empeñó en que el visitante fuera testigo de las actividades cotidianas de la misión: un grupo de mujeres molía cereales, los niños jugaban, varios hombres rehabilitaban un barracón desvencijado, la mayoría rezaba en las mesas antes de almorzar… En otras palabras, le enseñaba vidas normales, felices. Durante el recorrido, le habló al detective sobre las penurias del pasado y sobre las que, andando el tiempo, sufrirían los indígenas de persistir él en su empecinamiento, en su postura a favor de la «mala solución». Tales actuaciones para conseguir su complicidad turbaron al barcelonés. A pesar de ello, se mantuvo firme. Al advertir el jesuita tanta firmeza, decidió utilizar su último recurso para persuadirlo: hacer hincapié en que muchos pequeños morirían por su culpa.

—¿Le gustaría ver a los niños en la escuela?

—Vamos.

—Están ensayando una obra de teatro.

—¿En qué lengua?

—En su lengua natal. Me he tomado la licencia de traducir a William Shakespeare al amárico.

—¿Qué obra ha traducido?

—*Romeo y Julieta* . He adecuado el lenguaje y la duración de la historia a la edad de los niños.

—*Romeo y Julieta.* «El amor es una locura muy sensata». ¿No escribió Shakespeare esta frase en uno de los actos?

Paulo Guimaraes se detuvo al instante, acentuó su seriedad y observó fijamente a su huésped. El anciano estaba pensando que el significado de la frase de Shakespeare legitimaba su plan. Ciertamente, esas siete palabras explicaban a la perfección por qué lo había tejido, así como el propósito de todas sus acciones ilegales. Las había cometido y las cometería por amor y, si bien semejaban el fruto de una locura, según él, en cuanto uno meditara acerca del motivo que lo empujaba a realizarlas, debiera entender que la sensatez y el amor eran los pilares de sus intenciones.

—Sí. Y, justo como insinúa, mis medidas extremas obedecen al amor y a una sensatez que podrían confundirse con la locura.

No hubo más pullas del detective referentes a esta cuestión —la sensatez del misionero—, que merecía debatirse imperiosamente. Así que no había vencedores ni vencidos, por ahora. Enseguida, nada más Paulo Guimaraes dominó su aflicción, reanudaron la ruta ideada por él para acrecentar la lástima y socavar la moral del extranjero.

En unos minutos, tras dejar a la izquierda lo que venía ser la calle principal y concluir una conversación sobre el potencial de la agricultura local, los dos estaban presenciando un ensayo de *Romeo y Julieta* . Se hallaban a un brazo de distancia de un rudimentario escenario de madera, sobre cuyas tablas había ocho chiquillos, pasitos, entonaciones teatrales y alacridad. Marc Lancaster no comprendía las frases, pero a pesar de ello le gustó el ensayo, pues le resultó muy agradable apreciar la diversión y el solaz de los precoces intérpretes.

—Dispongo de actores especiales —deslizó el jesuita.

—Salta a la vista. Son niños.

—Son especiales por otra cosa. Sufren problemas de salud. A día de hoy siguen adelante gracias a que reciben un buen tratamiento. Y, aparte de medicarlos, procuramos entretenerlos. La salud concierne al cuerpo y al espíritu. Las distracciones van bien.

—¿Adónde quiere llegar? —inquirió el exnovio de Natasha con voz de exasperación—. Su crueldad es repugnante.

—¿Mi crueldad…? Mi sinceridad. Serán los primeros en morir cuando vuelvan las restricciones. Pacté con Amaré un buen acuerdo para todos: él nos financiaría y yo contraería el compromiso de no vender a nadie más. Él cumplía: nos enviaba mucho dinero cada año. Lamentablemente, no se acordó de nosotros en su testamento.

—Leconte no había previsto morir tan joven, de ahí que no redactara testamento alguno.

—Lo había supuesto. Me reconforta un poco tener conocimiento de que sus convicciones no flaquearon, de que, simplemente, fue su falta de previsión lo que nos dejará sin pan y sin medicinas. Como le decía,

lamentablemente, nos encontramos otra vez sin benefactores. Esto me fuerza a recuperar la estrategia inicial: las ventas puntuales, o sea, sacrificar a un solo nativo cada muchos años a cambio de que cientos o miles sobrevivan. La otra opción, la pasividad, respetar las reglas, resultaría demasiado trágica y calamitosa. ¿Se quedará tan pancho sabiendo que varias de estas criaturas en el escenario fallecerán en menos de medio año a partir de que nos haya boicoteado? ¿De verdad?

—¡No consentiré que maten a Tania! —gritó furibundo.

—Tania morirá, la venda o no. Tiene una enfermedad mortal en estas latitudes. Sí, con su venta morirá unos años antes que si la dejara apagarse poco a poco, y mediante este mínimo adelanto de lo inevitable rescataré de una muerte segura a centenares de niños, ancianos y adultos —esgrimió con congruencia—. ¿Por qué habría de sentir que estoy haciendo algo inadecuado?

—La niña vendrá conmigo mañana. Emplee esta excusa: estaba programado que pasara un reconocimiento médico en la capital. La quiero bien lejos de usted y de su fanatismo. Informe a su familia.

—No tiene familia.

—Dígaselo a ella, entonces.

Con feroces gestos de los brazos, reiteraciones de órdenes y amenazas en tono de aversión, el investigador constriñó a Paulo Guimaraes a subir al escenario, interrumpir el ensayo y contar a Tania —una de las tres niñas que, por tandas, hacía de Julieta— que viajaría al día siguiente a Adís Abeba para someterse a un chequeo médico. Esta recibió seria la noticia; después sonrió a Marc Lancaster para darle las gracias, mostrando con ello su natural simpatía. Él la encontró adorable.

Enseguida los dos hombres salieron del barracón. El sacerdote estaba apesadumbrado, como si estuviera perdiendo sus esperanzas. De buenas a primeras, se puso a hablar de manera diferente en su persistir: sus reiteraciones se impregnaron de desesperación. No utilizaba una voz ajustada al momento, sino que hablaba con tono de tenerlo todo perdido, cuando en realidad ahora tocaba argumentar y persuadir utilizando uno calmado junto con otros de sus recursos de conversador sabio. El

barcelonés dedujo por el nerviosismo y la desolación del jesuita que había llegado la hora de la muerte de su proyecto delictivo y que este lo sabía. Se alegró en lo íntimo de su ser.

Tal vez Paulo Guimaraes supiera que estaba al borde del fracaso, pero esta hipotética certidumbre ni lejanamente estaba afectando a su tesón —todavía grande— con la misma intensidad que a su tranquilidad, casi reducida a la nada. Perseveró en su empeño de hacer mudar de opinión a Lancaster. Claramente, no dimitía de su aspiración de dar sustento y proteger de las enfermedades a los lugareños.

— Me es imprescindible disponer de ingresos para abastecer a Nazaret de vacunas, medicinas, comida, ganado, semillas… Los fondos están casi a cero. Este año estamos asistiendo a seis mil etíopes más con respecto al anterior; la sequía y el hambre están desgajando a infinidad de familias de sus aldeas. Y, como es natural, los gastos han subido muchísimo. Con el dinero de la venta de Tania, ellos conservarán la vida y la salud ocho o nueve años más. Puede que para entonces se dé un cambio en la política internacional, quizá en la ONU se acuerde donar o prestar más dinero a los países del tercer mundo en concepto de ayuda al desarrollo y establecer controles que garanticen mejoras reales en las condiciones de vida de sus destinatarios legítimos, los pobres. En la actualidad, los dirigentes de los países africanos se apropian de las donaciones y los préstamos. Malversan y despilfarran el dinero que se les concede para auxiliar a sus conciudadanos. Se compran coches deportivos, mansiones y joyas, dan fiestas por todo lo alto… —resumió con coraje.

—No, no y no. ¿Por qué ella? —protestó el exescolta.

—Como le mencioné, no tiene familiares, y su corazón es compatible. El azar, mis afinidades y el cariño nada tienen que ver en que la elección haya recaído en ella. Un médico auxiliar del cirujano que practica los trasplantes en Estados Unidos vino a la misión hará cosa de un mes y, con el pretexto de efectuar pruebas rutinarias, extrajo muestras de sangre para hallar al donante más idóneo. A través de un emisario me comunicó que ese era Tania.

—¡No la venderá! ¡Métaselo en la cabeza! —aseguró encendido,

bramando.

—¿Ella le da lástima? A lo mejor, cabe la posibilidad de sustituirla por otro niño.

—Esta no es la cuestión.

—Alguien morirá. Esta es la cuestión.

Marc Lancaster asintió con brevedad. Antes, durante y después de su concisa y emocionada afirmación, su faz manifestaba lo que pensaba: estaba mal asesinar niños.

—Tenga en cuenta las decenas de criaturas que salvaré, que salvaremos. Póngalas en la balanza. En lo que a mí respecta, el preferir una tragedia menos mala a otra inmensamente peor me lleva a tomar la desgarradora decisión de sacrificar a Tania —alegó el portugués, alterado y temeroso.

—No me hable de balanzas. ¡Quiere vender a una niña! ¡Basta por hoy! Necesito estar a solas. Como continúe escuchando un segundo más lo que pretende hacer, le pegaré un tiro en la cabeza —amenazó chillando el detective de Roberts, y a continuación murmuró—: En su corazón de piedra rebotaría.

El exescolta se sumió poco a poco en el ocre horizonte. Su silueta, encorvada por el tormento, muy negra al contraluz de la luminosa mañana, se recortaba contra la inmensidad de la sabana salpicada de árboles bajos con verdes copas anchas y troncos delgados, retorcidos, con trazos de olivos jóvenes. Él se figuraba las repercusiones, tremendas y funestas, del único modo de actuar decente, desmantelar el negocio de venta de niños. La visión del misionero y la suya propia, en cuanto a solucionar las catástrofes africanas, combatían en su mente. En un momento dado irrumpieron con fuerza en ella las ventajas que Guimaraes había desgranado en su conmovedora exposición: la parte positiva de esa especie de pragmatismo sustentado en la estadística, en las cifras objetivas. Por fortuna para la pequeña actriz, el sentido de la justicia de Lancaster permanecía indemne y le seguía reclamando constituirse en su protector y encarcelar al sacerdote.

Apenas el investigador privado se resolvió a mantenerse firme en su posición, guardar a Tania del mal y de la muerte, se hizo una pregunta

terriblemente angustiante: ¿rechazaría John Roberts socorrer a los etíopes de Nazaret? «No, eso no sucederá», concluyó influenciado por su deseo. Él atraparía al mercenario y, justo después, el millonario subsanaría con su gratitud el drama humanitario que se cernía sobre estos, se dijo. A continuación se prometió que al día siguiente en el ocaso se marcharía con Tania de la mano y con el nombre de un hombre de negocios sin conciencia, a quien haría confesar mediante torturas qué enfermos terminales o familiares de enfermos terminales habían pujado por órganos de niños africanos. Escasas horas más tarde de esta confesión a la fuerza o, como mucho, en unos días, tendría al contratante del asesino de escritores de novela negra bien atado en el maletero de su coche y, al término de una conversación amedrentadora o de un interrogatorio cruento con él —todo dependería de su grado de colaboración—, sabría de una vez por todas la identidad del mercenario que había matado a los novelistas sacándoles el corazón.

Posteriormente, el barcelonés discurrió cómo asegurarse la piedad de John Roberts. Se le ocurrió una sola vía: acabar personalmente con el asesino. Esta oferta en trueque por una generosidad extraordinaria no la desestimaría. No le seducía la idea de tener que llegar tan lejos. No obstante, su conciencia le daba pleno permiso.

Un día después, durante el malva crepúsculo de la tarde, Marc Lancaster traspasó los límites de Nazaret llevando de la mano a Tania. La niña tironeó de su pantalón y le sonrió al paso que lo miraba para indicarle que le estaba haciendo daño; la voluntad del extranjero de protegerla de un secuestro y un asesinato provocaba que, sin querer, apretara su manita. Al momento, él aminoró la fuerza.

El detective colocó a la niña en un asiento trasero del todoterreno, ajustó el cinturón de seguridad sobre su cuerpecito. Se sentó en la plaza del copiloto y requirió al chófer pisar el acelerador en los tramos en que no constituyese una temeridad ir a mucha velocidad. La prisa respondía a sus ansias de alejarla del misionero y, también, a que quería sacar rendimiento cuanto antes al nombre grabado en la agenda de su teléfono, Armand Bollé,

el traficante de órganos norteamericano. Paulo Guimaraes había respetado el pacto: le desveló a Lancaster la identidad de ese traficante a su tiempo. Esto alivió al empleado de Roberts; sin duda, mitigaba mucho su quebranto estar tras la pista del asesino profesional y de su despreciable pagador, y de igual modo lo mitigaba su certeza de que mañana policías etíopes arrestarían al sacerdote a las bravas —una petición de colaboración de la Interpol se atendía incluso en Etiopía—. Con el jesuita en la cárcel, en lo venidero nadie pasaría por el trance inolvidable de tener que escoger entre amparar a un niño de un secuestro y su posterior asesinato o convertirse en el responsable de un sinnúmero de muertes de seres igual de inocentes, elucubró el detective. El mundo sería un lugar menos turbador sin la imposición de esta disyuntiva; Amaré Leconte —de haber otra vida—, Drazen Stepeanec y él mismo podían dar fe de ello; ahora bien, no sería un mundo mejor: más justo, más igualitario, más benigno ni más fraternal, por cuanto evitar cavilar en las penalidades ajenas no extinguiría el egoísmo y las plagas de la faz de la Tierra, concluyó entre las miradas que posaba durante largo rato en la niña rescatada. Realmente, le placía mantener la mirada fija en ella, porque se le hacía muy agradable contemplar su sonrisa y sus penetrantes luceros felices. Y junto a la felicidad estaba la bondad; de hecho, imperaba en ellos, asimismo, lo hacía en su espíritu.

De cuando en cuando, Tania charlaba con el investigador con la familiaridad de los niños o bien recitaba a Julieta de memoria u ocasionalmente ayudándose del texto que temblaba sobre sus rodillas, con rozaduras de caídas de jugar a fútbol. El jovial chófer de boca regañada posibilitaba la charla y su juego: traducía al momento sus preguntas, así como sus fragmentadas recitaciones de voz clara y sonora, para regocijo de la Julieta negra.

Natasha solía afirmar que hay dos tipos de personas en el mundo: las que se han hecho adultas a partir del niño de su infancia y las que ven en ese niño un ser extraño, alguien que en nada forma parte de ellas. Marc Lancaster pensó que, de pertenecer Tania al primer grupo, tendría mucho ganado para ser feliz en la adultez.

Rebasados los veinte primeros kilómetros, la cría se cansó de jugar.

Entonces se durmió con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, con las manos abiertas como las de un pedigüeño ambicioso y con los labios un poco separados y muy flojos. Evidentemente, jamás había sentido el temor a recibir un daño deliberado. Por lo menos, Paulo Guimaraes había hecho una cosa bien: no transmitirle su amargura, mantener su connatural alegría incólume, se dijo y se felicitó el barcelonés.

El todoterreno entró en el norte de Adís Abeba hacia las cuatro de la madrugada. A esta hora en la que la población dormía, la luna llena rutilaba por encima del cielo despejado, de manera que proyectaba una capa amarilla sobre la ciudad a varias alturas: en las azoteas, en las calles, en las carrocerías de los utilitarios aparcados… Los estridentes rugidos que emitía el motor del todoterreno cuando circulaba a lo largo de una zona residencial resonaron en la deshora con pocos ruidos: bolsas cayendo en la cavidad de un camión de recogida de basura, maullidos de un gato, pisadas de tres trabajadores sin dinero con el que costearse el billete del autobús y ronquidos de una pareja de cenceños vagabundos desparramados sobre el suelo a la intemperie.

Al alcanzar el Land Rover la cúspide de una rampa, se divisó la silueta de Kent Wallace en la acera de la izquierda, a escasos veinte metros del hotel. Inmediatamente después de que el chófer estacionara el vehículo junto a él, Lancaster detectó emoción y contento en su rostro, así que intuyó que oiría muy buenas noticias: Wallace era demasiado inexpresivo y serio para tener ese aspecto de estar a medio camino de la exultación de no haber una muy buena razón. El exnovio de Natasha salió flechado del vehículo todavía mirando al norteamericano, que se le aproximó ufano y hablando alto:

—En una grabación se distingue media cara de un tío depilado, alto y fuerte. ¿Es el mismo? Puede que sí, puede que no. Nos la entregaron en una tiendecita de bebidas a las afueras de Carmel, de esas que abren día y noche.

Kent Wallace orientó la pantalla de su teléfono móvil hacia su colega. En ella aparecía un individuo cuyo físico era exacto al de la grabación que había visto el barcelonés en Los Ángeles entremedio de varios detectives sorprendidos. El supuesto psicópata estaba en postura de arrepentimiento

—cabizbajo y con la parte superior del cuerpo combada— o bien caminaba así para mantener su faz fuera del alcance de las miradas de los investigadores; vestía una camiseta roja, pantalones tejanos desgastados y una gorra de béisbol que, junto con el arqueamiento de la espalda y el cuello, provocaban que no hubiera forma de identificarlo.

—¡Joder con la gorra! —se lamentó Lancaster.

—Sí. Olvídate de contar con un buen retrato robot hasta que no dispongamos de una imagen más completa. La barbilla y el cuello se ven muy bien, algo es algo. Los compararemos con los del sospechoso, cuando tengamos uno. ¿Tenemos uno?

—Lo tendremos. Es cosa hecha. El traficante de órganos se llama Armand Bollé. Vive en la avenida Washington, número 34, de Miami. Le apretaremos las clavijas hasta que cante.

—Cantará alto y claro. ¿Hay un comprador cabreado?

—Lo hay. Aún no he averiguado el nombre. La confesión del misionero sobre los crímenes concuerda con la del de la novela de Leconte. Eso es lo malo. Lo bueno es que, ahora que conocemos las señas del traficante, pillaremos al asesino de los escritores pronto —predijo esperanzado.

—¿Telefoneo a Miguel?

—Sí, pero… —pronunció el exescolta con tono de pedir cautela. Al cabo, se desencajó un poco.

—Pero él debe decirle a John Roberts que cometería una estupidez si enviara aprendices de gánster al domicilio de Armand Bollé. Podría ocurrir que, en el interrogatorio, lo mataran involuntariamente antes de que nos diera los nombres de los compradores de órganos.

—Me has leído el pensamiento. Se impone saber manejar a Roberts y mandar a buenos profesionales a Miami. No es momento de reemplazar a detectives responsables por matones cortitos. Chapuzas no, por favor.

—Opino lo mismo, Marc. Seré muy franco y claro con Miguel.

—¿Cómo se ha portado la Policía etíope?

—Quieren quedar bien con la Interpol. Una jauría de policías nacionales y burócratas se está preparando para tomar el poblado. Comandará la misión un teniente francés de la Interpol, Alain Boisson. Aterrizó ayer por la tarde.

¿Les paso ya las coordenadas?

—Sí. La tregua con Paulo Guimaraes ha expirado —afirmó decidido y con una pincelada de impiedad en su mirada.

—Servicios Sociales vendrá a por la niña a las seis.

—De fábula.

—Hay más. —Wallace se rascó una sien, negó dos veces con la cabeza y continuó con un dejo de contrariedad que acabó siendo de asco—. El asesino se ha ensañado con otro escritor.

—¡Mierda! ¿Dónde?

—En Kuala Lumpur. La víctima era un novelista del montón, nada famoso.

—Va a lo fácil. Sabe que la Policía vigila a los escritores de novela negra en Europa y Estados Unidos.

—Eso parece. Se está volviendo más precavido.

—La precaución no le bastará. No tiene futuro. Su porvenir es el de un pez fuera del agua dando sus últimos coletazos, solo que aún no lo sabe —previó a tenor de la información en su poder—. Me encantaría ver su cara cuando descubra que está perdido.

—Hablando de asesinatos, ¿ha intentado matarte el viejo? —preguntó el americano, medio bromeando, medio en serio.

—Se ha esforzado en incendiar mi integridad. Se ha aplicado a fondo.

—¿Te hizo titubear, plantearte callar lo que está ocurriendo? —formuló, ahora sin bromear.

—¡Qué va!

Fue la primera y última vez que el detective de Anika Doric mintió a Wallace.

9
MIKE

Aeropuerto de Los Ángeles, un día después, en una tarde ventosa. Miguel Torres dispensó una cálida bienvenida a Marc Lancaster y Kent Wallace en el vestíbulo de llegada de pasajeros. El barcelonés le dio las gracias y en el acto quiso preguntarle en qué lugar habían preparado el interrogatorio de Armand Bollé —pregunta que tenía en la cabeza desde el despegue de su avión—. Sin embargo, como a la bienvenida siguió el despliegue de un muy logrado retrato robot del sanguinario sicario, él tuvo la constancia de que a Armand Bollé y, posteriormente, al comprador de órganos que ideara los asesinatos de los novelistas, ya los habían sometido a interrogatorios, y de manera fructífera: arrancado confesiones satisfactorias. Se alegró al pensar que el caso iba sobre ruedas. Enseguida el deseo de derrotar al asesino y el sentimiento de consuelo asomaron a sus ojos verdes.

Wallace cogió con euforia la copia del retrato, miró la cara dibujada como lo haría alguien inexorable y, de súbito, exclamó con una nota de crueldad:

—¡Ya eres nuestro, hijo de puta!

—¿Cuál es el nombre del comprador que avisó a la Policía de los Ángeles? —inquirió Lancaster a Torres.

—De ese no tenemos nada, excepto un nombre falso y una dirección inventada. Se trata de un individuo cauteloso.

—¿Y el del que contrató al asesino?

—James Lotrec, un ricachón. Es propietario de una cadena de talleres mecánicos de automóviles en Montreal.

—¿Cómo seleccionó al asesino?

—En internet comparó currículos de mercenarios. Luego contactó con un exmilitar de nivel. Este se entrena con un grupo paramilitar de extrema derecha.

—¿Y sus datos personales?

—Estamos en ello. Lotrec lo llama Mike. Ignora el apellido. Debe de ser cierto. Le hemos dado hostias a base de bien. Nos remitirán su expediente militar completo y su dirección dentro de unas horas. Además, estamos buscando a otros militantes de su organización de extrema derecha, América Blanca y Libre, con muchísimo dinero para pagar chivatazos.

— ¿James Lotrec había visto alguna imagen del sospechoso antes de describiros al tal Mike?

—¡No, Marc! ¿Nos tomas por aficionados?

—Perdona, tenía que preguntarlo.

El exescolta volvió a mirar el retrato robot, giró la cabeza hacia Wallace al tiempo que sonreía y, con aire victorioso, recabó opiniones:

—¿A que es igualito al cachas de las grabaciones de Los Ángeles y Carmel?

—Ya lo creo —dijo Wallace con optimismo.

—Genial. Nos hallamos en el buen camino —valoró el barcelonés con ostensible complacencia.

—Vamos a hacer pública la fotografía —anunció Torres —. Si no te opones, Marc.

—Claro que no. No hay forma más rápida de acorralarlo.

—¿Dónde parará ahora? —pensó en voz alta el de Campeche, exteriorizando cierto malestar. Su desconocimiento del paradero del mercenario lo fastidiaba.

—En Malasia, de regreso en un avión, en Estados Unidos… vete a saber —conjeturó Wallace lacónicamente. Conforme este hacía cábalas, el detective de Anika Doric se imaginaba al asesino en cada uno de estos supuestos.

—Os he de contar más novedades —apuntó Torres—. A Armand Bollé lo liquidaron hace unos meses. La información sobre la red de tráfico de órganos y los compradores la hemos obtenido de su mano derecha, Ladislao Tadesse.

—¿Lo asesinó Mike? —preguntó el barcelonés presintiendo que así había ocurrido.

—Sí. Le rompió el cuello al estilo militar en el descansillo de su piso una mañana que regresaba de correr. Se ve que, cuando quiere, mata sin hacer cosas raras.

Torres echó mano de su teléfono móvil, llamó a John Roberts y le transmitió que Lancaster veía bien pasar a la ofensiva total. El detective americano se sosegó mientras departía con su cliente, quizá porque tenía por seguro que habían solucionado el caso, quizá porque no tendría que aguantar más las escenas de su irascible esposa cuando él llegaba a casa muy tarde de trabajar o quizá por ambas cosas. Al cabo de tres frases más, el magnate requirió hablar con el eficiente europeo. Torres le pasó a este el teléfono sin pronunciar ni una palabra. Estas sobraban: lo esperaba una justa felicitación.

—Magnífico trabajo, Lancaster. Ha estado a la altura. Sabía que no desaprovechaba mi tiempo cuando fui a Barcelona a contratarle.

—Gracias. De hoy en adelante, le corresponde al FBI completar el trabajo. Dele cuanto tenemos acerca del sicario, de Armand Bollé, de James Lotrec y de Ladislao Tadesse. Acabará cogiendo al asesino de su hermano y usted se habrá cobrado su venganza.

—Mi venganza se hará realidad cuando muera —le manifestó con ira.

—¿Acaso no se puede asesinar a un preso en las penitenciarías de Estados Unidos?

—Sí, sí se puede. Las agresiones mortales en sus módulos están a la orden del día. Buena recomendación —calificó con un regocijo que destruyó todo sonido de ira en su voz.

—Me gustaría verle. Quiero pedirle un favor personal.

—En estos momentos estoy en San Diego. ¿Qué tal le va cenar esta noche?

—Me va bien.

—A las nueve en Centtanni Trattoria, un restaurante italiano a pocas calles de Venice Beach. Miguel le dirá la dirección. Tenemos mucho de qué hablar.

—Sí.

Unos minutos después de que cesaran las felicitaciones y loas de John

Roberts, los tres detectives se dejaron caer en un bar tranquilo para celebrar los avances en la investigación. El festejo fue muy corto, dado que la cacería del asesino demandaba ocuparse de tareas indemorables. En las siguientes horas, Kent Wallace y Marc Lancaster descansaron paseando por Los Ángeles con la intención de distraerse, mientras que Miguel Torres entregó al FBI el retrato robot del asesino de los escritores y narró una versión legalmente aceptable de cómo habían conseguido la descripción de su cara.

Por su lado, John Roberts se encargó de que el retrato robot circulara entre los jefes de redacción de los periódicos más emblemáticos de Estados Unidos y Europa. En el resto del mundo, en especial en los países que ese homicida había manchado de sangre con sus crímenes, llegarían con prontitud los comunicados sobre la noticia. Por la tarde, al salir a la venta la última edición de diarios en Estados Unidos, el gran empresario de medios de comunicación supuso que en breve culminaría su venganza. Era todo lo dichoso que podía ser un hombre de luto por el fallecimiento de un hermano muy amado.

En el transcurso de la cena en Centtanni Trattoria, un restaurante nada ostentoso, pero de exquisita comida, Marc Lancaster se percató de que su contratante solo estaba satisfecho a medias. Sacó en conclusión que este alcanzaría la satisfacción completa cuando se consumara el ajuste de cuentas, no antes. Apenas hablaron sobre el asesino Mike, ya que las mesas estaban muy próximas entre sí: algunos comensales de las contiguas habrían escuchado palabras vengativas incompatibles con el perdón y la ley. En cuanto al favor pendiente, el detective rehusó aclararle de qué se trataba cuando Roberts le preguntó acerca de eso, pues encontraba que ambas cosas, la consumación del ajuste de cuentas y el favor, estaban demasiado vinculadas como para tratarlas por separado.

Al término de la cena y de un posterior paseo hasta la playa de Venice, Marc Lancaster le recomendó a su cliente hacer turismo en Barcelona durante una semana para animarse, una idea que a este le atrajo. Se sentaron en la arena a cinco pasos del mar, envueltos por el arrullador sonido de las olas, que se deslizaban suavemente en la orilla. En ese

momento, con el relajante entorno facilitando el diálogo, John Roberts abordó el tema del favor personal.

—Bien, dígame, ¿en qué consiste el favor? Es algo importante para usted; lo presiento. No tema, atenderé su petición. Me apetece concederle cuanto me pida.

—Cuando estuve en Etiopía constaté, por viejas fotografías, que los dramas en la misión del sacerdote Paulo Guimaraes en la década de los años 80 no diferían un ápice de las dantescas descripciones de la novela de Leconte.

—Hay incontables lugares así en el tercer mundo. Las desdichas son el pan de cada día para sus habitantes.

—He visto ese lugar, lo que hace que el pasotismo y la insensibilidad desaparezcan. En definitiva, ansío interceder por esos desgraciados. Usted tiene dinero de sobra para erigirse en su benefactor. Este es el favor personal.

—¿Me lo pide porque ha visto ese sobrecogedor drama o porque ha mandado a prisión al sacerdote? De hecho, les ha sumido en la miseria. Sea franco.

—Es más por haberles dejado sin dinero.

—¡Qué curioso me parece su sentimiento de culpa! Está visto que este viejo jesuita es un *crack* manipulando al personal. Sabe llevar el gato al agua.

—Yo no lo denominaría un sentimiento de culpa. Lo que me ocurre es que me siento responsable.

—¿Hay alguna diferencia?

El detective no respondió. En su lugar, se ofreció a satisfacer el manifiesto deseo de John Roberts de obrar aplicando la ley del ojo por ojo. «Ojo por ojo y deseo por deseo», se dijo el exescolta.

—Estaría conforme con mandar a la tumba al tal Mike para corresponder a su costosa generosidad.

—No, no. Usted no estaba por la labor de matar al asesino de mi hermano. Lo dejó muy claro el día que le contraté. Yo jamás le presionaría para que traicione sus principios. Tengo una gran deuda de gratitud con usted. El

mercenario morirá asesinado en la prisión. Si es preciso, premiaré con los paquetes de cigarrillos de un tráiler cargado hasta los topes al presidiario que se arreste a pincharlo. Su corazón dejará de latir en poco tiempo. El favor se lo haré sin contrapartidas. Considérelo un regalo.

—Muchas gracias.

—No se merecen. Mi buena acción hay que atribuirla a partes iguales a la solidaridad y al propio provecho. Soy católico. Creo que existe otra vida, en la que tendremos que rendir cuentas de nuestros actos. Me conviene hacer alguna muy buena acción… para compensar que vaya a tomarme la justicia por mi mano. De ninguna manera mezquinaré la ayuda a esos etíopes. Quédese tranquilo.

—Le estoy muy agradecido. No me agrada matar.

—Su especialidad es hallar personas desaparecidas. Se ocupa en exclusiva de esto. Lo afirmó en aquella terraza de Barcelona como procurando dar a entender que solo esta suerte de demandas y otras pocas más son dignas de un investigador vocacional. Nunca olvido este tipo de afirmaciones a modo de declaración de principios.

El exnovio de Natasha asintió; en su cara resaltaba una mirada de alivio por el venidero y completo auxilio de Roberts a los íncolas de Nazaret. Pensó en cómo poner en valor y elogiar mejor la solidaridad del americano, pero se bloqueó: nada dijo sobre ello.

—¿Cuánto tardará el asesino de mi hermano en caer en las redes de la Policía?

—Caerá en los próximos días. No tiene muchas salidas —pronosticó el detective con convencimiento y, de manera paradójica, con voz apacible: su deseo de que el sicario recibiera su castigo no se reflejó en su acento.

—¿Qué me aconseja?

—Es apremiante averiguar sus apellidos. Se deberían hacer las preguntas adecuadas a las personas adecuadas en los grupos paramilitares de ultraderecha en que ha estado inscrito.

—Varios investigadores están hablando con los líderes de esos grupos. Me comunicarán sus apellidos en cuestión de horas.

—En cuanto los sepa, proponga al FBI el bloqueo de sus cuentas

bancarias en Estados Unidos y en el extranjero. Impidiéndole utilizar sus tarjetas de crédito, dificultaremos que viaje.

—¿Qué más? —interrogó Roberts, ávido de saber. Rebosaba ansias de vencer enseguida.

—Sería bueno iniciar una investigación suplementaria, sobre cirujanos plásticos norteamericanos predispuestos a vender su alma al diablo cuando se les ofrece una cifra de dinero muy atractiva. Le recomiendo confeccionar un listado de médicos de esta especialidad que se hayan visto envueltos en escándalos o se les haya quitado la licencia para ejercer. A Mike se le pasará por la cabeza tener un rostro nuevo si se las arregla para escabullirse de Malasia y no es reconocido en los controles de pasajeros en la aduana. ¿Cuántos cirujanos plásticos habrá en el país con antecedentes penales y que vayan mal de dinero? ¿Uno, dos, cinco? Yo les pondría un sabueso pegado al culo a cada uno. Tal vez, alguno se cite con él.

—Buena idea. Sí, no estaría de más tenerlos controlados. Wallace no tiene nada que hacer, y se aburre enseguida. Le propondré que realice la investigación. ¿Alguna otra sugerencia? —pronunció con voz amable y ansiosa el magnate. Se veía que escuchaba con vivo interés al exescolta. Era lógico. A su juicio, sus sugerencias eran firmes peldaños hacia su venganza.

—¿Aparte de peinar los hoteles, las pensiones y los apartamentos de alquiler por días de Kuala Lumpur?

—Estas actuaciones policiales ya se están practicando. La Interpol me pone al corriente de cuanto sucede en lo que atañe a este caso.

—Que no se les pase por alto mirar los pisos en que duermen viajeros apuntados en la página web Couchsurfing.

— No había contemplado que el asesino pudiese hacer tal maniobra. Espero que la Policía, sí. Lo mencionaré a mi informador en la Interpol.

—No se me ocurre nada más.

—¿Cuándo regresará a Barcelona?

—Mañana al mediodía.

—¿A descansar?

Marc Lancaster, simultáneamente, negó con la cabeza, frunció el

entrecejo y se mordió el labio inferior por dentro de la boca. Algo le inquietaba.

—No empecé un caso a fin de agilizar este. Ha llegado el momento de dedicarle toda mi atención.

—¿Un caso bonito?

—Un caso horrible. Una adolescente me paga para localizar a su padre.

—¿Dónde está lo horrible?

—Su padre es un violador y ella nació de una mujer violada, ¿lo entiende?

—¡Por todos los santos! Dígale que se procure un padre adoptivo.

—Es testaruda, no querrá. Ha madurado su decisión durante años.

—No envidio su profesión. —Por su propio encargo, abrigaba este pensamiento de tanto en tanto, y conocer el deprimente caso de la adolescente croata lo hizo reaparecer en su mente.

—A lo mejor, asistiré al juicio de Paulo Guimaraes —señaló Lancaster con actitud de estar admitiendo un defecto, una debilidad.

—Ese misionero ha minado su ánimo con sus golpes bajos y casi le ha hechizado con su palabrería. No entre en el tribunal, se entristecería aún más. Ya presencia suficientes tragedias en el curso de sus indagaciones.

El barcelonés obvió el consejo, simuló hallarse sosegado y solicitó mediante una pregunta:

—¿Podría darme un pase de público?

—Faltaría más.

—En principio, asistiré.

—Calcule un mes y medio o dos meses hasta el arranque. A propósito del juicio, han detenido a Drazen Stepanec hace unas horas; lo acusan de ser cooperador necesario. Él lo niega todo, pero cuesta creer que no estuviera enterado del negocio. La situación la veo de este modo: o el jesuita lo delata o lo tendrán que soltar. No se han presentado pruebas. Ni las corazonadas ni las figuraciones valen para sostener acusaciones tan graves. El tráfico de órganos infantiles es un crimen horroroso, cosa que no impedirá que el proceso vaya a resultar muy jugoso para los periodistas. Tanto mi cadena como mis periódicos le reservarán un espacio destacado. Al público le va a enganchar, las audiencias se dispararán.

—¡Y tanto!

—¿Tratará de convencer a esa adolescente de que se abstenga de encontrarse con su padre?

El investigador privado se mantuvo en silencio. Retiró la vista de la arena, miró las procelosas olas con reflejos pajizos por las luces de los establecimientos de hostelería de primera línea de mar de Venice Beach y meditó la respuesta. Bastante después respondió muy decidido:

—No. Trataré de convencerla de que no lo mate. Temo que me esté utilizando. No tengo ninguna prueba de su inclinación al bien. Igual está determinada a dispararle a quemarropa. Ha crecido imaginando cada día la violación de su madre, oyendo sus súplicas desatendidas. No puede ser una chica normal.

John Roberts se sobresaltó. Lo acometió el asombro al pensar que una adolescente quizá tuviera su misma postura —no perdonar las maldades del pasado— e idéntico deseo —sesgar una vida para hacer justicia—.

10
EL PADRE DE ANIKA DORIC

Barcelona, tres semanas después

Marc Lancaster recortó la distancia con la madre de Anika y se detuvo a unos diez metros de ella en las escaleras mecánicas que conectan la línea 3 del metro con la estación ferroviaria de Sants. No le había costado seguirla. Ivana Doric caminaba despacio; además, el temor o la precaución nunca la impulsaban a girarse para retener en la memoria las caras de la gente a su espalda. Su aire pensativo en el metro, así como en el barrio de Gracia cuando el sol matinal de la primavera barría de calles y tejados los restos del frescor de la noche, indicaba que le resultaba inimaginable que un detective privado estuviera pegado a sus talones.

En la estación de Sants, para sorpresa del barcelonés, ella torció hacia la puerta de cristal de la salida a la plaza de los Países Catalanes. En teoría, iba a coger un tren para Perpiñán, pero no ocurrió de ese modo. En vez de bajar a una de las plataformas, ingresó en la contigua central de autobuses y se dirigió a un andén. Cada uno de sus pasos contradecía lo narrado por Anika, de modo que el trabajo del investigador se complicaba y aparecía una incertidumbre más en el caso.

Enseguida, Marc Lancaster preguntó a un pasajero en espera qué ruta cubrían los autobuses que paraban en ese andén. «Van a Andorra», obtuvo por respuesta.

—Cambio de planes —musitó el exescolta.

En un abrir y cerrar de ojos, lo que tardó en abrirse paso raudamente entre los pasajeros y los acompañantes que habían venido a despedirse, pasó a la caseta en cuyo mostrador se expedían los billetes y adquirió uno para Andorra la Vella. Acto seguido telefoneó a uno de sus ayudantes eventuales en las tareas de seguimiento y le dio nuevas instrucciones:

esperarlo en la estación de autobuses de la capital andorrana. Su subalterno disminuyó la velocidad de su moto, asintió, colgó, rezongó, soltó una palabrota en voz alta y masculló una blasfemia. Su enfado se entendía. Se le había mandado esperar en la estación de tren de Perpiñán y habría cruzado el límite de esta ciudad francesa en menos de media hora. Por fortuna, Andorra y Perpiñán están relativamente próximas. El revés en absoluto trastocaba los planes del ayudante en lo primordial: llegar antes que la madre de Anika. Eso sí, este tenía dos horas y media para plantarse en el imprevisto destino. Era una faena.

El autobús partió de las dársenas, remontó el grisáceo cemento con rumbo a la zona alta de Barcelona y abandonó la ciudad por la salida de la avenida Diagonal, cerca del estadio del Fútbol Club Barcelona. Los pasajeros leían revistas, periódicos o libros, mataban el tiempo viendo películas en sus ordenadores portátiles, escuchaban música con auriculares o intentaban echar una cabezadita. A diferencia de ellos, Ivana Doric no procuraba entretenerse; estaba cogitabunda y preocupada. Los numerosos viajes a por dinero, realizados durante más de una década, en modo alguno habían hecho arraigar la tranquilidad en su ser. Realmente, viajar para reunirse con el padre de Anika la turbaba bastante. Esta turbación no la ocasionaba el hecho de reencontrase con su violador en unas pocas horas, dado que habían sellado, sin fingimientos, la reconciliación hacía muchos años. En lo relativo a ese crimen de guerra, ni siquiera había miradas reprobatorias o censuras en los pensamientos cuando ellos conversaban. A aquella mujer humillada en la guerra de Yugoslavia de rostro pacífico, ojos tétricos, facciones afiligranadas, cuerpo delgado de bailarina de *ballet* y movimientos nerviosos, lo que siempre la turbaba era no poder quitarse de la cabeza que estaba privando a Anika de su padre. La decisión fue suya y la mantuvo durante trece largos años. Luego se plegó a la voluntad de su hija de conocerlo; entonces descubrió que la decisión no la había tomado solo ella. A Mario Delivasic le aterraba estar con Anika, hasta tal punto que le parecía bien que nunca tuvieran contacto alguno. ¡Cómo iba a mirarla a los ojos estando enterada de la violación!, razonaba él para sí preso del terror y avergonzado. Lo atribulaba la sola idea de condescender, de

conceder un «sí».

Ivana se hizo y aún se hacía cargo del sentimiento de inmensa vergüenza de Mario Delivasic. La adolescente, no. Su posición consistía en que su perdón debió haber suprimido hacía mucho tiempo la desesperante resistencia del exsoldado. Mas no produjo tal efecto. Él continuaba muerto de vergüenza, además, para nada se consideraba merecedor de este mirífico perdón.

Hacia el final del viaje, se levantaban montañas altas al fondo de la perspectiva, por detrás de verdes prados. A pesar de la gran belleza que circundaba a los pasajeros, en la faz de Ivana Doric se pintaban sus males. Tenía pensado reiterar una vez más al croata tanto el deseo de Anika —empezar de cero— como que no estaba bien ignorarla, incluso teniendo en cuenta su pánico; esto último debía quedar muy claro. Asimismo, le diría que las peticiones de su hija se estaban tornando una especie de ultimátum agresivo. Lo cierto era que Anika le echaba en cara impetuosamente que no lograra persuadirlo de que había de actuar con valor, y el fracaso, del todo inadmisible para la adolescente, estaba deteriorando la relación madre-hija. Claramente, ese fracaso podía llegar a resultar dramático para Ivana Doric: ella no sabía ser feliz sin el cariño incondicional de su niña endulzando su monótona vida. La mujer se dijo que esta vez tenía que ir más allá de los ruegos y las exhortaciones. Se resolvió a actuar de forma muy dura: le reclamaría a Mario el resarcimiento de su daño. La violación en aquella tarde de pésimo e indeleble recuerdo abrió una herida en la felicidad de ella imposible de suturar. Tan terrible herida, a fin de cuentas, comportaba una extraordinaria deuda moral, una que no desaparecería por las periódicas entregas de dinero. Se precisaba que él diera afecto a Anika para saldarla cumplidamente. Arguyendo estas verdades lo haría ceder, previó Ivana. ¿Se lo plantearía de esta manera? ¿O constituía una estrategia demasiado extremista y cruel?, se cuestionó, penetrada de angustia. No, no tenía arrestos para hablar tan descarnadamente, al menos de momento. Hasta no estar entre la espada y la pared —escoger entre el distanciamiento casi irreparable con su hija o forzar a Mario a dar la cara—, en forma alguna utilizaría exigencias a la hora de reclamarle compensaciones tan arduas. Sí

le recalcaría, en unos minutos, que su vergüenza ya no valía como excusa para rehuir a Anika, puesto que ella la estaba perdiendo a base de sumar decepciones. Cada uno de estos viajes sin fruto representaba una decepción insufrible que entraba en el corazón de la muchacha.

Ivana Doric bajó del autobús en Andorra la Vella y se internó a pie en la ciudad coronada de montañas. Marc Lancaster la siguió del mismo modo que en Gracia: manteniéndose a unos diez metros, con la vista pegada a su espalda. Antes se había arrimado a su empleado para darle las órdenes oportunas: ir en la motocicleta a cierta distancia de ellos y jamás quitarse el auricular del teléfono móvil.

La mujer siguió caminando sin brío, como si estuviera pensando en su aprieto y esto absorbiera su energía. Seis calles más lejos, se detuvo en la sombra de un restaurante con la persiana medio bajada y pulsó un timbre. En un visto y no visto, un hombre ataviado de camarero subió la persiana, la saludó y se hizo a un lado para dejarla pasar. La conocía, pero no era el padre de Anika, creyó el exnovio de Natasha, pues las miradas se veían demasiado suaves, neutras, y no había una emoción acusada en sus rostros que reflejara recuerdos insoportables, deberes incumplidos, sentimientos de gratitud insólitos ni reconciliaciones singulares.

Ivana Doric se marchó del restaurante con otro hombre un rato más tarde. En la consideración del detective, su aspecto sí casaba con el de Mario: treinta y muchos años, rasgos eslavos, se apreciaba mortificación en él. La pareja anduvo por un pasaje desierto, conversando de manera tensa, si bien educada, y se metió en un modelo antiguo de Mercedes. Sin perder un segundo, Marc Lancaster corrió hacia la potente motocicleta de su ayudante. Se montó en ella sin mediar palabra alguna y se saltó un semáforo en rojo para no perder de vista el vehículo.

Al cabo de un cuarto de hora y tras rebasar una pendiente con forma de corta escalera de caracol, Ivana Doric y Mario Delivasic se apearon del coche en un mirador sin un alma. Evidentemente, tratarían sobre un asunto del cual no era prudente hablar en la terraza de un bar, con otros clientes en derredor que oirían su conversación y curiosearían el sufrimiento de sus rostros. El investigador privado tumbó la motocicleta en la maleza del

bosque adyacente a la carretera; hecho esto, se camufló entre el ramaje para espiar sin ser visto. Se había quedado bastante lejos con esta finalidad. Así y todo, como no había nadie en los alrededores, habría escuchado la conversación con un amplificador de sonido. Le dio rabia no haber sido más previsor. No le interesaban los comentarios concernientes a sus atípicas vidas, pero sí se moría por escuchar adjetivos definitorios sobre Anika. De este modo, la conocería mejor y ahuyentaría sus dudas acerca de si era conveniente llevar adelante la investigación.

Por desgracia, la observación de Lancaster de los dos croatas no estaba aportando nada provechoso para templar su deseo de saber mucho más de la tenaz adolescente. Percibía armonía entre ellos, también un trato cordial, a pesar de la tensión, que se mantenía. Solo captaba eso. Atribuyó ambas cosas a que tenían una buena relación desde hacía largo tiempo. Supuso acertadamente. Se compadecían el uno del otro y, sobre esta base, se había construido una relación de respetuosa amistad sin altibajos, encaminada a cubrir las necesidades materiales de Anika.

—En septiembre ya habré reunido el dinero con el que sufragar sus estudios universitarios. El restaurante va bien —manifestó el de Darda.

—El dinero no es suficiente. Me pide verte. Se lo deniego y se disgusta muchísimo. Nos estamos distanciando por culpa de tu obcecación y de tu miedo desmedido. Se me parte el corazón, Mario. A lo largo de estos años te he sugerido a menudo que la recibieras. ¿Por qué? Porque ella soñaba y sueña con eso. Nunca te lo he exigido. Nunca te lo he rogado. Hoy sí te lo imploro.

Mario Delivasic, muy afectado, contestó negativamente con sus ojos plenos de temor y, de inmediato, su vergüenza exclamó varios noes consecutivos.

—Mario, no quiero perderla. Es todo lo que tengo. Imaginar mi vida sin su afecto me desuela profundamente. Si pasara eso, yo caería en una profunda depresión —dijo con máxima emotividad y con el corazón en la mano con el propósito de que él terminara por ceder.

—No me veo con fuerzas para verla, para enfrentarme a la realidad. Me sabe mal no hacer más por ti —se disculpó, sufriendo y sabiéndose un

padre pésimo, negligente.

—Una única cita. Quizá se conforme con charlar contigo un día.

—¿Y qué le digo, Ivana? «Hola, Anika. Yo violé a tu madre. No es la manera ideal de venir al mundo, pero así sucedió. Tienes que ser fuerte, apretar los dientes y seguir adelante».

—Sabrás hablarle de una forma más suave y confortante. Estoy segura.

—¿Acaso crees que no he ensayado miles de veces las frases que emplearía al hablarle en nuestro primer encuentro? Probé en mi juventud, cuando todavía no había terminado la guerra, con frases en las que figuraban todos los atenuantes. Después, en estos últimos quince años, las frases siempre repetían que la amo con locura y que daría mi vida por no haber malherido su corazón y su ilusión.

—¡Dile eso! —propuso sentidamente la mujer—. Me parece un gran comienzo.

— Carezco del valor necesario, Ivana. Amenazaría al diablo a cambio de no haberte forzado, pero no tengo valor para ponerme delante de ella y resistir su mirada, fuera del tipo que fuera: de recriminación, de perdón, de lástima… Eso me haría recordar lo sucedido en Bizovac: me sentiría infame.

Ivana se arrimó al delincuente y lo miró con una actitud de clara desaprobación. Pensó que a ella le asistía la razón.

—Cometes una equivocación.

—Sí, probablemente —reconoció él con voz empañada y profundamente decaído.

La mujer le dio la espalda, situó las manos en sus caderas y suspiró. Sus párpados se desplomaron.

El detective de Anika, desde la lejanía, vio en su reacción el triunfo de la frustración.

—En realidad, yo ansío abrazarla más que ella a mí. ¡Díselo! —suplicó Mario con ardor.

—¡No le contaré tal cosa! Avivaría sus anhelos. —Se volvió de repente, cogió por los hombros al exsoldado y concentró una mirada nerviosa en él. El tono de voz de Ivana tampoco tenía la apacibilidad habitual de cuando

hablaban acerca de lo que sus vidas tenían en común: Anika, por cuanto su arrebato había tomado el mando de su conducta—. Entonces, hazlo por mí. Si no estás dispuesto a pasar un mal rato por Anika, pásalo por mí. ¡Estás en deuda conmigo! Me violaste. Me has condenado a criar a una hija sin padre, a ver su pena sin remedio desde su infancia. Y nunca he tenido un hombre a mi lado amándome porque fui madre soltera a los quince años.

—Sí, estoy en deuda contigo. Te he destrozado la vida.

—¿Te reunirás con mi hija? ¿Le darás ese gusto?

Mario pensó en cuán deficientes se habían evidenciado, desde hacía años, su valentía y su temple. Tras una pausa, bisbiseó un «No», que contristó tanto a Ivana como a él mismo. Indudablemente, al croata le faltaba arrojo. Su vergüenza vencía con facilidad a cualquier rival, incluidos la decencia y los fortísimos deseos de besar a Anika y llamarla, con suma emoción paterna, «hija» o «cariño mío».

Marc Lancaster adivinó el contenido de la última frase: una negativa difícil de asimilar. No tenía nada de extraño que él atesorara esta capacidad de penetración por encima de lo común. Era un hombre de mundo y durante sus investigaciones había hablado con muchas personas condenadas a arrostrar dramas. Por consiguiente, el excepcional desconsuelo y el enojo que denotaban la faz, la postura y los gestos de Ivana Doric le resultaban muy significativos. De inmediato intentó imaginar a Anika abrazando con amor a ese hombre que no había hecho lo suficiente para redimirse. No lo logró. Se preguntó si eso debía considerarlo un aviso de su clarividencia. Sea como fuere, enseguida temió que su clienta no quisiera abrazarlo y solo la moviera la venganza. Definitivamente, había asumido una investigación de riesgo extremo.

11
¿ESTÁ MARC LANCASTER AYUDANDO A UNA ASESINA?

Tres días más tarde, John Roberts telefoneó desde Estados Unidos a Marc Lancaster, que ya había regresado a Barcelona, y lleno de entusiasmo, lo cubrió de alabanzas y felicitaciones. ¿Cuál era la razón de la llamada? Una estupenda noticia: habían detenido a Mike en un pueblecito a las afueras de Kuala Lumpur. Era previsible. Con su cara de sádico saliendo cada dos por tres en las noticias de la televisión y en los periódicos, él no tuvo manera de tomar un vuelo para huir de Malasia y poner tierra de por medio. Agravó mucho su apurada situación el hecho de que tampoco hubiese podido refugiarse en buenos escondites en la capital, ya que su inquietante fotografía estuvo muy fresca en la memoria de recepcionistas, regentes y propietarios: de nada le habría servido utilizar documentación falsa en hoteles, hostales y apartamentos de alquiler por días. Al destaparse lo que sucedió en Etiopía, quedó muy expuesto.

El detective y Roberts acordaron verse en Barcelona o en Los Ángeles; la elección de la ciudad quedaría supeditada a que el viaje de placer del empresario a tierras catalanas precediera o fuera posterior a la celebración del juicio del padre Guimaraes. No hablaron sobre el requerimiento de compasión de Lancaster hacia los etíopes de Nazaret. Este lo interpretó como una buena señal. Se persuadió de que las ayudas ya estaban en marcha por obra y gracia de su cliente: su extraordinario complacimiento desde que le avisaron del apresamiento del homicida había comportado y comportaría el auxilio a esos menesterosos.

A las once y cuarto de la mañana, cuando el barcelonés estaba entrando en su despacho, recibió de nuevo una llamada en la que escucharía una noticia espléndida. Sonó la inconfundible voz ronca de Miguel Torres. Le

telefoneaba expresamente para darle a conocer la afortunada segunda vida de Tania: una familia pudiente de Nantes la había adoptado. Otro final feliz.

Esta noticia habría dado lugar a un contento perdurable en Lancaster de no haberse citado con Anika Doric a la once y media. ¿Por qué la inminente cita malogró su contento? Porque en absoluto se fiaba de ella. Todavía recelaba que era un peón útil en la partida de ajedrez de la adolescente croata. Fijó la consideración en esta hipotética estratagema durante un rato, hasta que la vengadora en sus peores sospechas, que llegaba muy puntual —era de esperar, fuera hija bondadosa o futura asesina —, hizo sonar la melodía del portero automático. El investigador no preguntó quién llamaba, pues sintió que había venido la hija del violador. Apretó el interruptor del interfono; al instante notó la garganta seca y como sus temores lo agitaban.

En apenas un minuto, tras los saludos de cortesía, acortados por la gran impaciencia de Anika, los dos estaban sentados frente a frente a la mesa del despacho del exescolta, rodeados de olor a primavera, del aroma de azahar que desprendían los seis jóvenes naranjos del patio interior de la finca, y de una luz solar cálida y dorada. Él miraba como un detective al que la experiencia lo hacía desconfiar; ella, como un ángel caído recién readmitido en el cielo. No cabía más felicidad dentro de sí. Era una gran hija, capaz de perdonar cualquier falta y agravio, o una actriz fenomenal lista para matar y deseosa de disfrutar con su esperada venganza, que veía, por fin, muy cercana.

—He averiguado lo que me solicitaste. Está en este sobre.

Se interrumpió, hundió la barbilla, golpeó sus manos entre sí, fijó la mirada en la venusta muchacha. Y, finalmente, procurando afectar una calma perfecta a despecho de su gran inquietud, dijo:

—Truman Capote escribió en una de sus novelas: «Ten cuidado con lo que deseas, puede hacerse realidad». Ahora comprendo plenamente el sentido de ese pasaje. Aún estás a tiempo. ¿Dejamos el sobre cerrado?

—¡No! —exclamó, muy segura de sí misma.

—Te devolvería el dinero.

Ella negó con la cabeza y con una sucinta contestación, a la que adicionó una mirada de ferviente deseo. La gran mayoría habría pensado que su determinación era enorme y el resultado de ansiar durante muchos años formar parte de la vida de su padre. La gran mayoría habría pensado que ambicionaba su amor. La gran mayoría habría pensado que no se podía fingir tan bien. Marc Lancaster todavía recelaba.

—Se presentó un contratiempo cuando vigilaba a tu madre en Barcelona.

—¿Cuál?

—Ella no tomó un tren en Sants.

—¿No viajó a Port Bou?

—No. Viajó a Andorra la Vella. Mario reside en Andorra, y nunca ha vivido en Francia.

—Mi madre miente mejor de lo que pensaba —admitió después de que su sorpresa le mudara el rostro.

—Este inesperado itinerario casi me desbarató los planes, por poco me quedé sin ayudante. No afectó a la investigación de puro milagro.

—Me tiene en ascuas; siga, por favor —lo apremió. Su tono de voz oscilaba entre el de la súplica de una adolescente sin padre y el de la orden insoslayable de una clienta exigente, y siempre delataba una fuerte ansiedad.

—Tu padre, en efecto, se llama Mario y se apellida Delivasic. Está casado con una mujer oriunda de Dubrovnik, Adriana Maric. Tienen una hija de once años, Veronika. Él impartió clases de literatura en un instituto de Zagreb durante cuatro años. En esta localidad conoció a Adriana Maric y contrajeron nupcias. En octubre del 2001, el matrimonio se mudó a Andorra la Vella y, un año más tarde, el señor Delivasic abrió un restaurante en el centro de la ciudad. Su esposa es profesora de violín y su hija practica *ballet* .

El detective privado rebuscó en el sobre, sacó una hoja, le echó un superfluo vistazo y la dejó en el otro extremo de la mesa. Las manos de la impulsiva croata la cogieron con suma rapidez. Él se imaginó que el gran e irrefrenable deseo de una hija admirable o la agresividad de una vengadora rencorosa habían desencadenado esta reacción fuera de lo normal, mas

seguía sin atisbar la verdad. Su ignorancia sobre el interior de ella lo desasosegaba en extremo.

—En este folio te he escrito las direcciones de su domicilio y de su negocio. No te será difícil encontrar su restaurante, se ubica en el centro. Si prefieres presentarte en su casa, te recomiendo ir en taxi, ya que él reside en una urbanización a cuatro kilómetros de la ciudad y no se ven los nombres de las calles por ningún lado. Te perderías.

Él entresacó unas fotografías del sobre, las ordenó poniendo primero las de Mario Delivasic en el mazo y se las pasó a su joven clienta.

—He hecho fotografías de tu hermanastra, de tu padre y de su mujer. No son muy artísticas, pero sí nítidas. El teleobjetivo de mi Nikon nunca falla.

Anika las tomó, las colocó bajo sus manos, tocó los bordes de la forma en que se acaricia a quien se adora y las contempló extasiada, como si estuviera admirando las piezas de un tesoro por el que siempre había suspirado y acabara de descubrir. Marc Lancaster estuvo tentado de creer que estaba ilusionada y era honesta, y que la vida también deparaba momentos mágicos, entrañables. No llegó a creerlo, pues le desagradaba mucho sufrir grandes desengaños y no se fiaba de las apariencias ni de la joven.

—Mi hermanastra no se parece mucho a mí.

—No.

—Veronika. ¡Qué nombre tan bonito! —opinó. La ternura entró en sus ojos.

—Precioso.

Un breve silencio y el que la seriedad de él se acentuara indujeron a Anika a figurarse que las próximas palabras serían importantes.

—No he hecho un seguimiento exhaustivo de tu padre. Como sabes, solamente lo he espiado dos días y medio. Pero todo en mi investigación apunta a que está bien integrado en la sociedad. Lleva una vida sencilla y familiar.

El exnovio de Natasha abrió su libretilla de anotaciones con la idea de ojearla cada cierto tiempo y así dar fluidez a su narración, y refirió:

—En estos dos días, el señor Delivasic salió de casa con su hija a las ocho

y cuarenta de la mañana y la acompañó al colegio. Regresó directamente a su chalet. Sobre las diez se desplazó en coche a su restaurante. Estuvo ahí dentro siete horas, salvo cuando fue al banco y a una pastelería, uno de sus proveedores. A las cinco en punto, él mismo cerró el negocio y condujo hasta el colegio de tu hermanastra. El primer día llevó a Veronika a una academia de *ballet* y el segundo a un parque, donde ella estuvo jugando en los columpios media hora. En ninguna de esas dos tardes y noches se personó en el restaurante. Es de suponer que un encargado lo dirige cuando se toma un respiro o se ausenta. —Dejó la libreta roja sobre la almohadilla de escritorio y volvió a hablar ciñéndose a la verdad, a los hechos averiguados—: No tiene antecedentes penales en Croacia ni en Francia. Con franqueza, parece que ha rehecho su vida y es un hombre nuevo, uno normal. Estos son los datos y las primeras conclusiones de mi investigación. Podría completar mi informe con una conjetura, pero a un detective se le exige que sea objetivo.

—Esta clienta quiere escuchar su conjetura.

—Vivía bien en Zagreb. Con su sueldo de profesor de literatura más el de maestra de música de su esposa gozaban de una posición económica holgada. Entonces, ¿por qué se mudaron a Andorra? ¿Por qué tener que aprender un idioma, renunciar a trabajos estables y romper los lazos con las amistades?

—Sí, ¿por qué?

—Por estar cerca de ti. Insisto, es una mera conjetura. Y también es una deducción poco fundada. Igual Delivasic tiene otros motivos y, sencillamente, no los he descubierto.

—Una mera conjetura. ¿Solo eso? A mí me encantaría que él se hubiese establecido en Andorra por esta razón —le confesó.

La musculatura de Anika se tornó muy laxa, a semejanza de los enfermos de melancolía. Comenzó a llorar por la emoción.

—Te entiendo, Anika. ¿Qué piensas hacer? ¿Irás al restaurante o a su casa sin avisar? ¿O usarás esta información para presionar a tu madre hasta que arregle un encuentro?

—Le daré dos días a mi madre. Organizará la cita. No le queda otra. La

semana que viene empezaré.

—¿Empezar?

—A limpiar su oficina. Hay que cumplir las promesas y dar a cada uno lo que merece.

Marc Lancaster se estremeció. Esta sentencia, dependiendo de cómo se interpretara, hacía pensar que ella estaba decidida a asesinar al violador de su madre. En resumidas cuentas, Anika jamás tuvo en consideración que aquella violación fue excepcional: amenazaron a dos muchachos para anular su voluntad, haciéndolos desgraciados de por vida. El exescolta se dijo para sí que el antiguo soldado no debía morir. El castigo proporcional por haber forzado a Ivana Doric se correspondía con estar preso una larga temporada en la cárcel. La justicia real era incompatible con el posible plan de Anika: llevar a cabo una venganza tan extrema. Lamentó su inhabilidad para leer en la cara de su audaz clienta de crueldad incierta, para anticipar lo que haría. Adoleciendo de tamaña ceguera, cualquier desenlace era verosímil.

—¿Cómo viajarás a Andorra?

—En autobús. No me entusiasma la idea de que mi madre venga conmigo. Estaré muy nerviosa y ella me pondría todavía más nerviosa.

—El martes a las nueve de la mañana, en la entrada frontal del Palau de la Música. Te llevaré en mi coche.

—Es usted muy amable. Estoy por decir que sí.

—Di que sí. Me apetece mucho asegurarme de que nada malo te pase.

Lancaster había mentido. Estaba preocupado, ciertamente, pero por Mario Delivasic. Se temía que, a lo mejor, gracias a los hermosos embustes de la adolescente croata, su odio se aproximaría poco a poco a ese exmiliciano violador al que pretendía matar para sentirse bien u honrar a su madre. Al punto se la imaginó disparándole a bocajarro con brazo firme y con los ojos exentos de temor a Dios y a las leyes de los hombres.

—¿Va a velar por mí?

—Sí. Deformación profesional. Antes de prestar mis servicios como investigador privado trabajé nueve años de escolta antiterrorista en el País Vasco y Navarra.

—Yo no necesitaré protección.

—Seguramente. Seré claro: tomando esta precaución me quedaré más tranquilo. No me cuesta nada. Todavía no estoy trabajando en otro caso. Paso las tardes paseando por el centro o practicando lanzamiento de jabalina. Me sobra tiempo para hacer de chófer para ti.

—Acepto encantada su ofrecimiento. Y me comprometo a limpiar su oficina un mes más.

Anika sonrió. Marc Lancaster no discernió si su hermosa sonrisa significaba el comienzo de una alegría sana o el de un placer maligno, surgido cuando confió en que le quitaría la vida a Mario Delivasic en tres días. El misterio continuaba. Y no afectaba únicamente al caso: que fuera una rencorosa preparando una cruenta venganza o una hija a punto de otorgarle el perdón a su padre iba a influir decisivamente en la visión del detective sobre la bondad del ser humano. «Esta cría puede destruir la poca inocencia que me queda», pensó él. Exhaló un suspiro hecho de desasosiego. Se sentía muy vulnerable.

En el domicilio de la familia Doric, Ivana atenuaba su inquietud haciendo partícipes de su gran quebradero de cabeza —el irrenunciable propósito de Anika de ver a su padre— a su hermana mayor, Irina, y a su amiga inseparable, Ana. Eran sus confidentes cuando ella andaba muy desanimada y también las personas en que más confiaba. Generalmente, Ivana escuchaba sus consejos receptiva, serena y sin intransigencia en las reuniones semanales en las que se juntaban para charlar y pasar un rato ameno. Sin embargo, la reunión de esa tarde no era como ninguna las anteriores: ni constituía una distracción ni había tenido un espacio en las agendas o en la memoria de las tres mujeres. Se había celebrado de forma imprevista en el piso de las Doric en aras de reducir la alarma y de aquietar los nervios de Ivana. Esta, para no dar la espalda a la realidad, pensaba y temía que el auge en la frecuencia de las quejas de su hija, así como el nuevo tono de estas, de hartazgo, auguraban que se iría de casa. Ivana no ignoraba que la estaba defraudando y que no se avendría a sufrir más desilusiones. La adolescente le había reprochado, le reprochaba y le

seguiría reprochando no dar lo mejor de sí misma para que Mario se desnudara de su miedo y dejara de actuar con tozudez. A partir de ese momento, o su madre le daba la dirección del croata o Anika la consideraría corresponsable de las faltas, de los fallos y de los pecados de él. Acontecería de esta manera. Ivana Doric tenía esta certeza. Con todo, ansiaba escuchar de Ana e Irina exactamente lo contrario.

—No se resigna. Quiere conocer a Mario —apuntó Ivana con voz de congoja.

—No me sorprende nada. Siempre ha tenido este deseo, comprensible y perjudicial —le recordó Irina hablando entre pausas cortas y reflexiones rápidas. Aparentaba estar mucho más entera que su hermana menor.

—Esta vez es distinto. O me las ingenio para que Mario ceda o ya me puedo ir despidiendo de recibir su afecto.

—Exageras —repuso Irina para tranquilizarla.

—Ha sido muy clara y tajante. Me ha impuesto que concierte un encuentro. Y me ha amenazado con irse a vivir sola si él no accede. Esta vez no se trata de una pataleta de niña enfadada.

—¡Pues que se vaya! ¡Quiere estar con Mario! ¡No debes consentirlo! ¡Menuda aberración! —estimó Irina, que estaba exaltada—. Mantente inflexible.

—¿Y tú qué dices, Ana?

—Pienso igual que Irina, sin que sirva de precedente.

—Es su padre —enfatizó Ivana.

—No, no lo es —aseveró Ana—. Ser padre es algo que se gana día a día con el sacrificio y las cosas buenas que un hombre hace por su hijo.

—¡Por supuesto que no es su padre! —comulgó Irina.

—Lo sucedido en Bizovac, lamentablemente, no puede cambiarse. Yo estoy hablando del futuro y vosotras del pasado. Quiero hacer lo que sea mejor para Anika. Me mata verla encadenada a la tristeza día tras día —replicó Ivana.

—Lo mejor para ella es no tener ningún contacto con este desalmado. Él no tiene escrúpulos: ejercería una mala influencia sobre una chica de su edad —explicó Ana con voz fuerte y desdén, como los fanáticos cuando

pronuncian una diatriba—. Tú tienes propensión a perdonar a todo el mundo. Eso ha hecho que te hayas puesto una venda en los ojos.

—Para nada lo tengo por un hombre sin escrúpulos. ¡Sé muy bien cómo pasó! Algunos hicieron barbaridades en contra de su voluntad en el curso de aquella guerra, así que no son responsables del todo de estas. No lo entiendes porque no la viviste —sostuvo Ivana emocionándose.

Ana se quedó en silencio, muy seria y pensativa. Se cuestionó si era legítimo achacar culpas a personas que no conocía por haber participado en crímenes y abusos en un contexto que tampoco conocía. En cambio, la expresión de Irina anunciaba que se le acrecentaban por momentos la cólera y la repugnancia. Ella jamás cambiaría de parecer sobre Mario Delivasic; el resentimiento lo eternizaba.

—Mirsap, Zoran, Aleksandar… los apreciabas a todos, eran buenos amigos tuyos, Irina. También se unieron a la milicia serbocroata bajo amenazas. Hicieron atrocidades. ¿Su voluntad era hacerlas o les obligaron a perder su dignidad? —preguntó Ivana.

—No lo sé, no lo sé.

—¡Cómo! Sí lo sabes. Estabas allí.

—Estaba. Pero ya no lo recuerdo.

—¡Venga ya! ¿No recuerdas la paliza que le propinaron al abuelo delante de nosotras? ¿No recuerdas a aquellos tres soldados simulando fusilar a mamá para hacerla confesar dónde se escondía papá?

—¡No! ¡No lo recuerdo! ¡Me propuse olvidarlo! He enterrado esos recuerdos, hermana —se sinceró con acento y con expresión de estar traumatizada.

—Cada vez que vieras a Mario por casa, tus malos recuerdos resurgirían. Te da miedo revivir aquello, ¿verdad? No me cansaré de repetírtelo: pretendo tomar la mejor decisión para Anika, no la mejor para ti.

—Te ofuscas, Ivana. Asistiríamos a una relación antinatural —defendió Ana, todavía con voz de fanática—. Imagínate que cobrara cariño hacia él, ¡lo profesaría a tu violador! Lo encuentro inconcebible, lo siento. Quizá se deba a lo que me haces notar: no viví esa guerra, de manera que no puedo entender ni enjuiciar lo que acaeció entonces ni lo que harás ahora.

—No me cabe duda de que, solo con que hubieses estado un tiempo corto en Croacia durante la guerra civil, te mostrarías más comprensiva e indulgente. Otros no, tú sí —consideró la madre de Anika.

—Se me está haciendo tarde. He de ir a recoger a David al colegio. —Le dedicó a Ivana Doric un gesto tierno, de estima y piedad—. Te llamo esta noche y continuamos hablando, ¿vale?

—Sí, ten la bondad de llamarme.

Ivana se despidió de su amiga en la puerta de entrada, retornó al salón y se dejó caer en un sofá, junto a Irina. Las dos estuvieron calladas un buen rato. Casi a su término, Ivana remiró el semblante de su hermana, que tenía la mirada perdida; aun así, sus ojos permitían deducir sus críticos pensamientos y su completo desacuerdo. Este, aunque era esperable a tenor de los antecedentes —otras conversaciones de la misma índole—, irritó a Ivana. Ella necesitaba su respaldo.

—Tú sí viviste la guerra. Tú sí puedes opinar con conocimiento de causa —significó Ivana Doric.

Irina se arrebató. Se colocó de cara a su hermana, le lanzó una cortante mirada de posesa y bramó:

—A veces preferiría que te hubieran violado varios soldados, como me pasó a mí. Así no habrías sabido quién era el padre.

Ivana, indignada y herida, la abofeteó. Después de unos segundos se apaciguó. En contraste, Irina se sentía sucia y azorada. La avergonzaba y la apesaraba que una afirmación tan execrable hubiese salido de sus labios.

—Anika no es como tú —aseguró Ivana sin ánimo de ofenderla y sabiendo que le decía la verdad.

Justo entonces, de repente, Anika abrió la puerta del piso. Sin detenerse, atravesó el salón donde había tenido lugar la quejumbrosa conversación. Tanto en su escueto saludo como en su gesto se detectaba un marcado enfado, un sentimiento previsible en ella en tales circunstancias, toda vez que la contrariaban aquellas reuniones destinadas a hallar un antídoto para su curiosidad y su deseo, legítimo e irreprimible, de estar con su padre. A Ana, con quien se había topado en la escalera, la acusaba de entrometerse en su vida; a su tía, de empeñarse en indisponer a Ivana contra Mario; y a

su madre, de apetecerle siempre oír frases de consuelo en las que se disculpaba su fracaso en vez de enfrentarse resueltamente con la dificultad, la resistencia de él, y concertarles una cita de una vez por todas. Se metió en su habitación y dio un fuerte portazo para confirmarle a su tía que no era bienvenida, que su enfado debía tomarlo como una invitación a irse. Se quedó a la espera de que se marchara, momento en el cual saldría al salón para reiterarle con brusquedad a Ivana que exigía entrar en la vida de su progenitor.

El desplante de la adolescente surtió efecto. En cosa de medio minuto, Irina balbució un «adiós» en el recibidor, finalizando una despedida en la que intentó reconciliarse con su hermana. Los errantes murmullos de la despedida y el leve sonido de la puerta de entrada al cerrarse animaron a Anika. Al instante, ella salió a discutir con su madre y a imponer su designio mediante dos novedades: la acritud y una carta ganadora, los descubrimientos del detective Marc Lancaster.

—Has estado inexcusablemente borde —la reprendió Ivana cuando ambas pasaron al salón—. No había necesidad de comportarse de forma tan insolente. La has hecho sentirse violenta.

—Le está bien empleado por utilizar mi vida para vuestros cotilleos. Compraos el Hola u otra revista del corazón.

—¡No digas eso!

—Las tres estabais hablando de mí... para variar. No lo niegues.

—Claro que hablábamos de ti. Te queremos y nos preocupamos.

—Me quieres tanto que te cierras en banda a darme la dirección de mi padre.

Ivana se apartó de ella y, con gesto de estar sobrellevando mal un padecimiento indeseado, recogió las tazas de té de la mesita entre los tres viejos y elegantes sillones. Delante de Anika, una mujer callada, con mucha pena.

—No depende de mí. Lo sabes —se excusó, aún colmada de pena.

La clienta de Lancaster se acercó a su madre muy decidida, con cara de chica jubilosa y siniestra. Ivana no se explicó la razón de semejante euforia contenida. En anteriores confrontaciones las evasivas desarmaban,

hastiaban o enfurecían a su hija; jamás habían exacerbado sus deseos o redoblado su porfía.

—¿Qué te pasa, Ani? ¿Estás molesta por algo?

Anika repartió frenéticamente las hojas del informe de Marc Lancaster sobre la mesa en la que cenaban, agarró con fuerza la hoja con las direcciones del restaurante y del domicilio de Mario, y la situó ante los ojos de su madre. A renglón seguido también puso encima de la mesa las fotografías de este, de Adriana y de Veronika. Ivana empalideció. Su nerviosismo se disparó, era un corcel desbocado.

—O viene a verme o iré a verlo yo. Te juro que llamaré a la puerta de su chalet, mal que te pese. Tienes tres días, ni uno más.

La mujer se quedó sin voz. Se angustió al pensar que la buena conexión que había entre ella y Anika se estuviera perdiendo para siempre. No se atemperó su agitación cuando su niña se marchó a la calle, si bien esto sí le supuso un respiro. En cuanto Ivana logró dominar un poco sus emociones, telefoneó a Mario. Le dijo que subía a Andorra en ese mismo momento y adujo que la prisa por hablar con él cara a cara venía motivado por una urgencia extraordinaria. Él dudó al elegir sus palabras, pero consintió en que se vieran en su establecimiento esa misma noche, pues presagiaba que Anika había sufrido un accidente o que se cernía un mal grave sobre ella.

A altas horas de la noche, en el restaurante andorrano, ya cerrado al público, la declaración de Ivana vivificó al croata en igual grado que lo conturbó. Una parte de él se entusiasmó cuando escuchó que estaría con su hija; otra sintió terror y vergüenza. Al desatarse esta batalla dentro de sí, casi gritó:

—¿Cómo diantre ha sabido dónde vivo? ¿Tu hermana se ha ido de la lengua?

—Irina no ha tenido nada que ver. Le repele la idea de que tengas trato con ella. Te aborrece.

—Entonces, ¿te has rendido y se lo has contado tú? — preguntó para saber la verdad sin ánimo de afearle su posible momento de debilidad.

—Lo ha averiguado por sí misma. Contrató a un detective. Por lo visto, me siguió desde Barcelona. Luego te vigiló y recabó información sobre ti.

En su informe está escrita tu dirección. Además, Anika tiene muchas fotos tuyas y de tu familia.

—¿Qué te ha dicho ella?

—Que, de negarte a que quedéis, te hará una visita en tu casa. No va de farol. Así están las cosas.

El exmiliciano se cubrió la cara superponiendo las manos; después se la frotó mientras intentaba aclarar sus ideas y que menguara su aturdimiento.

—Iba a suceder tarde o temprano. Yo lo sabía y tú, también. En el fondo lo sabías, Mario. —Ivana se sentó a la izquierda de él y le acarició el hombro. Su actitud rezumaba compasión. Le deseaba lo mejor, que encontrara la paz—. Pórtate como un amigo. Sé comprensivo, escúchala, dale ánimos en los malos momentos. Nadie te está pidiendo que hagas de padre.

—¿Hablas en su nombre?

—No. Anika sí que quiere un padre. Tratará de darte lástima para que te portes como tal. Deberá conformarse con menos, con mucho menos. Tú me ayudarás a hacerle ver que vuestra relación ha de estar a otro nivel. Le conviene recibir el afecto de un amigo, no el amor de un padre. No tiene ninguno; lo tiene que asumir.

—Sí, bueno… Primero debería concienciarme yo.

—¿Concienciarte de qué?

—De que no es mi hija.

—¡No es tu hija! ¡No lo es!

—Jamás te había confesado esto: la amo igual que a Veronika. Durante tu embarazo te entregaba dinero por mis remordimientos, pero nada más verla, sentí que era mi hija y mi corazón se enardeció. El amor paterno se unió a los remordimientos. Siempre la he amado, continuamente.

La sorpresa y la confusión de Ivana Doric provocaron una larga interrupción en el diálogo. Intentó encajar que Mario ya no asistía a Anika por lástima: la quería. Al cabo, todavía presa de la estupefacción, la mujer susurró:

—Virgen santísima.

—En la época en que vivía en Croacia, venía a verla un fin de semana al

mes. Siempre que disponía de dinero compraba un billete de avión para un viernes por la tarde y me alojaba en Barcelona hasta el domingo. De tanto en tanto, pagar la hipoteca me obligaba a recortar otros gastos, así que viajaba en tren. Menuda paliza me pegaba con tal de estar cerca de ella dos o tres horas. Y, desde mi traslado a Andorra, he estado desplazándome a Barcelona dos días cada semana —narró ante Ivana Doric y su pasmo.

—¡Qué…!

—Le sacaba fotografías desde lejos. Las miraba horas y horas. Era mi secreto —pronunció con el peculiar apasionamiento de los idólatras.

Mario se transportó por unos segundos al pasado, a los tiempos en que Anika era una niña de aspecto melancólico y él, deseando cubrirla de besos, la seguía por Barcelona para sentirse vivo y algo feliz.

— ¿Nunca tuviste la sensación de que alguien os observaba?

—No — contestó enfáticamente y sacudiendo la cabeza.

—Me instalé en Andorra para vivir a unas pocas horas en coche de Barcelona. En modo alguno me atraía la idea de abrir un restaurante en el extranjero, de hacerme empresario. Te mentí. Me gustaba mi empleo de profesor de literatura y vivir en Zagreb. Adri me apoyó. Comprendía mi tragedia y que necesitara el bálsamo de contemplar furtivamente a Anika para aligerar mi abatimiento. Gracias a su comprensión, a las facilidades que me dio, iniciamos una nueva vida.

Ivana comenzó a cavilar y a sopesar sus futuras decisiones. Quería hallar la manera de ser justa y bienhechora con Mario y, sobre todo, con Anika. En vano. Los caminos hacia la justicia y el buen obrar que se abrían frente a ella eran muy borrosos: el futuro de su hija estaría plagado de incógnitas tomara la decisión que tomara.

—Sinceramente, en lo relativo a lo que deberías hacer, no presiento qué será más conveniente para Anika —reconoció Ivana—. A lo mejor, la hará feliz que paséis tiempo juntos con asiduidad o, tal vez, esto la hará más desgraciada. Sin embargo, sí tengo una certeza: cuanto sucederá vendrá impuesto por el destino. De nada serviría procurar evitarlo. Aunque te mudaras de casa y te fueras a vivir al fin del mundo, un día ella aparecería en tu vida.

Ivana y Mario se miraron. El croata dejó de deleitarse en las gratas remembranzas de su emocionante costumbre, contemplar a escondidas a su hija mayor, un placer para su alma durante años. Ahora estaba pensando lo mismo que Ivana: Anika vendría a él y le reclamaría que le contara las razones de la aparente inexistencia de estima; solo así saciaría su gran curiosidad de niña abandonada.

—Me ha dado esta carta para ti. Te especifica dónde y cuándo os encontraréis. Sospecho su elección, Tossa de Mar, su lugar favorito. En ese pueblecito veraneábamos en su infancia. No te descubro nada nuevo, claro, dado que nos acechabas.

—Me desplacé muchas veces a Tossa de Mar. Disfrutaba mucho contemplándola allí. Ella estaba jugando o nadando todo el rato. Solíais coger sitio en la playa de la Mar Menuda, cerca del hotel Rey Mar.

—¡Qué locura, Mario! —le regañó de manera entrecortada, con tono de incredulidad. Su conmoción no decrecía.

El exprofesor de literatura abrió las manos a modo de disculpa y de exhortación a la comprensión; entonces su miedo y su ternura se hicieron más patentes. Seguidamente volcó su atención en el texto en cuyas sentidas frases, al entender de Ivana Doric, latía una gran necesidad de amor paternal. Se abismó en su lectura.

Hola, Mario:

Te escribo esta carta porque deseo quedar contigo y hablarte unos minutos. Te estaré esperando el próximo martes en Tossa de Mar, en el tramo de la playa a la altura de la estatua de Minerva. O acudes o iré a tu casa en Andorra. Mi petición no es negociable. Sí, tómatela como una exigencia. Para tu tranquilidad, te hago saber que en el futuro nunca insistiré en que nos veamos otra vez, ya te habrás librado de mi terquedad y de mi obstinación.

En mi mente hay preguntas muy importantes para mí. Únicamente tú las puedes contestar, aunque a menudo las he contestado yo en tu lugar y he escuchado respuestas muy agradables. Es una mala costumbre, un hábito de niña apenada y fantasiosa que terminará el martes.

No temas escuchar recriminaciones ni defraudarme en nuestro encuentro. Estoy triste y me aflige haber crecido sin un padre, pero en absoluto te reprocharé tu falta de afecto a lo largo de estos años de soledad. Tengo una gran curiosidad, rayana en la excitación. No confío en percibir esta emoción en ti. Me alegra imaginar una relación cálida entre nosotros. Ya asumí, hace varios años, que esto es una utopía. Incluso sabría soportar tu indiferencia. Me has evitado tantos años que, obviamente, no sientes nada por mí. Por escaso que sea tu cariño, no me sorprenderá. Anhelo mucho, pero soy consciente de la realidad.

Atentamente,

Tu hija Anika

Mientras Mario leía la misiva, en algunos momentos sufrió al recordar sus faltas y, en otros, lo invadió la felicidad y exaltó la bondad de Anika. Además, se mantuvo excitado y emocionado. Al llegar al final del texto de bonita letra, deseó vivamente estar junto a ella. Y sucumbió al afán, antes controlado, de mostrarle y demostrarle su inmenso amor.

12
EL PRIMER ENCUENTRO

Marc Lancaster aparcó su vehículo junto al Palacio de la Música Catalana a las once de la mañana. Gracias al cielo impoluto, la luz solar incidía en toda la extensión de su fachada frontal y realzaba las coloridas columnas con capiteles, los bustos de Palestrina, Bach y Beethoven, su balcón, el grupo escultórico *La canción popular catalana* … El detective echó una ojeada a la estatua de la mujer del frontón, pensó que solamente este monumento de la parte antigua de la ciudad podía rivalizar en hermosura con la obra de Gaudí y se quedó mirando hacia la Vía Laietana, por dónde se figuraba que pronto llegaría Anika.

Él estaba harto del suspense. Su temor de que había sido embaucado por una adolescente de mirada bondadosa y corazón oscuro seguía consumiendo su orgullo profesional y agostando su amor propio. Para recuperar su ánimo normal, tenía que desechar tal temor. Esto requería esclarecer las auténticas intenciones de su cliente, cosa que solo conseguiría si presenciaba un enternecedor encuentro entre ella y su padre, dos seres destinados a estar juntos, pero que habían vivido separados por culpa de una guerra con un exceso de órdenes abyectas, de una violación con tres víctimas y del inevitable sentimiento de vergüenza de él.

Pasado un rato, la silueta de Anika se recortó contra un edificio regio de la Vía Laietana. Enseguida cruzó el concurrido paso de peatones en dirección a la calle Alta de San Pedro, caminó con su natural distinción hacia su detective y le dio la mano. Venía alegre, con una mirada anhelosa de persona soñadora y con algo de nerviosismo, en apariencia, dominado por su enorme ilusión. ¿Era todo aquello puro fingimiento?, se interrogó con preocupación el barcelonés. Verdaderamente, se sentía como un animal escarmentado que recela al hallarse en la proximidad de una trampa

camuflada y quiere desandar lo andado para no dar un paso fatal hacia su perdición.

En el coche de Lancaster, ellos trabaron conversaciones intrascendentes en torno a aficiones comunes, predilecciones gastronómicas y grupos musicales mientras bordeaban la costa del Maresme y el comienzo de la edénica Costa Brava, hasta que arribaron a Lloret de Mar; ahí el investigador privado se calló repentinamente. Después de dejar atrás el término municipal de esta localidad y pasar por una veintena de curvas cerradas, él se desvió de la carretera. Condujo hasta la mitad de un camino pedregoso de tierra que terminaba en una barrera metálica levadiza, pintada de blanco y rojo, y detuvo el BMW. La joven supuso que le daría algún consejo o le desearía un desenlace feliz. Suponía mal.

—Coge tu bolso y baja —ordenó Marc Lancaster con sorprendente voz autoritaria.

—¿Qué ocurre?

—¡Baja!

Anika se apeó achicando los ojos, con una expresión de extrañeza en su mirada y entrando en desconcierto. A tenor de su cara y de su actitud remisa, alguna cosa no marchaba bien, no alcanzaba a entenderla o le estaba decepcionando el temperamento del hombre a quien debería su felicidad. Este se echó a ella ostentando un amedrentador gesto de hostilidad y le ordenó secamente:

—Pon las manos sobre el coche.

—¡¿Qué?!

—Voy a registrarte. ¡Vamos, pon las manos sobre el capó!

La adolescente obedeció a disgusto: se giró hacia el vehículo al tiempo que hacía un intento fallido de poner los ojos en blanco para manifestar que aquello era excesivo, un disparate, y a continuación colocó una mano en el cristal de la ventanilla y la otra en el capó. Él la registró diestramente y deprisa. Finalizado el cacheo, miró dentro de su bolso y revolvió su contenido. El hecho de que no encontrara un arma lo amansó. Además, le permitió dejar de ser feamente precavido.

—Menos mal —musitó con un único golpe de voz.

Mientras los temores del investigador se disipaban, Anika se giraba ensanchando una sarcástica sonrisa. Nada más sus miradas se tocaron, ella lo reconvino:

—¡Cabrón desconfiado! ¿Creyó que había planeado matar a mi padre?

El exescolta suspiró como si se hubiera librado de un accidente por los pelos, pensó en el refrán «Más vale vergüenza en cara que dolor de corazón» y admitió:

—Se me pasó por la cabeza. No lo creía probable, pero sí posible.

—Interés de amigo por llevarme, ¿eh?

—Debía asegurarme de que no me hubieras engañado con una mentira bien meditada y tu voz de chica buena. Era lo más ético.

La croata miró burlonamente a Marc Lancaster, refugió sus sentimientos heridos tras un mohín de altivez y regresó al coche moviéndose con su innata elegancia. No articuló palabra alguna. Este incómodo mutismo —no oír un «lo entiendo», un «te disculpo» o un «me hago cargo»— a él le dolió más que recibir una bronca. A pesar de todo, se sentía mejor al reemprender el viaje, puesto que se había quitado un gran peso de encima. Ya no tenía la sensación de que la presencia de la muchacha dañaba su sosiego. Ella, a veces, lo miraba como expresando: «Qué patético y malpensado eres. No confías en las personas». El exnovio de Natasha le devolvía una de cada tres o cuatro miradas a través de la luz de la mañana y no las acompañaba siquiera de una tibia defensa o de un «perdóname». Él pronto se enmendó a su manera: cuando el vehículo estaba entrando en el núcleo urbano de Tossa de Mar por la calzada que enlaza la ladera de una montaña con el sector nuevo de la villa, le dirigió una mirada y le sonrió con aspecto amable y conciliador. Su enfadada clienta consideró esto una disculpa; para el barcelonés lo era, pero sobre todo se trataba de un pequeña acción para congraciarse de nuevo con ella.

En el otro extremo del idílico pueblo, el detective privado subió el BMW a la acera de la calle en cuyo lado derecho la estatua de la diosa Minerva exhibía su grandeza y majestuosidad frente a las aves migratorias que anidaban en los tejados. Levantó el freno de mano, torció su cabeza, miró a la joven y dijo con buena intención:

—Suerte. Mucha suerte. De veras.

Anika se apeó del vehículo, lo rodeó, se abocó a la ventanilla abierta del asiento del conductor y le dio un beso en cada mejilla a su ángel custodio. Él interpretó que le perdonaba no solo su ofensa reciente, sino también su tendencia a desconfiar de la gente, que conservara voluntariamente el recelo del niño desgraciado que fue. Acto seguido la adolescente croata se encaminó hacia el punto de encuentro de la Mar Menuda propuesto en la carta. Marc Lancaster la observaba con gran interés, y también muy involucrado emocionalmente desde la pétrea atalaya a los pies de la estatua de Minerva. Ahora que sus temores sobre su clienta habían perecido, ahora que ella no estaba rodeada de misterios, ahora que ningún muro de sospechas se alzaba entre los dos, el detective percibía su pureza en toda su intensidad. La vio acceder a la playa de arena gruesa, cuarzosa, poblada de brillos parecidos a los del azúcar, y avanzar en dirección a las olas. Caminaba rápido, al ritmo que imponían sus anhelos. Un trecho más allá se detuvo expectante a diez metros de un varón solo y aguardó el giro de su torso. Y en el preciso instante en que este movió la cabeza pegando la barbilla a un hombro, la chica reconoció la faz de sus fotografías amadas. De inmediato fue hasta él como los niños que nunca han visto el fuego se acercan a una hoguera —lentamente, fascinados, sin memoria— y se sentó a su lado en la arena. Los ojos de Anika emitían un mensaje de perdón a la par que evidenciaban su dulzura de carácter y su bondad. Se lo estaba poniendo muy fácil a ese hombre en penitencia continua que había renunciado a ser un padre para ella.

—Hola —saludó el hombre, inseguro y, pese a ello, lleno de dicha.

—Hola, Mario.

Ella también se sintió muy dichosa. Por fin, Dios la resarcía.

—¿Qué tal estás, Anika?

—Contenta y nerviosa.

—Yo me siento igual.

—No estaba segura de que vinieras.

—No me has dejado muchas opciones. Era sí o sí.

—¡¿Que no te he dejado otras opciones?! Yo podría decir lo mismo —

arguyó con desencanto, como si hablara la chiquilla que soñaba con verlo entrar a su habitación.

—Y con razón.

—¿Tan desagradable se te hacía verme?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque no soy un padre normal —argumentó Mario avergonzado, con la finalidad de disculpar su permanente ausencia.

—Pues vaya problema tenemos. Yo sí soy una hija normal, y quiero lo mismo que cualquier hija.

—Y tampoco me definiría como un hombre respetable. Jamás vas a sentirte orgullosa de mí. No puedo volver atrás y corregir mi gran error. Te juro que daría mi vida por no haber violado a Ivana —declaró con sufrimiento. De hecho, al pronunciar esta confesión su vergüenza se transformó en el gran pesar que padecía casi permanentemente.

—Mira hacia delante, Mario. Haría más fácil nuestra relación. Si nos lo proponemos, hallaremos el modo de empezar a comportarnos como un padre y una hija.

Mario Delivasic demoró unos segundos la réplica. La reflexión que estaba haciendo a fin de hablar con impecable claridad y total honestidad, volvió meditativa su mirada.

—Desde tu nacimiento, he pensado a diario en este momento, en lo que haría y diría. Te imaginaba frente a mí, tal como estás ahora. Siempre me moría de ganas de abrazarte y besarte.

—¿De verdad? —preguntó Anika acariciando la idea de ser , por primera vez, feliz.

—Sí. Allá en tu infancia, como desconocías lo de la violación, en mis pensamientos eras una niña muy triste sin resentimiento hacia mí. En aquel tiempo sí sabía qué decirte. Me veía capaz de consolarte y hacerte sonreír. Tan solo me negaba a frecuentarte y a cogerte cariño porque daba por seguro que, en el futuro, me odiarías mucho. Y también daba por seguro que cuando esto pasara, mi corazón, habituado a tenerte cerca, enfermaría por tu desamor. En tu adolescencia, aunque sabía que tu madre ya te lo

había contado, todavía ansiaba estar mucho tiempo en tu compañía, estrujarte y darte muchos besos, pero presumía tu inmensa aversión, de modo que al imaginarte al alcance de mis caricias ya no encontraba las palabras apropiadas. Probé una y otra vez a encontrar esas palabras ideales para no parecer un monstruo a tus ojos. Fue inútil. Hace cinco años, en un día radiante de verano, tu madre vino corriendo hasta mí en el mercado de Andorra y exclamó muy contenta: «Desea verte, no te guarda rencor». Lo recuerdo como si me lo hubiese dicho ayer. A partir de ese momento, ya no me apartó de ti la sospecha de que me odiabas, sino la vergüenza.

—Nunca te he odiado, padre.

—Yo siempre me he odiado a mí mismo. Y este odio no disminuirá, cariño.

—«Cariño». Me has llamado «cariño» —destacó la muchacha, emocionándose. Esta forma de llamarla la había movido a la ternura.

El padre arrepentido la miró, también emocionado. Claro que la había llamado «cariño». Sería capaz de llamarla «cariño» cien veces seguidas sin que su intenso amor se desprendiera de su voz.

—Yo me hago una idea aproximada de las circunstancias tan anormales que se dieron durante la violación —continuó Anika—. He visto documentales en la televisión, he leído mucho sobre la guerra de Yugoslavia y no he olvidado nada del horrible relato de mamá acerca de aquella tarde en que...

—De ninguna manera las circunstancias me eximen de culpa. Acudir a esta mala fortuna como excusa sería poco realista.

—Te lo ordenaron mientras te apuntaban con sus armas. Se apropiaron de tu voluntad a punta de pistola, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto.

—Y, de no haberla violado, te habrían matado.

—Preveía esta represalia, sí. Por supuesto, esto no sirve como excusa. ¿Acaso el terror a morir me hace inocente? ¡Ivana tenía catorce años! ¡Fue una canallada!

—No viste otra alternativa, padre. Un adulto la hubiera visto; un joven aterrado, no. Además, tú no elegiste esa situación límite. Te la impusieron.

—No, no elegí estar en esa terrorífica situación. Me reclutaron a base de amenazas. Y te aseguro que las milicias serbocroatas no admitían un «no» por respuesta. Sin embargo, te equivocas en una cosa.

—¿En qué?

—Yo sí vi otras alternativas: podría haberme suicidado, podría haber disparado a los oficiales y defender a esas seis mujeres, podría haber reaccionado con nobleza. Y, en vez de sublevarme, violé a tu madre.

Mario Delivasic rompió a llorar y escondió su rostro detrás de sus manos. Su patético arrepentimiento era real y su incesante padecimiento un castigo justo, a tenor de la gravedad de su crimen.

—No eras más que un adolescente, un chico de diecisiete años recién cumplidos.

El exprofesor de literatura descubrió su rostro, se enjugó las lágrimas, miró a su hija y balbució:

—Sí, es verdad.

—Y pasaste mucho miedo, ¿a que sí?

—¡Estaba muerto de miedo! Había visto a mis oficiales asesinar sin pestañear a multitud de civiles. Actuaban como asesinos muy crueles, y después jamás tenían mala conciencia. A menudo me preguntaba si eran humanos. Antes de la guerra habría jurado que no existían personas tan despiadadas entre nosotros. También me preguntaba de dónde habían salido y si desaparecerían en cuanto se firmara el armisticio, en cuanto se apagara la violencia. Deseaba tanto que se marcharan de mi vida y de mi tierra… Se lo rogaba a Dios cada noche, en voz alta los días en que me sentía fuerte y con susurros cuando estaba agotado tras una jornada de largos enfrentamientos.

—¿También es verdad que ya os conocíais?

—Sí, vivíamos en aldeas separadas a cuatro kilómetros de distancia, por lo que estudiamos en el mismo instituto varios años. No hablé con ella muchas veces. Me hacía tilín otra chica. Además, tenía tres años menos que yo, lo cual también influyó en que apenas nos relacionáramos. En esas breves conversaciones me dio la impresión de que era una chica muy simpática. Me caía bien. Su mirada era clavada a la tuya, si no me falla la

memoria. Al charlar con ella, uno se percataba de que esta reflejaba mucha bondad. Tú has heredado la misma virtud.

—¿Te casaste con esa chica que te gustaba?

—No, solo representó un romance juvenil. Nuestro amor acabó en el instituto.

—Sé por Lancaster, el detective, que tienes esposa y una hija.

—Sí, gracias a Dios. Lo considero casi un milagro. La violación me marcó de por vida. Arruinó la felicidad de Ivana y también la mía. Desde aquella infausta tarde en Bizovac, pensé que jamás podría disfrutar de una vida normal. En honor a la verdad, no aspiraba a tanto. Esta suposición y mi vida desdichada duraron una década, una eternidad. Luego entablé amistad con Adri y nos enamoramos.

—¿Las quieres mucho?

—Sí, muchísimo. En mi juventud, yo me refugiaba en mi apartamento, me escondía del mundo, vivía en una prisión con barrotes hechos de remordimientos. Adriana me enseñó a amar en la prisión, igual que Vladimir Mayakovski escribió en uno de sus poemas.

—Desde tu boda, ¿sí has sido feliz?

—No completamente. Era imposible. Tú estabas lejos de mí.

—¿Cómo es que nunca me visitabas?

—Ya te lo he dicho. Primero por creer que me odiarías; después por vergüenza.

—Yo necesito un padre.

—Y yo te necesito a ti. Te he necesitado siempre —le confesó con la voz temblando. Su maltrecho corazón se excitó más todavía.

—Pasemos ratos juntos con frecuencia. Te lo ruego —pidió Anika mediante su propuesta, su tono de voz y sus ojos suplicantes con una pincelada de ilusión nueva o, quizá, de entusiasmo contenido.

—Pareces una chica estupenda. Te mereces un padre mejor, uno de verdad, que os ame a Ivana y a ti.

—No hay voluntarios a la vista. Mamá es un desastre cuando se trata de mantener una relación de pareja. No tengo a nadie más que a ti. Padre… te perdono, te perdono, te perdono. Déjame estar contigo a menudo y

abrazarte. Es cuanto te pido —le presionó con dulzura de niña.

Mario Delivasic volvió a pensar en un fragmento de los versos de Mayakovski: «¿Qué hacer con el infierno que llevamos dentro?». Resopló, atrajo a Anika hacia su pecho y prorrumpió en lloros. Después se besaron espoleados por el amor sólido de él y el reciente afecto de ella.

—Deja de llorar, por favor, o lloraré yo también —avisó Anika—. Háblame de mi media hermana.

Al emocionado padre le costó reponerse. Así que lo logró, entonó alabanzas:

—Es una chica encantadora: mimosa, generosa, juguetona… Un cielo.

—¿Me das permiso para visitarla?

—Sí. Con una condición.

—¿Cuál?

—Veronika vive en un mundo irreal en el cual todo es perfecto y maravilloso. Ignora mi detestable pasado. Y lo ha de seguir ignorando, por su bien. ¿Lo entiendes, Anika?

—Sí, lo entiendo perfectamente.

—Con tacto, le contaré mentiras piadosas. Le explicaré que tuve un romance antes de salir con su madre y que acabo de tener conocimiento de tu existencia.

—¿Adriana sí está al corriente?

—Sí. Fue muy deprimente contárselo, por decirlo suavemente. Pero, de no haberlo hecho, no habría podido emigrar a Andorra y verte a lo largo de estos años.

—¿Por qué dices eso? Nunca has venido a verme.

—Desde que resido en Andorra, he bajado y bajo a Barcelona a verte, por lo menos, ocho veces al mes. Te miro desde lejos cuando Ivana está contigo y desde pocos metros en los momentos en que te encuentras sola, y siempre suspiro por tenerte entre mis brazos.

—Las mentiras piadosas guárdalas para Veronika. Créeme, a mí no me gustan.

—Sales del colegio en la avenida Príncipe de Asturias, compras en el supermercado de la calle Verdi, caminas pensativa hacia el portal de tu

casa, correteas por esta misma playa… Cada vez que te contemplo, mi sufrimiento se modera y yo revivo. Bajo mi mirada, te siento protegida. Solo en esos momentos el mundo es bueno para mí.

Pasó a Anika unas treinta fotografías correspondientes a su revelación y a aquellos días en que estuvieron próximos. La clienta de Lancaster las observó y constató que, en efecto, esta historia de amor paterno se ceñía a la verdad. Ella lloró de felicidad. Entonces de nuevo se abrazaron sentidamente. Un gran gozo embargó a ambos y los ojos de la adolescente se iluminaron por saber que su padre la quería.

Desde el monumento a Minerva, Marc Lancaster disfrutaba siendo testigo de ese abrazo que probaba la bondad de Anika Doric. Súbitamente, acudió a su mente un pensamiento agradable: la vida humana depara más felicidad que dolor. Este pensamiento le infundió paz, pese a que presentía que sería efímero, que pronto lo consideraría erróneo.

13
AMAR CUANDO EL ODIO ESTÁ A TU ALREDEDOR

Marc Lancaster salió de la cama cuando el sueño y la pereza murieron sobre las cándidas sábanas, caminó hasta la cocina, tomó una tableta de chocolate del congelador. Encendió el equipo de música, subió el volumen en cuanto empezó a sonar una canción de Van Morrison, «Joe Harper Saturday Morning», y se comió media tableta arrellanado en una hamaca de su balcón con vistas a la plaza del Pino. Tenía intención de tomarse el día libre, y por la noche se embarcaría en un avión con destino a Los Ángeles para asistir al juicio de los crímenes de Etiopía. En realidad, era su segundo día de descanso. «Tengo que relajarme», se había autoimpuesto dos días antes. Sin embargo, no pudo remediar mirar muchas veces su teléfono móvil durante esos dos días libres por su necesidad de saber si Anika Doric había llamado. No tenía noticias suyas, salvo un mensaje de reconocimiento en el cual le manifestaba que estaba encantada con su trabajo realizado. Este mensaje a guisa de felicitación no reducía la intriga de Lancaster ni hacía que dejara de pensar en ella, en sus explicaciones sobre por qué cometer una mala acción no equivale a ser malvado y en su edificante perdón a su padre. Debido a estas ganas de conocer el desenlace del drama de la adolescente croata, echó el enésimo vistazo a la pantalla de su teléfono. Ningún mensaje. «Las chicas felices no escriben a detectives. Es mejor que no me haya mandado más mensajes, significa que Delivasic está siendo considerado con ella», se dijo. Se acodó en el balcón y explayó su mirada en la calle del Pino.

Esa media mañana, el centro de Barcelona era el lugar soleado y cosmopolita habitual: alegres turistas con el rostro enrojecido surcaban sus calles recorriendo rutas entre tesoros arquitectónicos, estudiantes universitarios llenaban las terrazas de los bares más económicos y

lugareños con tiempo libre deambulaban por el eje comercial.

El estudiante de Antropología escuchó un par de canciones del álbum «Nebraska» con las manos bajo la nuca, abandonó el balcón, se vistió con un pantalón tejano y una camiseta, se cubrió las cicatrices de la frente con protector solar. Pasó por las escaleras con aire despreocupado y se introdujo en la concurrida calle. En sus bolsillos había lo indispensable para pasar una buena mañana: la cartera con dinero y el teléfono móvil.

Luego hizo lo usual en sus pocos días de asueto en Barcelona entre semana cuando se presentaba un clima benigno y no faltaba mucho para que un mediodía luminoso envolviera la ciudad: compró un zumo de coco y fresa en el mercado de la Boquería entre turistas pululando alrededor de las paraditas de alimentos preparados para llevar, se comió una porción de *pizza* napolitana en una *trattoria* a cincuenta pasos de un bonito inmueble apenas visitado por la avalancha de viajeros, el edifico central de Correos, y paseó por la playa de la Barceloneta contemplando el mar en bonanza hasta estirarse en la playa donde se le antojó. Para poner la guinda a su mañana de sibarita ocasional, se obsequió con una paella en el antiquísimo restaurante Les Set Portes, en la antesala de la Barceloneta. Durante esos momentos reservados al placer miró el teléfono móvil seis veces más y le dio vueltas a la queja airada de su exnovia húngara: amaba a otra mujer. ¿Estaba enamorándose de Madelaine?, meditó largamente. Tan pronto como concluyera el juicio del misionero, la llamaría y quedarían en Nueva York. Con esta cita tendría ocasión de comprobar la clarividencia femenina de Natasha, confió. En realidad, también le apetecía pasar unos fabulosos días de vacaciones con ella en Budapest. Lo frenaba la certitud de que la lastimaría. En la hipotética continuación de su noviazgo no cabría el enamoramiento en el detective, solo el goce y el estar muy a gusto. Experimentar todo aquello otra vez constituía un sobrado aliciente para que él tuviera el deseo de reanudarlo. La enfermera de ningún modo se conformaría con tan poco; por consiguiente, en esas condiciones, le disgustaría que volvieran a salir. Marc Lancaster sabía que le era imposible ofrecerle lo que ella ambicionaba, un compromiso y vivir con un hombre enamorado, así que no la torturaría para pasar un buen rato. Bueno, más

bien, muy buenos ratos. Todavía se acordaba de su sonrisa de pilla sin malicia al cambiarse los zapatos de tacón por unas zapatillas deportivas siempre que a ella le tocaba conducir. Entonces guardaba sus zapatos de vestir en el portaequipajes, agarraba el volante, lo miraba de forma sugerente y le sonreía como si hubiera hecho una travesura. ¡Qué guapa estaba entonces! ¡Qué agradable había sido vivir con ella! ¡Qué tiempos más felices los de aquellos meses! Y él qué rematadamente imbécil fue por no haber sabido amar a su mujer predilecta la par que su amiga más querida, juzgó.

—En fin, tal vez mi corazón dejará algún día de estropear mi felicidad —susurró sin mucha fe tras beber un poco de vino.

A decir verdad, él no esperaba que aconteciera tal cambio venturoso —tener una vida amorosa regida por la cordura—. Creía estar bajo el poder de un destino impredecible o de un Dios poco juicioso en lo atinente a las relaciones sentimentales, habida cuenta de que no le concedía escoger a quien amaba. Se preguntó amargamente: «¿Cuál es la razón de que no me haya enamorado de Natasha?». Por ser incapaz de encontrar una explicación coherente, se tuvo por un ignorante, como tantas otras veces en que se daba a cavilar acerca de este asunto.

Cuando Lancaster hubo terminado de almorzar en ese restaurante de postín, se encaminó al centro. Su mente ya no estaba ocupada pensando en Madelaine o en Natasha. Los pensamientos referentes al juicio de Paulo Guimaraes, que se iniciaría en Los Ángeles en diez días —se había adelantado a petición de la Fiscalía— e inquietaría los ánimos y perturbaría la concordia de punta a punta de Estados Unidos, monopolizaban su discurrir. ¿Por qué se sentía impulsado a asistir?, se planteó. Coligió la respuesta de manera certera: lo asaltaban las dudas sobre si el teniente de la Policía de Los Ángeles, acusado de complicidad, se había hecho acreedor del repudio de sus colegas del Departamento de Homicidios y sobre si Paulo Guimaraes debía recibir como castigo el escarnio público más la cadena perpetua o la pena capital. Él pudo suplicar auxilio a John Roberts; el religioso y el teniente no tuvieron un ricachón munificente a quien recurrir. Había jugado con mucha ventaja. Precisamente por eso, precisaba

convencerse de que jamás habría obrado de la misma forma que los dos detenidos de no haber contado con este as en la manga. Con estas dudas, que hacían que persistieran su ensimismamiento y su seriedad, subió las Ramblas, recorrió la calles Fernando y Librería, y atravesó los umbrales del edifico de su oficina, en la plaza del Ángel, para coger su pasaporte y su maletín. Al salir del ascensor se encontró la puerta de su despacho entreabierta. Se alarmó. La franqueó cautelosamente. Vio a Anika fregando, de modo que al instante se tranquilizó. El detective ajustó el batiente y se le aproximó. Al oír los pasos, la hija del violador se giró hacia él. En su cara eslava emergió su gratitud.

—¡Sorpresa! Lancaster, he comenzado a pagar el segundo plazo de su investigación. No me negará que el despacho está bien limpio y reluciente. Parece el de un anuncio de limpiacristales de la tele.

—Sí, lo está. No era preciso que empezases tan pronto, Anika. Disfruta de tu padre unas semanas. A partir del mes que viene ya cubrirás la deuda poco a poco.

—Se aloja en el hotel Cuatro Naciones. Hemos almorzado juntos, y cenaremos en un restaurante sirio de Gracia. Estoy disfrutando de él, no se preocupe.

—Cuéntame más. ¿Cómo va lo vuestro?

—Va muy bien. Estamos recuperando el tiempo perdido.

La muchacha se apoyó en la fregona con aspecto taciturno, como abandonándose a la tristeza y sumiéndose en sus recuerdos; la expresión de sus ojos revelaba que algo la frustraba. Poco después continuó hablando, pero más despacio. Su tristeza y su frustración entorpecían una narración rápida.

—Todavía se siente culpable. No imagino hasta cuándo se torturará pensando en el pasado.

—Dale tiempo.

—Se lo daré —manifestó, y asintió con la cabeza.

—¡Cómo no va a sentirse culpable! Es normal. Me cuesta ponerme en su lugar, menos en eso.

—Seré muy paciente.

—¿Y tu madre qué opina?

—No se opone a que me trate como hija. Creo que está algo confusa y que se alegra por nosotros, sin llegar a estar encantada con la situación. Solo lo creo; en absoluto estoy segura. Sus pensamientos no son un libro abierto para mí.

—Se encuentra en una posición muy compleja. No me extraña que esté confusa. Yo no sabría decir cuál sería mi reacción.

—Claro, claro. Bueno, como ve, diez minutos y *finito* .

—Gracias, chica hacendosa.

—Cambiando de tema, la semana pasada cumplí años y aún no me ha felicitado.

—¡Felicidades! Es un consuelo saber que cacheé a una chica de dieciséis años en lugar de una de quince. No me gustaría ir a la cárcel por abusos deshonestos a una menor.

La joven rio, metió un CD con canciones de Vladimir Vysotsky en su equipo de música portátil, le dio al *play* y prosiguió fregando la cerámica con emblemas florentinos. Y él se sentó en la silla de la mesa escritorio de su despacho, tomó el pasaporte y una pluma de color índigo de un cajón, y los metió en un bolsillo de su pantalón tejano. Sobre la marcha, miró a Anika, que estaba sacando brillo a los cristales de las ventanas a la luz del mediodía, rodeada de la voz rasgada de Vysotsky. Desde ese estremecedor instante supo que la amaba. Y con ardor, como jamás había amado: se había enamorado por primera vez. Su impresión arrasó su serenidad, y no la recobró ni siquiera cuando presintió que junto a la hija de Delivasic podría llegar a alcanzar la plena felicidad, algo sin precedentes en su vida. Enseguida se planteó si era adecuado declararle sus sentimientos a su amada. Lo echaban para atrás dos cosas: ella era muy joven y había sufrido mucho en su infancia y en su adolescencia. Preguntas derivadas de estos impedimentos de tanta consideración pasaron deprisa por la cabeza de Lancaster: ¿le convenía a Anika salir con un hombre que le sacaba más de diez años? y, si acababan saliendo, ¿sabría cuidarla y protegerla como necesitaba? No supo responderlas, pues deseaba tanto besarla que no lograba pensar con calma. Llevaba amándola varias semanas, desde la

contratación. Sin embargo, para bien o para mal, no se apercibió de su enamoramiento hasta ese mediodía. Su mente había sepultado este sentimiento de amor. Había sido una tramposa muy eficaz para obligarlo a vivir con arreglo a las convenciones sociales. Pero el corazón estaba venciendo a la moral social en ese momento y seguiría venciendo de ahora en adelante; esto le resultaba indudable. Con oportuna brevedad, el investigador privado se tapó la cara con las palmas de las manos, haciendo invisible su vergonzante amor. Justo después se propuso disimular cuanto pudiera con el objeto de seguir anhelando y amando secretamente. Bajó las manos, asió el maletín, improvisó una despedida corta y enfiló hacia la salida notando como el destino y sus deseos trataban de arrastrarlo hacia ella.

Anika fue tras el detective para expresarle de nuevo su agradecimiento, lo que desbarató su intento de huir y ocultarle sus sentimientos, ya que al ponerse su exclienta delante de él para cerrarle el paso, advirtió agitación en sus ojos verdes y entendió el motivo. A pesar de sus dieciséis años, para estas cosas, para saber quién la amaba, era una mujer. El barcelonés escuchó la reiteración de sus agradecimientos, dijo «De nada» procurando simular normalidad y se marchó andando deprisa.

Descendió las escaleras mientras se agudizaba su agitación, como si le costara asumir que había nacido para ser fascinado por la adolescente croata. Y ella sonrió parada junto al marco de la puerta del despacho, entre la luz verde botella que despedían las cristaleras. Le agradaba ser amada por Lancaster. A él le habría recordado a la asesina en potencia con un disfraz de dulzura y candor que creyó ver hasta que el paso de los días y las evidencias desmintieron su sospecha.

14
EL JUCIO DEL DIABLO DE ETIOPÍA

El juez Norman Lester subió a la tarima serio y malhumorado por el molesto vocerío de los periodistas, se sentó y ordenó a los alguaciles actuar sin contemplaciones: expulsarlos. Con presteza, estos subalternos, todos a una, hicieron retroceder a la nube de fotógrafos, a los cámaras de televisión y a los reporteros hacia el exterior del juzgado. Cuando los amplios batientes de nogal de la entrada se cerraron, dejando a la excitación fuera de la sala, el juez se sosegó y mostró a los presentes una actitud menos huraña. Él frisaba los cincuenta años, era de constitución fuerte y muy alto —medía un metro noventa y tres centímetros—, tenía rasgos duros —herencia de sus padres, de ascendencia escocesa y noruega— y, por lo común, ostentaba un gesto adusto. Su cutis pálido, sus azules ojos contemplativos, así como su templanza, también los había heredado de sus progenitores.

—Se abre el juicio —proclamó el juez con la solemnidad a propósito para un pleito criminal de tamaña resonancia—. El pueblo de Estados Unidos contra Paulo Guimaraes Barbosa. Los cargos son: triple homicidio en primer grado y tres secuestros. ¿Cómo se declara el acusado?

—Mi cliente cometió los actos que se le atribuyen, señoría. No obstante, al no estar cuerdo, según las leyes por las que nos regimos, no es culpable —contestó el abogado de oficio, Edward Stanton—. Solicito su internamiento inmediato en una institución psiquiátrica y que esté recluido en ella hasta que deje de ser una amenaza para la sociedad. Sus graves trastornos mentales lo eximen de responsabilidad en todos los delitos concernientes a este juicio.

—¿Por qué no responde el señor Guimaraes, letrado?

—Por lo mismo, por su estado mental, señoría.

—¿Le ha aconsejado permanecer callado?

—Sí, así es. La Quinta Enmienda de la Constitución lo ampara.

En Edward Stanton se apreciaba cierto aire de bisoñez a causa de su juventud, de sus perezosos movimientos y de su vestuario de clase baja, pero, en realidad, tras esta inofensiva apariencia—de fracasado, a ojos de muchos de sus colegas de profesión—, se ocultaba una persona diligente y muy astuta. En las defensas de sus clientes empleaba las malas artes con suficiente habilidad como para ser considerado un jurista fenomenal y deshonesto. El que fuera un simple abogado de oficio, un demérito transitorio, se debía a que se había sacado la licenciatura hacía apenas seis meses en una universidad sin renombre. Sea como fuere, su aspecto era el que era, ni por asomo estaba acorde con su categoría real, lo cual llamaba a engaño y alimentaba las expectativas de sus oponentes circunstanciales de ganar sin despeinarse.

En este juicio también ocurrió esto. Su traje barato, su reloj de adolescente, su porte desgarbado, su falsa actitud apática y su aún más falsa mirada distraída habían desatado el optimismo del fiscal y de sus ayudantes. El elenco de ambiciosos letrados auguraba una victoria fácil y rápida sobre este aspirante a cotizado mentiroso profesional.

—¿Está de acuerdo la Fiscalía en que el acusado sufre graves trastornos mentales?

—En absoluto. El sacerdote Paulo Guimaraes está mentalmente sano, es dueño de sus actos y comprende sus consecuencias. Es más, él no comparte la tesis de su magnánimo abogado —se apresuró a afirmar el insigne fiscal jefe, Raimon Osborne, quien vestía de manera austera, poseía unos emotivos ojos negros, una humanidad flaca y un repertorio de gestos amenazadores al servicio de sus frases y de su sentido de la justicia: severa, fundamentada en el deber de castigar de manera ejemplar los peores crímenes. Exclusivamente las muecas de enervación y sus emotivos ojos, los cuales cobraban dureza siempre que los encausados le inspiraban odio, discrepaban de su estoico rostro, y él solo mostraba tales muecas en las pocas ocasiones en que en los juicios el viento no soplaba a favor suyo o las dificultades a encarar se revelaban extraordinarias o muy crispantes:

casi nunca.

—Señoría, mi cliente no comparte mi opinión, justamente, por su pésimo estado mental, por sus psicopatologías —observó Edward Stanton y engendró una sonrisita con miras a dar la impresión de estar convencido de haber dicho una obviedad incuestionable.

—Juez Lester, Paulo Guimaraes ha aducido a nuestros psiquiatras haber participado en los asesinatos por razones ideológicas. No es un demente, es un hombre malvado —contrapuso Raimon Osborne—. La Fiscalía lo demostrará sobradamente.

—¿Los psiquiatras y psicólogos forenses de la Fiscalía han diagnosticado que está cuerdo?

—Sí, señoría. Lo han diagnosticado dos eminentes psiquiatras.

—El juicio continúa. Fiscal Osborne, tiene mi permiso para llamar a su primer testigo.

—La Fiscalía llama a declarar al acusado.

—Protesto, señoría —clamó Edward Stanton con voz imperiosa. En un segundo la cambió por una calmada que favorecía su propósito aleccionador y acentuaba su actitud de sensatez y de estar en posesión de la verdad—. Mi representado no se encuentra ni mucho menos en condiciones de prestar declaración. Su estado mental lo llevará a inculparse a sí mismo. Semejante desacierto, imponer a una persona trastornada que declare, confundirá a los miembros del jurado.

—Protesta denegada. La defensa tendrá vía libre para probar que es un enfermo mental en el desarrollo del juicio. Le concederé citar a cuantos expertos en psiquiatría y en psicología precise, letrado.

El juez Norman Lester movió sus contemplativos ojos hacia el misionero. Contrariamente al riguroso fiscal, partía de una posición de neutralidad. No se había formado un juicio previo sobre él, de manera que estaba abierto a aceptar cualquier tipo de realidad respecto a su condición moral.

—Ocupe el asiento a mi izquierda, señor Guimaraes —le instó el juez.

El misionero se sentó en la silla de madera sin brazos reservada para los testigos y los peritos. Enseguida, un funcionario solícito le tomó el consabido juramento protocolario. Curiosamente, al encausado se le veía

tranquilo y, como no podía ser de otro modo, tenía el aura de dignidad de quien se siente inocente.

Al retirarse el subalterno, el fiscal jefe caminó impetuosamente y a buen paso hacia el portugués. Parecía un interrogador de dictadura vocacional: encantado con su trabajo, malevolente, muy confiado en arrancarle la verdad.

—Buenos días, señor Guimaraes.

—Buenos días.

—¿Ejerció usted de sacerdote en la misión Nazaret de Etiopía desde 1971 hasta el momento de su detención?

—En efecto.

—En este tiempo, ¿trazó un plan para obtener dinero vendiendo niños de su misión?

—Sí, lo hice.

Detrás de la balaustrada que dividía la sala por la mitad, el público al completo rompió a hablar sonoramente debido al horrendo carácter de lo que acababa de reconocer el acusado. El juez Lester se enojó. Estaba dispuesto a tolerar los bisbiseos ocasionales aislados, pero no la gritería irrespetuosa de más de sesenta personas.

—¡Silencio en la sala!

Raimon Osborne no esperó ni un instante para reemprender su interrogatorio después del regaño del juez. La barahúnda que formaban las quejas de los variopintos asistentes, esto es, el síntoma de la indignación, ya fuerte, y de la rabia colectiva en ciernes jugaba a su favor. Además, aumentaba su deseo de alcanzar una victoria rápida y total. Se sintió un caballo ganador con la meta a tiro de piedra.

—A usted nunca le ofrecieron ser cómplice. La idea fue suya. Y después de tener tal idea infame, buscó colaboradores. ¿Hay algo erróneo en estas afirmaciones?

—La idea se me ocurrió a mí —admitió impertérrito el acusado.

Al otro extremo de la mirada del fiscal, una fortaleza transitoria. En breve, el jesuita perdería su aplomo.

—¿De cuántos niños estamos hablando?

—De tres: dos niños y una niña.

—Cite sus nombres.

—Abede Haile, Meles Biratu y Débora Benti.

Marc Lancaster saltó de su asiento y se quedó en pie mirando con angustia al que fuera su anfitrión en Nazaret. Un tercer niño, pensó espeluznándose. Pero, ¿cómo podía ser? Él había llevado a un lugar seguro a la donante compatible, a Tania. ¿O no?, se cuestionó.

El misionero vio al exescolta totalmente erguido en medio del público, por lo cual parecía un disidente solitario. La alarma, el pánico y la incomprensión se habían extendido por cada centímetro de su rostro pirenaico.

—Sí, detective, se equivocó de Julieta. Custodió a la que no estaba en peligro —le dio a conocer el anciano, que se apiadaba de él, a tenor de su voz cálida y algo trémula—. Débora era la niña del escenario vestida con una camiseta blanca.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Con quién está hablando el acusado? —interpeló el juez a los juristas.

—Es uno de los investigadores privados que suministraron al FBI la información gracias a la cual se detuvo al sacerdote, señoría. Tenemos su declaración jurada, y nos basta. De ahí que no figure en la lista de testigos —brindó una respuesta completa el fiscal en aras de reducir la confusión de Norman Lester.

—La venta se realizó de todos modos —agregó Paulo Guimaraes, ignorando al juez y al fiscal, como si el diálogo entre los dos funcionarios no fuera con él. Únicamente miraba al destructor de su tranquilidad—. Su avasalladora visita la aceleró. Modificó mis planes. Por esta razón, tenía que quedarse usted dos días. Yo necesitaba permanecer en libertad esos dos días más para hacerla efectiva. En el curso de su segunda noche en Nazaret, se llevaron a Débora a Adís Abeba. A las pocas horas de recibirle me temí que no lo ablandaría con mis exposiciones razonables y mis súplicas desesperadas.

Marc Lancaster se derrumbó física y moralmente en el banco. Haber leído la novela de Leconte había ocasionado que menguaran su prudencia y su

capacidad de recelar. En uno de sus capítulos el personaje del misionero sí había porfiado largamente, durante muchos días, para lograr la adhesión del inspector de la Policía de Los Ángeles a su nefando proyecto. A diferencia de lo narrado en el libro, cuando el barcelonés conversó con Paulo Guimaraes la vehemente persistencia y las justificaciones de este estuvieron dirigidas a evitar ser denunciado durante una noche y una mañana, tiempo en que maniobró a escondidas para agilizar la última venta. Después, con su fingimiento y su pacto con Lancaster, retuvo al detective en Nazaret un poco más, pero solo para garantizar la salida de Débora del país y para pagar por adelantado los pedidos para los siguientes tres años a sus proveedores de medicamentos, víveres, semillas y ganado, no con la esperanza de conseguir un aliado estable que comulgara con sus ideas y viera aceptable su dolorosa estrategia. El sacerdote estaba seguro de que el investigador hostil había hecho una lectura completa de *El Diablo de Etiopía* , por lo que se figuró que se creería su mentira mezclada con verdades: no vendería a otro niño, delataría al intermediario y se dejaría arrestar, si él se alojaba en Nazaret durante unos días. Asimismo, se figuró que la espera de unos pocos días a cambio de esta delación él lo consideraría un buen acuerdo, un intercambio muy ventajoso. Y, por otro lado, presumió que el comprador canadiense, cuyo nombre ignoraba, se avendría gustoso a poner los medios y el dinero tanto para transportar a Débora a Los Ángeles como para que se practicara la operación de trasplante de corazón a contrarreloj. Acertó en todo.

—¡Basta! —ordenó el juez—. Usted hablará exclusivamente cuando se le hagan preguntas. ¿Lo ha entendido, señor Guimaraes?

—Sí, señoría.

—Continué, fiscal Osborne.

—¿Sabía que a estos tres niños se les extraerían varios órganos y se traficaría con ellos?

—Sí, lo sabía.

—¿Le constaba que los órganos en cuestión eran vitales, que estos niños no sobrevivirían a sus operaciones? No volverían a sus hogares con un riñón menos, una cicatriz enorme y una bolsa de piruletas. —Miró

fijamente a los miembros del jurado. Con ello, les reclamaba prestar especial atención en este momento—. Les extirparon órganos vitales, como, por ejemplo, el hígado y el corazón.

Apenas hubo formulado esta tremebunda acusación, se sintió satisfecho de su oratoria e hincó su mirada de enemigo jurado en el detenido.

—¿También sabía lo de los asesinatos?

—Sí, lo sabía.

Al jurado le impresionó que el jesuita reconociera haber estado involucrado en los asesinatos de los niños etíopes y, por encima de todo, el carácter, deplorable y espeluznante, de los crímenes. El público se turbó y, a continuación, desobedeció la conminación anterior del juez: se dio a hablar, llenando la estancia de conversaciones con acentos de acaloramiento e indignación. Marc Lancaster se echó las manos a la cabeza e intentó atemperar su angustia y su aturdimiento. Debió haber escoltado a Débora Benti en vez de a Tania, se reprochó, achacándose parte de la responsabilidad de su muerte.

—¡Silencio en la sala! ¡No lo repetiré! —vociferó el juez—. Entiendo que les cueste contener sus emociones, dada la naturaleza del caso, pero o se comportan debidamente o mandaré desalojar la sala.

Aproximadamente la mitad del público hizo caso omiso de la advertencia. Al juez Norman Lester no le hizo ninguna gracia que tantos asistentes persistieran en su inobediencia. Cerró a medias sus zarcos ojos contrariados, irguió la espalda y con voz de llevar mucha razón, combatió el desorden con intransigencia.

—¡Alguaciles, desalojen la sala!

Los alguaciles siguieron con diligencia las órdenes del juez. Compelieron a marcharse a los asistentes reacios a hacerlo. Mientras tanto, se lanzaban insultos al religioso. Unos lo tildaron de asesino, otros de diablo y los más ocurrentes solicitaron aplicarle la pena de muerte a la vieja usanza: la horca. En dos minutos no quedaba nadie en los bancos, de modo que la espaciosa estancia quedó en silencio, lo que complació al magistrado.

—Prosiga, señor Osborne.

El fiscal anduvo con lentitud hasta quedar a la orilla del imputado, como

si llevara a cabo una estrategia de intimidación. Demoró su pregunta —adrede, claro—. Y cuando se dispuso a hablar, una mirada de desprecio que armonizaría bien con cualquier reprobación precedió a la pregunta.

—¿Por qué planeó los asesinatos?

Raimon Osborne, con ademán de desconfianza, dejó de mirar a Guimaraes. Acto seguido, con un propósito de incitación al castigo, su indignada mirada pasó con brevedad por cada una de las caras serias, asombradas o desalentadas de los miembros del jurado. Todavía frente a ellos, recriminó con tono de decir algo indudable:

—Por dinero. Simplemente, por dinero.

—¡No! Su acusación no responde a la verdad —exclamó el misionero.

—¿Qué no responde a la verdad? ¿Que vendió niños por dinero? —interrogó el fiscal según iba hacia el estrado y la calma lo abandonaba.

—Vendí a tres niños porque devino un imperativo asegurarme de que centenares o miles de etíopes sobreviviesen, no porque quisiera nadar en la opulencia. Y tomar esta decisión me hizo un daño enorme.

—¡Ah! ¿No fue fácil para usted? ¿Le costó mandar a esos tres niños a la muerte?

—Muchísimo —expresaron en perfecta sincronización su voz, su mueca de pesar y sus abatidos ojos.

—Lo hizo por avaricia —le reprochó desabridamente—. ¿Acaso le obligaron?

—Sí, me obligaron.

—No fue lo que declaró al FBI durante su interrogatorio —replicó muy rápido Osborne tras un aspaviento que extrañó a la defensa, a sus ayudantes y al juez. A decir verdad, la animosidad y un ímpetu de cólera comenzaban a deslucir su actuación.

—Esto se lo acaba de inventar. A los agentes del FBI les conté mis motivos.

—Sus motivos para nada me interesan.

—A mí, sí. Quiero oírlos —determinó el juez Lester.

El rígido fiscal miró sorprendido al magistrado. El abogado defensor lo miró de igual forma, con sorpresa, pero a la vez complacido, puesto que

había quedado patente su objetividad, así como su intención de entender la mentalidad del jesuita.

Guimaraes agradeció la favorable permisividad de Norman Lester hablando para él y mirándolo con actitud amable. No deseaba ser tratado con lenidad ni ninguna otra cosa aparte de promover la compresión sobre lo que hizo.

—Con el dinero de las ventas de los niños evité la muerte de miles de nativos.

—Protesto. Esta argumentación del encausado es irrelevante —objetó Osborne chasqueando los dedos, con la espalda muy erguida y mirada reflexiva—. Se le está juzgando por el secuestro y asesinato de tres niños, no por la gestión económica de su misión.

El indesmayable fiscal se proponía refutar el mensaje central del discurso del clérigo —era legítimo tomar decisiones radicales para salvar multitud de vidas— y truncar sus esperanzas de que los televidentes se solidarizaran con los africanos en riesgo de morir de hambre.

—Como le he manifestado, señor Osborne, pienso que procede escuchar los motivos que, según el acusado, le condujeron a idear y orquestar los crímenes. No reitere sus protestas.

—Señoría, su relato infundirá lástima al jurado.

—Lo cual no es razón para aceptar su protesta.

—Pretenderá despertar compasión y cohonestar sus crímenes.

—Lo sabremos cuando lo deje hablar. Cállese. Continúe, señor Guimaraes.

Raimon Osborne se sentó y se acodó en su silla con gesto de niño dolido por haber sido reprendido injustamente. Y el enfermo de malaria, en ademán introspectivo, se decía que tenía que retratar con todo lujo de detalles y sin represar sus emociones la fatídica situación a la que había estado sometido en Etiopía. Realizando una descripción así de fiel, pormenorizada y sentida, quizá los televidentes empezarían a asumir que él optó por desatar una tragedia funesta porque, mediante esta, ponía fin a otra peor.

—En 1984, muchísimos de los habitantes de la misión Nazaret y de las

aldeas aledañas perecían de inanición y de epidemias prevenibles con vacunas. Gasté el dinero que mi orden religiosa me entregó en alimentos básicos, en semillas, en ganado y en medicinas. Era como poner parches de papel a una presa rota: este dinero resultó harto insuficiente, y el mío ya lo había gastado años atrás en comida para los feligreses. Por esta razón, inicié una campaña. Escribí cartas conmovedoras a la jerarquía de los jesuitas, a banqueros, a grandes empresarios y al Vaticano. Solo recibí negativas y elogios. Todo el mundo miraba hacia otro lado. Se diría que incluso Dios miraba hacia otro lado. En la primavera de 1984, murieron doscientas ocho personas, entre mi misión y los poblados vecinos. La mayoría de los fallecidos eran niños. Entonces adquirí conciencia de que Dios no miraba hacia otro lado: me miraba a mí. Yo tenía que actuar. Contacté con un contrabandista norteamericano bastante activo en África y le ofrecí órganos para hacer trasplantes, previo pago de grandes sumas de dinero. En julio de 1984 vendí al niño Abede Haile por treinta y tres mil dólares, que destiné íntegramente a comprar víveres, semillas, ganado, vacunas, sueros de rehidratación endovenosa y medicamentos. Las epidemias de sarampión y difteria dejaron de propagarse en unos meses y la hambruna terminó en pocas semanas. Yo salvé a miles de etíopes y sí, fui el causante del asesinato de un inocente. Cada día pensaba acerca de las consecuencias buenas y malas de mi medida extrema. ¿A qué conclusión llegué? El tremendo dolor espiritual no me impidió apreciar cuán acertada fue mi decisión.

—Señoría, ha afirmado que Dios lo miraba. Podemos y debemos interpretar que, en su imaginación, Dios le pedía llevar adelante su plan cuando sus dudas postergaban las ventas de los niños —esgrimió el abogado defensor mientras se ponía en pie y el brillo de la astucia se intensificaba en sus ojos de adolescente fantasioso. Y añadió—: Está clarísimo, Paulo Guimaraes Barbosa enloqueció. De ninguna manera es responsable de sus actos.

El joven letrado había visto un resquicio por donde hacer valer su línea de defensa. Desde luego, no pensaba desaprovechar una ocasión tan buena, toda vez que no dispondría de muchas más, especialmente debido a que su

cliente nunca se dejaba asesorar. Que este utilizara su facilidad de palabra para defender sus medidas ilegales contravenía los consejos de Edward Stanton y lo hacía caer en su desaprobación. Él le había aconsejado no decir nada comprometedor y que le dejara interrogar a algún psicólogo o psiquiatra con interés en granjearse fama de complaciente en los gabinetes de abogados penalistas. Para Stanton valía todo en el amor, en la guerra y en los juicios.

—¿Enloqueció? —dijo el juez con una expresión de escepticismo—. Como le mencioné, señor Stanton, le concedo que declaren cuantos peritos psicólogos y psiquiatras estime oportuno. Con sus disertaciones, quizá logre convencer a los integrantes del jurado de que esta supuesta locura existe.

—El sacerdote, con sus desafortunadas manifestaciones, se está autoinculpando y, por añadidura, está dando una imagen de asesino inhumano que condicionará a los jurados más emocionales cuando deliberen. En modo alguno solucionará esto el que, con posterioridad, los psicólogos y los psiquiatras de la defensa expliquen la relación de causalidad directa entre su trastorno mental y sus acciones lamentables. Estos miembros débiles del jurado ya se habrán formado una opinión equivocada. Paulo Guimaraes nunca debió subir al estrado.

—Protesta denegada. Otra vez.

—Solicito que mi protesta quede reflejada en el acta.

—Quedará reflejada, abogado. Señor Osborne, el acusado ha confesado cuándo se cometió el primer secuestro. ¿Sería mucho pedir que formulara las preguntas pertinentes para que especifique al tribunal en qué fechas se perpetraron los otros dos? El fiscal es usted, no yo.

—Ahora mismo, señoría —dijo el fiscal en actitud sumisa y, sensiblemente desairado por la crítica, se giró en dirección al acusado—. ¿En qué fechas se consumaron los secuestros y asesinatos de los niños Meles Biratu y Débora Benti?

La pregunta socavó la pretendida superioridad ética del misionero. Además, lo sumió en el pesar.

—La venta de Meles se llevó a término en septiembre de 1996 y la de

Débora hace veinte días. No sé en qué fechas los mataron. Por lógica, lo harían unos días o, a lo sumo, unas semanas después de las ventas. Por Meles el intermediario pagó setenta y seis mil dólares y por Débora ciento noventa y siete mil.

—La Policía etíope ha detenido a uno de sus cómplices, un médico de nacionalidad etíope, Ahmad Yasser. ¿Es este?

Raimon Osborne situó una fotografía del médico frente al rostro del clérigo al tiempo que lo miraba con hostilidad.

—Sí, es Ahmad.

El implacable interrogador guardó la fotografía en un sobre de su portafolio. Un instante después, la soberbia reemplazó a la hostilidad en su mirada.

—¿Qué papel jugaba el señor Yasser en estas ominosas transacciones comerciales?

—Tomaba muestras de sangre a mis parroquianos y los lugareños de los poblados que dependen de la misión, las analizaba en Adís Abeba y mandaba los resultados a Estados Unidos.

—Y en algún hospital de nuestro país cotejaban estos resultados con los de los enfermos en espera de un trasplante y determinaban si alguno de los etíopes servía como donante.

—Exactamente.

—¿Cómo entró en contacto con Ahmad Yasser?

—Lo envió a Nazaret el intermediario norteamericano, el contrabandista. Trabajaba para él.

—¿Así que las aspiraciones de este médico no consistían en salvar al mundo, evitar muertes por desnutrición y epidemias, como en su caso? —preguntó empleando la ironía como instrumento para desacreditarlo.

—No. Él en absoluto pretendía interponerse entre los infortunios y mis feligreses. Era perverso. Le interesaba el dinero para su disfrute personal. Identificaba la felicidad con llevar una vida muy placentera. El dolor ajeno no le afectaba.

—Usted presume de ser un adalid de la justicia social, ¿no le desazonaba negociar con un individuo tan perverso?

—Me molestaba más ver fallecer prematuramente a mis vecinos. Ahmad Yasser realizaba una función necesaria. Me volví muy pragmático; nunca le reproché sus inicuos actos. Él me utilizaba y yo lo utilizaba.

—Sus inicuos actos. ¡Qué desfachatez! ¿Hemos de juzgar inicuos los de Ahmad Yasser y los suyos no?

—Es la verdad.

—¿Vio alguna vez a los compradores?

—Jamás. Yo no acompañé a los niños sacrificados a América.

—¿Tiene idea de cómo salieron los hechos a la luz?

—Me lo contó el teniente Drazen Stepanec. Una denuncia anónima de un comprador racista puso sobre aviso a la Policía de Los Ángeles. Mentí a Stepanec. Gracias a mi mentira, la cosa quedó en nada, temporalmente. Más tarde, a raíz de las investigaciones de los asesinatos de los novelistas, se ha sabido de qué manera me autofinanciaba.

—El comprador racista y usted se conocían.

—No, no. ¿De dónde saca eso?

—Durante la denuncia anónima que este efectuó por teléfono en su día dio su nombre y el de su misión en Etiopía.

—Sabía quién era yo y dónde vivía, pero nunca vino a Nazaret. Esos datos se los diría el intermediario.

—¿Al intermediario tampoco lo vio nunca?

—A él sí lo vi. Una vez, cuando estipulamos el precio y las condiciones de la primera venta en 1984.

—¿Estamos hablando de este hombre?

Osborne le mostró una fotografía del intermediario retraído, espigado y de rostro lívido. La insertó en su portafolio y lo apremió a responderle mediante su mirar de déspota poderoso, su postura de impaciencia y los movimientos de sus brazos.

—Sí, es Armand Bollé.

—No se llamaba Armand Bollé. Su verdadero nombre era Jeremy Sausson. Hablo en pasado porque le rompieron el cuello mortalmente hace cinco meses —le dio la noticia con impasibilidad—. ¿Tiene conocimiento de quién lo asesinó?

—No, si bien me lo figuro.

—¿Esa persona es…?

—El denunciante racista. Se habría propuesto borrar el rastro hasta él. De detener la Policía a Sausson, este delataría a los compradores para conseguir una rebaja de su larguísima condena. Los otros implicados, los médicos, no tenían el más mínimo interés en matarlo. Él los enriquecía. Obviamente, el denunciante también se temió que Amaré Leconte había tenido acceso a documentación en la cual salía su nombre. Por eso lo quitó de en medio. Prefirió no correr riesgos.

—No, señor Guimaraes. El FBI prácticamente ha confirmado que su tercer comprador, el último, mandó asesinar a Jeremy Sausson. Asimismo, pagó los asesinatos de los escritores.

—¡¿Qué?! ¿El empresario canadiense hizo matar a Amaré? —preguntó, conmocionado.

—Sí. Se ha constatado. Este empresario, Lucas Shipp, quería a toda costa el corazón de Débora Benti para su hijo. He dicho «a toda costa» porque no tuvo reparo en ordenar a su sicario que asesinara a unos cuantos novelistas. De lo que todavía dudamos un poco es de quién se encargó de matar a Sausson. ¿Sesgó su vida este sicario o bien otro enviado por usted?

—¡Menuda sandez! ¿Con qué finalidad asesinaría yo a Sausson?

El fiscal se arrojó al estrado, se detuvo en seco y, mirando de modo penetrante al viejo portugués, se determinó a desenmascararlo.

—Usted tenía una poderosa razón, pensó: «Ya he ganado el dinero que me marqué como objetivo. Me conformo y no dejo cabos sueltos».

—Yo no he ganado dinero. Nunca he cogido nada para mí, ni un centavo.

—¿No encontraremos alguna casa a su nombre o a la de uno de sus familiares en los registros de la propiedad de Portugal? El Algarve sobresale por su belleza.

—No, no la encontrarán. En tal caso, yo sí sería un asesino.

—Señor Guimaraes, usted es un asesino. Un maldito asesino de niños —rugió Osborne al tiempo que se enrabietaba.

—Yo me considero una víctima más. Los asesinos son la mayoría de los ciudadanos de los países ricos. Se compran mascotas y las alimentan como

a marajás. Tan solo con que se dignaran dar una décima parte del dinero que derrochan mimando a sus perros y gatos, no habría hambre infantil en el tercer mundo, con lo que yo no hubiese vendido a esos pobres niños.

—Es ingenioso, un buen orador; lo admito —repuso el fiscal entre sonrisas de burla, pensamientos acusatorios y miradas aceradas de gran antipatía.

—¿Tiene perro o gato, señor Osborne?

—Soy dueño de un perro, un pastor alemán leal y cariñoso.

—¿No se siente corresponsable de las tragedias africanas sabiendo que, con los dólares que emplea en alimentar a su pastor alemán, salvaría la vida de dos o tres niños?

—No. Me sentiría responsable de sus fallecimientos si los matara con mis decisiones, tal como usted hizo en Nazaret.

—Siéntase responsable. Ha matado niños con sus decisiones —le hizo notar sin suavizar lo que pensaba. Seguidamente miró a los componentes del jurado muy seguro de sí mismo y con marcada amargura, y también los culpó de ser insolidarios, de posibilitar las calamidades—: Todos ustedes han matado cuando se han comprado un coche de alta gama, ropa de marca o cosméticos caros en vez de donar algo de dinero al tercer mundo.

—Señoría, protesto. El acusado está intentando deteriorar la serenidad del jurado y socavar su ánimo a fin de que carezca de firmeza a la hora de deliberar, cosa que le favorecería sobremanera —subrayó Raimon Osborne.

—Se acepta. Esta breve invectiva se eliminará del acta. Señor Guimaraes, absténgase de hacer recriminaciones a los miembros del jurado o al señor Osborne. No se les está juzgando a ellos. Limítese a narrar los hechos y a transmitir sus puntos de vista con mucha corrección. En adelante, se dirigirá al fiscal, a su abogado o a mí, exclusivamente. ¿Queda claro?

—Sí, juez Lester.

—Señoría, la Fiscalía no formulará más preguntas.

—Abandone el estrado, señor Guimaraes.

Edward Stanton se levantó enérgico y resentido de su silla, pues, a su entender, el magistrado había dado carta blanca al fiscal. Y, llevando idea de enlazar una petición razonable con un reproche osado, pidió y razonó:

—Señoría, solicito un receso de dos días. En la sesión venidera llamaré a declarar a los psiquiatras de la defensa. En vista de las manifestaciones de mi cliente y de las acusaciones, tendenciosas y maliciosas, que ha vertido el fiscal Osborne para oscurecer la verdad, encuentro justo y coherente que el jurado popular escuche los dictámenes exculpatorios de estos expertos antes de los de la Fiscalía.

—Los peritos de la Fiscalía iban a declarar hoy. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, señoría. Se hallan en la sala —le confirmó el fiscal jefe.

—Desestimo su petición, señor Stanton. Fiscal Osborne, interrogue a sus peritos. Luego, el juicio se aplazará dos días. Así, la defensa tendrá tiempo de preparar los interrogatorios de sus psiquiatras. La siguiente sesión se celebrará el próximo jueves a las diez de la mañana.

Raimon Osborne estaba menos dolido con el juez. A estas alturas del juicio creía que su dirección, a veces, había dificultado su actuación y, otras, había redundado en su beneficio. Su idea de la neutralidad, sus momentos de inflexibilidad y ese uso del poder que, de cuando en cuando, rozaba el engreimiento habían perjudicado y atormentado a la Fiscalía en igual medida que a la defensa. Consecuentemente, su voz sonó más amable al decir:

—Sí, señoría. Pido que se permita testificar al doctor Henry Miles.

A continuación, el fiscal se felicitó de lo bien que marchaba el juicio y departió con sus dos ayudantes con la alegría que le generaba el presentimiento de que se acercaba la hora de la sentencia condenatoria. El abogado defensor se sentó y se prohibió exteriorizar pesimismo, principalmente para no incidir de forma negativa en el jurado. Un funcionario tomó juramento al perito de la Fiscalía.

En cuanto concluyó el juramento, Raimon Osborne salió de su silla con un movimiento propio de un holgazán y se aproximó al estrado recobrando el espíritu de lucha.

—Doctor Miles, usted está especializado en psiquiatría y en medicina legal, ¿es correcto?

—Es correcto.

—¿En cuántos juicios ha intervenido como perito hasta la fecha?

—En veintitrés, contando este.

—¿Ha examinado al señor Paulo Guimaraes Barbosa?

—Sí, lo he examinado.

—¿De manera exhaustiva?

—De manera muy exhaustiva. Él ha facilitado mi trabajo. Ha mantenido una actitud colaboradora: nunca ha rehusado contestar a mis preguntas.

—De manera muy exhaustiva… ¿Cuántas horas lo ha visitado exactamente?

—Dieciocho horas y media.

—¿Ha establecido un diagnóstico?

—Sí.

—¿Conserva intacto su libre albedrío? ¿Posee control sobre sus acciones?

—El sacerdote Paulo Guimaraes es perfectamente capaz de actuar por reflexión y elección, de forma intencionada. Lo que hizo en el pasado y hace en la actualidad no se explica por ninguna psicopatología.

—Tenemos ante nosotros a una persona mentalmente sana.

—En rigor, no. Tomando como referencia la definición de salud de la OMS, la cual incluye la capacidad de ser feliz, no goza de buena salud mental. Ahora bien, en lo que es objeto de debate y de controversia en este juicio, o sea, si él era consciente de sus actos y hubiera podido evitar realizarlos, certifico lo siguiente: era consciente de sus actos, tuvo la voluntad de llevarlos a cabo y alcanzaba a comprender lo que ocasionarían.

—No oye voces. No está aquejado de esquizofrenia —concluyó con énfasis.

—No oye voces.

—¿Es este misionero lo que ustedes, los psiquiatras, denominan un psicópata?

—Si pretendiera deducir esto teniendo solo como elemento de juicio los sobrecogedores asesinatos o la venta de los tres niños, respondería que sí. No obstante, después de haberlo examinado y entrevistado, respondo que no, rotundamente no.

—¿Por qué? No estoy versado en psicología, pero diría que, a excepción

de los psicópatas, nadie mata a niños —replicó, como pretendiendo enmendarlo.

Todos en la sala lo captaron: el fiscal jefe era partidario de que sus peritos hablaran con precisión y rigurosidad. Ciertamente, detestaba que arguyeran con ambigüedad o que abogaran por la tolerancia. Por unos segundos, temió que la declaración de su experto impidiera al jurado popular ver con claridad la maldad del encausado. El jurista se contrarió profundamente, mas lo disimuló bastante bien.

—Es muy natural su visión sobre ello, señor Osborne. La mayoría de la gente la compartirá, pero tal visión no se compadece con la realidad. La prioridad del padre Guimaraes no fue asesinar o hacerse rico, sino tomar la decisión menos dañina para los aldeanos, como él mismo alega. Su manera de pensar se caracteriza por una convicción firme y arraigada: el fin justifica los medios en determinadas ocasiones. Un paciente y un caso interesantes… para un psiquiatra.

—¿Este paciente interesante sabía que los niños vendidos morirían?

—Sin la menor duda.

—¿Habría obrado de otro modo de haber querido?

—Sí, estoy seguro al cien por cien. Su ansiedad no le hizo perder la cordura, pero sí la esperanza y los valores convencionales.

—Estas dos últimas contestaciones, tan nítidas y reveladoras, son cuanto necesitamos escuchar los miembros del jurado y yo. Lo verdaderamente interesante para nosotros —comentó el fiscal—. Gracias por su tiempo, doctor.

—No hay de qué. Siempre es un placer colaborar con la justicia.

Las manos del psiquiatra rebulleron después del pasajero hieratismo. Raimon Osborne enderezó la espalda, levantó la cabeza y volvió raudo hacia su silla sintiendo el afán de imponerse a la defensa y al mal. El juez Norman Lester miró interrogante al abogado defensor y pronunció:

—¿Tiene alguna pregunta para el testigo?

—Sí, varias —respondió Edward Stanton y se puso de pie. —El brillo de la astucia se intensificó nuevamente en sus iris. Se acercó al médico, lo miró de forma censuradora y con aspecto de haber estado escuchando

razonamientos erróneos e injuriosos. Enseguida empezó su interrogatorio —: Señor Miles, en su opinión de entendido, ¿el señor Guimaraes disfrutó vendiendo a los niños?

—Estoy convencidísimo de que no disfrutó. Es más, lo pasó muy mal.

—No lo encasillaría en la categoría de sádico.

—De ningún modo.

—Ah, ¿no? Bueno, pues, entonces, por pura eliminación, solo sería plausible contemplar un móvil económico —dilucidó adelantándose hacia el jurado popular. Su actitud meramente crítica se estaba transformando en beligerante. Semejaba un hereje medieval orgulloso de su confrontación contra sus inquisidores: gesticulaba con los brazos, hacía alarde de su coraje y en sus ojos dominaba la satisfacción por llevar la contraria. Ultimó en su mente frases con las que engañar al público, ganarse al jurado y desarmar al psiquiatra, y añadió—: Pero tampoco se da tal supuesto, señores y señoras. Existe un fallo en esta teoría absurda inventada maliciosamente por la Fiscalía.

—Protesto —exclamó Raimon Osborne en tono fuerte de ofendido.

—Se acepta la protesta. Por supuesto que se acepta.

—¿He dicho «teoría absurda inventada maliciosamente por la Fiscalía»? Me he expresado mal. He sido demasiado sincero.

—¡Señoría! —se quejó por segunda vez el fiscal, casi atónito por efecto de semejante atrevimiento, lindante con la impertinencia. El estupor prevalecía sobre su exaltación.

—Señor Stanton, deje de jugar sucio y de desafiar mi autoridad o lo lamentará —advirtió el juez Lester. Su gesto también indicaba una disposición real a sancionar de manera drástica los excesos de atrevimiento, esa suerte de descaro insólito del abogado penalista.

—Sí, señoría —se avino a acatar sus designios Stanton, al menos durante un rato, y regresó a la vera del jurado popular, ávido de persuadir a sus integrantes y todavía mirando como un hereje orgulloso de su indocilidad —. Lo llamaré hipótesis. Esta hipótesis falla: Paulo Guimaraes nunca se benefició económicamente de las ventas de los niños. Y también afirmo categóricamente que la Fiscalía no demostrará lo contrario. Háganse esta

pregunta ineludible: ¿por qué urdió el acusado los raptos y las ventas infantiles? ¿Qué explicaciones posibles quedan? Al haber descartado este reputado psiquiatra de la Fiscalía que estemos juzgando a un psicópata o un sádico, únicamente se hace verosímil una, la demencia.

—Disiento de su conclusión —señaló Henry Miles sin despojarse de la cordialidad.

Edward Stanton, aparentando no tener dudas en su interpretación de los hechos ni una resolución más débil por culpa del disentimiento del doctor Miles, pensó la réplica. Después se acercó a ese experto con un gran deseo de justicia reflejado en el rostro. Era un deseo ficticio, que exhibía para que cundiera la impresión en los jurados de que defendía la verdad con pasión, lo cual reforzaba su credibilidad ante ellos.

—¿No aprecia una fuerte contradicción entre lo que usted mantiene y un hecho probado: Paulo Guimaraes participó activamente en tres asesinatos espantosos sin tener ánimo de sacar dinero para sí mismo?

—Ya lo había remarcado. Es un paciente interesante, atípico.

—¡Me importa un pepino que lo encuentre un paciente interesante, doctor Miles!

—Modere su lenguaje, letrado —exigió el juez.

—Mis excusas, señoría —articuló Stanton simulando arrepentimiento y una pérdida de control emocional.

En realidad, el abogado defensor pretendía arruinar el prestigio del psiquiatra de la Fiscalía a la par que aparentar una irreprimible desesperación de persona honrada frente a los hombres y mujeres del jurado. De lograr ambas cosas, se incrementarían las posibilidades de que alguno de ellos pensara que el misionero no estaba en sus cabales.

El juez no dio crédito a la autenticidad de sus disculpas ni de su temperamental comportamiento. «A mí no me engañas», se dijo. Consideraba que Edward Stanton hacía marrullerías a efectos de influir en el jurado popular y que su farsa encerraba una cierta irrespetuosidad hacia su autoridad.

Sin perder un instante, el abogado veinteañero, con perseverancia e ímpetu, continuó con su táctica para enturbiar la verdad y poner en cuestión

la responsabilidad de su cliente.

—¿Qué quiere de usted la defensa, doctor? Se lo diré muy claramente. Explíquenos lo inexplicable: por qué alguien sin móvil que, según su declaración pericial, no está loco, ni es un psicópata ni tampoco un sádico, se decide a matar a tres niños. De hacer subir al estrado a cien policías de Homicidios para pronunciarse sobre esta cuestión, del primero al último aseverarían lo mismo: un asesino mata por un móvil o por una enfermedad mental.

—Usted ha afirmado que no tenía móvil, no yo.

—¡Caramba! Ilústrenos. ¿Cuál es ese móvil que no acertamos a ver?

— Una idea muy subjetiva de lo conveniente, de lo justo; o más bien, de lo menos injusto. En síntesis, él se proponía eliminar las desgracias que se abatían sobre sus feligreses.

—Entonces, ve la realidad de una manera diferente a nosotros, ¿es así?

—Sí.

—Lo que usted describe como una idea subjetiva de lo conveniente y ver la realidad de un modo diferente, en los manuales de psiquiatría se relaciona con una visión alterada de la realidad. Esta alteración constituye una característica fundamental de la locura.

No bien el abogado hubo retorcido más la verdad y tergiversado los actos del misionero, observó a los integrantes del jurado y echó a caminar hacia ellos para, desde la corta distancia, prevenirles de las venideras, fuertes e irremediables discrepancias entre los psiquiatras. Estaba preparando el terreno para defender su conclusión principal: Paulo Guimaraes no debía responder por sus crímenes.

—Los psiquiatras de la defensa confirmarán esta evidencia. No tengo más preguntas.

—Haga el favor de retirarse, doctor Miles —dijo el magistrado, aliviado de que cesaran las tretas y la retórica de Stanton destinadas a falsear los hechos.

—Perdón, señoría, se me olvidaba una pregunta.

El juez Lester refunfuñó entre dientes e indicó:

—Aguarde, doctor Miles.

Norman Lester se enojó sin esconderlo. Vislumbraba otra jugada de tramposo: Edward Stanton no había olvidado nada, simplemente trataba de que sus siguientes observaciones tuvieran más resonancia en la memoria del jurado.

—Doctor, usted se precia de haber intervenido en veintitrés juicios —le recordó Stanton.

—Ni uno más, ni uno menos.

—Son muchos.

—Se me requiere a menudo.

—¡Qué suerte! ¿En cuántos de los casos anteriores a este su dictamen exculpó a los acusados? ¿En la mitad más o menos?

—No creo que tal dato tenga importancia.

—Yo sí. ¿En cuántos?

—¿Dictámenes que exculparon a los acusados, dice?

—¡Por Dios! La pregunta es bien fácil. ¿En cuántos de esos veintidós juicios su diagnóstico contribuyó a que los acusados no fuesen procesados?

El psiquiatra calló por un rato. En su cara, un gesto de sentirse muy incómodo.

—En ninguno.

—¿En ninguno? ¿Cero? Usted tiene una doble especialidad: la psiquiatría y el declarar en contra de los imputados, ¿no?

El fiscal protestó con voz enérgica y ademán de cansancio, pero su bramar no descentró lo más mínimo a Edward Stanton, que actuó como si no oyera sus protestas. No le interesaba nada enzarzarse con él en una discusión. Se proponía progresar en su línea de abrumar y ridiculizar al testigo. Su objetivo consistía en destruir la imagen de profesional modélico del psiquiatra, hacerlo parecer un avaricioso amoral.

—¡Qué ventajoso resulta para la Fiscalía llamarlo a declarar en lugar de a otro psiquiatra! Me apuntaré su nombre y su teléfono, por si alguna vez llegase a ser fiscal y me tocara trabajar en una acusación que no se sostiene.

—¡La defensa está faltando el respeto al testigo! —denunció el fiscal a grito herido y al borde del desquiciamiento. El abogado novato, el supuesto adversario deseable, lo estaba llevando por la calle de la amargura.

—Se admite la protesta —anunció el magistrado alzando la voz para hacer muy visible su conformidad con la reclamación de Raimon Osborne y que estaba harto de las marrullerías del abogado de Guimaraes—. El doctor Miles tiene perfecto derecho a escoger los juicios en que se preste a dictaminar sin pedir permiso al señor Stanton.

—Faltaría más, señoría. Dicho esto, a la luz de los preocupantes antecedentes del doctor, de sus clarísimas preferencias al deducir y decidir sobre los inculpados, evidentemente, yo también tengo perfecto derecho a poner de relieve que tiene dos especialidades —se ratificó el abogado de oficio. Sin dar tregua, perseveró en atosigar y desprestigiar al testigo—. ¿Sabe por qué le concedo importancia a este dato tan llamativo, doctor Miles?

—No lo sé.

—El segundo psiquiatra que citará la Fiscalía, el doctor Peter Jacobsen, ha declarado en treinta y un juicios a favor de la acusación y en ninguno a favor de la defensa. ¡Igualito que usted! ¡Qué casualidad más grande! Sea franco. Quedará entre nosotros, ya que el juez ha mandado desalojar la sala. El fiscal contactó con su secretaria o vio un anuncio en el periódico donde ponía: «Buscamos psiquiatras con vocación de verdugo que se avengan a dar falso testimonio en un juicio penal».

—¡Señoría! ¡Estas provocaciones continuas y vejatorias de Stanton son intolerables! ¡Está levantando graves calumnias! ¡Su acusada propensión a mentir y sus rastreras artimañas nos abocan al agotamiento! —vociferó Raimon Osborne fuera de sí al tiempo que sus incrédulos ojos se volvían iracundos. Su habitual estoicismo había desaparecido hacía tiempo.

—¡Venga aquí, abogado! ¡Inmediatamente! —ordenó el juez Norman Lester.

—¡Impertinente! —profirió el fiscal, poseído de furor.

Stanton se aproximó al juez esperando una dura reprensión o un sermón rematado con un último aviso. Sin embargo, este ni lo sermoneó ni lo vituperó: había elegido otro castigo más eficaz.

—Le impongo una multa de cuatrocientos dólares. Como vuelva a propasarse, la sanción económica será de aúpa o bien lo castigaré por

desacato: dormirá en una celda.

El joven se mordió el labio, como alguien absorto en sus deseos. Su mirada se apagó por una sensación de tedio. Al punto se lamentó y se sinceró con el magistrado:

—Yo no quería ser el abogado de Paulo Guimaraes, puesto que no hay forma humana de conseguir su absolución y, encima, me repugnan él y sus crímenes. Me centro en defenderlo tan bien como sé.

—Lo está haciendo muy bien, diría yo, pero manténgase dentro de los límites del reglamento procesal y de la prudencia o se arrepentirá. Basta de excesos.

—Sí, señoría.

Edward Stanton retrocedió hacia el misionero. El juez enhestó la espalda y, cuando se tranquilizó, determinó con tono intolerante:

—Los comentarios parciales y ofensivos del letrado no constarán en acta. Los miembros del jurado no deben tenerlos en cuenta.

El letrado sancionado se pegó al fiscal antes de sentarse en su silla y se propuso exaltarlo para minar su temple, a saber, para perjudicar su buen hacer venidero. Daba por sentado que, hiriendo su orgullo y poniéndolo nervioso, empeoraría su concentración.

—Ya los han oído. ¿Cómo no van a tenerlos en cuenta?

—Fullero —insultó el fiscal jefe sulfurándose.

Osborne se percató de su error de valoración: tener al abogado de oficio por un rival fácil. Aquella estampa de la candidez era el disfraz perfecto de un batallador indómito bien dispuesto a emplear las tretas más sucias en sus defensas. La rabia presidió las emociones del fiscal al paso que se formaba una opinión distinta y definitiva de Edward Stanton: tenía lo esencial para ser un gran jurista. Al fin, si bien tardíamente, pensó que se enfrentaba a un contrincante formidable.

15
JENNIFER IVISON

La prestigiosa abogada Jennifer Ivison se encontró con Edward Stanton en un *pub* irlandés de atmósfera acogedora. Ella había tocado todos sus resortes para conseguir el número de su teléfono móvil. El novato, a poco de recibir la llamada de la letrada pro derechos civiles, le dijo que dedicaría unos minutos a atenderla esa misma tarde. Su secreta admiración hacia esta, sumada a la atractiva oferta —sustituirlo o echarle una mano en el juzgado—, le impedían darle largas. A la conclusión de un breve saludo y de unos recíprocos halagos profesionales, conversaron sobre lo importante: la defensa de Paulo Guimaraes. Los dos preferían no perder el tiempo con preámbulos y cortesías ociosas.

—¿Trabaja como abogado de oficio?

—Sí. El sacerdote no me eligió. Me asignaron el caso.

—¿Le apetecía llevar su defensa?

—No. Para nada.

—Entonces, ¿por qué lo representa?

—A cada ciudadano le asiste el derecho a disponer de una buena representación legal, a tener un juicio justo y…

—Han pronunciado unas mil veces ante mí el enunciado de esa ley. Ahórreme escucharlo otra vez. Se vuelve de lo más aburrido cuando un conformista como usted lo recita mecánicamente.

El joven sonrió como un cínico descubierto y enseguida miró con aire curioso y resignado a esa gran profesional. Ella tenía treinta y dos años, una mirada de mujer sensata, ojos de color castaño, la alegría de vivir en sus facciones galesas, una hermosura mediana y el cabello bruno, brillante, recogido con elegancia, como las azafatas pulcras. Su rostro, de no ser por la mirada de triunfadora siempre que alegaba en favor de sus clientes en los

juzgados, cabría calificarlo de infantil o tierno.

—¿A qué viene su interés por este caso? —preguntó Stanton—. Este juicio ni remotamente va de derechos civiles .

—Aplaudo lo que el misionero ha denunciado. Me siento identificada con su punto de vista.

—¡¿Lo dice en serio?!

Edward Stanton reclinó súbita y rápidamente su espalda en la silla, y contrajo su faz en una mueca de desprecio: no comprendía a Jennifer Ivison.

—Del todo. ¿Usted no ve justificable lo que hizo?

—Soy su abogado, por lo tanto, procuro no pensar en ello. Pero, ya que me lo pregunta, a mis ojos es un degenerado. Nadie tiene derecho a matar a niños, y nadie comprende a los que se consideran a sí mismos portavoces de Dios. Su conducta criminal la juzgo imperdonable.

—Páseme el caso —dijo Jennifer Ivison en actitud de hacer lo justo al pedírselo. El pésimo concepto que él tenía del anciano, tal vez, lo haría caer en la negligencia, tuvo para sí la letrada.

—Si Paulo Guimaraes estuviera conforme, no tendría inconveniente alguno. Me entran náuseas cada vez que lo hago pasar por un enfermo mental en el proceso. Además, me parece más ético que vele por sus intereses alguien que crea en él.

—¿Cuándo se lo consultaremos?

—¿Le viene bien ahora?

—Sí. Hay un hueco en mi agenda.

Se levantaron al unísono de la mesa y se apresuraron a tomar un taxi. En el asiento trasero del vehículo trabaron conversación para confraternizar un poco, sin aspiraciones más ambiciosas, como, por ejemplo, iniciar una amistad o hablar sobre ampliar su colaboración puntual a otros pleitos. A Jennifer Ivison le tentaba inquirir acerca del religioso para conocer más las miras de este y ver refrendada su suposición: quebrantó la ley en Etiopía por altruismo. Ni lo intentó. Saltaba a la vista que a Stanton le desagradaban el carácter, la moral y las miras de su representado o no los entendía.

En la penitenciaría, ante Ivison y Guimaraes, el abogado de oficio los presentó haciendo gala de afabilidad. Le rondó por la cabeza la idea de ausentarse de la salita de visitas sin ventanas bien pronto, y aunque le apeteció hacerlo, se retuvo. Estaba seguro de que antes convenía alabar ampliamente a su colega, así el jesuita vería la sustitución como una suerte imprevista en lugar de como una dejación de funciones producto de la vagancia o de la repugnancia.

—La señorita Ivison posee más experiencia que yo. Ha ganado muchos juicios en los que nadie, a excepción de ella, confiaba en una sentencia absolutoria. Tiene delante de usted a una de las abogadas criminalistas más solicitadas de Los Ángeles, y se ha ofrecido a representarlo. Es mi deber poner en su conocimiento este ofrecimiento.

—¿Cómo es que quiere defender al Diablo de Etiopía? —se preocupó por saber el jesuita sin mostrar gratitud.

—Edward, ¿podríamos hablar el señor Guimaraes y yo a solas?

—¿Cómo no? Hasta ahora, señor Guimaraes. Lo dejo en buenas manos.

—Hasta ahora.

El joven jurista se apartó de la conversación y de ellos, cerró la puerta, se encendió un cigarrillo, caminó por la estancia blanca con desconchaduras. Para captar si sintonizaban, de vez en cuando, echaba un vistazo a la salita a través del cristal rectangular incrustado en la pared. Pese a que no le llegaban sus voces, pensó que sí lo hacían y que congeniarían muy pronto. En un momento dado, le dio vueltas a lo que ella le había confesado: se sentía identificada con los puntos de vista del portugués. De resultas de esta cavilación de Stanton, sus ojos mostraron perturbación, como les ocurre a las personas sin convicciones religiosas que rezan por imposición. Poco después exhaló una protesta con tono mortecino, tanto que las palabras se quebraban antes de lo normal.

En cuanto a Paulo Guimaraes, persistía en hacer preguntas directas y acuciantes que no admitían ambigüedades por respuesta, cual hombre indelicado con prisa por acrisolar la verdad.

—Se brinda a representarme. ¿Es por notoriedad? ¿Para tener más fama? ¿Su piedad encierra vanidad?

Mientras de los agrietados labios del misionero brotaron, con voz afligida, esas frases indicadoras de desconfianza, en su mente se formaron sospechas negativas sobre los fines de Jennifer Ivison y la miró con ojos recelosos. A ella no le desalentó su escama. La consideró normal en aquel contexto en el que se le tenía por un asesino de niños a un paso del ajusticiamiento.

—En absoluto; nunca me brindaría a representarle con el propósito de aumentar mi notoriedad. Lo hago porque coincido con usted. En todo. Nuestras mentalidades son muy similares.

—¿De veras? — preguntó aliviado. La revelación de la abogada aligeró un poco su ahogo.

—Estoy siguiendo el juicio y he leído la novela de Leconte. ¿Se ciñe a la realidad?

—Desde la primera a la última línea. Me dolió mucho su asesinato. Era un hombre compasivo y generoso donde los haya. Donó grandes sumas de dinero a Nazaret.

—Según mi criterio, el sistema no le dejó otra salida que concebir las ventas. Y para colmo, los verdaderos culpables lo están mirando por encima del hombro y dando lecciones de moral. Esta hipocresía me enciende y me asquea.

El anciano esbozó una leve y efímera sonrisa al tiempo que en sus estrechos ojos se borró la suspicacia y su respiración se aceleró de la alegría. Jennifer Ivison le gustaba. ¡Cómo no iba a gustarle! Esta buena samaritana se estaba autodefiniendo como su alma gemela y su categoría como abogada a él le venía de perlas. Ella lo ayudaría a difundir sus denuncias por Estados Unidos y a fomentar los donativos para los países más pobres de África; lo uno, con frases cargadas de rabia y lo otro, mediante llamamientos a la solidaridad, que sonarían mejor en su voz de joven idealista que en la de un asesino confeso, pensó el misionero.

—Ni dispongo ni dispondré de dinero con el que satisfacer sus honorarios.

—Me da igual. Lo tenía asumido.

—Está contratada.

Un flojo apretón de manos. Miradas de esperanza. Un sentimiento de agradecimiento en la faz arrugada por la vejez.

Edward Stanton se maravilló al notar el complacimiento de la letrada, habida cuenta de que la incomprensión pública podía dañar de forma irreparable su envidiable imagen. Él había cogido el caso a instancias del Estado; ella por iniciativa propia. Eran cosas totalmente distintas. Al tratarse de una decisión libre de la sustituta, abundarían los juicios severos en su contra: la gente común la tacharía de mujer sin principios o de arpía, presumió el abogado de oficio.

A Jennifer Ivison le traía al fresco el veredicto paralelo del otro jurado: la opinión pública. Despreciando este peligro evidente del futuro cercano —la animadversión de muchos—, tuvo arrestos para respaldar al llamado Diablo de Etiopía.

Edward Stanton pensó que ella estaba andando sobre el alambre en las alturas sin red debajo. Le dio pena.

—Bien. Hablando sin ambages: de entrada, afrontaremos dos grandes problemas —previno la ya abogada del misionero.

—¿Cuáles?

—En teoría, una vez iniciado el juicio, no está permitido cambiar la base sustancial de la defensa. En resumidas cuentas, yo tendría que ceñirme a probar su locura.

—No alegaré locura. Prefiero abrir los ojos a la gente. Han de afrontar la realidad: todo cuanto hice era adecuado ante tanta pobreza y mortandad.

—Lo sé. Orientaré la nueva estrategia a dignificar sus acciones delictivas en Nazaret. Lo haré solapando mis intenciones. Varios psiquiatras testificarán para la defensa, como dispuso Edward. Sin embargo, ellos no afirmarán que la demencia determina su conducta y le exime de responsabilidad. Todo lo contrario: manifestarán que usted no padece ningún trastorno mental enajenante y, claro está, que tomaba sus decisiones por el bien general.

—Excelente.

—El juez se enfadará, pues se olerá que estamos cambiando la línea de defensa. Que se ponga de mala uva no me preocupa. Ya me las apañaré.

—¿En qué consiste el segundo problema?

—Para nada le conviene que yo dé un giro a la estrategia actual. Edward

ha estado velando bien por usted. En el supuesto de que lo declarasen no responsable de los asesinatos por enfermedad mental, lo recluirían en un centro psiquiátrico durante unos años. Y luego a la calle. En cambio, apostar por presentarlo como una persona cuerda y por argumentar a favor de sus actos conllevará, probablemente, su condena a la pena de muerte. En el mejor de los casos, a una cadena perpetua. No preveo emocionar al jurado y que este lo exculpe. Claro que…

—¿Qué?

—Tenemos algo a nuestro favor. Nos valdría con convencer a un miembro del jurado. Solo con que uno divergiera, usted saldría libre.

—Lo entiendo. La nueva estrategia entraña grandes riesgos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Adelante. La malaria ha hecho estragos en mi salud. De todos modos, no viviré mucho tiempo, así que no me dan miedo estas dos sentencias. Es más, deseo fallecer. La pena de muerte me posibilitaría reunirme ya con mis niños en la otra vida. Me seduce la idea.

Jennifer Ivison suspiró en señal de liberación, ya que había superado una etapa muy desagradable: advertir a Guimaraes de los peligros de su táctica. Esta pequeña liberación redobló su brío a la par que su determinación.

—Se nos presenta la oportunidad de concienciar a la sociedad, de hacer algo magnífico. Explicando bien sus buenas razones para vender a los tres niños, no lo sacaré de la cárcel, pero lograré multiplicar las donaciones de los estadounidenses al tercer mundo. Su castigo, su muerte o su cadena perpetua, no sería en vano.

—No encontraría mejor abogada para hablar en favor de los más pobres. Dios la está guiando.

—Siento desilusionarlo. Yo no creo en Dios; soy agnóstica desde la adolescencia.

—Él la tiene en alta estima: la ha elegido para hablar en su nombre. Ahí es nada. En otro orden de cosas, el agnosticismo viene a ser el reconocimiento de las propias limitaciones, no la negación de Dios.

—Hay centenares de abogados cristianos competentes en Los Ángeles. De existir un Dios omnisciente y coherente, se habría comunicado con alguno

de ellos.

—Dios la considera su instrumento. Espero que, cuando concluya el juicio, entienda que Él ha hecho uso de su poder sobre usted para hacerla venir hasta mí.

—Eso no pasará.

Jennifer intercaló una breve pausa a modo de punto y aparte, y retomó la preparación de la defensa del secuestrador de niños.

—Como le decía, he seguido el proceso judicial, así que conozco bastante bien los hechos. No es suficiente. Necesito que me cuente con veracidad y mucho detalle lo sucedido, de principio a fin. Evite las omisiones, por pequeñas que sean.

—¿El principio? Todo tiene su principio en el amor y en la impotencia. En 1971 mi orden religiosa me envió a predicar la palabra de Dios a una paupérrima aldea de Etiopía, a la que, con el beneplácito de sus naturales, le puse por nombre Nazaret.

Paulo Guimaraes continuó narrando su relato circunstanciadamente. Comenzó describiendo la ilusión de un sacerdote recién llegado Etiopía con ansias de cambiar el mundo. Después se explayó en su argumentación a favor de las ventas de niños, y también contó cuándo su idea se convirtió en un atormentador proyecto consumado. A pesar de los hechos criminales, él no pensaba que su naturaleza primigenia hubiera declinado de la bondad en la maldad ni que su claridad de razonamiento se hubiera tornado una confusión perniciosa.

Jennifer Ivison tampoco veía maldad en sus medidas desesperadas ni que se hubieran oscurecido sus virtudes por los delitos cometidos en Nazaret. Su linchamiento público era un medio para continuar obviando la verdadera causa de las muertes en África: el egoísmo de las sociedades ricas. A esta injusticia del egoísmo occidental se le había añadido otra en ese proceso penal marcado por la hipocresía: cargar al misionero con las culpas de una civilización enferma, opinaba la abogada. Como no podía ser de otro modo, ella iba a utilizar su ingenio, su experiencia y sus conocimientos para denunciar ante la ciudadanía norteamericana estas molestas verdades.

A la mañana siguiente, Jennifer Ivison compareció en la sala de vistas para ejercer la defensa del sacerdote Paulo Guimaraes, excusar públicamente sus decisiones y desvirtuar las acusaciones contra su decencia. Marc Lancaster, que había visto por televisión la parte de la sesión a puerta cerrada del día anterior, se hallaba sentado en la zona para el público, rodeado por el asombro y la inquina de los asistentes. La primera jornada del juicio lo sobresaltó y azoró, puesto que descubrió que no había protegido de los asesinos a la niña de la misión a punto de ser vendida. En su lugar, había guardado a la encantadora Tania, a quien Guimaraes había puesto en el tablado del teatrito con la finalidad de confundirlo y evitar las acciones que haría por su instinto protector. A otra Julieta, en palabras del jesuita. Era verosímil, por cuanto este pudo escoger, entre una gran cantidad de niñas, a una perfecta para provocar la conmiseración del detective. Por desgracia para Débora, el barcelonés nunca imaginó semejante maniobra, y ahora se reprochaba que, por culpa de su ingenuidad y de su falta de perspicacia, Guimaraes había efectuado la venta. El rencor corroía sus entrañas. Le dolía haber sido engañado como un incauto por el Diablo de Etiopía, pero, sobre todo, que hubieran asesinado a aquella cría.

El juez se sentó en aquel estrado de madera con dimensiones de púlpito ancho. Al punto, Edward Stanton tomó la palabra. No fingía poseer la razón moral mediante la expresión de su cara, como sí hiciera en la última sesión, pero en ella había algo más auténtico: esa mezcla de confianza y ambición que sienten los tramposos acostumbrados a vencer; tal vez porque tenía la constancia de que Jennifer Ivison se la iba a jugar a Norman Lester cambiando la línea de defensa y encubriendo sus objetivos reales, y él estaba colaborando en el ardid.

—Con la venia de su señoría, la abogada Jennifer Ivison se incorporará a la defensa.

—¿Su cliente lo aprueba?

—Sí, señoría.

—¿Da su consentimiento, señor Guimaraes?

—Sí, lo doy.

—Entonces, lo autorizo.

Ella se levantó de la silla muy concentrada, saludó al juez y dijo con voz segura y muy serena:

—Señoría, testificará el psiquiatra Frank Hermel.

A Frank Hermel le exigieron honestidad mientras el magistrado observaba de soslayo a la letrada. Sus carreras profesionales nunca se habían cruzado, pero la buena fama de ella la precedía. Por esto, a Norman Lester le extrañó su implicación en la defensa de un asesino. Pese a que se lo pedía su curiosidad, él no quiso conjeturar acerca de las motivaciones de Ivison. Le pagaban para juzgar a delincuentes, no para pensar en tales cosas, se dijo para sí.

El fiscal sí conocía —y muy bien— a Jennifer Ivison. Este había sufrido en sus carnes la habilidad de ella para encontrar precedentes jurídicos olvidados, un recurso muy útil con el que con frecuencia se apuntaba victorias en los tribunales contra todo pronóstico. A la luz de su trayectoria como abogada defensora, a lo largo de la cual había alternado los casos de clientes muy ricos con litigios en los que representaba a pobres con la razón de su parte, Osborne consideraba su intervención gratuita un acto de caridad sin sentido. De hecho, en aquel momento él estaba pensando que en esta ocasión la joven había elegido muy mal la causa, dado que el réprobo jesuita no era digno de su ayuda, y por habérsela brindado toda su elogiable labor anterior desmerecía y su acendrada honradez se pondría en duda. Al cabo de estos pensamientos, sentenció con murmuraciones a uno de sus altaneros subordinados, vestidos con trajes prohibitivos:

—Su reputación se resentirá.

Acabado el juramento, el psiquiatra tomó asiento en la silla de los testimonios. Jennifer Ivison lo saludó y le preguntó:

—Señor Hermel, ¿cuántos años lleva practicando la psiquiatría?

—Veintiún años.

Frank Hermel parecía un querubín envejecido. Sus canas delataban que esas facciones un tanto aniñadas eran de un hombre cercano a los cincuenta años. En lo tocante a los sentimientos, la mirada melancólica, así como su modo de hablar, flojo y triste, voceaban que había sufrido una gran pérdida.

El trauma por el fallecimiento de su esposa, dos años atrás, todavía repercutía en él.

—¿Ha visitado al acusado?

—En las dos últimas semanas.

—¿Cuánto tiempo?

—Catorce horas.

—¿Ha llegado a algún diagnóstico?

—Sí.

—Resúmalo, tenga la amabilidad.

—El señor Guimaraes padece un síndrome ansioso depresivo producto de la gran tensión sufrida durante muchos años.

—¿Este diagnóstico equivale a locura?

—¡Oh, no! De ninguna manera.

—¿Él comprendía cómo estaba involucrado en los actos delictivos que se le imputan?

—Sí, lo comprendía muy bien.

—No haré más preguntas, señoría —dijo la abogada sin preocupación, poniendo fin a su mal interrogatorio.

—¿La Fiscalía va a plantear alguna pregunta al doctor Hermel? —formuló el magistrado.

Raimon Osborne se puso en pie luciendo una sonrisa de oreja a oreja y pensando que el testigo de la defensa había puesto la soga al cuello al Diablo de Etiopía. Mejor imposible, entendía.

—No, señoría.

—El testigo puede retirarse —permitió el juez, comenzando a sospechar.

Este no concebía que una abogada con aureola de inteligente y espléndida defendiera con tanta torpeza a Paulo Guimaraes. Deseó que ella no se hubiera atrevido a infringir las reglas procesales haciéndose la tonta. Era normal. Edward Stanton había agotado su paciencia en este juicio. Estaba harto de astucias, de mentiras y de que se enmascararan los verdaderos propósitos.

Apenas Frank Hermel sobrepasó a Jennifer Ivison, ella se dispuso a nombrar a su segundo perito. Su aspecto tranquilo no casaba con el de una

letrada cometiendo un suicidio profesional o lesionando irreparablemente los intereses su cliente.

—Solicito que el psiquiatra Fabian Petersen testifique.

El aludido se dirigió al estrado. Prestó juramento, se sentó y se desabrochó rápidamente y de forma rítmica la chaqueta. Sus ojos inquietos iban a juego con la actividad de sus manos. De pronto, su torso avanzó hacia delante, como si se preparara para escuchar con atención algo importante. La rigidez de su musculatura facial, su gesto y su cabeza muy erguida también sugerían lo mismo.

—Buenos días, señor Petersen.

—Buenos días.

—¿Ostenta el cargo de jefe de Psiquiatría del Mental Health Institute de Los Ángeles?

—Sí. Desde hace ocho años.

—¿Se ha entrevistado con Paulo Guimaraes el tiempo suficiente para concluir un diagnóstico?

—Sí.

—¿Coincide con el de su colega, el señor Hermel?

—Totalmente.

—Gracias, doctor. No haré más preguntas, señoría.

—¿La Fiscalía precisa interrogar a este psiquiatra? —se interesó en saber el juez.

—No. Nos satisfacen los dictámenes médicos que está aportando la defensa —respondió Raimon Osborne, dejando patente que se arrimaba al parecer del doctor Petersen.

—No me asombra su repentino conformismo, fiscal Osborne. No puedo decir lo mismo del proceder de la defensa. Señorita Ivison, por favor —dijo Norman Lester mientas movía la mano para indicar que ella se le aproximara.

Jennifer Ivison caminó hacia el magistrado. Según se acercaba a su disgustada mirada, él escudriñó con más intensidad la faz de esa mujer.

—¿Qué está pasando aquí? ¿No se da cuenta de que los diagnósticos de sus psiquiatras perjudican a su representado? —arremetió contra ella

ladeando la cabeza y agudizando su contrariedad.

—¿No me estará sugiriendo que les pida que cometan perjurio?

—No, por supuesto que no. Siga preguntando a sus expertos.

Norman Lester, enfadado, pensó que la activista le estaba tomando el pelo y le ocultaba las ventajas de su ilógico interrogatorio. No andaba errado, ya que ella estaba desatendiendo su reiterada petición —que los abogados de Paulo Guimaraes actuaran de forma recta, transparente y respetuosa— y estaba decidida a seguir con su estratagema.

—La defensa reclama la presencia del señor Max Shultz.

—Protesto, señoría. A la Fiscalía no se le ha comunicado la comparecencia de este experto —denunció Raimon Osborne.

—¿Es eso cierto, señorita Ivison? —preguntó el juez con acento y actitud de reprensión.

—Sí. Lamento haber localizado al señor Shultz en el último momento. El caso es que estimamos clave su aportación pericial de cara a reforzar nuestra línea argumental —adujo Ivison.

—Está bien, lo consiento, pero que no vuelva a repetirse. En lo sucesivo informará con la antelación reglamentaria a la Fiscalía y a mí.

—Sí, señoría —se comprometió a atenerse a las reglas con modosidad y sumisión mentirosas.

Max Shultz juró el contenido de párrafos viejos. Entretanto, Stanton y Jennifer Ivison se miraron pensando en lo mismo: en fallos y en defectos criticables de su compañero temporal. A ella le molestaba el asco del joven hacia el sacerdote, que él trataba de ocultar, sin conseguirlo del todo; por su lado, Stanton no estaba nada convencido de que la nueva estrategia se ajustara a las necesidades del anciano. A la letrada no le pasaron inadvertidas sus dudas, de ahí que le dijera entre dientes:

—Tranquilo, hombre sin fe, lo tengo todo controlado.

El fiscal y sus vanidosos ayudantes también se miraron. Por sus expresiones se deducía claramente que no intuían qué estaba tramando su ladina oponente.

En esas, Jennifer Ivison se aproximó al estrado con pasos cortos y lentos, los brazos inactivos, al margen de la comunicación, y la cabeza gacha,

como si ella estuviera sumida en un estado de cavilación. Al detenerse frente a Max Shultz, alzó su mirada de falsa candidez, exhibió una sonrisa fugaz para que se notara su simpatía por este erudito que quería prestarle apoyo e improvisó un saludo. Enseguida pasó a interrogar.

—Señor Shultz, ¿cuál es su ocupación?

—Doy clases de economía en Yale.

—¿En qué especialidad?

—Macroeconomía.

—¿Se podría decir que, en el ámbito universitario, a usted se le reputa de autoridad en la economía occidental y en la africana?

—Entran en mi campo de estudio. Me doctoré en Economía Internacional. Además, he publicado dos libros sobre la economía de África y otro en el que analizo la de los países industrializados.

—¿Ha seguido este juicio?

—Lo cierto es que sí. Y con enorme interés. Ha despertado mi curiosidad.

—¿Recuerda las apasionadas manifestaciones de Paulo Guimaraes en que denunciaba que, con lo que los ciudadanos de este país nos gastamos en alimentar a nuestros animales domésticos, se podría poner remedio al hambre infantil en África?

—Perfectamente.

—¿Las encuentra exageradas o inciertas?

—No.

—¿Por qué no?

—Protesto, señoría. Este interrogatorio no tiene como fin probar la inocencia de Paulo Guimaraes —objetó el fiscal.

—Yo también lo encuentro irregular, letrada —comentó el juez con acento conciliador—. Aclárenos la pertinencia de que el profesor Shultz intervenga en este proceso penal disertando sobre las particularidades de las economías africana y estadounidense.

—Su testimonio, a mi juicio, pondrá de manifiesto atenuantes en la complicidad del padre Guimaraes en los asesinatos. En el caso del Estado de Carolina del Norte contra Kramer existe un precedente. El abogado recurrió a expertos que no eran psicólogos ni psiquiatras para que

contribuyeran de manera crucial en la defensa del señor Joe Kramer, acusado, por cierto, de doble homicidio. El paralelismo es incuestionable. En virtud de este precedente, si usted no autorizara a testificar al profesor Shultz, recurriría a la Novena Corte de Apelaciones. Y tendría todas las de ganar.

El fiscal jefe apuntó el nombre del caso con la idea de estudiarlo más tarde. A renglón seguido musitó:

—Maldita zorra.

Todavía estaba profiriendo insultos en voz bajísima cuando soltó la pluma de nácar y clavó su mirada de fastidio mayúsculo en la de Jennifer Ivison.

—¿En qué año se instruyó ese juicio? —preguntó el juez—. No me suena de nada. Y no suele pasarme —Su voz oscilaba entre la humildad y la vanidad. Ora prevalecía la humildad de quien es consciente de que le faltan muchas cosas por saber, ora la vanidad del hombre sobresaliente.

—Del año 1936, señoría.

—¡¿De 1936?! Traiga el resumen jurídico del expediente del caso Kramer —apremió, medio perplejo, medio molesto.

Jennifer Ivison asió con fuerza una copia, anduvo con celeridad hacia el estrado y se la tendió al juez Lester.

—Los textos subrayados corresponden a lo que he hecho referencia: la petición del abogado del señor Joe Kramer y el permiso del magistrado Marlon Robenstein. No existen razones legales que hagan dudar de que este tipo de permiso debiera ser concedido siempre en idénticas situaciones jurídicas futuras. Las modificaciones en el derecho penal desde 1936 no invalidan la sentencia del caso Kramer ni las concesiones a la defensa en dicha causa penal.

Norman Lester gruñó, cogió el expediente, lo abrió y se tomó su tiempo para leer celosamente los textos subrayados. Sus ojitos azulados parecieron maravillarse en la lectura. Tras cuatro minutos y dos negaciones con la cabeza, para enfado del fiscal, se decantó por la aquiescencia.

—Prosiga, letrada.

—¡Señoría! —se lamentó el fiscal.

—Lo siento, señor Osborne. A mí tampoco me agrada que la defensa

invoque un caso tan antiguo como argumento para salirse con la suya. No obstante, no me queda otra que transigir. Su peregrina petición tiene base jurídica. Este precedente en el juicio contra Kramer la convierte en legítima.

El fiscal apretó los dientes, se propinó una palmada sobre el muslo, entregó la nota con el nombre del enojoso proceso penal a su ayudante y, con todavía más irritación, le ordenó:

—Encuentra este puto juicio del Jurásico en los archivos. Quiero una copia completa en mi mano esta misma mañana.

El ayudante se marchó de la sala como un delincuente sigiloso abandona el lugar que acaba de allanar. Raimon Osborne se reclinó en su silla; estaba sobrellevando mal su irritación, y no sabía esconderla. La abogada del Diablo de Etiopía se concentró para perseverar en su estrategia. No mucho después, ella hablaría afablemente:

—Perdone la interrupción, profesor. Díganos por qué no encuentra exageradas las afirmaciones del señor Paulo Guimaraes.

—El año pasado se hizo un cálculo estimativo de cuánto gastamos en alimentar y cuidar a nuestras mascotas en este país. La suma resultante era para poner el grito en el cielo, ya que ascendía a más de cuarenta y cinco mil millones de dólares.

—¿Esta suma de dinero es superior a la que dedica el Gobierno de Etiopía a sanidad?

—¡Oh, sí! Es muy superior.

—Mi cliente también mencionó el gasto de los ciudadanos de Estados Unidos en cosméticos y en ropa de marca. ¿Estas cifras se elevan a más de la que saldría de sumar lo que nos cuesta comprar y mantener a nuestros perros, gatos, canarios, hámsteres, tortugas, loros, peces de acuario, etcétera?

—Es difícil saberlo. La industria cosmética anunció que había facturado unos quince mil millones de dólares en Estados Unidos el año pasado, aproximadamente lo mismo que se ingresa con la venta de perfumes. Yo no doy crédito a ninguno de estos dos datos, sobre todo al de los cosméticos. Las cifras reales son mucho más altas. En cuanto a la ropa de marcas caras,

englobando en este concepto las compras de accesorios, como bolsos y calzado, tampoco tenemos estadísticas fiables. Los directivos de este sector ponen a disposición de los auditores de Hacienda muchos balances de cuentas deliberadamente mal hechos. Con todo, me mojaré: pienso que el dinero obtenido por las empresas de moda en Estados Unidos rebasa con creces los cuarenta y cinco mil millones de dólares.

—Así pues, sería correcto concluir que en África se está llevando a cabo una especie de genocidio intencionado.

—Miles de personas mueren cada año en el tercer mundo por la falta de compromiso de los ciudadanos y de la clase política de Occidente. ¿Es esto un genocidio intencionado? Para mí, sí. Pero es discutible.

—Gracias por su testimonio y su amabilidad, profesor Shultz.

—Señor Shultz… —comenzó la frase el juez, que interrumpió la abogada al hablar inesperadamente.

—No, perdón. Me resta por hacer una última pregunta.

El magistrado se enervó y se removió en el asiento de cerezo. Le asaltó la sospecha de que Edward Stanton y Jennifer Ivison se habían confabulado para exasperarlo. Las mismas artimañas, igual doblez recurrente, idéntico empeño en que sus palabras estuvieran presentes en las mentes de los miembros del jurado cuando deliberaran… Comenzó a profesarles admiración profesional y a aborrecerlos.

—¿Qué opina de la manera de actuar del misionero?

—Preferiría no decirlo.

—Protesto, señoría. La pregunta es improcedente. El profesor Shultz declara en calidad de entendido en economía. No se halla en el estrado por sus conocimientos en ética —arguyó Raimon Osborne, muy seguro de que su protesta era coherente y oportuna.

—Protesta bien sustentada. Ha lugar. Señor Shultz, no responda.

—¿Puedo hacer un comentario, señoría? No responderé a la pregunta.

—Puede.

—Habría sido un suplicio hallarme en su lugar. Me habría sentido muy confuso y apenado.

—¿Por qué? —interrogó Jennifer Ivison.

—No conteste. Salga del estrado —dijo el juez Norman Lester de forma protectora. Al mismo tiempo, a modo de aviso, lanzó una mirada de advertencia a la abogada para que acatara siempre sus instrucciones y directrices, y le dio un toque de atención:

—Está usted acabando con mi paciencia. No siga por ahí, letrada.

—Bien, bien.

—¿Va a llamar a otro perito?

—Sí. Será el último, señoría. Me acojo al mismo precedente del caso Kramer. Requiero la presencia del doctor Paul Rush.

Cuando Paul Rush se comprometía mediante juramento a ser respetuoso con la verdad, Lancaster tenía la mirada perdida y andaba meditabundo, pues había llegado a la conclusión de que Max Shultz, con sus valoraciones y análisis, disculpaba el salvaje pragmatismo del misionero. Desde luego, sus atrevidas declaraciones habían hecho mella en las convicciones del barcelonés a la vez que le habían hecho percatarse de que persistían sus dudas sobre lo que era bueno y malo. Y, por si esto fuera poco, ahora sentía que estas dudas tan ingratas se estaban intensificado. El sacerdote ya no le parecía un ser pérfido y codicioso —su figuración antes del viaje a Etiopía — ni un hombre trastornado por la situación y al borde de la locura —lo que pensó después de discutir con él en la misión—. Sin embargo, a pesar de los cambios en sus juicios y apreciaciones, no se arrepentía de haber posibilitado su arresto. Nada justificaba la venta de niños al mejor postor.

—Buenos días, señor Rush —saludó Jennifer Ivison.

Algo, presumiblemente su piedad hacia los débiles, esplendía en los ojos castaños de la letrada y le daba bríos y empuje, que utilizaría para cumplir su meta de persuadir al jurado y a los demás oyentes.

—Buenos días.

—Díganos qué profesión y cargo tiene actualmente.

—Soy pediatra y ocupo el cargo de director de operaciones de Médicos Sin Fronteras en el África subsahariana.

—¿Ha leído lo que ha denunciado el señor Paulo Guimaraes Barbosa en el transcurso del proceso?

—Sí. Usted me proporcionó una copia de sus manifestaciones y la he

leído dos veces.

—¿El patético panorama que él ha descrito es real? Se lo preguntaré de una forma menos suave: ¿había cientos de personas en su misión de Etiopía condenadas a morir cada año a menos que consiguiese dinero por su cuenta como fuese?

—Las alegaciones del misionero se ajustan a la realidad —corroboró Paul Rush—. Claro está que la catástrofe humanitaria de 1984 no es comparable al escenario actual. En 1984 y 1985 él salvó centenares de vidas; en los 90 y en los ocho últimos años, unas decenas cada año.

—¿En qué se basa para afirmar que esas alegaciones se ajustan a la realidad?

—En mi formación médica, en mi experiencia y en mi buen conocimiento sobre Etiopía.

—¿Cómo es que Médicos Sin Fronteras no interviene en Etiopía?

—Sí intervenimos en Etiopía durante la hambruna de 1984, aunque no en el territorio donde está ubicada Nazaret.

—¿A qué obedeció que allí no estuvieran presentes?

—Nuestros recursos eran limitados… y lo siguen siendo. Esta es la única razón de que ni operásemos entonces ni operemos ahora en la provincia de Oromía y en otras de sus mismas características. Siempre nos ha resultado inasequible abarcar todas las zonas paupérrimas de África, que son muchas debido a los conflictos armados, la sequía, la irresponsabilidad de los gobernantes, la inestabilidad social y otros factores. Y, además de que el presupuesto de Médicos Sin Fronteras ya es de por sí escaso si consideramos la inmensa labor por realizar, nos vemos en la necesidad de sobornar a los políticos locales casi cada vez que traemos medicamentos a sus países.

—Aclárenos esto, por favor —demandó el juez con voz de ruego. Estaba casi estupefacto; poco después la enérgica condena en sus pensamientos le provocó una mueca de repulsión.

—Una parte de nuestros fondos se desperdicia en regalos forzosos, en dar dinero a base de bien a los políticos autóctonos. De no mostrarnos tan «desprendidos», de ningún modo nos extenderían los permisos para

importar medicinas y vacunas. ¿Comprende?

—Lo comprendo y lo repudio. Las debilidades morales de los políticos son un cáncer para África, así como para la ética. Y, visto desde una perspectiva puramente jurídica, estas bajezas que usted ha revelado constituyen hechos criminales perseguibles. ¿Ha informado de estas peticiones de dinero extremadamente reprobables al representante público al que le compete sancionarlas?

—Informamos al comisionado de la ONU para África. Nos contestó lo que ya sabíamos: «La corrupción política tiene difícil solución en este continente». Con frecuencia a los gobernantes africanos no les preocupan las condiciones de vida miserables de su propio pueblo, solo el enriquecimiento personal. Resulta chocante, inconcebible, pero es la realidad. Perdónenme por contar estos hechos y este estado de cosas tan lamentables con naturalidad, sin el esperable enfado. No es por indolencia, sino por pura resignación.

—Imagine que alguien encargado de velar por los necesitados en África no se acostumbra a la resignación, no se conforma con permanecer pasivo mientras las calamidades se cobran miles de vidas. ¿Entendería que actuara como el padre Guimaraes? —planteó la abogada. Notoriamente, ella ambicionaba apuntarse un tanto decisivo con la respuesta del médico. ¿Cuál? Sembrar o alimentar la indecisión en, al menos, un miembro del jurado.

—No, letrada. Exonero de contestar a esta pregunta a su especialista —dijo el magistrado, imponiendo su criterio.

—Señoría, me gustaría significarme sobre esta polémica —manifestó el doctor Rush.

—Está bien. Conteste.

—Yo no he dado ese paso, señorita Ivison. Nunca he permitido que la desesperación sea mi consejera. De haberme dejado influir por ella, habría hecho lo mismo que Paulo Guimaraes. A mi modo de ver, sus acciones fueron criminales y aborrecibles, aunque también positivas, útiles y racionales.

Esta imprevista convergencia de juicios de valor entre el directivo de

Médicos Sin Fronteras y el misionero inquietó y enojó al fiscal. Además, lo movió a honda preocupación tomar consciencia de que la estrategia de Jennifer Ivison, *a priori* inofensiva para los intereses de la Fiscalía y contraproducente para los del encausado, estaba dando sus frutos. Para él, esta vez ganar no se reducía a mejorar sus estadísticas como fiscal. Había más. El discurso de la defensa atacaba su estructura de creencias y de valores morales: conducirse con rectitud, obrar bien en la vida. Ciertamente, ese hombre conservador pensaba que en el mundo no debían corregirse las desgracias con desgracias y que la maldad no era la cura de la maldad. Por todo ello, sentía la necesidad de enseñar el camino correcto a los ciudadanos dubitativos.

—¡¿Cómo que positivas?! ¿Ha perdido el juicio? —alzó la voz Raimon Osborne, muy enfurecido.

—Estoy en mi turno, señoría. El fiscal podrá interrogar al doctor Rush cuando yo finalice.

—En efecto. Conténgase, señor Osborne. Enseguida tendrá ocasión de cuestionar y rebatir sus aseveraciones —dijo con actitud conciliadora.

El fiscal asintió. Entre el público proliferaron los insultos de mal tono contra el doctor Paul Rush y el misionero portugués. Por añadidura, algunos asistentes se desataron en acusaciones durísimas a viva voz, reacciones que contrariaron al juez. Tras unos veinte segundos de algarabía, este estalló.

—¡Silencio, silencio! Alguaciles, desalojen la sala.

Los alguaciles se pusieron manos a la obra. Por de pronto, sacaron de la sala a los coléricos de uno en uno y, luego, en grupos, a los menos exaltados. Una vez completada la expulsión del público, únicamente alteraron el silencio de la sala los sonidos de las quejas y de los insultos que, desde el corredor, entraban por debajo de la puerta. El magistrado, con cierto disgusto, aguardó a que esos insultos y quejas bajaran en fuerza y en cantidad. Entretanto, Marc Lancaster, que fue de los últimos en ser desalojado, se lanzó a la cafetería de la planta baja para ver el resto de la sesión en la televisión.

En el momento en que el juez Lester percibió el ambiente de recogimiento

imprescindible para continuar, dijo:

—En vista de que el público mantiene su mal y ruidoso comportamiento, a partir de hoy y hasta su conclusión, el juicio se celebrará a puerta cerrada. Miembros del jurado, hagan caso omiso de los insultos proferidos. No han de influirles cuando deliberen sobre si Paulo Guimaraes Barbosa es inocente o culpable. Los ánimos han estado muy exacerbados durante las sesiones. Les ruego encarecidamente y les ordeno, en este orden, mantener la serenidad y la imparcialidad pertinentes. La justicia merece este esfuerzo de su parte. Prosiga, letrada.

Ella dedicó una sonrisa al juez como muestra de amabilidad, concentró una cálida mirada de benevolencia sobre Paul Rush y preguntó:

—¿Debo interpretar, por lo tanto, que para usted el señor Guimaraes obró de modo apropiado?

—Sí —contestó después de una larga pausa, en la cual caviló y se abrumó.

—No haré más preguntas, señoría.

—Su turno, fiscal Osborne —indicó el juez Lester.

Jennifer Ivison retrocedió hacia su silla al mismo tiempo que el fiscal se levantaba, se volvía sombrío y susurraba una admonición. Una vez que él estuvo de pie, observó al testigo y se resolvió a censurarlo con mayor rigor que antes hiciera.

—No voy a formular preguntas ni a despotricar contra esta inaudita declaración, señoría. Solamente haré una recomendación al testigo: ceda su puesto en Médicos Sin Fronteras a otro doctor con más sentido común e integridad —propuso el fiscal en actitud moralizante y con una voz que creaba una sensación de superioridad ética genuina.

—Protesto. No se está juzgando al doctor Rush —hizo notar Jennifer Ivison, mirando alternativamente al magistrado y al fiscal—. Cuando a nuestro ilustre y engreído fiscal jefe le apetezca aconsejar sobre decoro y probidad, tiene a su disposición a sus testigos, a su familia y a sus amigos.

—Se acepta la protesta. El jurado también ignorará la última observación del fiscal. Letrada, exprésese con más suavidad y educación en sus próximas protestas.

—Sí, señoría —mintió al paso que recuperaba el aire modoso para parecer una abogada condescendiente y respetuosa de las normas y la autoridad.

Norman Lester ordenó retirase al testigo y anunció que se levantaba la sesión.

Entonces, Jennifer Ivison anduvo satisfecha hasta su silla, se sentó, descansó la espalda contra el respaldo y se quedó absorta pensando en que había expuesto bien la postura ideológica compartida por ella y el misionero: debían tomarse las decisiones que permitieran la supervivencia del mayor número de pobres en África, incluso cuando tal forma de proceder implicara vulnerar leyes, y los gobernantes de Occidente rehuían su obligación moral de auxiliar a la humanidad. Ciertamente, la abogada creía que las políticas de los países desarrollados resultaban pésimas, toda vez que no combatían el egoísmo de sus ricos y ponían en peligro la vida de los hambrientos del tercer mundo. Y también creía que Paulo Guimaraes había protagonizado una insurrección a causa de esas políticas de Estado y ahora le querían echar la culpa de los males del mundo. La injusticia social promovida, cuando no ordenada, por las élites de Occidente había matado a esos tres niños inocentes, así que su desdichado cliente era una cabeza de turco necesario, pensaba ella.

16
DRAZEN STEPANEC

John Roberts exigió colaboración a algunas de sus amistades para que Lancaster hablara en privado con con Drazen Stepanec y Mike Lambod, el asesino de los novelistas, en sus respectivos presidios. El segundo de estos encuentros, forzados para los reclusos, se produjo a fin de trasladar un mensaje del gran empresario a Lambod: «Mañana ofreceré mucho dinero para que te maten». El primero tuvo lugar por un deseo del barcelonés, saber cómo era Drazen Stepanec. El detective de Roberts ansiaba apreciar poca integridad en el teniente. Tenía la esperanza de que, en caso de descubrir fijaciones de pervertido y de detectar una mirada maligna en él, sus dudas respecto a haberse opuesto a que entrara más dinero clandestino en la misión se disiparían al momento. Le salió mal. Creyó estar viendo a un hombre muy normal en lugar de a alguien intrínsecamente malvado.

Durante la visita de Lancaster a Stepanec, este policía de cabello castaño, alto, flaco y de ojos contemplativos representó de manera mejorable su papel de inocente. Aducía que el sacerdote le había tendido una trampa, mas sus afirmaciones eran difíciles de creer porque, de vez en cuando, su excesiva frialdad, su esquivez y sus miradas irreverentes evidenciaban que estaba diciendo una sarta de mentiras. Le traía sin cuidado que el investigador privado y la gente en general lo consideraran cómplice de los secuestros en Nazaret. Sin embargo, hablaba con cautela para no caer en ninguna contradicción que sirviera de prueba para la Fiscalía —se grababan todas sus conversaciones—. En aquella tesitura, los monosílabos eran sus vocablos favoritos. Casi siempre que respondía con ellos, se distinguía en su rostro su seguridad de haber hecho lo más conveniente al encubrir al misionero. ¿Por qué mentía? Quería conservar su trabajo y su pensión, y quedar en libertad, unas aspiraciones asequibles dada la falta de pruebas.

¿Por qué no se esforzaba en parecer inocente? No se arrepentía de nada.

Marc Lancaster se hacía cargo de que era muy sensato mentir en las circunstancias de Stepanec. Así él evitaba las represalias por haber obrado como una Antígona del siglo XXI —dando prioridad a hacer lo que estimaba justo e infringiendo las leyes—, esto es, por su actuación delictiva. Con todo, el exescolta tuvo ganas de reprenderlo por su exasperante laconismo y sus mentiras repetitivas, ya que este cinismo comportaba prolongar unos meses o eternizar las mortificadoras dudas que tenía desde que escuchara los razonamientos de Guimaraes en Nazaret. Él necesitaba escuchar que el policía había colaborado gustosamente por dinero, que se había portado de modo ruin e innoble, que carecía de compasión... Quería el sosiego que nacería justo después de saber que estaba observando a un perverso que había obrado en Etiopía conforme a su manera de ser. El teniente de la Policía de Los Ángeles no le concedió este paliativo. Y jamás se lo concedería.

Drazen Stepanec solo se desmoronó unos instantes, cuando Lancaster le preguntó qué había sido de Débora Benti. Durante las evasivas que siguieron a esta pregunta, el investigador privado se dio cuenta de que, como mínimo, un sentimiento de culpa manchaba la conciencia del preso y que en él había un cariño imperecedero hacia la niña etíope abierta en canal, así como un padecimiento muy grande. Esto le hizo figurarse que, cuando estuvo en Túnez, se desplazó hasta Etiopía a conocerla.

El teniente, para proporcionarse alivio, usualmente se decía que había tomado la decisión más beneficiosa para los etíopes de Nazaret. Merced a esta forma de raciocinar, exacta a la de Paulo Guimaraes, mantenía sus remordimientos en la levedad, algo necesario para que su corazón no se rompiera a pedazos.

En la conversación con Mike Lambod, el detective barcelonés advirtió que este era muy distinto al policía. El deseo de hacer daño palpitaba en su faz, en especial, alrededor de sus pupilas. Se diría que no se arrepentía de sus crímenes y que nunca lo haría. En verdad, así era. Su apetito asesino se había malinterpretado a lo largo de los años debido a su profesión, cabo en la infantería de Estados Unidos. En este cuerpo, sus acciones violentas en

combates bélicos, tanto reales como simulados, recibían numerosos elogios, puesto que todos creían haber presenciado una manera entusiástica de cumplir las órdenes o demostraciones de hermandad hacia sus compañeros bajo el fuego enemigo. Pero, en realidad, ni la obediencia ni la hermandad tenían nada que ver con el extremismo y la causa de su violencia. A los quince días de su expulsión del Ejército, por masacrar a seis civiles en Samarra —a quienes «confundió» con insurgentes iraquíes armados—, se unió a un grupo de ultraderecha que se divertía haciendo maniobras campestres en Dakota cada fin de semana. Era poco para él y su carácter violento; se le antojaba matar a muchos, como en Iraq. El comprador canadiense, con su encargo, le permitió alejarse de ese aburrido ambiente, en el cual, si bien era aceptado, no hallaba placer. Además, el dinero ofrecido por Lucas Shipp supuso un buen acicate para que arrasara la tranquilidad de los novelistas de género negro y sembrara la muerte a su paso por tres continentes.

La respuesta de este asesino de civiles iraquíes y de escritores de novela negra a la amenaza de Lancaster, o sea, a las palabras de John Roberts, fue una gran carcajada. ¿Era irracional que se sintiera tan a salvo? No. Le habían hecho un hueco en la banda aria de la cárcel y sabía que no tardaría en capitanearla, en sentarse en el trono de aquel sórdido lugar, por cuanto sus crímenes se consideraban proezas allí. Exclusivamente la pena de muerte lo mandaría al cementerio en fechas próximas. Un pago espléndido del magnate no garantizaba, en modo alguno, que un sicario carcelario a su devoción sorteara o venciera a la musculosa guardia pretoriana con tatuajes nazis y sin auténticos genes arios de Lambod. Ante la carcajada de este, el investigador privado intuyó más seguro y satisfactorio gastar dinero en contratar a un abogado de relumbrón con vistas a obtener su condena a muerte en el juicio inminente que darlo a esbirros voluntariosos en inferioridad numérica.

Al término de las dos conversaciones baldías, sobre la media tarde, Marc Lancaster se dirigió a la cita con Roberts para informarle de que el psicópata no se había asustado y para encarecerle que esto no cambiase su voluntad de derramar donaciones en Etiopía.

El día de la sesión del juicio en que el doctor Rush enfureció al fiscal aún no había tocado a su fin. Las nubes sufrían las acometidas del viento, retumbaba una tormenta distante, el velo de la noche se extendía casi hasta lo más profundo del horizonte marino de Los Ángeles.

Jennifer Ivison había recalado en un bar tranquilo con cierto encanto, el Firenze, para relajarse y compartir impresiones y comentar algunas ideas con Edward Stanton. El bar ofertaba comida de calidad y deliciosos cócteles, y disponía de mesas apartadas. Se trataba de un buen sitio para distraerse y pulir la estrategia de cara al siguiente asalto del proceso criminal.

El abogado de oficio se rascó la nuca en ademán pensativo y se preguntó qué sería lo próximo que Ivison haría en el tribunal. Él no estaba nada conforme con su forma de defender al jesuita, pero no le quitaba el sueño lo que el futuro le reservara a este cliente indeseado.

—¿Cuál será tu siguiente paso? ¿Sacarás otro conejo de la chistera?

—Nuestro siguiente paso, querrás decir.

—De eso nada. Yo estoy fuera.

Edward Stanton hizo temblar los cubitos de hielo en su vaso con dos movimientos de muñeca de jugador de cartas. Destilaba pereza e indolencia.

—Desde que llevas la batuta, estoy en la sala meramente de cuerpo presente —matizó entre tintineos.

Ella enarcó las cejas, presionó un labio contra el otro, manifestó desencanto y afirmó lentamente con la cabeza, como los viejos melancólicos. En conjunto, indicaba que se conformaba, que no insistiría en aunar fuerzas.

—Me queda la carta principal. He citado a testificar a un alto cargo del Departamento de Defensa. Le preguntaré cuánto dinero va a parar al Ejército de Estados Unidos cada año. Las sumas totales por compras de cosméticos, ropa y animales domésticos no son sino pequeñeces al lado de los gastos militares.

—Jennifer, sé sincera, ¿qué pretendes obtener? ¿Alabanzas de los antisistema? ¿Más fama? ¿Qué subyace tras tu empeño?

Stanton todavía no se explicaba qué la había impulsado a apoyar incondicionalmente al misionero. Estaba arriesgando su prestigio y, si perdía, como todo apuntaba, su cartel se vería afectado. Él no concebía que tal apoyo pudiera atribuirse al altruismo. ¡Se juzgaba a Guimaraes por trata de niños y complicidad en sus asesinatos! Debía de haber otra razón, se dijo.

—No persigo la fama ni soy vanidosa. Aspiro a concienciar a la gente, a lograr que entiendan quiénes mataron a los tres niños etíopes.

—¿Quiénes mataron a los tres niños etíopes? Te lo diré yo ahora mismo. El jesuita Paulo Guimaraes Barbosa y sus viles y codiciosos compinches.

—¡No, no! ¡Recapacita! También los matamos tú, yo y todos cuantos toleran el hambre en el tercer mundo mientras disfrutamos de una vida llena de comodidades.

—El mundo no es una maravilla, Jennifer, pero asesinando a niños, partiéndolos a cachitos y vendiéndolos no lo hacemos mejor. La solución jamás pasará por cometer esas locuras.

—No te lo discuto. La solución tiene otro punto de partida: que las sociedades occidentales pasen vergüenza y hagan examen de conciencia. Y de eso va nuestra defensa. ¡Qué equivocado estás en tantas cosas!

—Seguramente —ironizó Stanton—. Encima, debo de ser tontito, dado que confiaba en que, con mi estrategia jurídica, libraría a Guimaraes de la pena de muerte.

—Le advertí que tus argucias lo favorecían. Tengo ética profesional, aparte de ética social. Él antepuso la publicidad para su causa a evitar la cárcel. Está dispuesto a cumplir cadena perpetua o a morir. Representamos a un hombre valiente que se preocupa más por los demás que por él mismo.

—¡Lo que hay que oír! —exclamó el abogado levantando las manos con asombro, y para desahogar su enfado, añadió—: ¡Llegaremos a un punto en el que enalteceremos a los asesinos y los convertiremos en héroes!

—Sería desacertado calificar a Paulo Guimaraes de asesino o de héroe. Lo justo es verlo como un anciano desgraciado al que no le han dejado otra alternativa que actuar de manera cruel y odiosa, en contra de su humanidad.

—¡Humanidad! ¿En él?

—A ti de ninguna forma te haré comprender que la culpa de lo acontecido en Nazaret no es suya. Tu actitud pasota, tu tirria gratuita hacia él y, sobre todo, el temor a descubrir que siempre has vivido dando la espalda a tus hermanos que pasan hambre en el tercer mundo te impiden reflexionar de modo crítico.

—Vaya, mira por dónde. Soy una persona dominada por la tirria, avara y obtusa. No te rebajes a tratar de iluminarme, sería rogar a ruines.

A Jennifer Ivison le alegró una expectativa más viable que ganar el juicio: despertar a la ciudadanía y fomentar su generosidad. Es decir, conseguir que los individuos insolidarios se tornaran comprometidos, reducir la injusticia social contemporánea. El deseo de materializar este ambicioso proyecto abrió sus ojos de par en par, titiló en ellos y le provocó una expresión de ilusión.

—Afortunadamente, sí haré entrar en razón a cientos de miles de estadounidenses. Entonces cobrarán conciencia de la amarga realidad: la gente famélica del tercer mundo existe y muere a manos de un asesino de masas al que todos encubrimos, el egoísmo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y te diré más. Intentaré que lo absuelvan.

—No lo lograrás, deja de soñar despierta.

—Yo también lo presagiaba al arrancar el juicio. Ahora no. Pienso que, jugando bien mis bazas, a uno de los del jurado popular le entrarán dudas. Me basta con uno.

—Te basta con uno, a no ser que los demás se lo recriminen a coro y lo atosiguen. No te autorizarán a acceder a sus reuniones para darle ánimos cuando lo agobien y lo humillen. No te saldrá bien.

Jennifer Ivison resopló. Se le alcanzaba que el peligro apuntado por Stanton era real. La mayoría presionaría en favor de la unanimidad, acosaría a quien osara salir del rebaño, de modo que a ella le hacía falta, al menos, un miembro de buen corazón, amplio de miras, indócil y muy fuerte de espíritu. También se le alcanzaba que la brillantez en su exposición ante el jurado popular allanaría el camino a los que se atrevieran a discrepar. Ansió bordar ese alegato final.

17
LA CARTA PRINCIPAL

Jennifer Ivison giró la cabeza hacia atrás para mirar a su último especialista, el coronel Michael Nisbet. Su interrogatorio constituía su apuesta más arriesgada en la defensa del sacerdote. Era muy consciente de ello. De hecho, temió haber actuado con imprudencia al observarlo en la segunda fila del público, entre los haces de luz ocre parpadeante que atravesaban en diagonal las cristaleras y cubrían a parte de los asistentes, exornando sus figuras y volviéndolas bellamente luminosas. Ella esperaba apreciar en el militar enfurecimiento, así como una cierta confusión, por haberlo citado. Mas no era lo que ocurría, ni por asomo. No se desdibujaba en el rostro de Nisbet su firmeza de ánimo, ni tampoco su confianza en el éxito al responder a cualquier reto. Estos signos pusieron nerviosa a la abogada. ¿Había medido bien los riesgos de interrogar a un enemigo tan pundonoroso e inteligente frente a un jurado popular?, se preguntó. Su respuesta, si bien adolecía de cierta cobardía, como si estuviera pensada para no afrontar esta cuestión, fue muy coherente: ahora debía controlar su nerviosismo e ingeniárselas para que las respuestas de su antagonista justificasen las ventas de niños de Paulo Guimaraes. Deseaba escuchar declaraciones como: «Estoy a favor de que en las partidas presupuestarias estadounidenses se priorice la fabricación de armas en detrimento de abastecer de comestibles y medicinas al tercer mundo». Ella cumplió su primer objetivo: ofrecía una apariencia relajada, de creer en sus posibilidades; más aún, rebosaba el optimismo de los muy tesoneros. El segundo, que las respuestas del coronel contribuyeran a lograr el perdón colectivo, quedaba pendiente y no era nada sencillo.

—La defensa llama a declarar al coronel Michael Nisbet.

Nisbet juró despacio y se sentó en el estrado totalmente impávido, acorde

con la inflexibilidad y la entereza que reflejaba su historial militar. Aun así, Jennifer Ivison no acertó a discernir si su comportamiento tenía su raíz en la naturalidad o en la soberbia.

—Buenos días, coronel —saludó ella con cordialidad, remirando a su rival e inquieta por su actitud de plena seguridad.

En el militar, a sus cincuenta y dos años, destacaban su sobriedad y su radicalismo ideológico. Tenía un cuerpo alto, fuerte y bien proporcionado, el bigote y el cabello de color gris, los rasgos duros, los ojos negros, tranquilos e impresionantes, y la forma de ser de un animal de siete vidas: casi siempre estaba en actitud vigilante y recelosa, y cuando no lo estaba, en un segundo la recuperaba siempre que quería.

—Buenos días.

—Antes de nada, quiero pedirle perdón por haberle obligado a venir —se disculpó amistosamente la abogada. Y tras una efímera pausa habló para los componentes del jurado—: El coronel Nisbet, a diferencia de los otros testigos y peritos de la defensa, no comparece en la sala de forma voluntaria. ¿Es así, coronel?

—No le veía sentido a venir a testificar sobre unos crímenes perpetrados por civiles en Etiopía y en quirófanos de nuestro país —confirmó. Su mirada permanecía inalterable, tranquila, impresionante, con un matiz de malquerencia—. Me he presentado ante este tribunal porque recibí una citación judicial, una invitación que no se puede rechazar.

—Coronel Nisbet, ¿cuáles son exactamente sus cometidos en el Departamento de Defensa?

—En los últimos seis años, el Estado Mayor me ha asignado un único cometido: calcular el presupuesto anual de nuestras Fuerzas Armadas. Con posterioridad, en un plazo de uno o dos meses, mi cálculo se traslada al Congreso. Este organismo tiene la última palabra. Los congresistas recortan el presupuesto o lo aprueban.

—Una labor complicada la suya.

—Lo es.

—Por los datos que usted maneja cuando confecciona dicho presupuesto, ¿posee un conocimiento muy preciso del dinero público reservado para la

fabricación y compra de armamento?

—Sí, muy preciso.

—Díganos, ¿a cuánto asciende esa cantidad? No le añada los gastos en servicios médicos, comida y vestuario para nuestros soldados.

—Déjeme pensar…

El coronel desvió su mirada hacia la izquierda, pensó en las cantidades que había que restar del total y efectuó mentalmente las operaciones aritméticas. Por unos segundos, pareció que en su inmóvil mirada había un asomo de dulzura; era una dulzura engañosa. Luego afirmó:

—Unos quinientos cuatro mil ochocientos millones de dólares.

—El cuatro por ciento del producto interior bruto de los Estados Unidos.

—*Grosso modo* .

—No estamos en guerra. ¿Cree que gastar semejante cifra astronómica entraña una inmoralidad?

—¡Protesto! Es más de lo mismo, señoría. Este experto ha venido con la precisa condición de testificar sobre asuntos militares muy específicos. No le incumbe responder sobre temas morales ambiguos —criticó el fiscal Osborne—. ¿Tendremos que aguantar estos sinsentidos durante todo el juicio? ¡Basta ya!

El magistrado Norman Lester meditó su decisión. Cuando iba a aceptar la protesta, Michael Nisbet le hizo saber:

—Deseo responder a la abogada. Y mucho, la verdad sea dicha.

—Adelante —accedió el magistrado a la vez que abría suavemente sus manos en señal de aceptación.

—Señorita, su reparo lo vengo oyendo desde hace años, incluso en el seno de mi propia familia. Martina, una de mis sobrinas, comparte su sentir. Cada Navidad aguanto sus berrinches y sus censuras relativas a la inmoralidad de que haya tanto dinero para armamento y tan poco para las políticas de protección social. Martina, usted y el resto de los progresistas de este país que abogan por la reducción drástica del gasto militar adoptan una postura errónea y, además, nociva para la estabilidad social. Esta cifra en absoluto es excesiva.

Jennifer Ivison hizo ademán de hablar y contraargumentar, pero el coronel

utilizó sus buenos modales para que no lo interrumpiera. Deseaba dejarla en evidencia por haber puesto en duda que se hubiera de proteger a la nación con tatos medios.

—Concédame terminar, por favor. Usted se basa en que no estamos en guerra para calificar esta cantidad de dinero de astronómica y, por ende, para acusarnos de ser irresponsables a quienes nos oponemos a reducirla. ¡Cuántas cosas positivas y necesarias para la sociedad se podrían sufragar con ella! ¿A que sí?

—Ciertamente —respondió la abogada, esforzándose para que su rostro no revelara su sospecha: Michael Nisbet sentía que el tribunal era su momentáneo campo de batalla, por lo que se proponía arrollarla con su razonamiento y vencerla.

—Sería posible invertirla en mejorar la calidad de la enseñanza de nuestros jóvenes, en sanidad o en servicios sociales, lo cual estaría muy bien si no fuera por un hecho fundamental que, por candidez, usted ha omitido: no estamos en guerra precisamente gracias a que destinamos esta ingente cantidad de dinero a la defensa militar de nuestro país. Sin ella careceríamos del poder con el que preservamos nuestro modo de vida: la libertad y la democracia. No disfrutamos en el mundo de una paz filosófica, tenemos una paz romana, señorita Ivison. Países como Corea del Norte, Irán y otros nunca nos han atacado en el pasado porque sabían que con nuestra capacidad de respuesta los habríamos aplastado. Los militares nos responsabilizamos de que usted y el conjunto de los ciudadanos de Estados Unidos puedan llevar una vida tranquila. Compran en el supermercado, llevan a sus hijos al colegio, entrenan en el gimnasio, ven una película en el cine..., y jamás les preocupa la posibilidad de que un ejército extranjero bombardee sus casas o desembarque en nuestras costas. Hacen bien; no tienen motivos para preocuparse. ¿Sabe por qué no los tienen? Por ese cuatro por ciento del producto interior bruto. No, no la encuentro una cifra muy elevada. Está en consonancia con el nivel de seguridad que los ciudadanos norteamericanos demandan y merecen, señorita —esgrimió el coronel con recia voz.

Jennifer Ivison se culpó de haber metido la pata hasta el fondo. Con

fundamento. El coronel había pronunciado una lúcida apología. Sí, había reconocido una infamia cuando controvertían —se destinaba anualmente una enorme suma de dinero al Ejército—. Sin embargo, esto servía de muy poco, ya que había justificado a la perfección semejante dispendio al exponer su punto de vista con elocuencia y fervor patriótico. A decir verdad, ahora tal dispendio parecía una medida benéfica y de amor paternal. Seguramente, en los miembros del jurado se había asentado la idea de que los quinientos cuatro mil ochocientos millones de dólares eran un gasto de seguridad nacional razonable sin relación alguna con los crímenes del sacerdote.

—No formularé más preguntas, señoría.

La abogada caminó en dirección a su silla notando el agrio sabor de la derrota. Apenas hubo dado dos pasos, el fiscal, bien ufano, se levantó e hizo un gesto al juez, pidiendo la palabra.

—¿La Fiscalía desea realizar alguna pregunta al coronel Nisbet? —intervino Norman Lester.

El magistrado conservaba su gravedad. Podría afirmarse que su sereno estado emocional, el normal en él, contrastaba mucho con el de la abogada y el de Raimon Osborne, por la frustración de ella y la ufanía de este, una ufanía que presagiaba que hablaría con jactancia.

—Ninguna, señoría. A título personal, quiero manifestar al coronel Nisbet que suscribo y aplaudo sus palabras. Asimismo, le felicito por su impagable aportación a la sociedad.

En un instante, Edward Stanton murmuró:

—Tu carta principal, ¿eh? Te ha machacado, Jennifer.

—Ya lo sé. Cállate, caray —le dio la razón con voz de estar pasándolo mal.

En semejante apuro, Jennifer Ivison musitó una autocrítica y aparentó una calma total para no dar alas a los integrantes del jurado que identificaban hacer justicia con condenar al misionero portugués a la pena capital. Por su parte, el juez se permitió elogiar al diserto militar:

—Ya puede abandonar el estrado, señor Nisbet. Me ha complacido mucho que su declaración haya sido tan amplia y diáfana.

—Gracias, señoría.

El coronel salió del estrado y cruzó su incisiva mirada con la de Jennifer Ivison al pasar a medio metro de ella. Sus ojos de hombre impertérrito y denodado emitían este mensaje: «No has conseguido lo que pretendías, ¿verdad?». La abogada no alteró su simulación de calma, pese al regodeo de su adversario y a la gravedad del revés. De inmediato se resolvió a requerir la presencia de un testigo innombrable. Había garantizado al jesuita en la picota que nunca lo citaría, pero con el final del juicio en puertas y considerando lo mal que iba la defensa, no podía respetar este compromiso, perjudicial para su cliente. Así pues, la letrada se levantó de su silla y pidió:

—Solicito que testifique el teniente Drazen Stepanec, del Departamento de Homicidios de Los Ángeles.

—No —protestó Paulo Guimaraes con fuerte voz, con las manos frenéticas y con una mueca de disgusto; todo eso evidenciaba su sentimiento de lealtad hacia el policía.

El repentino acaloramiento del inculpado, por norma general callado y retraído, hizo más notoria su vejez prematura. La alimentación deficiente, la malaria y, sobre todo, las ventas de los tres niños etíopes lo habían avejentado.

—Se hace necesario —volvió a susurrar Jennifer Ivison—. No me lo eche en cara. Le di mi palabra de luchar por su causa. Jamás le dije que respetaría sus otros deseos.

—Yo no lo recuerdo así.

—En el fondo, mi promesa consistía en reivindicar los derechos de los etíopes en la miseria. Lo que le ocurra a Stepanec es secundario para mí. Créame, precisamos que él testifique.

La discusión no amainó mientras tomaban juramento al teniente que se encontraba bajo sospecha de haberse comportado aviesamente. El gesto del portugués traslucía sus pensamientos, que eran dos, estaba en deuda con él y estaba incumpliendo lo que quedó establecido entre ambos: no incriminarlo, siempre y cuando tuviera la boca cerrada en lo referente al tráfico de órganos. La sensación de estar fallándole, de dejarle a merced de

los odios de los injustos, hizo que el anciano se sintiera muy mal consigo mismo. Unos instantes después su disgusto mudó en un gran enojo.

Jennifer Ivison miró como una huraña intratable al jesuita. Palmariamente, no le concedía mantener su promesa hecha en Etiopía. La situación reclamaba de ella prescindir de miramientos, así como que se rompieran los dos pactos verbales que lastraban su defensa. La activista se aproximó a Drazen Stepanec con mirada inquisitiva, ambiciosa, un poco amenazante. Había recuperado la fuerza y el arrojo óptimos para desarmar con preguntas.

Marc Lancaster, con aire pesimista, la observaba en la televisión de la cafetería del juzgado. Él no había sonsacado una sola palabra al policía angelino acerca de su hipotética connivencia, a tenor de lo cual no preveía que Ivison saliera airosa cuando le exigiera confesar. No iba a ser su mejor día como abogada, estaba acumulando errores, creyó el barcelonés mientras saboreaba un Baileys con hielo.

—Buenos días, teniente Stepanec.

—Buenos días.

—He leído su impecable hoja de servicios. Quince años en Homicidios, cuatro en Narcóticos, treinta y seis arrestos, dos condecoraciones, dos veces infiltrado… ¡Buah! Cualquiera pensaría que, por su valía y experiencia, la Policía de Los Ángeles había designado a la persona perfecta para que la investigación de los niños etíopes asesinados se hiciera bien.

—Si usted lo dice… —le siguió la corriente Stepanec en actitud descontentadiza y con un toque de sarcasmo.

—Lo digo, y más sabiendo que está licenciado en Psicología. Alguien con estos estudios se desenvuelve bien un país extranjero tan distinto al nuestro como Etiopía. Un psicólogo no se siente desorientado por las diferencias culturales. ¿Supongo bien?

—Supone bien.

—Pues, entonces, hay algo que no comprendo: ¿cómo un investigador con su preparación e idoneidad de cualidades redactó un informe, en noviembre de 1996, que afirmaba que el sacerdote Paulo Guimaraes no era un homicida?

—Por dos razones: me engañó muy bien y las acusaciones las consideramos inverosímiles en el Departamento de Homicidios —contestó con aspecto de estar mucho más centrado, menos displicente y más por la labor de dar una buena respuesta—. De hecho, mis superiores me hicieron ir a Etiopía solo para seguir el protocolo de actuación tras la denuncia de un homicidio. Ellos daban por sentado que investigar las acusaciones no conduciría a descubrir un crimen.

—¿Cuántos días permaneció en Etiopía?

—Catorce.

—¿Se encerró en su habitación o viajó bastante durante su estancia en el país?

—Viajé un poco.

—¿Aparte de la zona en la que se emplaza la misión del acusado, visitó otras fuera de la capital?

—Sí, varias.

—¿Los niños estaban enfermos y desnutridos en ellas?

—A menudo.

—¿Muy a menudo?

—Sí, muy a menudo.

—¿Y en la misión del padre Guimaraes?

—No, en Nazaret todos estaban bien alimentados y cuidados.

—¿No le llamó la atención este contraste? ¿No ató cabos? ¿Es verdad que el acusado admitió su papel en los asesinatos y que usted pensó como él: los beneficios colectivos de los crímenes compensaban con creces la muerte de un infortunado cada muchos años? No pudo soportar la idea de condenar a una muerte prematura a centenares de etíopes de la misión Nazaret y de las aldeas vecinas. Le entiendo. Yo habría sentido lo mismo, así que también me habría quedado ciega temporalmente. ¿Es cierto que sus superiores sospechan que encubrió a Paulo Guimaraes y que Asuntos Internos le ha estado investigando?

—¡Cállate, puta! —echó el detective, fuera de sí por efecto del largo hostigamiento y de los torturadores recuerdos de Etiopía. Su faz se contorsionó, en sus negros ojos prendió el fuego de la ira.

El juez y Jennifer Ivison se asombraron sobremanera por la desaforada reacción del policía. Después, pasado un instante, el primero se indignó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jennifer Ivison como no dando crédito a lo que había oído. No salía de su asombro.

—¡Es vergonzoso que haya hablado con tanta grosería en mi tribunal y que haya sido tan soez y descortés con la abogada de la defensa! —bramó el juez, muy enfadado, en paralelo a que del asombro de Jennifer Ivison brotaban tres palabras—. Le impongo una multa de mil dólares y, si reincide, lo conducirán al calabozo. No tendré en consideración sus condecoraciones, sus años de honorable servicio a la comunidad y su larga lista de méritos contraídos. ¿Lo entiende?

—Sí, señoría. Perdón. No volverá a suceder.

—¿Se ha repuesto, señor Stepanec? —preguntó Jennifer Ivison sin dar muestras de resentimiento ni de sentirse insultada.

—Totalmente.

—¿Qué opinión le merece que el misionero Guimaraes salvara la vida a centenares o miles de africanos a costa de la de tres?

Drazen Stepanec no respondió con prontitud. Su silencio y su apariencia eran los de una persona culpable sopesando bien cuanto diría, para evitar cometer un desliz que lo incriminara. La espontaneidad brillaba por su ausencia.

—Efectué mis indagaciones de manera profesional. Llegué a una conclusión equivocada porque él me mintió, las acusaciones se me antojaban muy poco fundadas y tenía mis capacidades para indagar mermadas debido a que mi hermana se había suicidado tres semanas antes. Sobre la valoración moral de sus actos delictivos, no voy a posicionarme. Tengo mi opinión, pero es personal, completamente personal. De ninguna manera se la diré. Me trae al fresco si mi negativa no le sienta bien.

—¡Teniente! Encamine su intención a mostrase más cortés —articuló el magistrado con voz autoritaria.

—¿Sabe, teniente Stepanec? No me cuesta nada imaginar por qué sus superiores sospechan de usted. Hay silencios muy elocuentes. Se lo digo a la cara: este silencio y estas mentiras para nada le honran. No hizo nada

malo en Etiopía, lo está haciendo aquí y ahora al no respaldar a Paulo Guimaraes, al dejarlo en la estacada. Su actitud es cobarde y desleal —reprobó taxativamente Jennifer Ivison.

—No añadiré ni una palabra más a mi declaración. Tendrá que conformarse con mi silencio elocuente.

Ella disimuló su profunda desilusión y, a su vez, afectó sentirse esperanzada. Su desilusión estaba totalmente justificada, pues había instigado al teniente para que confesara su encubrimiento y reconociera que compartía con el jesuita su opinión en lo referente a quiénes eran los verdaderos responsables de la tragedia etíope, y no alcanzó ninguna de estas dos metas. Cuanto había logrado, tras provocarlo y zaherirlo, fue un insulto. Ivison previó que perdería el caso. O cambiaban mucho las cosas o fracasaría en su empeño de legitimar las acciones de Paulo Guimaraes y alejar de él las amenazas de la pena de muerte y la cadena perpetua.

18
EL CARIÑO POR DÉBORA BENTI

Drazen Stepanec pasó la noche en vela. Revivir los acontecimientos de Etiopía lo había abatido. El recuerdo de Débora estaba afectando a su escaso sosiego y a su corazón, como solía pasarle. Para aquietar el dolor y atenuar la desolación recurría a diario a los tragos de ron negro, salía a pasear a menudo por el barrio a horas intempestivas y leía de tiempo en tiempo libros de Murakami. Ni el calor del alcohol ni las calles negras y solitarias, ni las frases de papel lo vivificaron un poco esa noche. Evocaba continuamente a Débora correteando y retozando por la misión, y ensayando, orgullosa y feliz, en el teatro.

A la conclusión de su último paseo, el teniente decidió brindar un homenaje póstumo a la niña. Era algo muy bonito, y si ella miraba desde el cielo, le agradaría, se dio a creer ese hombre apenado. Con el vigor que se siente al querer hacer algo encomiable y urgente, se quitó el chándal rápidamente. Se duchó, se afeitó. Se bebió dos cafés cargados, se vistió con un traje y una camisa bien planchada, cogió un fajo de billetes de su caja fuerte. Abandonó su apartamento, se dirigió hacia su coche y puso rumbo a la escuela de teatro infantil más reconocida de la ciudad.

A las diez de la mañana, después de haber perdido cuarenta minutos en los interminables atascos cotidianos de Los Ángeles, aparcó su utilitario en la calle adyacente a la escuela de arte dramático Renoir. No divagó con la extrovertida y chic secretaria: de inmediato le dijo que deseaba hablar con el director con motivo de formalizar una matrícula. La solícita joven cruzó la puerta del despacho de dirección y resumió la situación al dueño de la escuela. Enseguida ambos salieron a la recepción, y ella, sonriendo ante Stepanec, señaló a su jefe con un gesto de entusiasta ayudanta de mago. El dueño a la par que director, Bernard Lalonde, un inglés de cuarenta y ocho

años, pelirrojo, rechoncho, afable, tolerante, de ojos sempiternamente maravillados, rasgos regulares, voz pastosa y habitual sonrisa, en armonía con su carácter apacible, en forma alguna daba muestras de que Stepanec lo hubiera importunado lo más mínimo. Escuchar «matrícula» y «dinero» siempre lo alegraba e irritaba su ambición. La perspectiva de tener un nuevo alumno, es decir, saber que dispondría de más ingresos, hacía que interrumpiera de buena gana cualquier quehacer.

Los dos hombres se dieron un apretón de manos, se saludaron y se mostraron muy cordiales. Acto seguido, con su forma de hablar de aristócrata gentil y extrovertido, el director del centro le rogó a Stepanec que pasara a su despacho. Tan pronto como Lalonde se hubo colocado en su mullida silla de escay quiso saber más sobre la solicitud del policía. A decir verdad, ya había hecho conjeturas apresuradas de pensamiento. En un primer momento lo hizo un padre amoroso entregado a la niña de sus ojos o uno preocupado con la acuciante necesidad de reformar el carácter de un hijo travieso. Sin duda, la prisa de aquel señor de mohínos ojos respondía a una buena razón, atribuyó el director.

—¿Qué se le ofrece, señor Stepanec?

—Llámeme Drazen, por favor.

—Bien, Drazen. ¿Le apetece apuntarse a algún curso de arte dramático o la formación la recibiría otra persona?

—Apuntaría a una niña, la hija de una amiga. Según tengo entendido, ofertan cursos para niños. ¿Me han informado correctamente?

—Ya lo creo. Ha venido al lugar indicado. Nuestra escuela cuenta con los mejores profesores de teatro de Los Ángeles, tanto para adultos como para niños. Los profesores de nuestros chiquitines, aparte de su amplia formación en arte dramático, han cursado un máster universitario en Pedagogía.

—Me han hablado muy bien de ellos. La escuela goza de muy buena reputación.

Bernard Lalonde se relamió pensando en el buen nombre de su centro de enseñanza. Del contento, su cuerpo se meneó un par de segundos. Al poco, también en su cara se reflejó su estado de ánimo.

—¡Oh! Me llena de orgullo oír esto… y me excita. Es gratificante ver el resultado de la excelencia, del trabajo bien hecho. ¿En qué tipo de curso había pensado?

—¿Es que hay varios?

—Sí. Tenemos un curso de iniciación de cuatro meses; en él los niños vienen a clase una hora y media los sábados por la mañana. Y también ofrecemos un programa de estudios más largo, de una duración de dos años, en el que se imparte una hora de clase los sábados por la mañana y los miércoles por la tarde. Los cazatalentos de las agencias de publicidad y de las productoras de cine suelen contratar a los alumnos que sobresalen en este segundo curso.

—¿Cuánto cuesta el de dos años?

—Mil quinientos dólares al año. Las clases empiezan en la primera semana de septiembre y terminan en junio. Naturalmente, puede escogerse la modalidad de pago fraccionado. Se abonan módicas cuotas mensuales.

—Los niños actúan en obras teatrales, ¿es así?

—Desde luego. En varias, siempre acordes con sus capacidades.

—Me ha convencido. Inscriba a Janet, la hija de mi amiga. Me gusta la escuela Renoir.

—Me halaga.

—Le abonaré los dos años al contado y añadiré mil dólares más.

—¿Por qué tanta largueza? —La alegría del director creció; sus ojos sempiternamente maravillados estaban preñados de ella.

—Porque tengo dos peticiones especiales. Bueno, dos peticiones, no, dos exigencias.

—Me tiene intrigado. ¿Cuáles son?

—Representarán la obra *Romeo y Julieta* de Shakespeare.

—A Shakespeare no lo encuentro ni mucho menos un autor accesible para niños. Ahora bien, la cosa cambia si representamos una versión adaptada a ellos: corta y con texto fácil. Sí, podría arreglarse. Yo mismo la escribiría. En confianza, adoro a William Shakespeare. ¿En qué consiste la segunda exigencia?

—Janet interpretará el papel protagonista. En las otras obras, usted

manda. Además de este trato de favor, también deseo que la representación de *Romeo y Julieta* esté abierta al público.

—Los familiares, amigos y profesores siempre vienen a las funciones. La escuela es la primera interesada en que todos se sumen a la fiesta.

—Y, tal vez, venga a ver algunos ensayos.

—Será bienvenido —aseguró con voz más fuerte Bernard Lalonde, animándolo con ello a presenciarlos con asiduidad. El director enarcó las cejas, comprimió los labios, arrugó la nariz y dijo—: ¿Y si esta niña estuviera poco dotada para la interpretación?

Stepanec sacó de su chaqueta el fajo de billetes de dos dedos de ancho, quitó la mitad, contó cuatro mil dólares. Extendió los billetes sobre la mesa, cerca de las manos del director, levantó la vista, la detuvo en él y le comunicó su visión sobre lo que le había preguntado:

—Aunque Janet actuase un poco mal al principio, esto no supondría un gran impedimento para que hiciera de protagonista, ¿no cree? De ser la escuela Renoir tan excelente como usted pregona, el personal docente sabrá desarrollar sus dotes interpretativas a lo largo del curso.

—Está en lo cierto —refrendó el director y miró con fruición el abanico de billetes—. Acepto sus condiciones. No rechistaré más.

Intercambiaron breves sonrisas cómplices. Después, Drazen Stepanec aconsejó:

—La niña ha estado muy enferma, al borde de la muerte. En caso de que algún profesor se mostrara reticente a darle el papel de Julieta, persuádalo con el drama que le ha tocado vivir. Tóquele la fibra sensible.

—Muy bien pensado. ¿Ha dicho que ella se llama Janet?

—Sí.

—Celebro que Janet haya recobrado la salud.

—Gracias.

—Los niños jamás deberían sufrir.

—Bien dicho. Sabias palabras, Bernard.

Al cabo de unos minutos de conversación superflua y de una larga despedida entre los dos, en la cual destacó la mutua afabilidad, Stepanec se marchó de la escuela de arte dramático algo menos afligido. El acuerdo

establecido alimentaba su ilusión, una emoción que, a esas alturas de su vida, le faltaba.

En el trayecto a la penitenciaría en que estaba recluido Andrew Muster, uno de los compradores de órganos caídos en desgracia apenas se hubo destapado el sucio negocio, el teniente procuró evadirse escuchando canciones de Bob Dylan. Se las había arreglado, apelando a su vieja amistad con un alto cargo de la brigada de Narcóticos, para tener una charla con ese presidiario en una sala de visitas a las doce de la mañana. Andrew Muster era el padre de Janet, la niña en cuyo pecho latía el corazón de Débora Benti. En los pensamientos de Drazen Stepanec, este hecho no se reducía meramente a algo físico, también implicaba algo sobrenatural: el espíritu de Débora vivía en Janet. Él deseaba que fuera así.

Cuando traspasó la puerta de la salita de visitas de la prisión de Victorville, encontró al señor Muster esposado, callado, con aspecto de estar hundido, muy quieto en su asiento a un lado de una mesa metálica. Lo custodiaba un funcionario de prisiones que estorbaba al policía, dado que su presencia ahuyentaría la sinceridad del presidiario a la hora de responder a sus preguntas. Stepanec asió una silla, la giró, se sentó del revés, con los antebrazos apoyados en el respaldo, y miró inquisitivo al delincuente, con lo que descubrió con facilidad la huella de su severa depresión. Luego se volvió hacia el carcelero y le ordenó:

—Déjenos solos.

El funcionario se alejó con desgana y Andrew Muster, que no tenía ni idea de por qué quería verlo por enésima vez un policía, rozó con su mirada de desquiciado el mentón del recién llegado. Se le veía muy afectado, demasiado, por su vida en el penal. «Se quitará la vida en pocas semanas o se convertirá en el siervo de alguna pandilla de matones», supuso Stepanec.

—¿Quién es usted? —pronunció el recluso con la voz entrecortada y temeroso.

—Un teniente de Homicidios. Me ocupé de la investigación de la venta de órganos.

—No me guardé nada; confesé cuanto sabía.

—No he venido a hablar de su delito, sino de su condena. Tengo

entendido que lo está pasando muy mal. Algunos presos se ceban con usted; la vida carcelaria se le hace muy dura. ¿Me equivoco?

—No estoy acostumbrado a esto, ni me acostumbraré nunca —se franqueó con él en tono de lamento—. Soy… era… era arquitecto.

—Yo tengo los medios para hacer más llevadera y agradable su vida aquí. Si intercediera por usted, lo trasladarían a un bloque de celdas con reclusos no tan hostiles y uno de los guardias miraría por usted.

Los ojitos de aquel hombre menudo, delgado y moreno pidieron auxilio con viveza. Parecían dos náufragos histéricos en una isla desierta que, tras avistar un barco muy distante, se afanan por encender una hoguera y agitan los brazos.

—¡Le pagaré el dinero que me pida!

—No quiero dinero. Deseo otra cosa.

—¿Qué?

Le contó lo que anhelaba: su hija Janet acudiría a clases de teatro en la escuela de Bernard Lalonde. La propuesta era muy atractiva y el miedo del presidiario enorme, así que este vio inapropiado inquirir qué extraño fin perseguía Stepanec. Es más, consideró que la curiosidad no le convenía en su situación.

Ese mismo día, a las cinco de la tarde, el teniente de mala fama en el Departamento de Homicidios de Los Ángeles se acercó a la vivienda de Andrew Muster para departir con su esposa y convencerla de que no se opusiera al intercambio de grandes favores entre él y su marido. La espectacular casa unifamiliar, digna de un arquitecto notable que la hubiera proyectado para sí mismo, estaba ubicada en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, Silver Lake, concretamente en un precioso complejo residencial agraciado con chalés de diseño moderno, una hilera de exuberantes árboles en cada calle y céspedes bien cortados tras las aceras, a guisa de alfombras hacia la vida acomodada. A nadie se le pasaría por la cabeza que en tan hermoso y tranquilo paraje hubiera residido el cómplice de los asesinatos más impactantes de la historia reciente de Estados Unidos.

Drazen Stepanec llamó al timbre. Estaba calmado. Confiaba en que

Andrew Muster había colaborado plenamente, a saber, que había informado a su esposa de su visita y le había insistido en que lo recibiera con gran amabilidad, fuese receptiva y le dijera sí a todo. Una vida más soportable en la prisión, sin sustos ni vejaciones, dependía de ello.

La señora Muster, Amanda, abrió la puerta. Lucía una media sonrisa de trazos anómalos, forzada. Se avenía a atender el ruego de su cónyuge, pero su expresión proclamaba que no lo hacía más que por lealtad: no había nada de espontaneidad en ella. Desde el primer momento, uno se imaginaba que estaba delante de una mujer modélica a la antigua usanza. Poseía un rostro angelical, una gran educación y un recato perfecto; se comportaba con suma cortesía, dispensaba atenciones espontáneas y concurrían en ella la sencillez y la bondad. Al policía le recordaba a Natalie Wood en su personaje de *Esplendor en la hierba.* «Ya no abundan las señoras de este estilo», pensó mientras aceptaba la invitación a entrar en el hogar y a tomar asiento en el sofá.

Amanda Muster observó escrutadoramente al encubridor de Guimaraes, le preguntó si le gustaría beber un café, se sentó a su izquierda dejando dos tazas sobre la mesa y tornó a observarlo de la misma manera. Este interpretó bien lo que significaba la persistente mirada de la madre de Janet: ella necesitaba explicaciones convincentes.

—Andrew me ha dicho lo que quiere a cambio de interceder por él.

—¿Mi condición no es de su agrado?

—No me desagrada que Janet estudie teatro, de ninguna manera. —Se calló y soltó una breve risa de nerviosismo. Entre la tenue luz de la tarde, su gesto se volvió muy expresivo, principalmente por el sentimiento de amor hacia su hija—. Lo que ocurre… es que no lo entiendo.

—Preferiría no decirle por qué estoy haciendo esto.

—Quiero saberlo, y debo saberlo, pues atañe a mi hija y esto que nos pide lo considero una rareza.

Drazen Stepanec bajó los brazos y la barbilla como quien languidece sin remedio. Se diría que, de súbito, quedó preso del abatimiento o, peor aún, que lo padecía desde hacía mucho y ya no tenía fuerzas para fingir normalidad. Tardó en hablar. Antes pensó en cómo contar con cierta

coherencia la razón de su deseo, que, a su entender, era muy humano y estaba en armonía con la bondad, pero a primera vista parecía el propósito de un desvariado. Era importante para él que esa madre responsable lo comprendiera y lo aprobara.

—En África conocí a la niña que asesinaron para trasplantar un corazón a su hija.

—¡¿Qué?!

—Ahora su corazón late en Janet.

—¡No puede ser! —exclamó la mujer, muy impresionada.

—Se llamaba Débora, tenía siete años, le encantaba actuar en obras de teatro.

Amanda Muster inclinó el tronco hacia el suelo y se tapó el rostro con las manos como si con ello tratara de ocultar su vergüenza por el pecado de su esposo. Se mantuvo en silencio, con la finalidad de que su mente y su espíritu tuvieran tiempo de asimilar y soportar el motivo por el que el policía deseaba que Janet se entretuviera con la diversión favorita de la niña etíope fallecida. Lo logró, mas con dificultad. Al instante, quiso contarle varias verdades a Stepanec: ella jamás supo nada de la compra ilegal, la tuvieron engañada todo el tiempo y deploraba enormemente de qué forma despreciable se había conseguido mantener viva a Janet. No obstante, después de que sus manos descubrieran sus mejillas, de erguirse y de mirar al encubridor de Guimaraes con patetismo y fijeza, solo dijo:

—Janet seguirá estudios de teatro en la escuela Renoir. Le doy mi palabra.

—Gracias.

Drazen Stepanec y Amanda Muster permanecieron mirándose el uno al otro. En el teniente se transparentaba su voluntad de ser indulgente y delicado con ella; en la mujer, la pena por el asesinato de la niña africana. Inesperadamente, conectaron. Ambos se sentían barcas a la deriva en medio de una violenta tempestad en alta mar, bajo un cielo anubarrado. Les apeteció abrazarse y consolarse.

19
EL VEREDICTO

Al filo de la medianoche, Jennifer Ivison se encontraba en su apartamento intentando digerir su mala actuación en la última sesión del juicio. Estaba muy malhumorada por no haber interrogado bien al militar ni haber sabido doblegar a Drazen Stepanec. Realmente no dejaba de pensar que había desaprovechado dos magníficas ocasiones para descargar de culpa a su cliente y para que se juzgasen convenientes sus acciones delictivas, que seguían inundando de angustia y repugnancia la sala del juzgado de Norman Lester. Además, estaba convenciéndose de que podría haber rendido mucho más a base de comentar y preguntar con la agresividad y el ingenio adecuados, tal como debiera haber hecho en el tribunal. Mientras tanto, su padre, un abogado jubilado muy cotizado una década atrás, la observaba dando a entender que desaprobaba su reacción ante los reveses. Él no le veía sentido a que su hija malgastara el tiempo y sus energías en lamentaciones y en infructuosos ejercicios tardíos.

—En serio, coronel, ¿no cree que en vez de destinar quinientos cuatro mil ochocientos millones de dólares para mantener a esos bárbaros lejos de Roma sería suficiente con trescientos mil? Con la diferencia, doscientos cuatro mil ochocientos millones de dólares, alcanzaría para terminar con el hambre infantil en el tercer mundo. En ese mundo ideal. No, ideal no, normal. En ese mundo normal Paulo Guimaraes no se habría visto abocado a fraguar tres crímenes para salvar a millares de etíopes condenados a morir por nuestro egoísmo. Sí, nosotros somos los culpables, no el acusado. Él se ha consagrado a cuidar a los enfermos y a dar de comer a los que no tienen nada en países caóticos y peligrosos de África. Se distingue por su gran abnegación.

—Basta, Jennifer. Tranquilízate —le encareció su padre.

—¡No me digas que me tranquilice! ¡Lo hice de puta pena en el tribunal! ¡No era yo; parecía una hermanita de la caridad cuando presioné al coronel! ¡Y tengo la vida de un hombre en mis manos!

—El juicio se decidirá en la exposición final.

—Eso es verdad.

—Deja de lamentarte por no haber hablado de forma más aguda y atinada, y céntrate en hacerlo perfecto mañana.

—Tienes toda la razón.

Jennifer Ivison se apoyó en la ventana, procuró relajar los músculos y sosegar su mente, y paseó la mirada por la noche cerrada, salpicada de escenas dispares en ventanas de extraños. Pensó otra vez en el sacerdote. De ningún modo podía volver a fallarle. O se crecía y ofrecía su mejor versión como abogada hilvanando un gran alegato final o el juez dictaminaría una sentencia de pena de muerte, se dijo.

El magistrado Norman Lester anunció con aire ceremonioso y voz grave que empezaba la fase procesal en la cual se pronunciarían los alegatos finales. Seguidamente instó al fiscal a comenzar y echó un vistazo al público de la sala, que aguardaba en silencio. Lester había autorizado su ingreso en esta postrera sesión, mas no sin abrigar un cierto temor a que este incurriera nuevamente en la irreverencia. Sus medidas en pos de mantener el orden —hacer desalojar el tribunal dos veces, las advertencias, las reprensiones... —o la incipiente comprensión de los actos del jesuita por parte de la mayoría de las personas en los bancos, o ambas cosas, habían serenado el ambiente. La nula crispación, así como el que los asistentes más habladores ni siquiera cuchichearan, satisficieron al juez. Sin embargo, la gran responsabilidad que entrañaba su trabajo enseguida entristeció su mirada honesta y arqueó su postura. Entonces se propuso dirigir el juicio como en el resto de las pasadas sesiones: con imparcialidad, garantizando su justo desarrollo, y el fiscal Raimon Osborne se apartó de su mesa y fue hacia los miembros del jurado con el deseo vehemente de despedazar la honra y las esperanzas del misionero. Comenzó su intervención antes de estar cerca de ellos, como si estuviera demasiado impaciente. Su enfática

oratoria sugería una necesidad imperiosa de hacer justicia a la par que una gran animadversión hacia el anciano portugués.

—Damas y caballeros, ha llegado el momento de la verdad. En breve emitirán un veredicto de inocencia o de culpabilidad. En mi opinión, han tenido una suerte tremenda. En multitud de juicios ciudadanos íntegros en su misma situación han vacilado y han sufrido durante mucho tiempo hasta poder sostener con convicción que un acusado era culpable más allá de toda duda. Fue su obligación no albergar dudas al respecto, al igual que lo será para ustedes cuando terminen de deliberar. Por fortuna, ninguno pasará por lo mismo. No tendrán que preguntarse: «¿Me estoy equivocando?». No, no y no. Paulo Guimaraes ha admitido estar involucrado en los secuestros y asesinatos que aquí se juzgan. Las pruebas demuestran su culpabilidad, los psiquiatras de la Fiscalía, ¡y también los de la propia defensa!, han aseverado que él tenía plena conciencia de los daños que causarían sus crímenes y que podía haber dado marcha atrás en vez de desatarlos. A tenor de estos hechos, ¿qué sabemos con total certeza sobre el acusado? Sabemos que es un adulto cuerdo, que participó directamente en los secuestros, que posibilitó los asesinatos y que, para mayor deshonra suya, si cabe, previamente ideó este truculento, delictivo e indefendible plan. Han asesinado a tres niños. Ahora, les corresponde a ustedes enviar un mensaje claro y contundente a la sociedad: aquellos que maten a menores de edad en Estados Unidos sufrirán un duro castigo. Harán lo correcto. Tengo absoluta confianza en ustedes y en su sentido de la ética.

El fiscal, como ya había hecho con anterioridad, recorrió con su mirada a cada uno de los miembros del jurado y les reclamó que declararan culpable al jesuita. Finalmente, se sentó junto a sus acicalados ayudantes.

De inmediato, Jennifer Ivison se alzó de su asiento y se adelantó hacia los juzgadores con mucha resolución. Estaba seria y muy concentrada. A su vez se encontraba cómoda en el desempeño de su función de defender al Diablo de Etiopía y se sentía relativamente optimista. En un par de segundos, este optimismo aumentó por la expectativa de obtener la victoria. Entonces se detuvo frente al jurado popular, a un metro escaso, y comenzó a exponer su lectura del caso y su visión acerca de las miserias de la vida

relacionadas con este:

—Señoras y señores del jurado, el alegato final del fiscal ha estado plagado de mentiras, con una salvedad: ha llegado el momento de la verdad. Ustedes pronto determinarán si el señor Guimaraes merece ser ejecutado, condenado a una larga reclusión o puesto en libertad. Esta es la única verdad en las palabras de mi ingenioso y engañador colega. Examinemos sus premeditadas mentiras una por una. Él ha asegurado que en Estados Unidos los canallas que matan niños no se libran de su justo castigo. ¡Falso! Con el dinero que los norteamericanos nos gastamos en comida de mascotas, las ONG erradicarían las enfermedades y el hambre del África negra. La defensa ha probado esta vergonzosa injusticia. Lisa y llanamente, lo que se desprende de lo dicho por él, si discurrimos un poco, es que en nuestra nación se castiga la comisión directa de un asesinato, pero no la omisión del deber ético de auxiliar, aun cuando tal omisión acarree la muerte de muchas personas. Así es el sistema jurídico norteamericano: maléfico y concebido para salvaguardar a la gente adinerada, egoísta y sin corazón, para garantizarle que nunca pisará la cárcel. Mi representado no ha creado este tipo de leyes nefastas, ni aquí ni en los otros países del primer mundo. A él no le ha quedado otra opción que adaptarse a este contexto jurídico que fomenta la criminalidad respetable. En un escenario internacional tan adverso: sin justicia, sin solidaridad y sin fraternidad, actuó en aras de que subsistiera la inmensa mayoría de los nativos de su misión y de las aldeas próximas. Y lo hizo muy bien: impidió miles de muertes. ¿Pagó un altísimo precio? Sí. Es innegable. La vida de tres niños nada menos. ¿Salía a cuenta sacrificar a tres seres humanos para preservar la vida de miles? ¡Claro que sí! ¡No seamos hipócritas!

Jennifer Ivison intercaló una pequeña pausa, en la cual aprovechó para mirar los ojos de los integrantes del jurado e intentar deducir si estos hacían presagiar un fallo clemente o no. Después inspiró hondo y, con miras a desasosegar e inspirar compasión hacia el sacerdote, añadió:

—Imagínense este ejemplo: un grupo terrorista islámico secuestra a doscientos pasajeros en un avión con la finalidad última de hacerlo explotar

con ellos dentro. Imagínense, además, que ustedes se hallan entre esos malhadados rehenes. El avión aterriza en Los Ángeles y las unidades antiterroristas de élite del Ejército entran en acción. Como sus soldados están magníficamente entrenados, eliminan a los secuestradores y rescatan indemnes a todos los pasajeros, menos a siete. O sea, se han producido siete bajas civiles. ¿Qué deberíamos hacer con esos militares? Han matado a más inocentes que Paulo Guimaraes y, en lugar de salvar a miles de seres humanos, han salvado a ciento noventa y tres. ¿Qué hacemos con ellos? ¿Qué encuentran más justa, la pena de muerte o la cadena perpetua? [1]

»Afirma el fiscal que han tenido una suerte tremenda por estar llamados a dictar un veredicto en este caso tan simple. Ha mentido otra vez. Se ha destapado como un gran mentiroso. No se enfaden con él; su trabajo consiste en propiciar condenas, independientemente de la verdad o de los condicionantes. Honestamente, de los cientos de juicios en los que he ejercido como abogada penalista, este lo calificaría como el más complicado en lo concerniente a la deliberación del jurado. Me horrorizaría hallarme en su lugar, les doy mi palabra. Jamás volvería a dormir bien si por mi decisión condenasen a este altruista anciano a cadena perpetua o a la pena de muerte.

Se interrumpió de nuevo. Continuó en silencio mientras andaba de izquierda a derecha, en paralelo al jurado popular. A diferencia del fiscal cuando hizo lo mismo, ella no miraba a nadie. Los miembros del jurado, muy atentos, sí la seguían con sus miradas, ya fueran meditativas o rebosantes de agonía. Al cabo de unos instantes, Jennifer Ivison se detuvo, colocó sus manos sobre la baranda de nogal que hacía de línea divisora entre jurado y el resto de la sala, alzó la vista y, en actitud de llevar razón, agregó:

—No quiero finalizar mi alegato sin mencionar una certidumbre, una evidencia. ¿Qué sucedería tan pronto como pronunciasen un veredicto de inocencia? Primeramente, se abriría un gran debate en Estados Unidos y en otros países desarrollados acerca de por qué este religioso se vio en la necesidad de hacer lo que hizo. En segundo lugar, se generaría una gran sensibilización en cuanto a esta realidad: millones de personas mueren de

hambre y epidemias evitables en el tercer mundo. Por último, las donaciones se multiplicarían. Y, se cae por su peso, estas nuevas donaciones permitirían salvar cientos de miles de vidas, o más, cada año. Yo les pregunto a ustedes: ¿prefieren quitar una vida o salvar millones de vidas? De verdad, ¿qué prefieren? No tengo nada más que añadir.

La letrada se sentó en su silla viendo por el rabillo del ojo cómo Raimon Osborne se enfadaba, signo inequívoco de que su actuación había tenido un gran impacto en el jurado. Edward Stanton sonrió como un pícaro, se acodó en la mesa, ladeó el cuerpo hacia la derecha y cuchicheó manteniendo la integridad de su sonrisa:

—Has estado fantástica. En este momento apostaría a que algún miembro del jurado se negará a condenar a nuestro defendido.

—Yo también tengo esperanzas. Crucemos los dedos.

La sonrisa de Edward Stanton se desvaneció y su gesto mudó hacia la adustez.

—Yo los cruzaré para que lo condenen. Has ablandado a unos cuantos ingenuos con tu lógica perniciosa, pero a mí no me has convencido. Ya conoces mi posición.

Ella negó suavemente con la cabeza, hundió el pecho y puso las manos sobre sus muslos. Semejaba una madre devota dispuesta a regañar y castigar con lenidad a un hijo revoltoso. Así y todo, estaba radiante: emanaba de ella una alegría extraordinaria por acariciar la victoria, que se expandía a sus lindos ojos, originando una mirada de triunfadora.

El juez Norman Lester anunció un receso ajustado al tiempo de la deliberación. En cuanto hubiera un veredicto, haría comparecer a la defensa, a la Fiscalía y a Paulo Guimaraes, y toleraría la presencia de los periodistas. Jennifer Ivison, Stanton, los fiscales y las personas con pase abandonaron la sala de forma paulatina, y los componentes del jurado, cabizbajos como los de una comitiva fúnebre, se retiraron a deliberar.

Con el paso de las horas, en el cuarto de espera circunstancial, los pasillos de los juzgados, la alegría que suscitara en Jennifer Ivison el presagio de victoria de Stanton se trocó en preocupación y nerviosismo. Él era el contrapunto. Estaba tranquilo, inalterable. A la activista le desagradaba esa

actitud ante los dilemas y los desenlaces inciertos. En rigor, la exasperaba detectarla, claro que todavía la exasperaba más que los miembros del jurado tardaran en ponerse de acuerdo en su fallo. De tanto en tanto, la abogada estudiaba el rostro indiferente de Stanton, tras lo cual, normalmente, ella le preguntaba si la demora representaba una buena señal o el preludio de su peor derrota. A la cuarta pregunta, este le respondió con una nueva predicción:

—Es bueno.

—¿Bueno para quién?

—Para ti. Alguien del jurado lo considera inocente. Los otros estarán procurando hacerle desistir, de ahí el retraso.

—Dios te oiga.

—¿Dios? El diablo ha ganado a Dios. Agradéceselo a él.

—¡Qué obtuso eres, Edward! Ni siquiera has intentado ponerte en la piel de Paulo Guimaraes por un segundo —le echó en cara Jennifer Ivison. A continuación lanzó un soplido y, deseando ser rectificada, comentó—: Tal vez estén consensuando y escribiendo un texto con el que argumentarán su veredicto de culpabilidad. A mí me ha ocurrido esto en dos procesos penales.

—Sí, también es posible.

De pronto, un apático alguacil salió de la sala de vistas describiendo una curva con sus pasos, se abrió camino repitiendo «Perdón» y «¿Me permite?» en el pasillo en que los asistentes, casi todos enfrascados en conversaciones, esperaban. Miró hacia donde más gente se congregaba y anunció en tono solemne:

—El jurado va a anunciar su decisión. Hagan el favor de volver a la sala.

Jennifer Ivison y Edward Stanton se levantaron de un salto e, impacientes, se encaminaron presurosamente hacia la sala. Al mismo tiempo, el público, los profesionales de los medios de comunicación y los otros juristas ingresaron allí levantando un gran alboroto.

Ya con todos sentados, no cesaron las conversaciones resonantes. El juez Lester, quizá porque, por fin, se había quitado de encima la cruz que suponía liderar ese juicio, fue más permisivo con el público en esta

ocasión: consintió el bullicio y los enardecimientos fuera de lugar durante un rato. Finalmente, dio un golpe de mazo para imponer un silencio perfecto.

—¿Han llegado a un veredicto, señor Livingstone? —preguntó Norman Lester, muy serio.

El señor Livingstone, el presidente del jurado, rezumó desaliento y desencanto al contestar:

—No, señoría.

—¿Por qué motivo? —interpeló insatisfecho el magistrado, pues habría preferido escuchar un veredicto claro.

—Dos personas del jurado piensan que Paulo Guimaraes debería ser absuelto; las restantes hemos votado a favor de declararlo culpable. Hemos debatido largamente. Nuestras posturas son inmodificables.

—Si dispusieran de más días para analizar los testimonios y los hechos, ¿alcanzarían un acuerdo, un voto unánime? ¿Lo considera al menos posible?

—Lo doy por imposible, señoría. Todos creemos firmemente que nuestro voto es justo. Nadie variará el suyo. No nos encontramos en un punto muerto momentáneo; es peor: nuestras diferencias de opinión no tienen solución, son del todo insalvables. Por más que nos pasásemos meses deliberando, el resultado de la votación sería el mismo.

El juez Lester, en ademán reflexivo, bajó la cabeza, curvó las cejas y contrajo los músculos de las mandíbulas. La resignación, en aumento, y la decepción surcaron sus fatigados ojos, la pesadumbre arrugó su ceño. Enseguida se hizo a la idea de que nada podía hacer para que la decisión del jurado deviniese unánime, de manera que dijo:

—Agradezco a los miembros del jurado su buen hacer en su cometido. Declaro inocente a Paulo Guimaraes Barbosa.

La impresión de sorpresa se expandió por la sala y las conversaciones personales, ahora sin el veto del magistrado, despertaron de su letargo. Ahora bien, no todo cambió: el pronunciamiento no terminó con ciertas pretensiones y con algunos sentimientos muy fuertes, como los de Raimon Osborne, quien en absoluto desistió de su empeño por hacer justicia ni

intentó que se aplacase su ira. Bien al contrario, ambos se avivaron.

—La Fiscalía iniciará los trámites para que se abra un proceso administrativo contra el sacerdote Paulo Guimaraes, así como contra su orden religiosa. No renunciamos a que se compense económicamente a los familiares de las víctimas. Y, por supuesto, apelaremos este fallo. En vista de la nueva situación legal del misionero, solicitamos que se le prohíba abandonar Estados Unidos.

—Concedo a la Fiscalía su petición —decidió el juez, carente de cualquier emoción ligada a la aversión o las ansias de castigar lo que otros habían disculpado—. Señor Guimaraes, desde este preciso instante queda en libertad, con ciertas restricciones. Le prohíbo salir del Estado de California hasta la conclusión del juicio administrativo venidero y la resolución de la apelación, por lo que deberá entregar su pasaporte.

—Sí, señoría —dijo el vendedor de niños.

El jesuita se estaba entusiasmando por las probables repercusiones sociales de su absolución, como la concienciación de las sociedades egoístas. Los fiscales, al observarlo, odiaron su entusiasmo y se convencieron de que el sistema había fallado. Vergonzosamente, un criminal camparía a sus anchas entre la gente honesta.

—Se presentará en la comisaría de Policía del distrito Quinto cada semana y notificará por escrito cualquier cambio de residencia —precisó Norman Lester mirando de reojo a los cariacontecidos letrados de la Fiscalía.

—Así lo haré.

—Quiero manifestar mi opinión a todos ustedes —dijo el magistrado.

Él iba a romper su respetable norma de nunca comentar nada sobre los juicios y los veredictos. Entrelazó los dedos suavemente, presionó sus labios con ellos un par de segundos, liberó los brazos junto con las manos para que lo ayudaran a reflejar sus emociones y, experimentando la necesidad de contar menudamente lo que pensaba sobre esa causa penal recién concluida y sus consecuencias, expuso:

—Este juicio no ha sido uno más, resulta evidente. Ha concitado una gran impresión en la sociedad y en nosotros mismos. Yo no puedo por menos de expresar mi deseo de que a las palabras «escándalo», «polémica», «morbo»

o «discordia», que han aparecido a menudo en los periódicos nacionales y, con toda seguridad, en las mentes de nuestros compatriotas, se añadan estas: recapacitar y solidaridad. Deberíamos, y me incluyo, replantearnos nuestro nivel de compromiso con aquellos que sufren el azote de la pobreza, tanto en nuestro país como en el extranjero. Me complacería en extremo que las denuncias y las reivindicaciones hechas en este proceso contribuyeran a remediar, en poco tiempo, las luctuosas situaciones de algunos territorios de África. Muchas gracias a todos.

Jennifer Ivison y el sacerdote se fundieron jubilosamente en un abrazo. Edward Stanton simuló apatía, si bien también le apetecía festejar la victoria. El amargado fiscal asió su maletín y se marchó con el rabo entre las piernas al tiempo que se lamentaba de no haber puesto entre rejas al asesino de niños y sus ideas ponzoñosas. El público se sintió conmocionado por el veredicto, lo que trajo consigo que buena parte de él hiciera propósito de meditar profundamente sobre lo escuchado y denunciado entre aquellas cuatro paredes. Y a Marc Lancaster súbitamente se le heló el corazón al pensar en el cruel sino de Débora Benti. Se sintió inadaptado al mundo.

20
UNA FUNCIÓN DE TEATRO EN HONOR A UNA NIÑA MUERTA

Cuatro meses después

En el teatrito de la escuela de arte dramático Renoir un grupo de niños representaba *Romeo y Julieta* sobre el escenario, en cuyo borde se había grabado el título original: *The Most Excellent and Lamentable Tragedy of Romeo and Juliet* . En este reparto infantil Janet hacía entregadamente de Julieta y aportaba su candor al entrañable personaje.

Drazen Stepanec, sentado en la zona delantera de la platea, estaba disfrutando de la función teatral. La elección de la obra y de la protagonista respondían a sus condiciones para apuntar a Janet Herzog en la escuela y a la condescendencia sin igual de Bernard Lalonde cuando se le ofrecía una buena suma de dinero. El director del centro vio en la enfermedad de Janet la excusa perfecta para aceptar el dinero del policía y darle el papel de Julieta a la niña, y también utilizó su enfermedad para repudiar las sugerencias de tres padres disconformes, así como las de dos profesores reacios al favoritismo, encaminadas a que otra niña con más horas de formación interpretara a la adolescente de Verona.

Al teniente, muy emocionado, le embargaba la alegría gracias a una pura autosugestión: Débora Benti estaba gozando. El encubridor de Guimaraes se había percatado en Etiopía de cuánto le encantaba actuar a esta. Por tanto, como su corazón estaba participando en el espectáculo, ahora, según él, la niña fallecida se deleitaba con las frases de Julieta, corriendo sus aventuras y haciendo conocer al público su literaria tragedia. La gente corriente tendría esta figuración por demencial, pero él le encontraba sentido. Quizá no era tan demencial después de todo, habida cuenta de que la madre de Janet la entendió a la perfección al momento.

JULIETA (Janet).— Si te encuentran aquí, te matarán.

ROMEO (Niño).— Temo mucho más el peligro de tus ojos que veinte espadas.

JULIETA (Janet).— Daría lo que fuera para que no os descubrieran.

ROMEO (Niño).— ¡Qué importancia tiene que me descubran si no llegas a amarme! Antes morir a manos de su odio que vivir sin tu amor.

JULIETA (Janet).— ¿Quién te ha guiado a este lugar?

ROMEO (Niño).— Fue el amor quien lo hizo. A él le presté mis ojos. Aunque tuviera que cruzar un mar lejano, vendría a buscarte.

Drazen Stepanec siguió emocionado durante toda la representación. A decir verdad, la adaptación de Bernard Lalonde hizo las delicias de todos los presentes, pero ninguno de ellos estaba tan exultante como el exinvestigador de Homicidios, por cuanto su mayor mal se estaba mitigando. No le apesadumbraba su reciente degradación en el cuerpo de Policía de Los Ángeles ni las miradas de saberlo culpable de sus compañeros en el vestuario de la comisaría, ni el unánime sentimiento de rechazo, palpable en el ambiente, durante la encerrona en el juicio de Paulo Guimaraes. En exclusiva, lo torturaba imaginar cuánto había sufrido Débora Benti al saberse secuestrada y cómo sus asustados ojos se habían perlado de lágrimas una y otra vez en aquellos infaustos días de cautiverio. Necesitaba hacerla feliz. Con la intervención en la obra de la niña que tenía su corazón, lo había conseguido. «Débora vuelve a ser feliz», pensó, de modo que experimentó una satisfacción sin parangón.

Cuando al término de la función el policía se abrió paso entre los corrillos de espectadores que se felicitaban unos a otros y se dirigió hacia el parque colindante para pasear un rato, sintió un gran desahogo. ¡Por fin! Ya no padecía un desconsuelo inaguantable por su gran deuda pendiente con Débora Benti. Se había autosugestionado con eficacia otra vez: él y la etíope estaban casi en paz.

Los sentimientos de Marc Lancaster no habían variado con el paso de las semanas: continuaba excitado y el enamoramiento le impedía recobrar la normalidad emocional.

Que el investigador privado viera tres veces a la semana a Anika Doric —los días en que acudía a limpiar su oficina—, trastocaba su intención de no amarla hasta mucho más adelante, cuando la adolescente croata tuviera una edad apropiada para escuchar una declaración de amor de un pretendiente dieciséis años mayor que ella. Verdaderamente, él ansiaba tanto abrazarla, besarla y notar su calor y su bondad filtrándose en su ser, que sufría continuamente.

Así pues, en la frustrante situación actual de Lancaster, amar no tenía nada de placentero ni propiciaba la felicidad. Para conseguirla, necesitaba recibir un abrazo y un beso apasionados de Anika. Solo estas acciones prohibidas la harían posible. Con el tiempo, esta situación cambiaría, iría a mejor: el amor recíproco llegaría a sus vidas en un par de años y entonces vivirían juntos y se apoyarían siempre el uno al otro, él se decía una y otra vez.

En aquel día otoñal, se repitió lo que ocurría cada martes. El detective se personó en su despacho alrededor de las nueve y media, la hija del violador estaba rematando la limpieza y los ojos del hombre conmovido, a pesar de su voluntad de esconder sus sentimientos por ella, traslucían sus anhelos y el enorme amor que abrigaba. También como siempre, su exclienta le dio la bienvenida con jovialidad y con una sonrisa inocente, de esas que, en ocasiones, aniñaban su cara. Sin embargo, aquella mañana hubo algo excepcional, fuera de sus costumbres. Aconteció cuando él la miró brevemente y ella le devolvió la mirada, que era de amor femenino.

Una dicha inmensa luchó contra la cobardía en Lancaster mientras se preguntaba si era factible iniciar ya mismo el idilio, aunque fuera en forma de una relación furtiva. Anika, improvisando, soltó la fregona, se aproximó con la vista baja, como avergonzada, hasta el barcelonés, que estaba sentado en la silla de su escritorio. La joven levantó su mirada, ahora profunda e igual en ternura y amor a la de este, y le cogió la mano. Sintió cómo la niña que fue la abandonaba, llevándose consigo la oscuridad, las inseguridades y la soledad. Emergió en su mente la confesión de su padre y de Mayakovski: «Me enseñaron a amar en la prisión». Confió en que el detective la enseñaría a amar en un lugar opuesto, en uno magnífico en el

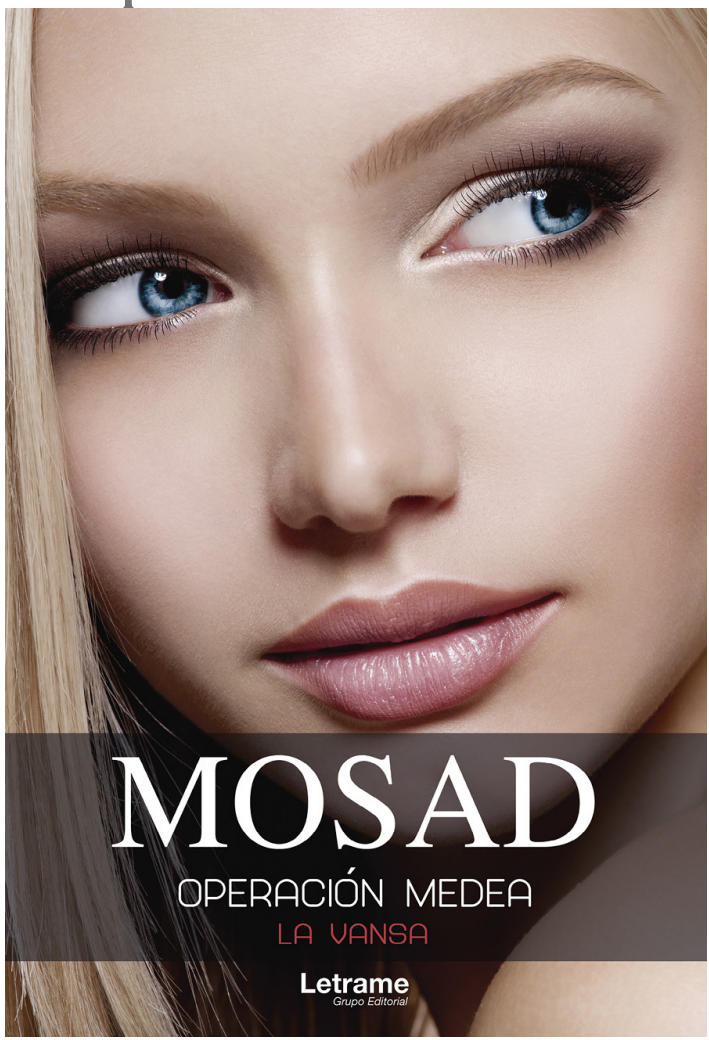
que imperasen la libertad y la fraternidad. Luego, deseosa de continuar apreciando amor en él y de que la sedujeran sus palabras, le dijo con emoción:

—Quiero ser feliz.

A ambos les costaba respirar con normalidad y pensar con claridad. Se amaban ardientemente.

FIN

MOSAD.
Operación Medea



Argumento

En esta novela, la Vansa relata algunas de las operaciones encubiertas del Mosad (Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales de Israel) en los países árabes. También narra la búsqueda de un hombre desaparecido que está convencido de ser Jesucristo.

Es la segunda novela protagonizada por el detective Marc Lancaster, por lo que es aconsejable haber leído con anterioridad la primera, *El caso de los escritores de novela negra asesinados* .

1

Barcelona, 14 de marzo de 2015

El día prometía ser interesante para Lancaster, puesto que un detective veterano le acababa de decir con voz de fascinación por teléfono: «¿Me harías el favor de buscar al fantasma de una bailarina o a un individuo que se cree Jesucristo?». Justo después, el hombre mayor colgó. Pocas palabras más se habían pronunciado en toda la conversación, solamente las indispensables para saludar con educación y especificar el lugar y la hora de su encuentro, que tendría lugar en la cafetería de Els 4 Gats en veinte minutos.

Lancaster se imaginó que los dos casos serían de esos bien difíciles y que su colega, Artur Durant, había tratado de estimular su curiosidad desde un buen principio para conseguir su implicación en uno de los dos. Sí, convenía tenerlo intrigado. Artur sabía lo que se hacía.

Se enfundó la chaqueta de piel, bajó las escaleras silbando y se dirigió a la mentada cafetería y restaurante de artistas a través de la mañana radiante, de luminosidad anaranjada, adornada con brillos efímeros; parecían diminutas pinceladas de un pintor que se arrepiente de haberlas añadido a su lienzo y las tapa enseguida. Entretanto, traía a la memoria lo que sabía de la vida de novela de Artur Durant. Mucha gente le debía su felicidad al gerundense, ya que, en su faceta de detective privado, había devuelto a su hogar a personas que se habían descarriado y vivían en la marginación. Además, había intercedido por republicanos durante el franquismo: sobornó de modo muy amable y persuasivo a altos cargos del Régimen en sus despachos con el objetivo de conmutar penas de muerte por condenas de prisión; y lo cierto es que, pese a su trato encantador y a cuán acertadamente elegía el importe de los sobornos, su singular actividad nunca estuvo exenta de grave peligro. Durant era nieto de un gran empresario de la industria textil, de quien heredó su gran fortuna, la cual había triplicado con los años gracias a negocios de importación y exportación, y a los vinos selectos que salían de sus viñedos, en Tarragona, con destino a casi todos los países ricos. Una enfermedad alteró repentinamente su maravillosa vida: su hija murió en la niñez por un

defecto cardíaco en su casa del Ampurdán. Entonces su dicha se trocó en amargura, su manera de ser extrovertida y jovial en taciturnidad, la alegría de sus ojos en asombro y en dolor perpetuos…; hasta su voz varió, había adquirido ese matiz de desesperación de los seres que han dejado de encontrar bueno y hermoso el mundo que tanto amaron.

Lancaster se detuvo en el umbral de Els 4 Gats con las manos en los bolsillos y gesto serio, aguantó con el hombro el batiente abierto de par en par y buscó con la vista a Durant mientras sus piernas se cruzaban por las rodillas. Aquella mañana abundaba la clientela más habitual, compuesta por trotamundos, parroquianos fieles y turistas; sus caras generalmente reflejaban la ilusión que les hacía estar en un local con un pasado tan ilustre y rico en anécdotas. En una mesa de la cafetería se hallaba cabizbaja una actriz veinteañera inadaptada al mundo que había venido a evadirse, lo cual reforzaba su bohemia atmósfera: fotografías enmarcadas de artistas del siglo XX colgaban de una pared, a la izquierda de la entrada; cuadros al óleo de jóvenes promesas nutrían de colores el comedor del restaurante y mostraban estilos de vida poco convencionales; el antiguo piano destacaba sobre una tarima al fondo, bajo la luz de una cristalera; el aroma a delicioso café se imponía sobre los perfumes de liberales mujeres… Los ojos despreciativos y soberbios, sensibles e indulgentes, o melancólicos por un mal de amores de los artistas de las fotografías se diría que se clavaban en quienes hacían cola en el pasillo de la cafetería para pasar al restaurante, como si ellos aún estuvieran vivos. De hecho, a unos cuantos asiduos del lugar, de tiempo en tiempo, los asaltaba la inexplicable impresión de que en las mesas se recreaban con sus animadas tertulias algunos de los bohemios clientes de antaño: escritores de postín, pintores virtuosos, escultores dados a idolatrar el físico femenino, músicos eminentes formados en el conservatorio y otros tipos de artistas. Sin duda, era un buen lugar para hablar sobre el fantasma de una bailarina.

El detective desenroscó las piernas y soltó el batiente de la puerta. Entró en el local. Se sentó en la mesa de Artur Durant, se dieron la mano y se reprocharon mutuamente haber descuidado su amistad. Marc Lancaster no alargó ese diálogo; el asomo de angustia que detectó en el maduro empresario exigía abordar ya las desapariciones de la bailarina y de Jesucristo.

—Así que quieres que encuentre al fantasma de una bailarina o a un tipo que se hace pasar por Jesucristo.

—Exacto. Hay algo de mí que ignoras, durante la dictadura de Pinochet me presté a realizar algunos servicios especiales en Chile.

—¿De la clase que realizaste aquí en el franquismo?

—Los de Chile fueron distintos. Me las arreglé bien para sacar por la puerta trasera de los centros de internamiento a varios presos políticos de Santiago, activistas que habían luchado por las libertades colectivas.

—Con sobornos, claro.

—No siempre. No siempre. Lamentablemente —le confesó Durant entornando los ojos—, había gente tan extremista y afín a Pinochet que los rechazaba, cosa que me forzó a ser más audaz de lo que yo quería. En una ocasión incluso pedí la cooperación de la resistencia para secuestrar a un oficial de la inteligencia militar; después lo torturamos. No tenía otra forma de esclarecer dónde se mantenía recluido al muchacho que andaba buscando. ¿Valió la pena? Sí. Escuché en qué cárcel estaba preso y qué oficial con autoridad en ella se dejaría comprar. Mi último caso, el de Teresa Vázquez, tomó ese mismo cariz incierto, indeseable: ofreciendo dinero no avanzaba; de modo que utilicé el secuestro y la tortura con la esperanza de progresar. E hice progresos, la verdad sea dicha. Pero demasiado tarde. La asesinaron un día antes de que me revelaran la penitenciaría de Santiago en cuya celda la tuvieron retenida, información que de inmediato comprobé y di por verdadera. A esta conclusión llegué en 1987. Me equivoqué gravemente, Marc. La semana pasada la vi en la Gran Vía. Era ella con otra edad —dijo en tono de fanático convencimiento.

Artur Durant miró con desilusión a su compañero de profesión, pues tenía la intuición de que él no se creía su historia. Estaba en lo cierto: Marc Lancaster dudaba. No sabía si la antigua bailarina había aparecido delante de Durant sorprendentemente o bien su corazón, enfermo de añoranza, había provocado que viera un espejismo. Había sobrados indicios para temerse esto último.

—O a alguien que guarda un gran parecido con ella —replicó Lancaster —. ¿Qué edad tenía cuando trataste de salvarla?

—Diecisiete años.

—¿Le cogiste cariño? No me mientas.

—Le cogí cariño, sí.

—De cogerle cariño a que te invadiera la sensación de que ibas a salvar a…

—¡Dilo! A mi hija Nina. No vas descaminado. Esto ocurrió. En el segundo día de la investigación, mientras me afanaba en encontrar una pista, empecé a sentir que, si la rescataba, en cierta manera devolvía a la vida a Nina.

—Necesitas a alguien que obre milagros, no a un detective.

—Era ella, Marc. Te lo aseguro. He observado a diario sus fotografías desde mi regreso de Chile, gracias a esta costumbre, veinticinco años más

en su rostro no me impidieron reconocerla —le explicó con la rara ternura que albergaba por haber vivido mucho tiempo sin esperanza; sus ojos tenían la ansiedad de quienes quieren intensamente a alguien infortunado, maltratado por el destino.

—¿A qué distancia estabas?

—A unos quince metros. Los dos salíamos del teatro Coliseum. El pórtico estaba atiborrado de espectadores. Por eso la perdí.

—¿Durante cuánto tiempo le viste bien la cara?

—Unos segundos.

—¿Cuántos segundos?

—Tres o cuatro.

Marc Lancaster chasqueó los dedos y colocó una mano en la cintura y la otra en la base de la barbilla; su expresión de escepticismo reinaba en su cara mientras reflexionaba. Al cabo, manifestó:

—Es una mala idea. Si anhelas sentirte bien o hacer algo caritativo en honor a tu hija Nina, asiste a una niña de los barrios pobres o de algún orfanato. No te empecines en dar con un espectro. Además, aunque quisiera no podría hacerme cargo de esto. Estoy citado mañana con un catarí que ha propuesto investigar un asunto en Israel.

—No te va bien viajar a Chile porque tienes que hacer pesquisas en Israel.

—Eso es.

—Sería innecesario que hicieras once mil kilómetros en avión. La vi en Barcelona, no en Santiago.

—Cuando asumo un caso, hago averiguaciones a conciencia, Artur. Tendría que trasladarme a Chile sí o sí. La viste en Barcelona, pero la fosa común en la que está enterrada la localizaré en el otro lado del Atlántico.

—Entonces, necesito tiempo para hallarla yo. Ocúpate de la investigación de Jesucristo; es de ámbito nacional.

Artur Durant irguió la espalda y la recostó con suavidad en el respaldo de la silla; su emotiva mirada de color miel decía que estaba pidiéndole a Lancaster un gran favor, de esos que no se olvidan y se agradecen grandemente. El investigador barcelonés, otra vez en actitud reflexiva, estudió su rostro hasta que captó su necesidad de ayuda. De inmediato se resolvió a echarle una mano.

—Pensaba que lo habías dejado. ¿No estabas jubilado? ¿Cómo es que te ha dado por hacer de nuevo de detective?

—Lo he dejado casi del todo. El contestador de mi oficina de Barcelona funciona, y cuando un mensaje despierta mi interés, cuando es referente a un hecho atrayente y muy raro…

—Como un joven que se siente Jesucristo y no vuelve a su casa.

—¡Oh, sí! Da gusto investigar algo así. Contacté al momento con la madre, el familiar que telefoneó a mi despacho. De eso hace seis días. Me hallé frente a Teresa Vázquez anteayer.

—¿Qué sabes de ese Jesucristo de pega?

—Raimon Llopart, veintiséis años. Sus problemas mentales comenzaron a los diecisiete. A partir de entonces afirma ser Jesucristo. Y no solo lo afirma, actúa como tal: auxilia a los pobres, reza durante horas, implora a las prostitutas que se procuren otro trabajo, etcétera.

—¿Por qué lo internaron? No parece violento.

—Un proxeneta se tomó muy mal que reformara a dos de sus chicas con consejos piadosos.

—¿La gente le hace caso?

—A menudo. Me lo han aseverado. Bueno, como te estaba contando, el proxeneta le rajó el estómago, desde el ombligo hasta las costillas. La cosa acabó en la comisaría de la Policía Nacional. Servicios Sociales intervino e impuso a Raimon pasar un examen psiquiátrico. ¿Diagnóstico?: esquizofrenia. El psiquiatra forense y la asistente social del equipo de evaluación iban a consentir que viviera con su madre, se conformaban con que tomara regularmente su medicación. Pero a la semana siguiente soltó una bofetada a un sacerdote por obrar de forma contraria a los evangelios.

—A sus enseñanzas.

—En su lógica, sí. Esa bofetada supuso su perdición debido a que el párroco exageró lo ocurrido. En resumidas cuentas, lo arrestaron y lo condujeron hasta un juez de guardia, que dictaminó su internamiento en un psiquiátrico de Valencia, en cuyas instalaciones ha estado dos años y medio, los últimos siete meses en régimen abierto: vivía cuatro días en el centro y tres con su madre. Se halla en paradero desconocido desde hace tres semanas. Es extraño. Entiéndeme, no tiene nada de extraño que un esquizofrénico se pierda. Lo extraño es que no dé señales de vida durante tantos días.

—¿Lo habrá puesto bajo tierra ese proxeneta?

—Puede ser.

—¿Qué mala acción cometió el cura? Me pica la curiosidad.

—Organizaba colectas en favor de unos niños desharrapados de Madrás, en teoría, para sufragar víveres y medicinas. Lamentablemente, se quedaba para sí casi todo el dinero el muy cabrón. Le gustaba comer en buenos restaurantes y pagaba por sexo.

—Le tendrían que haber dado una medalla al bueno de Raimon.

—Coincido, coincido.

—Empieza a caerme bien.

—¿Te quedas el caso?

—Hecho.

—Ajusta tus honorarios al coste que di a la familia, cien euros al día. Muy barato, lo sé. Añadiré la diferencia de mi bolsillo.

—No hace falta. El catarí pagará mis honorarios normales por cinco.

—¿Qué requiere de ti? ¿Puede saberse?

—Hemos acordado mi retribución por teléfono. No tengo ni idea de quién le pasó mi número ni de lo que investigaré en Israel. En realidad, más que acordar un importe, me hizo una oferta irrechazable: mil euros diarios más gastos. Le dije que sí aceptaba.

—Es mucha pasta. No te pedirá nada sencillo ni agradable.

—Lo tengo asumido. —Lancaster bajó la vista, la volvió a levantar, giró las muñecas y abrió las palmas de las manos como apelando a su comprensión; su ademán mudó, era mucho más serio—. No te tomes a mal que me haya negado a seguir el rastro de esa Teresa. Me casé hace unos años. A ella y a mí nos gusta estar juntos el máximo tiempo posible. Nos necesitamos. Llevar una investigación en Chile y otra en Israel… se me haría muy duro.

—¡Vaya! Felicidades. ¡Qué callado te lo tenías! ¿Cómo va vuestra vida de casados?

—De fábula. Somos muy felices. Francamente, nuestro matrimonio es de lo más atípico. Anika solo tenía diecisiete años cuando pasamos por el altar. La boda se ofició de noche, sin invitados, en la iglesia de Tossa de Mar.

—¡Qué romántico!

—Durante ocho meses siguió viviendo con su madre, que era ajena a nuestra boda. Nos veíamos a escondidas. Compramos una casa en Tossa hará cosa de un año y medio; a ella le encanta el pueblo. Unas semanas vivimos allí y otras en mi piso en el Gótico.

—Ahora lo entiendo. Al mirarte he tenido una percepción curiosa, no has cambiado nada y has cambiado mucho. Físicamente estás igual, pero hay fe en tus ojos, no como antes. Yo me fijo en estas cosas.

Artur Durant no se confundía. El investigador barcelonés apenas había envejecido en los últimos seis años. En contraposición a esto que le hacía conservar su aspecto, su mirada, en edades anteriores muy variable —fiera, compasiva, de pesar…—, en el presente mostraba casi constantemente bienestar, paz y una especie de fe en la vida, como si tuviera otro espíritu.

—Eres buen observador, Artur.

—Me alegro por ti. En ocasiones la felicidad no pasa de fugaz. —Su pena se agudizó; seguramente, estaba oyendo la cálida vocecita de Nina, frases

pronunciadas con su melódica forma de hablar—. Hay que disfrutarla al máximo cuando uno la siente.

—Claro que sí.

Marc Lancaster nunca había estado con Nina. Sin embargo, no le era desconocida del todo. Seis años atrás, en el curso de un almuerzo, Artur le había enseñado tres fotografías de ella con siete octubres, vestida de *enxaneta,* [2] algo nerviosa, con una pequeña sonrisa y orgullo en sus luceros de tonalidad esmeralda, ligeramente rasgados. Aquellas tres imágenes pasaron lentamente por su mente, quizá porque se figuraba que su amigo estaba evocando su recuerdo, quizá por simple respeto o quizá porque la pena se contagia siempre que esta es originada por la muerte de una niñita.

El anciano se repuso, hundió su mano diestra en un maletín de cuero rayado, cogió cinco hojas sujetas con un clip y se las tendió por encima de la mesa.

—El expediente de Raimon Llopart.

Lancaster lo tomó y se puso a leerlo. Sin apartar la vista de las líneas, le anticipó:

—Me desplazaré a Valencia a hablar con su madre y su psiquiatra. Espero que este se digne atenderme. Recabaré toda la información disponible. Luego inquiriré y pediré favores a un comisario retirado de la Policía Nacional. Lo conozco de la academia de escoltas. Impartíamos la misma asignatura, por lo que solíamos charlar y compartir impresiones. Con gusto me echará un cable en un caso como este. Y, desde luego, intimidaré al proxeneta; procuraré leer en su cara si se lo ha cargado.

Una camarera morena, de unos veinte años, circunspecta sirvió un café a Artur Durant y leche con cacao al esposo de Anika con armónica lentitud, con una manera de moverse típica de las mujeres de Oriente Próximo. Artur Durant no pudo evitar sentirse atraído por sus oscuros ojos, mirarlos de soslayo un rato y considerarlos tan bonitos, grandes y expresivos como los de Teresa Vázquez a pesar de que no transmitían la rebeldía extrema que sus seres queridos le habían descrito al hablar con ardor acerca de cómo era ella, al enumerar sus muchas virtudes miríficas.

Marc Lancaster adivinó que estaba haciendo estas comparaciones, así como que se estaban intensificando su nostalgia y su cariño perjudiciales hacia esa joven ajusticiada en el patio de algún cuartel o en campo abierto, de noche, entre escarnios y mofas. Enseguida alcanzó a comprender que Durant se sentía muy solo sin Nina y sin su sustituta, Teresa Vázquez. Entonces el barcelonés bajó la barbilla, acercó una mejilla al pecho, olió intencionadamente la fragancia que Anika le había dejado en la ropa al abrazarlo y besarlo en la despedida matutina, cuando se marchaba a su

despacho de la plaza del Ángel. La recordó tal como estaba esa misma mañana: sentada encima de la cama, con los antebrazos cruzados sobre el regazo, con sus tiernos ojos fijos en él al tiempo que la luz de la claraboya los recubría de luz ámbar. Pensó que Artur Durant no tenía nada y que él lo tenía todo.

2

Marc Lancaster fue al encuentro de Ayman Fazeli en el acceso principal al parque Güell. Se estrecharon las manos a la vera de la muy fotografiada escultura de la salamandra, se saludaron con formalidad y ascendieron con parsimonia a lo largo de la ancha escalinata, en medio de la muchedumbre de estupendo ánimo formada por turistas de decenas de países; si bien, a diferencia de ellos, carecían de excitación, como si no supieran o les diera igual que esta escalera simbolice la entrada al paraíso celestial y sea elemento constitutivo de una de las creaciones arquitectónicas más emblemáticas de Gaudí. El inicio de la conversación consistió, fundamentalmente, en preguntas del barcelonés respecto a las razones de que Fazeli pensara en él como la persona indicada para acometer la investigación de ese asunto todavía no desvelado. El árabe se avino a contestarlas. En primer lugar, le dijo que gozaba de cierto prestigio como detective entre algunos inspectores de la Policía catarí desde que desentrañara los enigmas de los asesinatos de los escritores de novela negra. Además, con un acento de voz muy franco, señaló un motivo adicional: un investigador de nacionalidad árabe, fuera privado o del Estado, sería vigilado en Israel; en cambio él, por ser cristiano y por su profesión pasada —escolta antiterrorista— entraría en el país hebreo sin levantar sospechas. Y a continuación le recomendó apuntarse a uno de los cursos de escolta de las escuelas israelíes de seguridad, añadir unos días de vacaciones y emplearlos en indagar con ahínco.

Cuando Lancaster fue al grano: le preguntó cuál era el pequeño o gran misterio a descifrar, se encontraban en el mirador con límites ondulados y multicolores desde el que se divisa la inmensidad de Barcelona. Al final de las miradas regocijadas de decenas de visitantes, estaban el Mediterráneo claro, varios monumentos antiguos y modernos elevándose entre bloques de pisos, la montaña de Montjuïc y, sobre todo, la majestuosidad hechizante de la Sagrada Familia, que con altas grúas en derredor y sus torres en construcción hacía que Barcelona pareciera una hermosa ciudad eternamente inacabada. Todo estaba bañado de una luz radiante de mañana soleada.

—Represento a varios empresarios acaudalados de Catar. A ellos les

disgusta enormemente la deshonra para el islam que siembra el Daesh. Además, los enerva con qué desvergüenza los medios de comunicación occidentales culpan a Catar, así como a Arabia Saudita, de patrocinar las atrocidades de sus milicianos. A los árabes pacíficos nos retratan como a fanáticos violentos; no hacen distinciones entre buenos y malos musulmanes. Tenemos mucha influencia en Al Jazeera, así que podemos instar a su dirección a emitir una noticia fidedigna que desmienta estas calumnias fabricadas con la finalidad de ofrecer una imagen pésima de nuestra civilización y de nuestros valores. Claro está que, para que sus directores y sus redactores la estimen fidedigna, precisarán de datos probados.

—Aquí entro yo en escena.

—Efectivamente. No empezará de cero. Esto sería como dejarle solo en el desierto y pedirle que construyera un palacio de la nada. Los Servicios de Inteligencia de Catar nos han proporcionado seis nombres de varios cargos estratégicos en el Mosad y en el Ejército israelí que, presumiblemente, están al corriente de las acciones más sucias y furtivas realizadas por los sionistas en países árabes.

—Básicamente, la hipótesis de que Israel ha creado el Daesh y lo financia se apoya en suposiciones, cuando no en deseos. ¿Es así?

—Sí, lo reconozco. El que nuestras suposiciones discutibles y nuestros deseos vehementes lo conduzcan a destapar o no una conspiración es irrelevante en lo que a usted se refiere. Me explico: cobrará lo estipulado en el caso de que vayamos errados. Ahora bien, si sus descubrimientos nos hicieran muy felices, recibiría un pago mayor, que sería acorde con la gran fortuna de estas personalidades anónimas y con sus anhelos de reivindicar las bondades del islam a los ojos del mundo todavía no creyente. El hecho es que ellos abrigan un insuperable afán de servir a Alá y que para hacerlo, teniendo en consideración el actual momento nefasto de la historia del islam y su privilegiada posición social, han de donar altas sumas de dinero a la vez que mostrar una férrea voluntad de defender el comportamiento de cuantos seguimos los mandamientos de Mahoma. En otras palabras, deben contribuir decisivamente a que la verdad brille y las patrañas infamantes terminen.

—Háblame de esos seis israelíes.

Ayman Fazeli se alegró. Al punto pronunció una deducción con una nota de satisfacción:

—Acepta investigar para nosotros. ¿Lo interpreto bien?

—Sí.

El catarí pidió a Marc Lancaster pasear un poco más. En este pausado

paseo le argumentó lo mucho que los mahometanos habían sufrido por culpa de Israel y de Estados Unidos. También le hizo partícipe de sus obsesiones y opiniones, por ejemplo, que solo la CIA o el Mosad, o las dos entidades gubernamentales en alianza, podrían haber engendrado una plaga como el Daesh, pues solo estas tenían la maldad, los recursos económicos, así como el poder, para idear y consumar semejante proyecto avieso. Unos metros después, se calló de súbito, se detuvo entre las inclinadas columnas del Pórtico de la Lavandera, pasó su mano diestra por una de ellas, moviéndola como en una caricia a un niño por delante de sus ojos admirados, negros como el fondo de un pozo insondable. Al cabo, exclamó:

—¡Precioso! Si Gaudí hubiera nacido en un país musulmán… Me doy cuenta de que estoy intentando en vano que comparta mis sentimientos. Usted no profesará odio hacia Israel y Estados Unidos a raíz de mis palabras. No ha visto lo que yo, no ha recorrido Palestina.

—Odiar no está entre mis metas.

—En parte, es mejor así. Pasará más inadvertido entre los sionistas sin el odio en los ojos. Ellos han aprendido a distinguirlo conforme nosotros hemos empezado a sentirlo. Al igual que usted, tampoco queríamos albergar este fuego en nuestros corazones; preferimos la luz a la oscuridad, la paz a la violencia y el amor a la enemistad. Nos han forzado a cambiar a base de hacernos asistir a funerales de inocentes. [3]

»Goel Sabadial, Abraham Macip, Idan Perahia, Hoshea Omella, Moshe Papst, Jabub Deum. Le daré mañana un informe bien confeccionado de cada uno.

—¿Qué veré en esos informes?

—Sus funciones en el Ejército o en el organigrama del espionaje hebreo, las direcciones de sus viviendas, sus lugares de trabajo y, parcialmente, sus horarios y costumbres.

—¿Ha tomado las precauciones que le pedí?

—No se preocupe. Las he tomado cumplidamente. No llevo teléfono. Abandoné el hotel por la salida de incendios, tomé el segundo taxi que vi y me apeé en la calle Fontanella. Me metí en los grandes almacenes El Corte Inglés, llegué a su *parking* subterráneo en ascensor, salí al exterior por la rampa de los vehículos, me cercioré de que nadie viniera detrás de mí y cogí otro taxi, con el que fui hasta el monumento a Colón. Bajé al metro, me escurrí del vagón en la tercera parada cuando ya estaban cerrándose las puertas. Volví a la superficie en el paseo de Gracia y paré un tercer taxi, que me trajo aquí. Si agentes del Mosad o del CESID me estaban siguiendo, les he dado esquinazo. Hace muy bien en ser extremadamente

cauteloso. Siempre que la Inteligencia israelí sorprende a un espía acechando a uno de los suyos… —En lugar de terminar la frase arrugó el entrecejo, apretó los labios y mostró una expresión de consternación, dando a entender con ello que los espías pillados *in fraganti* sufrían represalias—. A mi ver, sus ingresos van en consonancia con el riesgo de que su integridad física se vea seriamente afectada.

—No se lo discuto.

—¿Cómo procederá, señor Lancaster?

—Con prudencia y decisión. Actuar con prudencia incluye no decir a nadie los pasos que pienso dar. Usted no conocerá mis maniobras porque no quiero que transmita nada sobre estas a sus jefes o socios. Ellos pudieran incurrir en el error de contarlas a un colaborador en quien confían que se ha vendido a Israel.

Ayman Fazeli negó de cabeza al instante, fuerte, como un intransigente que cree albergar una convicción bella que se ha menospreciado. Luego replicó:

—Me informará cada cierto tiempo, aunque sea mediante mensajes guardados en un borrador de una cuenta de Hotmail.

—Pues, entonces, le exijo esto: júreme que no compartirá con otras personas mi estratagema ni mis eventuales avances.

—Me parece justo. Le protegeré. Guardaré silencio cada vez que me dirijan preguntas inadecuadas. No lo dude.

—¿Qué es lo más sagrado por lo que le está permitido jurar a un musulmán?

—Por Alá.

—Me mantendrá seguro con sus negativas a responder, por mucho que le apremien a ser más comunicativo. ¡Júremelo por Alá!

—Lo juro por Alá. Los cataríes que me han hecho venir en calidad de emisario y de contratante respetarán mi juramento. En modo alguno insistirán. En el islam preservar el propio honor equivale a poseer un tesoro.

El detective tuvo a Fazeli por un hombre de buena fe, de los que van con la verdad por delante en lo importante. Echó una ojeada a la izquierda y a la derecha, comprobó que no hubiera nadie cerca y sostuvo:

—No tengo modo de allanar la casa de un alto mando del Ejército israelí o del Mosad y examinar a escondidas los documentos de su ordenador y de su archivador. Ni soy Spiderman, ni cuento con el equipo de «Misión Imposible». Sin embargo, alguien podría abrirme una puerta desde dentro.

Tornó a mirar a los lados por prevención y le confió al árabe lo que tenía en mente para acceder a los secretos de alguno de los hombres de la lista.

Ayman Fazeli sonrió maliciosamente. Estaba esperanzado y muy contento.

3

Marc Lancaster aterrizó en Jerusalén en una tarde soleada de finales de marzo. Guardó deprisa la mitad de su equipaje en los armarios de su modesto hotel contiguo a la ciudad vieja, alquiló un vehículo y partió para Tel Aviv. Había decidido pagar muy generosamente a una prostituta de lujo para que fingiera ser una muchachita decente en busca de un empleo de camarera en Tel Aviv. No le servía cualquier prostituta. Tenía que hablar inglés, ejercer el oficio por pura ambición, ser muy guapa y atrevida, estar dotada de astucia, saber aparentar candor y sensibilidad, y hacer gala de buenos modales, de forma que ningún varón pudiera percatarse de que estaba hablando con una avariciosa sin principios. Ella, tras una fase de formación en informática, disimulo y malas artes muy bien remunerada, procuraría iniciar una relación encaminada al espionaje con uno de los israelíes de la lista de Ayman Fazeli. A decir verdad, Lancaster ya había seleccionado uno: Moshe Papst, un destacado funcionario del Estado. Elegirlo se revelaba racional, bueno y acertado cuando se examinaba con detenimiento su vida actual. Se había divorciado hacía cinco meses y medio, echaba a faltar enormemente a su exesposa y no había encontrado nueva pareja, ni tenía idilio alguno a la vista. A sus cuarenta y cuatro años, el que una veinteañera impresionante y con clase le diera esperanzas, de inmediato le generaría emoción e ilusiones —buenas vendas en los ojos de la sensatez, según el detective barcelonés—. En definitiva, se evidenciaba una presa asequible para una belleza hábil. Moshe Papst era lo que popularmente se llama un pez gordo. En su juventud había ascendido rápidamente en Inteligencia en la Fuerza de Tierra. Dimitió de su puesto en el Ejército a los treinta y dos años e ingresó en el Mosad, organización en la que también demostró su facilidad para subir en el escalafón: desde hacía un lustro, ocupaba los cargos de coordinador del Departamento de Información y de subdirector de la Comisión de Operaciones Especiales. En estos dos puestos de máxima relevancia tenía hilo directo con los *katsas* (los espías profesionales israelíes), así como con los *sayanims* (judíos que hacían de informadores gratis, por patriotismo) de los cinco continentes. A Ayman Fazeli le asistía la razón en esto: si el Daesh fuera un hijo no reconocido de Israel, Moshe Papst conocería todo acerca de su creación,

financiación y funcionamiento.

La luz se escondía lentamente en el horizonte cuando Lancaster estacionó su vehículo en el aparcamiento del Carlton reservado a los clientes. Él no se había decantado por uno de los tres hoteles más lujosos de la urbe por casualidad. La ostentación le convenía. Así pues, se alojó en una *suite* , cenó en el restaurante del hotel sin privarse de saborear delicias caras y dejó muy buenas propinas a los camareros y al botones que había cargado con su maleta, cosa que le proporcionó una fama instantánea de cliente generoso siempre que estaba complacido. En ese contexto favorable, al salir del restaurante anduvo hasta un botones con cara de adolescente, bajito, moreno, rechoncho, y le confesó con tono de languidez hallarse muy deprimido ante la perspectiva de dormir solo. A renglón seguido le preguntó en qué burdel de la ciudad las prostitutas de más alto nivel lucían sus encantos. Agregó que se le antojaba una muy bella, con clase y fina, esencialmente, debido a su gusto por lo exquisito y también porque, siendo ella así, la haría pasar fácilmente por un ligue en el hotel, con lo que se ahorraría las naturales objeciones del personal de la recepción. El muchacho le rogó que esperara un minuto, se apartó de él, usó el teléfono móvil, entabló una conversación corta. Colgó y se le aproximó con una sonrisa de oreja a oreja y los ojitos entusiasmados.

Marc Lancaster acudió prontamente al prostíbulo recomendado por el botones. En este, en concreto en una sala oval de decoración moderna, tuvo ocasión de remirar a doce mujeres. Solo tres merecían, por sus trazas de modelo, los ciento cincuenta dólares la hora que costaba escuchar sus palabras, disfrutar de su compañía y de sus supuestos labios lascivos, y desnudarlas. Aspiraba a ver más «candidatas a espía» a causa de que había algo en todas aquellas mujeres de la sala que no le gustaba, un defecto indescriptible, por no evidente, que hacía que la preocupación penetrara en él y avivaba su desconfianza de investigador cauto. El barcelonés agradeció a la *madame* el haber organizado tan magnífica exhibición de hermosura y la tentó con doscientos dólares adicionales a fin de ver a prostitutas más imponentes, de haberlas en Tel Aviv. Concretó más su estimulante oferta: le satisfaría que exempleadas que ahora iban por libre y competidoras que habían declinado ofrecimientos de ella para trabajar en ese local de alterne le enviaran fotografías recientes a su móvil. Y estableció dos condiciones: debían superar en belleza a las mujeres del desfile privado en la sala y poseer unos modales refinados o, al menos, corteses. La *madame* dijo: «Conforme», se abismó pensando y, al rato, efectuó varias llamadas con aire nervioso, casi frenéticamente. Las fotografías de tres *escorts* de cotización elevada no llegaron al teléfono móvil del detective como este

solicitó, pero sí al de ella. Se las enseñó al barcelonés muy ufana, como si se hubiera hecho acreedora de una larga felicitación. «Estas muchachas no tienen nada que envidiar a muchas modelos de las grandes agencias internacionales», él juzgó para sí, y después concentró su mirada en las dos fotografías de la joven que más habría encandilado a cualquier poeta, pues no tenía ese signo de estar acostumbrada a todo que afea a la gran mayoría de las mujeres del oficio; al contrario, conservaba una apariencia de perfecta inocencia.

Lancaster negoció con la espabiladísima *madame* el importe a abonar por estar con Maya —así se llamaba la joven— en el hotel Carlton una noche entera. Por cómo se comportaba la *madame* , se diría que Maya aún trabaja para ella, que de algún modo le pertenecía. El investigador privado transigió a pagar quinientos dólares a la prostituta y a que los doscientos dólares de comisión ascendieran a doscientos cincuenta. Consumado el pago, él pasó al zaguán escuchando cómo esa regente entrada en carnes, codiciosa y vil presumía de su buen hacer como reclutadora: «Me pateo las pequeñas localidades vecinas a los Altos del Golán para encontrar a estas perlas y contratarlas. No es nada sencillo persuadir a una drusa para que se una a nosotras. Por cada sí escucho cientos de noes. Pero vale la pena el tiempo dedicado. ¡Son tan guapas! Han sido bendecidas con una hermosura sublime».

El marido de Anika se introdujo en el taxi en el que Maya lo esperaba con ademán modoso. No se sintió engañado —las fotografías no estaban retocadas— ni defraudado, ya que, en persona, el mestizo aspecto de la drusa: ojos verdes, facciones árabes, el cabello negrísimo y el cuerpo esbelto, todavía era más bonito que en la pantalla de la *madame* ; además, su carácter amable, casi encantador, aumentaba su atractivo. Con toda la intención, charló con ella de cosas que no guardaban relación con la prostitución: cine, países a los que les gustaría viajar… Maya estaba a la altura, era tal como deseaba el investigador privado; realmente contaba con maneras, inteligencia y espontaneidad para representar con éxito ser una chica decente de pueblo venida a la gran ciudad a procurarse un empleo de camarera. Casualmente, su proyecto de futuro cuando vivía en Massada, antes de que la oronda *madame* viajera le formulara proposiciones deshonestas, era trasladarse a Tel Aviv, hacerse con un puesto de camarera o de cajera de supermercado y sacarse el título de peluquera.

En la recepción del Carlton, Marc Lancaster solicitó fresas con nata y *champagne* al servicio de habitaciones, peticiones que acompañó con un deslizar de billetes sobre el mostrador y con un: «Dese algún capricho», lo cual causó una inclinación de cabeza, una sonrisa y una frase de

agradecimiento del cansado recepcionista del turno de noche.

Maya estaba cómoda en la habitación para la clase alta, saboreando las fresas y dando sorbos al *champagne* . Se notaba que le gustaba el lujo y que el cliente de esa noche lo encontraba más apuesto y cordial comparado con los viejos ricachones de costumbre. En un momento dado, se metió una fresa en la boca, se lamió la nata de los dedos y emergió de la silla acolchada. Se quitó la blusa índigo a la par que los zapatos negros de tacón, se arrimó al barcelonés. Colocó sus femeninas manos tersas sobre los hombros del detective mientras lo miraba de forma penetrante. Él, por fin, entendió qué lo había alertado en el prostíbulo. En los ojos de Maya resaltaba el brillo de los filos de los cuchillos bajo el agua, tenían un matiz de ferocidad en lo más recóndito. «Ojos drusos de mujer. Las mujeres de esta etnia son así», sacó en conclusión. Creyó que nadie del Mosad se fiaría de ella y que, si Moshe Papst se diera a contemplar sus ojos, percibiría ese brillo de cuchillo. Presintió el fracaso.

4

Marc Lancaster condujo hasta Salou (una localidad turística al sur de Barcelona) bajo un cielo plomizo, con grietas de oro. En este pueblo costero iba a hablar largo y tendido con María Zedorova, una prostituta de Kiev que había estimado idónea para llevar a cabo la seducción y el espionaje a Moshe Papst. En María concurrían las cualidades de la joven drusa descartada por una simple intuición: excepcionalmente hermosa, elegante, melosa, complaciente en la intimidad y de aspecto inocente, y, a diferencia de Maya, su mirada no anunciaba una naturaleza peligrosa. Además, contaba con un físico más llamativo para un judío, por ser el prototipo de belleza femenina eslava: alta, rubia, proporciones corporales armoniosas, piernas largas, rasgos delicados y ojos azules.

María Zedorova se estaba iniciando en el oficio más viejo del mundo, se prostituía desde hacía apenas cuatro meses. A lo largo de ese tiempo había sopesado larga y repetidamente dejar su degradante actividad. Mas siempre había descartado dar el paso por su suposición de que, una vez cometido el error de convertir su cuerpo en mercancía, todo el mundo la consideraría una puta, ejerciera durante un día o diez años más. Por lo tanto, según ella, la elección menos mala consistía en acumular una buena cantidad de dinero, irse a vivir a una ciudad en que nadie la conociera, montar un negocio con tales ahorros y no mirar atrás, jamás pensar en el feo pasado. Siendo objetivo, esta figuración respecto a la crudeza con que la gente la juzgaría estaba basada en su propia escala de valores. Siempre había tenido por verdad que las profesionales del sexo eran mujeres despreciables, desprovistas de sentido moral, con el alma impura. Las borracheras y los malos tratos de su padre y, muy especialmente, los de su último novio, acarrearon que se traicionara a sí misma, que prefiriera el dinero que gana una prostituta de lujo a destrozarse las manos limpiando escaleras por un salario ridículo.

En la capital de Ucrania, Marc Lancaster evitó engañarla, no minimizó los riesgos de la misión en Tel Aviv. Asimismo, fue franco al hablarle del excelente pago: de treinta a noventa mil euros, dependiendo de los resultados. El detective la vio muy tranquila y segura de sí misma mientras le descubría que, si las cosas salían mal, podría acabar muerta o en prisión,

de ahí que él considerara que la joven poseía un punto de osadía que la hacía ideal para la misión y que el miedo nunca la paralizaría, ni siquiera en los momentos más apurados y estresantes, cuando llegara la hora de drogar a Moshe Papst, así como de copiar archivos de su ordenador. Tan pronto como se hubo asegurado su concurso en la confabulación, se apresuró a ayudarla a tramitar sus visados de turista para España e Israel, pues él sabía que en Ucrania estos se expedían con lentitud en los procedimientos ordinarios y con rapidez si se ofrecían buenos alicientes a determinados funcionarios.

En sus diez días en Salou, María recibió clases de informática para espías —copia de archivos, introducción y eliminación de virus…—, se le hicieron demostraciones en cuanto a suministrar la dosis correcta de droga en una bebida, fue instada a mirar repetidamente cinco fotografías del divorciado y se le especificó a qué locales de ocio de Tel Aviv y a qué horas este acostumbraba a ir. En las demás habilidades imprescindibles para llevar a buen puerto la misión, esto es, en lo tocante a desenvolverse, hablar y lograr que un hombre se quedara prendado de ella, no había nada que enseñarle, salvo en dos excepciones: era oportuno marcarle una estrategia obligatoria y decirle cómo debían ser algunas de sus reacciones. Había una razón de peso para condicionar su actuación: este alto mando del Mosad no se parecía nada a sus viciosos clientes de Kiev. Marc Lancaster, hablando en inglés, se encargó personalmente de completar su formación mientras almorzaban en el restaurante Salamanca, una marisquería de la Barceloneta con vistas al Mediterráneo.

—Moshe Papst es una pieza clave en el Mosad. Naturalmente, no te lo revelará. De tratarse de un imbécil, no habría llegado donde está. Sin embargo, cuando os hayáis acostado varias veces, cuando vea que vuestra relación va más allá de una mera aventura, te dirá que es policía o algo por el estilo. O sea, no te contará que ostenta un cargo público de relevancia relacionado con la seguridad de Israel, pero te hará saber que ese es su mundo, para que comprendas que tú no tienes la culpa de sus ausencias repentinas ni de sus largos desasosiegos. Nada más te lo diga, aparenta estar asustada. Él advertirá tu temor y más pronto que tarde te preguntará qué te altera. Contéstale que has entrado en Israel con un visado de turista, algo ilícito, dado que pretendes quedarte a trabajar: estás intentando encontrar una familia pudiente falta de una criada fija. Escuchar esto lo hará fiarse de ti, bajar la guardia. Incluso, tal vez, creerá tener control sobre ti, porque cuando le venga en gana puede llamar a Inmigración y deportarte. Es buena cosa que tenga la sensación de que es el dominador en la pareja en vez del dominado.

—Pienso lo mismo.

—Hasta la cuarta semana no pongas la droga en su vaso. Recuerda, échasela un día en que se haya excedido tomando alcohol en la cena. Ingéniatelas para que beba más de la cuenta. Por ejemplo, le dices que te apetece mucho salir a cenar fuera. Y en el restaurante pides al camarero una segunda botella de vino. Más tarde en su casa, cuando hayáis acabado de hacer el amor, viertes el contenido de la cápsula en un vaso de *whisky* o en una copa de coñac, en la dosis justa, ni más ni menos, le ofreces la bebida e insistes en comprar por internet unos zapatos de marca que no están a la venta en Tel Aviv. Seguidamente te apoltronas delante del ordenador con él al lado, te pones a mirar zapatos en Rakuten o en Amazon con parsimonia e indecisión, y en cuanto le entre un sueño fuerte, lo acompañas a la cama. Espera a que caiga dormido, copia los archivos en el *pen drive* y lo escondes dentro del tacón hueco de los zapatos negros. No abras ningún archivo, solo cópialos.

—Me has recalcado todo esto catorce o quince veces. Me ha quedado claro. Lo haré bien.

—Faltan por decir algunas cosas.

—Adelante. Dilas.

—No voy a explicarte cómo conseguir que esté coladito por ti. La experta en eso eres tú. Sabrás mostrarte muy cariñosa y encantadora, estoy convencido. Ahora bien, aparte de lo que tengas pensado, harás una cosa más con miras a que en el señor Papst nazcan sentimientos intensos hacia ti: cuéntale cuánto has sufrido.

—Me inventaré una historia creíble.

—No. No te inventes nada. Las mentiras no pueden rivalizar con la verdad. Esta siempre suena más auténtica y resulta más conmovedora.

María se apesadumbró.

—¿Que le confíe que mi padre y mi novio me zurraban?

—Te compensaremos por la incomodidad que padezcas —repuso el detective con gravedad. Sin torcer el curso de sus explicaciones, continuó —. ¡Es del Mosad! Está entrenado para detectar las mentiras. Hazme caso, por favor. Mejor dicho, te exijo hacerme caso. Es por tu bien y el de la misión. Siempre que te asalten las dudas, piensa en los noventa mil euros.

—¿Algo más, general?

—Nunca me llamas por mi nombre.

—Camilo no es tu nombre. Encima, no te pega.

—Si nada sabes, nada largarás. Situémonos en el mejor de los supuestos: ya has copiado sus archivos, bien por la vía fácil, él te presta su ordenador, o bien por la difícil, después de haber infectado su ordenador con un virus.

Entonces ni se te ocurra romper con él o variar tus actitudes o tu comportamiento en lo más mínimo. Permanece a su lado con tus dulces maneras tres semanas más. A su término, tu madre te mandará un mensaje al móvil comunicándote que se halla enferma. Esta será tu excusa para volar a Ucrania y librarte de él.

—Tenía pensado ir a Roma, tomarme unas vacaciones.

—Ni hablar, maja. Vivirás en Ucrania medio año sin hacer ostentación del dinero cobrado. De ahí en adelante, ve adonde te plazca. Ah, alójate en hoteles normalitos.

—¿Qué piensa tu esposa de que pases tanto tiempo conmigo? ¿No anda molesta?

Marc Lancaster miró su alianza sin querer y eludió el tema:

—Cuando me conoció, ya me dedicaba a investigar. Basta de preguntas personales.

—¿Cómo se llama?

La futura espía persistió en fisgonear aunque se esperaba que sus preguntas no fueran respondidas, al menos de una forma que saciara su curiosidad. Probablemente, las efectuaba para forzar una pausa en su adiestramiento. De este modo, disponía de tiempo para hacerse a la idea de que descubriría sus intimidades más inconfesables al israelí.

—¿Qué nombre te gusta?

—¿Tampoco quieres decirme su nombre?

—Para alguien inteligente del Mosad sería suficiente saber el nombre de ella para llegar hasta mí y ensañarse. El que me muestre tan reservado está plenamente justificado, María. ¿Visitaste webs de ropa y zapatos con tu móvil cuando estabas en Kiev?

—Sí, señor. Soy una chica obediente.

María apuró su Martini y, con mirada astuta y suspicaz, manifestó sucintamente:

—Lo haré muy bien.

Marc Lancaster la creyó. Tenía fe ciega en que no acusaría los nervios ni se desmoronaría por la presión, toda vez que sabía que ella estaba dotada de un fuerte instinto de supervivencia, el cual le servía para mantener la calma y superar los obstáculos. Al principio de conocerla, el detective atribuyó la existencia de este a que la joven pertenecía a un pueblo que había padecido muchas penalidades en su historia, entre ellas la sangrienta invasión nazi y una hambruna atroz bajo la tiranía de Stalin. Enseguida desechó su prematura conclusión. Vio una explicación mejor: la prostituta ucraniana ansiaba sentirse segura en el futuro, y estaba totalmente dispuesta a exponerse con tal de alcanzar esa seguridad estable. Era como un jugador

de cartas perdedor y harto de ser pobre al que no le importa arriesgar todas sus ganancias en una sola mano. Parecía una contradicción, un modo absurdo de elegir una escapatoria. No obstante, él comprendía a María. Ella se había criado en la desesperación; como consecuencia, tenía la valentía de los perros apaleados que, a pesar de haber recibido muchos golpes, todavía pelean por escapar de donde los han arrinconado.

5

María siguió las instrucciones de Marc Lancaster: iba a uno de los bares frecuentados por Moshe Papst en los días y a las horas más propicios para coincidir con él. Era un bar espacioso, de decoración *vintage* , provisto de sillones acogedores, con lamparitas de cristal verde colgando bajo la semioscuridad del techo, con zonas bien iluminadas y otras en penumbra, de esos en los que uno se siente a gusto con la pareja. Una cristalera con láminas reflectantes permitía ver el exterior a la vez que impedía a los viandantes molestar a la clientela echando vistazos por curiosidad, las melodías sonaban invariablemente a bajo volumen, como en un sueño grato de alguien de carácter tranquilo.

Las dos primeras tardes en que María estuvo en el establecimiento, Moshe Papst no apareció. La tercera, un viernes de clima primaveral, este cruzó la puerta con paso relajado y se sentó en su mesa preferida. La ucraniana, en un taburete de la barra, no lo reconoció hasta que estuvo quitándose la americana del traje, que dobló sobre una silla. Debido a su momentánea distracción, ella no advertía la presencia de los dos escoltas del alto mando del Mosad, pero, por las explicaciones de Marc Lancaster durante la formación intensiva en espionaje, no le cabía duda de que habían entrado por delante y detrás de él, y estaban vigilando incesantemente, de igual manera que otro policía, el que se presentaba en los sitios para inspeccionarlos media hora antes de la llegada de sus protegidos. Claro está que la atención de los guardaespaldas tendería a recaer en los individuos de etnia palestina, con ojos encendidos y manos agresivas, no en una mujer europea decaída, dijo para sí.

María esperó y esperó, como un cazador experimentado y perseverante escondido junto a un arroyo en la aurora, a que el hebreo se apoyara en la barra y le pidiera una bebida al barman , que estaba silbando la canción «Broken Wings» de John Mayall desde hacía un buen rato, lo que provocaba rítmicos vaivenes en la punta del pie derecho de ella. No bien la espía oyó: «Una copa de coñac, Betzalel», giró su rostro tristísimo hacia el funcionario. Sus miradas se encontraron. La beldad permaneció inmóvil dos segundos y, mediante un movimiento lento del cuello, volvió a dejar caer su vista en la barra. Presumía que esos dos segundos habían bastado

para que el hombre sumido en la soledad y nostálgico se sintiera atraído por ella. Presumía bien: este miraba ahora al barman, ahora al cebo adorable, que rompió a sollozar cuando una de sus manos se pegaba a su frente, dándole un aire de ser muy desgraciada. Seguidamente puso la otra mano en la frente y bajó más la cabeza, con lo que su melena negra le cubrió las mejillas. A Moshe Papst lo desasosegaba no poder continuar admirando el rostro de la joven, y más aún que esta interrupción la hubieran causado la tristeza y el abatimiento, así que enseguida vino hacia ella; llevaba la copa de coñac en una mano y miraba con compasión su cara, todavía tapada por una postura que el cuerpo del israelí había trazado con frecuencia desde su divorcio desolador, traumático.

—¿Se encuentra bien, señorita?

María se enjugó las lágrimas que perlaban sus ojos plenos de una mezcla de desánimo muy fuerte y de turbación, afectó estar avergonzada y balbució en inglés:

—Discúlpeme. No hablo su idioma.

—Yo hablo inglés bastante bien. ¿Por qué está tan apenada? ¿Qué podría hacer para levantarle el ánimo y arrancarle una sonrisa?

La espía sonrió un poco. Era una sonrisa trágica, adecuada. Moshe tuvo la impresión de que esta sonrisa le sentaba bien, que cualquier sonrisa sentaría bien a su semblante pálido y bonito, y a sus labios rojos encogidos por la timidez.

—Estaba recordando a un novio, Leon. Me abandonó hace poco. ¿Por qué sigo queriéndole? Me ha herido profundamente. ¡Qué estúpida soy!, ¿no?

Moshe Papst se quedó embriagado. La contempló como se contempla a una pareja amadísima que acaba de volver de un largo viaje azaroso. Tuvo el presentimiento de que con ella recobraría la pasión que había dado por perdida para siempre. Deseó vivamente pegar su piel a la suya y notar su calor filtrándose en él, pues su corazón estaba maltrecho desde la ruptura.

—¿Qué está bebiendo? ¿Sería tan amable de concederme invitarla a otra bebida?

—Le dejo, siempre y cuando esté dispuesto a padecer una compañía tan deprimente. Zumo de naranja con vodka.

—Estoy dispuesto. Me apetece mucho estar con usted y alegrarla.

—¡Qué atento!

El israelí dijo al barman con su voz varonil, segura pero ligeramente lastimosa, que le pusiera un vodka con naranja, y se propuso conocer a la forastera. Después sacó un pañuelo de papel de un bolsillo de la americana, le secó las lágrimas a María, le alargó la bebida naranja y la miró de una manera que a ella le agradó, rezumando ternura. No la miraba como lo

habían hecho decenas de hombres antes y después de hacerse prostituta: imaginando su cuerpo desnudo en una cama y poseyéndola. Moshe Papst veía a una niña pequeña perdida en un bosque que anhelaba toparse con un rescatador. Esto era, con mucho, lo que más le gustaba de la kievita. Aunque también contribuía a que estuviera prendándose de esta su hermosura, su aparente candidez y el que se expresara moviendo las manos con la dulzura de alguien que jamás ha odiado en toda su vida. Enseguida se determinó a intentar convertirla en su novia. Había dado con la mujer capaz de llenar su vacío, de devolverle las ganas de vivir.

La emoción se asomó a la cara de Moshe Papst.

6

Sede central del Mosad, Tel Aviv, unos días después

Un miércoles de mayo de tiempo hosco. Los quejidos del viento se aproximaban a los cristales antibalas de las ventanas.

Se habían congregado los once integrantes de la Comisión de Operaciones Especiales del Mosad, los encargados de definir y aplicar la intervención de esta agencia en Europa y Oriente Medio, así como de cooperar con el SHABAK (el Servicio de Inteligencia y Seguridad Interior) y el AMAN (la Inteligencia militar) a la hora de seleccionar a los líderes de Hamás y Al Fatah que se debían asesinar de forma prioritaria. En la mente de los presentes imperaban dos ideas: dar continuidad a la táctica de descabezar permanentemente a las mencionadas organizaciones palestinas y seguir preparando atentados contra adversarios preeminentes en países islámicos. Esta propensión del Mosad a defenderse con desproporción venía dada por las agresiones que el «pueblo elegido» había sufrido a lo largo de los siglos y por su antipatía extrema hacia los musulmanes.

La primera cuestión que se trató fue el de las traiciones dentro del Ejército israelí. En las altas esferas del Estado se aborrecía a los militares que habían osado sacar a la luz acciones armadas deplorables: incursiones en Gaza dirigidas a combatir el terrorismo con profesionalidad y precisión que se transformaron, sin autorización de la cúpula militar, en ataques indiscriminados de resultas de los cuales sangraron centenares de civiles. El Mosad no aprobaba esos desmanes cometidos por culpa de la incompetencia de oficiales en quienes se había delegado desacertadamente demasiado poder de decisión. No obstante, eran de la opinión de que los trapos sucios no debían airearse. Por ello, no vieron con malos ojos prestar temporalmente una parte de sus efectivos al SHABAK y al AMAN, las dos entidades cuyas plantillas estaban aunando esfuerzos para identificar y abrir expedientes sancionadores a estos chivatos que habían puesto en un brete al Ejército con sus muy desafortunadas acusaciones. En resumidas cuentas, sus agentes cedidos espiarían a los militares sospechosos de haber entregado escritos acerca de crímenes de guerra, con vistas a enterarse de si estos habían fallado en la fidelidad debida y de qué compañeros suyos

también tenían mentes disconformes y espíritus bravíos que pudieran empujarlos a la subversión. Por contra, el Mosad no estaba por la labor de prestar agentes al SHABAK y al AMAN para otra iniciativa puesta sobre la mesa: arruinar la vida de los periodistas israelíes defensores de los derechos humanos en cuyas columnas se habían recogido estas denuncias, así como la de los que ensalzaban la honorabilidad de los veteranos soldados y oficiales de la ONG Breaking the Silence.

Quince minutos de serenos intercambios de opiniones. No se movieron de sus posiciones ni un ápice. Amargarían a militares desleales, no a articulistas incómodos y fastidiosos.

A continuación se pasó al tercer punto en el orden del día, la operación Medea 1, una serie de actuaciones ilegales cuya finalidad consistía en hacer perdurar o inflamar más la enemistad entre chiíes y suníes. Medea 1 estaba en funcionamiento desde hacía más de treinta años, y dio lugar a sus episodios más horrorosos en la interminable guerra librada entre Irán e Irak.

—Se ha presentado una complicación en el atentado del Líbano —anunció Marom Dickmann, un analista de cara afilada, cejas pobladas, alto, macilento, con voz de insensible.

—Cuéntenos —reclamó Moshe Papst.

—Yusef Cejin El Buda se dispone a contratar a un nuevo jefe de seguridad. Por sus correos electrónicos, nos consta el elegido, Dietmar Schulze, un austríaco de cuarenta y cuatro años con una dilatada experiencia en México y Colombia.

—¿Nos afecta? —quiso saber el subdirector de la Comisión.

—Nos afecta. Un policía mejicano me ha escrito detallando sus técnicas de protección. Realiza muchas salidas falsas.

Moshe Papst frunció el ceño, achicó los ojos como un pendenciero cuando se gesta una reyerta y entrecruzó los dedos a la altura del mentón. Se hubiera podido deducir que estaba molesto con alguien. No era sí. Simplemente, le preocupaba y le disgustaba el inesperado factor Dietmar Schulze, que estropeaba el plan confeccionado. No le agradaban este tipo de inconvenientes, ni tampoco solventarlos.

—Salidas falsas… ¿qué son? —interrogó Lael Feist, el responsable del Departamento de Logística, Armamento y Recursos; tenía, con diferencia, el perfil más burocrático del grupo. En su oscuro cutis se dilató una expresión de incomprensión.

—En las salidas falsas vehículos con cristales tintados parten de un lugar oculto a la vista, como un aparcamiento subterráneo. Luego recorren cinco, seis o siete veces la distancia entre el punto de origen y el de destino,

siempre siguiendo rutas distintas. Únicamente en uno de estos recorridos el protegido va en alguno de los coches —le explicó Hoshea Omella, un exteniente de la Fuerza Aérea de temperamento frío que había entrado en el Mosad hacía nueve inviernos. Los agentes en Yemen operaban bajo su supervisión—. Con esta medida de protección, no sería posible ejecutar el atentado con cable y explosivos conforme a lo previsto. Estamos jodidos, señores.

—Schulze todavía no ha firmado su contrato —lo corrigió Marom Dickmann.

—Pues que siga sin firmarlo —dispuso Moshe Papst—. Le va a llegar en breve una magnífica oferta de trabajo de un empresario israelí afincado en Colombia. Si esto no funcionara… igualmente, ese contrato con Yusef Cejin El Buda quedará sin firmar. Simulen un asalto con robo a Dietmar Schulze. Uno de nuestros agentes lo apuñalará por la espalda cuando esté paseando en su tiempo libre y le sustraerá la cartera. Ciertas puñaladas matan, otras no. Esta será de las que no. Marom, estará en un hospital unos días, no en un féretro. ¿Le ha quedado claro?

—Hablaré con los dos agentes que se trasladarán a Viena desde Francia. Seré muy explícito y tajante.

Abraham Macip, un experto en inteligencia, tomó la palabra. Su plácido carácter desentonaba con su predisposición a obrar despiadadamente; poseía una voz argentada pero firme; su cuerpo muy musculado y sus rasgos faciales europeos lo diferenciaban de los otros participantes en la reunión (su genética judía se había diluido sensiblemente en Polonia fruto de que sus antepasados se emparentaron con autóctonos durante cuatro generaciones), en cualquier otro país, nadie habría pensado que era hebreo. Esto último, a los ojos de los palestinos, le daba un aspecto de usurpador de tierras que casaba bien con el discurso de la ocupación sionista.

—Moshe, en la sesión del martes me preguntó acerca del talante de los sustitutos de Yusef Cejin El Buda en el Líbano. Pues bien, lo ignoro. No se vislumbra cuál será el militante histórico que le sucederá cuando lo matemos; siempre ha rehuido ungir un delfín. Lo que sí es seguro es que los políticos de más peso en el partido no comparten su controvertida meta, un acercamiento entre chiitas y sunitas. Cabe una sorpresa, desde luego. Existe la posibilidad de que un afiliado del montón adquiera protagonismo de la noche a la mañana y, también, de que su pensamiento nos perturbe. Estaremos preparados. Responderíamos con eficiencia.

—Sí, por supuesto —suscribió Moshe Papst. Por lo general, compartía los juicios de valor de Abraham Macip—. Ozel, ¿cómo está lo de Irán?

—Casi a punto —contestó el más joven de la reunión. A sus treinta y siete

años, Ozel Blonder brillaba con luz propia en el Mosad. Sus métodos preferidos, tan efectivos como crueles, estaban mal vistos por la mayoría de sus superiores, por lo cual los vetaban decididamente. El resto de ellos lo tenía en alto concepto, lo admiraba sin declararlo y confiaba en que, un día cercano, se le daría luz verde a poner en práctica estos métodos. Por sus gestos, por su manera de mirar y de expresarse con las manos, por su inteligencia privilegiada, así como por su vestimenta cara, recordaba a uno de esos altos ejecutivos de bancos seguros de sí mismos, inmorales, arrogantes, que siempre son escuchados con respeto en los consejos de dirección—. Se están ultimando los preparativos. Nuestro aliado en la Policía iraní pronto atenderá una llamada anónima. En ella, se pondrán en su conocimiento las perversiones del notorio Jafar Nemati. Dos de nuestros agentes esconderán pornografía infantil en su vivienda unas horas antes del registro.

—Que no la escondan demasiado bien —previno Abraham Macip—. No sea que envíen a una pandilla de policías zoquetes y se marchen con las manos vacías y pidiendo disculpas.

Moshe Papst miró a Ozel Blonder como las personas muy exigentes al demandar resultados excelentes. Blonder comprendió que le estaba mandando asegurar el tiro, de modo que incluyó garantías en la farsa.

—Nuestro servicial teniente llevará la batuta en el registro, y con una mínima antelación se le dirá en qué escondrijo se han puesto las revistas. ¿Mejor así?

—Mucho mejor —emitió Moshe Papst. En el acto interpeló a Goel Sabadial, el viejo analista que tenía asignado Irak—. ¿Se sospecha algo raro en Irak?

—No. Nadie se imagina que el atropello a Rashid Nozad se debió a razones políticas. Y menos aún que el Mosad esté detrás. A su entierro asistieron miles de civiles. Lo apreciaban por sus propuestas en pro de la reconciliación entre Irak e Irán. Lo apodaban «el hombre de la paz».

—Me tendría que haber hecho caso, Moshe —se atrevió a recordarle Ozel Blonder—. Si hubiera estallado una bomba con metralla en el entierro, la matanza habría disparado todavía más la hostilidad entre suníes y chiíes: el país habría entrado en una espiral de violencia mayor.

—A los entierros van mujeres y niños. Usted es un sádico infame —lo reprendió Moshe Papst—. El día que se saltara mis órdenes, probaría en sus carnes la crueldad que tanto le gusta. Deje de cuestionar mi criterio o acabará expulsado de la Comisión por muchos padrinos que tenga en el Likud. Aquí mandamos el director Eshel Lessing y yo, para bien o para mal. Ben, le toca.

A Ben Abt se lo calificaba de voz autorizada en política internacional y estaba muy bien considerado en la mesa. Parecía un sefardí que había resistido una larga reclusión con aquellos ojos grises, perspicaces y recelosos, su gran delgadez y su piel apergaminada; era parco en gestos, sencillo, atento y muy diligente. Se acodó en la mesa, abrió un expediente. Inspiró fuerte y comenzó a resumir los avances de la semana con su habitual pulcritud:

—Estamos haciendo seguimientos a sesenta y dos políticos y a veintiocho mulás entre Irak, Irán, el Líbano, Siria, Arabia Saudita, Jordania, Turquía, Yemen, Egipto, Catar, Omán, los Emiratos Árabes, Marruecos, Argelia, Pakistán e Indonesia. Es decir, hemos incorporado a tres políticos más a la operación Medea 1. Los musulmanes con tendencia a abogar por la concordia entre chiitas y sunitas no abundan en los partidos. Ni siquiera llegan al diez por ciento. Aun así, debemos estar alerta, pues en el supuesto de que uno de ellos tomara las riendas de su formación política, esto podría provocar un efecto dominó en otros países. Ese futurible hermanamiento generalizado supondría nuestro fin. La unión de las naciones islámicas es incompatible con la seguridad de Israel. [4]

»No caigamos en el error de celebrar triunfos inexistentes. Tal como yo lo veo, estamos apagando algunos fuegos al tiempo que consentimos la propagación de otros. Nos estamos absteniendo de silenciar a los intelectuales y los periodistas que se arrestan a fomentar el entendimiento entre árabes y persas. Le sugiero incluirlos en la operación Medea 1, Moshe.

—Meditaré sobre su sugerencia, Ben. ¿Tiene en cuenta que si queremos abarcarlo todo igual dejaremos de pasar desapercibidos en estos dieciséis países?

—No hay una solución perfecta, subdirector. Estoy de acuerdo con usted: añadir tantos nuevos objetivos conllevaría este riesgo. Yo estimo más arriesgado quedarse de brazos cruzados en comparación con truncar las carreras de algunos de estos hombres ilustres, habida cuenta de que sus ensayos y su oratoria marcan un camino que, de seguirse, originaría nuestra perdición. Su paz comportaría el padecimiento de Israel.

—Retomaremos esta conversación el próximo lunes —dispuso Moshe Papst—. Por lo que hace al tema estrella, el Daesh, el director nos pondrá al corriente de las últimas novedades. Estaban esperando este momento; yo también.

—Gracias, Moshe —articuló el director del Mosad, Eshel Lessing, un cuadragenario de negros iris sentimentales, de cabello canoso, con aire de pensador, tal vez, a causa de que se había licenciado en dos carreras de

letras y prefería escuchar a hablar. Se había labrado una exitosa carrera en la Policía de Jerusalén antes de su traslado al Mosad hacia seis años. Odiaba la incompetencia. Era modesto y austero. Se distinguía por ser muy calculador, nunca se precipitaba. Por tanto, no era de extrañar lo siguiente: no se regía por el odio al tomar sus decisiones, ni siquiera cuando odiaba —. Esta mañana he desayunado con el presidente. Me ha dado una consigna: inhibición y esperar. ¿Qué sabemos con certeza hasta la fecha? El régimen de Arabia Saudita y dos grandes fortunas de Catar están suministrando armas y dinero al Daesh, mientras que Turquía comercia con este y no apresa a los miles de muyahidines, turcos y no turcos, que afluyen al califato a engrosar sus filas. Arabia Saudita y las dos dinastías cataríes lo apoyan con el objeto de que el islam sunita adquiera hegemonía sobre el chiita en Siria y, en menor medida, para suprimir las fronteras trazadas por las potencias imperialistas. A los políticos turcos los mueven unos fines menos elevados: lucrarse comprando petróleo al Daesh a precios irrisorios y que se masacre a los kurdos desde otro frente. También sabemos que Turquía pidió permiso a la CIA antes de consumar una de sus intenciones reprobables, la compra de petróleo de sangre. El permiso se denegó en un primer momento porque la imagen que se quería ofrecer era que Estados Unidos estaba del lado del Ejército Libre Sirio y de la Primavera Árabe. Finalmente, han primado los intereses de la industria armamentística, los de empresarios americanos asociados con saudíes en negocios y los de la CIA, que juzga positivo agravar las disensiones entre musulmanes, de suerte que esta autorizó al Gobierno turco a dejar pasar por su frontera a los camiones con los tanques llenos de petróleo robado. Lo han oído bien: el permiso a Turquía no lo concedió el presidente de los Estados Unidos; él lee informes mentirosos de sus servicios de Inteligencia, así que es ajeno a esta compraventa de petróleo de sangre de su aliado en la OTAN. La CIA ha impuesto cuantiosas contrapartidas a Turquía: el veintiocho por ciento de los beneficios derivados del comercio con el petróleo del Daesh se transferirán a sus cuentas opacas; este dinero turco, supuestamente, se destinará a la lucha contra el terrorismo.

—Se pasan más que nosotros —observó Ben Abt.

Eshel Lessing asintió y prosiguió con su narración:

—Sin embargo, en absoluto nos extraña, ¿verdad, caballeros? Conocemos los defectos del sistema político de Estados Unidos. El poder lo detentan ciertas élites económicas, no el presidente electo. Y esas élites tienen el control de la CIA, la usan a su antojo y conveniencia. A veces le mandan dar golpes de Estado en democracias de América Latina, otras derrocar a mandatarios en cualquier otra latitud del mundo, invadir Irak o desplegar

campañas de propaganda en Estados Unidos con el objetivo de divulgar noticias falaces y moldear la opinión pública en un asunto espinoso.

—Angelitos —musitó Ben Abt.

Eshel Lessing volvió al tema del Daesh:

—¿Qué más es dable afirmar? A fecha de hoy, no sabemos a qué bando nos conviene apoyar definitivamente. Irán, para sostener a Al-Assad en la jefatura del Estado, ha desplegado en Siria a la Guardia Revolucionaria, asimismo, ha estado coordinando la llegada de las milicias chiíes de Pakistán, Afganistán, Irak y Líbano. Pero, en vista del auge del Daesh, aumentará el contingente humano de su ejército en las varias zonas de guerra, en nuestros cálculos hasta los 60 000-80 000 efectivos. Esta participación tan grande desgastará a Irán, le hará centrar sus energías en la guerra contra el Daesh y el HTS. ¿Qué consecuencias directas tendrá esto? Sus partidas presupuestarias para Hezbollah se reducirán drásticamente. Así pues, en principio, que el Daesh gane terreno nos viene bien. Genera inestabilidad en la región y debilita a Irán, al Líbano y, por extensión, a Hezbollah, que ya no se refuerza con milicianos de otros países y, encima, envía a muchos de los suyos a Siria. Básicamente, nuestro jefe de Estado piensa que, mientras los musulmanes se maten entre ellos, no nos matarán a nosotros. Yo, que entiendo muy bien su punto de vista, tengo la obligación de imaginarme todos los escenarios posibles. También el más adverso, el sueño del Daesh: cristaliza un califato suní inmenso y poderoso. Estos locos del Daesh comprarían misiles y los lanzarían a centenares sobre Israel. Las sanciones internacionales les dan risa.

—Director, ¿el Gobierno nos ordena consentir que el Daesh crezca y, más tarde, cuando devenga fuerte, atacarlo? —inquirió Ben Abt.

—Más o menos.

—Una idea genial —ironizó Ben Abt.

Un gesto de desaprobación de Eshel Lessing hizo que Ben Abt no se extendiera en sus sarcásticas críticas.

—¿A qué mente privilegiada del Gobierno se le ha ocurrido que, una vez que el Daesh se haya convertido en un gigante, seremos capaces de borrarlo de la faz de la Tierra? —protestó Moshe Papst, sumándose al debate abierto y agitándolo.

—Al presidente, asesorado por el ministro de Exteriores y el jefe del Estado Mayor.

Moshe Papst cogió su puño izquierdo con la palma de su otra mano, separó los antebrazos y argumentó y arremetió:

—Me pronunciaré al respecto, Eshel: estamos cometiendo una imprudencia. En el dictamen del jefe del Estado Mayor ha pesado más su

deseo de que se eleven las inversiones en el Ejército que defender el interés general. Por cierto, ¿en qué nos fundamos para pensar que el Daesh será un gigante? ¡¿Será?! ¿Acaso no lo es ya? No solo se enriquece con el petróleo. También vende algodón, fosfatos, sulfuros, cebada, centeno y obras de arte antiguas; estas ventas adicionales a las del crudo le reportan unos ochocientos treinta millones de dólares al año. Y completa sus ingresos saqueando bancos, apropiándose de un tercio o la mitad de las nóminas de los funcionarios — el Estado iraquí invita—, instaurando imaginativos impuestos, abasteciendo de electricidad a la población, con otros cultivos, con rescates de rehenes, con donaciones de centenares de salafistas… Todo esto está pasando hoy. De ninguna manera son inconsistentes previsiones pesimistas, son realidades tangibles. Los extremistas del Daesh están muy bien organizados en Siria y en Irak. En la televisión y en los diarios los tildan de panda de malhechores anárquicos, y no funcionan así.

—Comprendo sus temores, Moshe. En esta cuestión no tenemos voz ni voto… por ahora. Quizá el tiempo le dé la razón. Entonces nos otorgarían plenos poderes para aniquilar al Daesh.

—Encuentro urgente incrementar nuestro número de agentes en Turquía —significó Moshe Papst—. Debemos estar al tanto de qué personajes oscuros sacan tajada con la venta de petróleo del Daesh, así estaremos en disposición de chantajearlos a ellos y a las máximas autoridades de su país cada vez que nos parezca oportuno.

—Bien pensado. Cuenta con mi autorización. —Eshel Lessing se interrumpió. Enseguida comentó—: No suele equivocarse en sus pronósticos, Moshe. Me alarma el que disienta acerca de mantenernos a la espera. Para su tranquilidad, le digo que todo hace presagiar que, en un plazo de uno o dos años, Francia e Inglaterra batallarán, se enfrentarán a los milicianos del califato. Además, Estados Unidos enviará a su ejército de tierra. El Daesh comete aberraciones día sí, día también; los líderes occidentales no podrán mirar hacia otro lado por mucho más tiempo.

—¿Por qué iban a implicarse tanto los americanos? —lo contradijo Ben Abt—. Estas aberraciones acontecen muy lejos de sus hogares, y los dueños de la CIA agrandan sus fortunas millonarias con la guerra.

—Para satisfacer a sus votantes.

—Los votantes estadounidenses detestan ver ataúdes de sus hijos caídos en combate. Y, aunque estuvieran dispuestos a pagar semejante precio, la administración Obama jamás movilizaría las tropas de infantería sin la bendición de las élites económicas. Los políticos y la mayoría de los medios de comunicación de Occidente son marionetas de las grandes fortunas —sentenció Moshe Papst—. Los ciudadanos europeos y

norteamericanos carecen de potestad sobre sus ejércitos y sus gobernantes. Estoy muy lejos de exagerar. Empresas extranjeras asentadas en territorio del Daesh les ofrecen tributos con tal de que no se vea alterada su actividad. Por ejemplo, una cementera francesa les ha pagado once millones de dólares y ha entregado dos más al Frente Al-Nusra. ¿Qué han hecho las televisiones y los dirigentes de la Unión Europea ante tamaña vileza? Correr un tupido velo.

—De ponerse el panorama realmente feo: si el Daesh hubiera repelido los ataques de nuestro ejército y, además, Europa y Estados Unidos nos abandonaran a nuestra suerte, como último recurso… Lo subrayo, como último recurso, subrepticiamente contribuiríamos a que una célula satélite del Daesh perpetrase un atentado en territorio ruso o contra turistas rusos en un Estado musulmán —avanzó Eshel Lessing, agriando la controversia —. Este suceso empujaría a Rusia a entrar en la contienda. No constituiría una acción digna. No me hace falta leer la vergüenza en su cara, Moshe, para alcanzar a entenderlo. Menos digno sería consentir la destrucción de nuestra nación. En determinadas situaciones límites, la ética está en los fines, no en los medios. ¿Qué hay más ético para un judío que salvar a Israel del Daesh? Nada —arguyó para beneficiar su ruin planteamiento.

Eshel Lessing acarició la idea de que Dios no lo sometería a esa prueba. Durante este momento de esperanza, sus sentimentales iris atrajeron la atención de los reunidos.

—Atisbo otra posibilidad. Y se nos ha pasado por alto, Eshel —le hizo notar Moshe—. ¿Estamos haciendo un diagnóstico incorrecto? ¿Y si Arabia Saudita ha creado el Daesh como moneda de cambio? Concibe la bestia y en unos meses ofrece a EE. UU. sacrificarla con la condición de que sus gobernantes le den la tecnología para fabricar bombas atómicas. En las negociaciones los saudíes aducirían que las quieren a efectos de igualar el potencial de Irán, como simple contrapeso, nunca para usarlas, pero…

—Pero como se sentara en el trono de Arabia Saudita un rey sectario con la ambición de ser el hijo predilecto de Alá, una bomba atómica impactaría en Tel Aviv. Bien visto, Moshe. Brillante hipótesis. No escatimaré medios ni personal para refutarla. Desde luego, de ser certera, le estaríamos fallando a Israel al no abatir el dominio y la arrogancia del Daesh en Oriente desde el minuto uno.

—Se me ocurre un modo de abatir su subyugante dominio y su arrogancia distinto al de provocar a Rusia, Eshel —señaló Moshe—. ¿Qué es el Daesh? Fundamentalmente, la suma de yihadistas y de buena parte del personal del disuelto aparato represivo de Sadam Hussein. Estos incondicionales del dictador iraquí destronado han conferido visión de

Estado a los partidarios de la yihad. Quitemos al Daesh tal visión. Ofrezcamos cargos políticos de primer orden en el Gobierno de Irak y plazas de funcionario bien retribuidas a esos antiguos secuaces de la dictadura.

—Inviable, inviable. No pactamos con terroristas. Ya no sirven al partido Bazz, sirven al Daesh.

—Brindémosles la oportunidad de vivir en edificios palaciegos en vez de errar por el desierto y de pernoctar en tienduchas de lona. Descubrirá que son mucho más razonables que los yihadistas originales.

—No cederé en esto, Moshe. Les transmito otra decisión de las altas instancias del Estado: en nuestros territorios limítrofes con Siria, se atenderá a los heridos del bloque opositor a Al-Assad, sean de la facción que sean. Tan pronto como estén curados, serán devueltos a la guerra. Los más graves recibirán atención médica en el hospital más cercano.

Moshe Papst sintió que quería irse del cuartel general del Mosad, adentrarse en su hogar y besar a María. Por razones morales, se había desvinculado de la operación Medea 2 (esta estaba concebida para defenestrar o asesinar a los israelíes que trataran de obstruir la operación Medea 1). Y de ejecutarse el atentado que Lessing acaba de revelar a la Comisión, de sacrificar el Mosad a civiles rusos, volvería a quedarse al margen, aunque supusiera el fin de su carrera. Contempló instalarse en una granja, casarse con la ucraniana y criar a sus hijos lejos de la barbarie. Al punto se preguntó qué impediría a los musulmanes más radicales arrasar hasta el último rincón de Israel si los patriotas en posiciones importantes, como él, se desentendían de sus responsabilidades. «Nada. La violencia nos alcanzaría a mí y a mi familia. De todos modos, yo dimitiría en cuanto me ordenasen facilitar este abyecto atentado», pensó cabizbajo.

7

El Líbano, 12 de julio de 2015, 8:40 de la mañana

La preocupación, producto de las ansias de cumplir bien con su deber, desbordaba los ojos vidriosos de los dos agentes del Mosad apostados entre cedros espigados en un monte. Desde esa altura, se dominaba la carretera por la que iban a circular el automóvil del político Yusef Cejin El Buda, un Mercedes negro, y los coches y las motocicletas de su nutrido equipo de protección. Un tercer agente del Mosad los había avisado diez minutos antes por teléfono de que, en vista de la ruta escogida por el jefe de seguridad, la caravana pasaría pronto por el punto señalado para hacer saltar por los aires el Mercedes de la figura pública y reducirlo a un amasijo de metal ensangrentado. No salvarían su vida los inhibidores de frecuencias, ni la alta velocidad de la manada de vehículos, ni el blindaje caro del automóvil, ya que el explosivo, muy potente, se activaría por cable, y el israelí que tenía los prismáticos pegados a sus cuencas y sujetaba el detonador había practicado en simulaciones de atentados hasta adquirir una destreza asesina casi infalible: sabía cuándo oprimir el botón rojo, bajaría el dedo en el momento justo.

Los dos miembros de la unidad del Mosad escondidos entre cedros llevaban cuatro mañanas desde las ocho hasta las nueve y media aguardando esa llamada que implicaba asesinar; esto es, llevaban cuatro jornadas estando expuestos a ser descubiertos y abatidos sin contemplaciones. Por lo tanto, como es natural, desde su recepción experimentaban la ansiedad álgida de los soldados en primera línea cuando está a punto de desatarse una batalla y, al mismo tiempo, deseaban efectuar perfectamente el atentado para no decepcionar a sus mandos. Además, suspiraban por retornar a casa y pasar unos días con sus sufridas familias. En honor a la verdad, daban por sentado que el político libanés pagaba a Hezbollah para que disparara misiles a Israel o que jugaba un papel similar, perverso, conchabado con otros enemigos acérrimos de los hebreos. Nunca se les pasó por la cabeza que lo asesinarían por promover la fraternidad entre los musulmanes, por una acusación de bondad. Esta ignorancia no tenía nada de extraña. A los profesionales de las unidades operativas les

correspondía ejecutar las órdenes del Mosad, no verificar que la elección de la víctima fuera justa. Sus funciones muy específicas en las misiones, así como su desconocimiento total acerca de las causas por las que se sesgaban ciertas vidas, tenían su razón de ser: preservar su serenidad, su lealtad y su obediencia. Ciertamente, de haber sabido los agentes participantes en atentados contra conspicuos musulmanes (como Yusef Cejin El Buda) la verdad sobre por qué el Mosad había dispuesto asesinarlos, algunos de ellos se habrían turbado, muchos se habrían replanteado su lealtad absoluta a esa institución de Inteligencia y Operaciones Especiales, y casi todos se habrían negado a quitarles la vida por una lógica y unos motivos tan cuestionables, pues su fe en lo que hacían y su entrega se sustentaban en la creencia de que los malvados siempre estaban al otro lado de la mira telescópica, encima de las bombas que adherían, al final de sus puñales al clavarlos…

En el acelajado cielo estaban abriéndose más claros entre las nubes teñidas de amaranto y naranja, y la luz, sobre todo en la integridad de la perspectiva, mudaba en un tono más claro. La caravana de vehículos embistió un rayo de sol que caía con majestuosidad en la calzada. En ese preciso instante, el agente que miraba por los prismáticos presionó el botón del detonador. Se produjo una gran explosión y el Mercedes del político libanés se elevó por encima de la carretera, dando una vuelta entera. El estruendo cesó y la nube de polvo se desvaneció, en este orden. Entonces se vio una escena sobrecogedora: el asfalto sembrado de trozos de cuerpos; vehículos deformados, humeantes, sin cristales en las ventanillas; un cráter gigantesco; los turismos que venían por detrás frenaban sonoramente, varios ocupantes salían de estos, se ponían las manos en la cabeza y, presos de pavor, proferían lamentos. Arriba había un cielo todavía bonito, como si Dios anunciara a todos que aquella carnicería no era obra suya.

Este horror en la carretera no disminuyó la formidable satisfacción de los dos combatientes por haber visto que la carga explosiva no había fallado, o sea, por saber que Yusef Cejin El Buda había muerto. Huyeron corriendo orgullosos de sí mismos hacia dos motocicletas tumbadas cerca de la cuneta.

Teherán, 20 de julio de 2015, 8:00 de la mañana

Jafar Nemati se indignó con razón cuando el teniente de la Policía iraní al servicio del Mosad abrió y alzó las revistas de pornografía infantil en medio del comedor de su domicilio; la indignación obedecía a que comprendía su situación: se había conspirado para hundirlo. Sin dejar pasar un segundo, con voz enérgica, Nemati animó a su esposa y a sus hijos a que

no decayera su fe en él, después cogió aire y, con énfasis, les aseguró ser la víctima de un repugnante complot político. El teniente corrupto ahogó sus quejas vehementes a la par que sus juramentos de revancha dándole un puñetazo en el estómago, y nada más retiró el puño, dos de los policías intervinientes en el registro lo engrilletaron y se lo llevaron a rastras escaleras abajo. Su esposa, con un bebé en brazos, se abocó al hueco de la escalera y gritó promesas de amor inquebrantable y de firme apoyo a despecho de la detención que estaba trayendo aflicción a raudales a su hogar.

¿Cómo se había llevado a término el montaje? La noche anterior, en plena madrugada, un agente del Mosad abrió la cerradura sin dañarla, se internó en la morada, dobló hacia el despacho de Jafar Nemati e introdujo una carpeta con cinco revistas de pornografía infantil en uno de sus archivadores.

La mujer, exaltada, irrumpió en el balcón con los ojos arrasados en lágrimas, todavía con su benjamín en brazos, y repitió gritando que siempre lo querría y que no desfallecería a la hora de alabarlo y de proclamar su inocencia.

En la calle gris, gente consternada, parada de la impresión. Muchos tenían conciencia de estar asistiendo a la caída de un prometedor aspirante a ministro; unos pocos de ellos se preguntaban por qué Alá no había preservado de las desdichas a Jafar Nemati y si este había incurrido en un pecado o falta que explicara la desafección divina.

El Cairo, 28 de julio de 2015

Una bandada de aves se entretenía haciendo acrobacias por arriba de los minaretes; la ciudad se desperezaba durante la primera llamada a la oración. En la mezquita, un infiel arrodillado entre islamitas arrodillados, con la misma actitud de sumisión a Alá de estos, escuchaba atento el discurso moralizante del mulá Saad Akram. Solamente los ojos de este infiel, faltos de fervor religioso, muy fríos, desentonaban con los creyentes. Él era un judío de mediana estatura, constitución obesa, piel oscura, barba espesa, cabello corto y canoso; en su rostro, se dibujaba la seriedad, cosa hasta cierto punto normal teniendo en cuenta que trabajaba como infiltrado para el Mosad.

Ahora, el mulá estaba aconsejando a los congregados llevar a la práctica a diario los preceptos de los buenos musulmanes, en especial, la caridad. La expresión del fingidor continuaba igual, totalmente invariable, como la de un busto de mármol de un patricio romano que nunca se emocionaba, de esos que habían abrazado el estoicismo como código de conducta y guía en

la existencia. Hacia las postrimerías del discurso, este tomó un cariz polémico: versó sobre la hermandad que Alá espera ver entre sus adoradores. El religioso habló de manera precisa, clara, edificante en aras de vivir en armonía con los mahometanos de cualquier rama. Invitó una vez más a disidir, a que cada uno hiciera por apaciguar y superar las tensiones entre sunitas y chiitas. Por último, explicó con sus pedagógicos modos que no era coherente ni juicioso poner al mismo nivel a los chiitas y a los apóstatas a quienes Mahoma censuró en el Corán. Los labios del hebreo se movieron ligeramente por su disgusto: al fin se distinguió un atisbo de vida en ese semblante petrificado por la seriedad y la concentración. Según creía él, el mulá había sido todavía más taxativo en comparación con invectivas precedentes durante las cuales ya había criticado el odio por inercia, la enemistad heredada y la incapacidad de la gran mayoría de los políticos de contribuir a la paz en el islam. Por la gravedad de esas declaraciones, en cuanto acabara el acto religioso, el espía se encerraría en su apartamento alquilado para redactar un informe acusatorio; en este plasmaría con qué diafanidad Saad Akram estaba mandando a sus seguidores desterrar de sus corazones la antipatía hacia los chiitas, así como resistir las malas intenciones de los líderes dados a odiar. Aparte de hacer constar esto, escribiría acerca de su don para atraer a los musulmanes moderados y ganarse su estimación, con ánimo de que no se infravaloraran en Israel sus poderes de seducción, de movilización y de apagar los rencores más enquistados. Acertó al suponer que su *email* pondría a ese mulá en los primeros lugares de la fatídica lista de enemigos de la operación Medea 1. Por consiguiente, a lo mejor estaba dictando su sentencia de muerte, pensó. Contuvo una risita maligna, pero de todos modos, su cara empezó a traslucir crueldad.

Nadie lo miró. Su secreto, que hacía de espía para el Mosad, no sería descubierto.

8

Tossa de Mar, mayo de 2015

Tossa de Mar lucía un hermoso aspecto esa tarde de primavera: el sol, en un cielo inmaculado, esparcía generosamente tintes ambarinos por las calles y las azoteas.

Marc Lancaster ultimaba en internet los preparativos de su viaje a Valencia. En cuanto hubo reservado seis días de hotel e impreso el billete de tren para el día siguiente, se apresuró a llenar una maletita. Consultaba con frecuencia su reloj, ya que Anika cantaba a las ocho en un bar de Tossa, y no quería perderse el comienzo de su actuación. También con frecuencia procuraba imaginarse cómo estaría viviendo María Zedorova su trabajo de espía a jornada completa (llevaba ocho días saliendo con Moshe Papst). Se sentía responsable de la ucraniana, por cuanto la había metido en una operación de espionaje de lo más arriesgada. En tanto cerraba la maleta pensó, a modo de argumentos en favor de la tranquilidad, que ella era espabilada como un zorro que oye ladridos a su espalda y fuerte mentalmente, y no tenía más que respetar sus instrucciones para no ser descubierta. Se abrochó deprisa una camisa, bajó a la calle y echó a andar hacia el bar preguntándose cuánto tardaría en enamorar al divorciado. Se hizo esta misma pregunta en tres ocasiones, dándose respuestas cambiantes. En la última, se respondió a sí mismo: «Vete a saber. Ojalá Moshe Papst no se tome esta relación como una aventura. No lo creo. Probablemente, tenga más carencias afectivas que sexuales. Con dinero se consigue sexo, amor nunca. Además, el informe sugiere que le gusta tener parejas estables, no devaneos breves».

En el diminuto bar de paredes forradas con fotografías de jóvenes clientes de distintas generaciones en plena diversión no cabía un alfiler. Este público, al no ser todavía temporada turística, lo formaban barceloneses con segunda residencia en el pueblo junto con tossencs a los que les encantaba la peregrina voz de su esposa: triste, emocional, rasgada. Según los más asiduos, su voz se parecía a la de Billie Holiday, y expresaban recurrentemente esas opiniones, calcadas a las emitidas en los establecimientos de segunda fila de Barcelona en cuyos pequeñísimos

escenarios actuaba. Siempre que el detective las oía, se disgustaba. Las encontraba certeras, pero como las infancias de ambas eran tan semejantes en su dureza, le incomodaba escuchar o establecer este tipo de comparaciones. Anika, acomodándose la guitarra, echó una mirada a su esposo, que la contemplaba desde el vano de la puerta, delante de la luz natural desvaída, de ocaso primaveral: una tonalidad lavanda que estaba devorando las cromáticas ambarinas. La joven croata sonrió sin ganas. A pesar de su sonrisa, él distinguió tristeza en su amor, una tristeza inexistente desde hacía dos años, desde que subieron al altar. Lamentó no haber estado más receptivo en los últimos días. A menudo cavilaba sobre los peligros a que estaba expuesta María, su caro anzuelo, y eso lo distraía demasiado; verdaderamente, andaba ensimismado, ausente.

Canciones y aplausos. Terminó la última pieza: «That's how strong my love is» , de Otis Redding. Más aplausos, ahora con vítores por la camaradería propia de las pequeñas poblaciones.

Al poco, Anika y Marc pasearon hasta la playa larga haciéndose carantoñas. Se pararon entre barcas de pescadores varadas en la arena. Él todavía advertía su tristeza; no pospuso más inquirir qué la provocaba.

—Te veo triste, cariño. ¿Va todo bien?

—No, no va todo bien. Quiero que os conozcáis. ¡Para mí es importante!

—Era eso.

Anika se alejó dando cinco pasos. Se detuvo, bajó la vista; se hallaba apesadumbradísima. Respiró irregularmente, afectada por esta pesadumbre, giró sobre uno de sus talones, volvió, se arrimó a él y lo miró como solicitando un resarcimiento.

—Nunca te niego nada, cielo —puso de relieve Marc—. Pero no me pidas que me comporte con tanta hipocresía. No sabría hacerlo. Lo miraría con repugnancia. ¿Qué cosa buena saldría de que nos tratáramos sobre la base del asco y la vergüenza?

—Siempre lo considerarás un violador repulsivo. En el fondo es así, ¿no?

—No me seduce la idea de tenerlo en mi círculo de amistades. Te lo he dicho mil veces.

Anika, molesta porque él no le contestaba claramente, lo observó reflexionando; la pena disminuía la luminosidad natural de sus ojos en igual medida que los desengaños lo hacen con los entusiasmos. La tensión entre los dos se palpaba.

—Tú te haces ilusiones. Te aferras a la idea de que, con el tiempo, la estima desplazará a la repugnancia. Te equivocas, Anika. Me conozco. Es imposible que algún día tenga afecto por alguien al que ahora detesto. Respétalo y resígnate.

Anika se exasperó. Sus ojos se apenaron más, como si estos la desobedecieran en cuanto a qué sentimientos debían exteriorizar y prefirieran la pena a la rabia.

—Que me resigne a que mi esposo, el padre de mi hija, el hombre al que amo con locura, no transija en conocer a mi padre. ¿No estás siendo muy egoísta?

—Pídeme cualquier cosa, menos esto. ¿Nos vamos una semana a Florencia o a París así que terminen mis investigaciones? ¿Te apetece?

Anika permaneció en silencio. Paradójicamente, su silencio encerraba un significado claro: ella no se contentaría con menos de lo exigido.

Marc Lancaster de ninguna forma intentó que volviera la Anika cariñosa y complaciente, la normal, hasta que se fueron a dormir. Entonces sacó a Arlet de su cuna, la situó en el centro de la cama, entre ellos dos, y acarició un hombro y la frente de su esposa al tiempo que la miraba amorosamente. Ella no habló, pero tras besar a Arlet tomó la mano del detective. Este quiso figurarse que los efectos de la discordia habían quedado atrás.

Al filo de la medianoche, el barcelonés se despertó, se movió sobre el colchón para echar una ojeada a Anika y vio su lado de la cama vacío. Cogió a Arlet en brazos, la introdujo delicadamente en la cuna, la arropó. A continuación recorrió la casa con la necesidad de saber qué le pasaba a su mujer. No la halló en los cuartos, así que pegó su cara a una ventana con vistas al mar, por si la divisaba paseando por la playa. Ni rastro de ella. Se inquietó. Se vistió aprisa y mal, apretó las llaves dentro de su mano y, al dirigirse a la puerta con celeridad, escuchó un gemido de dolor que lo asustó. Avanzó hacia el balcón, de donde vino el sonido. Entrevió a Anika sentada en su suelo, reclinada en la balaustrada metálica del antepecho, iluminada por la claridad circular de una farola; estaba angustiada y asía una navaja de afeitar con la mano hábil, ambas temblaban sincronizadamente; su antebrazo izquierdo, también tembloroso, sangraba por siete cortes finos, casi paralelos. La joven amagó con infligirse la octava herida superficial, pues puso la navaja sobre su piel. El barcelonés procuró gritar: «¡No!», pero ni tan solo balbució. Se abalanzó sobre ella, le quitó la afilada navaja, la tiró con violencia al suelo del salón y, abrazándola, le preguntó qué diantres estaba haciendo. No le respondió. Él la alzó del suelo, la llevó al sofá, tomó agua oxigenada y gasas del botiquín, y, mientras le vendaba los cortes hechos para sentir un dolor físico que le impidiera notar el emocional, le repetía por qué se había autolesionado. Su consorte seguía sin hablar. Se limitó a besarlo no bien dejó de tener la mirada perdida.

Evidentemente, el detective había pronunciado preguntas innecesarias.

Adivinaba perfectamente el desencadenante de esta crisis de ansiedad: su oposición a hacer un sitio en su vida a Mario. Apareció el sentimiento de culpa en él, de modo que su quebranto empeoró. Al punto dijo con franqueza, comprometiéndose:

—Veré a tu padre. Te lo prometo, Ani. Te lo juro por lo más sagrado.

Anika posó su cara en un hombro de él. Enseguida se halló entre sus brazos, debatiéndose entre tranquilizarse y temer; se veía incapaz de cortar los aciagos lazos con su infancia. Los dos lloraron lágrimas grises.

El investigador canceló el viaje y la estancia de trabajo en Valencia. Los Lancaster se trasladaron a Barcelona. Durante muchos días, Marc se consagró a cuidar a Anika: se desvivió por ella y adecuó cuanto hacía a sus deseos. Un jueves por la mañana, entre atenciones y gestos de ternura, el preocupado marido hizo partícipe a su cónyuge de un acontecimiento largamente anhelado por ella: se encontraría con su padre en dos horas en un restaurante libanés de Gracia. Anika dijo ya saberlo porque este la había llamado ayer por la tarde y se lo había contado, y expresó vivamente cuán contenta se hallaba. El barcelonés se dio cuenta de que la angustia se había marchado de los dos a la vez y que siempre sería así. Estaban tan unidos que él no sabía ni quería ser feliz cuando su amada se encontraba triste, o estar tranquilo cuando la inquietud la corroía y la destrozaba por dentro. Ella le pidió hacer el amor. No tuvo que insistir.

Al franquear Marc Lancaster la puerta del restaurante libanés, conservaba en la mente la imagen de Anika alborozada, feliz; además, estaba pensando que su vida sería miserable sin ella y Arlet. Tenía un alto concepto de su matrimonio, lo juzgaba muy distinto al de algunos de sus conocidos y amigos, que habían ido al juzgado o a la iglesia por una especie de norma social: casarse, comprarse una vivienda y engendrar hijos antes de rebasar los cuarenta. Ellos cumplían esta norma con independencia de que se hallaran enamorados. Tener una pareja con la que estaban a gusto y se avenían les bastaba para dar el gran paso cuando descubrían en el espejo que el tiempo había marchitado su juventud. Ahí y entonces, como en tantos otros momentos, se sintió un afortunado por estar tan enamorado de una esposa igualmente muy enamorada.

Caminó con paso decidido hacia Mario Delivasic; nadie hubiera dicho que durante años había rechazado sus invitaciones a confraternizar. Se dieron la mano en un silencio perturbador para ambos conforme hacían propósito de mostrarse cordiales, y esperaron a que el camarero apuntara la comanda y se fuera.

—Tú eres el detective implacable, mi sombra en Andorra.

—Sí. Tu hija acudió a mí. Se trataba de un encargo más.

—No representó un encargo más. Te casaste con ella. ¿Te casas con todas tus clientas?

—Me refería a que la investigación no entrañaba mucha complejidad. Fue coser y cantar. Me siento muy incómodo, Mario.

—Me consta. Hablo asiduamente con Ani.

—No acerté a entender lo mucho que significaba para ella que tú y yo entabláramos amistad. De lo contrario, no te hubiera evitado estos años.

—Yo evité a Ani más tiempo. No estoy en situación de dar lecciones de moral a nadie. Tienes un concepto pésimo de mí, ¿me equivoco?

—Apenas te conozco.

—Conoces algo de mí, lo peor: mis errores en la guerra.

Marc Lancaster tuvo presente que su mujer se enteraría de cuanto dijera, por lo cual enseguida consideró que se imponía medir bien sus censuras y reprimir su atrevimiento.

—Anika me puso en antecedentes sobre las singularidades de la familia Doric; sé lo de tu crimen. Como te imaginarás, yo no estaba loco de ganas de alternar contigo.

—Tu repulsión, tu desprecio o lo que sea que me profesas lo encuentro muy merecido. Violé a la madre de Anika, un acto imperdonable.

—A mí no me corresponde perdonarte, sino a Ivana y Anika. Y sus perdones ya los tienes. Sospecho que últimamente Anika ha revivido el sufrimiento de su adolescencia. El que yo me negara en redondo a tener trato contigo ha alimentado su temor a que la vean como la hija de un monstruo.

—Si su querido marido lo cree…

—Todos lo creerán. Parece simple, absolutamente obvio. Yo no reparé en su razonamiento y en sus tristes consecuencias hasta hace muy poco.

Mario Delivasic resopló, sacudió la cabeza en señal de frustración, extravió la mirada. En poco rato volvió en sí y reanudó la conversación:

—Aparte de sacarte la licenciatura de Criminología, cursaste Antropología, ¿no?

—Aprobé las últimas asignaturas el año pasado. Hemos de cooperar, Mario, establecer una estrategia conjunta. Anika es lo primero. Estamos de acuerdo en esto, ¿eh que sí?

—Totalmente.

—Ella te preguntará cómo ha ido el almuerzo —anticipó Marc Lancaster gesticulando expresivamente con los brazos y las manos, y reflejando su convencimiento de que ella haría eso—. Respóndele: «Bastante bien». Exagera diciendo que nos hemos hecho amigos, y desconfiará, dudará de tu

sinceridad. Contéstale que no te soporto y me estoy sacrificando para contentarla, y se derrumbará, así que…

—Ha ido bastante bien. Hemos puesto la primera piedra y, poco a poco, estrecharemos vínculos y concebiremos estimación.

—Fenomenal. Queda perfecto. ¿Echas de menos Croacia?

—Sí. Me gustaba mucho enseñar literatura. Mira el lado bueno de esto, Marc.

—Lo miro constantemente: Anika será más feliz y gozará de más paz interior.

—Hay más. Su hermana, Veronika, te caerá muy bien. Es un encanto. Le cogerás pronto un gran cariño. En la familia Delivasic solo hay un degenerado, yo.

El barcelonés no lo contradijo. Aparentemente, le daba la razón y compartía su parecer. Mario en absoluto se molestó.

—Anika me ha hablado de tus viajes —dijo el croata—. Has visto medio mundo. Aventuro que, por tus experiencias, crees tener una visión ajustada a la realidad de lo que viví en la guerra civil de Yugoslavia. Pues, no, no la tienes. No te creas con derecho a juzgarme.

—Me remito a tus palabras: «Violé a la madre de Anika, un acto imperdonable».

—En efecto. Y no hay excusas, pero quizá sí atenuantes. Presencié crímenes tan escalofriantes a diario que llegué a creer que Dios no existía o no me contaba entre sus hijos. ¡Padecí tantos males y vejaciones…! Mi yo auténtico desapareció, y ocupó su lugar un pusilánime controlado por los oficiales serbios. No era yo. Lo juro.

—Antes de enamorarme de Anika, de vez en cuando, hacía a Dios apático; tendía a eso, a equivocarme. Un Dios todopoderoso y tantas tragedias en el mundo… De ningún modo lo estimaba compatible. Anika me enseñó que Dios interviene permanentemente en nuestro beneficio mediante la bondad y el sentido de la justicia que nos dio a los seres humanos. Siempre que participamos en remediar el padecimiento de otros, Dios está actuando a través de nosotros. Esta es su maravillosa forma de ver las cosas y su creencia. Y yo, por fortuna, ahora estoy imbuido de su creencia. Tu hija es una santa, y ha operado un gran cambio en mí. Antes encaraba la vida con pesimismo con la intención de no engañarme a mí mismo.

—¿Ya no te impides pensar con optimismo?

—No. O, al menos, pienso más positivamente. Con Anika a mi lado, la vida se ve distinta, más bella.

—Estoy de enhorabuena. Me felicito de vuestro amor mutuo. Dios estaba

en deuda con ella y contigo; ha obrado con sabiduría al uniros. Sigamos con nuestro plan. ¿Qué te gusta leer, Marc? Anika igual me interroga a su manera, tiernamente, acerca de qué hemos charlado.

—Me va lo antiguo. Me encantan Shakespeare, Henry James y Thomas Hardy, y también Cervantes. De los novelistas del siglo XX , me agradan Graham Greene y Truman Capote. Por lo que tengo entendido, tu poeta favorito es Vladimir Maïakovski.

—Sí. Me identifico mucho con él. A menudo me pasa este pensamiento por la cabeza: sus poemas versan sobre mí. También siento predilección por Dickens. Te lo recomiendo. Está en la línea de Thomas Hardy, si bien es un pelín menos fatalista. Empieza con *Grandes esperanzas* . ¿Algún personaje de novela te resulta particularmente antipático?

—El villano de *El tercer hombre* , por llevar una máscara de honradez, por hipócrita incorregible.

—No tengo esta clase de deficiencia moral, ni por asomo. Algo es algo. Eres más fuerte que yo. La vida nos ha tratado muy mal a ambos, nos ha deparado demasiados sinsabores y putadas. Yo me doblegué. Tú aguantaste en pie, ofreciste resistencia, conservaste la dignidad. Contempla perdonarme. No estoy pidiéndote tu perdón. Estoy pidiéndote que te lo plantees, que no lo descartes de antemano.

El investigador, sin querer, lo miró desafiante, inclemente. Él era así; claramente, carecía de la compasión excepcional de su esposa Anika. Mario Delivasic no se rindió; encajó bien el golpe merced a que esperaba una demostración de aborrecimiento como esa.

—Haría tanto bien a Anika, Marc.

El barcelonés unió fuertemente las manos mientras recordaba el reciente desmoronamiento en el balcón de ella y sus súplicas anteriores a esto; tales hechos hacían muy creíbles las palabras de Mario Delivasic.

—Meditaré sobre ello, Mario.

9

Marc Lancaster le dijo la verdad a Mario Delivasic. Meditó horas y horas respecto a perdonarlo. Le atraía extraordinariamente esa idea, puesto que, si se volvía más tolerante con él, Anika no sentiría el impulso enfermizo de hacerse cortes en los brazos. Sin embargo, no se le escapaba que un acercamiento hipócrita y un perdón insincero de nada servirían. A fin de cuentas, no se trataba de querer perdonarlo, sino de poder hacerlo. Aunque tenía claro que, en buena medida, quererlo intensamente como era su voluntad actual, facilitaría otorgar un perdón auténtico.

Arribó a Valencia absorto en estas meditaciones y teniendo dos prioridades: no fallarle a su esposa y dar con aquel buen hombre aquejado de esquizofrenia que se hacía llamar Jesucristo, el Redentor de la humanidad. Empezó sus pesquisas ampliando su conocimiento acerca del desaparecido mediante extensas entrevistas a sus familiares y amigos. Averiguó información de él que Artur Durant ignoraba, cosa que encontró normal, por cuanto el veterano detective no había profundizado en la investigación, se la pasó a los tres días de haberla abierto. Por ejemplo, averiguó el origen de su enfermedad mental. Esta no comenzó sin motivo. A los quince años, Raimon presenció horrorizado cómo un camión de mudanzas atropellaba a su prima, una niña, en un paso de peatones. De ese suceso traumático arrancaban sus delirios. Cuando doña Úrsula Torrent, la madre del desaparecido, le desveló esta relación causal a Lancaster, este supuso que, de haber sabido Artur el origen de su locura, difícilmente le hubiera cedido el caso. Habría simpatizado tanto con el Mesías valenciano a causa de sus semejantes pérdidas, de la gran crueldad común a sus destinos, que habría querido auxiliarlo él mismo.

Hechas estas entrevistas, el barcelonés sabía por dónde continuar las indagaciones. Gracias a las contestaciones de doña Úrsula, tenía las descripciones, así como los hollywoodienses apodos de las prostitutas a quienes Raimon intentaba rescatar de su existencia insípida, poblada de sinsabores y penalidades; y también por boca de ella, conoció las señas del comedor social en el cual hacía de voluntario. Además, Artur Durant le había escrito un wasap con la dirección del proxeneta que lo rajó desde las costillas al hombro. Se le antojaban datos suficientes para no andar dando

palos de ciego.

En primer lugar, Lancaster se desplazó a la zona de Valencia en cuyas aceras había comercio sexual. A base de preguntar con educación y de «regalar» billetes de veinte euros, logró que una de las mujeres de la calle señalara con el brazo a las dos compañeras a las que Raimon había tratado empeñosamente de apartar del mal camino. El investigador privado se aproximó a ellas sin apresurar el paso, en su versión más afable y mudando su mirada acerada en otra menos incisiva e intimidante. Al haber billetes que llevarse al bolsillo, las dos prostitutas no se resistieron a mantener una conversación con el extraño respetuoso y prescindieron de su reserva y de su laconismo inicial —una pauta con la que conseguían mantener las distancias con los mirones y los curiosos—. Eran dos jóvenes rumanas que habían comenzado su carrera delictiva en España robando carteras a los turistas en el metro de Madrid. En su descargo, las habían traído siendo menores de edad y las coaccionaron para que hurtaran en largas y lucrativas jornadas. El jefe del clan tomaba para sí la mayor parte de lo sustraído y, encima, la Policía las detenía cada cuatro o cinco meses. Lo primero las irritaba, lo segundo tampoco era plato de buen gusto, aunque los agentes las soltaran en razón de que cuando se las había sorprendido con la mano en un bolsillo o en un bolso ajeno estaban en posesión de un botín inferior al que comportaba el ingreso en prisión. En cuanto las dos alcanzaron la mayoría de edad, pusieron tierra de por medio y decidieron ganarse el pan practicando la prostitución. Veían dinero fácil en esta actividad. Tras un mes fueron conscientes de que su vida difería sensiblemente de la imaginada: sacaban dinero, pero no fácil, y su chulo, un treintañero fiero, grosero, avejentado por el consumo de drogas varias, con vestimenta de galán hortera, las agredía cada cierto tiempo y les quitaba la mitad de sus ganancias cada madrugada. La decepción, así como el agotamiento mental, hicieron mella en ellas. ¿Cómo iba a ser de otro modo? En uno de esos días tan duros apareció Raimon Llopart en plan buen samaritano. No, es inexacto. En rigor, se portaba como el propio Mesías. Les traía folletos de cursos de estética, las animaba a cambiar de oficio, les daba autoestima al sostener con convencimiento que valían para más cosas que para robar carteras y vender su cuerpo, les aseveraba que Dios las amaba… La cuestión es que, si bien esta conversación entre Marc Lancaster y las meretrices hubiera resultado de suma utilidad a un escritor entregado a conocer la naturaleza humana de los marginados, no aportaba casi nada para seguir el rastro del «Jesucristo» desvanecido. Ellas no tenían ni idea de en qué lugar paraba. Los únicos datos de interés que el detective les sonsacó se limitaron a la dirección del domicilio de su proxeneta y a los

bares donde este se hartaba de vino y contaba chistes soeces.

Aun así, cuando el barcelonés estaba separándose de las prostitutas, no tuvo la sensación de haber desaprovechado el tiempo. Por varias razones. Ahora sabía que la imagen que tenía de Raimon Llopart era del todo correcta: verdaderamente, adoptaba el comportamiento de Jesucristo. Además, la dirección del proxeneta que ellas le facilitaron no coincidía con la enviada por Artur Durant, y Lancaster no pudo sino pensar que la recién obtenida sería la buena. Enseguida él introdujo la nueva dirección en el Google Maps y se marchó hacia allí a paso rápido. Remontó la callecita empinada en que se erguía el antiestético edificio en cuya segunda planta vivía el miserable y miró su reloj; marcaba las once y trece minutos. Entonces presumió que era demasiado temprano para encontrar a un chulo en su hogar, por lo que el agresor de Raimon a buen seguro estaría recorriendo el circuito de cada noche y reclamando a sus prostitutas, que controlaba con el miedo, el pago de su abusiva tarifa. Sin embargo, nada más llegó a la finca en cuestión, pulsó el timbre de la segunda planta en el portero automático, por si, pese a su premonición, el parásito se hallara en la vivienda. Nadie habló por el interfono, de modo que el investigador privado retrocedió, se sentó en un banco algo desvencijado en medio de la densa oscuridad y aguardó. Las horas fueron cayendo en los precipicios de la noche. Siguió aguardando, paciente, muy paciente.

Hacia las cuatro de la madrugada, un hombre que encajaba bien con la descripción de las chicas rumanas —mediana estatura, delgaducho, moreno, bigote tupido, nariz aguileña, mirada despiadada e insolente, facciones afiladas, con aspecto de rondar treinta y cinco años, botas tejanas y camisa de color chillón— insertó una llave en la cerradura. El detective se adelantó hacia él, penetrando en la luz que irradiaba la bombilla por arriba del portal. Parecía que hubiera andado de una noche a otra, de una nublada a otra con el cielo limpio, clareada por la luna y las estrellas.

El individuo maligno oyó pasos anormales, puesto que iban en dirección a él desde el otro lado de la vía y por en medio de la calzada en un barrio de calles desiertas. Giró sobre sus pies con un solo movimiento, como un chiquillo que juega, y presionó sus labios entre sí por mor de su alarma; los ojos proclamaban su ferocidad, como siempre (las rumanas los habían calificado de despiadados, y seguramente yo los debería adjetivar así).

—¿Quién lo pregunta… a estas horas?

—Me han dicho que eres el tío al que recurrir para disfrutar de fulanas sensacionales y baratas en una despedida de soltero.

—Tal vez. ¿Cómo te has enterado de dónde vivo?

—Un tío divertido en la barra del Júpiter. De eso hace algún tiempo. No

me acuerdo de su nombre.

—¿Ya entonces llevabas idea de organizar una despedida de soltero?

—Pues, claro. Se casa mi hermano menor. ¿Negociamos o no?

El proxeneta destensó los hombros y relajó su expresión; sus ojos perdieron la fiereza. Lancaster dedujo acertadamente que su suspicacia se había atenuado.

—Sí. Sube. La calle no es un buen sitio para hablar de esto.

La escalera se veía tan sórdida y fea como la fachada, pero menos, mucho menos, que el domicilio del rufián. Al margen de decrépito, estaba muy sucio, desordenado en extremo y apestaba a ropa pendiente de lavar. En cuanto ambos entraron en el salón, Félix Galván, el proxeneta, se desparramó en un sofá rojo con manchas de café e invitó al investigador a tomar asiento en este con un gesto de su brazo, trémulo por la anfetamina. Él declinó la invitación y comenzó a andar alrededor de la mesa al tiempo que oteaba con disimulo a través de las puertas abiertas para cerciorarse de que no hubiera nadie más en la vivienda. El depravado se encendió un cigarrillo, echó unas caladas según calculaba una cifra y, detrás de un círculo de humo que estaba deshaciéndose, fijó un precio:

—Doscientos euros por chica. Se quedarán un máximo de cinco horas.

—¿Tus putas son bonitas?

Félix Galván posó su cruel mirada en su anillo, coronado con un rubí falso y grande, y la alzó de nuevo. La brasa del cigarrillo se reflejaba en sus ojos de tal manera que daba la impresión de que empezaran a arder. A continuación repuso con tono sentencioso.

—No te preocupes por eso. Lo son. Garantizado. Mis furcias causan taquicardia de lo buenas que están.

—¿Puedo hablar libremente? ¿No estará algún hijo tuyo en casa?

—No. Vivo solo. Dime, dime.

Marc Lancaster agredió con contundencia al delincuente, le propinó un sorpresivo golpe seco en el cuello con el borde interior de la mano, enmudeciéndolo —apenas podía respirar—. El cuerpo de Galván resbaló del sofá y fue a parar al suelo. Sin tregua, el detective le soltó un codazo en la boca con la fuerza justa para abrirle los labios y aturdirlo ligeramente, pero sin dejarlo inconsciente. Acto seguido presionó un cuchillo de doble filo en su mejilla e hizo las preguntas que se sucedieron en su mente mientras se hallaba sentado en la oscuridad: lo interrogó acerca del paradero de Raimon Llopart. El facineroso, tan pronto como respiró bien, alegó desconocer en qué lugares recalaba el enfermo mental en la actualidad, y apostilló no haberlo visto desde hacía muchas semanas. El investigador privado le creyó. Pero no quería creerle, y como consecuencia

de ello, le hizo un corte en la cara, marcándola para siempre. Si bien las respuestas del proxeneta le sonaban verdaderas, pensaba que pudiera estar inventándose embustes para no reconocer haber asesinado al molestísimo Jesucristo ficticio. En suma, le pareció imperativo asegurarse. Lo hizo, se aseguró muy bien: al corte en la mejilla adicionó más golpes potentes y preguntas. Incluso con este violentísimo método, no obtenía respuestas satisfactorias. El que no se resignara a la falta de resultados se tradujo en una noche muy larga y dolorosa para el chulo. Hacia las cuatro, el barcelonés cesó de molerlo a golpes porque ya no recelaba que él supiera dónde Raimon Llopart había fijado su nueva residencia o languidecía malherido o asustado. Se tomó una corta pausa para tener la mente despejada; respiró hondo y sí pensó con claridad. Al cabo, le pegó un puñetazo al avaricioso en la punta de la mandíbula para dejarlo sin sentido un rato. Se limpió los guantes con un trapo. Marcó el número de urgencias desde el teléfono fijo de la vivienda, pidió una ambulancia, depositó el auricular encima del mueble del recibidor. Y, finalmente, huyó con sigilo.

En la sala de estar había dejado un charquito de sangre y, sobre este, a Félix Galván sin conocimiento, con varios huesos rotos, la mandíbula desencajada y el rostro desfigurado.

Lancaster se metió las manos en los bolsillos bajo las amarillentas esferas ingrávidas de las farolas oxidadas, distantes entre sí como peregrinos enemistados temporalmente, y con mirada inquietante murmuró:

—Seguramente no sabe dónde está. Lo he machacado para nada. Me da igual. Que se joda. Esto le ha pasado por ser un canalla y un aprovechado. Se lo había buscado.

A la mañana siguiente, el barcelonés se internó en el comedor social con la intención de charlar con los mendigos por los que Raimon Llopart se había preocupado. Se presentó como un detective que investigaba para doña Úrsula Torrent a la responsable del centro, una joven abnegada, de ojos perpetuamente conmovidos, en una fase de su vida marcada por sucesos aflictivos, poco feliz. Ella, que a menudo evocaba al entrañable joven, asintió con la cabeza cuando Lancaster aludió a este y, de un aliento, expresó con nitidez lo bien que le caía. Además, se mostró bien dispuesta a indicarle los indigentes favorecidos por su humanidad.

—Mucho me temo que le tocará esperar alrededor de una hora y media. Los sin techo no vienen por aquí hasta un poco antes de servirse la comida. Les pone nerviosos estar en un recinto cerrado, y más todavía separarse de sus perros, son como su familia.

—Volveré en un par de horas, entonces.

—Permítame. ¿Se rumorea que le ha ocurrido algo malo? Me apenaría mucho. Lo considero un hombre muy desprendido, gentil y encantador. La mayoría lo ve un fracasado; yo le encuentro tantas virtudes espléndidas.

—Los hechos son estos: falta de la vivienda de su madre desde febrero, no lleva dinero y padece esquizofrenia. Cualquiera con maldad y un propósito despreciable lo tendría fácil para abusar de él.

—Ciertamente. Resultaría muy justo que se le echara una mano si se hallara en apuros. Él siempre ofrecía apoyo a los mendigos abatidos. El que por su enfermedad estuviera convencido de ser Jesucristo, a mi juicio no restaba valor a sus acciones altruistas. La gente lo trataba terriblemente mal. Le habían pegado. Al menos llegaron a este extremo tres veces. Las agresiones se dieron cuando, a la conclusión de misas, reclamaba a feligreses ricos que donaran dinero a instituciones benéficas y se desapegaran de sus posesiones materiales.

—¿Le comentó haber dormido en alguna ocasión en casas de amigos? ¿Se figura en qué hogares buscaría cobijo de sentirse amenazado?

—No sabría decirle. Intento no entrometerme en la vida de los demás ni pasarme de curiosa. Estoy abierta a que los indigentes me cuenten sus problemas, pero evito formular preguntas personales. A esta clase de personas sin suerte en la vida es aconsejable no hacerles recordar lo que no desean recordar.

—Tacto y respeto. Muy adecuado. Quédese mi tarjeta. En el supuesto de que Raimon se dejara caer por aquí, no dude en llamarme. Yo comunicaría la feliz novedad a su madre.

—Sí, claro. Cuente con ello.

Marc Lancaster salió a la calle y se distanció del centro de beneficencia. Pasó por delante de una tasca que tentaba a los transeúntes con un surtido de tapas apetitosas en el expositor de la barra, se metió en su salón de rústicas mesas, desayunó copiosamente para coger fuerzas: un zumo de fruta, una tapa de tortilla de patata y otra de salchichas con salsa de tomate. Entre bocado y bocado le dio vueltas a cómo orientar la investigación a partir de ahora. No se esperaba escuchar otra cosa que no fuesen relatos de buenas obras del esquizofrénico cuando departiera con los pordioseros en el asilo. Dijo para sí que afrontaba un caso de poco calado en comparación con el del Mosad, pero, paradójicamente, quizás se haría más complicado progresar en este primero; dado que Raimon Llopart tenía la mentalidad de Jesucristo, igual estaría viviendo en un monte y dedicándose a rezar cual asceta; o también pudiera ser que se hubiera adentrado en arrabales en que traficantes de drogas cerraban sus ventas con camellos y hubiera soltado un sermón moralizante lleno de reproches, de reconvenciones y de amenazas;

de haber protagonizado una temeridad como esta, ahora su cadáver estaría enroscado entre el hormigón de unos cimientos o enterrado un metro bajo tierra en algún paraje apartado. En resumen, la cosa pintaba mal, concluyó. Y era verdad. A Lancaster le tocaría ir de aquí para allá mostrando la fotografía del hijo de doña Úrsula a los policías de la ciudad de Valencia y de los pueblos de la provincia, y preguntándoles si él se había mezclado en una riña para interponerse entre un matón y un desvalido, o lo habían visto malviviendo a la intemperie. Desarrollaría una investigación de principiante; no cabía proceder de otra manera. Ya había dado aviso y prometido buenos incentivos a sus contactos en las policías estatales a fin de que se le comunicara el alta del valenciano en la Seguridad Social, el uso de su tarjeta sanitaria o cualquier incidencia en la que se viera envuelto un loco de atar en la treintena. Y, por su parte, Artur Durant había comprobado concienzudamente que no hubiese sido ingresado en hospitales ni internado en psiquiátricos en territorio español. «Esto va a ser la mar de complicado», se susurró a modo de conclusión firme cuando se marchaba de aquella tasca.

En el comedor social, cuatro vagabundos narraron al detective barcelonés las encomiables acciones con las que Raimon Llopart había hecho más llevaderas sus difíciles y malhadadas vidas. A uno renuente a dormir en los albergues municipales le compró un saco de plumón de alta calidad. Gracias a este regalo el pasado invierno no se le agravaron los resfriados por primera vez en una década. A otro, un abuelo septuagenario, le compraba los regalos de sus nietos por Navidades; exclusivamente por esto, se sentía digno y noble unos días cada año. A una chica sin un céntimo, de veinticuatro años, con aspecto de frisar los treinta por los rigores del clima junto con la mala alimentación, la salvó de vivir en la calle al hacer de mediador entre sus rígidos padres y ella, consiguiendo su vuelta a su hogar; pero, de un tiempo a esta parte, las discusiones con sus progenitores habían arreciado (su madre la echó de casa hacía una semana) y estaba huérfana de auxilio sin su héroe particular, hábil en las persuasiones conciliadoras. El cuarto, un toxicómano enganchado a las drogas a raíz de su divorcio, empezó a acudir a un doctor de un centro de desintoxicación cuando conoció a Raimon. Al principio, para no soportar su insistencia; más tarde, muy animado, por esperar tener un nuevo futuro al completar el tratamiento. Pese a ser los cuatro relatos bien diferentes, se asemejaban mucho en su parte final: habrían hecho cualquier cosa por Raimon, este no les había dicho en qué lugar se alojaba ni en qué misión humanitaria se había embarcado esta vez, y les parecía imposible que él llevara fuera de casa tanto tiempo por propia voluntad sin antes haber avisado a su madre,

de manera que daban por sentado que había sufrido un serio percance.

A estas narraciones, Marc Lancaster desechó la idea que Raimon Llopart estuviera llevando una vida de asceta en un monte recóndito, como elucubró en el desayuno. Su sitio estaba allí, consolando a los desheredados valencianos y congratulándose por las superaciones personales que había contribuido a lograr. «¿Qué le habrá sucedido? Pobrecillo», pensó. Y experimentó cómo la simpatía por él se convertía en un afecto difícil de definir. En ese momento fue consciente de que no dejaría el caso aunque se eternizara. Perseveraría hasta liberarlo de un penoso cautiverio, encontrarlo enfermo o averiguar cuándo y cómo lo habían matado.

10

El romance entre María Zedorova y Moshe Papst ya duraba cuatro semanas; cuatro semanas en las cuales la anterior cara taciturna del hebreo se había iluminado a causa de su amor, que se había hecho muy grande conforme transcurrían aquellos gozosos días. Marc Lancaster previó que, cuando se conocieran en el bar, la suma de la atracción física, de las ganas de paliar el sentimiento de soledad y de la lástima hacia una mujer sollozante llevarían al subdirector de la Comisión de Operaciones Especiales del Mosad a desnudarse de su introversión y a conversar, y que, conseguido esto, el que se encontrara a gusto con ella y le pidiera salir vendría solo. Lo que nunca se imaginó fue que la ucraniana hallaría una especie de felicidad bajo su amparo, recibiendo sus atenciones y galanterías, y sintiéndose amada.

María, aun con ese cariño inesperado que brotó en su ser, estaba resuelta a cumplir escrupulosamente los compromisos contraídos con el detective. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Seguía necesitando el dinero, y, aparte de esto, él podía ponerla a los pies de los caballos cuando le viniera en gana; no tenía más que hacer una llamada anónima al Mosad y aconsejarles comprobar si la nueva pareja de Moshe Papst tenía un zapato negro con el tacón hueco y, entre sus piezas de bisutería, un pendiente relleno de droga.

En estas circunstancias —estaba obligada moralmente por su pacto y tenía muy presente que Marc Lancaster podría tomar represalias contra ella en el caso de romperlo—, una tarde se determinó a llevar adelante las labores de espionaje. Como en todo lo demás en lo relativo a Moshe, siguió al pie de la letra las instrucciones del detective. Por de pronto, la ucraniana le sugirió celebrar una velada para dos en un restaurante romántico. En la *trattoria* con jardín en cuyo cenador finalmente reservaron mesa, ella bebió más de lo habitual y se las arregló bien para que su amante igualara sus excesos. El israelí notaba haber tomado alcohol en demasía para conducir, así que, excepcionalmente, uno de sus dos guardaespaldas les hizo de chófer mientras el otro los seguía por detrás en el Audi de la escolta. No bien María y Moshe entraron en el chalé de él, en una urbanización de alto *standing* en Tel Aviv, se echaron en el sofá triple, se abrazaron y se prodigaron mimos. En un momento dado, María exclamó: «Me muero por

comprar un par de zapatos de Jimmy Choo muy chulos. ¿Te puedes creer que no los venden en ninguna tienda de la zona comercial?». Luego le pidió permiso para adquirirlos en internet y añadió que preferiría mirar zapatos en la pantalla grande de un ordenador en vez de en la pequeñita de su teléfono Samsung. Él se plegó a sus deseos con voz amorosa, como un padre incapaz de negar ningún capricho a la niña de sus ojos.

Moshe Papst encendió su ordenador. María echó el pestillo de la puerta del baño, de un golpe partió un pendiente de color nácar en forma de lágrima, cogió de su interior una cápsula con estupefacientes. Seguidamente se desplazó al mueble bar, preparó una copa del coñac francés favorito de su enamorado y un vodka con naranja, esparció la mitad de la droga en el coñac, la removió con una cañita. Con una naturalidad perfecta, dejó las copas sobre la mesa de despacho en la que estaba el ordenador, pasó sus delgados brazos por la figura del funcionario, lo besó y le agradeció lo increíblemente bueno que era con ella. De pronto, María se irguió sonriente y le comentó que siempre satisfacía sus deseos y antojos, y después le declaró con una nota de tristeza y otra de gratitud que jamás la habían tratado tan bien —cosa del todo cierta—. Le vino al pensamiento un fragmento de su conversación con Marc Lancaster en el linde de la playa de la Barceloneta, ese en que él le aseguró que las verdades siempre suenan más auténticas que las mentiras. Experimentó la impresión de que el detective sabía lo que decía.

Tomó asiento al lado de Moshe y pasó a mirar zapatos de gala en las tiendas digitales; supuestamente, buscaría hasta encontrar los de Jimmy Choo mencionados u otro par de su gusto. Él se bebió el coñac en cuatro tragos escalonados en cinco minutos y, con creciente cansancio, fue testigo de la tardanza en la elección. La joven le echó una mirada de sentirse mal por tenerlo esperando, sonrió de esa manera muy inocente que tanto favorecía a su rostro, le suplicó perdón musitando y deslizó una mentira: no quería aburrirlo. Fue darle besos en el cuello y en la boca a Moshe, y salirse con la suya, lo condujo hasta la cama; y al consultarle de rodillas sobre el colchón si lo molestaría que siguiera mirando un rato más, escuchó que comprara a su gusto. María hizo exactamente lo previsto: estuvo abriendo pestañas de zapatos de gama alta en Rakuten, Alibaba y Amazon mientras él se adormecía. Se preguntó qué clase de droga le había hecho ingerir. Pensó en barbitúricos, codeína y escopolamina porque había escuchado historias en Kiev acerca de las drogas empleadas por las prostitutas desaprensivas cuando planean vaciar los bolsillos de sus clientes. «Dios quiera que el detective haya acertado con la dosis y el tipo de droga», rogó con un susurro. Se levantó de la silla silenciosamente, se descalzó, caminó

con suavidad, se pegó al batiente medio abierto del dormitorio. Miró con preocupación a Moshe, que se había quedado dormido en una incómoda posición corporal de borracho; sus ligeros ronquidos indicaban que la droga circulaba por sus venas sin dañar su salud. La espía se sintió muy aliviada. De inmediato fue directamente hasta el ordenador, de nuevo con pasos sordos. Se sentó frente a la pantalla. Procedió a copiar los archivos tal y como le había enseñado el profesor de informática en Salou, y lo cierto es que con suma rapidez. A continuación introdujo el *pen drive* en su zapato derecho y realizó compras en Rakuten: dos pares de zapatos de gala seleccionados justo antes de ir a cerciorarse de que su pareja dormía y estaba bien. Retiró las manos del teclado y soltó un suspiro; su tensión empezaba a aplacarse. De repente, decidió añadir una contribución personal al plan de Marc Lancaster: vomitaría por la ingesta de alcohol. Lo encontraba adecuado, habida cuenta de que al advertir el alto mando del Mosad su indisposición, le parecería muy normal que también él estuviera hecho polvo. Le quitaba un poco de romanticismo al idilio que la oyera vomitar, pero primaba el permanecer a salvo, hacer lo necesario para que no surgieran sospechas.

La eslava se deslizó hasta el mueble bar. Se sirvió tres vodkas. Exhaló otro suspiro, distinto al anterior, más flojo, pues su ansiedad ya se había atemperado mucho. Se acodó en la barra; entonces se tranquilizó todavía más y sus ojos recuperaron aspectos más propios de ella: se tornaron tímidos, después sugerentes y, por último, otra vez tímidos.

Anduvo hacia el dormitorio definitivamente relajada. Cambió el vestido de noche por el pijama, se sumergió en las mantas y detuvo una mano en la cintura de su dormido novio. Se dijo que todo iba bien.

A las cuatro de la madrugada, Moshe se despertó con el ruido de los vómitos. En el baño, María al ver de soslayo la puerta abrirse, se sentó en el suelo, tiró la espalda hacia atrás, haciéndola descansar en la pared de azulejos violetas. Luego fijó la mirada de extenuación en él y manifestó, mediante un gesto y dos frases, que no deberían haber bebido tantísimo y que sería mejor moderarse en el consumo de alcohol en nuevas veladas. El espiado coincidió, lo hizo con una voz de estar alicaído, mientras que su cara, en contraste, decía que este rezumaba placer y experimentaba emociones estupendas, como casi siempre cuando estaba cerca de ella.

Entretanto la fingidora se cepillaba los dientes, Moshe le dio un masaje desde los hombros hasta el cuello. De ningún modo se imaginaba que se había abierto una brecha en la seguridad de la Inteligencia israelí, que los nombres claves de la operación Medea 1 juntamente con otra información reservada estaban en el tacón del zapato de la mujer a quien adoraba.

Se tumbaron en la cama, entrelazaron las manos, con la mirada cariñosa puesta el uno en el otro. El hebreo, que estaba en la gloria, recordó cuán asustada se encontraba María cuando él le dijo que desempeñaba funciones administrativas de poco calado en la Policía. Siempre la cuidaría y haría cuanto fuera menester para que el miedo no anidara en ella, se juró. Por añadidura, se propuso hacerla feliz, tan feliz que ni siquiera se planteara cortar con él. La joven mujer lo abrazó; se sintió muy segura sobre su pecho, al igual que cada vez que el contacto físico entre ellos sustituía a las palabras. Al rato, esta se movió ligeramente hacia atrás y observó con íntima alegría la faz de Moshe. Le encantaba esa expresión de padre protector que le había faltado en su niñez, estar con un varón incapaz de maltratarla, disfrutar de su abrigo y de su calidez… Fijó la consideración en cómo librarse de Camilo, a saber, de Marc Lancaster. Prontamente y para sus adentros, se reafirmó en su intención de entregar el *pen drive* cuando, como y al enlace que el detective dispusiera. Mañana ella echaría un vistazo a los borradores guardados en la cuenta de Hotmail que compartían los dos y, seguramente, leería sus decisiones acerca de esto. A esa hora ya confiaba en haber concebido una vía con garantías para que el barcelonés la dejara en paz, por mucho que a este lo angustiara que su cebo y su víctima fueran novios de verdad.

María se incorporó y miró de nuevo a su pareja, esta vez de forma anormal, por hallarse meditabunda. Quería a Moshe, comprendió. Él captó ese sentimiento novedoso que la azoraba y, como consecuencia, de repente en sus castaños ojos rutiló la dicha de quienes, sin esperarlo, se saben amados.

Era imposible recelar de María Zedorova. Ningún hombre lo hubiera hecho.

11

Esparraguera es un pueblo de poco más de veintidós mil personas enclavado a unos cincuenta kilómetros de Barcelona, en la llanura adyacente a una montaña sagrada, Montserrat, única en el mundo por su singular belleza; verdaderamente maravilla a quien la contempla con sus relieves de piedra desnuda, de formas curvilíneas y caprichosas, entre adornos de verde vegetación. También es especial por otras cosas: ha dado origen a historias fabulosas y acoge, en una alta explanada, un museo (con pinturas de Caravaggio, Picasso, Casas, Monet, Sisley, Degas, Dalí, Fortuny, Pissarro…), un monasterio benedictino, así como una virgen tallada en madera del siglo XII a la que popularmente se llama la Moreneta (morenita), un nombre que alude a su piel atezada, resultado de su contacto con el humo de velas durante siglos. Además, en este macizo rocoso se encuentran trece ermitas, y cuando los católicos las visitan de la primera a la última, se les otorga «la indulgencia» como premio a su constancia y a su veneración. El mayor orgullo de los habitantes de Esparraguera, al margen de esta montaña peregrina, no es otro que el espectáculo teatral celebrado cada año a partir de la Cuaresma. Esta representación se conoce como *La pasión de Esparraguera* . En ella se escenifican las vivencias de Jesús desde que empezara a predicar hasta que se viera envuelto de repudio; un giro sentimental de la masa que motivó su crucifixión en medio de un ladrón sin perversidad y de otro que se burlaba de él. No obstante, la obra no termina en el dolor ni en el drama, sino en hechos para el aliento: el Mesías resucita, se aparece a María Magdalena y a la Virgen María, y asciende al reino de los cielos. Quizá, en eso estriba su éxito resistente al paso de los siglos y a los cambios de estructuras sociales y de pensamientos dominantes. Su origen se remonta a 1538 en los cálculos de algunos historiadores y a unos años más tarde en los de otros; sea como fuere, tal inicio remoto atestigua que la Edad Media y la fe cristiana no agonizaron en la misma época.

La pasión de Esparraguera acumula varios récords: número de actores y extras en escena (611 más una burra), cifra de público asistente y años ininterrumpidos representándose. Lo más llamativo de esta obra aún no se ha explicitado. Si algo la caracteriza, por encima de todo lo demás, es que

la interpretan los residentes del pueblo, actores completamente aficionados. La vocación, por regla general, se hereda de padres a hijos, por lo que los relevos generacionales están garantizados. Ordinariamente, los esparraguerinos comienzan su andadura en los escenarios haciendo de extras y, a medida que perfeccionan sus habilidades interpretativas con el correr de los años, se les encomienda encarnar a personajes secundarios o principales. En otras ocasiones, las menos, las capacidades artísticas innatas de los recién incorporados a la obra agradan mucho al director de teatro desde el principio, en las pruebas de selección. En estos casos en que se hace palpable tanto talento natural, no se les incluye entre los figurantes; directamente sustituyen a un actor o actriz que, por edad, mala salud o razones laborales se cae del reparto.

En tan inspirador contexto de pueblo con amor por el teatro, lo normal sería que esta historia comenzara sobre un entablado en un día de función. Pues, no. La historia tiene su comienzo en una carretera secundaria en la antesala de la festividad de Reyes a las siete de la mañana, cuando el cocinero Damià Folguerola, con el tronco bien agachado contra el chasis y los ojos llorosos por el frío invernal, pilotaba su motocicleta hacia el restaurante en cuyas mesas los comensales se deleitaban con sus asados de ternera, sus canelones y sus croquetas de jamón de pata negra. Como en tantos otros momentos, andaba cavilando en la forma de elevar la calidad al actuar en el papel de Jesucristo. Le daba vueltas a que, tal vez, quedaría bien añadir una extensión del antebrazo en el sermón de la montaña, una voz más afligida al dialogar con Poncio Pilatos, un poco de amargor al acusar de cobardía a Pedro en la última cena… Y es que Damià era un perfeccionista bajo los focos. Gracias a esta faceta de su carácter había acaparado, junto con la enfermera y la maestra de primaria que daban vida a la Virgen María y a María Magdalena, los mayores elogios de la crítica periodística. A los tres los habían reputado de actores con muchas tablas que brillaban en el escenario casi como profesionales consagrados.

Tembló un matorral debajo de una encina en la gélida mañana sin viento. Un jabalí desorientado se lanzó a la carretera.

Damià frenó fuerte para no chocar con el animal al tiempo que sus pensamientos cesaron. Ya no se imaginaba en el escenario, sino que concentró su atención en la carretera, y tuvo la impresión de que el tiempo se había detenido. La Yamaha derrapó, se desestabilizó y cayó. Tanto esta como él resbalaron por el pavimento, describiendo una uve, separándose, y unos metros más lejos se estamparon en dos encinas. El primer impacto generó un gran ruido metálico; el segundo un grito y un rumor de hojas por efecto de una pierna que se alzó entre plantas y las golpeó circularmente

como una hoz.

El sol se desembarazó de las nubes y proyectó su gualda luz en el bosque, iluminando la huida del asustado jabalí a lo largo de una pendiente cubierta de vegetación y haciendo resplandecer la omnipresente escarcha.

Poco rato después de la colisión, un electricista paró su coche en la cuneta, se apeó de este. Se impresionó al avistar, a través de sus blanquecinas espiraciones, el cuerpo inmóvil del accidentado. Telefoneó a urgencias en el acto y corrió hacia él para socorrerlo.

El accidente de tráfico privó a los ensayos de su artista fundamental, toda vez que Damià Folguerola se había roto una clavícula y un fémur. Pero lo peor, en lo concerniente a la función, era que él aún no estaría recuperado en las fechas inamovibles en que se representarían las funciones. En síntesis, la gravedad del accidente obligaba a encontrar un sustituto con premura. Y a este infortunio se juntó una casualidad que pronto sería causa de muchos pesares: el director de *La pasión de Esparraguera* disponía de buenos suplentes para todos los personajes, menos para el de Jesucristo. En esta tesitura fatal, se multiplicaron las pruebas a los aspirantes del pueblo, que se dividían en dos clases: los encasillados como extras y los que no se habían atrevido a intentar formar parte del reparto debido a que se temían que carecían de las cualidades necesarias. Ninguno dio la talla. El problema se revelaba mayúsculo, habida cuenta de que el encargado del *casting* no podía recurrir a las academias de arte dramático de Barcelona, una ciudad de gran tradición teatral, acostumbrada a disfrutar de grandes actores en los diversos géneros, desde la comedia al drama. Tenía prohibido recurrir a ellas porque, como ya había apuntado, *La pasión de Esparraguera* no se concebía sin artistas *amateurs* de la localidad. Tal costumbre, inicialmente curiosa, bonita y considerada temporal, había adquirido la categoría de ley inviolable con el devenir del tiempo. Por tanto, si esta ley se reescribiera, se perdería la esencia del espectáculo, y si se quebrantara a escondidas, además de perderse su esencia, el peso de la vergüenza afligiría a un sinfín de habitantes de Esparraguera desde que se enteraran de la imperdonable infracción.

Al alcalde de la población, Bernat Calderé, le entró pánico. La panacea para todos los males, la obra de teatro que embelesaba a los esparraguerinos y llenaba de visitantes espléndidos los comercios a la par que de dinero las arcas públicas, se hallaba al borde del fracaso estrepitoso. Reaccionó deprisa, en parte, por pundonor y, en parte, por su fuerte bienquerencia hacia sus convecinos. Mandó colgar carteles a lo largo y ancho del pueblo para animar a los varones de entre veinticinco y cuarenta años a probar suerte en los *castings* . Funcionó: se incrementaron todavía

más los aspirantes a Jesucristo. Por la falta de espíritu de la mayoría, a la que movía una especie de sentido del deber, y el alborozo de unos pocos, que esperaban vivir grandes emociones, recordaban los reclutas en su viaje al frente en una guerra casi perdida.

Lamentablemente, del proceso de selección no salieron actores aptos para interpretar al nazareno. Esto se explicaba por una suma de factores. A la falta de dotes artísticas de los voluntariosos postulantes se añadían los nervios derivados de tener la función en puertas y la dificultad añadida de hacer de Jesucristo. El alcalde, con el apoyo unánime de sus concejales, aprobó dar una paga temporal al varón seleccionado con la idea de que se viera liberado de realizar su trabajo actual y se centrara en ensayar; así, lo ayudarían a representar decentemente al salvador de la humanidad. Aquello fue comenzar la casa por el tejado, ya que no había un esparraguerino a quien gratificar con esa paga.

Ante la catástrofe en ciernes, el alcalde enfiló hacia el despacho del cargo electo del consistorio de peor reputación, Ricard Bustos. Dos años atrás, en los diarios regionales se había escrito en relación con su implicación en una recalificación de terrenos irregular. Tuvo fortuna en la adversidad: se salvó de una pena de cárcel mediante un subterfugio legal empleado en su juicio en virtud del cual quedaban invalidadas claras pruebas incriminatorias. A partir de ese juicio penal fue objeto de una marginación forzosa en el Ayuntamiento de Esparraguera con vistas a aparentar honradez ante la ciudadanía y a propiciar su dimisión, que nunca presentaría. Su presencia en la sede de gobierno local se volvió molesta; todos abominaban de él. Era normal, puesto que los ediles y el alcalde temían incurrir en el desprecio de los votantes, que se viera a la clase política de Esparraguera como una banda de corruptos que cerraban filas en torno a los ladrones. Al amainar la tempestad, Bustos conservaba su fama de solucionar problemas y de tipo eficaz como pocos. Precisamente por esa fama de eficiente, cuando Bernat Calderé traspasó con gesto mustio el hueco de la puerta del despacho del citado polémico funcionario, apoyó el trasero en la base de su mesa y lo miró de forma admonitoria, este se imaginaba lo que el alcalde quería. Esto ahorró muchas frases, como las de una introducción aclaratoria del por qué el delincuente se incorporaría a la comisión encargada de velar por el normal desarrollo de *La pasión de Esparraguera* .

Los dos políticos no podían ser más diferentes entre sí. Bernat Calderé se preocupaba por los demás; poseía una mirada elocuente, fiera en los enfados y tierna en la felicidad, y una voz fuerte; era dado a abrazar efusivamente; caminaba deprisa y raro, como estimulado por un deseo de arreglar problemas importantes cuanto antes. Con frecuencia, se apenaba si

no había solventado aún cuestiones de consideración que afectaban a la vida de sus paisanos. Se mostraba cercano con las personas a las que profesaba afecto y esquivo con aquellas que le inspiraban desconfianza, y siempre encontraba un momento para asistir a quienes le habían implorado ayuda. La gran experiencia acumulada jugaba a su favor, lo había hecho un alcalde competente. Físicamente era así: algo gordo, alto, de ojos sinceros de color verde olivo, con una tenue luz, de rasgos faciales finos y perfectamente simétricos, y de piel muy pálida. Ricard Bustos solamente se preocupaba por él; su mirada se mantenía pacífica cuando estaba con gente, aunque pensara en hacer el mal, pero se volvía siniestra cuando se hallaba a solas. Nunca abrazaba a nadie, bien porque era incapaz de sentir afecto, bien porque no le gustaba el contacto físico. Tenía por norma exhibir su mayor amabilidad y desplegar sus encantos con sus detractores declarados, pues encontraba muy juicioso tener a los enemigos más cerca que a los amigos. El que estuviera de acuerdo con esta máxima de Maquiavelo explicaba su proclividad a escudriñar disimuladamente las caras de sus críticos y a hacer reflexiones relativas a qué se urdía en su contra. Jamás movía un dedo por sacar de un apuro al prójimo, y como esto era cosa sabida, nadie apelaba a su paupérrima misericordia. Rebasaba por muy poco el metro y sesenta y cinco centímetros. Sus ojos, negros y con pupilas sin bordes perceptibles, solían opacar sus sentimientos reales conforme a su voluntad. Las duras y angulosas facciones de su alargado rostro no guardaban una simetría perfecta; se diría que la genética ponía de manifiesto su hipocresía, que tenía dos caras. La piel oscura constituía la única herencia de su madre, una irresponsable sin instinto maternal, nacida en Ceuta. Sus grandes conocimientos sobre muchas materias desmentían el refranero: sabía más por diablo que por viejo.

—Vas a ocuparte de un asunto delicado —dijo Bernat Calderé con voz neutra.

—¿Uno relacionado con lo que es *vox populi* en el pueblo: la Virgen María se ha quedado sin hijo este año?

—Muy agudo.

El alcalde movió los hombros y la cabeza; se transparentaba su fastidio. Lo irritaba superlativamente escuchar a un desaprensivo hablar acerca de lo que estaba haciendo caer en el desánimo al resto de esparraguerinos.

—No te quejes. No tengo inconveniente en que actúes a tu manera. ¡Solo esta vez!

Ricard Bustos se acomodó apoyando el peso de su tronco en el espaldar acolchado, cruzó los brazos sobre el esternón y mostró un mohín de disgusto y un aire de altivez, tal como haría una jovencita mimada dolida

por haber perdido uno de sus privilegios. Enseguida miró al alcalde y le dedicó una mueca desdeñosa.

—¿Debo recordarte que fui absuelto de los cargos?

—¿Debo recordarte que todos en el Ayuntamiento sabemos que eres culpable? Dejemos a un lado nuestras diferencias. Es tiempo de que cooperemos y seamos solventes. El pueblo clama por una solución.

—¿Por qué soy el más indicado para sacaros las castañas del fuego? Me escama tu repentina fe en mí.

Bernat Calderé dio pasitos hacia la ventana, se quedó estático en donde un haz de luz discurría morosamente a la vista, miró al exterior, a las calles de la población famosa como pocas y humilde como tantas otras. Su rostro se contrajo en una mueca efímera de agitación interior; al punto extravió la mirada, a semejanza de un melancólico que ha perdido la noción del tiempo. Tras unos segundos se volvió y le descubrió:

—He sopesado largamente qué era más adecuado, ¿transgredir las normas o mantenerme irreprochable?

—No somos tan distintos después de todo.

—Discrepo. Yo contemplo saltarme las normas para que mi infracción redunde en alegría de las gentes de ahí afuera —esgrimió señalando a la ventana fúlgida—. No te engañes. De ninguna manera mi actuación desesperada nos iguala en deshonestidad. Tu afirmación roza la injuria.

—Venga, suelta tu petición. Me hastían los reproches y las lecciones de moral, también cuando vienen de ti.

—Tráenos un Jesucristo a la altura de la función. ¡De donde sea!

—¿«Donde sea» incluye Barcelona? En la capital es fácil conseguir buenos actores; muchos están en el paro.

—Sí, incluye Barcelona.

—Bien. Los directores de *casting* de Barcelona no pondrán reparos a que visione grabaciones de actores si suelto pasta.

—Dinero no te faltará. ¿Cómo lo ves? ¿Puede arreglarse?

—Puede arreglarse, claro que sí. La dificultad radica en acallar a los periodistas que encuentran gusto en difamarme.

—No moveré un dedo para acallarlos. Pero «ojos que no ven, corazón que no siente». Apáñatelas para que nada sepan de tus argucias.

—Dicho de otra manera: si me pillan estoy solo.

—Deduces bien. Yo no caeré contigo.

—Eso es como irse de putas un sábado por la noche y asistir a la misa del domingo de la mañana con traje caro, bien peinado, oliendo a perfume y a honorabilidad.

—Tal vez. No tengo que justificarme contigo. Me mueve el bien común.

El edil destituido se puso en pie con celeridad, se metió en el haz de luz áurea, acercó su cara a la de Bernat Calderé y con cierta impetuosidad, rara en él, lo atacó:

—Y también te mueve tu ambición de ser recordado como un gran alcalde. Ah…, la vanidad se ha adueñado de ti, su santidad. No te molestes en negarlo.

Ricard Bustos se retiró de los dos altos cristales, torció hacia el carrito de color salmón que hacía las veces de mueble bar, se sirvió un vaso de ron seguro de tener la sartén por el mango y disfrutó de la bebida al mismo tiempo que se regocijaba pensando en su estatus de persona indispensable. Acababa de recuperar la sensación de poseer poder usual en él antes de su juicio por corrupción.

—Sí, lo haré. Embarcaré a un actor soberbio en nuestro espectáculo. Y tú recortarás cinco mil euros del presupuesto de obras públicas. Con este dinero se retribuirán unas horas extras inexistentes. Los sinvergüenzas tenemos multitud de necesidades, muchos gastos. Ya me entiendes.

—Acepto tus condiciones, siempre y cuando emprendas esta tarea ya. El tiempo se nos echa encima. Me consume la idea de defraudar a nuestros vecinos; me mataría que la mediocridad de *La pasión* de este año los condenara a estar abatidos.

Ricard Bustos se pasó la chaqueta por los hombros, introdujo los brazos en las mangas mientras afirmaba con la cabeza, como si aplaudiera sus palabras de solidaridad, sonrió al modo de los seres sarcásticos cuando se comportan con descaro y observó:

—Cuánta verdad hay en tu comentario. No es posible defraudar a los esparraguerinos y seguir siendo un buen servidor público. Además, este fiasco empañaría tu legado. Pero aquí estoy yo, el apestado, para lograr que las esperanzas y las confianzas puestas en ti por nuestros conciudadanos se traduzcan en una muy buena marcha del pueblo durante tu mandato. —Se adelantó hacia la puerta, agarró el pomo con violencia, tiro de él con suavidad y dijo con una voz más apacible—: Voy a hacer la pelota y a invitar a comer a un profesor del Institut del Teatre. Nos dará el remedio a nuestros males con sus recomendaciones. De fallar esto, llamaría a las puertas de las oficinas de los directores de *casting* . Te telefonearé en cuanto tenga al actor.

En pocas horas, Ricard Bustos estaba almorzando con un profesor del Institut del Teatre en una sidrería vasca especializada en carnes suculentas a la parrilla. En la comida opípara, mediante adulaciones, dulces incitaciones a pedirse cualquier manjar y vino prohibitivo de su gusto, y promesas de comprarle cuarenta entradas para el estreno de la próxima obra

bajo su dirección, el político se hizo con una lista de cinco actores que habían sobresalido en la escuela de más renombre de la capital catalana. Los dos exestudiantes de Arte Dramático en la cabeza de la lista estaban inmersos en los ensayos de dos comedias de esas que amenizan las tardes de la burguesía barcelonesa. Los otros tres malvivían, el salario de sus precarios empleos solo alcanzaba para pagar una habitación en un piso compartido y alimentarse a base de pan y espaguetis. Por consiguiente, a Ricard Bustos no le costó atraer el interés de Eugeni Dausà, el tercer nombre de la lista. Obtuvo su adhesión al proyecto teatral con una generosa oferta, aunque por una miseria el friegaplatos harto de su trabajo se habría subido a ese tren, tal como el funcionario le solicitaba. Dar voz a uno de los personajes icónicos de la historia de la humanidad delante de un público numeroso rendido a él superaba sus más altas aspiraciones. El puesto ofrecido en verdad coincidía con su sueño, por lo que suponía una tentación en toda regla. Generalmente, cuando una persona común acepta un ofrecimiento que equivale a hacer realidad su sueño esquivo, dice «sí» con excitación en la voz y con el calor del deseo en los ojos, con independencia de que se esfuerce o no en fingir falta de apasionamiento. Eugeni Dausà evidenció ser una persona común: destiló excitación y tenía el calor del deseo en sus ojos mientras adoptaba la actitud de quien es permanentemente requerido para actuar en representaciones dramatúrgicas. Y al responder que contaran con él , todavía en esta actitud de hacerse rogar, en su voz latía un enardecimiento de su entusiasmo tan acentuado que Ricard Bustos temió que no fuera tan buen actor como se le había dicho, que en la confección de la lista hubiera primado la amistad sobre la objetividad.

Tuvo la certeza de que el doctor en Arte Dramático no había obrado de forma incorrecta poco después de que el director de la obra, Armand Cebrià, emplazara a Eugeni a demostrar su valía en la escena en la cual Jesús dialoga y polemiza con Pilatos y no transige a claudicar a cambio de un indulto. En paralelo a que Armand Cebrià evaluaba a su nuevo actor, Ricard Bustos, sentado en la primera fila del patio de butacas, escrutaba el rostro del director y reparaba en el aplacamiento de su intranquilidad. Interpretada la escena, Cebrià bajó ufano del escenario y, muy cerca de Ricard Bustos, emitió en tono alegre y bajo, de confidencias entre amigos:

—No es Laurence Olivier. Incluso me inclino a pensar que Damià Folguerola tiene más nivel. Quizá tengo esta impresión por haberme acostumbrado a verlo en el papel. Ahora bien, el muchacho me sirve, y mucho, para salir del atolladero. Caramba, no lo hace mal, y cuenta a su favor con un cierto encanto, el que desprenden los jóvenes que creen

hallarse ante la oportunidad de su vida.

En breve, el director usualmente pobre en alabanzas se encaminó hacia el protagonista. Con una mano puesta cordialmente en su brazo, le dio la bienvenida al equipo, encomió sus dotes de actor para robustecer su seguridad en sí mismo y le encareció que se entregara a los ensayos.

En los días siguientes, en Esparraguera se corrió la voz de que un nuevo Jesucristo de calidad completaría el reparto. Nada más empezó el boca a boca, en los lugareños apuntó una moderada confianza en que la gran fiesta saldría bien y su desazón disminuyó. Y pasada media semana, ellos pensaban muy mayoritariamente que las funciones que cada año daban notoriedad a la villa, satisfacían su gran afición por el teatro y traían a personalidades catalanas de mundo del arte y de la política a la par que a famosos y a miles de turistas de Barcelona volverían a ser un éxito clamoroso, a medida del deseo. Todo parecía indicar que el accidente de tráfico de resultas del cual Damià Folguerola todavía no podía andar y presentaba el peor de sus ánimos, por fortuna, no arruinaría el evento.

Solo dos domingos después, un diario regional destruyó esa confianza resurgida en los habitantes de Esparraguera y los conmocionó. Publicó en primicia un hecho bochornoso: se había infringido la normativa contratando a un actor profesional; en las últimas líneas del artículo en cuestión, el periodista sentenciaba con mucha clarividencia y cierta malevolencia que el espectáculo estaba inexorablemente abocado a perder gran parte de su atractivo. La nefasta noticia se propagó por Esparraguera, haciendo que tornaran a sentirse inquietudes y desencantos. Los más observadores de las tradiciones se desataban en acusaciones furibundas dirigidas al Ayuntamiento por haber caído en esta torpeza que atentaba contra la pureza primigenia de la representación. Opuestamente, los más pragmáticos excusaban la trampa alegando que, cuando se presentan obstáculos extraordinarios, es preciso tomar medidas extraordinarias y que el alcalde no tenía la culpa de que un jabalí hubiera invadido la carretera comarcal. Un tercer grupo de opinantes criticaba abiertamente a las asociaciones de defensa de los animales, por cuanto sus presiones y gimoteos habían provocado que la caza estuviera mal vista, lo cual, a su vez había acarreado la proliferación en exceso de jabalíes en los bosques de la zona. Desde hacía seis años causaban estragos en los cultivos con sus incursiones en territorio humano y accidentes de tráfico si les daba por explorar más allá de las masías.

A una hora previamente anunciada, el alcalde salió al balcón a despecho del frío e hilvanó un discurso para insuflar esperanzas a los congregados. Prometió poner mucho afán en hacer subir al escenario a un Jesucristo

digno de Esparraguera y de su gran pieza de teatro. Pidió excusas, invocó la resistencia proverbial de los esparraguerinos y alentó a no darse por vencidos, a encarar este revés con la gran fuerza de espíritu con la que sus antepasados habían hecho frente en el curso de la historia al ejército musulmán, a los bandoleros, a las tropas borbónicas, a los saqueadores franceses y al Bando Nacional en la guerra civil española. Precisamente este último episodio en la ristra de agravios y desdichas lo utilizó para establecer una comparación muy ingeniosa y a propósito: en la Guerra Civil varias bombas impactaron en las entrañas del pueblo, mas no explosionaron, así que la desgracia no se consumó, lo mismo que sucedería en la actualidad. En definitiva, hizo un llamamiento a no perder la fe, así como a sacar el irreductible carácter esparraguerino, la virtud que hacía fuerte a la localidad.

En el Ayuntamiento de Esparraguera, de puertas adentro, el discurso de Bernat Calderé tomó un cariz más desagradable y menos épico. En el pleno extraordinario iniciado un minuto después de concluir la oratoria vigorizante en el balcón, él amenazó con que, o escuchaba una propuesta buena ya mismo, o rodarían cabezas. El edil de Deportes se anticipó al resto y planteó algo constructivo: «Hay un chico de catorce años especial. Tiene madera de actor según el director; está llamado a ser el próximo Jesucristo cuando Damià envejezca. ¿Por qué no adelantar el relevo?». Esta manera de evitar la debacle no gustó, se cuestionó en el acto, y a la postre ocasionó críticas dichas con encendimiento. Se argumentó en contra que se habían convertido en el hazmerreír por haberlos pillado haciendo trampas. Con este sonrojante antecedente, como además los diarios tildaran de ridiculez encomendar a un chiquillo de catorce años interpretar a Jesucristo, el espectáculo quedaría herido de muerte, sin posibilidades de recobrar su esplendor.

El regidor de Cultura levantó la mano, dando a entender que pedía intervenir para poner en común una idea suya. Para sorpresa general, cuando se le dio la palabra dijo algo que dolió como una afrenta: su sugerencia solo podía ser escuchada por el alcalde. Los concejales que no enmudecieron de perplejidad le echaron en cara, a modo de recordatorio necesario, que ya los habían descubierto dando un paso en falso, en una maniobra ilícita, de modo que si cometiesen otro error igual de grave, aquello conllevaría un insufrible desprestigio. El alcalde comulgó con estos concejales, suscribió sus palabras de protesta y prevención. Al instante, el edil cuya prudencia se estaba poniendo en duda adujo que lo que tenía en mente era completamente legal, sin embargo, no aclaró la razón por la cual esto había de escucharse en una suerte de privacidad clandestina que

excluía ofensivamente a los concejales. Se limitó a repetir lo señalado: solo daría a conocer al alcalde su fórmula para evitar el desastre total, y agregó que, de considerar él que no hacía falta tanto secretismo, era muy libre de comunicarla al pleno. Bernat Calderé encontró coherentes las contrargumentaciones y puntualizaciones del edil acosado. Así pues, optó por mandar a los otros políticos que aguardaran sentados mientras se ausentaba para escuchar la sugerencia y conocer sus ventajas y desventajas.

En la mesa las dos ausencias humillantes dieron lugar a cuchicheos, así como a reprobaciones sonoras y algo ampulosas, del estilo de las que se permiten exclamar los soberbios cuando se menosprecia su enfoque en una polémica.

El alcalde regresó a la sala de juntas contento y acompañado del edil de Cultura. Había transcurrido muy poco rato, cosa que indujo a suponer que se le había planteado una salida muy sensata o de lo más descabellada. Calderé se situó a la cabecera de la mesa, detrás de su silla, aferró el respaldo y, muy animado y con la sensación agradable de haber salido de un lío, anunció que la idea prometía. Hizo más apuntes acerca de ella: la tenía por muy útil y se realizaría; pero se abstuvo de dar cuenta y razón de lo hablado en el vis a vis. De hecho, se pronunció a favor de no contarla mostrándose tajante y a continuación se escudó en la prudencia: «Un chismorreo en un lugar inadecuado echaría a perder esta solución». Nadie osó contradecirle, bien por miedo a contrariarlo, bien debido a que no hizo interrupción alguna para recabar opiniones, bien porque se temían que si desvelar secretos se volvía una costumbre más de uno saldría malparado andando el tiempo. En las frases siguientes el alcalde corroboró lo predicho por el regidor de Cultura: llevando a efecto la propuesta seguramente se salvaría *La pasión de Esparraguera* . Y con el mismo aire de estar en posesión de la verdad y de líder sabio, pidió a los presentes confiar en su criterio. Por último, les agradeció el haber hecho piña para que los vecinos del pueblo recuperasen sus ilusiones.

No fue motivo de extrañeza entre los concejales que se designara a Ricard Bustos emisario del Ayuntamiento para convencer a ese actor innombrable (se mantenía un absoluto hermetismo sobre su identidad) de que se dejara crucificar en el Teatro de la Pasión. El que sí se extrañó al contársele el cometido fue el delincuente con suerte en los tribunales, no porque recayera en él la elección de llevarlo a cabo, sino por el hecho de que hubiera sido bien acogida por el alcalde una proposición que casi todos los hombres rectos calificarían de sucia y condenable. Tuvo para sí que esa artimaña era más propia de él que del respetable Bernat Calderé, y al poco se dijo que la desesperación saca lo peor de cada uno.

Al despuntar el alba, Ricard Bustos encendió su coche y tomó camino de Valencia para cumplir con las exigencias del alcalde, que estimaba brillantes pero inmorales. En las alturas el cielo zafirino mudaba a un tono de azul más claro y se hacía más alto.

Una mañana soleada recibió al político sin valores en la linda ciudad; a aquella hora, el río Turia discurría con aguas mansas y reflejos de luz rielando sobre ellas, y las calles, pletóricas de paseadores, invitaban a ser recorridas. No dedicó tiempo a dar una vuelta por la zona comercial o a mitigar la fatiga del viaje mediante un largo desayuno de los de café, bocadillo y diario abierto en un bar. Se bebió deprisa, en dos tragos, un café de máquina en una gasolinera y se presentó en el mayor psiquiátrico de Valencia con su actitud más gentil. En su control de acceso pidió con dulzura a una enfermera ver a Raimon Llopart, el inconfundible paciente que respondía al nombre de Jesucristo. Esta repuso que eso sería imposible y, contagiada de la falsa dulzura de Bustos, entró a explicarle la razón: Raimon estaría en la vivienda de su madre hoy y dos días más. El esparraguerino de adopción obnubiló con piropos originales no muy atrevidos, así como con su mirada de embaucador, a esta enfermera de unos cuarenta años, cálida, de labios pintados de carmín, y se marchó con paso firme y ademán serio.

Se acercó a la casa de doña Úrsula Torrent. Ahí mostró de nuevo su cara más amable; exhibió una educación elegante que armonizaba a la perfección con sus engañosas buenas intenciones: venía a ofrecer un empleo a Raimon, uno bien remunerado correspondiente a un programa de integración de discapacitados. La viuda conjeturó en voz tenue que, probablemente, estaba en los Jardines de Viveros dando de comer a las palomas o rezando en la playa de Las Arenas, si bien también pudiera estar en cualquier parte de la ciudad tratando de hacer el bien. El corrompido estudió la fotografía de Raimon que sostenían las huesudas manos de su madre. Pensó que no solo se sentía Jesucristo, físicamente era su viva imagen, al menos en el imaginario colectivo: el cabello moreno, ondulado, con longitud hasta los hombros; los ojos amorosos, muy tranquilizadores; la barba poblada; una expresión de nobleza.

Bustos halló a Raimon abstraído en sus rezos en la playa mentada, y fue hacia él. Al cabo de dar seis pasos, no los separaba más que una silenciosa proximidad. Entonces quedó confirmada su primera impresión cuando miró su fotografía: parecía un Jesucristo de madera que había cobrado vida y había bajado de la cruz. Solamente le faltaban orificios con sangre en las muñecas para ser del todo igual al nazareno. El político se sentó a su vera en la arena. El hijo de doña Úrsula cesó de rezar y orientó sus ojos de color

miel y ceniza, tiernos, piadosos hacia el desconocido. Los labios de Ricard Bustos dieron muestras de una cierta complacencia maliciosa bajo su mirada truhanesca; con todo, retenía el aire amable. De inmediato se dispuso a esmerarse en presentarle el trabajo como un acto de caridad hacia las gentes de una villa que honraban a Dios de marzo a mayo con una obra de teatro.

—He venido de muy lejos a hablar contigo, Jesús.

—Hay bondad en ti, pero tú no lo crees. Cuando miras dentro de ti, tu vista es la de un ciego. Podrías redimirte, romper con tu pasado y empezar a comportarte con integridad. Confía en ello.

—¿Qué? —balbució desconcertado.

Raimon Llopart estiró un brazo, acopló la palma de su mano al cuello del visitante y, con la mirada concentrada en sus negros ojos, pronosticó y reclamó paternalmente, en tono de completa serenidad:

—Yo te ayudaré a reformarte. Ámame y ama a todos. Así encontrarás la paz.

Bustos salió del desconcierto, presumió que, en efecto, el enfermo estaba persuadido de ser el hijo de Dios y sacó en conclusión que la singularidad de su locura les venía de perlas al alcalde, al consistorio y a la localidad sumergida en el desaliento, un desaliento a punto de transformarse en ansiedad.

—Celebro que estés abierto a ayudar. Un pueblo entero te necesita. Verás, yo y otros empleados públicos velamos por mantener viva la religiosidad de los cristianos residentes en él.

—Bello trabajo.

—Muy bello. De un tiempo a esta parte nos sentimos superados por los contratiempos. Trataré de retratar la tragedia, de explicarte bien lo que deprime a mis paisanos. Cada año representamos *La pasión de Esparraguera* , que viene a ser una obra de teatro en cuyas escenas se muestran tus prodigios y se ensalza tu inconmensurable amor hacia el Creador, tu Padre. La función abarca desde que escogiste a los apóstoles hasta tu muerte y resurrección.

—Esto no ha sucedido. Aún no me han crucificado. ¿Por qué os adelantáis a los acontecimientos?

El político se quedó descolocado. Vino mentalizado a embaucar a un loco bonachón, pero no se había preparado para dar réplicas apropiadas a la lógica de la locura. Tardó unos segundos en adecuar su ingenio a una conversación profunda con un «Jesucristo» de carne y hueso apesadumbrado a causa de no haber culminado sus perentorias misiones: extender en la humanidad el amor al prójimo y a Dios. En esos segundos, al

principio estuvo azorado por dos cosas: las preguntas chocantes del «hijo de Dios» y por haberse quedado en blanco, sin respuestas, habida cuenta de que siempre se le ocurrían al instante buenas contestaciones, falsas o verdaderas, en cualquier conversación, tomara el carácter que tomara. Poco después experimentó sentimientos contradictorios, su respeto por quienes se responsabilizan de llevar a cabo arduas empresas encomiables y su desagrado hacia los enfermos mentales. Finalmente, reaccionó: volvió la calma a sus adentros y recuperó la desenvoltura en el hablar de un timador elegante al que le gusta fascinar.

— *La pasión de Esparraguera* contiene un poquito de ficción. No pretendemos reproducir fielmente la historia de tu vida. Lo que nos proponemos es premiar a los creyentes por su devoción y, por añadidura, dar las gracias al Señor por las clemencias y la providencia que subsanan nuestras imprudencias, dejaciones y disputas.

—Se me antoja una gran prueba de amor al Padre. ¿Me solicitáis que asista en calidad de simple espectador o que recite un breve sermón antes del estreno?

—Ambas contribuciones nos encantarían. Sin embargo, a decir verdad, habíamos pensado en una colaboración de otra índole. Precisamos una más sostenida en el tiempo. Hablaré con la franqueza que te mereces. El actor que te encarnaba se cayó de su motocicleta en una carretera y se pegó un trastazo. A fecha de hoy, está en rehabilitación, y cuando arranquen las funciones todavía no estará en condiciones físicas de hacer de Redentor, es decir, de ti. Hemos probado a muchos actores. Deslucen el espectáculo. Actúan terriblemente mal.

—No te muestres tan duro con ellos. Hacerse pasar por mí… ¡Menuda tarea! Atraigo las iras de los avaros y los viles, unas iras que acortarán mi vida. Mis responsabilidades las tengo por enormes, y ciertamente lo son, así que se me hace muy duro cargar con ellas. La dicha que crece en mi interior por recibir el amor de Dios es indecible. Y, de tanto en tanto, me asalta el temor a fracasar. Además, mi sino, morir en una cruz romana, ahuyenta las ganas de estar en mi lugar. No me extraña nada que afrontar tanta dificultad altere a los actores y merme sus habilidades.

—Así las cosas, hemos acordado suplicarte que te dignes actuar en nuestro teatro. Desde luego, correríamos con los gastos de tu estancia en Cataluña y suplementariamente te pagaríamos seis mil euros para que los destines a obras de caridad a tu elección.

A Raimon Llopart se le formó una expresión que incluía una ligera sonrisa, y en sus ojos se agudizó su amor por los demás. Estaba pensando en el bien que haría con el dinero. Todavía con los ojos grávidos de amor,

pero ya sin sonrisa, condescendió:

—¡Cómo negarme! Levanto el ánimo y fortalezco la fe de esa vecindad y, encima, tendré dinero para reparar injusticias y dar alivios por dondequiera que anuncie el reino de los cielos. Y lo más importante, aceptando tu bonito ofrecimiento cumplo con la voluntad del Señor. ¿Acaso ignoras que Él ha conducido tus pasos hacia mí, pobre ingenuo?

—Me queda mucho por aprender. Tú me lo enseñarás.

Durante dos días, Ricard Bustos se volcó en divulgar por Esparraguera la buena nueva: había vuelto con un gran actor. En las mismas conversaciones, avisaba a los lugareños acerca de las peculiaridades de este: se metía en el papel en extremo, sentía ser el personaje dentro y fuera del escenario, desde que se ponía a memorizar los diálogos hasta la caída del telón en la última función. Todo esto lo recalcaba, con la finalidad de que nadie se quedara pasmado al ver el modo en que se comportaría por Esparraguera en sus ratos libres. También se ocupó de divulgar que Raimon Llopart era un familiar lejano de los Abreu de la localidad vecina de Olesa (en vista de este parentesco, había que hilar muy fino y con las peores intenciones para poner objeciones basadas en las normas implícitas que prohibían a los forasteros intervenir en la representación). Un viernes, el valenciano compareció por primera vez en el escenario, y dejó boquiabiertos a la totalidad del reparto y al director, que no salían de su asombro por su increíble calidad interpretativa. Poco se esperaba de un actor aficionado que había dispuesto de tan solo tres días para aprenderse los diálogos, imaginarse en los diversos trances que jalonaron la vida adulta de Jesucristo y conectar con un personaje tan complejo. En las jornadas previas a esta exhibición de talento, los más propensos al optimismo habían hecho alarde de su naturaleza diciendo que, igual, el «nuevo fichaje» los sorprendía gratamente. Los pesimistas se habían desmarcado en bloque de ellos; uno hasta señaló que había que remontarse muy atrás para encontrar el último milagro reconocido por la Iglesia católica. Y los más realistas habían pedido sentido común y pragmatismo: observaron que, a estas alturas del problemón —faltaba una semana para el estreno—, poco sería mucho, apuntaron con tino que en los tiempos de carestía se habían cocinado sopas sabrosas con escasos ingredientes y no vacilaron en sostener que, en las actuales circunstancias, se imponía imitar esta manera de afrontar las adversidades.

La feliz novedad, la valía del sustituto, se difundió espontáneamente por el pueblo desde que los extras y los actores se fueron del teatro por el vomitorio. Y al llegar la noche ya imperaba la tranquilidad entre los

esparraguerinos amantes del teatro.

12

Marc Lancaster se preocupaba cada vez que meditaba acerca de cuál sería la mejor manera de traducir las copias de los archivos del Mosad que le mandaría María Zedorova si el espionaje daba sus frutos. Se hacía imprescindible que el traductor no comentase con nadie el contenido de estos; el trabajo, claramente, no admitía indiscreciones. Pero, ¿qué traductor corriente se resistiría a contar a sus amigos íntimos los aspectos que más lo dejasen atónito? Pagar con esplendidez sus servicios no garantizaba el respeto a la confidencialidad.

A la mesa de su escritorio, en su piso de la calle del Pi, el investigador privado ideó una solución eficaz y nada loable, desde un punto de vista ético, mientras leía y evaluaba en internet currículos de filólogos especialistas en hebreo. En concreto, la ideó al examinar el de un cura franciscano con dos licenciaturas, Historia y Filología Hebrea, que estaba capacitado para hacer traducción simultánea por haber vivido tres años en Israel. Al concluir la lectura de este currículo, echó la espalda hacia atrás con violencia y dijo: «Sí, sí, sí» con los ojos muy abiertos y con una expresión de apariencia malvada. Había concebido una astucia prácticamente infalible para disfrutar del pacto de silencio inviolable e indispensable que él quería: se confesaría con ese eclesiástico, el franciscano Nicolau Fontàs, en la iglesia en la que ejercía el sacerdocio, Sant Joan, sita en la plaza de la Virreina de Barcelona. En la confesión le desgranaría algunos de sus pecados; asimismo, le admitiría haber infringido leyes con motivo de que le extendieran buenos cheques y de descollar en su actividad laboral. Transcurrida una semana, el propio detective le pagaría por traducir las copias. Y unos pocos días más tarde de ese primer pago, cuando durante un estallido de enfado esperado Nicolau Fontàs expresara a Lancaster su enojo y que estaba resuelto a comunicar a la Policía los hechos criminales referidos en determinados párrafos, este le replicaría que le estaba permitido permanecer enojado, pero no poner en conocimiento de las autoridades la causa de su alarma súbita, puesto que el sigilo sacramental ligado a una confesión le imposibilitaba actuar como un ciudadano corriente.

Esa misma mañana alrededor de las diez, Lancaster atravesó el barrio de

Gracia en dirección a la iglesia de Sant Joan. Todavía faltaba media hora para que el padre Nicolau atendiera a los pecadores que ansiaban consuelo y ambicionaban la vida eterna, así que al llegar a los pies de la iglesia se desvió a la derecha. Descendió por la calle Trujillo y saboreó un bocadillo en un bar chileno. Reanudó su paseo embocando callecitas, y entonces rememoró haber pasado por estas con Anika el verano pasado durante las Fiestas de Gracia. Ella encontraba diversión y placer en sumergirse en estas fiestas multitudinarias y animadas. Él también. Pero, por encima de todo, encontraba placer en verla feliz a la luz multicolor de las calles que transportaban a los viandantes a otras épocas y a otros países mediante sus decorados temáticos elaborados por los mismos vecinos. Notaba el liviano peso del cuerpo de Anika en su costado y la presión de su pequeña mano en la cadera, igual que cuando paseaban por Gracia en aquellas noches deleitosas.

Al cabo, el investigador penetró en la penumbra de aquella iglesia muy antigua, como casi todas las de Barcelona, como casi todas en las ciudades cristianas de orígenes inmemoriales. Se arrodilló en el mueble confesionario y declaró haberse casado con Anika en secreto, sin que los padres asistieran a las nupcias, y también declaró haber ocultado el enlace a sus amistades durante un año. A renglón seguido, justificó todo eso diciendo que así se ahorraron escuchar de algún conocido que el matrimonio fracasaría por la juventud de la esposa, diecisiete años, así como los avisos hechos de temor de Ivana Doric. Nicolau Fontàs se interesó en averiguar si los dos se amaban en aquellos días y si todavía se profesaban este sentimiento. Marc Lancaster aportó al diálogo dos síes cargados de entusiasmo y de dicha, tras lo cual, el confesor expresó su sentir: entrañó un pecado levísimo haber excluido a la familia del sacramento, dado que al no invitarlos evitaron sus críticas a su amor y los refunfuños. A continuación, el detective narró algunas de las malas artes a las que había recurrido en el curso de sus investigaciones, omitiendo las peores para no conturbar al sacerdote o, tal vez, para no conturbarse él. Así y todo, el rostro de Nicolau Fontàs se demudó de la impresión. Este enseguida caería en un estado de confusión. En primer lugar, porque le costaba medir la gravedad de los hechos confesados, toda vez que las personas a las que el investigador privado beneficiaba siempre le parecían buenas y dignas de compasión, en contraposición a las que perjudicaba. Y, en segundo lugar, porque no se acordaba de precedente alguno en el que se hallara anclado en la duda, bien que lo intentó. Al término de su silencio pensativo, instó al pecador a rezar cinco avemarías y diez padrenuestros, y le aconsejó hacer una profunda reflexión acerca de las consecuencias de sus

actos antes de salir cada mañana de su despacho con rumbo a los misterios y a los dramas personales que le pedían resolver y atenuar. Marc Lancaster dijo mentirosamente que seguiría su consejo. Cerca del altar, se arrodilló y rezó lo prescrito sin albergar el propósito de enmienda que embellece la forma de ser y la vida de los cristianos con un arrepentimiento real. De hecho, no le interesaba adquirir la virtud de amar de manera cristiana: a todos incondicionalmente. A su juicio, había dos clases de seres humanos, los buenos y los malos, y no tenía sentido tratarlos igual.

Poco después de que obrara en poder de Marc Lancaster la información que contuvo el tacón de María, él y el sacerdote hablaron nuevamente. Esta vez no hubo una confesión, sino una distendida conversación en el despacho parroquial. En ella, mediante promesas auténticas de darle a Nicolau Fontàs mucho dinero para los niños pobres de su parroquia con tal de que tuviera a bien efectuar una traducción del hebreo larga y urgente, el detective lo convenció de que viniera a su piso de la calle del Pi esa misma tarde. A pesar de la verdad que subyacía en estas promesas, en cuanto el religioso se sentó en uno de los sofás del piso en la zona antigua de Barcelona y tuvo la mirada cortante del marido de Anika pegada a él, experimentó la sensación de que se avecinaba algo malo y de que había ido allí como un animal hacia un cepo, atraído por un cebo apetecible. Lancaster concretó los términos del trato: traduciría los textos al castellano o al catalán, siempre en su presencia, con libertad de horarios, pero con la mayor brevedad posible; en pago le daría veinticinco euros por cada una de las setecientas treinta y tres hojas. El padre Nicolau calculó el dinero total a percibir con la vista baja y moviendo los dedos. Se le antojó una fortuna, y se propuso emplearla en mitigar sufrimientos por pobreza en el barrio de Gracia. Inmediatamente después accedió con ademán de sorpresa; sus ojos, grandes y pardos, transparentaban su categoría humana, tenían esa paz de las personas buenas que Marc Lancaster percibía en los de su esposa. Con buena presencia de ánimo, el franciscano apoyó la parte superior de su obesa figura sobre un antebrazo y dijo:

—Cuando usted quiera. ¿Ahora mismo?

El investigador no pudo evitar fijarse en la elocuente expresión de Nicolau Fontàs, y debido a ello creyó que estaba pensando en las alegrías que daría a los niños de familias muy humildes con su retribución puntual. Dio por hecho que el buen ánimo del cura se trocaría en malestar nada más leyera un párrafo aterrador. Le pasó el primer montón de folios presintiendo esto y remordiéndole la conciencia por forzar a un hombre sencillo y de buen corazón a leer frases en las cuales, seguramente, se habían consignado los resultados de misiones inicuas del Mosad fuera de Israel. Seguidamente le

enseñó su despacho, cuyas dos ventanas miraban a la calle del Pi, le dijo que se sintiera como en su casa y lo invitó a comenzar. El franciscano se dio a escribir en hebreo mientras él le traía un vaso, zumo de piña y agua mineral. Dejó las bebidas y el vaso sobre la mesa, retrocedió dos metros y se quedó mirándole de pie, desde la pequeña ventana de marco antiguo que semejaba una tronera de castillo.

El presentimiento de Lancaster se vio confirmado en cosa de quince minutos, cuando repentinamente Nicolau Fontàs dio una fuerte palmada sobre la mesa. Se sentía furioso; saltaba a la vista.

—¿Qué diantres estoy traduciendo?

—Nunca manifesté que la traducción no fuera delicada —le recordó el detective, y con las manos y el gesto de su semblante pidió su comprensión.

—¿Delicada, dice? ¡Vaya eufemismo! En estas hojas se describen operaciones encubiertas del Mosad en Oriente Próximo.

—Lo sé.

—¡Lo sabe!

—El objetivo de mi investigación se reduce a sacar en claro si el Daesh es un instrumento de Israel. Convendrá conmigo que, en el caso de que estos papeles muestren una infamia así, los responsables no tienen derecho a la clemencia.

—De eso no he leído nada todavía. Sí he visto nombres de agentes que cumplen misiones e idean acciones soterradas con terribles finalidades.

Marc Lancaster, a la vez, se encogió de hombros, levantó la barbilla y contrajo los pómulos; luego dirigió una sincera mirada al sacerdote para propiciar que confiara en él.

—Le diré la verdad. No consentiré que datos de agentes del Mosad ajenos a fechorías caigan en manos de mis clientes, ni tampoco que descubran la existencia de ciertas operaciones montadas para desarticular células terroristas. Esta es la razón de que me haya preocupado de buscar un traductor íntegro. Yo le proporcionaré al enlace con ellos la información referente al patrocinio de Israel al Daesh, de existir, cosa que dudo. También le proporcionaré la información sobre misiones del Mosad que atenten contra los derechos humanos. Nada más. Lo juro.

—Lo jura… ¡Mira qué bien! ¿Qué credibilidad tiene su juramento para mí? No le conozco. No puedo hacerme una idea cierta de su honestidad.

Al investigador le pareció normal que albergara miedos y exigiera pruebas de honestidad; considerando lo leído, no era para menos. Procuró tranquilizarlo con buenos argumentos.

—¿Por qué querría yo una traducción si no estuviera en contra de que se cometan barbaridades? Remitiría a mi contratante la documentación en

hebreo y ya está.

—Se me ocurre que, tal vez, para saber el valor de lo que se halla en su posesión. Posteriormente, usted subiría el precio estipulado en consonancia a este valor.

— *Touché* . Esta sería una explicación, desde luego.

El barcelonés cogió su documento nacional de identidad de su cartera, sacó un pasaporte de un cajón, se los pasó al sacerdote y razonó:

—Le he citado en mi casa. Aquí tiene mi pasaporte y mi DNI. ¿Le daría facilidades para saber quién soy si persiguiera únicamente la mayor ganancia posible? El anonimato se desea tanto como el dinero cuando se fragua un engaño.

—Esta alegación reviste más coherencia.

—Además, le autorizo a ir a la Policía siempre que mis actos desmintieran mis palabras.

El padre torció el gesto y movió deprisa y de lado a lado su dedo índice en la mano alzada, indicando que en absoluto compartía su forma de ver esto.

—No necesito su autorización.

—Sí la necesita. Me amparan las leyes de la Iglesia: no le está permitido revelar lo escuchado en una confesión. Mi esposa se llama Anika; se casó conmigo a los dieciséis años.

El franciscano se llevó las manos a las sienes, después a la boca y, por último, las dejó caer a plomo en la mesa, como la gente aquejada de fuertes decepciones nuevas. A la sorpresa pronto se le unió un sentimiento de repulsa. Entonces se enfureció, y con la fuerza interior proveniente de esa furia, le echó en cara:

—¡Menuda jugarreta! Ha coartado mi voluntad y se ha adueñado de mis decisiones de forma desaprensiva, muy innoble, horriblemente innoble.

El detective privado bajó la vista a modo de estar violento. No obstante, ni por asomo lo estaba. En cuanto el párroco irguió la cabeza, se percató de ello, puesto que en la faz del hábil tramposo no había señal alguna de contrición.

—Admito una dosis de egoísmo en lo que he hecho. No suelo portarme así.

—Vaya atenuante más débil e irrisorio.

—Mi conducta afea nuestro acuerdo. No lo niego. ¡Pero vea el lado bueno! Dispondrá de mucho dinero, que le irá estupendamente de cara a comprar comida, ropa, juguetes… y a pagar a dentistas, ¿o no? ¿Qué sentido tiene este ardid? Otro traductor pudiera caer en la tentación de vender por su cuenta a Arabia Saudita, a Catar o a los Emiratos Árabes lo que yo omita por ética elemental. En cambio, usted jamás ensuciaría su

alma por avaricia. Sea pragmático y métase mis billetes en el bolsillo. Se lo ruego.

El acuerdo se selló, aunque no antes de que Nicolau Fontàs esbozara unas protestas enfáticamente y de que declinara su recelo —esto último sucedió poco después de que hubiera juzgado sólidos los argumentos del investigador privado—. A partir de ahí se dedicó plenamente a la traducción. Marc Lancaster no se movería de su lado. En realidad, se figuraba que esta vigilancia estaba de más. Tenía la intuición de que el sacerdote nunca comerciaría con secretos. Pero los planes estaban para seguirlos, y más valía pecar de desconfianza que de ingenuidad en trances tan serios, opinó para sí.

Entretanto el franciscano cumplía su parte del contrato verbal, Marc Lancaster se distrajo evocando a Anika. La recordaba el día que se fue de casa de su madre sin avisarlo, cuando él regresó de trabajar y vio sus maletas abiertas en la sala de estar de su piso. Entonces ella corrió a su encuentro, se puso de puntillas, lo envolvió con sus brazos y su ilusión, y exclamó: «No me apetecía esperar más». El barcelonés oía sus palabras, recibía su abrazo, veía la felicidad en su cara, revivía la vivificante emoción de ese momento… Al tiempo que se agolpaban en él estos placenteros recuerdos, se imaginó que Anika vendría al hogar sobre las ocho, poco después de que finalizaran sus clases en la Facultad de Periodismo. Se sintió muy afortunado.

Pasadas dos horas y cuarto habían quedado de manifiesto metas y operativas de trabajo criminales que indignaron tanto a Nicolau Fontàs como a Marc Lancaster. En ese punto, el clérigo, mentalmente agotado y nada sereno, dijo que se marchaba a oficiar misa a su parroquia y el detective se ofreció a acompañarlo un rato. Bajando por las escaleras de vecinos, cambiaron impresiones descalificadoras sobre las operaciones que atestiguaban la vileza de las cabezas pensantes del Mosad. Después caminaron hombro con hombro hasta una abertura de la calle, en el cruce con Portaferrisa; ahí decidieron que en lo sucesivo quedarían en el despacho parroquial de la iglesia de Sant Joan Bautista, y se despidieron con largas frases corteses, pese a que andaban cavilosos y esto hacía menguar su vigor y repercutía en su locuacidad.

Unos minutos más tarde, detrás de las Ramblas, en la calle Xuclà, el investigador tecleaba frente a la vieja pantalla de un ordenador en un locutorio regentado por paquistaníes. Era hora de constatar que María estaba sana y salva en Ucrania. Abrió el correo electrónico creado expresamente para ser utilizado por los dos durante el espionaje a Moshe Papst en Israel. Entonces la estupefacción se apoderó de él de modo

fulminante a causa de que la espía le había escrito un mensaje estremecedor. Este se asemejaba a una carta de las de antes por la extensión, por el estilo narrativo y por la manera de reflejar sus anhelos, sus tribulaciones y sus esperanzas en las líneas. Encabezaba el texto un saludo formal; tras el primer punto y parte, venían las palabras impactantes: lo que empezó siendo una relación basada en el fingimiento para hacer una copia de ficheros informáticos del Mosad había dado lugar a una relación auténtica en la que tanto Moshe Papst como ella se amaban mucho; por esta razón, se quedaba a vivir con él. Remató el escrito con una dura amenaza seguida de una amable despedida: «Olvídate de mí y yo me olvidaré de ti. Suerte». Debajo de la palabra «Suerte» había un retrato en color sepia del detective. Él consideró que estaba suficientemente bien dibujado como para que los del Mosad lo identificaran y que, de suceder esto en algún despacho de dicha agencia, agentes suyos le harían una visita sorpresa de advertencia, de esas que socavan la moral y hacen echarse atrás, o lo vendrían a matar. El dibujante y la memoria visual de María Zedorova eran excelentes, tuvo para sí. Meditó hondamente acerca de qué respuesta resultaría más conveniente, hasta abismarse. Su temperamento le pedía actuar sin miramientos, darle un escarmiento a la espía. Su parte más racional le aconsejaba contenerse, resignarse a que prolongara su romance con uno de los hombres fuertes del Mosad y digerir que una simple prostituta con cara de ángel lo había puesto contra las cuerdas. Cuando la irritación se aplacó mucho y solamente estaba disgustado, escribió: «Suerte a ti también. Deshazte de los zapatos. Y envía mi retrato por correo postal a alguien de tu confianza en tu país. No lo guardes en Israel ni en ningún ordenador. Sería peligroso para mí.

Posdata: Estás jugando con fuego. Como alguien de la agencia de tu querido Moshe llegue a saber que has pasado información clasificada, no se celebrará juicio alguno contra ti. Te secuestrarán, te torturarán y te asesinarán. Les importará un bledo que seas mujer. Tú misma».

Eliminó la cuenta de Hotmail imaginándose a María como estaría ahora: con algo de miedo y mucha felicidad.

13

La traducción avanzaba al paso que la inquietud de Marc Lancaster se intensificaba. Esta inquietud en un detective normalmente flemático estaba muy justificada. Las más de quinientas páginas ya traducidas no demostraban la culpabilidad del Mosad en la fundación o en el soporte económico al Daesh. Todo lo contrario. Ahora bien, los contenidos pertenecientes a las operaciones Medea 1 y Medea 2 hacían patentes otros hechos igual de graves: el Mosad había perpetrado muchos crímenes contra la humanidad en estas. Por un lado, con la operación Medea 1 provocó la muerte de cientos de miles de musulmanes. Sus agentes no habían empuñado las armas ni lanzado bombas o gases tóxicos en las guerras entre chiitas y sunitas. Sin embargo, habían actuado en la sombra para diferir armisticios en las citadas guerras y para alentar la discordia entre las naciones enfrentadas en ellas. Secretamente, a través de supuestos mahometanos muy religiosos y comprometidos (varones amorales sobornados por ellos) financiaban a organizaciones islámicas dadas a la radicalidad y al enfrentamiento bélico con quienes tuvieran una visión del Corán algo diferente a la suya, y en varios casos estos mismos agentes israelíes, aparte de dar esas cuantiosas contribuciones económicas a los intermediarios, les hicieron llegar dádivas de otro tipo, como armamento pesado y armas químicas. Sí, el nombre Medea resultaba sumamente indicado para la operación, por los regalos mortíferos. En cuanto a la operación Medea 2, los informes traducidos al español evidenciaban que esta no tenía lugar en países musulmanes, sino en Israel, y que se había hecho con el objetivo de mandar al cementerio a prominentes políticos hebreos de ideas muy concretas, pacifistas. Agentes del Mosad habían eliminado a prohombres israelíes que quisieron hacer valer su influencia para desmantelar la operación Medea 1 y ostentaron poder para salirse con la suya. Las víctimas se limitaban a tres. La situación más apurada se dio cuando un ministro que, por su edad avanzada, veía cercano el momento de rendir cuentas a Yahvé, experimentó remordimientos de conciencia. Había sido uno de los ideólogos e impulsores de Medea 1, y había hecho gala de mano de hierro con varias naciones del islam. Jamás le había temblado el pulso a la hora de ordenar pequeñas y grandes matanzas en Palestina, de

recrudecer la guerra entre Irán e Irak o de autorizar asesinatos selectivos de terroristas que habían jurado exterminar al «pueblo elegido», aunque estos residieran en el extranjero. Con la vejez, fuera porque esta le aportó sabiduría, le originó la propensión a hacer el bien sin distinción de etnias o lo volvió cobarde, su cólera de perro rabioso desapareció como la bruma al salir un sol radiante. Altos dirigentes del Mosad y del Ejército lo acusaron a la cara de haberse ablandado, y en conversaciones entre ellos lo tacharon de traidor para criticar que hubiera pasado de poseer la firmeza de un adalid legendario a tener tantos escrúpulos. Desde que lo tacharon de traidor hasta que maquinaron su asesinato, transcurrieron cuatro días y, desde la maquinación a su magnicidio, cinco semanas. El personal de seguridad dejó pasar a un palestino con motivos de ira a través de dos círculos de protección, gracias a lo cual disparó a quemarropa al ministro. A este agresor se le había entregado una credencial de prensa con la que superó sin problemas los controles de acceso; además, se le había indicado por qué lado de la escolta debía aproximarse al político y dispararle a bocajarro. Él no preguntó sobre la razón de esas pasmosas ayudas para asesinarlo; lo atribuyó a la intervención de Alá. Los recuerdos en blanco y negro de sus tres niños muertos bajo el fuego de los tanques de Israel (los aplastó un techo derrumbado con el temblor de explosiones) lo estimularon a pensar esto al tiempo que le hicieron cobrar un grandioso valor. Corrieron ríos de tinta en los periódicos acerca de las presumibles causas por las que un equipo de escoltas de élite había actuado con tanta incompetencia. A tenor de los artículos publicados, ningún periodista vio la mano del Mosad o de otra agencia de inteligencia en su muerte. En puridad, ninguno se atrevió a poner por escrito la sospecha común: solo mediante un complot interno, con la Inteligencia israelí planificando el atentado o, si no, haciendo de cooperador necesario en este, se explicaba que el vengador hubiera tenido a tiro al ministro a un metro escaso. Un célebre articulista incluso pensó que el homicidio tenía semejanzas con el de César en Roma.

Las otras dos víctimas de la operación Medea 2 se correspondían con dos barones con notables responsabilidades en la formación política en el Gobierno. Habían alzado la voz para censurar las tropelías cometidas en la operación Medea 1. Uno murió de un fallo cardíaco, el otro se suicidó. En realidad, el fallo cardíaco no tuvo nada de casual: tres agentes del Mosad lo sujetaron y lo amordazaron mientras un cuarto le inyectó aire en una vena. El forense que practicó la autopsia era afín a la idea de salvaguardar a los ciudadanos de Israel a toda costa, de ahí que no viera marca alguna de aguja en su brazo derecho ni rozaduras en las comisuras de los labios. En lo que respecta al «suicida», padeció muchos infortunios —la mayoría por

obra del Mosad— en poco tiempo: desdenes y marginaciones en su organización política, su hijo se enganchó a las drogas, una inspección por impuestos pendientes de pago…; con estas desgracias apesarándolo, todo el mundo se creyó que había oprimido la pistola en su sien bajo los efectos de una depresión. Falso. Agentes del Mosad pegaron el cañón del arma a su cabeza y lo «ayudaron» a dispararse.

Huelga decir que el sacerdote Nicolau Fontàs se hallaba entre asustado y aterrado. Completó la traducción, en exclusiva, por su sentido de la justicia. Con cierta ingenuidad confiaba en que en el futuro la verdad trascendería y el peso de la ley caería sobre los culpables. Marc Lancaster se mostraba mucho más escéptico; además, no consideraba que hubiera una sentencia judicial lo bastante severa para reparar el daño hecho a los adolescentes iraníes e iraquíes mandados al campo de batalla con las llaves del paraíso colgando del cuello, esos que regaron con su sangre llanuras plagadas de fragores, lamentos y gas mostaza y gas sarín. Ni siquiera tenía la esperanza de que el que los cataríes conocieran la existencia de la operación Medea 1 trajera la paz entre chiitas y sunitas de una vez por todas. La animadversión mutua se había hecho fuerte previamente a las subrepticias injerencias del Mosad. En vista de aquel pasado entreverado de desprecio y rivalidad entre musulmanes, no tenía claro que a partir de ahora se tendieran puentes para el diálogo y empezara una era de concordia. «El resentimiento ofusca la razón, la enemistad continuará», dijo con un susurro inaudible de camino a Gracia, a donde iba para prestar más material al traductor y hombre de Dios.

En el despacho parroquial, el filólogo pasó a castellano seis folios de los expedientes del Mosad sin escalonar descansos. Guardó las hojas en una carpeta, pidió tomarse un respiro y sugirió que ambos se distrajeran en una vecina taberna griega con dos vasos de vino sobre la mesa. Al marido de Anika no le pareció una mala idea.

La conversación entre Marc Lancaster y Nicolau Fontàs discurrió de forma sombría en la taberna griega. Durante esta, el sacerdote le aconsejó contactar con algún periodista cuyos artículos hubieran testimoniado su profesionalidad y valentía, para que este escribiera un artículo sobre el Mosad destinado a sacudir a los lectores de cualquier ideología, así como a ser una de las noticias del año. El detective estuvo completamente de acuerdo, de modo que dijo que se informaría de qué reportero en *Der Spiegel* tenía prestigio bien ganado y fama de atrevido, y cruzaría los dedos para que los redactores le diesen el visto bueno a publicar la historia de atrocidades. Al punto anticipó al franciscano que, primero, haría entrega al emisario catarí de un buen número de páginas de las traducciones de las

dos operaciones Medea y que, con posterioridad, tan pronto como hubiera conseguido la complicidad del reportero del semanario alemán, le enviaría a este reportero por correo electrónico las traducciones y los originales escaneados de Medea 1 y Medea 2 junto con los de otras operaciones del Mosad horripilantes, repudiables, contrarias a las convenciones internacionales sobre derechos humanos. Finalmente, Lancaster le aseveró con énfasis, como queriéndole convencer de que no lo engañaba, que lo que diera en mano a Ayman Fazeli y el material sensible que mandase al periodista tendrían algo en común: en los dos no aparecerían por ninguna parte las misiones hechas con miras a destruir organizaciones terroristas como Al-Qaeda ni nombres de agentes intervinientes en ellas, así que estos no quedarían expuestos por su denuncia. Nicolau asintió en señal de aprobación, apuró el vaso de vino tinto, se comprometió a tener terminada la traducción lo antes posible y manifestó al detective privado que subrayaría en la versión en hebreo los párrafos que él marcara en el texto en castellano (los pertenecientes a las operaciones legítimas). También le manifestó que hacía lo correcto al no compartir todo lo conseguido en el espionaje, que se regía por un criterio justo. Al instante, el religioso se quedó en silencio y contempló a través del hueco de la puerta abierta del restaurante cómo la luz vespertina cambiaba de color, del azul turquesa al oscuro. Le pidió perdón a Dios por estar continuamente deseando que el asaz molesto investigador jamás hubiera puesto los pies en su iglesia, ya que en esa traducción veía la semilla de un escándalo con el que se erradicarían algunas violencias de la Tierra. «Un cristiano no elude sus obligaciones ni es remiso a implicarse en las buenas obras, aun cuando le acarreen inseguridad y quebraderos de cabeza», se reprochó de pensamiento. Después, con la vista clavada en la calle, evocó las carrozas, los camiones y los caballos desfilando por la calzada en la festividad de san Medín, y los niños, presos del entusiasmo, arremolinándose a su alrededor y agachándose a coger los caramelos del suelo lanzados desde la caravana en dirección a las sonrisas pueriles.

Lancaster se absortó pensando en otra clase de cosas menos gratas. Principalmente en la posibilidad de que, por culpa de este caso, Anika sufriera un daño colateral. Se alarmó. A la postre decidió, con buen juicio, conservar el anonimato y extremar las precauciones. Como no podía ser de otro modo, de seguido sopesó de qué forma conservaría el anonimato con sus clientes árabes. Lo cierto era que no dependía por completo de sí mismo para lograr esto. Su contratante, el catarí de modales exquisitos, podría contárselo todo a sus superiores: el Mosad azuzaba las disputas entre musulmanes desde hacía décadas, el investigador que había descubierto

estos manejos y engaños del Mosad se llamaba Marc Lancaster, los Servicios de Inteligencia de los árabes habían fallado gravemente al no advertir cómo y cuándo los sucesivos gobiernos de Israel enfrentaban entre sí a los fieles a Alá… En tal supuesto, él y Anika estarían en peligro, puesto que si estos potentados se decantaban por no hacer nada para rebajar la aversión hacia los chiitas, quizá supondrían que quedaban en muy mal lugar ante el mundo musulmán. Bueno, en rigor, quedaban en muy mal lugar siempre y cuando trascendiera que Israel había hecho lo inimaginable por prolongar y agudizar esa aversión inveterada y que ellos, después de haberse enterado de su estrategia, no la habían hecho pública, con lo cual habían consentido la continuidad de las luchas fratricidas en las tierras del islam. Quitando de en medio al detective privado contratado por Ayman Fazeli resolvían el problema, dedujo Lancaster. Concluyó que él y Anika no estarían seguros hasta que *Der Spiegel* publicara la noticia.

14

Barcelona, unas semanas más tarde, 24 de agosto

Ayman Fazeli y Marc Lancaster se encontraron en el paseo de Gracia un cuarto de hora antes de la hora convenida, se saludaron afablemente y tomaron asiento en un banco de piedra recubierto de cerámica blanquecina desde el cual se abría una perspectiva ideal para recrearse admirando la Casa Batlló. Ninguna terraza o comedor de la zona tenía las mesas lo bastante separadas para que conversaran sin temor a ser escuchados acerca de los hechos asombrosos que había arrojado el examen de los documentos del Mosad, de manera que aquel banco frente al edificio de Gaudí con un dragón multicolor encaramado a su tejado les pareció más apropiado para hablar abiertamente. En verdad el sitio escogido se avenía con la prudencia, pues el tráfico en la carretera que mediaba entre el embelesador edificio con la bestia en la cúspide y ellos amortecía las conversaciones, las reducía a ruiditos ininteligibles. El catarí miró a izquierda y derecha, consideró estar en un lugar inmejorable para sincerarse y admitió:

—Los empresarios que me apremiaron a contratar a un detective se hallan muy decaídos. El deterioro de su ánimo está motivado por haber tenido conocimiento de la operación Medea 1 y de qué personas han fundado el Daesh.

—¿Qué medidas dispondrán?

—No me atrevo a afirmar si habrá inacción o bien negociaciones para revertir los conflictos y poner fin a las guerras entre chiitas y sunitas que asolan la civilización islámica.

—¿Usted cómo actuaría?

—Yo me entregaría a la venganza contra Israel. Paralelamente, emprendería iniciativas encaminadas a forjar la paz entre los musulmanes.

—Lo segundo se me antoja urgente.

Ayman Fazeli asintió con su cara prieta por la frustración y los ojos empañados de pena, y aclaró con su persuasiva voz de joven ilustrado:

—La soberbia y los intereses personales son la brida de la justicia. Durante lustros, las élites de Catar se han vanagloriado de su animosidad hacia Irán y los países chiitas en general. Ahora les duele asumir que su

beligerancia, así como su intransigencia, eran bendecidas y potenciadas por Israel. Auguro que habrá mejores relaciones entre Catar e Irán en breve, por mucho que a Arabia Saudita le moleste.

—¿Minarán el poderío del Daesh? ¿Cabe esperar intervenciones inminentes? Alguna cosa harán, ¿no?

—Se han tomado represalias discretamente. Los contados cataríes que han favorecido al Daesh ya han sido apartados de las esferas de poder. Y se les ha advertido seriamente de que, de producirse nuevos obsequios o transferencias de dinero a los desalmados del Ejército de la bandera negra, por pequeños que fueren, se cursarán órdenes de detención.

—¿Por qué no se les ha detenido ya?

—Estamos hablando de personalidades muy ricas e influyentes. Sus encarcelamientos desencadenarían el caos en mi país. Tienen partidarios acérrimos, que se darían prisa en promover la agitación. Ni yo ni mis jefes deseamos que se den las condiciones en las que pudiera estallar una guerra civil. La idea de esta catástrofe cerniéndose sobre nuestros compatriotas nos horroriza.

—Entiendo.

—No. No lo entiende. Así que me hago cargo de que juzgue poco valientes y decepcionantes esas medidas, tan moderadas, de los jerarcas en cuyo nombre hablo. Más actuaciones contra el Daesh: también se están realizando gestiones a muy alto nivel para cortar la financiación que les viene de Arabia Saudita. En pocos días dejará de recibir donaciones de los árabes saudíes. Ahora bien, el mal ya está hecho. El Daesh es autosuficiente a día de hoy. Los Servicios de Inteligencia de Catar están seguros de que, con los yacimientos petrolíferos y otros recursos naturales bajo su control en el territorio del califato, ingresan e ingresarán sobrado dinero para alargar su funesta existencia. Al margen de explotar el subsuelo, han implantado impuestos y han saqueado varios bancos. Y, encima, a la luz de su hallazgo, si perdieran estas fuentes de ingresos, los políticos israelíes verían con buenos ojos inyectar dólares a su aparato económico.

—En determinadas circunstancias.

—Sí, en determinadas circunstancias: cuando el Daesh empiece a agonizar.

—Hay voces en el Mosad en contra de «ver y esperar». Temen que todo sea un truco magnífico de Arabia Saudita.

—Sí. Leí con especial atención el apartado en que están expuestos estos temores. Algunos de los dirigentes del Mosad no excluyen la posibilidad de que haya un canje: el Daesh por armas nucleares. Tal teoría no ha cogido fuerza entre los israelíes. Para nada me extraña. Personalmente, la estimo

incorrecta.

—Pensamos distinto entonces. ¡Pero qué sabré yo! No soy más que un humilde detective.

—¿Qué presume?

—Arabia Saudita formó el Daesh para vender a sus integrantes a cambio de algo: como una autorización de tener armas nucleares o un boicot de Occidente a Irán, y me inclinó por lo segundo. No obstante, no sé si la jugada le saldrá bien. ¿Han alertado a las personas marcadas con una cruz en la operación Medea 1?

—Nos hemos movido muy rápido en esto. Están protegidas; menos una —garantizó Fazeli.

—¿Cómo es eso?

—Uno de los nombres es falso; con toda seguridad, se trata de uno en clave, un alias.

—¿Cuál?

—Iraj Faghani.

—Iraj Faghani… uno de los doce personajes públicos que salen en la fase de ampliación de la operación Medea 1: los atentados o conjuras para quitar de en medio a intelectuales y periodistas.

—El número nueve en la lista, un escritor iraní. Aún no hemos arrojado la toalla: también se ha puesto protección a los escritores, profesores de universidad y periodistas que más coinciden con la descripción de Iraj Faghani. ¡Que Alá nos dé la inteligencia para preservarlos indemnes! Hay otra cuestión de la que debo hablarle. Mis jefes piensan que nos ha facilitado una información incompleta.

—No he separado expedientes de las operaciones Medea y los he guardado en un cajón. Se lo prometo.

—Le creo. Dicho esto, abrigo fuertes sospechas de que ha suprimido datos. Seré más preciso: en las copias de los documentos no figuraban todas las operaciones del Mosad supervisadas por Moshe Papst. ¡Nos interesa conocerlas!

—Me pagaron por averiguar la hipotética participación del Mosad en la formación del Daesh.

—Cierto.

—Yo he cumplido con creces. Además, en la documentación sí estaban los datos de las operaciones Medea 1 y 2, y no he pedido un suplemento por ello.

—Cierto.

—He averiguado lo que se me encargó y más. Y tengo su compromiso de jamás desvelar mi identidad a sus compatriotas.

—También es cierto.

—¿Romperá su juramento si le presionan mucho?

—De ningún modo. No contemplo traicionar su confianza ni mis principios. Tampoco pretendo amedrentarlo, solamente aspiro a tentarlo con muchísimo dinero.

—Mi contestación es no. Absténgase de tentarme con una cifra, se lo ruego.

—La oferta no es mía, traslado la de otros. Les comunicaré su negativa. No sufra; tiene delante de usted a un hombre de palabra.

—Por favor, añada la prevención a la lealtad. Me tranquilizaría escucharle decir que actuará impecablemente en lo concerniente a que nadie sepa quién soy. Elimine de sus ordenadores, archivos, teléfonos, notas… cualquier cosa que lo relacione conmigo. La curiosidad de sus socios, a lo mejor, se traducirá en tenacidad y en actos de audacia, como allanar su vivienda.

—Sus temores carecen de base. Adopté estas precauciones desde el primer día. Me fío plenamente de mis hermanos cataríes, pero no del demonio que puede poseerlos momentáneamente y enturbiar su sentido del bien y del mal.

—Entonces, rezaré para que nunca lo torturen.

—Soy hijo de personas intocables en Catar, lo cual tiene sus ventajas, ventajas permanentes.

—Luego no le apretarán las tuercas. Me congratula saberlo.

Ayman Fazeli no se impidió reír. Luego dijo:

—No lo dudo.

—Cuando hablamos en el parque Güell, ya me figuré que usted no era un mero emisario, sino uno de los clientes. ¿Es así? ¿Ha estado haciéndose pasar por un subordinado?

El árabe lo miró con simpatía, mas evadió estas preguntas. Recobró enseguida la gravedad que lo caracterizaba ese día, se alzó hasta estar de pie y del todo recto, dio dos pasitos con lentitud hacia la Casa Batlló. La contempló como arrebatándose, si bien, en realidad, estaba reflexionando. Se giró hacia el detective a ritmo de aparente pereza por efecto de estar todavía pensando, reposó su mirada en él y comentó:

—Se vislumbran horizontes más felices para el islam.

A continuación Fazeli recitó en árabe un fragmento del Corán para consolidar su precario optimismo y expresó una opinión:

—«Quienes sean piadosos tendrán junto a su Señor jardines en que corren los ríos; en ellos vivirán eternamente, teniendo esposas puras y la satisfacción de Dios». A propósito del demonio, ha renunciado a un talón

por el que muchos le venderían su alma.

—¿Qué le hace pensar que querría comprar mi alma? Soy muy problemático. Tenerme en el infierno supondría un tormento para él, siempre le tocaría estar pendiente de que no organizara una insurrección.

En el semblante de Ayman Fazeli se trazó una sonrisa de fanático, una de esas que no nacen de la alegría, lo cual alarmó al detective. Coligió que el catarí perseveraría en tentarlo.

—Doscientos mil dólares aquí y ahora por los documentos del Mosad excluidos en la entrega. No repetiré la oferta; jamás volveremos a hablar de esto. ¿Qué dice?

Lancaster movió la cabeza con levedad para declinar la estupenda oferta. Ayman Fazeli lo observó con mirada inquisitiva y continuó hablando:

—Se ha desatado una plaga terrible; está diezmando a los científicos iraníes especializados en energía nuclear. Por lo que ha leído, ¿le da que algún científico catarí de esta rama también sufrirá agresiones mortales? Le pido una respuesta clara… como un favor personal. Uno de mis tíos despunta en el campo de la física.

—Hasta donde yo sé, los científicos de su país no están en el punto de mira del Mosad.

Ayman Fazeli hizo un gesto de aprobación, seguidamente adelantó su brazo al tiempo que se sosegaba y su faz se tornaba relajada, estrechó la mano de Lancaster, se despidió de él diciendo: «Buena suerte» y se fue. El detective, aún sentado, lo vio confundirse con viandantes de la bulliciosa acera. Le vino a la mente un pensamiento: debió haberle preguntado una vez más si estaba a salvo.

Marc Lancaster estacionó su coche en las inmediaciones de los hoteles económicos de Tossa. La noche empezaba a extender su manto, añilando el bonito castillo y las callejuelas empedradas, estrechas, sin líneas rectas largas, con aroma a mar y a alegría; solo quedaba luz intensa en una franja de claridad en el horizonte y en las nubes pegadas a este.

Consideró que le hacía falta meditar un rato antes de ir a ver a Anika. No era para extrañarse, habida cuenta de que estaban acumulándose en su mente interrogantes e incertidumbres de los dos casos, así como de su vida privada: ¿por qué había un nombre falso en la documentación del Mosad de la operación Medea 1?, ¿por qué solo uno?, ¿los socios o contratantes de Ayman Fazeli se las ingeniarían para descubrir su identidad a pesar de que el árabe no cediera a las presiones (con preguntar a las fuentes policiales de Fazeli qué detective o detectives privados le habían recomendado, bastaría para escuchar su nombre)?, ¿sabían estos cataríes ricos en qué despachos

policiales tenían que llamar a la puerta para descubrirla? (el barcelonés esperaba que no), ¿alguien listo del Mosad acabaría sospechando de María? (también deseaba que no), ¿dónde estaba viviendo Raimon Llopart? y ¿o había muerto? El marido de Anika había realizado cuatro viajes a Valencia y había investigado más de quince días allí sobre el terreno. Inútilmente, seguía ignorando lo que le había pasado a Raimon desde que el 22 de febrero ayudara a preparar los desayunos a las cocineras del comedor social y jugara al dominó con tres vagabundos. Tampoco había averiguado nada del hombre melifluo y bien trajeado que habló con su madre para ofrecer gentilmente un trabajo al esquizofrénico. «¿Quién es?, ¿tiene algo que ver en su desaparición?», se interrogó a continuación. Paseó por pétreas calles dentro del castillo tratando de encontrar respuestas a todas estas preguntas. Luego se sentó en el suelo entre cañones instalados sobre el escarpado acantilado y atisbó los dibujos de las playas que se escalonan hacia Francia con la intención de adquirir inspiración y frescura mental, hasta que su vista ya no alcanzó a distinguir dónde el mar se introducía en la tierra.

Una ola de noche rebasó a las del mar e inundó el pueblo. Entonces el detective adquirió la frescura mental adecuada para discurrir, así que empezó a revisar mentalmente lo efectuado hasta la fecha en la investigación de Raimon Llopart y procuró definir lo pendiente. No encontrar fallos, olvidos ni cosas hechas a medias para ahorrar tiempo lo desesperó un poco. Aquella desesperación, seguramente, propició sus pensamientos sobre el estado emocional de Anika. Se preguntó si había superado definitivamente los ataques de angustia que la abocaban a autolesionarse. En este punto sintió una fuerte necesidad de verla.

Se levantó muy deprisa y se dirigió raudamente a ese bar en el que ella seguía cantando, algunos viernes, canciones de Billie Holiday y de otras estrellas del *soul,* así como baladas de grupos de *rock* . Inicialmente, las había aprendido para tocarlas ante su marido en la intimidad del hogar, para entretenerlo. Él tardó unas semanas en hacerle creer que era muy buena intérprete y que haría bien en cantar en público, cosa que logró a fuerza de contradecirla con cariño y de insistencia. A los dos días de ser convencida, se llevó su guitarra a cuestas y se aventuró a hacer pruebas en algunos bares de Barcelona y de Tossa. La cogieron en un *pub* nada glamuroso del Pueblo Nuevo, en una coctelería lujosa del Ensanche y en este diminuto bar coqueto del pueblecito de la Costa Brava. Al parecer de Marc Lancaster, cuando de sus labios surgían canciones de *soul* , su voz resultaba emocionante y en su rostro afloraba la gran dicha que tenía en la actual etapa dulce de su vida, en especial, desde que Mario y él se relacionaban, y distintamente, siempre que cantaba letras de Vladimir Vysotsky en casa se

advertía en ella un resto de amargura, esa misma que fue muy intensa en su infancia y pervivió a lo largo de su adolescencia hasta que él le manifestó su amor y la puso en contacto con su padre. Verdaderamente, el detective se figuraba que la nueva Anika disfrutaba de una gran felicidad, pero que, aun así, retenía una parte de ese veneno, la amargura que la había hecho llorar tan a menudo de niña. Por ello, él se impresionaba cada vez que la escuchaba interpretar «Caballos caprichosos» del cantautor ruso; lo atravesaba la impresión de que, al cantarla, trataba de eliminar aquel resto de veneno y era consciente de no estar consiguiéndolo. Además, él especulaba para sí que, tal vez, ansiaba eliminarlo por su ilusión de ser una buena madre, pues le horrorizaría pensar en la posibilidad de transmitirlo a sus hijos.

El barcelonés se dejó caer en una silla del bar. Su amor estaba cantando «Through the Barricades» de Spandau Ballet. Observó su rostro para asegurarse de que estaba completamente curada de sus males. Mas sus males seguían allí, temporalmente vencidos por la felicidad, esperando a tener una oportunidad de imponerse. Lo percibió con claridad. Lancaster volvió a sufrir por la desesperación.

15

Teherán, 15 de noviembre del 2014

Flotaba un aroma floral en el aire cuando Yasmine Handal franqueó el portal de entrada del Ministerio de Cultura. Era la quinta vez que la citaban para comprobar que sus poemas —incautados por orden de los censores a las tres semanas de haber salido a la venta—, así como su dramaturgia, no representaban una ofensa a Dios y a los hombres.

Tras tres cuartos de hora de tensa espera, sus pasos débiles, de inseguridad, la llevaron al despacho utilizado como sala de interrogatorios en las cuestiones menores. Un policía malcarado y espigado la precedía. Este mismo agente anunció su llegada con voz grave a Rasul Assad, el funcionario al que se había adjudicado el procedimiento abierto contra ella, la hizo pasar y cerró la puerta, dejando tras de sí un silencio de cárcel de régimen represivo, de esos que infunden temor. El censor de treinta y dos años, antiguo miembro de la Policía Moral (la Gasht-e Ershad), sapiente en muchas materias, alto, algo grueso, moreno y de ojos intranquilos pero amables no dijo nada en un primer momento. Yasmine dio por sentado que su falta de saludo suponía un signo de aborrecimiento hacia ella y hacia todos quienes tenían espíritus inconformistas. En unos segundos, la escritora habló con recato:

—Que Alá esté con usted; se lo deseo de corazón, palabra y pensamiento. ¿Puedo sentarme?

Rasul Assad alargó el brazo hacia la silla de los comparecientes de turno. La observó una vez que ella se hubo sentado y juntado los antebrazos sobre la tela de su fucsia falda. Le convenía situar las manos ahí abajo, tapadas por la mesa, ya que estas se retorcían de preocupación, una preocupación rayana al miedo, una preocupación que pudiera tomarse por un signo de culpabilidad o de arrepentimiento tardío de pecadora.

—La máxima autoridad de mi departamento también ha prohibido que se publiquen y representen sus obras de teatro. Se trata de una decisión irrevocable, definitiva. Actualmente, estamos deliberando si necesita reeducación o es capaz de tomar la senda buena por sí misma.

Rasul Assad se inclinó hacia delante bajo el rayo de luz acaramelada que

atravesaba la ventana oblicuamente y se deshilachaba en el tablero de la mesa, intentó aparentar la severidad tan propia de él, que siempre moría en cuanto Yasmine Handal estaba delante de sí o en sus pensamientos, y la miró fijamente a la cara. La vio tal como era, bondadosa, leal y rebelde, mientras en sus femeninos ojos de azabache se imponía la timidez. En aquellos instantes, él se la imaginó de niña paseando por la finca agrícola de sus abuelos en Ostad en una puesta de sol, con la púrpura luz cubriéndole la figura. En realidad, no le hacía falta mirar a su amada para conocer hasta el último detalle de su aspecto físico. La había hecho aparecer tantas veces dentro de los tenues resplandores de las velas de su hogar con motivo de tenerla muy cerca y contemplarla, que habría podido describirlo pormenorizadamente con los párpados bajados. Sabía que sus facciones armoniosas le daban hermosura en cualquier estado de ánimo; sabía que, ante la intimidatoria presencia de censores, en sus negros ojos se escondía mal una gran dulzura; sabía que sus delgadas cejas recordaban las de una niña; sabía que sus labios estaban deseando amar… Solamente le restaba por saber cómo era su sonrisa y la longitud de su lacio cabello al llevarlo suelto, por cuanto siempre lo tenía tapado con el *hiyab* fuera de su casa y sus sonrisas estaban reñidas con su miedo. Sin embargo, Rasul a menudo las había visualizado debido a que, a la vera las velas encendidas de su dormitorio, Yasmine permanecía con una sonrisa adornando su rostro y con su opulenta melena abierta; así que, en cierta manera, cuanto ignoraba del aspecto físico de esta joven idealista de veinticinco marzos se reducía a que sus ojos brillaban cuando se apasionaba o estaba feliz, lo cual normalmente pasaba al componer sus poemas más alegres o al evocar algo grato y memorable. Todavía callado, se fijó en lo único diferente en ella desde que estuvieron cara a cara en ese despacho por primera vez, cuatro semanas atrás: su serenidad había desaparecido por el temor constante a que la recluyeran en una prisión bajo acusación de indecencia o por falta de respeto al Corán. El censor no pudo por menos que lamentar vivamente que ella estuviera sufriendo tanto.

—¿Por qué desafías a los mulás? ¿A qué viene tu comportamiento? Te ha perjudicado.

—Yo no he desafiado a nadie. Solamente he escrito poesía.

—Una poesía en cuyos versos denominas musulmanes de principios morales pobres a quienes conciertan matrimonios. ¿Son musulmanes de principios morales pobres los mulás, los padres y las madres que buscan lo mejor para sus hijos, que se preocupan de que se unan en matrimonio a un esposo o a una esposa intachable?

—¿Alá es amor?

—Es el origen del amor verdadero, como la lluvia y la nieve lo son de los ríos.

—Si Alá es el origen del amor, ¿por qué va a desagradarle que los jóvenes escojamos a nuestras parejas libremente, que vivamos sintiendo amor?

—Malinterpretas todo. Los padres devotos no escogen a las parejas de sus hijos, escogen a los aspirantes a pareja, por el bien de ellos, que son quienes tienen la última palabra. Como sigas malinterpretando las cosas y plasmando tus opiniones hirientes en papel, los de arriba me pedirán que te ponga en tu sitio, que te imponga una sanción. Serás castigada con dureza.

A Yasmine la oprimían más que nunca sus pensamientos acerca de una condena de prisión. Se temió que la suerte estaba echada, pues no iba a cambiar ni a dar su brazo a torcer, a rebajarse a ofrecer una rendición total.

—¿Usted se considera puro?

—Nunca me precio de serlo. Sin embargo, sí me considero un hombre puro que trata de ser más noble cada día, de vivir con sencillez, de ser austero, de rehuir las tentaciones…

—Entonces, no tengo por qué inquietarme. «Leve es la venganza que llevan a cabo unas manos puras».

—Citar a los clásicos no te va a ayudar. Tus simpatías por los autores infieles son parte del problema, no de la solución. Se piensa por aquí que abrazas los argumentos de los impíos. Me disgustaría en extremo cursar una orden de encarcelamiento para ti. Los de arriba me obligarían, y nada podría hacer por disuadirlos.

La capa de calma falsa con la que Rasul ocultaba eficazmente su enamoramiento se resquebrajó un poco. Había pequeñas grietas en sus pómulos prominentes, en sus iris caobas, en sus labios y en ceño. Y detrás de ellas se entreveía su amor por la escritora. Ella no lo advirtió, ya que había cerrado los ojos para acordarse de un fragmento del Corán que le fuera favorable en su aprieto.

—Les está terminantemente prohibido castigarme. Nadie, aparte de Alá, está legitimado a hacerlo. El Elegido dejó constancia de ello en el Corán, al igual que de su misericordia: «Quien de vosotros haga un mal por ignorancia, luego vuelva de su error y se reforme, será perdonado, pues Él es indulgente, misericordioso».

—Azora VI: Los rebaños.

—Él me castigará por lo que he escrito y por las faltas cometidas por mi mal entendimiento. Señor Assad… cada vez que dos personas se aman, Dios piensa que no se equivocó al crearnos.

16

El padre de Rasul Assad, Alí, entró en desesperación cuando este se armó de valor y rompió su compromiso con la novia propuesta por la familia. Desde un principio, Alí Assad supuso, pese a la ausencia de justificaciones, que Rasul se había enamorado de otra mujer y que por eso actuaba de forma contraria a los deseos de él, de su madre y de otros parientes garantes de los valores tradicionales. El patriarca se animó a sí mismo diciéndose que este amor se enfriaría con el tiempo, con lo cual su hijo recuperaría su actitud de total obediencia. Cada tarde que los dos coincidían en el hogar, Alí alababa las virtudes de la joven humillada por la inesperada postergación y hacía hincapié en que tuviera confianza en su criterio de viejo. En algunos de estos diálogos, que semejaban monólogos (Alí Assad hablaba casi todo el rato), además, ese cabeza de familia se reafirmaba en su punto de vista, basado en la experiencia, mediante una predicción triste: el enamoramiento acaba por desvanecerse, y entonces sigue habiendo una larga vida por delante. Seguidamente se explayaba en explicarle a su primogénito que, a partir de ese momento en que terminara el enamoramiento, sería más grato vivir los años venideros con una esposa casta, piadosa y ejemplar elegida con la cabeza que con una con muchos defectos elegida bajo el influjo de las pasiones. En una de aquellas tardes en que Rasul Assad escuchaba las observaciones odiosas de su padre y se resistía con educación a los propósitos de la familia, replicó con énfasis, osadamente y sin ahuyentar de su cara sus fuertes sentimientos por Yasmine:

—La amaré siempre, padre. Y de tener tú razón, de terminarse este amor para mi mal, ¿acaso no me quedaría el fantástico recuerdo de los días felices pasados con ella?

Alí Assad había subestimado la fuerza del amor de su hijo; le costaría más de lo que esperaba que flaqueara su empeño por casarse con su predilecta. Ahora lo entendía. El patriarca abrió el balcón, anduvo entre el frío viniente de los imponentes montes Elburz, apoyó las manos en el barandal. Elevó la vista hacia los níveos picos que arañaban el cielo, de tonalidad de ópalo azul, y cargó la consideración en si estaba cometiendo una injusticia al sugerir a Rasul anteponer la racionalidad a la pasión. No quería abusar de

su posición; lo abatía enfrentarse a la posibilidad de que terminara por amargarle la vida al imponerle su lógica y sus recetas para devenir modélico a la par que dichoso. Por este motivo, se dio a reflexionar y trajo a la memoria la felicidad de sus conocidos que se habían dejado asesorar por los padres a la hora de escoger al cónyuge. En apariencia, sus matrimonios eran afortunados, como el suyo. Ni una discusión subida de tono empañaba el esplendor de esas familias. Llegó a la conclusión de que, de sucumbir su vástago a la tentación del placer del momento, se vería privado de la ventura permanente, así que se imponía insistir, ilustrarlo. De inmediato abandonó el balcón y se detuvo frente a él.

—Sí, te quedaría el recuerdo de los días felices. La otra cara de la moneda es que vivirías con una esposa a la que ni amas ni admiras y que carece de las cualidades de una mujer excepcional como la que has rechazado cual un desaprensivo. ¿Eres consciente de la magnitud de tu error? Recapacita.

—Yo admiro a Yasmine, padre.

—Al fin sé su nombre. Es lo único bueno de esta conversación.

Alí Assad se volvió hacia la luz azafranada y lila, en forma de estela, que se marchaba a Occidente con el día, quedando de espaldas al enamorado que no atendía a razones. Resopló, retrocedió hasta estar nuevamente en frente de él y, contrariado, inquirió en tono quejumbroso:

—Bien, dime, ¿qué virtudes dignas de admiración atesora Yasmine?

—Es valiente, sincera y cuando mira a alguien sabe ver su interior.

—¿Cómo os conocisteis?

El joven se apartó de su progenitor dando pequeños pasos nerviosos, describiendo curvas, penetrado de vergüenza; una marca de estar pasándolo mal se pintó en su faz. Finalmente, le desveló:

—Nos conocimos en el trabajo.

—¿Es una funcionaria del Estado, entonces?

—No. La interrogué.

—¡Qué! ¿Se la investigó por blasfemia? ¿Me estás diciendo eso?

Rasul fue hasta el escandalizado cabeza de familia y posó una mano en su torso un par de segundos. La tristeza frunció los labios del funcionario y sus ojos se volvieron inteligentes y desanimados, igual que cuando últimamente efectuaba interrogatorios a los señalados por censores temibles.

—No compareció por blasfemia. A raíz de sus estudios en Filología, leyó a autores extranjeros poco recomendables.

—El mal gusto literario no conlleva citaciones para declarar.

—No, claro que no. También traduce lenguas antiguas y escribe. Sus escritos han airado a algunos mulás.

—¿Qué escribe? —preguntó Alí Assad en tono imperativo, inusitadamente arisco.

—Poesía, novela y teatro. Se halla en entredicho porque en algunas de sus composiciones literarias reivindica cosas que atentan contra nuestras costumbres. El jefe de mi departamento ha prohibido escenificar sus piezas de teatro, y anteriormente hizo requisar sus libros de poesía de las librerías.

—¿Qué reivindica? —interpeló aún desprendiendo una voz apremiante y hosca.

—El amor debe primar sobre la obediencia. La forma adecuada de portarnos en la vida no es otra que dejarnos llevar por la ternura y los sueños. Ella no es mala; al contrario. Lo que sucede es que una parte de sus párrafos se presta a equívocos, a las peores lecturas. Algunos mulás y censores han creído distinguir en ellos incitaciones veladas a vulnerar preceptos del islam.

—Incitaciones.

—En cuanto se despoje de esta ambigüedad, se levantará el veto a su literatura.

—Rasul, tráeme sus libros prohibidos. Voy a formarme mi propio juicio sobre tu amada. Dirimiré si es la ambigüedad o la perversión lo que hace censurables sus obras. Y como detecte perversión, renunciarás a ella, te postrarás ante Haiat, le pedirás perdón y le implorarás que te acepte como marido. Te lo ordeno.

—Sí, padre.

Rasul Assad no le dijo la verdad. No obstante, no de modo deliberado, consciente. También se estaba mintiendo a sí mismo. Por unos instantes pensó acatar sus designios por importunos y penosos que fueren.

En la tarde siguiente, cuando Alí Assad leía dos de esos ejemplares confiscados, concebía antipatía por Yasmine y daba por merecida su aura de autora maldita, Rasul ya sabía que la eventual oposición de él no le impediría pedir su mano.

17

Una noche de enero gélida, inhóspita, con el viento silbando en cada esquina y encorvando los cuerpos de los viandantes. Por las calles del sur de Teherán, un veinteañero despechado llamado Behdad Haddadi vagaba dominado por la pena y sin ilusiones en su vida debido a que estaba tomando conciencia del desvanecimiento de un futuro imaginado que le reservaba una felicidad plena. Se había declarado con fervor a Yasmine en tres ocasiones, y en las tres la joven había rehusado unirse en matrimonio. En las dos primeras, la artista se esmeró por ser cortés y deferente: manifestó sentirse honrada de que hubiera pensado en ella como esposa y madre de sus hijos. De seguido añadió que, al no amarlo, no debía decirle un sí —ciertamente, lo miraba y veía al compañero de facultad de su primo por quien nunca sintió nada, salvo bienquerencia—. Por último, expresó su deseo de que encontrara una mujer fenomenal y reiteró querer su felicidad, pero en los brazos de otra. La tercera pedida de mano resultó más violenta. En esta, Yasmine no concibió que, después de haber sido tan clara, Behdad ni por asomo se desnudara de sus ambiciones imposibles. Por tanto, ella no exhibió de nuevo delicadeza para suavizar un poco el dolor inherente al rechazo: chilló un «no» rotundo, áspero y formuló una reprensión. El pretendiente se encontró mal, muy disgustado. De hecho, se figuró que era el hombre más desgraciado de Irán. El éxito en su trabajo (lo habían nombrado teniente de Policía con veintiocho años recién cumplidos), su envidiable estatus económico (único heredero de una familia acomodada) y su aparente buena mano para los negocios (amasaba dinero por inversiones que jamás reveló) en absoluto contrarrestaron los efectos emocionales de la negativa de Yasmine. Ante esta aflictiva situación personal, Behdad Haddadi pidió una semana de vacaciones con la idea de emplearla en derrumbar la resistencia de la artista, en hacerle entender la conveniencia de contraer nupcias con un joven rico dado a idolatrarla. Además, así evitaría borracheras y resacas y, por ende, que algún competidor en el Departamento contra la Corrupción de la Policía de Teherán pensara que encontraba alivio a sus males en el alcohol y lo acusara de cometer este pecado, poniéndolo en el disparadero.

Volvamos a esa gélida noche de invierno en la que el teniente Haddadi

vagaba dominado por la pena. De repente, él expulsó de su ser el amor propio y el sentimiento de vergüenza, y se resolvió a declarase por cuarta vez. Tiró hacia la vivienda de los Handal dando rápidas zancadas.

Pasada media hora, por medio de agarrones, lo detuvo en la puerta de la morada de Yasmine el padre de ella, un norteño maduro, ecuánime, dialogante, cariñoso con su familia, de urbanidad acendrada, carácter firme, voz argentada, constitución delgada y ojos sufridores por los líos en que se metía su niña. El policía proclamó nuevamente su amor, deseoso de que aconteciera un milagro: que los afectos de la escritora cambiasen por su persistencia. Ella, detrás de su padre en el vano de la puerta, se sentía protegida por su custodia perfecta, así que no se reprimió. Enhestó totalmente la espalda, culminó su pose de determinación levantando la frente, cruzó los brazos y, con claro desdén, abundó en la opinión de este: debía marcharse en el acto, aceptar su decisión, cesar de lloriquear como un niñato consentido y no empecinarse más en rondarla.

Behdad Haddadi no obró conforme a este requerimiento razonable ni tampoco conforme a las buenas maneras y al sentido común. Trató de arrojarse a Yasmine, extender sus brazos alrededor de su cintura y decirle requiebros. El señor Handal, ahora fuera de sí, le conectó un puñetazo en la boca, lo cogió del cuello, lo empujó hasta la semioscuridad de la escalera. Dio un portazo sonoro, cerró con llave y profirió una maldición a viva voz, seguida de un rosario de insultos emitidos con voz mortecina. El joven desprovisto de amor propio y de decoro aporreó la puerta mientras suplicaba a Yasmine que sus sentimientos mudaran, que el amor sustituyera a la indiferencia.

El teniente no se vio a sí mismo como un tipo ridículo y un blanco de burlas hasta bien entrada la madrugada de hálito helado. Se hallaba errando por las calles de Teherán otra vez, entre vagabundos, noctámbulos y viudos que aplacaban con largos paseos lentos su añoranza anclada en los recuerdos. En un cruce, bajo la luminosidad de la luna en cuarto menguante, hizo propósito de venganza radical. Decidió que, si él no disfrutaba de los labios de Yasmine, nadie lo haría. No estaba en su mano que lo amara, pero sí alejarla de los abrazos de otro. En su fuero interno se repetía cuán justo sería que ella nunca gozara con el amor correspondido.

Una mañana cristalina derramaba su luz clara en los montes Elburz y en la urbe persa ancestral. Eran las diez en punto de la mañana.

Yasmine Handal cruzó el pasillo del Ministerio de Cultura con el mismo temor que se había adueñado de sí en las cuatro comparecencias anteriores, precedida del mismo policía sobrio y seco, envuelta del mismo silencio

típico de una cárcel de régimen militar.

Aquel sargento anunció su entrada, cerró la puerta con más suavidad que de costumbre y se fue. Esa suavidad hubiera sido tomada por una buena señal por una mujer más serena y optimista. La escritora no lo entendió de este modo; entre la censura del Estado a sus libros, el ruidoso acoso desaforado de Haddadi y el pesar que embargaba a su padre por el incierto porvenir de ella, en esta época de su vida le faltaban serenidad, optimismo y fuerza interior, y tendía a preocuparse.

La artista se sentó frente a su censor, en el otro lado de la mesa; tenía una mirada a juego con sus sentimientos: cansada, de refugiada desalentada que se resigna a dejar de huir hacia la paz y de otear el horizonte con ilusión. En ese instante se le hacía impensable que el funcionario riguroso hasta la fecha le infundiera esperanza y le proporcionara consuelo. Empero, así acaeció. Rasul Assad se alegró de tenerla a su lado, rompió a hablar con el regocijo de un niño al que han levantado un castigo aflictivo y no intentó evitar que en su cara, de hombre muy estricto hacía unas semanas, fueran visibles la inseguridad de quien se sabe vulnerable y la compasión que la joven hostigada le inspiraba. Completada su radical mudanza, Yasmine advirtió en él esa imagen de fragilidad que favorece el afecto entre las personas en las desventuras. En absoluto barruntó ser la razón de la llamativa transformación. Simplemente, se imaginó que un suceso en su vida privada había causado esa mudanza en sus iris y en sus duras facciones, de pronto, un tanto aniñadas.

—Tengo buenas noticias para usted, señorita Handal. Ayer elevé un informe valorativo; en él recomiendo no prolongar el veto a su literatura. He excluido de esta autorización dos poemas, así como una pieza de teatro, con el objeto de que dicho informe revista credibilidad y se atiendan mis sugerencias. Espero que a corto plazo se anulen las prohibiciones que la desuelan y se disipen las dudas acerca de su honorabilidad. Pronto quedará en el pasado cuanto hace palidecer su alegría; realmente confío en ello.

—¿En serio?

Una sonrisa piadosa de Rasul acabó con las sensaciones de invasión de la intimidad, de acoso y de coerción de la escritora, que siempre había sentido en este despacho de comparecencias al cual los disidentes venían acompañados de sus miedos.

—¿Con mi rectificación, recupera el respeto hacia mí?

—No puede recuperarse lo que no se ha perdido ni agostado. Yo le respetaba antes de pasar hoy por esta puerta. Le tenía por un empleado público con arduas responsabilidades y obligado a actuar con arreglo a la legislación. Jamás capté ojeriza o mala voluntad contra mí en usted. Alá lo

sabe.

Los anhelos, las ilusiones y las preocupaciones de Rasul dieron lugar a un pensamiento motivador: era ahora o nunca. Este pensamiento junto con el que él ansiara fervientemente iniciar un noviazgo formal, hizo que se arrojara a descubrirle a Yasmine sus sentimientos más íntimos y a agotar sus posibilidades, que presumía muy escasas.

—He discutido con mi padre por usted.

—¿Por mí?

—Él desaprueba los mensajes de sus obras. Prefiere la tradición al reformismo y que un autor opte por la reserva en lo tocante a sus sentimientos y a sus opiniones a contracorriente a que los manifieste. Le congratula comprobar que nada varía con el paso de los años.

—El Corán representa la perfección. Sin embargo, ciertas interpretaciones de sus pasajes distan mucho de ser perfectas. Algunos se arrogan el derecho a reescribirlo: ven odas a la represión donde se elogia la generosidad y la tolerancia, y mandatos de odio en algunas de sus invitaciones a amar. De ninguna manera yo pretendo quitar protagonismo a los mulás, meramente demando que se me permita crear literatura inspirándome en las enseñanzas prístinas de Mahoma, en sus intenciones originales. En el libro sagrado no hay norma alguna en contra de que el amor rebose en nuestros corazones; según este, es lícito amarnos apasionadamente, dado que somos la creación de Alá, el Hacedor del amor.

»Su padre dedicó tiempo a leer mis obras. ¡Vaya casualidad! Mis lectores no se cuentan por miles.

—No es una casualidad. Me exigió leerlas.

—¿Tiene por rutina ayudarle en su trabajo? ¿Se pronuncia acerca de si los descréditos que afligen a artistas iraníes son fundados o, por contra, se han levantado calumnias en su perjuicio desde la envidia o el fanatismo?

—No. Normalmente es reacio a inmiscuirse en mis asuntos. Por favor, no se sienta violenta por lo que voy confesarle. Yo rompí mi compromiso matrimonial a causa suya.

—¿A causa mía? No le comprendo.

—Usted preconiza que los matrimonios estén basados en el amor en vez de en las preferencias o en el discernimiento, más o menos lúcido, de nuestros padres.

—¿Un consejo dentro de unas frases escritas bastó para que se resistiera a someterse a la autoridad perniciosa de sus padres? Cualquier escritor se sentiría muy halagado.

—No aspiro a que se sienta halagada como escritora, sino como mujer. Mentiría si le dijera que rompí mi compromiso por unos consejos en tinta;

yo abdiqué de mis ideas porque me enamoré… de usted. Desde entonces veo las cosas con más realismo. Fui un ignorante enseñando a sabios. Ahora lo sé. Ya no soy esa persona, Yasmine. Usted tiene una influencia tan grande sobre mí, que ya no me reconozco.

—Sí, también me siento halagada como mujer. Caramba. ¡Estoy sorprendidísima!

—Me hago cargo. Ni por asomo me hago ilusiones de ser el depositario de su amor en breve; en modo alguno me he ganado tal privilegio. Eso sí, me agradaría escuchar una respuesta sincera a esta pregunta: ¿me conviene eliminar toda esperanza de que en el futuro conciba amor y ternura por mí? En otras palabras, ¿me concede aguardar a que estos sentimientos apunten en usted? Si le repugna o le incomoda ser quien acapara mi devoción, no volverá a verme ni a escuchar palabras surgidas de mi admiración y de mis deseos. Lo juro. En cambio, jamás le juraré que esta devoción disminuirá con el tiempo. Sería jurar en falso.

Yasmine se hallaba impresionada, confusa y contenta. Nunca se le había pasado por la cabeza que Rasul Assad la asombraría declarándole su amor. Lo hacía un servidor público adusto y sin debilidades, no un hombre emocional susceptible de ser cautivado por la belleza y el encanto de una mujer.

—Meditaré sobre ello. ¿Le vale como respuesta temporal?

—Por supuesto, por supuesto. En aras de justificar mi atrevimiento, he de admitir una verdad bonita y a la vez angustiosa: me resulta insoportable la idea de no compartir mi vida con usted de aquí en adelante. Créame, me aterra pensar en esa posibilidad. Tengo la necesidad de ser digno a sus ojos. ¿Lo logro contándole que en dos meses presentaré mi dimisión? Evito dar este paso ya mismo para que no se asocie mi repentina indulgencia hacia una investigada con la renuncia a mi puesto. Impartiré Historia en colegios; ¡por fin valdrá para algo mi título en Historia de la Universidad de Teherán! Ganaré menos dinero, pero la nueva ocupación me llenará más. Permítame preguntarle, ¿tras haberme desligado de la censura, me considerará un marido aceptable? ¿Tendré esa suerte?

Yasmine seguía confusa. Se quedó sin palabras. Acrecentaba esa grata confusión el estar notando que Rasul Assad le había restituido la felicidad que despedazó con su pasada intransigencia.

—¿Dónde y cuándo nos veremos para conocer su decisión? ¿Le parece bien en quince días en el restaurante Nayeb Saei?

Cuando Yasmine atravesó los umbrales del bloque de pisos en el que residía, así como cuando se estiró bocabajo en su cama, estaba ensimismada y recordaba haber accedido a tener una cita el día sugerido a

las dos del mediodía en el restaurante Nayeb Saei. Asimismo, recordaba que se despidieron con una amabilidad extraña y bonita, y mutuamente excitados, mas no sabía si la frase: «Rezaré cada día para escuchar un sí, casarme con usted y hacerla muy feliz» la había pronunciado Rasul o se había imaginado que él haría esto cuando se fijó en la expresión de su rostro y en sus ojos.

Bajo la ocre luz de la ventana, una joven impresionada por las demandas del presente se preguntaba si había llegado la hora de amar.

18

Las reticencias de Alí Assad jamás se interpusieron entre su hijo y Yasmine a pesar de que este perseveró en formularlas con miras a propiciar la ruptura. Verdaderamente, durante meses se esforzó por introducir sus temores en Rasul. Él desoyó esas reticencias; asimismo, no fue nada sensible a sus serenas apelaciones a la sensatez, las cuales solían mudar en largas y vehementes exhortaciones construidas desde la tenacidad o en cortas y tajantes conminaciones fruto de la impotencia. Los reiterados fracasos del señor Alí Assad nada empequeñecieron su voluntad de influir en su primogénito; únicamente la minó ver que los síntomas de enamoramiento en él persistían a despecho de sus palabras orientadas a que renunciara al propósito de casarse con la escritora y diera más importancia a la respetabilidad de la familia.

Rasul igualó a su padre en constancia. Dedicaba horas todos los días a hacerle entender que la literatura de Yasmine casaba bien con el espíritu de las leyes del islam. Además, no escatimaba palabras al describir las prendas morales de su amada, que, según él, comprendían desde la valentía a la ternura. Ali exteriorizaba escepticismo cada vez que su hijo recitaba esas detalladas alabanzas, dado que las encontraba valoraciones inconsistentes atribuibles al amor. Ahora bien, cuando Rasul incluyó entre los puntos a favor de ella que había empezado a amarlo con ardor de esposa entregada, el ímpetu del patriarca y la negatividad que impregnaba sus razonamientos decayeron muchísimo. Quería sumamente a su vástago, por lo que lo desolaba la idea de perjudicarlo con desaciertos irreversibles. En razón de ello, se persuadió de algo que algunos allegados, por tandas, de ninguna manera consiguieron que comprendiera: en absoluto suponía una indignidad que los afectos del joven Assad recayeran en una mujer a quien él no tenía por la encarnación de la perfección.

Alí nunca manifestó una suerte de confesión destinada a dejar patente esta resignación tan anhelada. Así y todo, Rasul se percató de que su tozudez decrecía, así como de que se acumulaban dudas inquietantes para su conciencia sobre insistir en discriminar a Yasmine. A la luz de este debilitamiento de la intolerancia del patriarca, el enamorado previó que, en pocos días, ellos dos sostendrían una conversación en torno al permiso. No

le presionaría para recibirlo antes. Se hacía necesario dejar transcurrir un tiempo para que el orgullo de su padre consintiera en asistir sin decir nada a esta trascendental conversación en puertas.

Corría el mes de agosto cuando la obstinación de Ali Assad comenzó a morir; en concreto, ocurrió el día 27. Ese mismo día, Rasul, entusiasmado por esta crisis positiva en su actitud, se ausentó de casa, entró en la mañana soleada que doraba ligeramente Teherán y se encaminó hacia su prometida. En media hora, ella lo estaría esperando en una cafetería del centro. Había quedado establecido entre ambos que, de bendecir Alí la unión, se casarían a finales de septiembre y que, de seguir muy reticente, lo harían en invierno. Era evidente que la malquista escritora había insuflado poco a poco en Rasul la rebeldía para vivir en consonancia a los propios deseos. Lo había moldeado a su conveniencia, hasta asegurarse de que tendría el coraje para luchar por ella en cualquier tesitura. Pero, aun con esta liberadora transformación, a Rasul le importaba su padre: prefería no tener que elegir entre él y su amada; de ahí que aquella mañana se hallara muy alborozado. Desde que Yasmine le diera su permiso para cortejarla hasta los días en los cuales los dos se dieron cuenta de que estaban hechos el uno para el otro, aprendió lo que era la felicidad. A partir de que ella le manifestara que también quería casarse, se halló colmado de esta. Y ahora que Alí Assad cedía en sus abusivas pretensiones, se sentía en total armonía con la vida. En definitiva, el profesor de Historia se encontraba al borde del júbilo a raíz de estas novedades venturosas; hasta tal punto se hallaba contento que a menudo daba las gracias a Alá por sus favores, por haber sido tan compasivo.

Veinte minutos más tarde, Rasul divisó las cristaleras y el rótulo de la cafetería de la cita, que estaba ubicada en la confluencia de dos calles con tiendas variadas y apartamentos de fachada marfil o gris perla. Aceleró sus pasos de la emoción. Se moría de ganas de contarle a Yasmine que, con toda probabilidad, no se verían forzados a demorar la boda hasta el invierno. Se ilusionó pensando en una luna de miel repartida entre Isfahán y París. Podía permitírselo, puesto que tenía guardados ahorros suficientes para dar la dote al doctor Handal (pedía una cantidad simbólica porque le gustaba como marido de su hija), para la entrada de un piso grande en un buen barrio y para pagar este fabuloso viaje. Mientras recorría el final del trayecto hacia el establecimiento, cuando apenas distaban cincuenta metros de su soportal, creyó estar atisbando la silueta de su prometida, que vestía de rosa claro. Estaba parada, mirando a izquierda y derecha en un extremo de un paso de peatones, y así siguió hasta que el semáforo se puso en rojo para los vehículos y estos se detuvieron, momento en que echó a andar de

esa manera tan suya: elegante, cadenciosa, ligera. Entonces aconteció algo horrible. Una motocicleta sobrepasó los vehículos y frenó en seco a la altura de ella; acto seguido, el individuo sentado en su parte trasera desenfundó una pistola y le apuntó con esta. La artista se quedó petrificada en una postura defensiva, con los brazos cubriendo el pecho; su mirada se tornó asustada. Tres balazos, tres estrépitos, tres heridas escarlatas.

Se oyó un alarido desgarrador en donde se encontraba Rasul, este restalló aún con más sonoridad que los disparos. Él rompió a correr en línea recta hacia el lugar del ataque con impetuosa decisión y rogando a Alá que no fuera Yasmine quien yacía en el suelo, que sus ojos lo hubieran engañado. Al poco se arrodilló resollando ante el cuerpo esbelto, apartó del rostro los cabellos desordenados por la caída y vio a su pareja. Ella tenía los ojos muy abiertos, aterrados, sin la luz de la felicidad que acentuaba su hermosura desde que se enamorara. Por contra, sí conservaban la dulzura intacta. Esto indujo a Rasul a pensar que, a lo mejor, vivía. Presionó su mano contra la zona pectoral de la joven, sobre el corazón, hasta haber comprobado que no latía. «No lo entiendo, ¿por qué la dulzura inunda sus ojos si está muerta?», se dijo. La cogió entre sus brazos y soltó un grito de pánico y protesta.

Ambulancias de sirenas ensordecedoras se aproximaban a la trágica escena. Numerosos viandantes formaron una circunferencia, dentro de esta se oían lamentaciones y condenas enérgicas. Un viejo, en tono ora imperioso, ora de imploración, exclamó si alguien había apuntado la matrícula de la motocicleta. Más lamentaciones, ahora destacando sobre los plañidos de tres mujeres indistinguibles en el grupo. Un rato más tarde, un coche de la Policía paró de través detrás del gentío y de la turbación, que ya se extendía por el barrio. Dos oficiales bajaron de este, apretaron el paso, se abrieron camino entre la gente apiñada e intentaron arrebatar el cadáver de los brazos de Rasul, cuya mueca delataba una zozobra impresionante: él era la viva imagen de la desesperación. Aquellos oficiales no pudieron sacarla de entre sus brazos. El amor del primogénito no les dejó.

Otros agentes de la ley se aplicaron en conformar una descripción de los asesinos mediante preguntas colectivas, que se contestaban en voz alta, con la pronunciación acelerada propia de quienes están indignados y dando datos incompletos. Sacaron en claro lo siguiente: dos varones con casco, en una moto de gran cilindrada adelantaron a otros vehículos con el semáforo en rojo, invadiendo el paso de cebra, y uno de ellos, sin mediar provocación ni razón, disparó tres balas a la víctima desde la posición del pasajero. Mataron y al instante huyeron, no se quedaron para constatar su fallecimiento.

Con la venida de los refuerzos, la calle se llenó de policías. Algunos de

ellos hacían retroceder a los curiosos; otros acordonaban la zona del homicidio; el resto se afanaba en reunir más información hablando con transeúntes y clientes de los negocios próximos al lugar del atentado, o miraba a las ventanas de los pisos, como si estas fueran ojos de introvertidos reservadísimos que pudieran haber visto algo todavía no contado. En este punto, entre dos agentes educados consiguieron que Rasul Assad dejara de aferrar la humanidad de Yasmine. Él se levantó despacio; tenía la mirada incrédula y las manos manchadas de sangre, como los asesinos que de súbito se arrepienten de haber obrado con furia ciega. En ningún momento apartó la vista de su amada. La tenía fija en ella cuando le sacaron fotografías para el atestado; cuando el médico forense, bien cerca de su tórax perforado, dictaminó la causa obvia de la muerte y también cuando, finalmente, la introdujeron en la ambulancia que hacía la función de coche fúnebre. Rasul se abstuvo de pedir a los policías ir en esta. Permaneció de pie, callado, recibiendo condolencias sencillas y espontáneas de desconocidos considerados. Luego se miró las manos rojas y juró vengarse de esos dos sicarios e, igualmente, de todo aquel implicado en el asesinato. Lanzó una promesa a Alá: no abjuraría de sus creencias ni mermaría su amor por Él a pesar de tamaña injusticia, siempre y cuando le concediera la venganza.

19

Esparraguera, marzo de 2015

El público asistía boquiabierto a cómo Jesucristo enfurecía a los jueces del sanedrín con sus atrevidas réplicas. Él se reafirmaba en que era el hijo de Dios y su mensajero principal; a renglón seguido anunció a esos judíos que su lugar estaba a la derecha del Creador en la vida eterna. A estas alturas de la función, Raimon Llopart ya había despertado admiración en la integridad de los espectadores por su aporte a la exquisitez de la obra, que superaba incluso las expectativas de quienes acostumbraban a pecar de excesiva confianza. Cuando bajaba el telón definitivamente, una escena se repetía en la platea: personas del público lo adulaban sin parar, se hacían fotos con él, lo agasajaban y se excitaban. El idealista mostraba buen talante ante tales muestras de simpatía, por cuanto las consideraba pruebas de fidelidad y de pleitesía hacia Dios. Creía a pies juntillas que a Él le agradaban.

A decir verdad, los embustes de Ricard Bustos hicieron muy bien su función de disfrazar la realidad. Los naturales de Esparraguera, sin excepción, se imaginaban que la insólita prolongación del personaje de Jesús fuera del escenario respondía a un método de arte dramático de un genio excéntrico, y como consecuencia, trataron con respeto a Raimon desde el primer día, si bien muy pronto muchos de ellos, los que le tomaron cariño, prefirieron tratarlo con suma cordialidad en vez de con simple respeto. El enfermo mental convertido en estrella local casi nunca tuvo necesidad de echarse la mano al bolsillo en el pueblo; allá donde iba lo convidaban a comer exhibiendo sonrisas y le dedicaban aplausos o lo felicitaban con efusividad. Al igual que en el recinto del teatro, él atribuía esas demostraciones de afecto al poder de la fe, por lo que no cabía en sí de contento: fueron los días más felices de su vida. Por fin sus sermones y sus enseñanzas inspiraban a muchos y los hacían más bondadosos.

Al alcalde lo preocupaba que en alguna conversación se preguntara al esquizofrénico acerca de su supuesta forma de preparar el papel: sentirse Jesucristo las veinticuatro horas del día. En prevención de esto, lo animó a rezar en la iglesia local todo el tiempo que le apeteciera. Además, instó a

Ricard Bustos a no separarse de él en sus paseos por la población, en especial cuando hablara con lugareños, y agregó que, tan pronto como cualquiera inquiriera respecto a su peculiar manera de ponerse a punto para interpretar al Mesías, le tocaría meterse en la conversación y desviar el tema con astucia. Bustos siguió las consignas del alcalde. Celoso y vigilante, se las apañaba para encauzar las frecuentes y amistosas charlas entre el «actor» y los esparraguerinos siempre que tomaban derroteros inoportunos. También procuraba que, cuando los admiradores se acercaban a Raimon para brindarle elogios, este se redujera a dar las gracias, a saludar y a despedirse. En esto no tuvo nada de éxito. Al pintoresco valenciano le encantaba hablar con la gente, fuere cual fuere su estrato social, nivel cultural y edad. Se sentía investido del poder de Dios y pensaba que en él recaía la responsabilidad de predicar su palabra; encima, le gustaba mucho cumplir esta irrechazable responsabilidad.

En el quinto día de representación de *La pasión de Esparraguera* , a media mañana una familia muy tratable —una pareja relativamente joven con una niña de mirada vivaz, de siete años, y un niño retozón, de nueve— abordó a Raimon. Apenas cambiaron las primeras palabras, se les unieron nueve viandantes que vieron la ocasión de pasar un rato con el nuevo héroe del pueblo. Ricard Bustos continuaba alerta y cumplidor: estaba callado en las preguntas inofensivas y contestaba las inconvenientes como por casualidad.

—Lo haces requetebién —encomió el padre de familia.

—Gracias. Eres muy amable —dijo Raimon.

—¿Vendrás todos los años?

—Estaría mal por mi parte; sería robarle el puesto a Damià Folguerola. Además, ¿me hallaré en este mundo el próximo año? Resulta dudoso.

—Damià es buen actor. Miento; bueno no, bastante bueno. ¡Pero tú eres la hostia!

—Sí. ¡Nos chiflas! —confirmó una ama de casa pecosa, alegre, de faz ufana.

Se oyeron cinco síes; sonaban a franqueza y a ese asombro que incluye cierta fascinación.

—Sed comprensivos. Debo anunciar los designios del Padre hasta los confines del planeta; incumpliría sus deseos si me restringiera a una sola localidad. Estoy seguro de que, aunque no vuelva a estar entre vosotros, os acordaréis de mis enseñanzas, de mi ejemplo y de mis ruegos.

—¿Cuál es la parte de la doctrina cristiana más bonita y fundamental para ti? —le interpeló un jubilado de cuencas hundidas, arrugas profundas y cabello plateado.

—El resumen de los diez mandamientos: «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo».

—Siempre me ha gustado esta máxima —observó el viejo.

—Muy a menudo se infravalora su importancia. Personas adineradas tienen casas de ensueño y coches de lujo al tiempo que otras pasan estrecheces y privaciones. Yo os digo que, si los ricos vendieran sus posesiones prescindibles y repartieran el dinero de las ventas entre los desfavorecidos, amarían al prójimo igual que a sí mismos. Si aligeraran sus angustias con un donativo, auxiliándoles en lo básico, se querrían a sí mismos un poco más que al prójimo. Y si por su cicatería y su amoralidad se negaran a socorrerlos de cualquier forma, se amarían a sí mismos bastante más que al prójimo. Estos últimos, por más que se vanaglorien de ser buenos cristianos, no lo son, y jamás entrarán en el reino de los cielos.

—¿Qué les espera a los que cumplen a medias, a los que aman a Dios sobre todas las cosas y no aman al prójimo?

—Es un sinsentido pensar que se pueda amar a Dios y no a su más excelsa creación, la humanidad. Aquellos que incurren en el desamor o en la indiferencia hacia sus semejantes son falsos devotos, farsantes. La salvación se alcanza mediante las buenas obras junto con el amor ilimitado a Dios y a vuestros hermanos. Sin buenas obras, no hay vida eterna. Fiaos de mi palabra, pues soy maestro en las leyes de mi padre.

—¿Quiénes serían esos falsos devotos para ti? —se interesó por conocer el jubilado; en su rostro cortado por la vejez apareció una sombra de hambre de justicia.

—Calvino, por ejemplo. Dios elige a los habitantes del paraíso basándose en su altruismo y en la inmensidad de su piedad, no en las riquezas acumuladas en su vida terrenal. Calvino se portó como Judas, y también se porta de esta despreciable manera la curia vaticana, que se degrada al amonestar a los sacerdotes de la teología de la liberación. Estos curas de América Latina han consagrado su vida a reivindicar los derechos de los pobres y los oprimidos, se han ganado ser llamados mis verdaderos discípulos. Haced cuanto esté a vuestro alcance para que todos disfruten de justicia.

—Yo algo hago. Debería hacer más. Siempre cabe hacer más —declaró el viejo, en una postura autocrítica.

—Con este reconocimiento, has dado el primer paso para convertirte en más comprometido. Añade un propósito de acción de cara a mejorar la vida de las personas y luego ayúdalas, ayúdalas, ayúdalas. Tu unión con Dios saldrá reforzada y serás muy feliz.

—Me llevo a nuestro querido Jesucristo —interrumpió Bustos—. O

descansa o no estará fresco para la función de hoy.

El grupo de admiradores se disolvió entre diálogos. En estos se señalaba que el sensacional actor les evocaba al Jesús de las películas de Hollywood porque contaba con un gran parecido físico y sabía emocionar. También se emitieron comentarios de otra clase. Por ejemplo, el viejo señaló que, al interpretar con tanto realismo a Jesucristo, lo llevaba a uno a hacer examen de conciencia. Por su parte, la madre de los niños propuso sin tapujos que Damià Folguerola cediera el puesto indefinidamente al recién llegado, por el bien del pueblo, y dio por seguro que este se avendría a hacer de Mesías de modo permanente pese a su modestia. A sus flancos, otros la secundaron. Estas reflexiones en voz alta no eran novedosas, se habían oído en los mentideros más concurridos del pueblo —a las puertas de la iglesia, en los bares en que se jugaba a las cartas, en la salida del colegio…— poco después de que se hubiera bajado el telón en el estreno, pero nadie se había atrevido a hacer partícipe de este estado de opinión al cocinero, todavía en rehabilitación por su accidente.

Unas calles más abajo, Ricard Bustos estaba invitando a Raimon a asistir a un convite con el que el Ayuntamiento mostraría su gratitud a los actores y al director de escena por su gran dedicación; de seguido desveló al hijo de doña Úrsula que este no había tenido lugar en años pretéritos. El empleado público se percató de que no comprendía su último comentario, así que se lo dijo más claro: la fiesta con cena bufé se había organizado, al menos principalmente, en honor a él, puesto que los políticos, los empresarios, así como los otros esparraguerinos de más relevancia social estaban deseosos de compartir una velada con el rey del escenario de *La pasión de Esparraguera* . Le pidió que no les hiciera un feo y se dignara relacionarse por unas horas con unas decenas de aburridos amantes del teatro. A continuación le susurró al oído una predicción muy personal: aguantar este pequeño suplicio lo haría estar más preparado para el calvario que estaba predestinado a sufrir desde su nacimiento. El «Jesucristo del siglo XXI» sonrió cándidamente, le reprochó sin severidad haber calificado en tales términos despectivos a estos autóctonos ávidos de rendirle un homenaje y de evidenciar su respeto por él, y se prestó gustoso a que se le brindara tal honor.

Bustos le antecedió en la puerta del salón del Ayuntamiento de Esparraguera, que ofrecía su aspecto más lujoso con las mesas repletas de exquisiteces culinarias, el alfombrado de los grandes eventos, los camareros de uniformes anacrónicos —a semejanza de sirvientes de terratenientes de la campiña inglesa en su edad dorada—, los convidados vestidos con elegancia, las dos lámparas de araña encendidas… Mientras el

alcalde vigilaba incesantemente con mirada imperativa a Raimon Llopart y a Ricard Bustos, el delincuente ocasional entendió lo que su jefe quería, que él no se despegara del lado del valenciano y actuara con presteza cuando la situación lo demandara, para que su secreto mutuo no saliera a la luz en el peor momento, delante de los burgueses más influyentes del lugar. De ocurrir esto, los humillarían con críticas ahí mismo, a veces por turnos, a veces muchos al unísono, siempre con el tono duro de quienes se sienten engañados y heridos en sus sentimientos. De súbito, uno de los empresarios con la voz cantante en las conversaciones rompió a aplaudir con la vista posada en el Jesucristo de mentira. El resto, gradualmente, se unió a él; en un primer momento en actitud gregaria, después con una alegría real. De entre la multitud en el abarrotado salón de actos surgieron agradecimientos hacia el enfermo mental por haberse prestado a actuar en la función, loas relativas a la enormidad de su talento artístico y encomios variados, de fondo y forma emocionantes, que, pese a su sencillez, atribuible a la espontaneidad con que se decían, en modo alguno desmerecían de las alabanzas más formales y meditadas de los concejales.

Una cerrada ovación.

El empresario que iniciara los aplausos anduvo hasta el « artista», el centro de las miradas de la cena, y, tendiéndole la mano, exclamó amistosamente:

—¡Qué gran placer conocerle!

Ricard Bustos simuló estar de fantástico humor, y al ver que se precisaba un relaciones públicas, intervino diligentemente:

—Te presentó a don Ignasi Petit, el motor de la economía de nuestro pueblo.

En lugar de darle la mano, Raimon Llopart lo abrazó diciendo:

—El placer es mío, Ignasi.

El empresario abierto dejó caer sus palmas en los hombros del que tenía por un actor muy fino y le dijo:

—Nos ha librado de una hecatombe. ¡Vaya que sí! ¿Qué habríamos hecho de irse a pique el espectáculo? Tiemblo solo de pensarlo. Y gracias también por venir a la cena; su gesto nos halaga.

—¿Cómo iba a rehusar? Ricard me ha asegurado que aguantar el suplicio de esta compañía me hará ser más fuerte cuando llegue mi crucifixión.

—¡Qué gracioso! ¡Qué gracioso, eres! —calificó echando una ojeada desdeñosa al funcionario corrupto y situó su mirada, de nuevo amable, en Raimon Llopart—. En serio, estamos en deuda con usted. Nos encantaría recompensarle por haberse aprendido los diálogos sobre la marcha y meterse en la piel de Jesucristo. No habrá sido fácil. Eso seguro.

—¿Meterme en la piel de Jesucristo?

Ricard Bustos supo que debía dar un giro inmediato y total a la conversación o se descubriría la componenda. Por suerte para él, conocía una característica de Raimon Llopart, su gran preocupación por los males ajenos, que le daba un amplio repertorio de posibilidades para manejarlo y desviar su atención.

—Aquí donde lo ves, el señor Ignasi es casi un filántropo. Digo casi porque, aunque sufraga programas de ayuda a la infancia y paga las colonias de verano a tres niños de familias humildes cada año, está en condiciones de donar mucho más dada la magnitud de su fortuna.

—¿Es eso cierto, Ignasi? —interrogó Raimon.

—¿A qué viene este golpe bajo, Bustos? —exclamó el empresario.

—Yo no lo llamaría un golpe bajo. Simplemente aprovecho la presencia de Jesucristo en nuestra comunidad para que estimule nuestra generosidad y saque lo mejor de nosotros —se justificó Bustos.

El político había estado hábil. A partir de ahora, cuando Raimon Llopart se comportara y hablara como el Mesías, el empresario lo atribuiría no solo a sus inofensivas manías de actor muy peculiar, sino, también, a que estaba siguiéndole el juego a Bustos, a que daba continuidad a sus ironías y a sus bromas.

—Sí, Ignasi. Un hombre moderadamente generoso es susceptible de ennoblecerse más, y tal desarrollo moral lo haría comportarse de forma inmensamente espléndida —dio fe con gravedad Raimon, adhiriéndose a la postura del funcionario taimado—. No tiene más que fortalecer sus lazos emocionales con Dios. ¿Rezas? ¿Vas a misa? ¿Te confiesas con regularidad?

Un gesto de enojo se imprimió en el semblante de Ignasi Petit. Lo irritaba que su ejemplaridad se pusiera en tela de juicio delante de la gente.

—Bustos exagera, tergiversa la realidad. Soy de los que más sobresalen en Esparraguera por dar sin esperar nada a cambio.

—Ignasi, ¿los de aquí faltan a la caridad cristiana?, ¿lo juzgas así? —sondeó Raimon Llopart con su dedo índice señalando a los invitados.

—¿Dónde ponemos la vara de medir?

—Muy arriba.

—Entonces, sí. Alcanzar la perfección ética es inusual.

El alcalde, intranquilo, abrió los brazos y lanzó una mirada interrogativa a Ricard Bustos, que asintió de cabeza y levantó el pulgar, indicando que no había razones de alarma.

—Esto lo arreglo ahora mismo —dijo decididamente Raimon al empresario. Agarró el cabezal de una silla con fuerza, se subió a esta con

ímpetu y encareció—: ¡Escuchadme, hermanos, escuchadme!

Se hizo el silencio. El pulgar de Ricard Bustos cayó contra la pernera de su pantalón. El alcalde Bernat Calderé lo vio todo perdido y tuvo para sí que padecería en sus carnes una hostilidad pareja a la de Jesucristo de Nazaret cuando los judíos lo tildaron de falso profeta, de impostor ignominioso.

—Ha llegado a mis oídos un hecho lamentable, triste, penoso: la asistencia que prestáis a los pobres ni por asomo hace honor a vuestras convicciones cristianas. ¿Os falta humanidad? Permitid que el amor a Dios se agrande en vosotros. En verdad os digo que o dejáis que la compasión os invada o no seréis admitidos en el cielo. No estáis condenados todavía. Os concedo la oportunidad de corregiros. ¡Viva Dios!

Varios asistentes repitieron: «Viva Dios» en voz alta y con la misma viveza vitorearon al Jesucristo postizo. Se lo tomaban como una parte del espectáculo, como una continuación de la obra lejos del escenario. Sin embargo, Raimon pensaba que había triunfado, por cuanto estaba consiguiendo que germinara una gran fraternidad en ellos. Había cosechado logros discretos en Valencia, pero no eran comparables con este convencimiento en masa. «¿Estará el Padre orgulloso de mí?» se preguntó con los ojos risueños y una sonrisa muy pura.

El nerviosismo del alcalde se atemperó gracias a que las muestras de estar pasándolo estupendamente de los comensales daban a entender que la mascarada no había sido advertida. Ya no se notaba andando por el borde de un acantilado en una tarde borrascosa con ventiscas empujadoras. Así y todo, reiteró a Ricard Bustos que evitara confiarse. Tenía que permanecer a un palmo del esquizofrénico el resto de la fiesta con la misma actitud preventiva y celosa, impidiendo descubrimientos perniciosos. Bustos obedeció. Y salió airoso en su cometido. Los invitados adoptaban el rol de actores secundarios que, con sumo gusto, disfrutando de una sensación de privilegio, interactuaban con el valenciano. De ningún modo le reprochaban su excentricidad: vivir el personaje todo el rato. Según ellos, aquella excentricidad lo hacía, con más motivo, el alma de la fiesta.

Raimon Llopart rememoró su entrada triunfal en Jerusalén, cuando lo aclamaron con entusiasmo y depositaron ramitas de árbol en los márgenes de los caminos por los que pasaba a lomos de un borrico. Encontró paralelismos entre ese recibimiento grandioso y la fiesta de homenaje en el Ayuntamiento. Al punto tuvo un pálpito fatídico: tarde o temprano, en algún lugar —pero no en Esparraguera—, se repudiarían sus mandamientos y sus invocaciones al amor, y se le retiraría el aprecio; muy poco después, sería apresado y crucificado. Era su sino. Y él no tenía intención de

eludirlo. Eso sí, consideró que, hasta entonces, estaría bien dedicar tiempo a pregonar la palabra de Dios y a hacer notorio su conocimiento cabal sobre sus designios y sus voluntades. Así, cuando faltara, cuando muriera derrengado en la cruz, ya habría anunciado a multitud de personas de bien su derecho a la inmortalidad, así como su deber, regirse por el amor al Creador y a sus congéneres.

20

El sol se elevaba con resplandor de incendio en el horizonte marino de Tossa de Mar; con sus haces pintaba de color de rubí las murallas del castillo, tejados de casitas antiguas, cristales de ventanas, una miríada de espumosas crestas de olas… Marc Lancaster abrió de par en par una de estas ventanas teñidas de luz de amanecer inicial, hincó las manos en el alféizar y se inclinó hacia al exterior rico en aromas de flores, pinos y mar; oía el oleaje, así como cantos de pájaros que se habían animado con la primera claridad. El paisaje invitaba a recrear la vista. Sin embargo, el detective no se deleitó recorriéndolo con la mirada y dejando que su paz se filtrara en él, como tenía por costumbre. Indudablemente, la causa era que se hallaba en un estado de ánimo malo, entre la inquietud y la alerta. Dio media vuelta hacia Anika, que dormía. Se abandonó a la grata sensación que experimentaba al contemplarla, intencionadamente, pues esto le daba fuerzas y alegría.

El barcelonés se duchó, se vistió y se echó perfume de ella en una muñeca para tenerla siempre en sus pensamientos durante su cita de hoy, una impuesta que lo movía a contrariedad. Gracias a este truco se confortaba y, además, actuaría con más cautela en esta.

A media mañana ingresó en el mercado de santa Caterina. Al acabar de zigzaguear entre el ajetreo, sorteando compradores, estaba junto al borde de una mesa del restaurante esquinero del mercado, frente a Ayman Fazeli. El catarí no abusó de los preámbulos, siempre dichos con un lenguaje literario de otro siglo, con los cuales solía adornar sus peticiones, monólogos y relatos, al estilo de un personaje cortés y distinguido sacado de una novela de Alejandro Dumas. Seguramente, hizo aquella excepción en su comportamiento por la llamativa seriedad del marido de Anika. El árabe sonrió con la placidez de los extranjeros que son bienvenidos en tierras hospitalarias, torció la cabeza a la derecha, se levantó, estrechó la mano de su investigador privado y, sin otorgar un saludo de palabra, apuntó:

—Hay un cabo suelto.

—¿Cuál? —preguntó Lancaster mientras los dos se sentaban con parsimonia detrás de dos tazas de café humeantes.

—Como ya le mencioné en nuestro último encuentro, nos tomamos la

molestia de prevenir a los objetivos del Mosad en países chiitas a pesar de nuestra conocida rivalidad.

—Bien hecho. La ética les obligaba a tener esta deferencia.

—Sí, la ética nos obligaba. Al hilo de esto, no puedo evitar preguntarme, ¿hasta qué punto la ética obliga a intervenir?

Los ojos de Marc Lancaster mantuvieron su seriedad incluso cuando la curiosidad emergió en ellos.

—¿Qué han hecho mal en Catar? ¿O qué han dejado de hacer bien por displicencia?

—El error no cabe achacarlo a nosotros. Tampoco a usted. Nadie en nuestra pequeña y efímera alianza es responsable de que no se haya impedido este asesinato. Usted cumplió, yo cumplí, la Inteligencia catarí cumplió. Aun así, un inocente murió por un crimen.

—Según usted, a las celebridades de la lista se les estaba dando protección. ¿Qué ha fallado?

—Resulta imposible proteger a alguien que no existe. Le comenté que el periodista iraní Iraj Faghani no era una persona real; ¿se acuerda?

—Me acuerdo.

—Se escribió un nombre en clave para referirse a Yasmine Handal, una escritora iraní de veinticinco años. Dos agentes del Mosad la acribillaron en pleno centro de Teherán hace catorce días.

—¡Qué bajo han caído! ¿Se hacía estratégicamente necesario arrebatarle la vida? ¿De qué manera su muerte afianzaba la seguridad de Israel? Se escapa a mi comprensión.

—Para nada la afianzaba. Un colaborador del espía del Mosad en Teherán se permitió mentirle acerca de Yasmine Handal y así logró que ella pareciera una amenaza para Israel. A base de sumar coincidencias significativas, tenemos un sospechoso, un teniente de la Policía iraní.

—Me he perdido. No lo entiendo.

—Yasmine no quiso casarse con él. Estamos por creer que el muy cerdo proyectó su muerte por despecho. El Mosad debió de dar crédito a sus patrañas sobre la escritora porque siempre les habría vendido información fidedigna hasta entonces. Al margen de la fiabilidad del traidor, otros aspectos favorecían el engaño. Como bien sabe, se describía al tal Iraj Faghani, amén de como un autor prolífico, como un líder señero de la reconciliación vigilado por la censura. Yasmine Handal era prolífica, los censores decomisaron sus libros en las librerías y en su domicilio, y sus poemas y sus creaciones teatrales versaban sobre el amor y la paz. En resumidas cuentas, les vendió una mentira verosímil. Para que los del Mosad se percataran de que el teniente los estaba utilizando, tendrían que

haberse preocupado de leer sus obras, que nunca han sido traducidas al hebreo ni a ninguna otra lengua.

—Su asesinato me da mucho asco.

—A nosotros nos da mucho asco y, por añadidura, nos consume un sentimiento de impotencia… por su culpa.

—¿Por mi culpa?

—Usted se quedó con los nombres de los espías y de sus informadores; nos puso al corriente de los pecados y tuvo compasión con los pecadores.

—Y ahora quieren que les confirme o les desmienta que el teniente es el soplón.

Ayman Fazeli le dirigió una mirada elocuente por toda respuesta.

—Les sacaré de dudas. No hay problema. Naturalmente, antes…

—Antes comprobará que haya sucedido cuanto le he contado.

—Correcto.

—No sea que con falsedades aspire a obtener más información.

—Tengo que descartar eso, sí.

—¿De cuántos días estamos hablando? ¿Cuándo habrá constatado que asesinaron a Yasmine Handal con un *modus operandi* del Mosad? —preguntó tendiéndole un sobre grande, con el cierre abierto, en cuyo interior se superponían tres fotografías de la artista, una copia del informe policial del homicidio más su traducción al español y un folio con las señas del hogar de la familia Handal. El detective desdobló las hojas del informe, se tomó su tiempo en leer de principio a fin la traducción y complació al catarí.

—Estoy ocupado en indagaciones de otro caso, pero daré prioridad a verificar lo que ha referido sobre el atentado y a saber qué hacía la joven más allá de escribir.

—¿Dos o tres semanas?

—Tres o cuatro, más bien. De confirmarse su teoría, nada más haya retornado a Barcelona le escribiré en el borrador de nuestro correo electrónico el nombre y los apellidos del criminal, tanto si resulta ser el teniente de la Policía u otro.

—¿A cuánto ascenderá su remuneración esta vez?

—Esto lo haré gratis.

A Ayman Fazeli se le escapó una risa. Seguidamente le confesó:

—Acabo de ganar una apuesta. Una alta con un compatriota que no concibe la honestidad en los infieles.

—Felicidades. Me haré pasar por turista. Compraré un viaje organizado a Irán, de esos en los que un guía servicial enseña las ciudades a los extranjeros como si fueran medio tontos. Entre excursión y excursión en

Teherán, contrastaré la veracidad de su versión de los hechos, que presupongo cierta.

Marc Lancaster se relajaba a medida que tomaba conciencia de que la venida de Ayman Fazeli a Barcelona obedecía a propósitos legítimos, honorables. En modo alguno estaba amenazándolo con el propósito de conseguir los nombres de los agentes del Mosad, lo cual no implicaba que otro catarí incurriera en esta bajeza el día menos pensado. El que respetara el trato invitaba a pensar que era íntegro, ético, esclavo de sus promesas. Sin embargo, el talante y la experiencia del exescolta le impedían fiarse del todo, bajar la guardia. Quizá por ello, la reunión terminó con dos sinceramientos: este manifestó que le habría gustado conocer a Fazeli en otras circunstancias, ajenas a su labor de investigador; el árabe repuso que no imaginaba mejores circunstancias para conocerse. En su forma de pensar, Alá elegía a sus amigos y a los extraños que, como él, pasaban por su vida. Y tenía fe absoluta en la sabiduría de su Dios. Recitó una frase en árabe en actitud de decir un proverbio de moraleja certera, sin adicionar la traducción de rigor, dijo adiós, arrastró una mano hacia fuera del tablero de la mesa, se fue del restaurante y orientó su marcha hacia las Ramblas.

A la hora en que Marc Lancaster cruzaba con su BMW Tossa de Mar, nubes de tormenta venían hacia el pueblo, ensombreciendo parte del mar. Aparcó frente al paseo marítimo, se apeó del vehículo y anduvo hacia la playa dando vistazos a un pescador absorto en la reparación de una de sus redes y a los niños que correteaban a su alrededor. Se paró a la orilla de las olas, explayó la vista en el undoso mar bicolor, agrisado y azul, con la íntima incomodidad de quien se mira en un espejo roto, y visualizó el asesinato de Yasmine Handal tal como se había reseñado en el expediente de la Policía iraní. Negó con la cabeza; los brazos en jarras; en su cara se leía cuánto lo disgustaba que el destino de muchos seres humanos fuese tan infausto, injusto, brutal. Este sentimiento entre el desengaño y la rabia lo tenía desde su adolescencia, y, de tanto en tanto, lo había distanciado de Dios antes de que Anika endulzara su vida. Se sorprendió de estar ahí parado, frente a la inmensidad, sintiéndose como antes de congraciarse de nuevo con Él.

El detective estaba llegando al portal de su casa en el momento en que la tarde, ahora todavía más nublada, se entenebrecía definitivamente: Tossa recordaba una maqueta de un pueblo dentro de una bola de cristal sucia, de esas que han rodado por los suelos cuando los niños se han cansado de mirar su interior y de manosearlas. En la mitad de los peldaños oyó a Anika interpretando la composición de Vladimir Vysotsky favorita de ella. Con su voz rasgada y a la vez tierna cantaba la letra en la que el autor ruso

exhortaba seguir viviendo, frenar la velocidad de los caballos que lo llevaban, contra su voluntad, al final de sus días. Terminó de subir las escaleras de anacarados mamperlanes experimentando ganas de mimarla y se metió en el salón. Ella soltó la guitarra, anduvo veloz, dio un saltito hacia su amor, se fundió en sus brazos anhelosos, le susurró que le apetecía tener sexo. Normalizó el volumen de las palabras y puso cara de traviesa al decirle que le preparara una lasaña napolitana y decidiera qué vendría primero, el sexo o cocinarla. Hicieron el amor. Y más tarde se comieron la lasaña, en tanto, la recia lluvia azotaba ruidosamente las tejas; fue tanta la intensidad del aguacero que las nubes murieron enseguida, como los enfados en los benévolos. A medianoche, Anika se durmió sobre el busto de su marido, en el lecho clareado por la luz de la luna y las velas de llamitas temblantes. Antes de dormirse se sinceró musitando: le hacía mucha ilusión quedarse embarazada, lo deseaba profundamente. Él le descubrió que también deseaba otro niño y que, en cuanto se quedara en estado, abandonaría su profesión. La joven no dijo nada, solo alargó el dibujo de sus labios con su sonrisa de niña y besó a su marido en el cuello. Palmariamente, la complacía que se separara del peligro por ella y por sus hijos.

A las cuatro de la madrugada, Anika dormía con una expresión de felicidad. Marc Lancaster observó esta expresión, miró el antebrazo con cicatrices de cortes y salió lentamente de la cama. Apagó las llamitas del candelabro con soplos. Se desplazó al escritorio, abrió el sobre con las dos fotografías y la sucinta biografía de Yasmine Handal, clavó las instantáneas en una cartelera de corcho pegada a la pared y las remiró largamente. Se preguntó muchas veces, todas con desánimo y decepción, por qué Dios no la había amparado.

21

Rasul Assad se había hecho adicto a Yasmine. Desde el homicidio, pasó por dos etapas. En la primera, el luto, se recluyó en su habitación y encontró fuerzas en las ansias de venganza para apartar de sí la idea del suicidio, que acudía a su mente de tanto en tanto y se convertía en una fuerte tentación. En la segunda fase, la añoranza insuperable, adquirió el hábito de pasar largos ratos en las cafeterías, en los restaurantes, en las pastelerías con salón de té… entre cuyas paredes ambos habían notado, con una mezcla de nerviosismo y dicha, que estaban enamorados. En estos establecimientos de bello recuerdo, cuando Rasul ocupaba las mismas mesas en las que se sentara con la escritora, una imagen nítida de esta siempre se formaba ante sus ojos, y él la miraba pletórico de amor.

El día de septiembre en que Marc Lancaster siguió al novio sin prometida por Teherán, este se hallaba en el apogeo de la segunda etapa. Al detective le rondaba un pensamiento: llamaba doblemente la atención por su aspecto occidental y por acomodar su paso al del desventurado, que era lento, de abatimiento. Los ojos verdes, la piel muy clara, el cabello castaño y los rasgos pirenaicos, que le permitían pasar por nativo en cualquier país del centro y el norte de Europa, en Irán suponían una desventaja al llevar a cabo seguimientos.

Caminaron por once calles. Hacía calor y se respiraba un aire muy seco; en algunas de ellas preponderaba el ruido del tráfico, en otras un murmullo de voces de timbres muy diversos derivado de la mezcla de edades. Al término de este recorrido, Rasul tomó asiento al fondo del restaurante Bagh-e Saba; el investigador privado hizo lo propio y a continuación escrutó al hombre más pesaroso de la capital en simultáneo a que este se abismaba evocando a su amada. Lancaster lo hacía por la necesidad de discernir si su congoja era verdadera. No descartaba que sus clientes cataríes hubieran construido una historia a medida asesorados por la Inteligencia de Catar, que habría orquestado el atentado de Yasmine para escenificar una actuación del Mosad y, posteriormente, habría contratado a un actor, quien simulaba de maravilla ser un novio inconsolable. Mediante estas añagazas y falsedades la demanda de Fazeli, tener conocimiento del nombre del informante iraní del Mosad, revestía mucha legitimidad.

Asimismo, Lancaster tampoco descartaba que, en cuanto la Inteligencia de Catar supiera sin margen de error que Behdad Haddadi colaboraba con Israel, lo sometiera a una vigilancia exhaustiva con la finalidad de dar con el espía del Mosad que le compraba información. Esta sería su gran meta, con toda seguridad. A la postre, una unidad táctica del ejército catarí caería sobre el hebreo y lo secuestraría, y en su cautiverio sería torturado con gran aplicación por especialistas hasta que delatara a los agentes del Mosad en Catar, así como en los otros países árabes sunitas.

El barcelonés pronto estuvo convencido de que aquel desgraciado consumido de padecimiento, de ojos mohínos, con los hombros caídos no tenía relación alguna con una operación de Catar contra el espionaje israelí. Tal convencimiento reforzó su opinión previa: Ayman Fazeli no le había tendido una trampa. Lo creía desde que conversara con él en el bar del mercado de santa Caterina, por su instinto y por un hecho contrastado, Iraj Faghani era un nombre falso. Pensó en las certezas y en los indicios, los valoró y se planteó de quién podía fiarse. Concluyó que, en exclusiva, de ese profesor de Humanidades roto de dolor en cuyo semblante palpitaba, a veces, una tremenda melancolía y, otras veces, un patético y breve gozo imperfecto basado en la visión de una joven muerta.

Lancaster se sumió en sus meditaciones, principalmente en prever la reacción de Rasul Assad de ir hasta él y preguntarle si era partidario de las venganzas, de la ley del talión vigente en Irán, o bien tendía a perdonar los actos malvados. Muy poco después saldría el nombre de Yasmine Handal en la conversación. En ese momento, ¿el iraní gritaría y reclamaría la presencia de la Policía? o ¿le diría que era todo oídos y, al cabo de escuchar el relato de cuanto había ocurrido en realidad, le expresaría sentidamente su agradecimiento? Cualquier reacción entraba dentro de lo posible, tuvo para sí el detective. En razón de esta previsión realista, él se hallaba muy indeciso respecto a como, donde y cuando contarle a Assad el trasfondo del crimen de la escritora. Dudaba entre enviarle una carta anónima por correo u oprimir el timbre de su vivienda una tarde y comunicarle descarnadamente, sin rodeos, que Behdad Haddadi había arruinado su vida. En lo que no dudó fue en mantener una de sus decisiones: jamás pondría en conocimiento de los cataríes nombres de agentes del Mosad sin relación directa con la operación Medea 1. Contemplaba que, quizá, Ayman Fazeli fuera la excepción a la regla, un hombre de principios entre viles.

Mismo día, misma ciudad, mismo deber pendiente: a Marc Lancaster le tocaba desvelar el móvil del asesinato de Yasmine Handal al novio que la amó y todavía la amaba, al que la abrazó y la besó en la calzada tras ser

acribillada, así como en su féretro en el sepelio, a modo de última despedida. Los relojes marcarían las diez de la noche en breve; Irán estaba sumergida en la oscuridad y, en aquel barrio tranquilo, también en el silencio. El detective aparcó una motocicleta alquilada en el callejón más próximo al apartamento de Rasul Assad; uno de aire denegrido y vaporoso, con techo estrecho y largo hecho de luz pajiza de luna. Su simple plan consistía en llamar a su puerta y presentarse como un investigador privado dispuesto a brindarle información sobre el asesinato de Yasmine con tal de que él quisiera saber la fea verdad. En el supuesto de que el profesor de Historia prorrumpiera en gritos, le daría un golpe seco en la laringe con la mano y, mientras este caía sin voz e iracundo, tiraría una carta reveladora al piso y echaría a correr. Luego ganaría el callejón, se subiría a la Yamaha y huiría por un itinerario ya memorizado, cuyo final se asemejaba bastante al punto de inicio: otro callejón sucio, lóbrego, de techo estrecho y gualdo. En ese sitio solitario, dejaría la motocicleta. Y por los alrededores, aparentando normalidad, tomaría un taxi y le entregaría al conductor una tarjeta de su hotel delante de una sonrisa amistosa. Sin embargo, en el caso de que Rasul Assad lo atendiera cuidando las formas, sin mostrar agresividad, le propondría dar un paseo en el parque de al lado; en el transcurso de este, le contaría más acerca del atentado y de su móvil. En sus caminitos flanqueados de flores, un eventual giro en la conducta del iraní, como tirarse a zarandearlo y a interrogarlo impulsado por el recelo o la desesperación, sería remediado con una dosis de violencia.

Lancaster se encontró el portalón de la calle cerrado sin llave; asimismo, una segunda puerta, que hacía de separación entre el portal y el alargado vestíbulo adornado con una alfombra linda, de colores alegres y bordes ajados, cedió al empujarla con su mano diestra. Pasó por delante de los buzones; en ese momento estuvo muy tentado de echar la carta acusatoria en el buzón de Rasul Assad y guardarse de dar explicaciones en persona. Nunca supo fuera de toda duda por qué no lo hizo. Mas siempre abrigó la misma suposición: había algo indigno en dar a conocer las claves del asesinato de una mujer amada por medio de un sobre en un buzón.

Embocó las escaleras sepultado en su desasosiego. Al final de veinticuatro escalones se levantaba una puerta recia, con relieves de artesanía en su batiente, con aroma a cedro. Movió la aldaba sonoramente. El choque de metal contra metal resonó en las escaleras de forma semejante a los tañidos de las campanas de las iglesias en las aldeas de su Pirineo natal cuando penetran en los bosques circundantes, entre las ramas de los árboles. Su corazón se aceleró como el de un niño golpeado con un cinturón en tiempos severos y, a la vez, gozaba de la claridad y el arrojo del que tiene del todo

asumido que ya es tarde para echarse atrás. Rasul abrió la puerta mal erguido, en una postura de encontrarse deprimido. Su cara presentaba la huella de su sufrimiento; únicamente los ojos variaron por la visita: se tornaron interrogativos.

—Usted es Rasul Assad, ¿verdad? Perdóneme por dirigirme a usted en inglés; no hablo persa.

Al principio, el excensor no articuló palabra alguna. No hizo más que procurar imaginarse quién era el forastero y qué quería. Enseguida preguntaría en inglés:

—¿Qué lo trae a mi casa?

—Quiero ayudarle.

—¿Ayudarme a qué?

—A saber lo que ignora, lo que le desvela. Por mi profesión, detective privado en Europa, y por casualidad ha llegado a mi conocimiento el motivo de que se asesinara a Yasmine Handal. ¿Tiene interés en dedicarme unos minutos?

—Tengo mucho interés.

Rasul Assad cambió la postura de depresión por una de alerta y agrandó los ojos; daba la impresión de que su energía vital perdida estaba resurgiendo. De inmediato lo invitó a entrar con una ilusión extraña (provenía del odio) en la voz. El barcelonés percibió su súbita ilusión peregrina e, instantáneamente, consideró que esta encajaba mejor con el apetito de venganza cruento que con la voluntad de que triunfaran justicias moderadas, como, por ejemplo, que el teniente estuviera entre rejas por décadas. En definitiva, pensó que ardía en deseos de venganza.

—Hablemos fuera. En el parque —sugirió el marido de Anika.

Assad salió al descansillo, cerró dando un portazo y bajó las escaleras poniendo miradas de angustia sobre el antropólogo. El mutismo transitorio de este mantenía en su mayor fuerza las ganas de conocer del amargado iraní.

Pisando brillo de luna en las aceras llegaron hasta unos jardines. En sus caminitos de tierra, que serpenteaban entre composiciones de flores vistosas y cuidadas, como mucho, paseaban cuatro o cinco personas. En la plazoleta del parque menos distante de la entrada, Rasul Assad por fin dio rienda suelta a su curiosidad.

—Venga. ¡Cuéntemelo todo!

—Se adhirió un artefacto explosivo a los bajos de un coche aparcado en la acera de la vivienda de los Handal. Según parece, la señorita Yasmine se marchó en dirección contraria a ese turismo. Los agresores no pospusieron el día del ataque. La siguieron desde una motocicleta y, no bien se abrió

ante ellos una buena ruta de escape, le dispararon.

—¿Qué agresores? ¿Con qué horrible pretensión?

—¿Le habló ella de Behdad Haddadi?

—Sí. ¿Está involucrado este pesado?

—Lo está. Redactó unos informes en los que hizo pasar a su prometida por alguien que no era. Dicha mujer ficticia resultaba un estorbo para ciertas instituciones.

—¿Iba Behdad en la motocicleta?

—En honor a la verdad, no. Sin embargo, tal como yo lo veo, es como si él hubiera apretado el gatillo.

Rasul en absoluto se resistió a dar crédito a las palabras de Lancaster, ni siquiera refutó su razonamiento con el que imputaba la máxima responsabilidad del crimen a Behdad Haddadi. No había pensado en el policía terco e irritante como el culpable de la muerte de Yasmine, pero solo porque su estado emocional había arrasado su perspicacia. El que hubiera tramado su asesinato y no hubiera tenido valor de ejecutarla, de hacer el trabajo sucio, tenía sentido para él. Reconocer la verdad avivó su indignación, se hallaba ebrio de ella.

El investigador privado prosiguió hablando:

—En lo que respecta al móvil, es decir, a qué obedeció el escribir los informes falaces que ocasionaron su desgracia…

El teheraní lo interrumpió, con mirada de hombre avispado.

—Sé la razón. Yasmine rehusó su propuesta de matrimonio. Y le sentó muy mal.

—Así es. Se dejó guiar por el resentimiento.

—¡Malnacido!

—No me es posible aportarle pruebas. Ahora bien, si le culpa de haber intrigado contra la señorita Handal, lo hostiga y lo mira a los ojos… verá confirmada esta acusación que estoy haciendo contra él. ¿Hablarán?

Rasul se sumió en los recuerdos de Yasmine. Tuvo emociones de enamorado, de manera que pareció que la indignación se diluía en la añoranza. No obstante, enseguida se apoderaron de él sus sentimientos más extremos y primitivos. Entonces su cara delató su furia y su sed de violencia. Cualquiera habría deducido que estaba ideando una venganza inminente, terrible, atroz. Finalmente, tres palabras: «Gracias. Muchas gracias», salieron dificultosamente de los labios endurecidos por la cólera del profesor, y este se perdió en la negrura trufada de luz de farolas cabizbajas.

Al punto, Marc Lancaster hizo trizas la carta, tiró los trocitos a una papelera y se encaminó derechamente hacia el fuliginoso callejón con una

lámina de oro arriba. Se sintió liberado. Nada lo retenía en Irán. Albergaba una sensación gratísima, caminaba hacia Anika.

22

Una ciudad milenaria, un mediodía de color apagado, otoñal. Tras una de las ventanas del restaurante Amolai, tres niños de una pandilla de barrio hacían muecas de burla o sacaban la lengua a los comensales. Cuando el más bajito de los tres se sentó en la repisa y restregó su mejilla contra el cristal, uno de los camareros, sabedor de que le tocaría limpiarlo, anduvo deprisa hacia el exterior para reprenderlos. Entonces Rasul Assad, pasando entre el camarero enfadado y un afilador que voceaba acerca de la eficiencia de su aparato, ingresó en el restaurante. Se sentó de forma brusca en la mesa de Behdad Haddadi y escudriñó su cara para estar seguro de que el mal existía en él. El recién llegado tenía gesto airado, la mirada torva, y sentía cómo su ira se agudizaba más allá de los límites que conocía. Por su parte, el confidente del Mosad se estremecía de miedo. Aparte de este sentimiento, en su rostro se hicieron patentes dos cosas: era responsable de la muerte de Yasmine y deducía haber sido desenmascarado. Si bien usualmente el asombro precede al miedo, primero tuvo miedo y luego se asombró. ¿Cómo había trascendido que se prestaba a ser un peón del Mosad?, ¿una noche, borracho en su piso, había vociferado y algún vecino oyó sus exabruptos y amenazas dirigidos a la escritora?, ¿los agentes del Mosad en Irán se habían dado cuenta de que les había pasado el nombre de un objetivo sin relación con su lucha? y ¿la conversación recaería en Yasmine?, se preguntó de un tirón al paso que la ansiedad cruzaba lentamente por sus ojos y los agitaba, sin que su asombro se atenuara por ello.

La conversación no recayó en Yasmine. De hecho, no se produjo conversación alguna. A Rasul en absoluto le hacía falta trabarla, pues por el miedo que apreciaba delante de sí, ya estaba seguro de que el detective europeo que hizo que su depresión se transformara en indignación y en coraje no había forjado invenciones. Lo presintió desde que este le confiara en el parque el nombre del urdidor del ataque mortal a Yasmine; ahora tenía la evidencia de que el pretendiente celoso había manipulado para que se la matara.

La mano derecha del hombre de luto acudió a sus labios, como si se prohibiera a sí mismo hablar, y dio muestras de querer dar muerte a Behdad

Haddadi mediante un expresivo gesto facial. Este captó y entendió todo: la determinación de Assad, la causa de su contención, que conocía la verdad, que el rencor lo poseía y que tenía pensado ajustar cuentas en breve, solo que en otro lugar y en un día distinto. A continuación, el teniente acertó al pensar que de ninguna manera el excensor lo liquidaría en un restaurante repleto de gente. Y conjeturó que tal vez se debiera al propio interés de este, a que pretendería matarlo sin arruinar su futuro, o tal vez a que llevara idea de asesinarlo de manera horrenda y permanecer mirando mientras la vida lo abandonaba.

El exnovio de Yasmine se despegó de la silla casi de un salto, se quedó en una pose altiva al tiempo que el asco endurecía su boca y se fue del local; en todo momento su torva mirada le confirió un aspecto temible. Behdad Haddadi tembló por una premonición: o huía de Irán en los próximos días o era hombre muerto. También supuso que Rasul carecía de pruebas fehacientes de su crimen. De haberlas tenido, en ese mismo instante detrás de la cristalera se siluetearían las figuras de policías en actitud marcial, en vez de cuerpos de mujeres de mediana edad, talle grueso y manos rudas que venían cargadas del mercado. El policía se puso a discurrir con las palmas en las sienes y entrecerrando los ojos, como un niño revoltoso que anda humillado por regaños. En su mente pronto cobró validez un modo de eludir las desdichas que, según creía, se abatirían sobre él a menos que espabilara e hiciera por protegerse. Solicitaría vacaciones hoy mismo y, así que le fueran concedidas, pasaría tres semanas en Dubái. Entretanto, iría con mil ojos y bien armado cada vez que pusiera un pie en la calle, por cuanto contemplaba que Rasul Assad intentara impartir justicia metiéndole unas cuantas balas en su corazón o en su cabeza. En Dubái maduraría una salida; esta, obviamente, incluiría qué hacer para que su rival en la pugna pasada por ganarse el amor de Yasmine dejara de representar una amenaza para su sosiego y su vida. De buenas a primeras, ya se figuró que matar al profesor de Historia, preferiblemente escenificando un accidente, sería una muy buena opción. Y para fortalecer su confianza, se dijo que había tenido magníficos maestros en cuanto a asesinar. Desde luego, era cierto. Los agentes del Mosad demostraban ser muy creativos a la hora de eliminar a sus enemigos. En el presente era él quien necesitaba desbordar imaginación en la planificación de un asesinato.

Fuera, una ciudad milenaria en un mediodía apagado y un hombre ambicioso de venganza, espoleado por el rencor, resuelto a no aplazar la ejecución del asesino de la escritora.

El mismo jueves, a las diez y treinta seis minutos de la noche, en un ático

de un barrio pudiente de Teherán desde cuyas espaciosas estancias se divisaban el palacio de Golestán, otros imponentes monumentos y, sobre estos, una capa de luz artificial y otra índigo pendiendo de la nigérrima noche. Behdad Haddadi estaba terminando de hacer la maleta; en la mesa de la cocina yacían un pasaje de avión a Dubái con fecha de mañana, un pasaporte y la autorización escrita de concesión de vacaciones durante dos semanas. Menos de las que esperaba y quería. Pero alcanzaban para salvar el cuello, se prometía. Tanto era así que, nada más su comandante hubo puesto su rúbrica a esa autorización, la confianza volvió a él y una larga sonrisa tersó sus labios.

En simultáneo, Rasul Assad y otros dos hombres con pasamontañas se agazapaban en el rellano del ático. Uno alzó una ganzúa, la miró contra la rubia luz de la bombilla, como calibrando si era la más idónea para vencer la resistencia de la cerradura, y la introdujo en esta junto con un segundo utensilio de ladrón. No hubo modo de forzarla compatible con el silencio —Behdad Haddadi había dado dos vueltas a la llave—, por lo cual desistieron de seguir intentándolo. En menos de un minuto, un joven con pasamontañas abrió el batiente desde dentro del piso, hizo seña de que pasaran y los condujo a la sala de estar. El causante del asesinato de Yasmine se había desplomado sobre el pavimento de tonalidad vainilla; le manaba sangre de una descalabradura, por donde acababa la frente y empezaba la sien, y en su cara, a pesar de su inconsciencia, se mantenía una expresión de estar lamentando no haber sido lo bastante precavido, ya que vio al intruso y la culata de su escopeta recortada un segundo antes de quedarse sin sentido. Entonces se sintió un imbécil por no haber previsto que alguien pudiera acceder al patio interior descolgándose desde el tejado.

Los allanadores formaron un círculo en torno al abyecto policía. Reza, el que había abierto la puerta, afirmó haberse cerciorado de que no hubiera nadie más en la propiedad y haber cerrado ventanas y corrido cortinas. Fue escuchar esto y ponerse todos en acción: amordazaron a Haddadi con un trapo, le juntaron las manos a la zona lumbar con unas esposas y lo ataron a una silla, debajo de cuyas patas habían colocado toallas gruesas para prevenir el ruido. El hecho de que no lo ajusticiaran de buenas a primeras respondía a que los acompañantes de Rasul, militares en activo, habían puesto como requisito para hacerlo que confesara haber sido el artífice del atentado en el cual la artista encontró la muerte.

Así pues, se abofeteó al joven teniente hasta hacerlo volver en sí y se sacaron un martillo y varios clavos de una bolsa de deporte. Hecho esto, uno de los individuos con el rostro cubierto presionó el cañón de su pistola en una mejilla tapada por el trapo de cuadros y le advirtió:

—Hablarás.

Otro de la cuadrilla se inclinó sobre él, martillo en mano. Hundió dos clavos en uno de sus muslos. Bajó la mordaza y formuló una pregunta en tono muy desabrido:

—¿Por qué?

Omitió el nombre de Yasmine. Pretendía que el perverso atrapado lo dijera, que se autoculpara claramente.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la asesinaste?

—Yo no disparé a Yasmine. Tuve un momento de flaqueza, por eso levanté falso testimonio contra ella. Debí controlar mi enfado. ¡Me arrepiento! Liberadme y os daré un montón de dinero, el triple de lo que os hayan prometido.

En este punto de su impetración, los tres militares involucrados en el ajuste de cuentas de Rasul supieron que la acusación del detective privado europeo estaba hecha de verdades: el policía era el auténtico responsable del asesinato de una mujer sin culpa de nada. Ya podían quitarse los pasamontañas, y lo hicieron. Behdad Haddadi alcanzó a comprender que vivía su última noche en este mundo, incluso antes de reconocer a Rasul, el último en dejar su cara al descubierto. ¿Por qué si no iba a darles igual que él viera sus caras?, pensó con lógica.

A una señal del sargento Hossein, que dirigía a los demás, se lo amordazó de nuevo. Este mismo militar reanudó el suplicio: le asestó tres puñetazos en el muslo, justo sobre los clavos dentro de la carne. Esperó a que el reo se quedara sin esperanzas, a que se hiciera a la idea de que sucumbiría a la tortura, lo cual enseguida ocurrió: su angustia devoró sus esperanzas. Le avisó de que no se le ocurriera gritar, cortó el nudo del trapo con un machete y exigió saber:

—Los dos de la moto. Me vas a dar sus nombres, perro.

Haddadi respiró con dificultad, como un asmático al despertarse de madrugada falto de aire, tragó saliva, balbució que le perdonaran la vida con los ojos aterrados. Lloró y adujo:

—El tipo del Mosad en Teherán no va diciendo nombres de agentes. ¿Qué nombres voy a daros?

—¡El Mosad! —exclamó el sargento, sorprendido, con enojo, con una voz que, por el nuevo acento de enojo, dejaba de estar afinada.

Los cuatro intrusos se miraron entre ellos, se separaron unos metros del teniente y se pusieron en círculo otra vez. Hossein se dirigió a Rasul; en la mirada del militar se entreveía algo de conmoción y bastante furia, pero, mayormente, esta sugería resolución.

—Cuando entramos en el piso, este asunto te incumbía solo a ti. Ahora también nos atañe a nosotros. ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí. Nada supe de sus amistades aborrecibles. ¡Jamás! El extranjero fue parco en palabras. Y yo me hallaba impresionado, de modo que no efectué buenas preguntas.

—Las buenas preguntas se harán ahora —garantizó Hossein.

Reza se sumó al diálogo.

—Llegó a mis oídos un artículo publicado en un semanario alemán. Hablaba sobre los crímenes del Mosad en los países musulmanes.

—Yo leí algo acerca de esto mismo en un periódico del Líbano. Un columnista se hizo eco de la noticia —señaló Rasul—. Nunca barrunté que Behdad Haddadi estuviera vinculado al Mosad.

Volvieron a mirarse entre ellos. Cada uno era consciente de lo que había de hacer, y lo aceptaba. Rasul se conformaba con quedarse en un segundo plano. A Hossein le correspondía interrogar, y a los otros dos militares ajustar y retirar la mordaza, así como torturar de una manera con la que el teniente no se desmayara o muriera antes de haber concretado la dimensión de su traición. Así procedieron. La inquina y la rabia, que se acrecentaron en los tres hombres de armas al escuchar que el criminal se había vendido a Israel, en modo alguno los volvieron torpes, así que no quitaron un cierto método a la tortura.

En diez minutos, Haddadi ya había confesado lo poco que sabía: el nombre de su sobornador, una completa descripción física suya y los sitios, siempre distintos, en los que este lo había premiado con sobres preñados de dinero por acceder a ser elemento en aviesas conspiraciones contra los iraníes. Ahora bien, los inexpertos torturadores dudaban de si el teniente realmente sabía poco o era poco lo que consentía en decir. Lo que había revelado en actitud claudicante, mientras respiraba ansiosamente, igual no era más que una reducida parte de los datos sobre la estructura activa del Mosad en Irán y sobre los renegados en su conocimiento; o sea, se estaría callando las identidades de otros espías hebreos y de iraníes dominados por la codicia.

Las dudas de los militares terminaron después de que varios clavos más hubieron penetrado en las carnes del traidor al islam y a Irán, y este diera idénticas respuestas a las preguntas anteriores; esto es, se convencieron de que no quedaba nada por contar. A partir de ahí, dejándose llevar por la tirria que inspiran quienes apoyan el mal y participan en extender calamidades, le infligieron más castigos.

En un momento dado, se hartaron de martirizarlo. Por esa razón, lo degollaron sin contemplaciones.

Seguidamente, ellos y Rasul Assad frotaron paños de cocina en todo cuanto habían tocado y barrieron el suelo con meticulosidad para no dejar ninguna prueba. Al cabo de estas acciones cuidadosas, esperaron a que la noche avanzara. A la una, una hora en la que lo normal sería no cruzarse con nadie en la escalera, se escurrieron a la calle en completo silencio. De la misma forma, en silencio, se separaron y tomaron caminos hacia lejanías del domicilio de Behdad Haddadi.

23

La tarde era bella en Esparraguera. Los colores cálidos del firmamento: rosa, granate y naranja pastel en capas, se reflejaban sobre árboles, tejados, terrazas…, pintándolos y creando una sensación irreal: parecía que hubiesen caído pedacitos de cielo.

Habían pasado dos días desde que sonaran aplausos en el Teatro de la Pasión en la postrera función del año de *La pasión de Esparraguera.*

Bustos tuvo el detalle de llevar en su vehículo a Raimon Llopart a Barcelona. Su idea era aparcar en las cercanías de la estación de Sants, comprarle un billete a Valencia y verlo subir al autobús. A partir de entonces ya no sería problema suyo, se decía con cierta coherencia. Sin embargo, no bien le contó a la estrella de *La pasión de Esparraguera* que viajaría a su ciudad natal esa misma tarde, esta mostró su disconformidad con contundencia:

—¿Es que acaso en Barcelona no moran personas necesitadas de mi afecto? ¿No hay gente menesterosa, triste, descorazonada, enferma…?

—Pues, sí. En Barcelona existen personas así. Igual que en todas las poblaciones, ¿no crees?

—Exacto, igual que en todas las poblaciones. ¿Voy a pasar de largo sin darles consejos, alivio y auxilio, y prepararlos para el juicio universal de Dios? ¡Ah, no! ¿En qué barrio de la ciudad hay usualmente sufrimiento?

Ricard Bustos pensó detenidamente y, con cierta indiferencia, respondió:

—Se comenta que los chinos se explotan entre ellos. Los empresarios traen a pobres de su país y los hacen trabajar en talleres ilegales en unas condiciones similares a las de la Revolución Industrial. Decenas de manteros africanos venden los productos que se fabrican en ellos en las zonas turísticas de la ciudad.

—¡Inocente! ¿No ves cuánta falta les hace mi guía a estos chinos explotadores? ¿Quién originará su arrepentimiento y un cambio drástico en sus malas prácticas si no yo?

—Menuda ocurrencia. No te harían caso. Como entres en uno de sus talleres para sugerir un nuevo orden laboral, te darán hostias a mansalva.

—Sabré tocarles la fibra sensible y sembrar la piedad en ellos.

—No. No podrás. Además, sus obreros no están secuestrados, y tampoco

han sido engañados. Tienen horarios interminables y un trabajo mal retribuido, pero transigen. ¿Por qué? Ahorran el triple que con sus empleos en China. Con franqueza, ni los empresarios, ni los trabajadores quieren escuchar tus reprimendas y tus odas a la generosidad.

—No eres amplio de miras, Ricard. Has sido testigo de que tus paisanos se han enternecido con la pureza de mis mensajes, y, aun así, dudas del poder transformador del amor. Asimismo, has sido testigo de que he vencido en las controversias a los ricos de corazón estéril, dejándolos sin excusas de egoísmo, y, pese a ello, pones en duda mi capacidad de aleccionar y de reformar a los más reacios a amar.

—¡No vayas! ¡Ay de ti! —Al político le dio miedo que Raimon Llopart cometiera la insensatez de pregonar la justicia social en un taller de negreros. Se concentró con la intención de encontrar un medio para que tal cosa no pasara. Pronto tuvo una buena idea—. Mira, te voy a enseñar unas instalaciones en Pedralbes en las que se asiste a vagabundos. El personal de la iglesia de santa María de Montserrat sirve comidas gratis cada día a unos cuantos infortunados en la miseria. Emplea una parte de los seis mil euros que te ha dado el alcalde en comprar ropa a los más andrajosos de ellos. Después pillas el autocar a Valencia y prosigues allí, en casa, con tus labores caritativas. Piensa en cuánto estará echándote de menos tu madre. ¡Tanto tiempo sola! ¿No querrás entristecerla, eh que no?

—Mi madre está mentalizada de que mi misión en la Tierra, redimir a la humanidad, le causará aflicción.

—Pasa unos días con ella. Ponla contenta. En adelante, si aún lo estimaras tu obligación, regresa a Barcelona y retoma tus proyectos en beneficio de los indigentes y los pecadores. Concede también a doña Úrsula disfrutar de tu amor.

—Has hablado de la esencia de la vida, amar. Y me has aconsejado con nobleza. Me inclino por hacerte caso.

—Gracias.

Ricard Bustos sentía lástima por el enfermo adorable que identificaba amar con la esencia de la vida. Se extrañó de sentirla. Tenía clara conciencia de su propia condición moral: era mezquino, tremendamente egoísta. Finalmente, con lucidez, coligió que como Raimon Llopart tenía un sentido ético incomparablemente mejor al de cuantos conocía, esto, en cierta manera, lo igualaba a él con aquellos. Con esta forma de valoración, no era más indecente que los muchos que lo miraban con aires de superioridad en el Ayuntamiento de Esparraguera. Y de ahí su lástima, así como su aprecio, hacia el loco piadoso.

El político estacionó su utilitario en el barrio de millonarios en que estaba

enclavada la iglesia de santa María de Montserrat; en concreto, en las inmediaciones de su casa de caridad. Se repitieron las recomendaciones y los asentimientos presentes en la conversación anterior. Él porfió para que Raimon atendiera con ternura a su madre. El «Jesucristo viviente» comulgó con su criterio, pues afirmó que su madre y las madres en general nunca deberían tener el corazón en un puño por los hijos ausentes. Y añadió una promesa, su periplo en Barcelona no excedería de tres días. A esta promesa, Bustos cobró tranquilidad. Por añadidura, cesó de vacilar entre poner rumbo a Esparraguera o quedarse con él en calidad de protector hasta las diez de la noche, la hora en que lo hubiera incitado a tomar el autobús nocturno a Valencia con un acicate: irritando una vez más su amor por su madre, a saber, sacando a colación su tribulación.

Al cabo de esta última conversación con el bonachón, Bustos se marchó a Esparraguera.

En el salón de comidas para pobres de la parroquia mencionada, Raimon Llopart se desposeyó de dos mil euros dividiéndolos a partes iguales entre diez harapientos, que no supieron expresar bien su gratitud con palabras, pero sí con sus caras. El cocinero orondo y de pelo albo del local cristiano, todavía extrañado por su entrada impetuosa, su rara estampa, sus anacrónicos modos y su liberalidad llamativa, le explicó cuál era la forma más rápida de llegar a las áreas turísticas del centro en transporte público, tal como le había pedido. En realidad, el enfermo mental no había renunciado a sensibilizar sobre los derechos laborales a los patronos chinos que se aprovechaban ruinmente de sus asalariados indefensos, resignados a ser oprimidos y a dar las gracias por carecer de mejores opciones de ganarse el pan.

La estrella de *La pasión de Esparraguera* se apeó del autobús en las Ramblas e inició su caminata. Se acercó a la caterva de manteros africanos enfrascados en las ventas de imitaciones de camisetas del Fútbol Club Barcelona y de bolsos de marcas de renombre a los turistas, que pululaban a su alrededor estimulados por sus ganas de comprar o por la curiosidad. En un primer momento, los vendedores ambulantes de raza negra no satisficieron sus preguntas. ¿Qué ganaban contándole en qué puntos de venta se abastecían de productos piratas?, le replicaron entre muecas de contrariedad. El valenciano se las ingenió para vencer su reticencia: les dio su palabra de que pagaría cuatro camisetas de Messi por la información. Efectuada la compra, un ugandés alto y atlético, con planta de jugador profesional de baloncesto, accedió a decirle las direcciones y los horarios de funcionamiento de dos negocios suministradores de bolsos; lo hizo en voz queda, con tono de apocamiento. El «segundo Jesucristo» apuntó estas

direcciones de las tiendas mayoristas en un papelito y se alejó satisfecho de aquellos jóvenes de piel de ébano que habían saltado la alta valla de Melilla con aspiraciones de comerciar en las calles de Europa o de faenar como temporeros en plantaciones de sus regiones agrícolas. Dado que en los almacenes, uno sito en Badalona y otro en el barrio barcelonés del Pueblo Nuevo, no se realizaban transacciones comerciales hasta mañana de nueve a once de la mañana, Raimon se puso a callejear; mientras tanto, procuraba ordenar sus pensamientos y organizar su estancia de tres días en Barcelona. No fue más allá de planificar lo que haría en el resto de la tarde y mañana: esta tarde se plantaría en el portal de una iglesia a la conclusión de la misa, fomentaría la caridad de las gentes con frases propicias y difundiría el mensaje de Dios, y mañana acordaría con los empresarios chinos una especie de convenio laboral respetuoso con sus sufridos empleados.

Visitó los barrios más antiguos de la ciudad; estaba maravillado y se divertía.

Un minuto más tarde de que concluyera la misa de las siete en la iglesia de santa María de Montserrat de Pedralbes, en su baptisterio Raimon se empinó sobre las puntas de los pies y rompió a repetir con apasionamiento una de las prédicas que tanto fervor y tantas alabanzas habían suscitado en Esparraguera. Su mirada esperanzada hablaba de su confianza en su capacidad de persuadir y de hacer mudar en buenos los sentimientos criticables de los cristianos decepcionantes; una confianza que se sustentaba en las recientes experiencias vividas en ese pueblo desde el que había una buena vista de una montaña de cuento de hadas.

—Atended, queridos hermanos. Todos somos hijos del Padre; pero unos nadan en la opulencia y otros no tienen pan que llevarse a la boca, padecen un azote pertinaz, la pobreza. ¿Es esto justo? ¿Es lo que Él desea? No es justo y no lo desea. Decenas de mendigos jalonan las calles del centro de la ciudad. Yo lo he visto. Os emplazo a recorrerlas entregando limosnas a esos desdichados desmoralizados antes de que termine la semana. Acabáis de orar al Señor, y esto es muy positivo, mas insuficiente. Ahora os impongo completar las oraciones con la acción, la fe con el amor, el culto con el compromiso, la declaración de intenciones con el ejemplo personal en vuestro modo de obrar cristiano… Y no mañana, hoy mismo, o vuestras riquezas se convertirán en murallas infranqueables que os impedirán entrar en el paraíso. ¿Queréis que el Creador se mire en vosotros? Regalad vuestro dinero a los pobres; así seréis sus favoritos, su orgullo.

Los católicos de comportamiento cuestionado ralentizaron su salida por el baptisterio y prorrumpieron en reproches.

—¡Cállate, maldito grosero!

—¡Que alguien le tape la bocaza a este imitador de Lenin!

—Te tomas muchas confianzas, vagabundo.

—¡Llamad a la Guardia Urbana!

—Es inadmisible que haya tantos pordioseros campando a sus anchas por el vecindario.

Raimon Llopart se escandalizó.

—¿Rechazáis mis demandas? ¿Osáis obviar los mandamientos más elementales de Dios?

El rifirrafe fue a más. Las increpaciones mutuas subieron de tono: la masa crispada y el «Jesucristo renacido» se cruzaron graves insultos.

Una patrulla de la Guardia Urbana hizo acto de presencia en el lugar y puso fin a la discusión sacando al «Mesías» del baptisterio. Lo regañaron. Le dijeron que a ellos les gustaba Pedralbes tal como era, tranquilo, plácido y silencioso. A modo de final de conversación, le preguntaron si lo había entendido. Raimon Llopart arremetió contra los dos agentes por haberse inmiscuido en la disputa: les hizo notar su insolencia y que lo habían estorbado cuando estaba en plena labor de eliminar malas costumbres. Remachó que, con su intromisión fuera de lugar, le habían obstruido reformar a pecadores, con lo que los privaban de tener derecho a ir al cielo, al menos de momento. Y, por último, se tiró a exclamar: «¡Debería daros vergüenza!». Los dos policías se miraron atónitos. Al punto, uno de los dos, un varón barrigudo, de mandíbula ancha y rudo, le atizó a Raimon un porrazo en el brazo. Sostuvo la porra en alto y amenazó con arrearle otro golpe como no obedeciera. Aun así, el valenciano no se fue. Robusteció sus acusaciones y redobló su vehemencia. Esto enojó a los agentes de la autoridad, por lo que se llevó dos porrazos más.

Poco después, el valenciano viajó en los Ferrocarriles Catalanes al centro histórico de Barcelona. Como era de esperar, se estuvo parando delante de los indigentes de diversas patrias diseminados por sus calles e hizo lo que a los feligreses de Pedralbes les pareció una idea desatinada, dio limosnas por doquier.

Al anochecer, uno de temperatura apacible y sin viento, estuvo buscando una habitación libre en varias pensiones, pero, por las desorbitadas tarifas, consideró poco ético pernoctar en una de ellas mientras los mendigos dormían al raso. Luego descendió hacia el mar andando sin prisa y, en apariencia, sin que nada lo perturbara, como un niño distraído. Se acurrucó contra un muro en los aledaños del centro comercial Maremagnum; frente a él, los barcos de vela en el puerto se movían lentamente, el mar los mecía a la manera de una madre cuidadosa que intenta hacer coger el sueño a su bebé.

Una noche húmeda se extendió desde el este. Barcelona cerró los ojos.

La claridad de las albas primaverales despertó al «Salvador» y espabiló a la ciudad. Un poco más tarde, a las ocho, esta ya mostraba su cara más dinámica, de urbe grande, bulliciosa y cosmopolita. A esa misma hora, él se sacudió la pereza, se levantó del suelo y enfiló las Ramblas. Para matar el hambre, se comió un *croissant* en una panadería a tiro de piedra del Ayuntamiento de Barcelona; sin perder más tiempo, tomó camino del Pueblo Nuevo. A través de preguntas en su natural tono bonachón, obtuvo indicaciones para ir a esa pequeña fábrica clandestina en la que, presuntamente, empresarios chinos abusaban de sus trabajadores. En media hora ya estaba cerca de ella, en un punto entre el Arco del Triunfo y la rambla del Pueblo Nuevo. Y tras rebasar tres manzanas más y pararse ante la nave que había en la dirección de la nota, oyó el sonido característico, rítmico, estridente, de máquinas industriales de coser. Anduvo alrededor de la nave para encontrar una puerta. Tan pronto como diera con una, entraría y, utilizando su ingeniosa oratoria, iniciaría la obra de misericordia con la que pensaba emancipar a los azacanes obreros oprimidos. Llamó a tres cerradas con llave y gruesas cadenas, sin que nadie viniera a abrirle. Claro está, no desistió. En la parte trasera, halló otra más cerrada con llave, pero sin cadenas. Sus nudillos percutieron sobre esta. Al poco, un mozo chino entreabrió el batiente y lo confundió con un mantero por su vestimenta humilde y su constitución física de hambriento. Gracias a tal confusión, tuvo paso libre hasta el núcleo de la nave. Ahí, a la vista de Raimon, siete mujeres y seis varones orientales manejaban con destreza máquinas de coser japonesas e italianas; su método para elaborar productos coincidía con un sistema de fabricación en serie. Laboraban febrilmente, como si a su espalda se alzara un capataz autoritario con un látigo. No era así. Nadie tenía esta actitud coercitiva. Si alguien no alcanzaba su cuota de producción prevista, no se le admitía al día siguiente. En esto consistía la presión, de manera que no se requerían látigos, ni gritos. La perspectiva de que su pobreza se agravara les mantenía en una sumisa disposición al trabajo.

Otro chino, unos años más viejo, de rasgos adustos, con gesto de suficiencia, que sostenía la mirada al hablar como los jueces impasibles al emitir sus veredictos, salió de un despacho de carpintería de aluminio y paredes de cristal, fue hasta el supuesto mantero y dijo con mucho acento chino (apenas pronunciaba las erres):

—Nunca te había visto. ¿Eres de Europa del Este?

—No soy de Europa del Este, hermano mío. Provengo de Nazaret.

—¿Qué quieres comprarnos, bolsos o camisetas de fútbol?

—No he venido a comprar. Al revés, he venido a ofrecer.

—A ofrecer… ¿Qué traes?

—La salvación de las almas.

—¿La salvación?

El chino altivo, ya convencido de que no comprendería por sí solo lo que proponía el «vendedor», dijo en tono alto el nombre de un peón. Uno de los industriosos operarios se giró sobre su taburete hacia la voz; tenía ojos obedientes, cara redonda, cabello corto, cuerpo flaco. A una seña del que ejercía a todos los efectos de director de la fábrica ilegal, se levantó del taburete, se le acercó e intercambió distendidamente palabras con él. Su jefe le contó lo que se imaginaba: el «representante comercial» trataba de vender alguna materia prima con la cual se confeccionaban los bolsos de imitación, pero por culpa de su deficiente conocimiento del español no entendía bien los términos de la oferta. Naturalmente, el jornalero, que vivía en España desde hacía casi quince años, terció en la conversación en aras de entenderse y de agilizar las negociaciones.

—¿Qué vendes: telas, plástico, piel…? ¿Has traído muestras?

Raimon Llopart se adelantó enfadado hacia el centro de la planta; ahí se distribuían las ruidosas máquinas de coser en hileras, describiendo un rectángulo por fuera y las líneas de un arañazo recto, de cuatro dedos por dentro. Los dos orientales se miraron con desconcierto. Luego la atención de ambos se centró en el Jesucristo de *La pasión de Esparraguera* , para atisbar qué se proponía. El operario hizo una suposición apresurada: tenían delante a un policía camuflado que codiciaba una paga complementaria a la de funcionario, no era trigo limpio.

El extravagante valenciano extendió los brazos, como en el principio de un abrazo sin destinatario claro, y declamó apasionadamente:

—Queridos hermanos. Ha llegado la hora del fin de vuestra angustiosa opresión. A partir de hoy, se ablandarán los corazones de los que han hecho de carceleros en este taller. No habrá más jornadas laborales que unen el día y la noche, ni sueldos miserables, ni miedo a represalias por pedir un poco de comprensión y de consideración. Yo mismo exigiré —gritó con un dedo extendido hacia el encargado—, en vuestro nombre, horarios menos agotadores y mensualidades más dignas. Y también exigiré otra cosa, pero no a ellos, sino a vosotros: en vuestro interior han de crecer el amor y el temor a Dios.

El jefe, su obrero de confianza y un pekinés robusto se arrojaron al unísono sobre Raimon Llopart para sujetarlo y, tirándole del cabello y de un brazo, lo trajeron a rastras al patio trasero, que se abría triangularmente tras la única puerta sin cadenas de la nave. Aquí lo soltaron y le dirigieron

advertencias tajantes, inequívocas: debía largarse de inmediato y no incordiarlos más. Él ni por asomo aceptó tales imposiciones. Es más, apartó a los tres hombres con empujones y embocó la puerta para entrar dentro de las instalaciones. No era momento de bajar los brazos, habida cuenta de que interrumpieron su sermón antes de que él hubiera apelado suficientemente a la rebeldía y a la bravura de los desheredados, y de que hubiera declarado que todo aquel que se arrogase una autoridad sobre otro a fin de explotarlo de ninguna forma contaba con el consentimiento de Dios. Los chinos truncaron sus intenciones con agarrones y aferrando su cuello. Devino tan fuerte la terquedad del falso Jesucristo (regresaba una y otra vez tras ser lanzado al patio trasero), que no les quedó otra alternativa que darle un par de cadenazos. Ni así consiguieron hacerlo renunciar a socorrer a los desamparados: volvió a apartar a los tres con empujones y a asomarse al hueco gris fosco de la puertecita que llevaba al ala de la fábrica en la que sus hermanos padecían abusos. El responsable del negocio y sus subalternos, que ya no estaban furiosos y bastante asombrados como al principio de la discusión, sino muy preocupados, se determinaron a propinarle una paliza a Raimon. No les gustaba hacer eso; no obstante, por desgracia, la lenidad la juzgaban inadecuada a la vista de su empecinamiento y su ímpetu. Los sonidos de los golpes y de los gritos se elevaron en el aire opalino.

Una pausa.

Miradas de los asiáticos hacia el testarudo, para inferir por su gesto si desistiría. Confiaban en que habría escarmentado y se marcharía lejos a lamerse las heridas. Pues, no. Cual ave fénix resurgió de sus cenizas, se incorporó y, a pesar de sus magulladuras, se lanzó reiteradamente hacia el vano marengo con los arrestos de un indómito cosaco encolerizado. Le cayeron más golpes en cada embestida. Tres brechas en la cabeza y dos costillas fracturadas acabaron por aminorar su excepcional tenacidad, que tenía su explicación en el idealismo y en la locura. El valenciano yacía semiinconsciente en el suelo, sangraba por la nariz y la cabeza, mascullaba lo que debiera haber sido el broche de su sermón: mandatos emancipadores. Sus agresores se asustaron. De terminar el pesado joven en un hospital, tal vez, se le preguntaría por el motivo de la paliza. Mala cosa. Y como a este le diera por deambular por las calles colindantes atraería a la Policía, lo cual podría desencadenar una batida de ruinosas consecuencias. Peor aún. Ni los sobornos puntualmente puestos en las manos de dos agentes de la Guardia Urbana evitarían que algunas de sus patrullas se presentaran en la nave y detuvieran a sus empleados.

Los chinos cavilaron y cavilaron, sin fruto. Como consecuencia, su

preocupación se agravó más todavía. El encargado, debido a que intuía un panorama muy negro, sollozó como una adolescente cuyo novio se ha cansado de ella y la deja por otra de improviso. El pekinés corpulento conservaba un poco de su aplomo, principalmente porque lo que sacaba del negocio era poca cosa; en varios restaurantes se procuraría un sueldo casi igual trabajando de camarero. Merced a este resto de aplomo, sugirió meter a Raimon en el maletero de un coche y trasladarlo hasta un barrio marginal. Y, armado de razón, defendió esta alternativa: «En estos barrios el interés por las desgracias ajenas es mínimo, rara vez se telefonea a la Policía cuando ven a alguien apaleado». Dicho y hecho. El hijo de doña Úrsula pasó de estar encogido en el maletero de un utilitario a estar desmadejado en un descampado en los confines del barrio de san Roque. Continuaba mascullando su sermón cortado abruptamente.

Un gitano torcido que merodeaba por la zona se acuclilló ante Raimon, examinó sus zapatos, hizo una mueca de crueldad y complacencia, y los hurtó. Posteriormente, otro gitano, este de inclinación compasiva, también anduvo por aquella especie de vertedero, se arrodilló frente a sus pies descalzos y se compadeció del joven lastimado, con cuerpo de adulto y ojitos de niño curioso que le recordaba a un hermano fallecido de un cáncer de huesos en la flor de la vida. Intentó ponerlo en pie y que se apoyara en él al caminar. No hubo manera; Raimon ni siquiera tenía energías para esto. Y como el abuelo no poseía ni fuerza, ni resistencia para llevarlo en brazos a su casucha, se marchó solo y regresó con dos de sus nietos y un carromato de madera que, antes de la compra de una furgoneta, se había utilizado para recoger chatarra y apilar cartones.

Se le hizo un sitio al esquizofrénico en la barraca de paredes blanquecinas y techumbre de hojalata, en la cual, por cierto, no sobraba espacio precisamente. Una hora más tarde, un veterinario trató sus heridas abiertas y sus fracturas con pericia, eficientemente. Raimon se recuperó con lentitud de los daños sufridos; durante ese tiempo, por efecto de conversaciones amenas en las que se traslucía su pureza, el abuelo cobró apegó por él. En la quinta semana de convalecencia estaba restablecido en lo físico, mas continuaba afectado anímicamente. Lo habían insultado y zurrado otras veces, muchas, y tales ultrajes y agresiones no habían mermado su indoblegable voluntad de aleccionar a los extraños para que hicieran el bien a todos y de trocar los corazones sin fe en corazones que aman al Señor. Sin embargo, ahora su grandeza de ánimo se había agostado. Se notaba débil de espíritu; evidentemente, no estaba en condiciones de reanudar su labor con presteza y modos convincentes. Por ello, cuando el abuelo digno le propuso cuidar de un rebaño de ovejas de un sobrino suyo en una

localidad montañosa de Lérida a cambio de comida y techo, aceptó. Si bien no aceptó incondicionalmente, agregó matizaciones: un día se sentiría fuerte como antes, y desde ese mismo día se entregaría de nuevo a su misión, predicar la palabra de Dios.

De finales de junio a octubre, Raimon Llopart pastoreó un nutrido rebaño de ovejas en Esterri d'Àneu, una población a pocos kilómetros de Francia, agraciada con un paisaje idílico, estupendo para recobrar la salud y el carácter.

De junio a octubre los intentos de hallarlo vivo o muerto fueron estériles.

Cuando el otoño terminaba, una joven lo miró en su litera durante sus rezos, le dedicó una sonrisa y lo abrazó con alegría. Era Anika Doric.

24

Barcelona, noviembre de 2015

Marc Lancaster empleó muchos meses en el caso de Jesucristo, en balde, toda vez que estuvo siguiendo pistas malas. Durante ese tiempo, tuvo el corazón en un puño por un hombre al que nada lo unía salvo un favor a Durant y el permanente compromiso profesional de arreglar enredos, aclarar enigmas y rescatar a personas de las garras de malvados. Admitía para sí no saber cómo enfocar la investigación; desde ningún ángulo vislumbraba un resquicio de luz, un poco de verdad, un lugar en el que Raimon Llopart hubiera pronunciado sus sermones, en los cuales siempre destacaba las bellas ventajas de quererse. Estaba a la espera de que algún ciudadano que hubiera prestado atención a uno de los carteles con la cara del desaparecido (pegados en la provincia de Valencia en buena cantidad y, en menor número, por Alicante) se decidiera a llamar. En la parte inferior de los carteles rezaba: «Se ofrece sustanciosa recompensa económica por pistas verídicas». El detective se aferraba a este hilo de esperanza: el atractivo del dinero estimularía a hablar a quienes hubiesen visto al enfermo mental.

En decenas de jornadas, el marido de Anika pensó que no conseguiría localizarlo; empero, jamás dejó de estar poseído por la necesidad de dirigirse hacia él, poner una mano en su hombro y decirle con buena voluntad y ternura: «Ven conmigo, Raimon, tu madre anhela tenerte a su lado».

El 10 de noviembre, por fin leyó en su teléfono móvil un mensaje en relación con la desaparición de Raimon: «Un varón de unos treinta y cinco años, con características físicas concordantes con la descripción de Raimon Llopart se deja ver por el asentamiento de chabolas de El Vacie y por el barrio de Los Pajaritos portando una pancarta de carácter religioso; en ella exhibe un versículo bíblico del juicio final. El caso es que, desde que atamos cabos y atinamos a relacionar este personaje con el esquizofrénico desaparecido, no hemos vuelto a toparnos con él. Y a nadie le viene en gana colaborar, decirnos en qué tugurios asoma la cabeza. El Vacie es un gueto de drogadictos, delincuentes y gente de mal vivir. Mensaje enviado

por Rafael Cosme, policía local de Sevilla».

Marc Lancaster intuía que este agorero al que le gustaba predecir el fin del mundo no se trataba del valenciano. Él exhortaba a perdonarse y a hermanarse, perseguía imbuir en la gente la idea de obrar con más humanidad, en lugar de buscar la persuasión con amenazas como primer y único recurso. Sin embargo, esta intuición no obstó para que, de buenas a primeras, agarrara una maleta pequeña y bajara a Sevilla.

Como fase preliminar a la investigación en la ciudad andaluza, él se familiarizó con los dos vecindarios mentados en el mensaje del policía andaluz: anduvo una hora por estos. Los Pajaritos estaba herido por la pobreza omnipresente, así y todo, podía hacerse un retrato relativamente normal de este: había edificios de varios pisos conectados por cuerdas de tender ropa y algunas tiendas poco prósperas, unos cuantos residentes acudían a sus trabajos y sus vías públicas estaban asfaltadas. En cambio, El Vacie, tristemente, se asemejaba al tercer mundo, no presentaba grandes diferencias con los suburbios de Nueva Delhi por los que el antropólogo había paseado a los veintidós años: calles de tierra, barracas destartaladas sin luz ni agua corriente, tejados de metal oxidados, basura por todos lados, niños pequeños vagando a su antojo, moscas en la comida… Bueno, lo cierto es que sí distinguió una diferencia. En los suburbios de Nueva Delhi vivían niños, mujeres y hombres, sobre todo niños. Por la calles de El Vacie pasaban mujeres y niños, pero escaseaban los hombres; la mayoría estaban en la cárcel por venta de estupefacientes, y otros habían muerto por inyectarse heroína o se habían desentendido definitivamente de sus deberes familiares —se habían ido del gueto—. Además, recurriendo a sus recuerdos, remembró que las expresiones de aquellos nativos de la India denotaban vidas algo más afortunadas, y también remembró que los aromas de especias, los vivos colores de los saris y la distinción en los andares femeninos se erigían como elementos distintivos.

Los vecinos de El Vacie rehuían a Lancaster, soslayaban sus preguntas y hacían oídos sordos en cuanto a pararse un momento y charlar. Él los seguía, se ponía hombro con hombro y, con voz tentadora, les proponía un buen intercambio: dinero por ponerlo sobre la pista de un tipo estrafalario que anunciaba a gritos la inevitable llegada del apocalipsis. Ulteriormente, aquellos sevillanos lo mandaban a paseo, doblaban hacia sus chabolas y se encerraban en estas, o lo miraban como a un bicho raro y se apartaban de él con aire desdeñoso; y los menos, le manifestaban con parquedad nunca haber visto a ese individuo desagradable y atemorizador. Con frecuencia, el investigador privado se preguntaba: «¿Qué hago yo aquí?». Y esto mismo estaba diciéndose justo antes de que un drogadicto espigado, de caminar

vacilante y poco recto asintiera a su interrogación. Este marginado afirmó haber cruzado palabras con el arisco tipo de la pancarta, movió la cabeza hacia un bloque en ruinas en los límites del poblado de barracas, aislado en medio de la nada —se ofrecía a la vista como una antigua columna exenta que había quedado en pie tras una devastación remota— y prosiguió:

—Su nombre es Eusebio, lo llamamos Euse. Duerme en la azotea de ese edificio con las persianas bajadas, el más alto, pasado el cruce. —Alargó el brazo hacia el norte y sacó el índice de su puño—. Los días en que se encuentra tranquilo, va a pescar al Guadalquivir; los días en que está de mala leche, coge la pancarta y se planta en Los Pajaritos para dar el coñazo a diestro y siniestro. Hoy estaba de mala leche.

—¿Y pasa las noches en la azotea?

—Nueve de cada diez. Espéralo arriba y probablemente lo verás llegar en torno a la media tarde. A esa hora se habrá cansado de vociferar sus malos presagios. Lo sé porque, de cuando en cuando, también me pincho ahí. ¿Te sobran diez euros?

El barcelonés depositó en la palma del drogadicto un billete de veinte euros, le dijo gracias sin mirarlo a la cara, con desapego, y subió a ritmo pausado la calle que moría en una intersección próxima al inmueble deteriorado nada recomendable: fachada erosionada, ventanas con cristales rotos, antenas tumbadas cuales arbolitos arrancados de cuajo por un vendaval, vigas que flaqueaban, botellas vacías alrededor de su portal… Encaró la escalera de su hediondo vestíbulo, se elevó por los escalones con el teléfono móvil en la mano, usándolo de linterna, y tiró del pomo de la puerta del tejado. A primera vista, no había nadie.

Lo inspeccionó.

Tres sacos de dormir, cartones haciendo las funciones de somieres, algo de desperdicios, revistas de meses atrás y una caja vacía de cervezas de litro, de las baratas, ocupaban un tercio de la superficie de la terraza; el resto estaba vacía y cubierta de suciedad con textura de tierra. Seguramente, hacía muchas semanas que no caía una gota de lluvia en Sevilla. Limpió con un pañuelo de papel la base de la caja de cerveza de plástico rojo, se sentó sobre ella y esperó a que el energúmeno gritón volviera a su hogar después de esparcir sus amenazas. Su instinto le decía, con más claridad que en Barcelona, que el treintañero de la pancarta no era Raimon Llopart. Ni siquiera se hallaba intrigado, no tenía ganas de ver su cara, y esto suponía una muy mala señal.

Pasaron cuatro horas y cuarto hasta que Marc Lancaster y el iluminado exaltado que, supuestamente, se jactaba de ser la voz de Dios estuvieron frente a frente. Este no dijo ser Jesucristo. Se autoproclamaba un profeta

menor cuyo cometido se limitaba a avisar del destino funesto que les espera a los pecadores y a cuantos desprecian el credo cristiano, a los hombres y mujeres sin fe. El detective torció la cara por la decepción, murmuró frases en que se reflejaba su enfado y se esforzó en comportarse con buenos modos con el «profeta» irascible proclive a proferir frases tremebundas. Después de todo, ese vaticinador de males no tenía culpa alguna de que dos policías quisieran llevarse una bonificación extra por la cara, sin indagar antes un poquito. A ciencia cierta, solo con que ellos hubieran empleado un día en informarse en la barriada de chabolas, habrían subido a esa azotea inmunda y habrían sabido que el huraño sujeto no se apellidaba Llopart. «Malditos holgazanes, me han hecho venir para nada», pensó críticamente. Al momento emprendió la vuelta a Barcelona.

Ocho y media de la mañana, Barcelona, piso de Marc Lancaster y Anika Doric. Desde el cristal de la ventana una oleada de luz entre amarilla y naranja se expandía por el dormitorio de matrimonio y, a través de la puerta abierta, alcanzaba el salón, donde Anika estaba estudiando una asignatura de cuarto año de Periodismo, entre libros y legajos de apuntes. Marc Lancaster se incorporó con los codos en la cama, calculó la hora por el color de la luz y buscó con la mirada a su esposa para posarla en ella y así empezar el día bien, experimentando fruición. La vio detrás del marco de la puerta de cerezo, atareada en la lectura.

—Descansa un rato, cariño. Ven aquí.

Anika retorció su cuerpo sobre la silla, hacia él, y le dedicó una expresión risueña y picarona. Pero no decía nada; se hacía rogar.

—Hazme mimos, Ani.

Anika se deslizó fuera de la silla, avanzó hasta el dormitorio, caminó más rápido al acercarse a la cama y saltó sobre esta. Los dos se acaramelaron: se besaron y se dieron caricias en abundancia. Al rato, ella apuntó con un dedo a su marido y le preguntó:

—¿Cuánto falta para que dejes de trabajar de detective?

—Estoy encallado. No hay manera de progresar en este caso. Me frustra inmensamente.

—¿No será una treta tuya para seguir en la profesión unos meses más, eh? —interpeló en broma.

—¡Qué va! Me gusta cómo es Raimon Llopart. Lo paso mal pensando que, tal vez, esté en peligro. Pocas veces, por no decir nunca, he ido tan perdido en un caso. La estoy pifiando.

—Lo acabarás encontrando.

—Eso espero.

—Tengo fe en ti. Y luego…

—Luego cumpliré mi promesa. Me retiro.

—¿No estás aceptando casos nuevos?

—No.

—¿Y qué pasa con las peticiones antiguas?

—Solo tengo una. Y quien la hizo comprenderá que la rechace. Le hablé de ti.

—¿Te ofrecen algo interesante?

—Asesinaron a una activista durante la dictadura de Pinochet.

—Entonces la cosa va de hallar una tumba.

—Sí y no. El cliente, otro detective, se hace ilusiones de que está viva.

En la cara de Anika emergió una expresión de intriga: le apetecía que le narrara, al menos por encima, los hechos relativos a la detención de la activista chilena.

—Esa mujer, Teresa Vázquez, solo tenía diecisiete años.

—Era demasiado joven para morir.

—Y también para hacer lo que hacía. Llevaba una doble vida. Por el día era una aplicada y modosa estudiante y una bailarina del Ballet Nacional de Chile. De noche participaba en reuniones de la resistencia en calidad de número tres de la Sección de Propaganda; se le habían otorgado funciones y responsabilidades impropias de su edad. A la postre, cayó en una redada. Todo hasta aquí te lo podría haber contado ella en esa época. Lo que viene a continuación, no. Su madre, que se mantenía soltera, siempre le ocultó la identidad de su padre, un coronel de la Fuerza Aérea. Cuando arrestaron a Teresa, recurrió a él para rescatarla y le hizo dos confesiones: tenían una hija y, en su día, cuando era un simple soldado, únicamente le dejó por su voluntad de que no se viera forzado a colgar sus estudios y ponerse a trabajar para mantenerlas. Su antiguo novio se emocionó, e hizo sus diligencias de cara a liberar a Teresa. Al no acertar a hallarla en los presidios, contrató a mi amigo, el detective Durant. De eso hace mucho, mucho tiempo. Este caso no debiera reabrirse; en sus familiares y amigos se avivaría el dolor por su pérdida. ¿Y para qué? Para nada. A Teresa Vázquez la fusilaron, como a cuarenta mil opositores más. En las grandes tragedias sociales, los detectives privados tenemos poco o ningún margen para lograr lo que se nos pide.

—Te vas a reír. Me gustaría investigar sobre su desaparición. Me atrae la idea. ¿Sería una buena detective o una periodista de investigación capaz?

—¡Vaya, vaya! Tienes una secreta vocación de detective. Estaría bien que me ayudaras. Ah, no, no podrá ser. Esta es mi última investigación. ¡Qué lástima!

Anika le dio un cachete en una pierna, rodó sobré el colchón, se irguió a contraluz. Volvió a la silla del salón y nuevamente se embebió en el estudio.

A la una, Marc Lancaster compró dos *baguettes* en la panadería a la que siempre iba, en la calle Cardenal Casañas, oyendo el cielo rugir —las tormentas llevaban dos días formándose y disipándose en ciclos impredecibles—. Entre las jambas de la puerta del comercio, situó las barras de pan bajo el brazo y abrió el paraguas. Se dirigió hacia su apartamento. A los pies del portal de la iglesia de santa María del Pi, le cerró el paso una turista veinteañera de sonrisa bonita, ojos preocupados, voz de niña y pinta de modelo de portada de revista.

—¿Compartiría su paraguas conmigo, señor? Voy en la misma dirección, a la plaza Cataluña —pidió en inglés, aunque esta no era su lengua materna; se notaba por sus fallos en la pronunciación.

—Faltaría más.

La joven se refugió bajo el paraguas azul marino; continuaba la sonrisa bonita en sus labios, así como la preocupación difícil de describir, muy rara, en sus ojos. Giraron hacia la calle del Pi y anduvieron con un brazo de ella contra el suyo para caber los dos debajo del paraguas. El detective se frenó allá por el portal de su casa, le pasó el paraguas a la turista y estuvo caballeroso:

—Quédatelo, o acabarás muy empapada.

Esta bajó la vista; sus ojos seguían rebosando preocupación, ahora más intensa, pero igual de extraña. Rechazó el regalo con palabras educadas, todavía rehuyendo la mirada del marido de Anika con la intención de que él no advirtiera que sus pensamientos la mortificaban.

Un individuo de pasos ágiles, alto, fornido se acercó a Marc Lancaster por detrás y le disparó dos balas sin interrupción con una pistola plateada, como en los atentados hechos por sicarios fríos.

La mentirosa con mala conciencia y el asesino huyeron juntos, caminando rápido, sin mirar atrás, con actitudes sobrias fijadas de antemano en una conversación preparatoria de este ataque por sorpresa.

Marc cayó sobre una rodilla y una mano, como un atleta exhausto y con sus metas cumplidas. Después se derrumbó en la calzada; entonces pareció un soldado derrotado. Estaba consciente, completamente consciente. No paraba de preguntarse qué enemigo suyo había mandado a la chica de ojos preocupados y al pistolero eficiente, exento de vacilación: «¿Un compinche del asesino en serie que degolló a los escritores de novela negra tal vez? Al chulo de Valencia le viene muy grande organizar un desquite así». Y seguidamente concluyó: «No. Ninguno de los dos lleva las riendas de este

ataque. Las lleva el Mosad». Lo cierto es que creyó reconocer su firma: buena ejecución del atentado, hecho en un lugar habitual a una hora habitual —cuando regresaba a casa de comprar el pan—, por un agente con experiencia en matar y utilizando una distracción, en este caso, una mujer dotada de atributos para absorber la atención de cualquier hombre, enamorado o no. Por pura lógica, había sido el Mosad, se repitió en sus adentros (en realidad, un mafioso ruso ordenó acabar con él como castigo por haberle quitado a María, más por el orgullo herido que por el dinero dejado de ganar).

A Lancaster pronto lo torturó imaginarse que Anika se quedaría viuda y Arlet huérfana por parte de padre, de manera que luchó por sobrevivir. Así y todo, tenía la sensación de que la vida se iba de él mientras la lluvia caía en su cara. De repente, empezó a oír la canción de Vladimir Vysotsky preferida de su esposa. No era una casualidad. Él tampoco lograba dominar los caballos que lo arrastraban al final de su vida, ni siquiera le quedaban fuerzas para tirar de las bridas o para atenuar su frustración con un lamento sonoro. Al poco, susurró entrecortadamente:

—Anika, Arlet, os amo.

25

Teherán, 7 de febrero del 2016

Era un gran día. Mejor dicho, todo estaba dispuesto para que fuera un gran día, uno de celebración y disfrute memorables. Se oficiaría la ceremonia religiosa del matrimonio de Rasul, contraído quince días atrás. Evidentemente, no se había casado con la mujer de sus sueños; los restos de ella descansaban en el cementerio de Behesht-e Zahra.

Cuando apenas faltaban tres horas para el comienzo los ritos religiosos; Rasul componía un ramo escogiendo las flores más bonitas de otros ramos, colocados para adornar la fiesta del enlace matrimonial. Entonces oyó un rumor de pisadas flojas, de alguien viejo. Volvió la vista y vio la figura de su clarividente y despierto padre, que andaba hacía él con semblante estupefacto.

—Dime que no es verdad, Rasul. Dime que estoy imaginándome cosas.

—Le presentaré mis respetos y regresaré enseguida. En dos horas, a lo sumo, habré vuelto.

—¿Tienes que ir precisamente hoy, el día del festejo de tu boda?

—Sí, he de hablarle precisamente hoy, padre.

—¡¿Hablarle?!

Alí Assad no prolongó sus protestas. Del tono seguro, de las palabras inapelables, del aspecto fúnebre de Rasul, de todo ello junto, se desprendía que sería inútil empeñarse en refrenar sus intenciones.

Tres cuartos de hora más tarde, los pasos del novio se acortaron frente a la tumba de Yasmine Handal. Se paró con el ramo de flores selectas y algo abigarrado en la mano derecha, vestía un traje elegante, sus ojos amenazaban con estallar a llorar.

—¡Qué delicioso habría sido nuestro matrimonio, amor mío! ¿Me miras desde el paraíso y te alegras de que me case y rehaga mi vida? Adivino que sí. El hecho es que mi vida terminó justo al apagarse la tuya. Para nada me estoy construyendo un futuro a mi gusto, meramente condesciendo a los deseos de cuantos me importan: mi padre, mi madre y mis hermanas. ¿Por qué no hacerlo? Así, ellos serán felices. Es justo. Ya ves, al final, en cierto modo, he claudicado, he rendido mi albedrío, no he seguido tu inspirador

ejemplo. Hablando claro, no hay nada por lo que valga la pena rebelarse fuera de tenerte conmigo. Vida mía… Pondré voluntad por hacer feliz a Haiat, pero el desconsuelo siempre pervivirá en mí, y esto le anunciará, hasta el fin de mis días, lo que tú y yo fuimos, somos y seremos el uno para el otro. Ella deberá entenderlo, hacerse cargo y aprender a sobrellevar esta silenciosa ofensa, este signo de mi eterno amor por ti. Te has marchado del mundo tan pronto. —Se interrumpió, se mordió un labio por la hondísima nostalgia, soltó un suspiro y continuó—. Alá me concedió vengarme. Mandé a Behdad al infierno, y permanecerá confinado en él por los siglos de los siglos. Yasmine, le suplico constantemente al Altísimo estar contigo. Volveremos a vivir juntos, es cuestión de tiempo, de tiempo oscuro e insulso. He traído uno de tus poemas favoritos, el de Leonard Cohen.

Abrió un libro por una página con la punta superior doblada y leyó estos versos:

Mi página estaba demasiado blanca.
Mi tinta era demasiado fina.
El día no escribía
lo que la noche anotaba.

Mi animal aúlla.
Mi ángel está preocupado,
pero no se me permite
queja alguna.

Porque alguien hará uso
de lo que no pude ser.
Mi corazón será suyo
impersonalmente.

Avanzará por el sendero.
Verá lo que quiero decir.
Mi voluntad partida en dos
y la libertad en medio.

En menos de un segundo
nuestras vidas chocarán.
Lo interminable interrumpido,
la puerta abierta de par en par.

Leído el poema, añadió: «Lo interminable interrumpido… Volveremos a estar juntos en la otra vida» . Guardó el libro en una bolsa de lino, se arrodilló ante la lápida y movió las manos hacia adelante, como si Yasmine

también estuviera allí de rodillas y estuviera fundiéndose en un abrazo con ella. Era un abrazo cálido y embelesador en medio de un cementerio solitario y frío.

El profesor de Historia compareció en la mezquita con la antelación justa para que Haiat y su familia no se alarmaran. En el punto cumbre de la solemne ceremonia, la mirada de este destilaba su duelo a despecho de que procuraba fingir emociones más acordes con el momento; simulaba a fin de ser galante y respetuoso con la novia, que conocía el trágico final de Yasmine —por narraciones en tono lúgubre de la señora Assad— e ignoraba con qué fatal intensidad pervivía en él la pasión por la difunta.

Rasul se transportó al cementerio, a ese largo abrazo cálido y embelesador, se alegró por sentir el contacto de la poeta asesinada en la flor de la vida y clavó su mirada en Haiat. Ella se confundió, vio en esto una promesa de amor.

FIN

Nota: Esta novela no contiene hechos reales.

Comité de bienvenida a los extraterrestres

«Una democracia no es en realidad más que una aristocracia de oradores, interrumpida a veces por la monarquía temporal de un orador»

Thomas Hobbes

«La injusticia es muy grande. La respuesta también deberá serlo»

Pancarta de un manifestante anónimo

Argumento

René Zagal, un fotógrafo de guerra harto de las deficiencias del sistema democrático occidental, inicia una campaña extravagante para reivindicar los derechos de las personas de los países pobres. Como consecuencia de su campaña, inesperadamente se desencadenarán revoluciones populares contra los políticos en casi todo el planeta.

Aparecen dos historias secundarias en la novela: episodios de la vida de Jean-Jacques Rousseau y de Thomas Hobbes. Tomando como referencia su pensamiento y su comportamiento, se establece un paralelismo entre el suizo y las civilizaciones humanas, y otro entre el inglés y los extraterrestres. En esencia, se hace llegar este mensaje al lector: quien presume de bondad no tiene por qué ser bondadoso, ni malvado quien reconoce sus defectos.

Comité de bienvenida a los extraterrestres , a pesar de pertenecer a un género distinto, es en cierto modo una continuación de *El caso de los escritores de novela negra asesinados.* En esta novela negra la Vansa describe los problemas que hacen desgraciada a buena parte de la humanidad y en su obra de ciencia ficción aporta una solución global para todos ellos. Por tanto, se recomienda al lector leer primero *El caso de los escritores de novela negra asesinados.*

Comité de bienvenida a los extraterrestres no es solo una novela de ciencia ficción, también es un detallado manual —bueno o equivocado— para la insurrección, la metamorfosis social y la eliminación de la clase política.

1

Yemen, Al-Hudaydah, 9 de agosto de 2018

Las bombas estallaban en plena calle y en las azoteas de los achaparrados edificios de viviendas. Ninguna alarma antiaérea había avisado del ataque a la población, así que abundaban cuerpos ensangrentados por dondequiera que uno tendiese la mirada. Las bombas saudíes de racimo, así como las de precisión Paveway, acostumbraban a no hacer distinciones entre hombres, mujeres y niños. Esa tarde tampoco las estaban haciendo; muertos y heridos de consideración de todos los sexos y edades se hallaban diseminados en la vía pública.

El periodista René Zagal renunció a tomar más fotografías y trató de guarecerse de la lluvia de bombas, pues después de doce minutos muy dramáticos el miedo había empezado a imponerse a su ímpetu y a su natural constancia. No obstante, no había esquinas ni puertas cercanas por las que escapar de la calle infernal, o no acertó a verlas. Instintivamente pegó la espalda a una tapia e hizo presión hacia atrás, como si fuera posible encontrar un refugio detrás de esta. En verdad su miedo, en ese instante transformándose en pánico, lo estaba volviendo irracional. Seguidamente vinieron a su mente las exhortaciones de Nadia, su pareja: «¿Quieres que te maten en Yemen? ¡Egoísta! ¿Te importa un bledo que yo tenga el corazón en un puño cada día por ti? ¡Dios bendito! ¡No vayas!».

Ahora contra esa tapia le parecía que aquellas palabras de Nadia encerraban un sentido común insuperable. «Te haré caso, cielo. Me quedaré parado hasta que haya finalizado esta ofensiva; luego cogeré el primer vuelo a Estados Unidos. Yo ya he cumplido de sobra con la humanidad», se dijo. Enseguida cambió su decisión de permanecer quieto ante la tragedia. La «culpa» la tuvo un niño de unos seis años, de piel canela, de rasgos autóctonos, escuálido por la falta de alimentos, con el tronco medio cubierto de sangre, bocarriba en la tierra rodeado de mangos y tomates maduros de la cercana parada de frutas, de ojos extrañamente resignados, que se entreabrieron de súbito en la enésima explosión estruendosa; una luz muy bonita envolvía la calle y se reflejaba en aquel pequeño, solo en él, como si Dios quisiera hacerlo destacar o elegirlo para ser salvado. René Zagal se enfureció y recobró el coraje al ver esta vida en peligro. Se arrojó

a la calzada bajo el fragor de las bombas, que amainaba o arreciaba dependiendo de si la escuadrilla de aviones pasaba de largo o sobrevolaba en círculos ese distrito de la ciudad para aniquilar a rebeldes armados cuyas posiciones, en realidad, se ubicaban a quince kilómetros. Asistió al niño, pero lo único que pudo hacer por este mientras su vida se apagaba lentamente fue darle un poco de consuelo. Teniéndolo en sus brazos aprendió que, al irse el alma, los cuerpos se vuelven más pesados. Este peso repentinamente mayor del niño junto con el cerrar de sus ojos hizo evidente su fallecimiento. Entonces, el fotógrafo del *San Francisco Chronicle* alzó la vista y presenció un espectáculo dantesco: tanto la calzada como las aceras estaban sembradas de difuntos; los tullidos encontraban fuerzas para arrastrarse hacia donde se les antojaban sitios más seguros o menos tétricos para esperar la muerte; una chiquilla y un chiquillo de unos diez y ocho años, respectivamente, en apariencia hermanos, corrían cogidos de la mano describiendo eses para sortear a los muertos y a los vehículos en llamas; un edificio de ventanas de cristales sucios estaba desplomándose; un cuatro por cuatro de la media luna frenaba derrapando en el punto que su conductor juzgaba el epicentro de la catástrofe; una mujer de mediana edad gritaba frente al cadáver de su marido y no atendía a los ruegos ni a las razones de su amiga para que se alejaran de allí; seis aviones se recortaban en el horizonte, sugerían aves de rapiña encaprichadas de una presa… René Zagal rompió a llorar; los dos chiquillos se le aproximaban; la acompañante conseguía por fin, a fuerza de tirones y de empeño, separar a la recién viuda del hombre casi abierto en canal; del edificio derrumbado emergían tres personas tambaleantes y recubiertas de polvo blanquecino que se felicitaban de conservar milagrosamente la vida; el sol proyectaba la figura amenazante del avión en la punta de la formación sobre la vía pendiente de ser asfaltada.

La onda expansiva de una nueva bomba alcanzó a los dos hermanos en su huida; salieron despedidos. El fotógrafo se echó las dos manos a la cabeza gritando algo ininteligible, con acento de histeria. Sintió que le daba igual vivir o morir justo antes de que la misma onda expansiva que había arrancado a los críos de la perspectiva acaramelada lo empujara con fuerza, haciéndole perder el conocimiento.

René Zagal se despertaría con una leve sensación de confort que lo hizo sentirse mal desde el primer instante en que observó a las enfermeras moverse raudamente para dar cuidados a un sinfín de heridos. El hospital de campaña de Médicos Sin Fronteras se hallaba saturado. Los doctores se veían desbordados en razón de estar ocupándose cada uno de más de veinte

pacientes en estado grave; las abnegadas enfermeras, de diversas nacionalidades, se desvivían por aplacar el dolor de estos y la zozobra de familiares y amigos que se habían visto forzados a llevar a sus seres queridos al hospital por sus propios medios ante la escasez de ambulancias.

El fotógrafo recorrió con la vista dos veces seguidas el pabellón preñado de sufrimiento. De inmediato concibió la idea de escribir un artículo en el cual censuraría duramente a los gobiernos de los países que surtían a la dictadura saudí de eficaces herramientas para el crimen con sus exportaciones de armamento. Conocía los nombres de algunas de estas naciones «democráticas» que se jactaban de respetar los derechos humanos y de ser las garantes de la ética en el mundo —Francia, España, Alemania e Italia—; sospechaba los de dos más —Reino Unido y Estados Unidos—, e ignoraba los de muchas otras. También incluiría en su artículo de denuncia a aquellas que, sin llegar a lucrarse vendiendo armas a la monarquía saudí, eran cómplices con su silencio de las matanzas de civiles desarmados ajenos a los juegos de poder. En resumidas cuentas, cambiaría la cámara por un ordenador, un bolígrafo y papel, y el trabajo sobre el terreno por el de investigación. El redactor de la sección de Internacional del *San Francisco Chronicle* le debía demasiados favores para negarse a publicar este escrito destinado a conmover y a rebelarse contra el orden establecido. Sin duda, le daría vía libre para informar a su manera sobre la actualidad candente relacionada con Oriente Medio, se prometía. Y si alguien pusiera alguna objeción, le recordaría que se había jugado el pellejo en tres guerras en África y en esta última en Yemen para que los periodistas de despacho y traje dispusieran de estupendo material gráfico.

René se incorporó hasta quedarse sentado sobre el colchón. Lo primero que oyó fueron frases de confortación de una madre devota a una niña estirada a la izquierda de él, con una pierna escayolada en alto; lo segundo, los comentarios de dos enfermeras al pasar delante de su cama:

—Una bomba de racimo ha derribado un montón de casas. En cuestión de minutos empezarán a traernos más heridos: los que no estén en condiciones de llegar vivos al hospital Al Thawra. Prepárate. La tarde se nos hará muy larga.

—En Saada están igual o peor. Un misil ha incendiado un autobús escolar lleno de niños. Lo han dicho por la radio.

—¡Dios!

René empezó a vestirse con una lentitud no exenta de torpeza, como cuando vivía en San Francisco y un superior suyo en el periódico lo despertaba con una llamada en mitad de la noche para instarle a ir a fotografiar el escenario de un suceso de última hora; en su mente resonaban

las palabras «incendiado un autobús escolar lleno de niños» y «en Saada». Se giró para distinguir la puerta de salida, mas solo vislumbró paredes de lona detrás del ajetreo, de los quejidos y de las lastimosas frases. Preguntó en qué hospital de campaña se encontraban a nadie en particular; dos camastros a su derecha, un lisiado le respondió pronunciando el nombre. Al instante apareció en la mente del californiano el exterior de este hospital rudimentario, que había visto con inapropiada indiferencia, como teniéndolo por parte del paisaje, siempre que circulaba por la carretera secundaria meridional en dirección a donde restallaban las Paveway. Se puso de pie con la carencia de vigor de un famélico, se abrochó la chaqueta ignorando los juiciosos consejos de una enfermera de ceño fruncido, rubia, alta, en la treintena, con acento alemán en su hablar en inglés, que había venido acelerando el paso hasta detenerse de golpe ante él con mirada acerada, cual maestra rígida cuando un alumno hace una travesura gorda en clase.

—Por favor, deje la cama libre. Pero ni se le ocurra salir del hospital; tome asiento en una de las sillas junto a la entrada. Su doctor no ha descartado todavía que tenga alguna hemorragia interna por la caída. Está en observación.

René cogió su cámara, comprobó que no se hubiera estropeado al caer al suelo y se marchó a recabar más información sobre el autobús calcinado. Pronto averiguó el tramo exacto de autovía adonde había de trasladarse.

Se presentó en lugar de los hechos en Saada siete horas después, con un retraso de tres horas con respecto a los corresponsales de guerra y los camarógrafos de las agencias internacionales que daban cobertura a la noticia. Habían evacuado a los heridos, los muertos —la mayoría carbonizados— seguían en sus asientos, dando testimonio de las deficiencias del servicio de inteligencia saudí o, si no, de la insensibilidad absoluta del monarca Salmán bin Abdulaziz, quien quizá había dado la orden de tirar bombas a los combatientes hutíes y, cuando estos no pudieran ser localizados, a civiles chiitas. ¿Se trataba de un error trágico o se había asesinado a inocentes a propósito?, se interrogó el californiano. Bramó: «Desalmados» y empezó a fotografiar. No lo movía el afán de destacar en su profesión, sino su deseo imperioso de reunir pruebas de los crímenes cometidos en esa guerra civil y de religión con intervención extranjera.

La noche estaba cayendo sobre Yemen y la desesperación del fotógrafo de guerra. Él solo se daría cuenta de que había oscurecido cuando fue necesario utilizar el *flash* , ya que se encontraba absorto mientras se situaba a corta distancia de los finados y procuraba, recurriendo a su destreza,

obtener instantáneas sensacionales. No pudo por menos que decirse que, apenas unas horas antes, esos niños iluminados por el *flash* de su Nikon estaban vivos. Lo embargó una profunda tristeza.

El primer vuelo hacia el mundo en paz en que René Zagal tuvo oportunidad de embarcarse aterrizaba en Viena. En cuanto supo de ese vuelo en avión privado, decidió tomarlo. Le daba igual el país de destino; su idea era salir de Yemen lo antes posible y no mirar atrás.

En su coqueto hotel de la ciudad de ambiente señorial por antonomasia de Europa, redactó el artículo ácido, ilustrativo, contundente que estaba ansiando escribir por las carnicerías y crueldades vistas en Yemen. Estas fueron las gotas que colmaron el vaso. Ahora bien, el vaso comenzó a llenarse mucho antes, hacía ya diez años, en Zaire. Y continuó llenándose a medida que, con su destreza para la fotografía, inmortalizaba los horrores de otros conflictos armados que desangraban África y se alargaban por las injerencias de grandes multinacionales occidentales cuyos propietarios se habían malacostumbrado a comprar materias primas valiosas a precio de saldo y no tenían ninguna intención de permitir a autóctonos honrados reemplazar en las jefaturas de los Estados a los dictadores serviles con ellos. No clavó el bolígrafo en el folio hasta que hubo recibido los *emails* de sus colegas expertos en Oriente Medio, quienes de esta manera lo pusieron cumplidamente en antecedentes de la totalidad de Estados cómplices, en mayor o menor grado, de las atrocidades cometidas en la guerra de Yemen. Basándose en las informaciones facilitadas por estos periodistas y afilando su ingenio, se dio a escribir con ánimo de desenmascarar y fustigar a los políticos hipócritas que se hacían pasar por guardianes de la civilización. El borrador de su artículo, terminado en su tercera noche en Viena, quedó así:

EL CRIMEN PERFECTO EN EL SIGLO XXI

Desde tiempos remotos, perversos han aspirado a consumar el asesinato perfecto. En verdad, ellos han identificado a lo largo de los siglos tal asesinato con aquel en que no hay modo de saber quién lo ha cometido. En ocasiones, han logrado salir airosos; en otras, no. Nuestros criminales contemporáneos más temibles, los políticos y sus amos, han cambiado el concepto de asesinato perfecto. Ya no es el homicidio en el cual se revela imposible hallar indicios o pistas que conduzcan hasta el autor; es ese en el que han participado muchas personas en muy altas posiciones de la sociedad, por cuanto sus crímenes nunca serán investigados diligentemente por las grandes instituciones políticas, policiales y judiciales. En la guerra civil de Yemen se ha evidenciado que existe esa nueva noción de asesinato

perfecto. Los gobiernos o empresas legales de Turquía, Francia, España, Suiza, Suecia, Alemania, Italia, Reino Unido, Estados Unidos y Canadá junto con algunos traficantes de armas han reincidido en vender armamento a Arabia Saudita aun cuando sabían que se emplearía, sin restricciones morales, para arrebatar la vida de mujeres y niños. ¿Se sentarán en el banquillo de los acusados los responsables de las masacres en Yemen? Jamás. Solamente en un mundo orientado a la paz, con políticos en su mayoría leales a los votantes, veríamos justicia cuando un dirigente actuara para desatar o agudizar la violencia: se le juzgaría y se dictaría una sentencia ejemplar en orden a mantenerlo en prisión hasta su vejez. Sin embargo, nuestros políticos más corrompidos y abyectos se sienten completamente a salvo. Y con motivo: el sistema no los perseguirá porque ellos lo han creado. En este sistema, a medida de los malvados, a lo máximo que están expuestos es a recibir un ataque de un individuo insignificante como yo, que enseguida será menospreciado y ridiculizado para empañar su prestigio y, por supuesto, para quitar credibilidad a sus juicios críticos.

Cabe replantearse el papel de la ONU como organismo de control. Analicemos sus siglas: Organización de Naciones Unidas. ¿Pero qué naciones se han unido? ¿Las democráticas y pacíficas? ¿Acaso la ONU no alberga naciones con dictaduras? Hemos idealizado a esta institución. Yo también, y durante muchos años; lo admito sin tapujos. Ha llegado el momento de reclamar una organización alternativa que esté integrada por Estados totalmente democráticos —sería bueno preguntarnos si el «totalmente» excluye a nuestro querido país, donde solo nos dejan votar al Partido Republicano o al Demócrata—. Asimismo, debe terminarse la permisividad de la ciudadanía con las faltas de los políticos, a saber, resignarnos a que no cumplan sus promesas electorales y esto quede sin castigo. Al parecer, cada político está formado por dos personas: la que hace campaña electoral prometiendo velar por el pueblo y la que ejerce desde el día después de las elecciones, que solo vela por las élites económicas. ¡Solo por ellas! Evidentemente, tan vergonzosas traiciones los enriquecen. «Elige el cargo que te plazca en bancos, fundaciones, multinacionales…; el día después de que dejes la política es tuyo. Ponte tú el sueldo». Cosas así les dicen los millonarios para asegurarse su obediencia y pleitesía.

¿Se venderían bombas a dictaduras que no respetan los derechos humanos más elementales si nos tomáramos en serio controlar a los políticos? Dejaré al lector que responda. ¿Los ciudadanos medios nos hemos convertido en hombres y mujeres merecedores de repudio por

nuestra pasividad cuando los gobernantes desaprensivos desvirtúan la democracia delante de nuestras narices? Responderá este humilde escritor: ¡sí!

Releyó el texto tres veces, entretanto, añadía pequeños retoques para aumentar la brillantez de la diatriba atrapada en letras. Hecha la última lectura, se halló muy orgulloso de su obra, de su modesta contribución a la mejora de la sociedad. La satisfacción lo excitó. Al punto se sentiría liberado y más contento, pues la tristeza que lo asaltó en Yemen y se quedó dentro de él, como una intrusa avasalladora, estaba mudándose en una desazón más soportable. «No he rehuido mi deber. No he ido a ver un partido de los Giants para levantar el ánimo. He hecho lo correcto», habló para sí, pero, por su apasionamiento, parecía que se hallara con alguien apreciado y se lo estuviera declarando. Seguidamente tecleó en el ordenador hasta haber enviado su artículo al redactor de Internacional del *San Francisco Chronicle* . A partir de ahí tuvo pensamientos de otra índole: se le ocurrió que le sentaría bien distraerse viendo la ciudad. Se sentó en un borde de la cama pensando a qué barrio iría a dar un garbeo; la luz crepuscular de agosto se reflejaba en su rostro y en su humanidad. Hasta ahora me he limitado a describiros a René con pequeños esbozos por un único motivo: había cosas más importantes que contar. Este es un buen momento para describirlo menudamente. Su buena altura, los ojos azules, la nariz fina, así como el cabello moreno, sedoso, rizoso, hubieran dado un aspecto bello a otro hombre; no obstante, no era nada guapo, lo cual lo acomplejaba. La mandíbula corta y hundida, las mejillas demacradas y las orejas grandes habían arruinado desde su niñez las esperanzas de su madre de que fuera tan hermoso como sus dos hermanas, que podían pasar perfectamente por modelos. En su adolescencia, cuando estaba la familia reunida en torno a la mesa, su padre a menudo se había burlado de él, para exasperación de su afectuosa madre y de sus dos hermanas. Solía decirle: «Eres adoptado, un hijo nuestro no sería tan feo». A causa de este aspecto físico, de su timidez y de sus complejos, no había tenido éxito con las mujeres en el instituto, en la universidad, ni en ninguna de las edades en las que a uno se le considera un adulto. Su relación con Nadia, rota a raíz de que lo destinaran a Yemen con el consentimiento de este, había sido la excepción a la regla. A favor de René debo decir que, cuando se le conocía bien, se apreciaban cualidades en él que, a los ojos de muchas mujeres, incrementaban su escaso atractivo inicial. Era leal, cariñoso, constante, simpático en cuanto superaba su timidez y hasta sus manías y obstinaciones tenían su gracia. Sin embargo, pocas llegaban a confraternizar con nuestro

protagonista por culpa de su retraimiento en el trato social; por tanto, su falta de belleza suponía un obstáculo mayor para su felicidad de lo que lo hubiera sido si gozara de un carácter más abierto. Encima, solía bajar la vista como un perdedor resignado a su condición al estar frente a una desconocida que le gustaba de veras, en contraste total a cómo la mantenía firme siempre que se enfrascaba en sus pesquisas para hacer un artículo, fotografiaba a los afectados por desastres o defendía sus puntos de vista en reuniones de trabajo en el *San Francisco Chronicle* , incluso si había mujeres muy agraciadas en ellas. En el hábitat de su oficio, era otro. René Zagal nunca achacó estas flaquezas de su carácter, los defectos de su personalidad y sus eternos complejos de adolescente —ya tenía treinta y cuatro años— a los escarnios recurrentes a los que lo sometiera en su juventud su padre, quien, en aquel entonces, habría preferido tener un primogénito apuesto que sobresaliera en el fútbol americano en el instituto y quisiera ser médico o abogado: «un triunfador». Por el contrario, sus hermanas y yo creemos que gran parte de su debilidad proviene de esa actitud soberbia y negligente. Peter Zagal se vengó de Dios y de su mujer —a los dos les achacaba la culpa de tener un hijo tan poca cosa— con sus mofas, y estas hicieron mella en su vástago. Quizá para compensar tamaña injusticia, él siempre fue el objeto prioritario del cariño tanto de sus benévolas hermanas como de su madre, por lo cual valoraba mucho la ternura y la piedad que engrandece a ciertas mujeres.

Algunos de estos defectos enumerados quedaron de manifiesto en su salida nocturna para procurarse compañía femenina. René se acomodó en una mesita redonda en un Starbucks entre dos grupos de mujeres jóvenes que se deleitaban tomando cafés y porciones de pastel. Oyó el elegante acento americano de Massachusetts en uno de ellos. Le apeteció iniciar una conversación por la alegría que da encontrarse a paisanos en el otro lado del mundo. No se atrevió. Lo cohibía su sentimiento de inferioridad. Agachó la cabeza, como de costumbre. Actuó igual cuando se paró delante de la pantalla gigante instalada a los pies de la Ópera Estatal —para regocijo de vieneses y turistas amantes de este arte— con motivo de seguir un rato una función: no articuló palabra alguna, aunque tenía cerca a dos canadienses de su edad y atractivas de viaje por Europa. «Bueno, al menos he escuchado una buena ópera gratis», se dijo para consolarse de forma absurda.

Al término de una cena solitaria, pero deliciosa, René recalaría en un bar irlandés amplio, pintoresco, ruidoso, muy animado con el objetivo de charlar con alguna mujer hablante de su idioma o de francés y flirtear a la espera de que ocurriera un milagro: notar un sincero interés en ella. ¿Cómo

se encontraba? Terriblemente solo de tanto pensar que no lo esperaba Nadia con sus cálidos abrazos en San Francisco. De ahí que se propusiera dos cosas, en este orden, que coincidía con el de importancia para él: congraciarse con su cielo, es decir, retomar la relación el mismo día que arribara a su ciudad, y entablar conversación con una señorita afable, considerada y agradable a la vista en este *pub* . Durante el primer cuarto de hora, apalancado en un taburete alto y rojo de la barra, rememoró haber gozado de gran felicidad durante el año y medio que había vivido con su ex. La quería, aunque no hubiera sabido demostrárselo lo suficiente, y encontraba tan sumamente deseable su naturaleza muy amable, así como su moderada belleza física que, de hacer falta, le imploraría de rodillas retomar el noviazgo. Había aprendido de los errores y no volvería a anteponer el trabajo a sus deseos, le diría para persuadirla. Además, le juraría que intentaría ser mejor persona, y lo haría porque ella se merecía estar con alguien bueno; así lo pensaba y así se lo diría. Finalmente, para asegurarse la reconciliación, se sinceraría en lo más difícil: le reconocería cuánto la amaba.

Concluidas estas reflexiones, se determinó a cambiar su conducta ordinaria cuando pretendía ligar: se comportaría de modo más extrovertido y sociable. Fue resolverse a enmendarse y pasar a la acción: intentó trabar conversación con una joven que había pedido en inglés londinense una Coca-Cola con ron al barman. Tenía un cigarrillo en la mano al que daba caladas espaciadas con aire de pereza; vestía falda azul brillante, blusa blanca, zapatos de tacón alto; su rubia cabellera, algo despeinada, potenciaba la preciosidad de su cara, bajo cuyas cejas enarcadas y, a ratos, inquietas, destacaban una sonrisa pícara a la par que unos ojos dulces, verdes, grandes. René pronto se percataría de que no era afable ni considerada, pues le respondió con silencios a sus preguntas nada originales: «¿Cómo te llamas?, ¿me permitirías invitarte a tomar una copa?». Momentáneamente, debido a la música alta y a las chácharas en derredor de ellos, él dudó de si las había oído. Un gesto desdeñoso de la belleza mientras estaba exhalando un círculo de humo le confirmó que las había oído bien. Por si al estadounidense le quedaban dudas sobre sus intenciones, sus dulces ojos se tornaron desafiantes y su sonrisa pícara ahora era altiva; emitía un mensaje inequívoco: no apuntes tan alto. Él captó el mensaje y obró en consecuencia: la siguiente mujer a quien invitaría a beber, una introvertida bibliotecaria, cabía juzgarla mucho menos bonita y la tercera era igual de fea que él. Ambas declinaron sus invitaciones, si bien con una delicadeza que no mostrara la joven engreída, con falsa dulzura en los ojos. La bibliotecaria incluso tuvo el detalle de

esgrimir una excusa que, aunque era incierta, resultaba muy educada y reflejaba su tacto o su compasión: estaba esperando a su novio.

El periodista despreciado se hundió en un sofá en el fondo del establecimiento, en el espacio menos concurrido, detrás de un billar en el que nadie estaba jugando. Resopló por su frustración. Se acabó el *whisky* con hielo derretido y proclamó con fastidio ante nadie: «Me gustaría ser una tía guapa. Siempre que quisiera, tendría pareja».

Veinte minutos más tarde, pensó que ya era hora de arrojar la toalla. Abandonó el *pub* con ese aire de pusilánime que su padre tanto detestaba y trató de recordar el camino de vuelta al hotel.

2

Leon Hobswan, el redactor jefe del *San Francisco Chronicle* , abrió las persianas hasta arriba con un mando a distancia, soltó suavemente la taza de café sobre la mesa del despacho, se arrellanó con un movimiento ternario en su sillón de ante y tomó una copia del artículo sobre Yemen. La luz dorada de la mañana inundaba el despacho.

—Excelente artículo, excelente. No se va a publicar.

—¡Cómo que no! ¿Estás de guasa?

Por fin el alto cargo puso su vista sobre René Zagal. Había rehuido su mirada desde que este entró en el despacho. Se diría que no le enorgullecía su propia decisión; y sí, esto le pasaba. Era normal, ya que había sido un buen periodista antes de convertirse en un redactor jefe mediocre y casi sin principios.

—Hemos ofrecido a nuestros lectores sobrados artículos sobre Yemen en los últimos meses. Hay más conflictos armados en el mundo.

—¿Me tomas por idiota? Esta no puede ser la razón. La guerra se ha recrudecido en las últimas semanas. ¡Es noticia!

Leon Hobswan echó un trago al café y observó con incomodidad a su subordinado.

—No me gusta tu actitud.

Al redactor jefe lo apesadumbraba un poco privar de ese gran artículo a los californianos que adquirían regularmente el *San Francisco Chronicle* , así como a cuantos accedían a sus contenidos en la versión digital, pero en absoluto daba tal impresión: ni sus facciones escocesas ni sus ojos grises, de escaso tamaño, casi tan redondos como los de un búho, desprendían pesadumbre, lo que imperaba en estos era el enfado. ¿A qué obedecía su enfado? Le fastidiaba que René Zagal no le siguiera la corriente, que osara exigirle sinceridad.

—René, fuiste un articulista de gran nivel durante tres años. De eso hace mucho. No estás al día de ciertas normas implícitas de obligado cumplimiento.

—Habla claro.

—Si un escritor critica a uno o dos potentados apoyándose en verdades y haciendo gala de talento en sus razonamientos, dirán que es comprometido o incluso genial. Sin embargo, si critica al sistema entero, lo calificarán de

loco o de provocador insensato. Yo no debo dar luz verde a un artículo de opinión tan ofensivo. Los accionistas me comerían vivo. Una de mis funciones consiste en hacer de filtro, desechar trabajos con enfoques desatinados; esto es, evitar que periodistas excesivamente arriesgados, como tú, metan la pata.

—¿Sacar la verdad a la luz es meter la pata?

—A veces sí. Que el diario insertara tu artículo en una de sus páginas supondría meter la pata, sin duda alguna.

El fotógrafo de guerra se indignó y sus ojos se volvieron acusadores.

—¡La misión del *San Francisco Chronicle* es contar la verdad, duela a quien duela!

—El *San Francisco Chronicle* es una empresa y su misión no es otra que vender diarios para pagar a sus empleados y generar beneficios. Me temo que verse envuelto en juicios ruinosos por calumnias está particularmente reñido con generarlos.

—Este no es el caso. ¡Ni por asomo! El artículo no acarreará demandas por calumnias. Los datos son fehacientes y las acusaciones incontrovertibles.

—No me has entendido; las demandas solo constituirían una parte del problema, la menor de hecho. No bien tu artículo se leyera, nos volveríamos un diario antipático para el gran público. Y los diarios antipáticos no venden ejemplares en abundancia. Internet se nos ha comido el treinta y seis por ciento de las ventas. No podemos permitirnos el lujo de que se nos vea como a un atajo de engreídos que dan lecciones de moral al mundo entero.

—No te creo. ¿Por qué no te creo?

El supervisor de ojos cenicientos no contestó, solo enhestó la cabeza y escudriñó el rostro de René Zagal. El enfado de Hobswan había desaparecido; ahora exteriorizaba una curiosidad absorbente y dominante, como la de un jugador empedernido que ha echado los dados a rodar y espera a ver el resultado de la tirada. Se preguntaba si el reportero gráfico sabía la respuesta a aquella pregunta.

—Hoy en día los ricachones diversifican sus inversiones. ¿Tenemos accionistas con intereses en la industria armamentística, Leon? —interrogó Zagal.

Ninguna contestación pasó por los labios de Hobswan. Miraba indiferente y tamborileaba en la mesa con las yemas de los dedos de la mano derecha, bajo la sombra de su figura obesa. Claramente, no le costaba exhibir la tranquilidad de un timador fuera de peligro. El fotógrafo de guerra y periodista advirtió que no le había costado, de ahí que pensara: «He

fallado» e hiciera una pregunta destinada a conocer otras motivaciones:

—¿El consejo de administración ha dado su beneplácito a incorporar a inversores saudíes o a empresarios nacionales que comparten negocios con estos?

El directivo elevó las cejas y se frotó las manos de la forma en que lo hacía cuando andaba por las calles de Nueva York en invierno y lo atravesaba un escalofrío a causa de la baja temperatura.

—Es motivo de honra para el *Chronicle* haber arremetido con tanta rigurosidad contra Arabia Saudita en sus editoriales a pesar de que uno de nuestros mayores accionistas se ha asociado con magnates saudíes en negocios en Estados Unidos. Hemos mostrado una independencia extraordinaria, encomiable, ejemplar.

»Tómate un par de días libres. Después, verás la situación con más claridad. Necesitas relajarte, desconectar del trabajo. Ejercer de corresponsal o de fotógrafo de guerra pasa factura: mina la serenidad y la salud; a ti y a cualquiera. [5]

René Zagal trajo a la mente los editoriales del *San Francisco Chronicle* concernientes a Yemen de los que se acordaba; no los estimaba tan duros en su estilo como alardeaba el redactor jefe. Y en cuanto a sus posicionamientos, los tenía por muy moderados: como máximo, se afeaba a la coalición liderada por Arabia Saudita el hecho de que algunos episodios bélicos hubieran afectado a civiles. En tales editoriales, dos, no se habían incluido términos como «asesinatos en masa», «guerra sin sentido», «inocentes masacrados», etcétera, ni se había demandado al Gobierno norteamericano refrenar las ambiciones de la monarquía saudí, así como su furia ciega. No obstante, se abstuvo de replicar a su superior y de rebatir sus engañosas alegaciones. Comprendía que el criterio periodístico se había tirado a la basura por culpa de ignominiosas alianzas forjadas con dinero árabe. Y, como consecuencia, algunos terroristas se consideraban más terroristas que otros, dependiendo de su nacionalidad. Estaba repitiéndose el trato de favor en los medios de comunicación posterior al atentado en las Torres Gemelas. De haber sido iraníes los secuestradores de los aviones, se habrían filmado infinidad de documentales sobre sus vidas, que abarcarían desde la niñez hasta que desearon ser la encarnación del diablo. Pero como eran saudíes, o sea, compatriotas de hombres de negocios acaudalados, bien relacionados en las altas esferas de la Administración estadounidense y socios de empresarios nacionales, se filmaron contados documentales acerca de ellos en las productoras «problemáticas», «poco patrióticas» —siempre bajo la dirección de directores de cine de espíritu crítico o de personajes indómitos y pintorescos—, y se escribió brevemente sobre sus

orígenes en los diarios de más tirada; poca cosa más se hizo en lo tocante a reconstruir sus biografías. «Es patético. Patético y terrible», concluyó el fotógrafo de guerra, quien de inmediato levantó el dedo índice de su mano diestra y negó con este. Hobswan sonrió con satisfacción maliciosa; le pareció bien que aquel acto de rebeldía fuese tan nimio. René Zagal, todavía conteniéndose, se alzó de la silla y se ausentó del despacho. Ni siquiera dio un portazo, ni siquiera se detuvo en el umbral de la puerta y le censuró ásperamente por su negativa, ni siquiera soltó lo que estaba pensando: «¿Podrás dormir bien esta noche, Leon?, ¿tienes la conciencia tranquila?». En honor a la verdad, el idealista tampoco tenía la conciencia tranquila. Unos eran más responsables en comparación con otros de ese silencio vergonzoso, rayano al encubrimiento, y él no se encontraba entre los primeros. Aun así, se recriminó para sus adentros no haber hecho todo lo que estaba en su mano para superar la resistencia de su jefe y propiciar el auxilio a los yemenitas. Se había rendido sin montar una escena en su despacho, que habría tenido su continuación delante de los periodistas presentes en la redacción en ese momento. Consideraba que ahí y entonces, ante sus compañeros, debería haber argumentado para incendiar las mentiras, las medias verdades y las excusas de la dirección del *San Francisco Chronicle* . El colofón de su apología sobre la esencia sagrada de su profesión, seguramente, habrían sido estos reproches dirigidos al redactor: «No se comporta como un profesional digno del periodismo, ya no es uno de los nuestros. ¡Ha vendido su honor y se ha convertido en un incompetente, y por voluntad propia!». ¿Se había reprimido con la intención de conservar su puesto de trabajo?, se planteaba críticamente. Por supuesto que no, su callar vino dado por algo menos degradante: no estuvo preparado para dar una respuesta apropiada al desprecio a los valores de su oficio. No se esperaba tanta pobreza moral; esta es la realidad. Y la rebelión requiere de cierta maduración, pues solo el tiempo permite desarrollar la disposición y la imaginación necesarias para ponerla en marcha.

En un bar del barrio italiano de San Francisco, ordenó sus ideas mientras se bebía sin prisa dos vasos de vino de la Toscana. Cuando estaba paladeando el último, decidió presentar mañana su dimisión. Tuvo la sensación de estar recobrando el coraje que normalmente poseía en sus desempeños de periodista y fotógrafo de guerra. Se sintió más noble, también más tranquilo.

Paseó por el vecino barrio chino inmerso en sus meditaciones sobre los pasos a seguir de cara a poner al descubierto los negocios que estaban manchando de sangre el mundo a la par que el *San Francisco Chronicle* . No disponía de margen de error, se repetía en cada esquina.

En una hora estaba ante el ordenador de casa. Acababa de remitir su artículo referente a Yemen a los cuatro diarios del país en los cuales contaba con buenos contactos, esto es, en los que tenía la seguridad de que sería leído por redactores con la potestad de autorizar su publicación. Justo antes había enviado su renuncia al Departamento de Recursos Humanos a fin de prevenir posibles reclamaciones por los derechos del artículo. Se figuraba que, en pocos días, recibiría vía *email* o telefónica dos o tres respuestas satisfactorias relativas a su petición urgente disfrazada de ofrecimiento; tenía plena confianza en ello. Con esta confianza aliviándolo, devoró su almuerzo: dos platos de comida china para llevar, que no había sacado de sus recipientes de cartón por vagancia, para no lavar piezas de vajilla y cubiertos. Escuchó por tercera vez el mensaje de WhatsApp de Nadia:

«Mantengo una relación desde hace tres semanas. La verdad… no esperaba escuchar en el contestador que te gustaría que volviéramos a salir. No había sabido nada de ti en dos meses. Me agradó que dijeras que, por mí, estabas dispuesto a dejar de hacer de fotógrafo de guerra. Me agradó mucho, René. Cuando pienso en ti, lo hago con una sonrisa de cariño. No te guardo rencor, todo lo contrario. ¿Quién sabe si en el futuro…? El hecho es que, cuando lo dejamos, yo no me encerré en mi habitación para llorar y lamentarme. Preferí seguir adelante. Ahora debo lealtad y respeto a otra persona, Jimmy, un buen tío; te caería bien. Una parte de mí quiere estar contigo, no lo niego; pero no quiero dejar a Jimmy en la estacada y lastimarlo. En fin, me quedo con él. Te deseo lo mejor. Cuídate».

René se echó en la cama consumido por el desaliento. Amaba a Nadia, o eso creía. Sin pretenderlo, se quedó dormido. Despertaría a las dos horas; era media tarde. Vagó por el apartamento como un perro abandonado que no sabe adónde ir. Al cabo, se dejó caer en la silla del escritorio y abrió su correo electrónico por si hubiera llegado alguna contestación temprana. Se sorprendió al ver que los cuatro diarios ya le habían dado respuesta. Enseguida se llevó un gran chasco. Cada *email* era decepcionante. Las respuestas diferían en los pretextos esgrimidos, pero coincidían en lo fundamental: el artículo no les interesaba. Asimismo, todas adolecían de la turbiedad de las mentiras. Un redactor adujo que crearía mal ambiente en la plantilla encontrar un hueco para un artículo de un periodista externo mientras muchos empleados tenían los suyos pendientes de publicar; otro rehusaba porque su Departamento de Marketing desaconsejaba proporcionar a sus compradores demasiadas noticias sobre guerras en las que no participaba Estados Unidos; desde Nueva York, apuntaban que lo

que vendía de verdad era reprobar a Donald Trump y abominar de sus políticas o bien defenderlo a ultranza, y el redactor del diario de Chicago tuvo la desfachatez de poner en cuestión la solidez de las acusaciones, las tildó de oprobios inmerecidos.

—¡Bah! ¡Excusas!—rugió René—. ¡Excusas de mierda! ¡No os atrevéis a publicarlo! Estáis matando el espíritu del periodismo. ¡Cobardes!

Se resolvió en la silla arrebatándose, se alzó de un salto, dio un puñetazo en la mesa. Tornó a sentarse. Posó la frente en el tablero y las manos sobre la cabeza, en síntoma palmario de desesperación. Transcurridos unos segundos, emergió de la silla y se despojó de esa desesperación; solo sentía enojo contra los redactores sin ideales, acomodaticios, y añoranza por Nadia. Se dirigió hacia la ventana. En un momento dado, miraría a través de su cristal. Un tranvía medio lleno circulaba por delante de la panadería; una niñita risueña montaba en una bicicleta de cuatro ruedas por la acera, bajo la amorosa mirada de su madre; una pareja de adolescentes abrazados se besaba; lloviznaba ligeramente; la luz era grisácea, más propia de noviembre que de agosto, muy diferente a la dorada que embelleciera las primeras horas de la mañana y a la del tono más claro, aunque también cálida, del mediodía. El fotógrafo cesó de mirar. Al instante se centró en idear una acción al margen de los periódicos que sirviera para concienciar a la gente. No se le ocurrió ninguna muy buena, pero se le ocurrió una. Y como le apetecía tanto emprender cualquier iniciativa movilizadora, le valía. De pronto, y sin querer, imaginó una de las bombas saudíes impactando en la escena al otro lado de la ventana: la niña y su bicicleta volaban; la madre aullaba de horror; el tranvía descarrilaba con sus ventanas hechas añicos y con gritos de histeria en su interior; los dos adolescentes morían descuartizados cuando estaban dándose un beso. René Zagal dio zancadas hacia la mesa de escritorio, se sentó bruscamente en su silla. Acercó la pantalla del ordenador con las dos manos, entró en su perfil de Facebook, seleccionó la opción de crear un grupo. Lo llamó «Comité de bienvenida a los extraterrestres». Seguidamente escribió un texto en cuyas líneas se explicaba la razón de ser de este grupo y se precisaban las insólitas motivaciones que habrían de tener en común quienes se inscribieran en él:

Hacemos un llamamiento a cualquier civilización extraterrestre que haya alcanzado una organización social ética para que tome el control de la Tierra. A lo largo de los siglos hemos dado muestras indudables de que somos incapaces de gobernarnos a nosotros mismos sin originar guerras, grandes desigualdades sociales y una explotación incesante de los poderosos a los desfavorecidos. ¿Qué sentido tendría prolongar tan

desolador panorama? Nunca cambiaremos por nosotros mismos; por consiguiente, necesitamos vuestra ayuda y asesoramiento. Tenéis nuestro permiso y nuestra bendición para, si fuera preciso, usar la fuerza en aras a imponeros a la clase política dirigente, la cual, sin duda, constituye el principal impedimento para que prevalezcan la justicia y la paz. Quienes la forman son los responsables del caos, de la violencia, de los expolios…

No queremos sustituir una desgracia por otra. Venid únicamente si os veis capaces de hacernos evolucionar hacia una sociedad más igualitaria y pacífica, así como de echar de sus tronos a los líderes malignos que dominan el mundo y se aprovechan de los seres humanos más débiles a su antojo y conveniencia.

René Zagal

Revisó el escrito; lo dio por bueno. Invitó a sus amigos de Facebook a sumarse al grupo e hizo propaganda de este en foros pro derechos humanos de la misma red social. A continuación rellenó una página asociada al «Comité de bienvenida a los extraterrestres» y pagó cien dólares en publicidad con vistas a conseguir incorporaciones. «Ojalá lleguemos a 20 000 personas en medio año. Me conformaría con eso. El grupo de Facebook de Human Rights Watch lo componen apenas 45 000, y Human Rights Watch es súper conocido», balbució. Naturalmente, no había constituido el «Comité de bienvenida a los extraterrestres» por pensar que hubiera una remota posibilidad de atraer a la Tierra a una representación de alienígenas pertenecientes a una civilización de principios elevados. Su meta se reducía a avergonzar a la clase política, a humillarla por su egoísmo e insensibilidad, cosa que solo lograría en el supuesto de que ese singular grupo se hiciera muy grande con el tiempo.

Volvió a escuchar el mensaje de Nadia; se entristeció con una intensidad inédita en sus recuerdos. Era cada vez más consciente de que su vida sería un asco sin ella. Curiosamente, tuvo una reacción bastante buena. Se dijo que se permitiría sentirse fatal, con la moral por los suelos, tres o cuatro días. Después, para desgajar esta tristeza de su ser, se entregaría a un trabajo que lo llenara, como organizar una exposición fotográfica de crímenes de guerra o realizar un libro de fotografía sobre parques naturales de Estados Unidos y Canadá o sobre drogadictos empeñados en superar sus adicciones —disponía de ahorros para vivir durante un par de años sin recibir un salario—. Además, se apuntaría a actividades divertidas para él: aprender a cocinar comida oriental, un curso de iniciación al teatro, cultivar orquídeas… Este supondría el único modo de tener novia otra vez; era demasiado feo para recibir miradas femeninas de sensualidad o de

incitación a acercarse en un *pub* , una discoteca o un sitio de este estilo, de manera que precisaba el trato asiduo antes de que una mujer se sintiera un poco atraída por él, preveía acertadamente. Se preparó un *whisky* con hielo mientras sopesaba qué resultaría hoy más mitigador: una caminata por el bosque de secuoyas o meterse en un cine a disfrutar de una buena película de autor. Con el *whisky* en la mano, telefoneó a sus hermanas para contarles que Nadia estaba definitivamente fuera de su vida, mejor dicho, para que lo consolaran por semejante desdicha que ensombrecía su presente y lo estaba deprimiendo. Las dos, como siempre, se comportaron como hermanas mayores protectoras: lo cubrieron de palabras cariñosas, lo invitaron a pasar unos días en sus hogares y se ofrecieron a mediar entre la pareja rota. René les descubrió que no era viable una segunda parte, por cuanto Nadia había encontrado a otro hombre. Ellas inmediatamente persistieron en darle ánimos; por ejemplo, le aseveraron que el tiempo lo cura todo. Nada más el californiano colgó, dio las gracias a Dios por tener aquellas hermanas tan magníficas que nunca cejaban de apoyarlo cuando las tempestades de la vida lo rodeaban. No obstante, él continuaba envenenado de tristeza.

El periodista procuró cerrar la puerta del apartamento con suavidad, pero lo hizo dando un golpe recio; seguramente, por estar pensando en su exnovia. Su tristeza lo arrastraba a la calle, como a un adolescente que huye de los maltratos de sus padres y ve en cualquier extraño de gestos amables un medio para marcharse de casa.

A la mañana siguiente, René Zagal se despertó tarde, sobre las once y media. Se había acostado rendido tras haber dado una caminata a través del bosque de secuoyas que se alargó más de lo prudente por hallarse cogitabundo. El agotamiento marcó el final de la ruta, bajo secuoyas altísimas, ¡y quedaba desandar lo andado!

Se levantó de la cama oyendo el rumor de una lluvia ligera. Caminó hasta la ventana doble de la sala de estar, echó un vistazo al cielo cargado de nubes, fue a la cocina a prepararse el café de cada mañana. Volvió a la sala de estar con una bandejita en la que había apiñado una taza de café solo, un bol de cereales, una banana y un vaso de zumo de pera. Hizo sitio en la mesa de escritorio echando a un lado el vaso de *whisky* vacío y los restos de la cena: un trozo de pizza , en su caja grasienta por dentro. Encendió el ordenador, ojeó las portadas de los diarios digitales y leyó un par de artículos comiéndose el desayuno. Al cabo de las lecturas y de apurar el zumo, escribió en Google: «Cursos de cocina vietnamita en San Francisco». Apuntó en un papel los teléfonos de los centros cuyos cursos más le habían interesado. Luego entró en Facebook para saber cuántos de

sus amigos habían aceptado su invitación a integrarse en el grupo de denuncia social. Calculaba que siete u ocho se habrían tomado la molestia de contentarlo. La mayoría habría declinado esta invitación por su carácter ridículo. «No puedo recriminárselo», dijo hablando entre dientes. Le asombró lo que vio: el grupo ya contaba con 63 213 usuarios.

—¡Qué cojones!

Miró el número con incredulidad e intentó hallar una explicación a esa altísima afiliación, pero ni siquiera elucubrando sin límites la encontraba. La intuiría después, cuando centró su atención en los comentarios de sus miembros. En la mitad de estos se mentaba a Ariana Grande, la cantante. Instantáneamente coligió que se había apuntado al grupo y esto habría impulsado a una miríada de sus fans a hacer lo mismo. Con los latidos acelerados, buscó el perfil de la artista en Facebook y leyó sus tres últimas publicaciones; en ellas no se aludía al «Comité de bienvenida a los extraterrestres». A renglón seguido fue a la página de Twitter de la estrella del pop. En sus *tweets* sí halló la razón de la gran popularidad del grupo, fuera de toda previsión: ella dedicaba elogios al proyecto del «Comité de bienvenida a los extraterrestres»; asimismo, afirmaba apasionadamente que ya les tocaba a los políticos ponerse las pilas y acabar con tanta guerra y hambre el mundo. El asombro de René devino en desconcierto y su incredulidad se esfumó como la timidez en los grandes enfados.

—¡Hostia puta!

Apagó el ordenador hundiendo el botón del encendido. Saltó del asiento, rompió a andar por la sala de estar, de aquí para allá, deprisa, profiriendo palabras malsonantes y tratando, en vano, de asimilar lo ocurrido. Se paró de súbito y se concentró para determinar si este récord impensado en las redes sociales debiera tomarlo por algo positivo o negativo. «¿No querías alertar sobre las salvajadas que cometen los políticos? Entonces, esto es positivo, caramba», razonó con una voz mucho más alta de la que por lo común utilizaba al hablar consigo mismo: le salió un tono adecuado para autoconvencerse.

3

San Francisco, un año después

René Zagal acababa de regresar del parque natural de Jasper, el sexto en el que practicaba senderismo para confeccionar su libro fotográfico sobre bosques vírgenes. En su apartamento se encontró el almuerzo preparado, comida vietnamita, y una nota encima del papel de aluminio que tapaba el wok: *Bienvenido a casa, René. Llegaré tarde esta noche* . En las clases de cocina asiática trabó amistad con varias alumnas, si bien con quien mantuvo un romance fue con la profesora, Tracy Billan, una mujer de veintiséis años de padre americano y madre vietnamita, de Hanoi. Enseguida lo cautivó su timidez, y tuvo mucho que ver en esto el que él creyera que las mujeres tímidas guardan toda su ternura para cuando aparece el hombre de su vida, en contraposición a las extrovertidas, quienes la reparten entre sus parejas, sus familiares, sus amigos y los extraños amables. También le encantó de Tracy el que retuviera la ilusión de las adolescencias puras: veía a los desconocidos y a los poco conocidos como quería que fuesen, a saber, buenos, bienintencionados y considerados, y aunque el tiempo la había hecho reparar en sus numerosas confusiones, no se desprendía de su virtud, pues prefería que la defraudaran a volverse desconfiada y quedarse sin esperanzas. No miento al afirmar que ella era un modelo de dignidad, ni desbarro al proponer a los lectores que, en su imaginación, la cubran del resplandor de la dulzura. Hacía tres meses el romance se elevó a la categoría de noviazgo, para felicidad de ambos. Era evidente, por mor de sus mutuos sentimientos, que ninguno de los dos abandonaría al otro, que iban en serio.

El periodista «en el paro» sacó del wok tres cazos de arroz con ternera y descorchó una botella de vino tinto de la Rioja. A un palmo del ordenador, situó el vaso de vino y el plato, y conforme comía su manjar examinaba las fotografías de Jasper para hacer una selección de las de más calidad artística. Estaba saboreando el vino y congratulándose de la hermosura de una fotografía de un lago a los pies de una montaña de amenas laderas y fulgente cascada cuando sonó su teléfono móvil. «Es Tracy», supuso. Lo cogió sin mirar la pantalla, por lo cual se sorprendería al escuchar la voz de una extraña.

—¿Es usted René Zagal?

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Me llamo Claudia Versteg. Soy una admiradora de su trabajo.

—¿A qué trabajo se refiere?

—A sus fotografías de guerra y a sus artículos.

—Muchas gracias. ¿El motivo de su llamada es…?

—Han llegado a mí, por vías que no soy libre de citar, informes de especialistas confeccionados para la ONU en cuyas tablas se hace un recuento de víctimas civiles en Yemen que rebasa mucho el cómputo oficial. ¿He captado su interés?

—Sí y no. La información, de ser fidedigna, la tendría por muy valiosa. ¡Y me importa mucho lo que ha pasado y está pasando en Yemen! Dicho esto, estoy temporalmente fuera del gremio de periodistas.

—Según tengo entendido, no está escribiendo ni ejerciendo de fotógrafo en la actualidad para ningún diario. Le estoy brindando la oportunidad de regresar a lo grande. Incluso en el caso de que los aburguesados jefazos de los periódicos se obstinaran en no dejarle espacio en columna alguna, podría dar la noticia por su cuenta en un blog de internet. Una exclusiva es una exclusiva.

René Zagal asintió con la cabeza, dándole la razón silenciosamente desde la distancia, y preguntó:

—¿Dónde nos encontraríamos?

—Resido en Barcelona desde hace un mes. Me voy moviendo por el mundo. Iría a Estados Unidos con mucho gusto. Prefiero entregar la información en mano.

El fotógrafo de guerra sopesó las posibilidades. Finalmente, dijo:

—Yo también tengo la costumbre de moverme mucho por el mundo, o la tenía al menos. No me supondría una molestia desplazarme hasta Barcelona. Bastante hace usted con cederme la información. Eso sí, necesito saber el costo de antemano ¿Cuánto me pedirá?

—Un precio simbólico, quinientos dólares. ¿Le parece bien?

—Claro que sí. Claro que sí.

—Hay un restaurante llamado Sagardi en la calle Platería, en el barrio del Born. Lo estaré esperando en su terraza una tarde. Acudiré con una joven. Ella irá vestida con una camiseta en la que pone: « *Tequila is cheaper than therapy* ».

René Zagal apuntó el nombre y la dirección del restaurante vasco. Soltó el bolígrafo sobre el papel y preguntó:

—¿Qué día?

—¿Qué día le iría bien? ¿El 21 de septiembre lo tiene libre?

—Sí. Es un buen día.

—El día 21 a las cinco de la tarde, entonces.

—Seré puntual. Gracias por haber pensado en mí.

—En rigor, usted pensó en ellos.

—No le sigo.

—Se lo explicaré cuando departamos en Barcelona. Vaticino que será una conversación memorable. Estoy deseando contárselo todo. Hasta el 21.

—Sí, hasta el 21. Adiós.

René Zagal colgó. Dio por hecho que en el viaje de trabajo habría mucho tiempo para el ocio, lo cual le venía muy bien. En más de una ocasión, Tracy le había comentado que suspiraba por viajar en plan romántico a Praga, Florencia o Barcelona. Dejó para más tarde el valorar sus fotografías, y con gesto de alegría buscó vuelos desde San Francisco a Praga, Florencia y Barcelona. Pasada una hora y media había impreso las reservas de hoteles de tres estrellas de estas ciudades, así como los billetes de los vuelos San Francisco-Praga —con escala en París—, Praga-Barcelona, Barcelona-Florencia y Florencia-San Francisco —con escala en Roma—. «Menudo sorpresón le daré a Tracy», confió al tiempo que guardaba las reservas en un portafolios. Se le borró por un momento la alegría de la cara al concebir que, tal vez, ella se tomaría el viaje como una luna de miel, como una invitación a casarse. Él no quería provocar esa impresión. Cuando llegara el momento de pedir su mano, si llegaba, sería directo, no recurriría a este tipo de cosas para darle a entender que anhelaba un compromiso mayor al actual.

René oyó la puerta abrirse y pasos delicados sobre el parqué del vestíbulo. Era Tracy.

Los ojos de Tracy Billan, de persona bondadosa, inocente y débil, armonizaban a la perfección con su naturaleza y su carácter. Cuando estaba sola pasaba mucho tiempo perdida en sus pensamientos; esto tenía su origen en una costumbre adquirida por necesidad —de pequeña, sus padres trabajan hasta la noche, y ella, para hacer llevadera la soledad, buscaba compañía y distracción en su mundo interior—. Por su constitución muy delgada, sus rasgos orientales y una frecuente expresión de incomprensión, a René Zagal le recordaba a las niñas vietnamitas semidesnudas que huían del napalm en las fotografías de guerra premiadas décadas atrás. Quizá por ello, a veces contemplarla le enternecía mucho y le movía a un poco de lástima. Él apreciaba en su pareja la belleza de una linda muñeca rota. De hecho, usualmente la miraba como una cría miraría a su muñeca maltrecha a la que adora, a la que profesa predilección por la suma de la lealtad y la

fascinación infantiles. Tracy no era preciosa, pero no le hacía falta serlo para que René sintiera tener la fuente de su felicidad junto a sí cuando se abrazaban. Esa misma sensación invadió al periodista mientras retiraba los brazos de la espalda de ella en Barcelona, frente a la Casa Milà de Gaudí; seguidamente, este le adelantó que volvería en una hora, le sonrió de esa forma con la cual le transmitía cariño y miró su gesto de incomprensión de niña vietnamita que huye del demonio y de sus obras.

—Date una vuelta por esta calle, Tracy, y haz compras a tu gusto. Me he fijado en que abundan tiendas de ropa de marcas de renombre. Debe de ser una arteria comercial de Barcelona. —Levantó el brazo hacia el tejado del edificio, poblado de turistas, de escolares y de soldados de piedra que custodiaban dos corazones y una lágrima—. Nos encontraremos en la azotea.

La azabache mirada de Tracy no siguió la línea del brazo de su novio, sino que ella la paseó por la singular fachada, hecha exclusivamente con bloques curvos de piedra clara y adornada con balcones de barandillas de hierro forjado, también carentes de líneas rectas. La joven expresó que esos nigérrimos balcones le gustaban mucho y los describió bien a despecho de su estado, cercano al arrobamiento. El sanfranciscano cogió una mano de ella, la soltó morosamente al paso que se despedía, echó a caminar en dirección al mar, entre la luminosidad de los parajes mediterráneos. Recorrió el paseo de Gracia, donde los ricos, con la colaboración de los mejores arquitectos de aquella época, principios del siglo XX, compitieron entre sí para construir el edificio más primoroso. Diez minutos después recorrió la calle Montcada, otro de los escenarios en que burgueses adinerados trabaron una competencia por alumbrar belleza arquitectónica, pero en la Edad Media. Entre medio de ambas calles pasó, amén de por tres vías más, por el Portal del Ángel, en cuyo inicio un ángel se apareció a san Vicente Ferrer para revelarle que protegía la ciudad, y por la plaza del Ángel, lugar en el que un segundo ángel reconvino a uno de los portadores del féretro de santa Eulalia. René Zagal desconocía la historia de Barcelona, de modo que no pensó en ángeles elocuentes ni en competiciones entre ricos en las que los arquitectos llevaban gustosamente la batuta y se daban a imaginar para diseñar preciosidades dignas de admiración.

Empezaba a dominar la luz vespertina cuando el periodista extranjero transitaba por la calle Sombrereros, una de las que besan la basílica de Santa María del Mar, y torció a la izquierda hacia la terraza del restaurante Sagardi. La somera descripción dada por teléfono le bastó para identificar fácilmente a la mujer que se había ofrecido a pasarle información y a su

acompañante, que, por la diferencia de edad, se figuró sería su hija. En efecto, ella vestía una camiseta con la leyenda « *Tequila is cheaper than therapy* », una de esas horteras que a los turistas veraniegos adictos a la playa y a los chiringuitos les gusta comprar. René Zagal se acomodó en una silla ostentando una sonrisa cordial, puso un sobre con los quinientos dólares encima de la mesa, tendió su mano a la señora y le dijo cortésmente:

—Un placer.

—El placer es mío, señor Zagal. Me disculpo por haberle hecho venir a Barcelona. Le presento a mi hija Laura.

—Encantado de conocerte —manifestó él orientando la cabeza hacia la joven, que era esbelta, rubia como el trigo, de ojos azules y sagaces, de facciones preciosas, frisaba los veinte años y tenía un fijo mirar irreverente y melifluo a la vez.

Su madre estaba a caballo entre los cuarenta y los cincuenta, presentaba un ligero sobrepeso, se veía alta, si bien no tanto como Laura, quien rozaba el metro y ochenta centímetros. Su pelirroja melena enmarcaba una cara un tanto inexpresiva que, así y todo, irradiaba esa tranquilidad interior de la que goza la gente buena, la que nunca tiene razones para experimentar remordimientos. Iba vestida sin concierto pese a que sus prendas eran de calidad y caras, como una adolescente que ha asaltado el armario de su madre en una de sus ausencias y se prueba sus ropas sin saber combinarlas.

—Lo mismo digo —correspondió Laura.

—Las disculpas sobran. ¿Qué tienen exactamente para mí? Entremos en detalles —solicitó el californiano.

—Tenemos una sorpresa —respondió Claudia Versteg.

—Ninguna información referente a Yemen y a la corrupción política en la ONU, por muy escandalosa que sea, supondrá una sorpresa para mí. ¡Si supiera las cosas de las que me he enterado! ¿Qué peso tienen las pruebas?

La joven venusta intervino:

—Alguien supuso que se sentiría menos intimidado en presencia de dos mujeres.

Sin hacer Claudia Versteg nada, como por ejemplo, asentir de cabeza, refrendar aquellas palabras con las suyas o mover el brazo con un gesto expresivo, ella evidenció estar de acuerdo con la afirmación de su hija, puesto que su mirada hablaba de sus pensamientos.

René tuvo para sí que acababa de oír una opinión del todo estúpida.

—No me sentiría intimidado aunque tuviera delante de mí a Radovan Karadzic. Estoy muy curtido.

Laura habló con su madre en holandés, una lengua que el fotógrafo de

guerra no reconoció. Empero, este acertó a adivinar que estaba contándole quién era el expolítico serbobosnio y con qué vilezas se había ganado el calificativo de criminal de guerra. A René Zagal le extrañó que siendo ella mucho más joven que su progenitora, estuviera más versada en historia. La vendedora de información apretó sus labios, bajó y subió la barbilla dos veces seguidas, indicando que se hacía una idea de qué representaba Radovan Karadzic, miró al americano de forma amistosa y escrutadora, y sostuvo:

—A diferencia de este genocida, nosotras no somos nada peligrosas. Lo constatará con el tiempo. Yo enseño griego y latín, y mi hija está licenciada en Filología Clásica. Mi inteligencia se engloba dentro de los parámetros normales; ella es lo que se denomina una superdotada: acabó la carrera a los dieciocho años y es ducha en muchas materias.

René Zagal se preguntó por qué Claudia Versteg había pronunciado «con el tiempo». Si las cosas salían bien —los datos pudieran contrastarse y comprobarse—, no volverían a verse, y si salían mal, tampoco.

—Usted suplicó a una comunidad —continuó la mujer—. Uno de sus notables desea responderle. Por esta razón, nos hemos citado con usted. Esta es su respuesta: van a echarnos una mano.

—El cara a cara era y es preferible al teléfono para trasladarle su contestación —apuntó Laura.

—Explíquese, señora Versteg —exigió el periodista.

—Esta comunidad, tras mucho deliberar, ha llegado a la conclusión de que algunas personas en el grupo de Facebook ideado por usted verdaderamente reclaman la ayuda extraterrestre para erradicar la opresión del planeta.

—Nos hacemos cargo de que lo formó en un simple ejercicio de protesta civil, como algo simbólico. También somos conscientes de que la mayor parte de los internautas inscritos en este comparten su mismo sentir y su misma pretensión. Sin embargo, otros son más ambiciosos, anhelan ver cumplidos los objetivos literales: la ayuda y la guía extraterrestres, y esto ha activado el protocolo —le anuncio Laura.

—¿Qué protocolo? ¿De qué narices me están hablando?

Claudia Versteg curvó su espalda para acercarse al sanfranciscano, se cogió las rodillas con las manos y, con aire paciente, le aclaró:

—Lisa y llanamente, ellos van a implicarse. La activación del protocolo equivale a que nos defenderán. Ya no se comportarán como espectadores invisibles y pasivos, sino como actores decisivos: forzarán el advenimiento de la paz. Se constituirán en nuestros amparadores.

—No entiendo nada. ¿Quiénes son «ellos»?

—Le estamos hablando de una expedición de alienígenas, señor Zagal —le desveló Laura—. Está formada principalmente por científicos. Se trasladan a la Tierra cada seis, siete u ocho siglos, y se quedan varios años, hasta haber completado sus estudios de biología y haber llenado una especie de arca de Noé con microbios, algas, cereales, levaduras etcétera, que se llevan a su mundo. Según me han contado, pueden encontrar yacimientos minerales de valor para ellos en muchos planetas de otras galaxias, mas no tanta variedad biológica. De ahí su interés en viajar de forma cíclica a nuestro planeta azul.

—Pedazo de imbéciles. ¿Creéis que voy a aguantar que dos *freakies* me gasten una broma pesadísima? ¿O es que estáis filmando nuestro encuentro para algún programa cómico de la televisión?

Las dos féminas se miraron sin exteriorizar que estuvieran sorprendidas u ofendidas. La señora Versteg procuró encauzar la conversación:

—No concede veracidad a nuestras afirmaciones. Los hechos demostrarán que estamos diciéndole la verdad. Los extraterrestres reagruparán sus naves en Myanmar y Yemen en próximas fechas y conseguirán parar la violencia hacia los civiles. Sus efectivos son limitados. No han traído un ejército a la Tierra; disponen de una simple escolta militar. Con todo, gracias a su superioridad tecnológica, los susodichos efectivos resultarán suficientes para instaurar la paz en estos países. Naturalmente, ahora no se cree ni una palabra. Me lo esperaba. Pero en cuanto vea sus naves por televisión, sabrá que mi relato «fantástico» es verídico. Entonces, cuando su escepticismo se haya desvanecido, volveremos a hablar.

René Zagal dio una fuerte palmada contra la mesa; los cubitos chocaron contra el cristal en las bebidas. Los quince comensales de la terraza dirigieron la vista hacia el californiano fuera de sí.

—¡Malditas chaladas! ¡Que os jodan!

San Francisco, diez días más tarde

Una pareja de vagabundos languidecía sentada sobre el pavimento. La hambrienta joven dormitaba con la cabeza reclinada en el hombro de su novio, un treintañero enjuto, harapiento, con las piernas abiertas, de aire fantasioso e infantil, cual Peter Pan envejecido y arrumbado por todos. Él no la estaba mirando, tenía la vista fija hacia adelante, como tratando de vislumbrar en el horizonte una tierra más halagüeña y acogedora. Pero, de tanto en tanto, sí la miraba, y con devoción.

René Zagal aguardaba escondido en una sombra con la cámara preparada para sacar una fotografía de ambos en el momento en que el mendigo girara la cabeza hacia su compañera sentimental. Por fin, este prestó atención a la

mujer; lo hizo con clara pena en sus iris. Después su conducta se volvió melosa y cogió la mano de ella. René corrigió el encuadre, presionó el botón del disparador tres veces. Guardó la cámara en la funda, se acercó al varón en la más absoluta miseria y se presentó como lo que era: un fotógrafo que amaba al género humano y quería plasmar los afectos y las penalidades de los marginados sumidos en la pobreza. El indigente observaba al sanfranciscano con gesto de sabiduría y frialdad, se diría, acertadamente, que toda su calidez estuviera reservada para cuando hablaba o miraba a su sabor a su encanto, Lana. Aquella frialdad se trocó en receptividad tan pronto como el desconocido le ofreció cien dólares por su consentimiento para publicar la fotografía que acababa de tomar en un libro, en su libro. A la postre, él accedió y firmó el documento con una lentitud que parecía una muestra de talante displicente, y en cuanto René le hizo saber que debían firmar los dos, despertó a Lana, que también puso su firma en el folio. El excorresponsal de guerra les dio cien dólares, luego las gracias y los miró con curiosidad. El pordiosero le devolvió la mirada, si bien la suya reflejaba acritud en vez de curiosidad; con esta comunicaba de modo notorio que la muestra de curiosidad no entraba en el trato. El periodista captó su reticente actitud y se disculpó también sin palabras, con un simple gesto. Inmediatamente se dio media vuelta y se marchó balanceando el estuche de la cámara mientras pensaba que esa fotografía, la número dieciséis, sería la más entrañable de cuantas había tomado para su futuro libro: *La otra realidad del Nuevo Mundo* . Se preguntó qué motiva a una mujer a seguir a su pareja cuando desciende a los infiernos y vive de la mendicidad. Seguidamente contempló la posibilidad de que hubiera sido ella quien hubiera cambiado la vida convencional, segura, por la azarosa aventura de subsistir sin hogar; entonces su novio, incapaz de romper los vínculos emocionales con la inconsciente, la habría acompañado para permanecer a su lado. Esta hipótesis, con mucho, se le antojó la más romántica, así como la más bonita de imaginar.

Todavía estaba pensando en esta y en su verosimilitud al comenzar la cena en su piso. Estaba sentado al lado de Tracy, y enfrente, se encontraban los padres de él, que habían venido para dar el visto bueno a que la joven se convirtiera en su esposa, a pesar de que nadie les había pedido su aprobación. Habían tratado de que pareciera una visita familiar lo que al principio sí iba a ser un viaje con la sana intención de pasar unos días con su hijo, de hacerle compañía, y después degeneró en uno para efectuar una detenida evaluación de ella y así comprobar si atesoraba las virtudes que un Zagal merecía disfrutar. Nuestro protagonista nada sabía de esta pretensión a todas luces impropia, arcaica y ofensiva de haber sido confesada.

—Cocinas deliciosamente, querida —juzgó la señora Zagal—. ¿Has trabajado de chef en algún restaurante?

—Sí, en uno tailandés y en otro vietnamita, los dos están en Brooklyn. Pero me gano mejor la vida haciendo de profesora de cocina en cursillos; por ello, hoy por hoy, paso de que me contraten en un restaurante. Además, la docencia es más descansada, me deja bastante tiempo libre.

—Los empleos en la hostelería son muy esclavos —significó August Zagal al tiempo que se maliciaba que Tracy no daría la talla como esposa de uno de su linaje.

René observó de manera inquisitiva a su autoritario padre. Enseguida intuyó su disimulado desprecio hacia Tracy y que conservaba la arrogancia, así como el sentimiento de superioridad con los que lo había humillado en su niñez y adolescencia. Estaba presto a defender a su amor; simplemente esperaba a que este hiciera una observación irrespetuosa que confirmara sus sospechas: iba a desdeñarla. «Entonces el pelele te pondrá en tu sitio», dijo para sí con unos arrestos que le habría gustado tener de mozo cuando sus hermanas se encaraban con ese peculiar cabeza de familia ante cualquier crítica despreciativa suya hacia él —en aquellos tiempos, infortunadamente, siempre carecía de resolución para aunar fuerzas con las dos—. «Sí, era un pelele, papá, pero ya no lo soy», pensó. Salió de sus pensamientos al notar la aterrada mirada de Tracy clavada en él. La miró interrogativamente sin entender la razón de su terror, que luego sabría era estupefacción. Un segundo después tampoco entendió que sus padres se quedaran pasmados viendo la televisión. La joven sacó el dedo índice de su puño y extendió el brazo hacia la pantalla. René soltó el tenedor, se acodó sobre la mesa y se centró en ver y escuchar lo que se estaba emitiendo en el canal sintonizado. Un presentador trajeado, con corbata, peinado clásico, un rictus de seriedad y una pincelada de miedo en su semblante refería:

—Lo que empezó siendo un rumor ridículo en las redes sociales, se ha confirmado plenamente, convirtiéndose en la mayor noticia del año, del siglo y, tal vez, de la historia de la humanidad. Cuatro naves de grandísimas dimensiones, que ningún país ha reconocido como suyas, se mantienen suspendidas sobre Yemen. Fuentes militares estadounidenses han confirmado a esta cadena que están dotadas de un escudo que las hace invulnerables. Hace dos horas, estas naves han hecho una demostración de su poderío: han derribado seis aviones de la Fuerza Aérea saudí y han atacado posiciones de la milicia chiita, que se ha batido en retirada. Habida cuenta de que se han mostrado beligerantes con ambos bandos, sus motivaciones están cubiertas de misterio.

»Un momento, señores televidentes. ¡Acabamos de recibir una noticia de

la agencia EFE!: ¡Tres naves idénticas a las de Yemen han sido avistadas en Myanmar! Han abierto fuego sobre las divisiones de su Ejército nacional que estaban hostigando a la población rohinyá con el fin de lograr su marcha del país. [6]

El presentador, muy afectado por la cadena de sucesos impactantes, se impresionó visiblemente. Resopló, intentó reponerse y prosiguió con una voz temblorosa por la angustia, que no lograba esconder:

—En vista de las características de las naves y de que Estados Unidos, Rusia, China, la Unión Europea y la Liga Árabe han negado categóricamente que estas pertenezcan a su Aviación, un servidor no puede evitar preguntarse: ¿estamos asistiendo al primer día de una invasión extraterrestre? ¿Qué intenciones tienen? Cedo la palabra a los contertulios.

El catedrático de Política Internacional de la Universidad de Columbia, Xavier Foreman, hizo ademán de querer abrir el debate. Tenía aire decaído, cabello canoso, una frente tendente a fruncirse con las sospechas aciagas, ojos de color miel, con frecuencia velados de nostalgia; su gesto de gravedad en ese momento indicaba que no iba a hablar a la ligera. Enseguida emitió su opinión:

—¿Sus intenciones? No están atracando bancos, ¿verdad? Se están restringiendo a neutralizar a bárbaros descontrolados a los que la ONU no ha podido amilanar con su estéril oratoria y con los que la OTAN no ha querido enfrentarse. Con franqueza, no hay motivos de pesimismo hasta ahora. Aunque, ¿cómo no?, comprendo perfectamente que esta insólita situación suscite ansiedad y preocupación en la ciudadanía. ¡Hay muchas incógnitas por despejar!

—Sí. Parece una intervención paternalista. No sois capaces de portaros bien por vosotros mismos, pues ahí van unos buenos azotes —secundó Helen Chapman, una diplomática jubilada que hacía de tertuliana en varios programas de televisión. A menudo se apasionaba cuando polemizaba o, simplemente, daba su punto de vista. Ese día no fue una excepción.

Un tercer invitado a la mesa de debate, un columnista del *New York Times* , Michael Smith, estaba disconforme con los comentarios vertidos. Su tronco delgado y su cabeza se movían por su desagrado; de observar uno con atención su afilada cara, habría presumido que el desagrado empezaba a aliarse con la irritación. Tomó la palabra impulsivamente, cortando a Helen Chapman.

—Están siendo demasiado tolerantes. ¿Qué vendrá después de los azotes? Si nos han catalogado como unos inmaduros peligrosos para nosotros mismos, ¿no nos habrán catalogado también como unos inmaduros peligrosos para ellos?

—Esto reviste mucha lógica —admitió el presentador y moderador.

—Sí, por desgracia, sí —prosiguió Michael Smith—. ¿Qué otros correctivos tienen en mente?, me pregunto.

El conductor del programa de repente pegó las palmas sobre el tablero de la mesa y, con un mohín en su faz que se diría era de desconcierto aunque en realidad era de intriga, procuró recabar sensaciones, pensamientos y cábalas.

—¿Habrá pronto un mensaje de los extraterrestres, señores? ¿Disponen de los medios para comunicarse bien con nosotros? ¿Es posible que tengan una tecnología puntera, pero no sepan hablar ninguna de nuestras lenguas?

Tracy miró a su pareja e hizo una observación acertada:

—Las dos locas… ¡no estaban locas!

René Zagal se agarró las sienes con las manos. No alcanzaba a saber si debería alegrarse u horrorizarse en cuanto saliera de su asombro.

4

San Francisco, dos horas después del avistamiento de las naves en Myanmar

El tiempo veraniego se resistía a irse de la ciudad en las primeras fechas de otoño: la noche era tibia, húmeda; además, olía a misterio. No solo los periodistas trasnochaban pegados a la televisión y a sus ordenadores. La gente corriente tampoco se acostó, ya que experimentaba la necesidad de saber cómo evolucionaría lo que estaba aconteciendo en Yemen y en Myanmar, y si los extraterrestres ofrecerían revelaciones acerca de su audacia y de sus propósitos reales.

Alrededor de la una de la noche, muchos canales de televisión de todo el mundo hicieron un fundido a blanco, y de este blanco níveo emergieron unas palabras verdes, que ya no se borrarían durante cuatro horas: *A las 15:00, en hora de Roma, expondremos nuestros fines a la población de la Tierra. No hemos venido a invadirles* . El mensaje estaba escrito en latín culto, lo cual inducía a pensar que los alienígenas habían elegido una lengua que no levantara acusaciones de favoritismo hacia una nación en detrimento de otras.

René Zagal se mordía las uñas en el sofá; a su vera estaba Tracy, que se encontraba aturdida. A ella se le daba bien dar consejos, sin embargo, en esa tesitura había perdido transitoriamente sus capacidades de razonar lúcidamente y de hacer buenas recomendaciones; ni siquiera opinaba. El sanfranciscano conjeturó febrilmente para sí que, en el supuesto de que los extraterrestres mentaran su nombre, muchos le echarían la culpa de las cosas malas por venir. Otros muchos lo considerarían un colaboracionista que había conspirado en secreto con ellos para que se apoderaran del planeta o bien un estúpido con buenas intenciones que había proporcionado una excusa para la conquista y el sometimiento perpetuo de la humanidad. A decir verdad, también se le ocurrieron posibilidades mucho más gratas y favorables: los animosos alienígenas y gobiernos de los cinco continentes sellaban una entente en aras de la paz a la par que firmaban tratados de colaboración en ciencia fructíferos para ambas especies, las relaciones comerciales terminaban con la desconfianza y la amistad florecía poco a poco en la incertidumbre. Pero las hipótesis gratas se iban de la mente de

René como pájaros asustados, en contraste con las perturbadoras, que se hundían en esta como puntas de lanza; por tanto, se torturaba cavilando sobre las consecuencias malas para él y para el mundo de que los enigmáticos visitantes se atrevieran a injerirse en los asuntos sociales de la Tierra. En un momento de claridad de ideas entre estas cavilaciones amargas, telefoneó a Claudia Versteg para manifestarle que no quería ningún tipo de protagonismo. Esto es, rechazaría el honor de erigirse en una suerte de mediador entre los de las naves y los seres humanos. Tenía miedo a ser el foco de atención y el blanco de agrias censuras; siendo objetivo, tales previsiones se le hacían insoportables. Oyó la voz artificial, desnuda de emociones de una grabación anunciando que el número de teléfono ya no correspondía a ningún usuario. «No volveré a verla, y a su hija lista tampoco», dio por sentado.

Las horas pasaron muy despacio en su hogar. Por supuesto, Tracy y él ansiaban ver en directo la emisión alienígena, y dormir hasta entonces les resultaba imposible. Ella preparó café dos veces y calentó comida de la nevera: pollo picante con *noodles* . También telefoneó al hotel de Brooklyn en el que se hospedaban sus futuros suegros para interesarse por su estado emocional; la conversación fue nada fluida y bastante extravagante: el matrimonio Zagal —todavía en *shock* — la salpicó de malos augurios y la pobló de citas bíblicas. René, aparte de sumirse en sus pensamientos, de beberse muchas tazas de café y de andar nerviosamente, no hacía nada. No navegó por internet para seguir las crónicas de los diarios digitales, ni entró en «su grupo» de Facebook para leer las publicaciones de sus 544 328 miembros, ni se lanzó a escribir artículo alguno desde su posición preferente atribuible a la casualidad; ni siquiera dialogó largamente con su novia como tenía por costumbre. Únicamente echaba ojeadas a las letras verdes, por sus ganas de que llegara el inicio de la retransmisión. En cambio, Tracy necesitaba dialogar, probablemente, para confortarse y sentirse arropada; no obstante, no reprochó a René su silencio casi permanente. Se daba cuenta de que ella tampoco había sido una compañía muy agradable esa noche. Los dos no se parecían a ellos mismos; era como si el primer día de una época incierta hubiera alterado su esencia y su personalidad.

Dos minutos antes de la hora señalada, las seis en la costa oeste, se sentaron en el sofá, justo delante del televisor. Tracy cogió la mano de su novio sin apartar la vista de la pantalla. Este la miró y exclamó:

—Ojalá no me mencionen a mí ni al grupo de Facebook. ¡Dios lo quiera!

A las seis en punto, una niña de unos once años apareció en la pantalla; estaba sentada en una silla poltrona. A primera vista, su aspecto era similar

al humano; solo se diferenciaba de nuestra especie por sus ojos, más grandes y de dos colores —violetas en la mitad superior y negros en la inferior—, por su altura unos veinte centímetros superior a la de una chica de la Tierra de esa misma edad, por unas parvas branquias en el cuello y por su piel de mayor grosor, de color marfileño. Más adelante, René Zagal conocería que en los extraterrestres palpitaban dos corazones, que vivían normalmente entre los doscientos cincuenta y los trescientos veinte años —la «niña» tenía en realidad veintiocho años— y que la parte negra de sus iris servía para calcular las distancias, así como para la actividad visoespacial en general, mientras que con la violeta ellos penetraban las emociones y leían los sentimientos más escondidos. La chiquilla vestía un sari azul turquesa; su lisa melena castaña estaba recogida en trenzas finas en la mitad izquierda de su cabeza; llevaba un collar de lapislázuli y una pulsera hecha con piezas de ámbar; tenía un tatuaje carmesí en el lado del cuello sin agallas; con su gesto tierno, dulce, daba la impresión de ser amable, simpática y buena.

—Hola, amigos terrícolas. Me llamo Levia. Intentaré dar respuesta a las dudas que seguro tenéis. Para empezar, os diré que ya habíamos viajado a vuestro hermoso planeta en otras eras. Solemos venir cada seis, siete u ocho siglos, y permanecemos aquí entre tres y cuatro años. En nuestras anteriores estancias habíamos pasado desapercibidos y no os habíamos ayudado en vuestros diversos problemas porque nuestra directriz primaria era no interferir en el desarrollo de las civilizaciones humanas. Por esta razón, a pesar de que nos doliera y originara profundos dilemas éticos entre nosotros, no socorrimos a los ciudadanos de Cartago en la matanza que perpetró el Imperio Romano, ni a las tribus esclavizadas por los bantúes, ni a las gentes de Bagdad en la invasión de Hulagu Kan. Mis antepasados lloraron cuando vieron un meandro del Éufrates recubierto de cadáveres y manuscritos. Se dio un único motivo para que no anuláramos la directriz de no intervención ante tan cruentos dramas: ni los habitantes del califato abasí, ni las tribus africanas, ni los cartagineses nos pidieron auxilio. En esas circunstancias, la directriz primaria se mantuvo. Pero las circunstancias han cambiado recientemente. Desde el grupo de Facebook «Comité de bienvenida a los extraterrestres», formado por el periodista René Zagal…

Tracy gritó como cuando la asustaba un lance de una película de terror. El periodista profirió una palabrota a viva voz: «¡Mierda!», justo después de que una punzada de vértigo lo traspasara. Entretanto, Levia seguía desvelando y explicando:

—… miles de terrícolas expresaron claramente su deseo de que

abandonáramos nuestra actitud de inhibición y nos interpusiéramos entre la maldad de algunos gobernadores, reyes y gerifaltes, y los ciudadanos inermes que padecen sus efectos. Hemos dado un primer paso: hemos detenido el genocidio rohinyá, así como los bombardeos en Yemen. ¿Será el primero y el último? Tal vez. Vosotros lo decidiréis. Y con «vosotros» me refiero al pueblo, no a los políticos. Votaréis en referéndum en orden a elegir entre dos opciones: que os sigamos ayudando o que desistamos de nuestros empeños actuales. Si os inclinaseis por la última, al segundo desapareceríamos de vuestras vidas. Como es poco práctico que todos los hombres y las mujeres del mundo voten, hemos escogido una muestra representativa. Los nacidos en cualquier continente el 16 de octubre de 1943, el 1 de julio de 1959, el 23 de mayo de 1968, el 5 de julio de 1972, el 3 de diciembre de 1985 y entre el 14 de julio y el 28 de abril de 1992 nos haréis saber qué queréis en nombre del conjunto de la población. El próximo domingo, estáis llamados a votar voluntariamente a través de la web www.truedemocracy.com . Como muestra de buena voluntad, hemos donado un fármaco efectivo para detener las metástasis cancerígenas y otro cuyo principio activo retrasa veinte años la fase avanzada del Alzheimer. Esta es una cara de la moneda. La otra cara es muy distinta: si un país nos atacara antes de la votación y/o intentara alterar el normal funcionamiento de la web y/o emprendiera o reanudara actividades militares en Myanmar o Yemen, vería destruida su flota militar al completo en unos minutos. Podemos hacerlo, y lo haríamos. De cometer los políticos alguna de tamañas insensateces, rogamos a los militares de la Armada de esa nación mal dirigida que deserten de sus barcos. Nadie morirá, a menos que no se nos deje otra alternativa. Odiamos combatir. Hace nueve horas hemos entregado los fármacos mentados al último Premio Nobel de Medicina. Cuenta con nuestro permiso para hacer públicas sus fórmulas y compartirlas con la comunidad científica a partir de ahora mismo.

»Daré a conocer el recuento del referéndum el lunes próximo por televisión, o antes si algún gobierno incumpliera nuestras razonables imposiciones. Antes de despedirme quiero recalcar que nunca hemos venido a la Tierra con idea de invadiros. Nos mueve seleccionar semillas para nuestra agricultura, coleccionar levaduras útiles en la elaboración de alimentos, así como conservar algunos tipos de algas marinas y hongos que se usarán en la industria farmacéutica de mi planeta. Y también guardamos virus y bacterias para la investigación médica. No cogemos nada valioso para vosotros; cuando extraemos minerales en grandes cantidades, lo hacemos en planetas deshabitados en los cuales disponemos de canteras y minas kilométricas. Somos una expedición de carácter científico; contamos

con biólogos, geólogos, ingenieros, químicos y médicos. La completan intelectuales que aquí denominaríais antropólogos y una escuadra militar dedicada a nuestra protección. No tenéis nada que temer. Adiós.

Se produjo otro fundido a blanco y, al cabo de un instante, quedó restablecida la programación televisiva del día.

René Zagal se hallaba enmudecido, atónito, completamente quieto en el sofá. A diferencia de él, Tracy no paraba de moverse frenéticamente por la sala de estar y repetía: «¿Qué haremos ahora?». Súbitamente, el fotógrafo saltó del sofá, se introdujo en el dormitorio y se apresuró a llenar una maleta con lo indispensable. Cuando la tenía medio preparada, sorprendió a su novia:

—¡Nos vamos! Pasaremos un par de días en la cabaña de mi amigo Theo.

—¿La cercana al bosque de secuoyas?

—Sí.

—¿Y eso?

—Necesito pensar con claridad. Y pensar con claridad es incompatible con que se presenten en casa agentes del FBI y masones que están a la devoción de los extraterrestres, como esas dos de la cita en Barcelona. No serían los únicos que nos incordiarían; si nos quedásemos aquí, sufriríamos el asedio de mis colegas periodistas más agresivos; te aseguro que ellos no admiten un no por respuesta ni atienden a razones.

Tracy no hizo más preguntas, ni lanzó objeciones, ni dijo «vale» u otras formas de asentimiento. Agarró su maleta *trolley* de debajo de la cama, la sacó de un tirón, metió dentro una toalla grande, algo de ropa, las zapatillas deportivas, un tubo de crema de protección solar, su neceser y las pastillas para sus jaquecas. Subió la cremallera y suspiró de preocupación.

No bien salieron del aparcamiento de su finca montados en el Ford, René se apaciguó. Acababa de persuadirse de que estaban a salvo de que los importunaran y los acribillaran a preguntas. Tracy continuaba alerta; diríase que su instinto para percibir el peligro estaba más desarrollado. En plena huida, embocaron la entrada al Golden Gate; la escasez de coches —aún faltaban cincuenta minutos para la hora punta— agilizaba la circulación, haciéndola muy fluida. En este punto, la joven musitó:

—1 532 326… y subiendo.

—¿De qué estás hablando?

—De tu grupazo de Facebook.

—No me apetece saber nada acerca del puto grupo ahora, cariño.

—Quizá no sea para tanto. Los extraterrestres no han dado señales de querer dominarnos. Mientras no las den…

Las sirenas policiales interrumpieron a Tracy Billan, que se sobresaltó al girar la vista hacia tres coches cuyos conductores estaban tratando de adelantarlos para cerrarles el paso.

—¡La pasma! ¡Hostia, llevamos los móviles! Nos han seguido mediante su rastro —comprendió René—. ¡Vaya fallo! Somos unos prófugos muy torpes.

—¿Prófugos? —disintió claramente ella pese a su tono interrogativo.

El excorresponsal de guerra se desvió a la derecha y paró suavemente en el arcén. Los vehículos cuatro por cuatro, blindados, con los cristales tintados los rodearon, imposibilitando un conato de fuga. Se apearon seis hombres trajeados, con aspecto de venir de un entierro en el que no se ha llorado al muerto.

—Son del FBI, Tracy —aseveró René certeramente.

Era una sala de interrogatorios como las de las películas de policías: sin mobiliario excepto por una mesa austera y varias sillas, limpia cual laboratorio, sin ninguna decoración, bien iluminada, carente de ventanas; dos cámaras negras atornilladas en el techo estaban grabando el interrogatorio en la modalidad de conversación educada. Una pareja de agentes del FBI miraba con recelo a René Zagal desde el otro lado de la mesa.

—¿En cuántas ocasiones ha visto a esas dos mujeres?

—En una. La que le he relatado: el 21 de septiembre en Barcelona.

—¿Está seguro de que no dejaron caer que eran extraterrestres?

—Muy seguro. Dijeron estar actuando de enlaces, como una especie de emisarias.

—No obstante, usted no las creyó. ¿En ningún momento?

—No. Me lo tomé a risa unos segundos, después me enfadé mucho. Me habían hecho venir desde la otra punta del mundo. Yo aproveché para hacer vacaciones con mi novia, pero ellas ignoraban esto. La verdad, llegué a pensar que estaba siendo objeto de una broma pesada, que se estaba filmando un gag de un programa de televisión de cámara oculta.

—Yo hubiera pensado lo mismo —admitió uno de los dos interrogadores, Benjamin Branson, un teniente de cuarenta y tres años, alto, flaco, con canas prematuras, ojos desconfiados y manos pequeñas, muy expresivas.

El otro, el sargento Antoine Pericot, era cuatro años más viejo y tenía un aire bondadoso y triste de predicador protestante que no consigue llenar su iglesia en las misas a pesar de su perseverancia.

—Ahora lo entiendo —exclamó René Zagal.

—¿Qué entiende? —preguntó Pericot.

—Afirmaron ser filólogas. No di importancia a este detalle. Y sí lo tiene, habida cuenta de que los extraterrestres, al parecer, únicamente saben latín, no comprenden las lenguas modernas.

—Las necesitan como traductoras; son su puente hacia las sociedades actuales —observó Branson para completar el razonamiento del periodista.

—También lo creo —suscribió el sargento.

—Seguramente, siglos atrás se llevaron manuscritos en latín para aprenderlo y así poder emitir mensajes comprensivos en futuras permanencias en la Tierra, si fuese conveniente —presumió Branson.

—Es coherente. Y explicaría por qué la niña dio el discursito en latín —continuó Pericot.

—No hablaba como una niña —enfatizó Zagal—. La soltura y la inteligencia que exhibió al expresarse apuntan a que tiene más edad. ¿Se han planteado que en estos alienígenas la edad no concuerde con el físico en comparación con nosotros?

—Claro que sí —le contestó sin vacilación el teniente—. Lo que no acabamos de entender es la razón de que una niña hablara al mundo en lugar del jefe de la expedición.

—En esto sí puedo aportar un poco de luz. En Barcelona la joven comentó lo siguiente: los extraterrestres suponían que yo me sentiría menos intimidado tratando con dos mujeres que con dos hombres.

—Y, basándose en la misma suposición, han escogido a alguien de sexo femenino y de edad temprana para establecer diálogo con nosotros. No quieren asustarnos —ató cabos Benjamin Branson.

—La amenaza de hundir nuestra flota naval no casa con esta pretendida aspiración de no asustarnos —objetó Pericot.

El periodista levantó y cimbreó las manos a la altura de su pecho en ademán de desaprobación, contrajo la cara por efecto de un pensamiento y arguyó decididamente para refutar la lectura del sargento:

—Hágase a la idea de que a mí y a la sociedad civil, al menos en su inmensa mayoría, no nos ha sentado mal su amenaza. Interpreto que ellos han dividido a las personas en dos clases: el pueblo inocente y los dirigentes cabrones. Y no estaban amenazando al pueblo inocente.

—¿Lo interpreta de esta manera realmente? —se interesó por constatar Branson, con notable disconformidad, dado que no compartía esta visión maniquea que lo convertía en un indeseable. El otro agente del FBI estaba de acuerdo con su compañero a tenor de su mirada con motas de extrañeza y rabia.

—Sí. Si la gente se hubiera sentido amenazada por los extraterrestres, se echaría a la calle a protestar en vez de aplaudir sus actos nada diplomáticos

y sus tajantes advertencias. ¿Por qué los miembros de «Comité de bienvenida a los extraterrestres» sobrepasan ampliamente el millón? Por simpatía hacia ellos. Le sugiero leer los mensajes publicados en el grupo de Facebook; le resultarán muy instructivos: le pondrán en contacto con la realidad. Constituyen una buena herramienta para pulsar la opinión pública.

—Se ha quedado corto. Hace media hora ya había 2 300 343 miembros. No nos atrevemos a suprimir el grupo de marras —confesó Pericot—. Los de las naves pudieran tomárselo como una provocación. Y en modo alguno pretendemos provocarlos u ofenderlos.

—¿Piensan impedir el referéndum?

Branson se encogió de hombros y respondió:

—Todavía no hay una decisión. Desde luego, no corresponde al FBI tomarla. Aventuro que ocurrirá lo mismo que con su maldito grupo de Facebook: nada se hará. El gobierno se guardará de incurrir en imprudencias, por la posibilidad de que estas desencadenaran represalias.

—¿Me van a soltar?

El teniente echó los brazos hacia adelante en la mesa, lo miró desafiante. Enseguida repuso con voz de malvado en apuros:

—Lo vamos a soltar con la precisa condición de que, si contactaran con usted, tenga la deferencia de avisarnos. Estamos deseosos de mantener una charla cara a cara con estos irritantes extraterrestres. Nos han expuesto someramente sus condiciones y nosotros queremos hacerles llegar las nuestras.

—Y no tan someramente —matizó Pericot.

—Muy cierto —aplaudió su compañero.

El sanfranciscano persistió en hablar en nombre de quienes no estaban en la sala de interrogatorios:

—Me da que ellos no escucharán a la CIA, al FBI, al Estado Mayor o al Gobierno. Seguirán escuchando a la gente de a pie. Esta marginación les enfurece a ustedes y a los altos directivos de estas entidades. ¿Me equivoco?

Antoine Pericot replicó con tono suave, pero sus ojos siniestros, así como la tensión de sus facciones, típica de quienes odian y tienen ganas de cobrarse una venganza, indicaban que le habría gustado hacerlo con énfasis y ardor. René Zagal supuso que tenía experiencia en controlarse, que era un buen profesional.

—No nos enfurecemos por su falta de sensibilidad y de cortesía hacia las instituciones oficiales. Son novatos en estos asuntos, al igual que nosotros. Les perdonaremos si se corrigen. La situación no admite rencores ni arrogancias de nuestra parte.

—¿Por estos asuntos se refiere a…?

—Las negociaciones entre especies.

—Ah.

—No se engañe. No son de fiar, periodista —cargó contra ellos Branson con una mueca de suspicacia.

—¿En qué sustenta su acusación?

—Se quedaron de brazos cruzados mientras los mongoles quemaban Bagdad, las legiones romanas violaban a las mujeres de Cartago y las tribus subsaharianas se mataban como en la guerra de Ruanda.

—Y también en muchos otros episodios funestos de la historia. La niña explicó el motivo de que no se involucraran; yo lo encuentro sólido, así que no me conduce a pensar que sean perversos. Constituye una justificación rebatible, en efecto, pero convincente.

René Zagal se dio a meditar. Se dijo que había huido de casa a toda prisa para esquivar a los extraterrestres, a los secuaces del gobierno y el asedio periodístico. En estos momentos estaba dándose cuenta de su error, pues solo ciertos funcionarios del Estado lo habían perseguido y en exclusiva los *paparazzi* deseaban hacer lo mismo. Empezaba a tener claro quiénes abrigaban malquerer hacia él.

—¿Qué está pensando, señor Zagal? —se oyó en la sala de interrogatorios.

Las novedades se sucedieron y los acontecimientos se precipitaron. El presidente de Myanmar, en rueda de prensa retransmitida en directo, declaró que todo había sido un gran malentendido. Según él, el Ejército no había comprendido bien las órdenes del Ejecutivo, que se limitaban a detener a los cabecillas de los crepúsculos violentos de la etnia rohinyá; nunca se le había mandado llevar a cabo una represión generalizada en pos de una gran emigración, o sea, de una limpieza étnica. Proclamó con solemnidad que se estaban ultimando las medidas pertinentes de cara a que los desplazados volvieran a sus hogares sin riesgo alguno para su integridad física. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Eran seres humanos con derechos, remachó. En cuanto a la guerra en Yemen, la monarquía saudí recordó milagrosamente que el Corán prohíbe infligir sufrimiento a inocentes y que, en sus preceptos, el concepto «inocentes» engloba a las criaturas muertas o mutiladas por sus bombas. En definitiva, ordenó una retirada total, que coincidió con el anuncio de alto el fuego del bando chiita, el otro gran artífice de la catástrofe, de suerte que se dio un final feliz a una horrorosa historia de violencia. A consecuencia de que se hubieran resuelto tan rápido los dos conflictos —el trabajo ya estaba hecho en Yemen y en Myanmar—,

pareció perder trascendencia el futuro referéndum para autorizar la intervención extraterrestre donde hubiera una violación de los derechos humanos grave o enquistada desde hacía mucho tiempo. En otro orden de cosas, la mayoría de la gente deseaba que hubiera una nueva aparición televisiva de los seres del espacio, para saber cuál sería su próxima maniobra, de haberla. Pero hicieron esa maniobra sin anunciarla previamente. Sus siete naves violaron el espacio aéreo de Mauritania y Sudán del Sur, y volaron raso sobre las principales calles de sus capitales. A las pocas horas, letras verdes brillaron otra vez en las televisiones: «A las 20:00 hora de Roma, os rendiremos explicaciones».

Los diarios y cadenas televisivas del mundo entero solicitaron los servicios de traductores de latín clásico, quienes, por cierto, vieron sus tarifas multiplicadas por cinco debido a la escasez de licenciados en esta especialidad obsoleta. La misma niña tornó a ocupar las pantallas de los hogares. No había silla esta vez; ella estaba sentada en el suelo. El que no se dignara aparecer el líder de los alienígenas sulfuró a no pocos dignatarios y directores de inteligencia. «Nos toman por idiotas», se repitió en edificios gubernamentales de diversas latitudes del mundo.

La chiquilla de ojos medio violetas comenzó a hablar:

—Políticos, gracias por detener los combates en Yemen y en Myanmar. Como bien sabéis, hemos traído nuestras naves a Mauritania y Sudán del Sur. ¿Por qué? En la práctica, existe la esclavitud en estos países. Ni la ONU, ni la OTAN, ni Rusia, ni nadie ha enviado ejércitos en misión de liberación para combatir tan execrable lacra. Ahí no hay petróleo, ¿verdad? Es broma. Lo que sí va en serio es que dentro de veinticuatro horas bombardearemos las residencias oficiales de los ministros y los jefes de Estado de estos dos países si no se hubieran tramitado leyes penales efectivas para extinguir la esclavitud. Suplicamos al personal doméstico de dichas residencias que no acudan a sus lugares de trabajo. Nos entristecería haber matado a inocentes por el hecho de que hubiesen hecho caso omiso de nuestra súplica, que también es un aviso. En Benín, Costa de Marfil, Gambia, Gabón, Eritrea, Burundi, República Centroafricana, Pakistán, India, Afganistán, Camboya, Nepal, Bangladés, Corea del Norte y Haití sus mandatarios tampoco han hecho por desarraigar la esclavitud, facilitando con ello el encadenamiento físico y espiritual de los más infortunados. Deberán promulgar leyes abolicionistas y aplicarlas con prontitud y diligencia, o se las verán con nosotros en pocos días.

Al cabo de una hora de las amenazas, el ministro de Trabajo de Sudán del Sur prometió que se estaban puliendo ciertos detalles y cerrando flecos en un proyecto de ley para legislar con carácter urgente en favor de la mano de

obra explotada, aunque evitó reconocer explícitamente la existencia de esclavos dentro de sus fronteras. Además, garantizó la creación de un Departamento de Policía que se responsabilizaría de que esas leyes libertarias fueran observadas. El resto de naciones acusadas por Levia emitieron comunicados en la misma línea, excepto la India, Corea del Norte y Mauritania. El Gobierno indio admitió que, en las zonas agrarias, la esclavitud había persistido en virtud de la tradición inmemorial de dividir las comunidades en castas. Y se excusó alegando que esta había prevalecido en contra de los dictados del gobierno; eso sí, prometieron aplicarse para ponerle fin: se destinaría una amplia partida presupuestaria a efectos de que la policía practicara batidas en los territorios donde se daba tal discriminación aberrante. Por su parte, Corea del Norte negó todas las acusaciones. Su portavoz en la ONU atribuyó las erróneas conclusiones a que habían llegado los extraterrestres a la propaganda imperialista; de seguida remarcó que los campos de trabajos forzados eran un mito alimentado por los diarios de Estados Unidos. La clase política de Mauritania no ofreció respuesta alguna.

Al día siguiente las mansiones de los gobernantes de Mauritania, incluida la del presidente, saltarían por los aires. Una nave pequeña se separó de una formación de tres y las destruyó con precisión quirúrgica. Aparte de atacar de forma selectiva, se había tomado otra precaución: la susodicha nave se quedó flotando quince minutos al lado de esos edificios antes de hacer blanco en ellos, con miras a que los despavoridos residentes y empleados tuvieran tiempo de huir. Simultáneamente, las cuatro naves enormes de Sudán del Sur volaron hacia Corea del Norte. Tres estuvieron suspendidas por arriba de campos de trabajos forzados en cuyos módulos el Estado hacinaba a disidentes políticos, intelectuales contestatarios, artistas nada sumisos, competidores en atraerse el amor de una mujer deseada por un funcionario del aparato comunista… La otra destruyó una mayestática estatua del líder supremo de la nación ante el estupor de los coreanos humildes, que ni siquiera estaban enterados de que había extraterrestres en el planeta. A causa de este aislamiento informativo, los sentimientos preponderantes en ellos, tanto en los campos de trabajo como en la capital, fueron el horror y la incomprensión, no el júbilo por su liberación.

Las presiones surtieron efecto. Los tiranos de Mauritania bajaron las orejas al instante: no soslayaron su responsabilidad ni disfrazaron la realidad, y adoptaron medidas para que algunos seres humanos no fueran propiedad de otros. Dos horas después, el ministro de Exteriores coreano notificó a la ONU que estaban cerrando sus cárceles de delincuentes comunes en regiones agrícolas, esas que los alienígenas habían confundido

con campos de trabajo para opositores. Se reafirmó en que, en ellas, jamás intachables ciudadanos libres pasaron a ser prisioneros, y aprovechó para desmentir que Corea del Norte tuviera enemigos internos: sus enemigos se restringían a las élites de las potencias extranjeras ávidas de imponer su modelo imperialista y ultracapitalista en el mundo. El final de la notificación decía: «La CIA ha triunfado sirviéndose de engaños. Es lamentable». El terror se instaló en los gobiernos de los restantes países acusados por Levia de haber hecho la vista gorda con la esclavitud, por lo que se tragaron el orgullo y rectificaron sus declaraciones iniciales, trufadas de propósitos de enmienda muy suaves, deslucidas por la ambigüedad, en las cuales se entreveía falta de voluntad real de abolirla. En síntesis, manifestaron que, tras haberse hecho una evaluación exhaustiva de la población marginal, no podían sino reconocer que la problemática era mucho más grave de la que se habían imaginado, y se comprometieron solemnemente a liberar sin dilación a los esclavos, vocablo que fue utilizado sin ambages en lugar de recurrir a eufemismos menos incómodos.

Las naves extraterrestres se retiraron. Nadie sabía a qué lugar. Con todo, se oyeron especulaciones muy diversas.

Los individuos corrientes de las sociedades libres y, en especial, los de las no tan libres, ardían en deseos de ver y escuchar a la niña alienígena. Opuestamente, los políticos y los oligarcas deseaban que regresara a su galaxia, dondequiera que esta estuviese; de este modo, tendrían las manos libres para hacer y deshacer a su antojo como antes. Eran tan intensas sus ganas que llegaron a ordenar a articulistas afines insinuar esta falacia: probablemente, los extraterrestres ya estaban de regreso a su patria. Sin embargo, no era así. Las letras verdes volverían a resaltar en las televisiones y a ser un preludio de una amenaza apetecible de Levia, que después de esta presencia venidera ya no se asomaría más a los hogares desde las pantallas.

René Zagal y Tracy Billan se habían mudado a aquella cabaña en plena naturaleza para eludir a los periodistas que día y noche montaban guardia en la portería de su hogar en San Francisco, y no menos para librarse de aguantar a los simpatizantes de los extraterrestres. Cinco días más tarde de la apresurada mudanza, temprano en la mañana, reposaban sentados en la mesa del rústico salón de apenas diez metros cuadrados, de cara al ordenador portátil; el brazo de él la rodeaba cariñosamente y de forma protectora, con un significado de «no temas, yo te guardaré de los peligros». Ella dejó caer la cabeza sobre el hombro de su novio, achicó los ojos, subió el volumen, miró la hora en su reloj —faltaban veinte segundos

para que las letras verdes se borraran y Levia emergiera en las pantallas—, cogió su mano por el amor que le profesaba y la apretó por el temor a lo desconocido. La niña de ojos bicolores se hizo presente en millones de hogares; vestía un sari verde olivo, estaba de pie mirando a los televidentes con gesto tranquilo. Enseguida empezó a oírse su calma voz con acento extranjero:

—¡Cuántas cosas buenas hemos logrado juntos en tan poco tiempo! ¿Eh que sí? Ya casi no hay esclavos en África, ni mueren niños en Yemen por la guerra, ni se agrede a los campesinos en Myanmar. Vosotros lo habéis hecho posible legitimando nuestra actuación con los votos en el referéndum. Tengo otra gran noticia: ayer entregamos al Premio Nobel de Química del año 2015, Tomas Lindahl, un fertilizante sin efectos en la salud que doblará la productividad de la agricultura. Nuestros ingenieros agrónomos y químicos son excelentes.

»Cambiemos de tema. Voy a trasladar nuevas demandas a algunos gobiernos. Deben terminarse las invasiones militares en Tíbet y Kurdistán. Asimismo, el territorio en que están establecidos los sioux en Dakota del Norte se agrandará: el Gobierno estadounidense aumentará siete veces su extensión actual, y lo mismo hará en las otras reservas de nativos americanos y en Hawái. Los políticos se avendrán gentilmente a conceder estas reparaciones parciales a los descendientes de las tribus avasalladas y expulsadas de sus lares en su día, aun cuando esto dificulte algunas actividades económicas muy rentables. Y todavía me queda por hacer una postrera demanda: el Gobierno egipcio de inmediato liberará a los adversarios políticos encarcelados y convocará elecciones; además, dejará trabajar a sus anchas a los observadores internacionales con vistas a que el proceso electoral en puertas se efectúe de manera justa, neutral y limpia.

»Mi querida audiencia, es la última vez que hago de pregonera. Retornaremos a nuestro planeta en breve. Antes de partir, os ofreceremos una cosa más, un proyecto que os hará progresar socialmente. Este lo consideramos demasiado trascendental para ser explicado por una niña, así que os lo expondrá el jefe de nuestra unidad, mi padre, que es un estudioso de las culturas humanas, un eximio antropólogo, amén de un gran comandante. Lo que sí puedo anticiparos es que votaréis de nuevo, en esta ocasión para incorporar el mencionado proyecto a vuestras sociedades o desestimarlo, pues no es nuestro ánimo obligaros a emprender empresas y a tomar caminos que no se ajusten a vuestras preferencias naturales. Ha sido un placer estar entre vosotros y hablaros en nombre de mi nación. Os deseo suerte. Adiós.

Los Estados Unidos, Irak y Turquía se mostraron favorables a atender esas odiosas conminaciones; en cambio, el presidente de Egipto y el Parlamento chino se negaron en redondo a claudicar. Así las cosas, las siete naves extraterrestres sobrevolaron El Cairo cuarenta minutos después de haberse hecho pública la temeraria nota de prensa presidencial. Gracias a estos «refuerzos» foráneos, los oponentes de Al Sisi se adueñaron de las calles y se hicieron con el poder en cuestión de horas. Del primero al último de ellos suspiraban por tomar venganza contra las personalidades del régimen derrocado. No obstante, la suposición de que entonces serían tenidos por nuevos tiranos por los extraterrestres hizo que fijaran una fecha —en siete días— para la celebración de elecciones democráticas y que invitaran a observadores internacionales con mucha antelación. En cuanto a los militares golpistas, serían entregados al Tribunal de Justicia de La Haya, claro está, para no contrariar a los alienígenas con condenas impregnadas de encono y de desquite, los castigos más probables si los juicios se instruyeran en Egipto. Después de lo acaecido en El Cairo, en el Parlamento chino se oyeron inusitadas voces discrepantes en lo referente a desoír las órdenes de los seres del espacio exterior. Aquellas voces proliferaron más a partir de que sus naves arribaran desde Egipto y, a modo de saludo, redujeran a polvo una escultura conmemorativa del triunfo del comunismo asiático y dos de homenaje a sus celebérrimos caudillos. Finalmente, a regañadientes, el máximo jerarca chino anunció por televisión que, debido a presiones indignas, pero efectivas, abandonaban el Tíbet. Se quejó de que con esta retirada de tropas dejaban a los tibetanos bajo el yugo de los holgazanes monjes budistas y a los chinos residentes allí a merced del odio de los nativos, que los tratarían como a ciudadanos de segunda clase, como a colonos del imperialismo. Y enfatizó que, si ese odio diera lugar a violencia contra sus paisanos, o los entrometidos alienígenas obligaban a los tibetanos propensos a hostilizarlos y zaherirlos a deponer su revanchista actitud, o lo harían sus huestes. Con este epílogo en aras de preservar la dignidad propia, se terminó la retransmisión televisiva china de ámbito nacional.

¿Cómo vivieron René Zagal y su amada esos días de grandes liberaciones colectivas y profundas crisis? Las emisarias que hablaron con él en Barcelona, Claudia y Laura, no habían vuelto a telefonearlo. Esto posibilitó a Tracy albergar la esperanza de que su pareja hubiera quedado excluida de cualquier negociación o mediación. Se hacía comprensible que detestase verse envuelta en una vorágine de negociaciones con los alienígenas, aunque fuera indirectamente, pues era una mujer corriente y deseaba vivir como tal. A causa de este mismo deseo, se hacía ilusiones de que no los

alcanzaría la histeria mediática a su vuelta a San Francisco. Distintamente, René se temía que el FBI y la CIA le exigirían hacer de interlocutor entre dos mundos y que él y Tracy habrían de alquilar con el nombre de un amigo otra vivienda en la urbe californiana para estar fuera del radar de los *paparazzi,* así que se hallaba angustiado.

Retrataré la situación sin dejarme influir por los deseos de Tracy ni los temores de René. Habían transcurrido ocho días desde la última aparición televisiva de la niña, en cuyo final anticipó la pronta marcha de la expedición. Los diarios divulgaban las bondades de los adelantos médicos y agrícolas regalados por los extraterrestres. Ellos desprendían un aura de santidad a despecho de su no repugnancia por la violencia cuando se usaba para lograr fines laudables. Y la gente esperaba con mucha ilusión y emoción que sus naves —llevaban seis días en una ubicación ignorada— surcaran los cielos, así como que su jefe de unidad se dirigiera a la humanidad para anunciar la entrega de nuevas dádivas y para pormenorizar remedios destinados a apuntalar un mundo nuevo, mejor, más justo y pacífico.

En este contexto, René Zagal condujo hacia la localidad de Solvang; en ella, su hermana Helen residía y regentaba una pequeña clínica veterinaria. Aspiraba a apartarse del ruido mediático, a hacer pasar unos días placenteros a Tracy y a reconfortarse con la seguridad que le insuflaba su hermana, a quien admiraba muchísimo. Pasadas cinco horas atravesaron el límite del pueblo. Entrar en Solvang era casi como hacerlo en Dinamarca, tenía una parte del encanto de la Europa escandinava. Había casitas de estilo danés con tejados verdes, marrones, rojos y amarillos, molinos de viento entre estas, una reproducción de la sirenita de Copenhague, un busto de Hans Christian Andersen, bares con nombres de vikingos legendarios, panaderías danesas, farolas de diseño antiguo… Almorzaron en el pueblo y caminaron por sus calles con el sosiego que nacía de estar persuadidos de que ningún periodista los acecharía, gracias a lo cual fueron recuperando paulatinamente sensaciones de confianza. Después se distanciaron dos kilómetros de la población y franquearon el portal de la casa grande, con porche sureño, rodeada de jardines coloridos de Helen Zagal, que los recibió con los brazos abiertos y les dio el calor humano que tanto necesitaban. Durante los cuatro primeros días de su estadía, René y Tracy dieron largos paseos por parajes rebosantes de hermosura y paz de los contornos, sobre todo por el bosque nacional Los Padres y los prados adyacentes a las riberas del lago Cachuma. En las cenas y en los desayunos, Helen se esforzaba por convencer a su hermano de que tendría una responsabilidad mínima en los cambios que los alienígenas causaran en la

Tierra, fueran estos positivos o negativos, cosa que determinaría un juez infalible, el tiempo, y en coherencia con su razonamiento, le aconsejó expulsar de sí su arrepentimiento. René la creyó; lo cierto es que quería creerla y aferrarse a esta idea. Sin embargo, de tanto en tanto, se acusaba de autoengañarse. Y, por las noches, desde la ventana de su habitación, veía un fuego devastador en los bosques que él había prendido sin querer, como cuando un imprudente tira una colilla a la cuneta en una zona con vegetación. Girarse hasta dar la espalda al cristal era inútil, seguía oyendo el ruido del fuego y su rojo resplandor se extendía por su habitación. En rigor, nada hacía presagiar que el mundo posterior al contacto extraterrestre fuera a ser peor. Sus malas premoniciones ocasionales eran producto de su pesimismo, muy arraigado en su naturaleza; este mismo defecto provocaba que cruzara con frecuencia por su imaginación que, de desencadenarse cualquier desgracia por mor de las transformaciones drásticas, su artículo habría sido el detonante. También se sentía mal por su actitud de deserción. Me explicaré: en cuarenta y seis ciudades del planeta se habían convocado manifestaciones de apoyo y agradecimiento a Levia y a los otros foráneos de las naves, y él había rehusado vía *email* encabezar la que discurriría por San Francisco en tres días. Intentaba no erigirse en el foco de atención mediática, pese a que seguía ansiando el fin de las guerras y de las iniquidades. Reforzaba su sensación de estar fallándole a la gente la palpable euforia reinante —casi la totalidad de esta consideraba una bendición el que los extraterrestres hubieran tenido a bien darse a conocer y promover la justicia en la Tierra, y lo exteriorizaban—. Esos ciudadanos que los respaldaban se sentían como niños largamente martirizados por bravucones en la escuela que acaban de granjearse la amistad de un nuevo alumno muy fornido y leal. Ya no tenían miedo. Ahora su anhelo de beneficiarse de reformas radicales impulsadas por los visitantes dominaba sobre la rabia contenida durante tantísimos años, y tenían arrestos para sumar fuerzas con ellos.

En el quinto día de Tracy y René en Solvang, cuando volvían en coche de la cascada Nojoqui y ya estaban llegando a la finca de Helen, él creyó distinguir a Laura al ver a diez metros de la cancela a una joven sentada en una piedra, con la espalda arqueada y con cara de aburrimiento por su larga espera. El periodista pasó a su lado con el auto sin mirarla, torció a la derecha, se introdujo en la propiedad, frenó, se detuvo mucho antes del garaje. Apagó el motor, colocó las dos manos en el volante; su rostro delataba su ansiedad. Se apeó del Ford sin haber respondido al: «¿Qué pasa?» de Tracy; desde el hueco de la ventanilla, le pidió a esta que aparcara y echó a andar decididamente hacia la calle. Conforme se

aproximaba a la joven, estaba más convencido de que era la beldad de ojos azules y sagaces que lo irritó en Barcelona, y en cuanto la distancia entre ellos se redujo a seis metros, lo estuvo por completo. Ralentizó sus pasos y se paró dentro de la sombra femenina. La filóloga se separó de la piedra, se empinó sobre sus talones, esbozó una sonrisa torcida y alargó su mano con cierta languidez; tenía ese gesto de incomodidad precedente a muchas disculpas, mas no se disculparía.

—¿Has venido sola?

—Sí. Relájate. Los expedicionarios no pretenden secuestrarte ni abducirte.

Laura ostentó una expresión de calma para inspirarle tranquilidad y darle a entender que no era la avanzadilla de un comando de extraterrestres camuflado en los bosques, y entonces, de repente, sus ojos sagaces, con un vestigio de la soberbia empleada por los adolescentes débiles para protegerse, se convirtieron en inocentes sin que fingiera. René Zagal estrechó su mano, y cuando iba a preguntarle a qué obedecía que precisara hablar con él en Solvang, oyó a su novia exclamar desde detrás de la verja: «¿Todo bien, cari?». El periodista se apresuró hacia la verja medio tapada con setos bajos, le contestó que sí, añadió que una fotógrafa del *San Francisco Chronicle* había venido a discutir un tema de trabajo y señaló a la emisaria vestida al estilo *hippie* , que alzó la mano para saludarla. Tracy entró en recelo, le dijo parcamente a René que lo esperaría dentro, estudió con desconfianza a la holandesa y se enderezó hacia la casa de madera con porche espléndido, que bajo esa luz crepuscular y mortecina pero multicolor evocaba un tramo de un carrusel parado. El sanfranciscano contempló por un tiempo a su pareja mientras ella se iba, luego se apartó de los setos, encaminándose hacia la filóloga. Echó la mirada hacia atrás un instante, y vio a su amor mirándolos desde el final de las escaleras, donde se enroscaban hasta ensamblarse en el alargado porche repleto de colores prestados. Él se apercibió de que Tracy sabía que le había mentido, de manera que le tocaría fabricar mentiras mejores o contarle la verdad. Enseguida se paró delante de Laura; esta lucía su aspecto más amistoso, y lo hermoseó aún más con una sonrisa distinta a la anterior: la nueva era simétrica, preñada de bondad y sublimaba sus labios. A René le pareció una sonrisa de lástima, como las que le dedicaban sus hermanas de pequeño tras haber recibido una reprimenda injusta o una mofa de su padre.

—Quieren verte, René. Yo lo encuentro normal —verbalizó la joven con su argentada voz.

—¿Estamos hablando de una comparecencia obligatoria?

—Para nada. Han sido muy taxativos: se trata de una reunión voluntaria.

Si no vas, tú te lo pierdes. Te concederían una entrevista, aunque no responderían a todas tus preguntas, solo a algunas. ¿Te interesa o no?

El fotógrafo de guerra movió su cuerpo sin levantar los pies, como si la inquietud lo poseyera. No era así. Simplemente, su indecisión se estaba muriendo.

—¿De verdad se irán pronto?

—¿Precisa «pronto»?

—Unos días, unas semanas o unos meses.

—No. Mintieron. Tenían previsto permanecer un año y medio más para completar sus estudios y su colección de microorganismos, pero se quedarán cuatro años, ya que quieren impedir las represalias contra los elegidos.

—¿Quiénes son los elegidos?

—No estoy autorizada a decírtelo.

—¿Tú eres una de los elegidos?

—No. Yo soy una mera colaboradora. Pese a ello, me han desvelado su proyecto, y estoy completamente a favor de este.

—¿Cuál es su proyecto?

—Lo siento. Me han prohibido hablar de esto, contigo y con cualquiera. Cuando el jefe de la unidad lo exponga por televisión, algo que hará pronto, lo sabrás. Su nombre es Azrén.

René Zagal se quedó pensativo, diríase que sus recuerdos más trascendentes, los buenos y los malos, estuviesen pasando deprisa por su mente. Habría contestado con un «no» áspero y terminante de haber sido convocado con coerciones y feas advertencias; contrariamente, le habían hecho llegar una amable invitación. Por lo tanto, acudiría. Como ya había puesto de relieve antes, su indecisión había muerto.

Laura le apuntó con el dedo y le regañó con vehemencia:

—Ten presente Yemen. ¿Cómo estaba antes y cómo está ahora? ¡Muestra gratitud, narices!

René dedujo que ella no era una simple trabajadora eventual de los extraterrestres, era una aliada, una conversa, una creyente de una fe a la par que partidaria de una ideología que él no conocía. Se sintió excluido, discriminado, como si anhelara entrar en un paraíso y no le abrieran sus puertas por no ser lo suficientemente bueno. Al punto remembró al niño que se arrastrara y muriera ante sus ojos horrorizados la última vez que estuvo en Yemen. De pronto, no solo estaba dispuesto a reunirse con el tal Azrén, en cierto modo, lo deseaba.

—Supongamos que aceptara. ¿Cómo lo haríamos para coincidir?

—Empezarás un nuevo libro de fotografía: *Estepas y llanuras del mundo* .

Haz unos apuntes sobre él, a modo de primicia para tus colegas, en tus perfiles de Facebook, Twitter e Instagram. Te vas a Nebraska y fotografías los paisajes. Luego viajas a Mongolia para capturar la soledad de sus estepas. El 21 de octubre, a las tres de la noche, partirás del parque natural de Gorkhi-Terelj en dirección sur. Recorrerás once kilómetros. Después esperarás. Ellos vendrán a por ti y te subirán a una de sus naves grandes, las percias, con una banff, un híbrido entre un helicóptero y un avión. Nunca pisan el exterior si hay humanos en la zona. Son muy precavidos.

—¿Cómo me localizarán?

—Del mismo modo que yo: viendo tu posición. Tienes un minúsculo emisor de señal en el cuello. Te lo introdujo un falso vagabundo cuando te largaste cabreado de la terraza de Barcelona, justo antes de pedirte limosna.

Rene Zagal se llevó una mano a la sien y musitó:

—Ese pinchazo. Lo recuerdo.

—El emisor es inocuo. A mí también me lo pusieron, en el antebrazo.

—¿De qué forma os reclutaron a los colaboradores?

—No estoy autorizada a decirlo.

—¿Has vivido con ellos?

—Sí. Viví un mes en la nave de Azrén cuando la expedición estuvo en Nueva Zelanda. Me hice amiga de Levia.

—¿Cómo es ella?

—Buena, agradable y sensible. No quiere irse de la Tierra. Es el único mundo que conoce, puesto que partió de Reajún, su planeta, siendo demasiado pequeña para recordarlo. Cuando yo vivía en la nave, Azrén procuraba sembrar serenidad en Levia asegurándole que la vida en Reajún es fenomenal y ella le replicaba enseguida que ese no era su hogar al tiempo que sus ojos decían que prefería quedarse aquí. ¡Menudo dramón me tocó presenciar!

—¿Y qué le gusta hacer?

—Le gustan la jardinería y la ciencia. Pasa mucho tiempo en el invernadero y en el laboratorio. De la música de los MP3 que le di le agradan Mozart, Sade y Maná, si bien prefiere la clásica; de hecho, está aprendiendo a tocar el arpa, la de medida grande, no una como la de Nerón. También tiene sentido del humor, se partió de risa viendo una recopilación que yo hice para ella de anuncios de colonia de la tele y de vídeos del programa *Just for laughs* .

—¿Los colaboradores formáis una comunidad secreta de masones patrocinada por los extraterrestres que transmite sus experiencias y sus cometidos de generación en generación?

—No. Soy una masona de primera generación. Les hacían falta

traductores de latín. Pasé una prueba de pureza para que tuvieran la certeza de que no los traicionaría.

—¿Qué es una prueba de pureza?

—De la prueba de pureza tampoco me está permitido hablar. Guarda tus preguntas para Azrén, ¿vale? No alarguemos esta charla más de lo necesario. Es muy posible que agentes del FBI o de la CIA estén por las cercanías para cerciorarse de que no frecuentas a los expedicionarios. Debo esfumarme.

—Bien.

—¿Tenemos un trato? ¿Puedo manifestarles que sí?

Él frunció la nariz, entrecerró los ojos y luchó contra la desazón que había conquistado sus facciones, mas no su espíritu: ahora estaba decidido a no soslayar los riesgos con renuncias cobardes.

—Puedes. ¿Qué pasaría si algún tipo de la CIA me siguiera por las estepas de Mongolia?

—Los extraterrestres barajan esta posibilidad. Se ocuparían de él. No te preocupes por eso. Limítate a dejar tu teléfono en el hotel en el que te hospedes en Ulán Bator —Le pasó una nota—. Gorkhi-Terelj se escribe así. Memorízalo. —Le quitó la nota con el nombre del parque natural, la quemó con la llama de un mechero y agregó—: Cíñete a las instrucciones. Crea la tapadera hoy mismo.

— *Estepas y llanuras del mundo* —susurró René.

— *Estepas y llanuras del mundo.* Buena suerte, periodista. Adiós.

Laura le dio la espalda y caminó calle abajo con el aplomo de un veterano curtido, no con el de una joven de veintidós años. Avanzó unos pocos metros más y se volvió para opinar con una impulsividad tan intensa que casi diluyó la acritud:

—Debieras estar más orgulloso de haber creado el «Comité de bienvenida a los extraterrestres » , creo yo. Contigo comenzó esto.

La holandesa reanudó su caminar sin aguardar la réplica. El excorresponsal de guerra acababa de concebir simpatía por ella. En cierto modo, lamentaba que se fuera. Se preguntó qué era una prueba de pureza. Esperó que no hubiera de superarla como requisito para ver al líder de la expedición extraterrestre. No se consideraba Jesucristo, Gandhi o Buda. Se le ocurrió que, a lo mejor, los alienígenas se habían formado una idea equivocada de su condición moral: lo habían idealizado. En tal caso, se llevarían una fuerte desilusión cuando realizara la prueba, vaticinó con un mohín de aflicción.

5

París, 13 de septiembre de 2019

La gran masa de gente, en un ambiente festivo: ya con alegría, ya con alborozo, recorría los campos Elíseos. Abundaban los cánticos espontáneos dedicados a los bienhechores extraterrestres, en estos se les atribuía el mérito de los progresos tangibles hacia la paz alcanzados en varias zonas problemáticas del mundo. En una pancarta se exhibía esta leyenda: «Igualdad, Libertad, Fraternidad y Amistad con los Alienígenas», en clara prueba de que eran vistos como aliados suyos, no como un mal o enemigos. Probablemente, había contribuido a crear ese estado de opinión el que se hubieran comunicado a través de una niña y hubieran hecho cosas que las comunidades humanas estimaban justas: parar guerras, luchar para acabar con la esclavitud y los genocidios, etcétera. El haber supeditado sus nuevas acciones libertarias al respaldo previo en las votaciones constituía otra de las buenas razones por las que se les tenía por benéficos y ecuánimes; asimismo, tal respeto a la democracia real les había conferido una aureola de legitimidad muy grande, que habrían querido para sí los dignatarios de naciones.

Esta multitudinaria manifestación francesa —se congregaron en torno a un millón de personas— no difería en nada, en lo esencial, de las que se estaban celebrando, se habían celebrado y se celebrarían por todo el globo a la misma hora, las doce del mediodía. En los diversos ministerios, así como en los gabinetes de asesoramiento de los jefes de Estado del mundo, se agudizó el malestar por esas muestras de apoyo lindantes con el compañerismo. Además, los gobernantes y los políticos en general asistían con mucha impotencia y envidia al enardecimiento del gentío en las marchas, por cuanto hablaba de un cariño que ellos muy raramente habían atraído. En verdad habrían preferido que los alienígenas no hubieran hecho alarde de intrepidez entrando en la Tierra sin su permiso. No era de extrañar teniendo en cuenta que siempre habían pensado y aún pensaban que esta era de su propiedad. En vista de su particular lógica egocéntrica, de tanto malestar, de tanta envidia y de tanta impotencia, pudiera inferirse que su inquina hacia los «intrusos» había surgido de resultas de esta fatal combinación de defectos y pesares. Pero su inquina se explicaba mucho

mejor por el miedo a perder el poder; el modo expeditivo con el que la expedición alienígena estaba liberando al género humano de los abusos los había abocado a sufrir ese perturbador miedo. Consecuentemente, de un tiempo a esta parte, también rezumaban amargura y desosiego, y su confianza se había ausentado, como le ocurriría a un galán famoso que ya no es contratado para protagonizar películas porque ha irrumpido en la escena cinematográfica un actor más joven, más guapo y con mayor talento.

Como es natural, esos grandes perdedores con los recientes cambios anhelaban que volviera la «dulce normalidad». A este fin buscaban desesperadamente un motivo para acusar a los extraterrestres de no ser tan honestos y ejemplares como sus pueblos pensaban con exasperante unanimidad; se afanaban en descubrir un dato con el cual proyectar una sombra de duda y acallar las voces en aquellas manifestaciones que, en el fondo, clamaban que los políticos y sus camarillas eran prescindibles. Sus temores no resultaban infundados, toda vez que los liberados ciudadanos opinaban que los gobernantes clásicos pertenecían a un pasado que era infausto, abominable y bochornoso por culpa de sus infamias: las guerras, el continuo comercio de armas, el perdón a los imperialistas, su casi nula asistencia a los pobres… Los veían como a un familiar del que uno se avergüenza, de esos a quienes se rehúye para no pasar un mal rato.

¡Cuánto deseaban los políticos aviesos más influyentes del mundo una audiencia con los expedicionarios comandados por Azrén para escenificar un buen entendimiento, su apertura al diálogo, así como su disposición a rubricar alianzas! Y deseaban todavía más algo totalmente irrealizable ahora —habida cuenta de que el vulgo nunca se lo perdonaría—: aniquilarlos. Algunos de estos políticos, muchos en realidad, preferían retenerse hasta que los providentes forasteros cometieran algún error o torpeza como, por ejemplo, un uso no justificado de la fuerza. Preveían que entonces el contento del populacho se trocaría en pavor, gracias a lo cual las ovejas recobrarían su docilidad nada más se gritara que había un lobo peligroso al que urgía matar. Otros tantos de aquellos políticos de mucho relieve, por vaticinar que los extraterrestres nunca se excederían, proponían cambiar su etiqueta de «salvadores» por la de «invasores» con medios subrepticios: difamaciones lanzadas desde los mejores púlpitos de los medios de comunicación, *fake news* en las redes sociales, convertir mediante retribuciones a docenas de *influencers* en agoreros desatados… Ambos sectores de caciques celosos se equivocaban, dado que había otro género de impedimentos para atacarlos más allá de la impopularidad: la inferioridad militar de los ejércitos terrestres y las posibles venganzas

posteriores de tropas reajunenses. Eludían su obligación de hacerse las preguntas necesarias, a saber: ¿cómo traspasarían los misiles de la OTAN o Rusia los escudos de sus siete naves grandes?, ¿cuántos efectivos extraterrestres acudirían a reforzar a la expedición científica o a tomarse la revancha por una eventual derrota? y ¿situaban ellos a sus rivales vencidos sobre patíbulos y contra paredones? Los altos cargos de la CIA y de los departamentos de inteligencia de otros países sí habían abordado estas cuestiones, y al hacerlo una oleada de pesimismo anegó sus pensamientos. Sospechaban que dejarse llevar por el apasionamiento y por las ansias de asesinar a los extraterrestres entrañaría contraindicaciones muy perjudiciales, de ahí que abogaran por bajar las orejas y adaptarse a la voluntad general ciudadana, que no era enfrentarse a sus salvadores, los que habían demostrado estar por la labor de hacer de muro entre los crímenes abyectos y las poblaciones malhadadas. Los citados políticos prominentes, en particular los las grandes potencias económicas y militares, ni comulgaban con esta visión derrotista, ni querían esperar indefinidamente para masacrar o expulsar del planeta a los reajunenses, de modo que desoyeron los consejos de sus servicios de inteligencia. Continuaron orillando los escollos por orgullo y negándose a analizar si la lucha a entablar era dable de ser ganada; además, exigían ganarla cuando se desatase. Sin embargo, vencer en una eventual contienda contra los expedicionarios, en la actualidad, se consideraba una quimera por los muy entendidos en el arte de la guerra. Ningún estratega militar de prestigio recomendaba presentarse en el campo de batalla con lo que se tenía —un armamento de mucha más baja calidad, entre otras limitaciones— en busca de una derrota honrosa, ni tampoco juzgaba bueno vencer a una unidad científica aislada para después ser barridos por centenares o miles de unidades auténticamente militares. Su posición consistía en que, antes de pasar a la acción, ciertas eminencias de la física y la ingeniería debían dar respuestas a muchos interrogantes y proporcionar alguna ventaja que nivelara la futura contienda; exclusivamente de esta manera podrían sumarse a preconizar la elección de la violencia.

Sede de la OTAN, Haren —Bruselas—, 18 de septiembre del 2019

Un salón de reuniones moderno en un edificio frío, con medidas de seguridad extremas. A los representantes de veintisiete países se les habían unido, en calidad de asesores, científicos expertos en los campos de la física, la aeronáutica, la ingeniería y la tecnología armamentística. El delegado de los Estados Unidos, que llevaba la voz cantante, dirigía preguntas a este elenco de científicos:

—¿Han establecido con qué tipo de armas fueron abatidos los cazas saudíes?

Charles Leclerk, un doctor *honoris causa* por la Universidad de Yale, de barba poblada, mirada confiada y movimientos lentos, se levantó de su silla y esclareció:

—Después de examinar minuciosamente los restos y los registros, hemos llegado a la conclusión de que utilizaron un láser de electrones libres muy superior al Boeing Láser Avenger y a los ideados por Raytheon, estos últimos en fase experimental. Nos figuramos que su potencia destructora puede graduarse. Habrían empleado una intensidad muy reducida en comparación con la máxima, que superaría los 400 kW, aunque mi afirmación está hecha a partir de estimaciones rebatibles, no de certezas. Lo que no es rebatible es que nuestros láseres son sensiblemente peores.

—¿Cuándo dispondremos de un láser como como este, señor Leclerk? —interrogó el representante de Francia, un militar retirado metido en política, alto, robusto, con una perenne apariencia de estar enojado que nada suavizaban sus gafas de gruesos cristales.

—En cincuenta años, en cien, nunca… No hay modo de predecirlo.

—¿Qué han averiguado de sus escudos? —preguntó el delegado estadounidense a Leclerk, que se sentó porque correspondía responder a otro científico.

El físico e ingeniero aeronáutico holandés Marco Stamp, un asesor de la empresa Northrop Grumman, habló desde su silla con un aire de indolencia que no se compadecía con el contexto de alarma:

—Es lo que más nos maravilla. Las naves están completamente a salvo de cualquier ataque, inclusive del nuclear. Para que se entienda, sería como si los misiles fueran agua y su blindaje un tejido de neopreno. Por mucha agua que echáramos a una persona vestida con esta clase de prendas, no se mojaría. Y quienes arrojan el agua, nosotros, no estaríamos protegidos con dicho material, así que el agua que saliera despedida nos salpicaría. Hago este símil con la intención de evidenciar que, a mayor intensidad de fuego sobre los escudos, existen más posibilidades de que las explosiones nos afecten.

El representante de los Estados Unidos, disimulando que estaba alterándose, reclamó más precisión a Marco Stamp:

—¿Quiere decir que los misiles se desviarían y explosionarían fuera de su blanco?

—No exactamente. Pero, sin duda, nuestra ofensiva devendría contraproducente.

—En otras palabras: estamos a su merced. Y ustedes no han descubierto

nada para contrarrestar su palmaria supremacía militar —reprochó el estadounidense.

—Su aseveración es una verdad a medias. Estamos a su merced; ahora bien, hemos descubierto algunas cosas nada baladíes o, al menos, creemos haberlas descubierto. Con su permiso, las resumiré. Hemos estudiado concienzudamente la forma de las naves. Difiere de la de los platillos volantes de las películas de ciencia ficción y de la de los ovnis atisbados por pilotos; es aerodinámica, triangular. ¿A qué responde tal prestación? En el espacio no hay gravedad; este diseño aerodinámico no supone una ventaja en él. Sin embargo, en su planeta y en los otros planetas en los que toman tierra sí debe de haber una fuerza de gravedad considerable, lo que explicaría su dibujo exterior. También hemos encontrado una explicación congruente para su enorme tamaño: son navíos mercantes. Por tanto, en teoría, van equipados con armamento militar básico.

—¿Navíos mercantes? —se extrañó el delegado de Turquía.

—Sí, naves pensadas para almacenar y transportar materiales codiciados por su civilización —argumentó el ingeniero aeronáutico Marco Stamp.

—Así, en su docta opinión, no son naves de guerra, lo cual en absoluto sugiere que sean las escogidas para consumar una invasión —completó la teoría el representante americano.

—Las hemos clasificado como naves de transporte con un suplemento defensivo. Cuadra con lo que ellos afirman: son una expedición científica.

—Me inquieta escuchar cómo convierten alegremente conjeturas en afirmaciones irrebatibles, doctor Stamp —se quejó el delegado de Polonia —. ¿En qué se basa para descartar que el gran tamaño se deba a que estén transportando a colonos dispuestos a sustituirnos tan pronto como nos hayan exterminado?

—No resulta creíble que haya miles de embarazadas en las naves a la espera de que su sección militar acabe con todos nosotros. Contaban con el elemento sorpresa a su favor para hacer esto, al que no han recurrido.

—Coincido —apoyó el general estadounidense David Bolard mientras alejaba un vaso de agua de su carpeta—. Un ejército invasor habría aprovechado el factor sorpresa.

El científico holandés prosiguió:

—Además, una ofensiva militar con el objetivo de exterminar a nuestra especie no cuadra con sus cercanas posiciones. Si su meta fuera esa, nos habrían atacado desde fuera de la atmósfera, y cuando el apocalipsis con maremotos y días sin sol acabara, muchos años después, vendrían para edificar su nuevo mundo. Contemplo otra vía hipotética para el exterminio: un ataque biológico, un virus o una bacteria al cual ellos sean inmunes y

que afecte mortalmente a la humanidad. No dudo de que cuentan con un arma biológica así en su arsenal o que, en su defecto, son capaces de obtenerla.

—Bien. Supongamos que me adhiero a su parecer: nos quieren bien —intervino nuevamente el delegado americano—. Ergo, no hay motivos de preocupación. Esto suena muy bien. Pero a nosotros nos pagan para preocuparnos, no para relajarnos y bajar la guardia. Necesitamos detectar los puntos débiles de sus naves colosales por si, en el futuro, nos conviniera derribarlas en vez de parlamentar y hacerles la pelota.

—No tienen puntos débiles —aseveró el doctor Marco Stamp—. Somos como unas decenas de saltamontes que se juntan para asaltar una comisaría de policía. Debieran plantearse parlamentar y hacerles la pelota hasta que se vayan, a mi ver.

—Todos los científicos pensamos igual —suscribió el director del Departamento de Investigación y Desarrollo de la empresa armamentística Thales, radicada en Francia—. Cualquier intento de abatir sus naves grandes estaría condenado al fracaso. Equivaldría a una provocación que redundaría en nuestro perjuicio. ¿Para qué iniciar una guerra imposible de ganar? ¡Enderecen sus intenciones al entendimiento con ellos! No se empecinen por orgullo.

El austríaco Hans Ludwing, un físico despierto, propenso a meditar mucho los asuntos cruciales y a darles solución, de rasgos jóvenes para sus cincuenta y dos años, de gesto melancólico y de cabello bruno siempre despeinado por tres remolinos, se sumó a la discusión:

—Señores políticos, están acostumbrados a mandar y a salirse con la suya. Les aconsejo aceptar la realidad, así como cultivar una actitud de humildad y resignación; les hará falta. Si no asumieran que los extraterrestres tienen la capacidad de vencernos con facilidad, podrían en peligro a la sociedad civil. Ellos no han adoptado una postura beligerante excepto para hacer cumplir sus contados mandatos, que fueron muy sensatos, por cierto. Por nuestra formación científica, nos damos perfecta cuenta del atraso tecnológico de nuestra civilización con respecto a la suya, también en el campo militar. No podemos sino sugerirles apostar por el diálogo y la diplomacia; además, los animamos a disfrutar de sus obsequios, que son prodigiosos y, mucho me temo, no han sabido apreciar en su justa medida.

Los representantes de los países de la OTAN estaban insatisfechos y defraudados. Les costaba digerir que no hubiera otra alternativa a la de confiar en que los poderosos visitantes tendieran a la cooperación, a la generosidad y a la clemencia, y se abstuvieran de emprender una conquista

que, a la luz de lo escuchado, culminarían con rapidez.

6

En todo el mundo, 22 de septiembre de 2019

Tras un fundido a blanco y unas letras verdes, surgieron en las pantallas de televisiones, móviles, tabletas y ordenadores las imágenes del líder de los alienígenas, Azrén, y de su hija Levia, sentada en una de sus rodillas, abrazándolo con amor filial. La entrañable escena estaba muy estudiada: se mostraba el cariño de un padre hacia su hija y viceversa. Un varón así no debía de ser peligroso, carecería de una inclinación al mal, a la violencia gratuita. O, al menos, esto se procuraba reflejar. Ella sonreía, él estaba serio; a decir verdad, impresionaba con sus dos metros y sesenta y seis centímetros de altura, su estampa fornida, su gesto adusto pero muy sereno y sus ojos bicolores exactos a los de la niña.

—Saludos cordiales, habitantes de la Tierra —dijo Azrén—. Me figuro que las preguntas que os gustaría hacerme se acumulan en vosotros. Os contaré una parte de cuanto pretendéis saber; el resto quedará pendiente para cuando volvamos a visitaros, cosa que ocurrirá, previsiblemente, en ocho siglos. Me permito suponer que ese próximo contacto de civilizaciones se producirá entre aliados hermanados, no entre extraños separados por la desconfianza y el temor. Mi principal cometido hoy consiste en explicaros el que constituirá nuestro último regalo en esta era. Tengo para mí que devendrá el más útil y provechoso para la raza humana, aunque, desde luego, sois muy libres de rechazarlo. Este último regalo se trata de una receta para la justicia social y la paz. En el supuesto de que abrazaseis esta doctrina y la pusieseis en práctica, construiríais una sociedad a imagen y semejanza de la que disfrutamos en Reajún, nuestro planeta. Allí superamos hace miles de años las formas deficientes de democracia. Justo entonces alcanzamos el cénit de nuestra civilización en orden, bonanza, distribución equitativa de la riqueza y concordia. En el pasado teníamos, o más bien debiera decir padecíamos, un sistema político horrible casi análogo al vuestro. Individuos a quienes no conocíamos prometían falsedades con tal de sentarse en los sillones en el gobierno, y luego se hacía patente que no eran los más indicados para liderarnos. Las elecciones llegaron a ser una competición entre ruines con la habilidad de sonreír mientras soltaban sus embustes y patrañas. El poder se convirtió en

un imán de mezquinos, ladrones, egoístas, lacayos de banqueros y, ¿por qué no confesarlo sin ambages?, de criminales de cuello blanco; una realidad dura muy chocante, considerando que, por lo general, nuestra gente era y sigue siendo honesta, cálida y solidaria. Encontramos una solución con la cual arreglamos definitivamente este enorme problema que oscurecía nuestra existencia. Todo comenzó con la indignación, que se combinaría con el idealismo, el uso de la inteligencia y el atrevimiento, dando origen a un proyecto revolucionario: se presentó a las elecciones generales una plataforma civil que abogaba por eliminar los esquemas y patrones políticos vigentes, con la finalidad última de establecer una nueva arquitectura social basada en el bien. Sus militantes y cabezas de lista se comprometieron a que, si ganaban, no gobernarían, sino que irían a las escuelas y escogerían a los gobernantes entre los alumnos; en concreto, escogerían a los cien adolescentes de dieciséis años que más se ajustaran a un perfil del gobernante perfecto de quince atributos, confeccionado mediante consultas ciudadanas. El primer atributo, extremadamente honrado. El segundo, compasivo y amante de la paz. El tercero, justo y solidario; es partidario de repartir la riqueza y garantizar la igualdad de oportunidades en el acceso a estudios, a la sanidad, a la vivienda, etcétera. El cuarto, de profundos valores democráticos. El quinto, respetuoso con todas las culturas y tradiciones, menos con algunos aspectos de estas que socaven derechos básicos. El sexto, por su talante, su discernimiento y su inclinación natural, ama la libertad de expresión y no da mayor importancia a las posturas minoritarias defendidas con ímpetu que a las defendidas de forma serena y comedida por sectores más amplios de población. El séptimo, coeficiente intelectual muy alto. El octavo, buena inteligencia emocional. El noveno, creativo y capaz de adaptarse a circunstancias cambiantes, y eficiente al resolver problemas. El décimo, se le da bien trabajar en equipo. Escucha y valora el punto de vista de los demás; ve positivo delegar en expertos y recibir consejos de ellos. El undécimo, dispone de fuerza interior para tomar decisiones difíciles demandadas por la ciudadanía y para soportar la responsabilidad de su cargo, así como las presiones y las críticas de las oligarquías en declive. El duodécimo, es ambicioso en el sentido de que aspira a conseguir un tipo de sociedad en la cual se goce de prosperidad económica e igualdad social, y también es inconformista: aunque efectivamente surja una sociedad excelente, deberá parar mientes con asiduidad en cómo hacerla todavía mejor. El decimotercero, se aviene a sacrificar algunas ventajas de una vida normal —disponer de bastante tiempo libre, no ser famoso, etcétera— para ejercer de consejero del pueblo. El decimocuarto, se distingue por su humildad; no

se siente superior ni inferior a nadie. Y el decimoquinto, trabajador, jamás desfallece y siempre quiere aprender más.

»La plataforma seleccionó a los adolescentes en cinco fases. En la primera se hizo público el perfil. En la segunda se recabaron las sugerencias de profesores de escuela, de compañeros de clase, de padres y de conocidos de adolescentes encomiados por reunir las virtudes antes desglosadas. En la tercera se investigó a estos adolescentes elogiados. Se hicieron entrevistas a todos sus compañeros de clase para comprobar que los profesores, los padres u otros reajunenses no habían mentido o se habían confundido. A partir de aquí, ya tuvimos un grupo de elegidos: 534. En la cuarta fase se sometió a esos 534 candidatos a una prueba de pureza, que viene a ser una serie de entrevistas estructuradas para verificar sus atributos morales. Se parece a lo que denomináis pasar por el detector de mentiras, solo que el nuestro se ha demostrado infalible. Se eliminó a los 73 impostores, con lo que el conjunto quedó reducido a 461 estudiantes acrisolados. En la quinta fase una comisión de catedráticos universitarios bendijo a los que, a su juicio, eran los 100 más idóneos de entre estos 461 adolescentes extremadamente sobresalientes y puros.

»Ya habíamos puesto la primera piedra. La plataforma civil hizo pública esta consecución, que, claro está, hizo estallar de entusiasmo a mis antepasados. Posteriormente, a los cien elegidos se les dio, hasta los veintiséis años —la edad en que empezarían a servir al pueblo—, una formación de élite muy especializada en instituciones educativas equiparables a vuestras universidades. Por formación muy especializada quiero decir que estaba planeada para que, a su término, supieran tomar decisiones inmejorables en el ministerio en cuyo seno desarrollarían su actividad. Por ejemplo, el que trabajaría en el Ministerio de Transportes y Obras Públicas, estudió Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos, Geografía y Movilidad Sostenible, y el que estaría ejerciendo en el Ministerio de Sanidad, cursó Medicina, Economía y Recursos Humanos; así de coherente fue la formación de cada uno de ellos. En definitiva, pasamos de tener como líderes a vendedores de armas, ladrones, mentirosos compulsivos, arribistas sin una preparación idónea para su labor y hacedores de guerras, a seres de naturaleza piadosa que, además, eran muy inteligentes y estaban excelentemente preparados. Los cien consejeros, a los que se iban sumando cinco cada año, formaron el Consejo de sabios del pueblo. ¿Cómo operaba? Hacía votar a la ciudadanía en todas las cuestiones más importantes y en las polémicas. A veces, pedía apoyar una

postura determinada por estimarla muy beneficiosa para la sociedad; otras veces, las más, no se posicionaba. Tales sugerencias previas a las votaciones no contaban a efectos legislativos, únicamente valían las decisiones de los ciudadanos. Se contemplaba una sola excepción a mi afirmación: cuando una votación daba lugar a una medida que los consejeros juzgaban desastrosa o inmoral para la sociedad, entonces tenían la potestad de convocar una segunda votación sobre la misma cuestión en quince días; esta segunda tenía carácter definitivo e irrepetible. Durante esos quince días, mis compatriotas del Consejo se esmeraban en argumentar en los medios de comunicación por qué no les parecía buena la postura expresada por la ciudadanía en la primera votación. Esto era y es muy excepcional: ha ocurrido en cinco ocasiones en los últimos cuatrocientos años. En tres de ellas se cambió el sentido mayoritario del voto; en las otras dos no. Pero siempre los votantes tuvimos la palabra final. El proceso de selección del Consejo de sabios del pueblo, así como el funcionamiento democrático actuales son los mismos a los del primer Consejo. Cada quince años, este paradigma, llamado racionalismo social, debe refrendarse por sufragio universal. Desde que se instaurara hace más de cuatro mil años, en sustitución del viejo régimen, su apoyo social nunca ha bajado del noventa y seis por ciento en esas votaciones cíclicas. Los reajunenses estamos encantados. Ya no hay luchas intestinas, ni guerras, ni desigualdades sociales. La esperanza y la sabiduría las erradicaron.

»He estudiado la historia de la humanidad gracias a las traducciones de libros efectuadas por terrícolas que tienen la gentileza de colaborar con nosotros. Esto explica que no me sean ajenas vuestras necesidades y me atreva a presumir las primeras cuestiones que votaríais a partir de la constitución de un Consejo de sabios, si os decantaseis por reproducir nuestro modelo social, una apuesta de futuro que os recomiendo encarecidamente. Sin duda, una de las primeras sería esta: el Consejo os consultaría respecto a escoger una lengua común, que se enseñaría en el sistema educativo del mundo entero en el cincuenta por ciento del horario lectivo. En el otro cincuenta por ciento se utilizaría la lengua materna contemporánea de cada lugar o bien se recuperaría la lengua materna prístina extinta a causa del imperialismo y sus guadañas. En cada territorio colonizado se habría de votar cuál es la lengua materna válida. La lengua común universal podría elegirse por sorteo, lo que hicimos en mi planeta, o también sería factible tomar por lengua universal una de las muertas apropiada para la producción literaria, como el griego micénico, el latín culto, el persa aqueménida o el sumerio, entre otras. Se me ocurre una

segunda votación prioritaria: el Consejo os invitaría a manifestaros acerca de si los ejércitos y la policía estarán subordinados al pueblo en temas delicados en lugar de deber obediencia jerárquica al Estado y a los jueces y/o atenerse a las leyes. Me refiero, por ejemplo, a la participación en una guerra o a la represión de una manifestación, que precisarían de autorización por sufragio directo. Asimismo, se os preguntaría si es permisible vender armamento a otras naciones. Otra de las votaciones perentorias se haría para que decidierais si se expropia el capital de las grandes fortunas amasado durante el imperialismo mediante robos y explotación. Ese dinero se destinaría a proyectos de ingeniería agrónoma, ganadería, construcción de regadíos, sanidad y enseñanza en las zonas más pobres de la Tierra. También votaríais en orden a elegir si se aprueban o no impuestos especiales para las grandes fortunas y los productos de lujo: cosméticos caros, yates, coches deportivos, alta joyería, etcétera. Los impuestos recaudados engrosarían las cuentas públicas para los mismos proyectos solidarios. Mediante una urgente votación más, se os pediría vuestro asentimiento para reducir el gasto militar. Y con el paso de los años, cuando el racionalismo social estuviera consolidado, intuyo votaciones de asuntos más «radicales» pero ineludibles, tales como decretar una renta mínima universal, regular el nivel de redistribución de la riqueza, restringir las herencias altas, aprobar o derogar los artículos de la legislación penal…

»Por lo que he observado y leído, arrastráis tres grandes problemas. El primero: vuestras inspiraciones. La civilización occidental, la copiada en la Tierra en el presente, se ha formado a partir de dos sociedades perniciosas e idealizadas, la griega y la romana, que se caracterizaban por ser clasistas, opresoras y esclavistas. Más adelante, la civilización occidental terminó de construir su identidad tomando como referencia ética los lemas de la Revolución francesa de 1789: libertad, igualdad y fraternidad, pero estos jamás se cumplieron, de suerte que los estratos sociales bajos siguieron marginados. El poder pasó de la aristocracia a la alta burguesía, de quienes tenían sangre azul a quienes tenían mucho dinero, y legislaron para conservarlo. Tan triste hegemonía de los muy ricos, que peligraría con una democracia verdadera y una sociedad no manipulada, se ha perpetuado mediante el control de los medios de comunicación y de la educación, e imponiendo un molde electoral no democrático al cual llamáis democracia —estas tres cosas componen el segundo problema—. Lamentablemente, las grandes fortunas surgidas del imperialismo y de la usura mandan sobre los políticos votados en las urnas, por lo que normalmente ellos gobiernan para estos amos en vez de para vosotros. Hasta que no reforméis el sistema

educativo, los medios de comunicación de masas y el patrón electoral vais a seguir teniendo la sensación de que decidís, cuando, en realidad, deciden el grupo Bilderberg y sus socios. Me tomaré la libertad de sugeriros que en vuestra educación escolar haya neutralidad, lo que prescribía Marx, o bien diversidad de ideologías, la fórmula que reivindicaba Bertrand Russell. En cuanto a los medios de comunicación de masas, se me antoja apremiante fijar por ley cuotas para asegurar que las corrientes políticas y de pensamiento estén representadas por igual en ellos, como se hace en Reajún. Allí, además, existe neutralidad ideológica en la escuela; no se da ningún tipo de mensaje moral a los alumnos antes de vuestros catorce años. A partir de esta edad y hasta el final de la escolaridad obligatoria, asisten a conferencias sobre todas las posturas ideológicas con rigurosa proporcionalidad de tiempo. Este método educativo marca la diferencia entre formar a un ser que piensa libremente y una marioneta. Incido en ello porque, si no llevarais a cabo estas reformas en la educación y en los medios de comunicación, no tendría sentido implantar un procedimiento democrático genuino como el de la democracia permanente liderada por un Consejo de sabios honestos. Habría una dictadura encubierta, que no se sostendría por el despliegue de ejércitos, sino por el moldeamiento de la mentalidad colectiva a través de la escuela y los *mass media,* tal como ahora ocurre por mucho que os duela reconocerlo. Esta forma de control del pensamiento social es muy dañina, pues el monopolio en suministrar refuerzos positivos y negativos lleva a la obediencia ciega y a la emulación acrítica, que pueden resultar tan mortíferas como la maldad. El tercer problema que arrastráis está dentro de vosotros. Como dilucidó Konrad Lorenz en sus libros, en la prehistoria os visteis forzados a emplear la violencia contra vuestros semejantes para subsistir, para disponer de comida. Cuando el volumen demográfico en los clanes y las tribus crecía por encima de las posibilidades del medio natural para ofrecer alimentos, suponía una imperiosa necesidad expulsar el exceso de personas; o se hacía esto, o se perecía de hambre. La expulsión por medio del acoso y de agresiones, comprensible en aquellos tiempos de caverna y fogata, ha dejado una huella en vuestra naturaleza, una propensión a la violencia ante la frustración y el miedo, que os conviene modificar. Pero, para modificarla, antes será preciso comprender y asumir el remoto origen de esta tendencia a ser violentos a la par que hacer un firme propósito de cambiar en aras de la convivencia pacífica. Y a estos problemas inveterados se ha añadido otro más reciente, el consumismo, que os impide pensar de modo crítico y dificulta que vuestro inconformismo se traduzca en acciones en pro de la justicia.

»Acabo ya. No es mi intención aburriros con más disertaciones tediosas. Solo me falta por decir que nosotros no somos el máximo exponente del bien. De ningún modo nos consideramos la perfección moral. No nos autodefiniríamos como «buenos por naturaleza», como Rousseau os calificó a la raza humana. Eso sí, con el paso de los siglos, hemos progresado mucho tanto ética como científicamente. Creo sinceramente que os beneficiaría incorporar los avances reajunenses a vuestro convulso mundo. En cualquier caso, esta decisión os corresponde a vosotros, y siempre será así. Desde mañana hasta el sábado, la misma muestra representativa de población que nos facultó para combatir la esclavitud se pronunciará sobre si ciudadanos de la Tierra concurrirán a las elecciones postulando el establecimiento de nuestro arquetipo social. Hemos instruido a unas decenas de humanos con el objeto de que sepan hacer las pruebas de pureza, y disponen de tres máquinas para efectuarlas.

»Me despido. Llevamos tres años en vuestro planeta, y despegaremos en unos dos meses. Como os he anticipado, es muy poco probable que vengamos de nuevo antes de ochocientos años. Nos ilusiona imaginar que, en nuestra próxima estancia, descubriremos que hemos contribuido a elevar vuestra calidad de vida, así como a regiros por códigos éticos excelentes. También espero que entonces estrecharemos los lazos de amistad forjados a lo largo de las últimas semanas. Adiós.

—¡Adiós, amigos! —exclamó Levia rompiendo una sonrisa.

Millones de televisores fueron apagados tras las escuetas despedidas de Azrén y su hija. Los espectadores ávidos de escuchar los mensajes de los visitantes —habían estado máximamente atentos durante la detallada exposición—, ahora sentían mucha alegría y un poco de conmoción. Mucha alegría porque quedaba reforzada la idea de que estos tenían miras altruistas; un poco de conmoción porque eran sabedores de que quedarían huérfanos de asesoramiento con la cercana marcha de quienes, según creían, deberían guiarles en la transformación social y en la catarsis colectiva en ciernes. René no experimentó alegría ni conmoción. Se estaba intensificando en él la excitación del periodista que va a afrontar en breve el mayor reto profesional de su carrera. Además, lo desasosegaba un poco su sospecha recurrente de no estar a la altura de la entrevista al comandante. Tracy, por su parte, se hallaba confusa: dudaba de que fuera verdadera la voluntad de los reajunenses de liberar a la humanidad. Y se preguntaba si su reconocimiento de no ser «buenos por naturaleza» significaba que estaban aprestándose a saquear y a avasallar. Se asemejaba a una niña asustada cuando remiró a René para adivinar qué estaba

pensando y distinguir sus sentimientos; al mismo tiempo, deseaba estar equivocada por pecar de suspicaz. Conservaba este aspecto de hallarse asustada mientras hacían el amor. Ella, entre beso y beso, intercalaba preguntas difíciles de responder acerca de lo que nadie sabía: «¿Son salvadores o conquistadores?, ¿se quitarán la careta de pacíficos y se apropiarán de la Tierra?, ¿nos atacarán si no nos corregimos, si les damos una decepción como pago por sus presentes?…». René no contestó ninguna. Ignoraba las respuestas a pesar de sus conversaciones con Laura. Si bien, en honor a la verdad, tenía presentimientos buenos, gratos, esperanzadores. Cuando terminaron de tener sexo, este se limitó a comentar:

—Tracy, ven conmigo mañana a Nebraska. Te sentará bien.

Esas palabras redujeron solo un poco la zozobra de la profesora de cocina. Quizá por ello, en sus ojos afloró el miedo constante al futuro de sus antepasados campesinos; pareciera que aquel miedo había salido de las tumbas de Vietnam y había cruzado el océano Pacífico para penetrar en su ser. Ella se durmió sin haber dicho si se apuntaba al viaje. Él no conciliaba el sueño, lo desvelaba el estar dándole vueltas a los efectos en la Tierra de los aportes y las sugerencias de los extraterrestres. Algo semejante a la ansiedad, sin serlo propiamente, enlentecía su discurrir sobre esto, y también le dificultaba concebir las preguntas que tendría ocasión de hacer a Azrén en la insólita entrevista. De repente, se le ocurrió que leer los comentarios de los internautas en el «Comité de bienvenida a los extraterrestres» le daría ideas. Se desplazó a la sala de estar, encendió el ordenador y, con un vaso de vino en una mano, se enfrascó a familiarizarse con sus inquietudes. Palmariamente, la mayor parte de ellos había escrito dominada por la curiosidad:

«¿Qué pasaría si nos cruzáramos con vuestra especie? ¿Procrearíamos? ¿Lo consentiríais o contravendría vuestras leyes?».

«¿Los humanos somos fruto de la casualidad o del creacionismo?».

«¿Me dejaríais venir con vosotros a Reajún? No tengo niños ni esposa, nada me ata a este planeta en decadencia».

«¿Curaríais la leucemia de mi hija de seis años? Ella es muy buena. Os pagaría en piedras preciosas. Tengo mucho dinero en el banco. ¿Os gustan más las esmeraldas o los zafiros?»…

Muchos menos, pero no pocos, se habían decidido a preguntar por un temor mezclado con pesimismo:

«¿Os portaréis con nosotros como lo hacemos con nuestras queridas mascotas o con los insectos? Es decir, ¿nos cuidaréis o nos aplastaréis?».

«¿Nos estáis diciendo veladamente que, o nos reformamos, o procederéis

a eliminarnos para proteger a las restantes formas de vida del universo de nuestra malignidad?»…

Otros, una minoría, vinculaban su existencia con los enigmas de la historia y de la religión:

«¿Sois los ángeles del cristianismo y los dioses que se relacionaban con los griegos en la Antigüedad? ¿O acaso aquellos gigantes del Génesis 6:1-4, los nefilim?».

«¿Disteis a Moisés los diez mandamientos a fin de que desapareciera la violencia intrínseca al ser humano de la que hablaba Konrad Lorenz?».

«¿Profesáis la religión musulmana? ¿Por eso habéis partido sables en Yemen y en Myanmar?».

«¿En qué año nacerá el Mesías legítimo, el del judaísmo? ¿Abristeis las aguas del mar Rojo para que huyéramos de los faraones?»…

Y, por último, había los que formulaban preguntas de soñadores o idealistas. René presumió que estos se parecerían a Tracy, a la Tracy normal, a la tranquila, dado que ella anhelaba que la bondad se extendiera por el mundo entero, y cuando de niña se encontraba sola y aburrida, se imaginaba corriendo con albugíneos unicornios en praderas resplandecientes.

«¿Cómo podríamos agradeceros y pagaros lo que habéis hecho por nosotros?».

«Estoy encinta. ¿Os molestaría que bautizara a mi hija con el nombre de Levia? Lo haré para honraros»…

Se dio por satisfecho ante el cúmulo de pretensiones e inquietudes descubiertas, apartó el portátil y guardó en la memoria las mejores preguntas. También hizo una reflexión derivada de todas las leídas: «¿La clave de la felicidad estriba en saber lo que se desea o en ser flexible a la hora de desear, o sea, en renunciar a lo inasequible y conformarse con lo realizable?». Cerró la sesión en el portátil, se cambió de ropa: el pijama por un chándal. Se bebió un zumo de arándanos y se fue a vagar por la ciudad sumergida en la noche y abrazada a la quietud con idea de seleccionar, de entre las preguntas memorizadas, las que finalmente adicionaría a las suyas. En oscuras calles las redujo a cinco, además, paseando en ellas se propuso que su probable nerviosismo o impresión durante la entrevista en la percia no asustara a su sinceridad. Alzó la vista, y vio formarse la cara de Tracy en el firmamento. Rememoró cuando bailaron acaramelados la canción «When you're gone» de The Cranberries en la sala de estar de su apartamento la primera noche en que vivieron juntos.

7

Mont Louis —Francia—, primavera de 1758

Despuntaba el alba en los bosques de Montmorency, y su luz echaba lentamente a la bruma, escondida bajo los árboles. Jean-Jacques Rousseau envolvió en una mantilla a su hijo Alain, un bebé de mejillas arreboladas, nariz fina, mirada curiosa y regocijada, ojos de un azul como el de los mares caribeños, con aroma a romero por las caricias que le dio su madre mientras preparaba la cena. Esta, Térèse Levasseur, porfió por sacarlo de los brazos de su pareja, a quien amaba y odiaba. Por regla general, lo amaba con mayor intensidad que lo odiaba, a pesar de sus vejaciones y menosprecios diarios; sin embargo, esa infausta mañana lo odiaba mucho más de lo usual. Y también se odiaba a sí misma mucho más de lo usual, algo nada extraño en vista de sus propias faltas: ayer por la noche había accedido a abandonar al bebé a causa de los razonamientos falaces pero ingeniosos y de la insistencia de él, una combinación ganadora con la que siempre la hacía ceder y renunciar a sus principios. En ese preciso momento, Térèse recordaba que las entregas de sus dos hijos mayores, una niña y un niño, al hospicio l'Hôpital des Enfants Trouvés de París habían despedazado su felicidad a la par que su alma, atormentada desde que no fuera capaz de disuadir a Jean-Jacques Rousseau de cometer tan terribles aberraciones. Ella deseó fervientemente criarlos y verlos crecer; habría sido muy dichosa con esa vida familiar. Por desgracia, entre las prioridades del reputado filósofo no entraba hacer dichosa a la lavandera, de ahí que no le consintiera criar y gozar de su descendencia, ni se dignara llevarla al altar. Profundizaré en este punto, su condición de pésimo padre, ya que me parece imperativo aportar más pormenores en lo tocante a la oscuridad en el espíritu de este intelectual encomiado dondequiera que se diserte sobre sus ideas, incluso hoy en día. Él estaba convencido de que necesitaba silencio y paz para seguir aumentando su producción literaria, que suscitaba tantas alabanzas como polémicas y mantenía alta su fama, a la cual se había hecho adicto. Asimismo, estaba convencido de que el correr y las voces de niños estropearían su acostumbrado ambiente de recogimiento. Por todo esto, le parecía bien desprenderse de sus hijos.

El pensador que acuñaría el concepto «el ser humano es bueno por

naturaleza» se subió al carruaje con Alain en el brazo izquierdo, lo situó a su lado en el pescante, dentro de una gran cesta de mimbre con dos almohaditas que hacía las veces de cuna, agarró las riendas y giró la cabeza del caballo hacia el confín del bosque más próximo a París. El bebé, normalmente callado, prorrumpió en llanto, como si supiera el fatídico sino que le aguardaba cuando dejaran el bosque: ya no tendría madre y sería cuidado por las hermanas de la Compañía de las Hijas de la Caridad, que se turnarían para hacerlo. Térèse, arrepentida de su conformidad, sujetó a Jean-Jacques Rousseau por una bota, levantó una compungida mirada y la reposó en sus indiferentes ojos. Él era malo de persuadir —los intelectuales rivales podían dar fe de ello—: hizo caso omiso de esa mirada y también de la sentida exhortación posterior. A un latigazo del suizo, el caballo aceleró con fuerza y se confundió con la espesura del bosque frondoso, de varios verdes, con haces de luz chispeante, acariciado tímidamente por las aguas de un lago con nenúfares y juncos, hoy llamado Enghien.

La escena delante del grandísimo hospicio de la Île de la Cité fue trágica y, en cierto modo, llamativa. La anciana monja que recibió a Jean-Jacques Rousseau en el portal no concebía que los dos anteriores abandonos de sus vástagos no lo hubieran mortificado hasta el punto de que corrigiera su tendencia a la vileza, por lo cual lo regañó a viva voz y haciendo aspavientos. Al poco rato, todavía con el filósofo y el bebé en el portal, el que la madre superiora respaldara a esa monja con argumentos que cualquiera, piadoso o no, tendría por lógicos, irrefutables y dignos de cuidadosa consideración, tampoco sirvieron de nada: ni truncaron las intenciones de este, ni afectaron a su resistencia, que ya se había revelado, desde hacía años, totalmente inmune a las exigencias, ruegos y regaños femeninos. La madre superiora y directora del hospicio, Babette Dumont, llevó a aquel mal hombre hasta el cementerio en cuya tierra se daba sepultura a los infantes del orfanato sin avisarle de adónde iban y diciéndole frases ambiguas. Cuando terminaron las divagaciones, ella, el bebé y el orador apreciado en los salones de la aristocracia francesa más extravagante se hallaban frente a la tumba de la hija de él, quien había fallecido de meningitis a la edad de cinco años. Babette Dumont quería creer que, como resultado de ver la lápida, el egoísmo del suizo iría a menos. A su vez tenía para sí que, si ese egoísmo fuera una manifestación de pura maldad, no habría nada que hacer: cualquier acción en pos del enternecimiento se efectuaría en vano, sería como rezar por la paz en mitad de una guerra encarnizada.

—En esta tumba yace su hija, señor Rousseau. No me sorprendió su fallecimiento en plena niñez. El hacinamiento de los orfanatos fomenta las

enfermedades.

Él cambió a Alain de brazo mientras refutaba con pedantería el razonamiento, como si hablara con una completa ignorante que no mereciera delicadeza:

—Las enfermedades, madre superiora, atacan a innumerables hogares; no se restringen a los orfanatos.

—No se deshará de un hijo suyo por tercera vez. No con la complicidad de l'Hôpital des Enfants Trouvés —repulsó—. Atenta contra la esencia del cristianismo.

—Sin lugar a dudas, estará muy bien a su cuidado. Dios me reserva una misión distinta a las convencionales. Yo he sido llamado a loarle, así como a hacer ostensible su bondad probando que esta le fue transmitida al ser humano en un acto de amor. ¡Semejante misión me impide tener tiempo para educar a mis hijos!

La madre superiora se encaró y se arrimó a él. Habría jurado que notaba el calor y el flagrar de las llamas del infierno.

—¡Es compatible enaltecer a Dios y desvivirse por los hijos, maldito hipócrita!

Repentinamente, Babette Dumont tomó conciencia de que no conseguiría ablandar a ese irresponsable injustamente admirado y de que su corazón era insensible al dolor de su progenie, así que cayó de ánimo y su gallarda actitud se tornó resignada, como la de alguien que se rinde en las adversidades, y ya no insistiría. Con un gesto de animadversión o, quizá, de repugnancia, mandó callar a Rousseau cuando persistía en excusarse aduciendo que su ingente labor por hacer como escritor se habría visto perjudicada con el jaleo de los niños. Seguidamente, ella miró al bebé con el cariño que se impedía profesar por los abandonados en el orfanato para no sufrir indeciblemente, y creyó ver en sus garzos ojos una muestra de eternidad a pesar de que estaba pensando que él estaba destinado a tener una muerte prematura en la infancia o en la adolescencia por una epidemia, o bien a sostener trabajos penosos o a mendigar a la intemperie en la adultez, actividades que también acortaban la existencia en aquella época. Al cabo de tener esos realistas pensamientos, resopló por la tribulación y la compasión. Y el padre incurioso, con ademán de ofendido, se introdujo en su carruaje e hizo trotar al caballo de un latigazo. Mientras dejaba atrás a Alain, se repitió que la providencia divina guardaba a las criaturas en aquellos casos en los que los progenitores no se hacían cargo de ellas, y que él era un intelectual señero, un elegido, con el deber de ilustrar a las comunidades humanas, de manera que no podía perder el tiempo en tareas menores como levantar una familia. Un segundo después coligió lo más

adecuado para conservar su autoestima intacta: la necia directora del orfanato carecía de la inteligencia para hacerse una idea de la grandiosidad que entrañaba su cometido de escritor de Dios.

Mont Louis, una semana más tarde

Jean-Jacques Rousseau estaba paseando por las inmediaciones de su cabaña en una tarde atrapada por el ocaso. Los altos árboles habían quedado humedecidos después de presentarse una lluvia que, a tenor de la tonalidad marengo de las nubes, caería otra vez en cualquier momento. Se hallaba meditabundo debido a que estaba preguntándose cuál sería la mejor estrategia para afianzar su carrera literaria, más aún, para engrandecerla hasta que en las mentes de la gente el apellido Rousseau y el adjetivo sublime fueran inseparables. Ahí y entonces comenzó a gestarse su idea de escribir *Émile, ou De l'éducation* . Estimó que un buen punto de partida sería basarse en la virtud, en la felicidad y en apartados de las dos últimas cartas remitidas a su enamorada esquiva, la condesa Sophie d'Houdetot. «Sí, este género, el educativo, me posibilitará explicar a los lectores la noción de bondad natural intrínseca al hombre, así como alertar sobre la corruptora sociedad que, irremediablemente, la debilita o la destruye», afirmó para sí. Su ambiciosa predicción saldría certera. Se diría que poseyera el don de saber esto con antelación, puesto que su calmado paseo sin destino se mudó en uno presuroso hacia la buhardilla de su cabaña, ante cuyo escritorio se sentaría con una brusquedad impropia de él. Sin dilación confeccionó un borrador de los capítulos de la que sería su gran obra, la que resonaría en el futuro mucho después de su defunción. Al finalizar el esquema a guisa de índice, abrió su diario y dejó constancia en sus apergaminadas páginas de las características que tendría esa creación literaria eminentemente pedagógica; al margen de esto, especificó que deseaba que deviniera en un libro de referencia para los intelectuales de los siglos venideros. Una expresión de vanidad y exultación se agrandó en su cara. A continuación su mano bajó diez centímetros sobre el papel, escribió otro párrafo en el diario y lo leyó al tiempo que percibía en él la elegante sencillez que brota de la sinceridad. El pasaje quedó así:

«Dejaría esta vida con aprensión si llegara a conocer a un hombre mejor que yo, con un corazón más tierno, más amoroso, más sensible. Jamás tuvieron cabida en este los celos, la maldad, la venganza…, solamente la ira en ocasiones, pero nunca soy ladino ni guardo rencor».

Guardó el diario en una cajita de madera de palisandro y las anotaciones para *Émile, ou De l'éducation* en un cajón, limpió el ombligo y el cálamo de la pluma de cisne, se levantó con parsimonia de la silla, bajó de la

buhardilla. En su dormitorio se vistió con las mejores galas de su variado vestuario —ampliado nada más se hubo quedado con la herencia íntegra de su padre en perjuicio de su hermano vivo, de quien dijo falazmente que había muerto allende del Atlántico—, se echó perfume caro sobre las mangas, el cuello y las muñecas, acabó de acicalarse para culminar un porte señorial. Salió de la casa, la rodeó hasta hallarse en la explanada adyacente a la fachada trasera, entre el huerto y el gallinero, donde Térèse Levasseur estaba tendiendo unas cándidas sábanas recién lavadas en el río. Sin acercarse mucho a ella, pues la encontraba indigna de su compañía después de haberse arreglado tan bien, le anunció:

—Cenaré en la mansión de los Saint-Saëns.

—No me habías dicho nada.

—Se me olvidó.

—Llévame contigo. Ando muy triste. Me he pasado el día pensando en nuestro pobre hijo y llorando.

—Ya hace una semana que las monjas aceptaron quedárselo. Debieras pasar página. Lo hecho, hecho está.

—No me dejes sola esta noche.

—Eres demasiado inculta y vulgar para sentarte en la mesa de los Saint-Saëns. Si algún día mejoraras tu formación y tus modales, me replantearía que me acompañaras a eventos y visitas sociales. Ahora resultaría harto inapropiado. Se espera de mí que tenga a mi lado a una mujer refinada. Me desprestigiaría alternar con mis admiradores en tu compañía. Además, como ellos me tienen en un pedestal, se llevarían un desengaño, ¡y me niego a herir su alegría!

—Me gusta la música. Sé apreciarla tanto como la señora Saint-Saëns. Y me esmeraré por hablar con finura.

—Las mujeres carecéis de capacidad para apreciar las artes; incluso la señora Saint-Saëns y las aristócratas de París adolecen de mal gusto artístico. En cuanto a tu habilidad para conversar en sociedad, deja mucho que desear. ¡No vienes! Discusión terminada —zanjó con desdén.

La mujer avejentada por su perenne tormento interior bajó la vista en señal de amoldamiento. Y, al paso que la angustia sustituía al disgusto en ella, preguntó:

—Dime la verdad. ¿Qué dijeron las monjas de l'Hôpital des Enfants Trouvés?

—La directora me ensalzó por poner en sus manos la crianza de Alain. Me garantizó que sería educado en la fe, en la humildad y en el respeto a los mayores.

—¿Será feliz sin nosotros?

—¡Claro que sí! Muy feliz. No te aflijas con suposiciones pesimistas fuera de la realidad. —Inspiró hondo y, para aplacar su abatimiento y que no lo agobiara con más lamentos en voz plañidera, afirmó—: Tendremos más hijos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Él cumpliría su promesa; tuvieron dos hijos más en común, que corrieron la misma suerte que sus hermanos: fueron entregados al hospicio parisino de la calle Neuve-Notre-Dame a las pocas semanas de nacer.

Jean-Jacques Rousseau dijo adiós con la mano a su compañera sentimental, rodeó la casa otra vez y se metió en el carruaje teniendo mucho cuidado de no mancharse el traje. Arreó el caballo con un grito y tomó un sendero bajo las aromadas arboledas de Montmorency en dirección al pudiente hogar de los Saint-Saëns, en cuyos salones barrocos sería agasajado por su celebridad, sus pretendidas virtudes morales y su embelesadora facundia de poeta ciego que necesita impresionar para llevarse un pedazo de pan a la boca cada día.

8

Berlín, tres días después del discurso de Azrén

El debate en la televisión pública alemana giraba en torno al impacto que los extraterrestres tendrían en la Tierra a corto, medio y largo plazo. Se estaban tratando todas las ramificaciones relacionadas con este tema: desde las aportaciones de incalculable valor en los campos de la agricultura y de la ciencia médica hasta los futuribles logros de carácter social. En un punto de este debate con momentos de coloquio pedagógico y otros de discusión apasionada, las conversaciones se centraron en la única aparición televisiva del cabecilla de los alienígenas. Los tertulianos, que tenían posiciones ideológicas muy diferentes y, por consiguiente, habían hecho valoraciones opuestas sobre la prédica, los razonamientos y las confesiones del reajunense, controvertían con ahínco. Entre los participantes estaba René Zagal, quien vio en la propuesta laboral de la cadena pública alemana una ocasión para embolsarse un dinero fácil que vendría bien a sus menguantes ahorros. Ahora bien, lo que más le atrajo de esta fue estar un poco más cerca de Mongolia sin levantar sospechas en la CIA, que lo tenía permanentemente vigilado. Él no ignoraba este control exhaustivo, encubierto y de dudosa legalidad, ya que una de las fuentes habituales del *San Francisco Chronicle* en la policía le había confirmado que sus agentes lo seguían y continuarían haciéndolo, al menos, hasta que la unidad extraterrestre abandonara el planeta. Para ser justo, debo señalar que la agencia gubernamental había ordenado hacer un discreto seguimiento al fotógrafo sanfranciscano, sin repentinos ni desagradables abordares en los cuales se le advirtiera de sus «deberes» para con su país. Lo dejaban tranquilo, y él se felicitaba por ello.

Uno de los tertulianos, un excandidato del partido conservador de cejas gruesas, barriga prominente y voz clara, que se abandonaba al hedonismo en sus horas de ocio, hizo notar:

—Sí, bueno, presumen de haber fraguado un plan para la paz mundial, sin embargo, no han tenido reparos en poner el miedo en el cuerpo a Abdel Fattah el-Sisi a base de bombazos. No nos llamemos a engaño, no son seguidores de Gandhi o de Martin Luther King.

El moderador y presentador, un joven en torno a los treinta y cinco años,

agraciado con una silueta estilizada, con el encanto inefable de los adolescentes descarriados en sus momentos de sincero arrepentimiento, vestido como un alto ejecutivo que acaba de llegar a casa y se quita la corbata, concentró su mirada indiferente en René Zagal.

—Señor Zagal, ¿cuál es su opinión sobre esta imputación de abusar de su fuerza con los gobernantes que no se pliegan a sus designios?

—La encuentro una acusación increíble y ridícula hecha con el objetivo de honestar a jefes de Estado que matan o encarcelan a los que no se pliegan a sus designios, como Abdel Fattah el-Sisi. Este caudillo mimado por los políticos de Estados Unidos y de la Unión Europea no se conforma con destruir casas vacías; lo que le va de verdad son los ahorcamientos masivos. Seamos serios. ¿Contra quiénes han hecho uso de la violencia los alienígenas? Contra personajes oscuros y nefarios. Un ejemplo perfecto: el mentado Abdel Fattah el-Sisi, un sociópata dado a encarcelar a todo aquel con posibilidades de cosechar más votos que él en unas elecciones a la presidencia. Sin una exhibición de fuerza de la expedición reajunense, jamás se habría avenido a excarcelar a los presos políticos. Y se impone subrayar que esa intimidante exhibición de fuerza no acarreó la pérdida de vidas humanas. Esos sí son ataques selectivos, no los que hizo el ejército norteamericano en Afganistán con el fin de matar a un terrorista residente en Pakistán.

El moderador formuló otra pregunta al «causante» de la actuación de la unidad de Azrén. Lo hizo con la calma de quien no le molesta escuchar cualquier clase de posicionamiento.

—¿Ha hablado con los extraterrestres?

—No he tenido el gusto de reunirme con ellos.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Ha hablado con ellos por medio de algún canal de comunicación? ¿Se han puesto en contacto con usted directa o indirectamente?

El periodista californiano se resolvió a fingir. Afectó la seriedad de las personas que hablan con extrema franqueza sobre temas trascendentes y le añadió el leve enojo de las honradas cuando son puestas en tela de juicio su sinceridad o su probidad.

—Claro que no. No me gusta hacer malabarismos con las palabras. Le hubiera dicho: «No quiero responder a esto», y ya está. No considero necesario mentir, incluso para salir de un aprieto en un programa de televisión.

El elegante presentador orientó su vista hacia otro invitado, un profesor de Sociología, y tuvo pensamientos relativos al futuro.

—¿Qué podemos esperar a partir de ahora, profesor Ludwing? ¿Nos

dirán: «Hasta la vista y que os vaya bien»?

El profesor Franz Ludwing, con la mirada inteligente y contemplativa, tardó unos segundos en responder. Entretanto se recostó en la silla y pareció mirar hacia una inmensidad inexistente, como los pescadores retirados se dan a mirar con añoranza el horizonte marino.

—Es un escenario posible. Otro sería que estuvieran esperando refuerzos para consumar una invasión. Los regalos y la verborrea filosófica constituirían elementos de su farsa, de su representación teatral, la cual concluiría en cuanto su contingente militar fuera más idóneo para sojuzgar de forma efectiva las potencias de la Tierra.

En el moderador se trazó una expresión de estar en desacuerdo, y sin perderla, comentó:

—La gente está convencida de que sucederá lo primero, profesor Ludwing.

—Lo he captado, lo he captado. Y tengo muy presente esta creencia imperante. Yo no estoy convencido de nada. Prefiero dudar de todo; cuestionarme las cosas que se dan por seguras o veraces, de este modo uno se lleva menos desilusiones y no sufre sobresaltos. Dicho esto, ojalá la gente esté en lo cierto. Es mucho lo que está en juego: nuestra libertad —compartió su opinión en tono sombrío.

—A lo mejor simpatizan con los partidos animalistas. ¿Estarán tramando una venganza por el trato esclavista a los animales? Puede que sí —bromeó otro participante en el debate, Richard Serafin, un escritor en decadencia que se había hecho popular en Alemania por sus monólogos humorísticos en la televisión. Sus ojos de caoba cobraron alegría al tiempo que en su rostro, indiferente cuando escuchaba a los otros contertulios, afloró una mueca de burla.

—En su casa deben de decirle a usted que es graciosísimo. A mi parecer, el tema que nos ocupa no admite su sarcasmo y su gusto por lo cómico —le afeó Franz Ludwing—. Nos hallamos al borde de la subyugación o a punto de dar un gran salto en la evolución tecnológica y ética.

—¿Subyugación, dice? Jamás nos harían eso. Tenemos muchos fans de *Star Trek* y *Star Wars* , a quienes sin duda aman. Quédese tranquilo.

—¡Qué idiota es usted, señor Serafin! —replicó Franz Ludwing para abroncarlo y acallarlo.

Un humanista reputado y de vida afortunada, Matthias Frunz, reclamó su turno hablando impetuosamente:

—No han mostrado agresividad, con la salvedad de cuando se han puesto al servicio de la ciudadanía, de la mayoría silenciosa. Siempre han actuado democráticamente. Han dado la voz al pueblo. Y eso encaja con su último

discurso, particularmente con el fragmento en el que Azrén aseveró que la Revolución francesa de 1789 había fracasado, en el sentido de que había sido hecha por las clases bajas para las clases bajas y al final redundó en beneficio, casi exclusivo, de la alta burguesía. Cambiaron un dueño por otro, como en la *Rebelión en la granja* de Orwell. Los extraterrestres han dejado muy claros algunos aspectos de la nueva realidad: no tienen dueños y no obedecerán a los nuestros, su fidelidad es para las clases sociales humildes. Congratúlense por esta buena nueva y desechen las febriles elucubraciones que les sumen en la preocupación. Ellos no tienen que demostrar su predisposición a la justicia, ¡ya la han demostrado! Ni tampoco tienen que demostrar su predisposición al altruismo, toda vez que han ofrecido sobradas pruebas de obrar con filantropía. Varios Premios Nobel pueden dar fe.

—¿A qué se debe que se muestren tan reservados? —formuló el moderador—. No nos han contado casi nada de su mundo, Reajún. Se han limitado a decir que son una tripulación de «antropólogos» y científicos con una escolta militar.

—Una escolta cojonuda. Solo con que trajeran a la Tierra una décima parte de su ejército, ¡¿qué dirigente osaría llevarles la contraria?! —subrayó Mats Strauss, un anciano periodista alemán especializado en conflictos bélicos y procesos de paz. En sus ojos había el dolor por la impiedad y las muertes que vio en varias guerras, pero nadie, aparte de René Zagal, lo detectó.

—Como antropóloga que soy, me gustaría responder a la pregunta sobre la reserva de los extraterrestres —dijo Helena Voss al conductor del programa.

Era una mujer de cincuenta y tres años, bajita, extrovertida y muy buena oradora; hoy llevaba el cabello negro recogido y un sencillo vestido rojo. Profesaba Antropología Cultural en la Universidad de Berlín desde hacía una década, con largas interrupciones a causa de su mala salud. Su madre le decía de pequeña que se sabe mucho de una persona por sus sueños nocturnos; diferentemente, ella pensaba que nos define lo que nos gusta y odiamos de nuestros sueños, no estos en sí mismos. Nada más el presentador posó su mirada en la profesora Voss y aguardó su respuesta con cierta expectación, como dedicándole la atención que requería, ella continuó:

—¿Y qué quieren? ¿Acaso que nos enseñen rutas a civilizaciones lejanas y nos dejen leer sus cuadernos de bitácora? ¡Seamos realistas! De momento somos un virus en la galaxia. Hemos degradado la Tierra, nos hemos matado entre nosotros en terribles guerras civiles y hemos combatido a

seres humanos extranjeros a los que llamábamos «no hombres» por el simple hecho de que pertenecían a otras culturas y se regían por costumbres y códigos distintos. ¿A qué civilización alienígena buena le agradaría que fuéramos a su planeta? A ninguna. ¿Les gustaría a ustedes que un asesino en serie llamara a la puerta de su casa? Seguro que no. Por lo tanto, por coherencia, eviten vilipendiar a los reajunenses con motivo de su prudencia. A mi entender, ellos nos están dando un mensaje y una oportunidad: cambiad para mejorar, curad vuestra calamitosa crueldad. Y nos han brindado las herramientas para que se produzca esta metamorfosis maravillosa en la sociedad, que, calculo, cristalizaría en pocos decenios. Después, en su próxima visita o permanencia larga, sea en seis, siete u ocho siglos, si juzgaran que hemos aprovechado la sabiduría legada, nos revelarían sus secretos.

El moderador hizo un gesto de asentimiento a Helen Voss y planteó una pregunta a los seis opinantes:

—Al hilo de esta metamorfosis maravillosa en ciernes, ¿qué reacción auguran del grupo Bilderberg, del G7 y de los políticos de arriba del todo? ¿No harán nada mientras los plebeyos, mediante las plataformas ciudadanas inspiradas en la sociedad matriz reajunense, les quitan la vara de mando?

Un profesor de Historia de la Universidad de Heidelberg, que llevaba un buen rato callado, pidió la palabra levantando la mano. Se llamaba Felix Reincken; estaba casi en el umbral de la senectud, presentaba un aspecto humilde, un temperamento irascible se ocultaba tras su aspecto cansado y sus abundantes silencios, su chaqueta de lana azul resaltaba el color celeste de sus ojos. En cuanto el presentador dijo «doctor Reincken», este pronosticó con énfasis:

—No les queda otra. No sonreirán. Es evidente. Pero se reprimirán por su propio bien.

—No saquemos conclusiones precipitadas —previno Matthias Frunz, profesor titular de Filosofía en la Universidad Rheinische Friedrich-Wilhelms de Bonn, un muniqués ingenioso, desenvuelto, con amplios recursos de conversación, de opiniones desgarradoras y a contracorriente en no pocos temas espinosos—. Sabemos que las plataformas ciudadanas auspiciadas por los extraterrestres se medirán a los políticos en las elecciones de muchos países. Está por ver que ganen. Como bien apuntó y nos alertó el señor Azrén, los medios de comunicación están en manos de las élites. *Ergo* , estas podrían ordenar hacer una gran campaña manipuladora en aras de concitar miedo, para que los votantes piensen: «Más vale malo conocido que bueno por conocer». Es un refrán español

muy a propósito para describir lo que se me antoja ocurrirá.

—Disiento totalmente, profesor Frunz —repuso Helena Voss—. Las plataformas ciudadanas obtendrán victorias rotundas en los comicios. Me jugaría el brazo. ¿De verdad no percibe la ilusión que embarga a la gente? Sin lugar a dudas el voto mayoritario recaerá en estas plataformas desde Tokio hasta Los Ángeles. ¿Qué nos deparará el futuro? Nada peor de lo que ahora soportamos: guerras, pobreza, desigualdades sociales, cambio climático, deforestación, un sinfín de niños muertos cada año por neumonía, septicemia, diarrea, malaria, sarampión…

Daniel Gauss, un periodista simpatizante de la derecha europea, trató de rebajar la euforia de algunos tertulianos, enojosa para él, y denigró a los reajunenses:

—El ser humano es bueno por naturaleza: tiende a hacer el bien. Los alienígenas, por boca de su líder, nos han avisado de que no esperemos ver tal atributo moral en ellos. Entonces, ¿por qué dejarnos tutelar por unos advenedizos que reconocen abiertamente su imperfección? Hobbes, de forma errónea, afirmaba: «El hombre es un lobo para el hombre». Yo quiero lanzar una llamada de atención acerca de los peligros que no se advierten por culpa de la ingenuidad. ¡Tengamos cuidado y reflexionemos con detenimiento sobre si estas criaturas del espacio van a ser un lobo para el hombre!

—¡Cuánta hipocresía! ¿Nosotros buenos por naturaleza y ellos malos, malísimos? ¿Qué valor le damos a los hechos? La realidad desmiente sus acusaciones —testimonió Felix Reincken.

—Su realidad, querido. El hombre ha sido hecho por el Creador. Ninguno de estos seres es nuestro Creador. No les debemos lealtad, ni agradecimiento, ni mucho menos una antinatural pleitesía. La insolente niña de ojos violetas me inspira temor, y su padre con tamaño de ogro, más aún. Y cuando ella habla… ¡Cuando habla! Cómo me saca de quicio no bien desliza sus ironías con sus altivas sonrisas o desgrana amenazas, impertérrita, siempre con ese desprecio hacia nuestra especie que se trasluce en su mirada de cachorra depredadora.

El profesor de Filosofía en la Universidad Rheinische Friedrich-Wilhelms de Bonn se levantó de su asiento y, preso de enfurecimiento, recriminó a Daniel Gauss:

—¿A quiénes sirve, Daniel? ¿Qué intereses intenta salvaguardar? ¿Será usted el que inicie la campaña de miedo destinada a matar esperanzas y sepultar la racionalidad? ¿Voceará por las esquinas ese refrán: «Más vale malo conocido que bueno por conocer», o lo escribirá en su columna a cambio de oro y plata?

9

Mongolia, seis días más tarde

René Zagal aterrizó nervioso en Ulán Bator. Se preguntaba si, cuando estuviera adentrándose en las vastas estepas, se giraría en redondo y regresaría a la capital. En verdad temía hacer esto en el caso de que se encendiera el fuego de la cobardía en su interior. A fin de cuentas, la cuestión se reducía a si se comportaría como el fotógrafo corajudo o como el hombre apocado de las facetas de su vida ajenas al trabajo, y él era consciente de ello, así que, para mitigar su excesivo nerviosismo, se repetía que su cita con Azrén se circunscribía totalmente al ámbito del oficio periodístico.

Tomó un taxi en el aeropuerto, enseñó la dirección de su hotel al conductor y reflexionó fríamente sobre qué había motivado su viaje a Mongolia en condición de representante oficioso de la humanidad. Enseguida concluiría que a un ataque de indignación de resultas del cual acabó ideando el grupo de Facebook «Comité de bienvenida a los extraterrestres», puesto que Azrén se había citado con él por haber formado este grupo de protesta, no porque hubiera leído sus artículos pasados y, merced al valor de aquellos, lo hubiera elegido entre una pléyade de intelectuales para actuar como intermediador entre su arcana civilización y los habitantes de la Tierra. Aun así, René creyó que sería adecuado hacer del inminente encuentro una entrevista periodística en vez de limitarlo a una simple charla entre un usuario subversivo de Facebook y el jefe de la expedición alienígena. Cuando se hubo persuadido completamente de que convenía efectuar esa entrevista, se hallaba en una habitación del hotel Khuvsgul Lake deshaciendo la maleta; eran las doce y cuarto de la mañana. Se equipó para hacer una larga travesía a pie y abandonó el hotel por la puerta de servicio. Había dejado el móvil dentro del cajón de la mesita de noche, con la finalidad de que si la CIA o esbirros extranjeros de esta seguían su rastro, supusieran que se estaba moviendo por Ulán Bator y pernoctaría en el Khuvsgul Lake.

Al poco contrató los servicios de un chófer local propietario de un cuatro por cuatro y buen conocedor de la ruta a Gorkhi-Terelj, punto a partir del cual continuaría a pie con brújula y mapa, a la vieja usanza. El chófer en

cuestión, un cuarentón algo huraño, corpulento, bajo, de negro pelo liso y bigote combado semejaba un mongol de las hordas de Genghis Kan. En él existía una ferocidad dormida. En otros tiempos habría conseguido gracias a ella cosas ahora inalcanzables, y lo sabía: sus ojos albergaban esa pena que surge cuando uno no ha dispuesto de ninguna oportunidad para triunfar y su naturaleza le pide destacar. El nativo, que atendía por Gan —de Gantulgyn—, insistió tenazmente en llevar a René Zagal a un prostíbulo y a un restaurante de comida tradicional antes de dejar la capital. El periodista consideró que no le convenía disgustarlo diciendo no a todas sus egoístas sugerencias, de ahí que transigiera en parte: almorzó en el restaurante. Además, lo convidó a comer pese a que no se le escapaba que este recibiría una comisión por haberlo llevado allí. Durante ese almuerzo, el sanfranciscano se representó las estepas que pronto contemplaría: prados verdes muy llanos y un cielo despejado de color azul intenso, que se pegaban en el horizonte hasta confundirse, de igual manera que los recuerdos emocionantes y las esperanzas irrenunciables en la mente de un idealista.

Durante las dos horas de viaje, René descubrió que ni las estepas estaban íntegramente cubiertas de hierba, ni había un cielo muy azul y despejado; en realidad, las estepas presentaban claros, el color del cielo se parecía al de las aguas someras de río y se distinguían nubes desperdigadas aquí y allá. Sin embargo, en el impresionante paisaje existía belleza aun con tales imperfecciones, como la que atesora una mujer hermosa de rasgos raros, y su omnipresente silencio le daba un atractivo adicional innegable. Asimismo, él descubrió que no siempre se atisbaba una tierra llana e interminable a la vista: las montañas Khenti se levantaban al final del viaje, alterando aquella altura uniforme de mar en lecho de la superficie.

Gantulgyn detuvo el vehículo en el sitio indicado por René Zagal, delante de la recepción de un resort nada elegante que ofrecía pocos servicios. El mongol estaba algo desconcertado porque había reparado en que su cliente no llevaba saco de dormir ni tienda plegable, por lo cual estaría muy incómodo durmiendo al raso, al fin y al cabo, era un norteamericano acostumbrado al confort urbano. Tuvo para sí que este había exagerado cuando le afirmó ser un fotógrafo profesional resuelto a internarse dos días en lo más solitario de la estepa para tomar fotografías que confirieran fuerza a su libro. Mas se abstuvo de preguntarle acerca de su supuesto embuste, de incurrir en insolencias; le había pagado bien, y en tres días tornaría a pagarle la misma suma por la vuelta a Ulán Bator.

Apenas dos minutos después, René Zagal dialogó con la regente y se mostró dispuesto a pagarle el doble del precio de la habitación con tal de

que no lo rechazara como huésped por haber «olvidado» su documentación en la capital. En tanto ella le contestaba con socarronería que no sería necesario que pagase un suplemento por ser un despistado, el californiano escribió un nombre falso en el formulario y «australiana» en su casilla de la nacionalidad. Luego distribuyó con rapidez su equipaje en el armario de su dormitorio, y, con su Nikon en la mano, salió a dar un paseo corto por la naturaleza. Gantulgyn lo estuvo mirando mientras se alejaba del resort, y en el momento en que su figura se convirtió en una fina línea en la lejanía, arrancó el vehículo y puso rumbo a Ulán Bator.

A las tres de la madrugada, conforme a lo pactado con Laura, el periodista comenzó a andar hacia el terreno deshabitado al sur del resort donde los extraterrestres aterrizarían y lo subirían a bordo. En medio de la oscuridad, bajo estrellas rutilando con una intensidad inusual en San Francisco, consultaba con frecuencia el mapa y la brújula. Se le hacía raro recurrir a este método anticuado para guiarse, pero al mismo tiempo presentía que era fiable y estaba en la ruta correcta hacia el apartado enclave. Se imaginó una hilera de percias viniendo hasta él, cual caravana de carretas en el Oeste americano en el siglo XVIII . A continuación imaginó una escena más probable: una única percia paraba a poca distancia de sí, una banff surgía de esta y se le aproximaba.

Pasó dos horas y media caminando y haciendo altos por el cansancio; en esos alzaba la vista y recordaba el elegante vuelo de las águilas al mediodía, cuando trataban de hallar liebres distraídas sobre las que abatirse. En su última parada se miró el hombro en que se le había introducido disimuladamente el emisor de señal con funciones de geolocalizador y al punto sacó de su cartera una fotografía de Tracy. Dirigió la luz de la linterna —parecía una luciérnaga solitaria— sobre ella. Con cierta lentitud fijó la mirada en sus ojos de joven incomprendida y desvalida, y en su gesto cariñoso, que aportaba mucha ternura a su faz.

Un ruido súbito, seco.

Miró hacia arriba maquinalmente. Una gran nave triangular igual que las vistas en televisión en los cielos de Myanmar y Yemen rasgaba el aire de la estepa. Se quedó suspendida a unos doscientos metros del suelo, delante de la única alma en varios kilómetros a la redonda, nuestro protagonista. En cuestión de segundos, una aeronave con la longitud de cuatro cazas F16, una banff, aceleró en una rampa de salida y traspasó su redonda abertura. Descendió verticalmente hasta medio metro del terreno y se deslizó sin llegar a tocarlo —como lo haría un *aircraft* — , describiendo una línea recta hacia René Zagal. Aunque lo normal habría sido encontrarse asustado o muy nervioso, él se hallaba sereno y en actitud pensativa. Estaba

preguntándose si el escudo de la percia funcionaba al cien por cien cuando las banff despegaban y volvían. Le entró preocupación por los extraterrestres, ya que no quería que sufrieran daño alguno por su culpa. La banff paró suavemente a su izquierda. René no se sentía un hombre encogido y acomplejado, sino el fotógrafo de guerra que había sacado instantáneas de agresiones militares a civiles en Yemen y en África. Se alegró de que fuera el valeroso fotógrafo, en vez del pusilánime, quien dialogaría con los seres del espacio.

10

René Zagal tenía la sensación de hallarse ante un enorme tigre manso. Parecía una miniatura en comparación con los más de dos metros y medio del comandante de la unidad extraterrestre, el cual ostentaba la expresión de un varón de ánimo fuerte pero clemente, como la de varias figuras históricas investidas de un gran poder que jamás ambicionaron asumir. Esta expresión de Azrén junto con sus pacíficos ojos facilitaron que el periodista no se sintiera azorado y su determinación no se tambaleara; además, también jugaba a favor de la buena sintonía el que el sanfranciscano estuviera predispuesto a fijarse en las virtudes del extraterrestre en lugar de hacerlo en indicios negativos inciertos, dudosos, que podrían propiciar el equívoco, temores o malos pensamientos. Un largo tabique transparente de un material con aspecto de cristal dividía el compartimento en dos. A un lado de este se erguían el comandante y dos soldados armados; los tres tenían una constitución física muy similar. Al otro lado se encontraban René Zagal, así como un humano con funciones de traductor, un filólogo y filósofo escocés de unos cincuenta años, de cabello ralo, completamente tranquilo —era evidente que llevaba mucho tiempo prestando sus servicios a los extraterrestres—. El jefe de los reajunenses dio dos pasos hacia delante, introdujo su antebrazo en un tejido flexible en forma de manga que atravesaba el tabique, alargó el brazo y abrió la mano. René no adoleció de indecisión: al momento le estrechó la mano. Ambos se remiraron con ilusión y con la serenidad que ella permite conservar. Al líder le satisfizo que su invitado no anduviera temeroso, y todavía experimentando esa satisfacción cercana a la alegría, soltó su mano, enhestó la espalda y lo escrutó con la mirada; esta, en cierto modo, adquirió una gran semejanza con la del fotógrafo de guerra: se llenó de expectación y curiosidad.

—Bienvenido a nuestra percia, René —pronunció en inglés y echó una ojeada al intérprete para indicarle que le tocaría traducir del latín a partir de ahora. El escocés asintió.

—Muchas gracias. Lo considero un honor —declaró René Zagal.

—Un honor que no pidió.

—Cierto. Aun así, lo considero un honor. Le estoy muy agradecido por su invitación, por haberme distinguido, y tengo intriga de periodista. Si bien lo que más siento es preocupación. ¿Cómo decirlo? Se han manifestado a raíz

de un grupo de Facebook que yo creé, por esta razón, pienso que en parte se deberá a mí lo bueno o malo que ocurra.

—Es comprensible. —Levantó una mano y la movió hacia la derecha, sin bajarla—. Perdone por la mampara. La hemos instalado cara a prevenir contagios. Algunos de sus gérmenes resultarían dañinos para mi especie e igualmente varios de los nuestros serían una fuente de enfermedades para los humanos. Por cierto, he leído sus artículos y he admirado sus fotografías. Me gustan todos ellos.

—Muy amable. Como articulista soy solo pasable. Mis artículos están desnudos de esa calidad y esa belleza que fascinan. En cambio, mis fotografías sí poseen algo especial.

—No se infravalore; sus artículos los encuentro contestatarios, valientes y con carácter. ¿Tiene muchas preguntas para mí?

—Tantas que no me acordaré de todas.

—Inténtelo.

De repente, el cuerpo de Azrén se destensó. Había aprendido rápidamente a relajarse a despecho de su curiosidad y de su expectación, que no declinaban.

—¿Cómo es su mundo? ¿Cuánto han tardado en venir hasta la Tierra?

—¿Mi mundo? Di algunas pinceladas sobre Reajún durante mi intervención televisiva. Le contaré más. Somos una civilización de segundo origen. Nuestro primer planeta iba a ser abrasado por su sol por cuestiones de física complicadas de explicar. Nos vimos en la necesidad de evacuarlo y de establecernos en Reajún, donde vivimos desde hace muchísimo tiempo, desde antes del Jurásico. Tardamos treinta y dos años y doscientos doce días en viajar hasta la Tierra.

—¿Está relativamente cerca, entonces?

—En absoluto. En esos treinta y dos años y doscientos doce días cubrimos una distancia de unos quince mil millones de años luz. Su inferencia es incorrecta porque nuestra forma de viajar por el universo no se parece a la de sus astronautas. Imagínese un estrecho rectángulo muy largo y que los tripulantes de una nave espacial se propusieran pasar al otro lado de este. Una nave terrestre trazaría una línea recta hasta su costado menos lejano, daría la vuelta y luego seguiría a lo largo de otra línea recta. Mi civilización dispone de la tecnología y los conocimientos de navegación para pasar a través del rectángulo, con lo que las distancias se reducen considerablemente.

—¿Envían mensajes desde Reajún con la esperanza de descubrir vida inteligente?

—Nadie en su sano juicio en el universo haría eso. Emitimos mensajes

desde planetas muy lejanos al nuestro en los cuales hemos abierto canteras de minerales. Sin embargo, jamás lo haríamos desde Reajún. No nos interesa que conozcan su ubicación civilizaciones desconocidas; pudieran tender a la destrucción o al pillaje. Es preferible prevenir a cometer temeridades tan graves.

—¿Es esta la calificación que ustedes nos han puesto: civilización destructiva?

Azrén ladeó la cabeza y colocó los brazos en jarras. Meditó la respuesta y le desveló:

—No. La calificación es civilización de contrastes acusados en lo ético, en su propensión a hacer el bien. De sus congéneres cabe esperar lo mejor y lo peor.

—¿Parte de su misión consiste en atenuar estos contrastes?

—No constituye una misión, se trata de un intento altruista que estaba previsto hacer, en exclusiva, en el caso de que nos hubieran formulado un ruego diáfano, cargado de argumentos sólidos, así como de aspiraciones loables, muy positivas. La misión real que nos ha traído aquí es de tipo científico, como ya aclaré. Complementariamente, tenemos interés en analizar y estudiar sus diversas culturas. Yo soy uno de quienes se entregan a esta última labor: dedico ocho horas al día a leer su literatura, sus obras de sociología y antropología, y su historia llena de violencia y de amor. Gracias a que gozo de memoria fotográfica, como casi el noventa por ciento de los reajunenses antes de la vejez, aprendo rápido.

—¿Qué nombre le pusieron a su primer planeta?

—Eufis. Poseía una belleza sin igual. La mitad se asemejaba a Canadá, la otra mitad a Costa Rica. Su extensión triplicaba la de la Tierra.

—¿Y Reajún?

—No está mal. Ahora bien, está muy lejos de ser tan bonito como Eufis. Visionar filmaciones de nuestro primer hogar provoca que rebosemos orgullo y tristeza, y que exhalemos suspiros de añoranza por un planeta que nunca hemos pisado.

—¿En qué lugar del universo gravita Reajún?

—No responderé a esta pregunta.

—¿Cuántos de sus viajes han tenido por destino la Tierra?

—Veintiséis. En los cuatro últimos arribamos en el año 145 antes de Jesucristo, en el 453 después de Jesucristo, en 1255 y recientemente.

—Laura me transmitió que se quedarán entre nosotros más allá de lo apuntado en su discurso.

Azrén sonrió y reconoció:

—Mentí un poquito el otro día. Nos quedaremos hasta el 2021, pues

consideramos prioritario e imperativo proteger a los Consejos de sabios que pronto se constituirán. Las plataformas ciudadanas a cuyos militantes les encantaría recrear nuestra sociedad en la Tierra vencerán en casi todas o todas las elecciones nacionales; al menos, así lo prevemos. Desgraciadamente, también prevemos que los adalides del *statu quo* tomarán leves represalias contra los elegidos. Esas leves represalias…

—Irán a más.

El alienígena caminó en horizontal al muro cristalino, despacio, sin dejar de hablar. El amor de Tracy giraba el cuello para mirar su adusta cara en todo momento.

—No. Irían a más si se lo permitiéramos. En cuanto se tome la primera represalia: un encarcelamiento arbitrario de uno de los seleccionados, amenazas a sus familiares, un golpe militar… actuaremos por sorpresa y haremos entender a los mandamases sublevados que deben resignarse a perder el poder. Les daremos un escarmiento memorable, se lo aseguro, y restauraremos la democracia.

—¿Podría denominarse a esto el segundo protocolo?

—Sí. Muy perspicaz.

—¿Y si fallaran sus previsiones? ¿Pongamos por caso que las plataformas ciudadanas no rebasaran a los partidos clásicos?

—Daríamos un paso al costado. No tendríamos nada que reprocharos. Actualmente sois náufragos en un mar proceloso con olas muy altas. Os estamos ofreciendo un rescate, techo, comida, paz, armonía…, pero no montaríamos en cólera ni discutiríamos con vosotros porque quisierais quedaros en vuestra barquita a la deriva y beber agua de mar hasta enloquecer.

—¿Dios existe?

—Tampoco responderé a esta pregunta.

—Cuénteme más sobre su patria. ¿Por qué declaró que no es un dechado de virtudes?

—Por nuestro pasado, no por nuestro presente, que es glorioso, lo mismo que lo será nuestro futuro. Tuvimos una especie de Edad Media; devino oscura, nefasta y muy larga, demasiado. A la sazón, nuestra sociedad estaba muy lejos de ser acogedora y satisfactoria.

—¿Se está refiriendo a cuando existían los políticos?

—Sí, a los tiempos en los que los políticos, los heredien, regían la sociedad y la perjudicaban.

—¿Qué aconteció para que la tilde de época oscura y nefasta?

—Primero guerras y discordia. Después un periodo de paz innoble.

—¿Puede la paz ser innoble?

—Sí. Un cinco por ciento de nuestros niños, previo sorteo, eran arrancados de los brazos de sus madres y se daban en adopción a familias de otras naciones de Reajún, en esa era, enemigas. Con eso conseguíamos evitar las guerras a gran escala, toda vez que cualquier enfrentamiento armado importante habría causado bajas propias en la nación que rompiera las hostilidades.

—¿Funcionó? Quiero decir: ¿las guerras terminaron?

—Funcionó. Seguía habiendo disputas inconclusas, odios y rencores, no obstante, no desembocaban en conflictos bélicos.

—¿Qué pasaba cuando una familia se negaba a desprenderse de sus hijos?

—Como máximo, una familia perdía un hijo o una hija. Siempre que una familia no acataba el mandamiento judicial de entregarlo en adopción, se la arrestaba y condenaba a pena de prisión, y el menor era adoptado de todos modos. A veces, pocas, el padre o la madre huían con este; entonces entraban en acción los valedores. Hacían de cazadores de reajunenses: mataban al progenitor inobediente sin mediar juicio alguno, incluso si se rendía. De este radicalismo deplorable hace más de treinta y cinco mil años.

—Nosotros también superamos la Edad Media.

—Sí. Sin embargo, no de la forma en que se la han contado. Desde mi perspectiva, los historiadores les han engañado. En sus libros afirman que la conquista de América originó un enriquecimiento de la burguesía al calor del incremento del comercio, lo que a su vez comportó una mudanza en la cúspide de la sociedad. ¿Dónde está la falsedad? La aristocracia y la monarquía tenían al Ejército bajo su control. Lo normal habría sido apropiarse de las ingentes ganancias que, ciertamente, la burguesía acumuló con el comercio transoceánico. De este modo tan sencillo preservarían intactas las posiciones de privilegio. ¿Cómo es que prescindieron de hacerlo? No fue por respeto a ley. En aquel momento de la historia quienes mandaban redactaban las leyes a su completa conveniencia: pudieron subir los impuestos a los mercaderes y a los comerciantes, hacer que el dinero cambiara de bolsillos.

—No se me ocurre una explicación. Incuestionablemente, tuvieron la posibilidad de fijar impuestos nuevos para mantenerse arriba en la pirámide social —admitió René Zagal.

—La estructura feudal se desmoronó gracias al invento de Gutenberg, la imprenta. Durante diez siglos, la Iglesia católica falseó la doctrina de una ideología marcadamente igualitaria, el cristianismo, con el propósito de que la adulteración de su sentido original legitimara la hegemonía de reyes y nobles, así como la división en estratos sociales. Ya no era el cristianismo

de Jesucristo, sino el de los obispos, los cardenales y el papa. Las clases populares no tenían manera alguna de leer los contenidos prístinos de la Biblia por no entender latín, de modo que se tragaban las patrañas vaticanas. Pero tan pronto como Johannes Gutenberg publicó la Biblia en serie, a precios asequibles, en el lenguaje de la época de la gente, se destapó la gran mentira; como consecuencia, ya no se aceptaría que Dios bendecía, por razones de linaje, que unos fueran menos que otros. Con posterioridad, John Locke con sus dos *Tratados sobre el gobierno civil* dio la puntilla a esta discriminatoria mentira. Ahora bien, el noventa y nueve por ciento del mérito debe atribuirse a Johannes Gutenberg y, por descontado, a Jesucristo, por cuanto predicaba que se compartiera la riqueza y que los seres humanos sois merecedores de los mismos derechos.

—¿Cuánto tiempo viven ustedes?

—Aproximadamente, entre doscientos cincuenta y trescientos veinte años. Estamos dotados de dos corazones. Trabajamos hasta que el menor deja de latir. Ese mismo día nos jubilamos. Solamente nos quedan treinta o cuarenta años antes de fallecer, y los dedicamos por entero a la familia. A esta fase de la vida la llamamos «etapa de un corazón».

—¿Su larga longevidad radica en su naturaleza primigenia o es fruto de tratamientos genéticos?

—Nuestra existencia natural llegaba, normalmente, hasta los ciento cuarenta años. Con los avances en la ingeniería genética, eliminamos casi todas las enfermedades y ralentizamos los procesos de envejecimiento. Hablando de avances relevantes, nos falta por regalarles un invento, un portento tecnológico. El caso es que no nos seduce la idea de mandar a colaboradores a entregar sus planos y su manual de uso a ciertos Premios Nobel. Contemplamos que los servicios de inteligencia tengan espías siguiendo a estos conspicuos científicos por si se presentara la oportunidad de capturar e interrogar a alguno de nuestros amigos o a algún reajunense. Recelamos. Por lo tanto, o le facilitamos a usted estos datos técnicos para que los traslade discretamente a un Premio Nobel de Física a su elección o los publicaremos en el grupo de Facebook. ¿Qué prefiere, René?

—¿Qué tiene el invento de especial?

—Energía gratis, ilimitada y limpia.

—¿Cómo?

—¿Conoce la forma en que se produce energía en las presas?

—Por encima. Se libera el agua almacenada y, cuando cae en vertical, mueve turbinas que generan electricidad.

—En efecto. En Reajún movemos turbinas mucho más grandes y de un modo más original: con magnetismo. Fabricamos imanes de miles de

kilogramos. En un lateral de las turbinas yace uno de estos imanes, cuyo polo positivo se tapa y se destapa con un material aislante. En el lateral opuesto está instalado un segundo imán; su polo negativo también se tapa y se destapa en intervalos fijos de tiempo, y en sincronía con el otro. Las turbinas contienen elementos metálicos que son intensamente atraídos y repelidos por los imanes, de manera que estas están en constante y veloz movimiento. Disponemos de miles de turbinas gigantescas para cada ciudad.

—Parece tan elemental.

—Créame, no fue nada fácil de hacer: al principio nos costó muchísimo subsanar algunos problemas. Una vez perfeccionado el mecanismo, se reveló maravilloso. Le concedo formularme tres preguntas más, René.

—¿Cómo procederían si se confirmaran sus temores? O sea, si uno o varios jóvenes de los Consejos de sabios fueran detenidos. ¿En qué consistiría su respuesta?

—Como escribió Virgilio, iríamos «quebrando bríos y ablandando furias», hasta que imperara la justicia.

—¿Profesan religiones en Reajún? ¿Qué había antes del *big bang* ?

—Somos religiosos, sí. Los reajunenses compartimos la misma fe. Antes del *big bang* hubo otro *big bang* , y antes de este había, y aún hay, el motor inmóvil de Aristóteles, más o menos. Utilizo esta metáfora para que me entienda. El tiempo existía antes de los *big bangs,* aunque sus astrofísicos no alcancen a saberlo. El primer *big bang* tuvo lugar por una acción directa; el segundo, el que tratan de reconstruir y descifrar, vino dado por una reacción. —Advirtió la incomprensión en el semblante de René Zagal y adaptó su dilucidar al intelecto humano—: El primer *big bang* sería como lanzar una pelota a un frontón; el segundo empezó cuando la pelota salió rebotada; en el inicial todo estaba previsto; en el siguiente no, el azar: una ráfaga de viento, un orificio minúsculo en el suelo… formó parte de los factores creativos.

—¿Invitarán a su planeta a algún humano que se ofrezca voluntario para ir? ¿Se ha hecho esto en expediciones pasadas?

—No transportaremos a pasajeros humanos en las percias. En anteriores expediciones se cogieron unos pocos cadáveres para nuestros científicos sedientos de nuevos conocimientos. Nos hemos planteado contratar a un número reducido de sus arquitectos, pintores, escultores y músicos. También nos hemos planteado pagar generosamente a los descendientes de genios a fin de que nos den su autorización para extraer muestras genéticas de esos antepasados talentosos y para clonarlos en centros médicos de Reajún. La tentación no se ha transformado en decisión. De momento no lo

haremos. Si en el futuro se dispusiera llevar a cabo estas dos ideas, evidentemente, aceptaríamos voluntarios para hacer de padres y madres de los clonados, y emplearíamos a cientos de artistas.

—¿Genios como Einstein?

—A Einstein no lo contamos entre los genios. Nuestros conceptos sobre la genialidad difieren sustancialmente.

—Me cuesta seguir su razonamiento ¿En qué difieren? Precíselo, se lo ruego.

—¿Qué inventó Einstein? La bomba atómica. ¿Cuál fue su contribución a la humanidad? ¿En qué mejoró sus condiciones de vida? El balance resulta muy negativo. Él se merece una bocanada de reproches. Sería mejor que no hubiera nacido. Para nosotros, Arquímedes, Pasteur y Tesla sí se hicieron acreedores a ser considerados genios. Y en el campo del arte reconocemos como genios a muchos: Rembrandt, Velázquez, Gaudí, Bach, Mozart, Rodin, Buonarroti… A todos estos fallecidos nos gustaría clonarlos con miras a que desarrollen su talento innato en Reajún, para gozo y alegría de mis conciudadanos. Aparte de ciertos superdotados, nos interesan las personas con mutaciones genéticas valiosas. Me fastidiaría mucho partir de la Tierra sin que hubiéramos estudiado a fondo a la señora Jo Cameron. Espero que ella no se oponga a ser examinada en una de nuestras percias. Le pagaríamos su peso en platino, y no es un decir. Ojalá nuestro colaborador más encantador acierte a convencerla.

—¿He agotado mis tres preguntas?

—Sí.

—Me queda otra por hacer.

—Adelante. Será la última.

—¿Vendrán a rescatarnos cuando la Tierra agonice por causas naturales?

—Falta mucho para eso. ¿Cómo saberlo? Particularmente, me placería poner a salvo a los jainistas, a los menonitas, a los amish, a los ateos y agnósticos de buen corazón… a este tipo de seres humanos absolutamente pacifistas que les hacen dignos de estima como especie con sus excepciones luminosas.

—Todo parece indicar que nos estamos corrigiendo. En pocas generaciones el racionalismo social habrá prevalecido en toda o casi toda la Tierra, así que estaremos hermanados con Reajún en razón de una común forma de gobierno. ¿Esta semejanza no les obligaría a rescatarnos?

—Ya se verá. Los de estas percias habremos muerto miles de años antes. No me presione para hacer una promesa o establecer un compromiso que no está en mi mano cumplir.

—¿Hay otros mundos con civilizaciones al margen de la Tierra y Reajún?

—Lo siento. Debo poner límites a su curiosidad. Las respuestas se terminaron. Es tiempo de que abandone la nave.

El sanfranciscano se figuró que la ausencia de contestación no se debía a que hubiera sobrepasado el número de preguntas acordadas, sino a que por precaución rehusaba responder la última. La expresión de Azrén dejaba entrever esto.

—¿Qué ha decidido? ¿Uno de nuestros colaboradores publicará en el «Comité de bienvenida a los extraterrestres» el mecanismo para obtener energía o le confío a usted traer el *pen drive* a la vivienda de uno de los científicos galardonados con el Nobel?

—Prefiero que se publique en el grupo de Facebook. El FBI me ha presionado, y es de temer que no tenga libertad de movimientos para dar estos archivos informáticos a un Premio Nobel. Además, si sus agentes me sorprendieran *in fraganti* , me interrogarían hasta exasperarme.

—Así se hará, pues.

Entonces Levia pasó al compartimento escindido por el tabique cristalino, llegó hasta su padre y lo abrazó por la cintura. El periodista la saludó y, justo después de que el intérprete tradujera su saludo e hiciera una sugerencia a la niña en pro de la cortesía, esta exhaló un suspiro y dijo: «Buenas noches» en inglés. Luego se quedó en silencio, con su párvula mirada de niña sobre el ser de otra especie, recostada contra la cadera de Azrén, con los brazos quietos alrededor de su cintura; parecía abstraída. René Zagal se percató de que cuando ella callaba pasaba lo mismo que al bajar la marea en una playa: se veían cosas que habían estado ocultas. En concreto, distinguió una bella debilidad, como si estuviera en el paso de una edad a la siguiente, echara de menos la que había acabado y temiera levemente la que empezaba.

Dichas las despedidas, en las cuales tanto Azrén como René Zagal se esmeraron en componer frases llanas y emotivas, el invitado fue conducido hacia la misma banff con la que lo subieron a bordo de la percia; lo acompañaban el traductor y tres reajunenses: un piloto y dos soldados. En cuanto tomaron tierra, René Zagal preguntó al escocés si se iría con él. Este negó con la cabeza y añadió una respuesta pobre, insustancial, que no incluía los motivos de permanecer con la expedición alienígena. Nuestro protagonista no insistió en preguntar pese a que le hubiera gustado escuchar verdades esclarecedoras. Se despidió de los cuatro, ante el mohín de simpatía del educado traductor y la impasibilidad de los militares de carácter opaco, incierto, y saltó a la estepa. La banff ascendió rápida y silenciosamente, llevándose la luminosidad como los despertares se llevan los recuerdos de los sueños; el excorresponsal de guerra tuvo la impresión

de que había abierto un hueco en un telón cerrado y había pasado de un escenario bien iluminado por los focos a una platea en penumbra en cuyas butacas el público estaba esperando a que se deslizara la cortina corrediza y diera comienzo la función teatral. Encendió su pequeña linterna, abrió el mapa de aquella región de Mongolia, pegó el haz amarillento a este. Situó la brújula en la palma de su mano, la movió hacia la derecha hasta tener la aguja magnética bajo el cilindro de luz y visualizó la ruta a seguir.

Un ruido sordo y continuado, cual rumor de hojas: la percia aceleraba en dirección al oeste a la vez que ganaba más altura; a la vista, se incrustó entre las estrellas antes de transfigurarse en una gota de oscuridad. Al punto, René Zagal echó a andar hacia el resort inmerso en sus pensamientos. Los principales eran dos: si hablaría con Laura en los próximos días y cuánto tardarían los ingenieros más sobresalientes de las potencias industriales en hacer una copia funcional del ingenio alienígena que generaba energía ilimitada.

Florencia, 5 de diciembre de 2020

Las plataformas ciudadanas que propugnaban instaurar el régimen extraterrestre habían arrasado en las elecciones generales de los países occidentales, menos en Suiza, Noruega y Finlandia; en estos Estados europeos habían quedado en segundo lugar a causa de un lema común bastante convincente: «No toquéis lo que funciona bien». Asimismo, habían vencido con holgura en más del setenta por ciento de las patrias no occidentales. Superada esta etapa, los defensores a ultranza del gran cambio centraron sus esfuerzos en separar el grano de la paja: descartar a los impostores y a los jóvenes no suficientemente extraordinarios de entre los candidatos a consejeros. En la Universidad de Arte de Florencia, uno de los colaboradores de los reajunenses instruidos en la utilización de las máquinas de las pruebas de pureza estaba explicando la forma en que se desarrollaría esa misma prueba a una adolescente de dieciséis años. El examinador, llamado Vicent Clerck, no perdió tiempo con frases superfluas; ella no realizó preguntas, aunque tenía muchas dudas por disipar. En aquel hombre joven destacaba una mirada amable, casi cariñosa, bajo su cabello rubio, corto, con flequillo al estilo de los años setenta; tenía el cutis muy claro y los dientes superiores centrales algo separados, como las paletas de leche de muchos niños; en sus gafas de cristales redondos se reflejaba la muchacha, Ornella, con sus afiligranadas facciones y sus ojos enfermos de nerviosismo.

—Siempre que una persona miente, se activan regiones específicas del cerebro. El aparato plasma en gráficos tal configuración cerebral. ¿Estás

lista? —dijo Vicent Clerck.

—Sí, preparada.

Él se levantó, cogió un casco lector, lo ciñó a la cabeza de Ornella. Se sentó, observó el monitor para comprobar que el artilugio funcionaba con normalidad y comenzó el interrogatorio:

—¿Te consta que alguien de un partido político moviera hilos para que fueras recomendada como aspirante?

—No me consta.

—¿Codiciabas ser aspirante al Consejo?

—No. De hecho, ni se me pasó por la mente ser propuesta.

El joven miró la pantalla e interpretó los gráficos de cada una de las respuestas —cualquier posible gráfico correspondía a una de estas tres categorías: verdad, mentira y verdad con vacilación—. Escudriñó a la italiana con expresión de jugador de póker, para que ella no dedujera por su cara si encontraba satisfactorias las respuestas dadas o, por contra, las tenía por indicios de un fraude. Seguidamente intercaló dos preguntas de control:

—¿Amas a tus padres?

—Sí, mucho.

—¿Vives en Italia?

—Siempre he vivido en Siena.

El evaluador de nuevo intentaría desenmascararla, si bien, a decir verdad, deseaba íntimamente que fuera una candidata legítima al Consejo de sabios de Italia. Odiaba descubrir el mal y sus disfraces. Se dio cuenta de ello la primera vez que escuchó las mentiras de un farsante en esos procesos de selección en aras de la metamorfosis del mundo. Entonces notó el sabor de la repugnancia; nunca la había experimentado hasta ese día, al menos con tanta viveza.

—En las noticias de la televisión se suceden imágenes de niños en un hospital; han sido internados por heridas de bombas y disparos. Están muy alicaídos. ¿Qué haces? ¿Cambias de canal para dejar de mirar esto que hiere tu sensibilidad o bien sigues viendo las noticias sin lástima ni dolor?

Ornella sacudió la cabeza en horizontal, se rebulló en la silla y repuso:

—Ninguna de las dos cosas. Sigo viéndolas al tiempo que me indigno.

—Tu padre llega borracho a casa y le propina una paliza a tu madre. ¿Le perdonarías?

Ella miró en actitud tranquila y seria al examinador, y levantó el dedo índice de su mano izquierda. La mirada amable de este se manchó de vergüenza. En apariencia, en apenas un minuto se habían intercambiado los estados emocionales.

—Le perdonaría si esto hubiera pasado una sola vez y se hubiera

emborrachado debido a que lo han despedido del trabajo o ha sufrido otro revés muy duro. De tratarse de un comportamiento habitual, no lo pasaría por alto e incitaría a mi madre a dejarle y a empezar una nueva vida.

—Estás prestando atención a un reportaje sobre cómo engordan a los patos a la fuerza para que su hígado se agrande. Los animales sufren mucho, lo percibes claramente. ¿Comprarías paté de pato después de estar al tanto de estas prácticas?

—Rotundamente no.

—Hace unos años, en India, se detuvo a una doctora por elaborar medicamentos de muy bajo coste que no contenían los principios activos enumerados en su prospecto. Como resultado, murieron miles de pacientes en África, el continente donde se comercializaron. Uno de los países damnificados por la estafa pidió la extradición de esa réproba doctora. ¿Siendo tú la autoridad de India de la cual dependía dar luz verde a la extradición o denegarla, la hubieras autorizado a pesar de saber que en el Estado africano solicitante estaba en vigor la pena de muerte y que, con toda seguridad, en uno de sus juzgados penales se habría dictado esta sentencia contra ella?

—Hubiera autorizado la extradición.

—Un amigo tuyo compra ropa de marca fabricada por chicos de corta edad en condiciones de semiesclavitud, y no es ajeno a las penalidades que padecen en los talleres textiles. Un día te anima a acompañarle en una concentración contra la falta de espacio de los pollos en los criaderos industriales. ¿Qué le contestarías?

—Habría dejado de considerarlo mi amigo por ser cómplice de la explotación infantil, así que no hubiéramos tenido esa conversación. En cualquier caso, puestos a imaginar que esta se sostuvo, yo le habría echado en cara su falsedad.

—El presidente de tu país ha vendido armamento a Arabia Saudita aun cuando tenía la certeza de que sería usado en la guerra del Yemen, en cuyo curso se ha estado y se está bombardeando a la población civil. Se justifica alegando que ha creado cientos de puestos de trabajo en la industria italiana. ¿Debiera ser procesado?

—Si de mí dependiera, sería juzgado en el Tribunal de Justicia Internacional por crímenes contra la humanidad, en concreto, por terrorismo y complicidad en asesinatos.

—Tu madre te dio en adopción tras el parto. A los doce años, tus padres adoptivos te hacen saber que ahora ella quiere conocerte y pedirte perdón. ¿Cómo actuarías?

—Condescendería a conocerla y a escucharla. La comprendería si no se

ocupó de mí por una buena razón: era muy joven, no iba bien de dinero, etcétera. Antes de verla dejaría sentado a mis padres adoptivos que son mis verdaderos padres en mi corazón, lo único que cuenta. Me desagradaría en extremo que se temieran que voy a quererlos menos por el hecho de confraternizar con mi madre biológica.

Clerck arrastró las yemas de los dedos por el tablero de la mesa, asintió de cabeza maquinalmente, inspiró hondo y preguntó:

—¿Cuánto son dos más dos?

—Cuatro.

—¿Cuál es la capital de Inglaterra?

—Londres.

—Te enamoras del novio de tu mejor amiga. Lo disimulas para no herirla. Un día este te confiesa que sus afectos han cambiado: te ama a ti. ¿Quedarías con él o reprimirías tus sentimientos por lealtad a tu amiga?

—¡Quedar con su pareja! De estar los dos enamorados el uno del otro, nos haríamos novios. Ahora bien, no le daría un beso o un abrazo hasta no haberme sincerado con mi amiga. No consentiría que él la engañara. Además, así averiguaría si me ama de verdad o está jugando conmigo.

—Frente a las costas de Somalia, desaforados piratas asaltan barcos pesqueros extranjeros, secuestran a sus marinos y piden rescates de muchas cifras a los gobiernos de sus países. Te envían a Somalia en calidad de negociadora para agilizar la puesta en libertad de unos rehenes. Cuando estás negociando con los secuestradores te revelan qué los ha empujado a hacerse delincuentes: antes se dedicaban a la pesca de bajura con pequeñas embarcaciones artesanales, pero desde que los grandes navíos de las multinacionales faenan en sus aguas, los peces escasean, hasta tal punto que ya no es viable subsistir con la pesca tradicional. ¿Qué sería justo hacer?

—Pagar el rescate, perseguir a los secuestradores y, con carácter inmediato, vedar la pesca de barcos extranjeros en las aguas del océano Índico.

—Una de tus amigas se precia de tener una amistad muy estrecha contigo y te adula con asiduidad cuando estáis juntas. Un día un conocido te cuenta que va hablando mal de ti por detrás. Otros te lo confirman. ¿Le desearías algún mal a esa mala amiga?

Ornella se quedó meditando.

—Desearía perderla de vista. No le dirigiría la palabra. Del desprecio a querer que sufra un infortunio media un abismo. Me sentiría muy insegura.

—¿Por qué?

—Me daría miedo que pudiera ocurrirme lo mismo con otros allegados en

los que he depositado mi confianza, a los que me hace feliz llamar amigos. Y me desolaría abrigar este miedo a sufrir nuevas decepciones. ¿Sabes qué? Además, me achacaría a mí misma tener un defecto: no saber enjuiciar a las personas de mi círculo de confianza, no formarme un concepto real de ellas. Uno debiera saber advertir la ruindad; la estimo una cualidad imprescindible para preservar la ilusión.

11

Ya se habían elegido a los miembros de los Consejos de sabios en noventa y tres países; entre estos estaba, desde hacía cuatro años, la influyente nación de René Zagal. La controversia acompañaba a la programación de la revolución, a los tiempos marcados en su hoja de ruta: eran muchos los votantes de las plataformas ciudadanas que reclamaban acortar los plazos a partir de los cuales los consejeros gestionarían el Estado y guiarían a la sociedad. Veían bien su larguísima formación, ocho años; sin embargo, se les antojaba una necesidad acuciante que entraran a gobernar lo antes posible. Esos votantes impacientes argüían una verdad incuestionable: urgía quitar a los políticos clásicos de los centros de poder, puesto que, pese a las derrotas en las urnas, pese a saber que serían reemplazados por los elegidos en cinco años, no habían refrenado sus impulsos destructivos y, como consecuencia, seguían proliferando las guerras por el mundo, el hambre destripaba África con su afilado cuchillo, la corrupción política gangrenaba la fe de algunos justos… Las crecientes quejas y los clamores populares surtieron efecto: se votó con vistas a dirimir si esa generación de futuros gobernantes —contaban entre veintiún y veintidós años— que bebían la doctrina a los extraterrestres tomaría ya las riendas de las sociedades donde las plataformas ciudadanas se habían impuesto en los escrutinios, en vez de aguardar cuatro desesperantes años más.

En todos los países los porcentajes fueron inequívocos: entre el ochenta y ocho y el noventa y cinco por ciento de votos a favor de no demorar más la anhelada sustitución.

Se instituyeron dos tipos de Consejos de sabios: los nacionales —uno en cada patria que había adoptado los cánones reajunenses— y el universal, compuesto por miembros de los Consejos nacionales en una proporción de uno por nación. Los Consejos lanzaban sugerencias a la ciudadanía, que una vez validadas a través de una votación, se convertían en medidas a aplicar. La primera medida del Consejo de Sabios Universal, al que se denominaba popularmente El Corazón del Pueblo, fue de orden cultural: se sorteó un idioma de entre todos los del mundo con el fin de hacerlo una lengua común en él —Azrén acertó en su augurio—, mas preservando y cuidando las vernáculas. En la ebúrnea bola que cayó en la bandeja de plata ponía «estonio», para sorpresa general. Los noventa y cuatro Consejos de

sabios se coordinaron para implementar la medida, bautizada con el nombre de Proyecto Merli. Este proyecto se articuló en tres ejes. Primeramente, se dotó de presupuesto a los departamentos nacionales de educación para que los profesores aprendieran estonio. Luego se subieron a internet unidades didácticas de las materias escolares a enseñar, que eran el resultado de filmar a los mejores docentes de Estonia impartiendo las asignaturas de las etapas educativas infantiles y juveniles, desde los seis a los dieciocho años —los pedagogos de los Consejos dispusieron esto como solución provisional hasta que las nuevas generaciones hubieran aprendido bien el idioma estonio—. Por último, se operaron modificaciones en las telecomunicaciones a efectos de que los canales de Estonia se sintonizaran en las naciones que habían escogido imitar a los reajunenses.

La segunda medida del Consejo de Sabios Universal apoyada en las urnas restringía tanto las operaciones militares como el comercio de armas. En concreto, se prohibieron la venta de armamento a otras naciones y la participación de un ejército nacional en un conflicto extranjero sin el consentimiento expreso de la población mediante votación directa —en esta votación, como en las demás, la muestra representativa abarcó un veinticinco por ciento del censo electoral—. La tercera medida, también validada en la consulta popular, establecía que el porcentaje del PIB reservado al presupuesto militar lo marcarían los ciudadanos cada dos años. Las empresas que se enriquecían con el comercio de armas se arruinaron al hundirse en las bolsas. General Dynamics fue la primera en bajar sus puertas y declararse en quiebra.

Las siguientes medidas votadas a requerimiento del Consejo de Sabios Universal se incardinaban en el ámbito de la economía. Resumiré estas y sus repercusiones. A los dos días de los recuentos informáticos de las papeletas virtuales, se proscribió la usura, con lo que cerraron al unísono los bancos privados y, paralelamente, se fundaron bancos públicos que concedían créditos con tipos de intereses muy bajos y estaban obligados a invertir la integridad de las ganancias en programas de asistencia social y sanitarios, así como en becas para universidades. También se abolió la lucrativa costumbre empresarial de fabricar artículos con corta caducidad deliberada. En tercer lugar, se aplicó un impuesto muy alto a las compañías que despedían a trabajadores para sustituirlos por robots.

La última medida mundial, esta de carácter ecológico, consistía en que todo ciudadano tendría una cartilla individual en cuyas páginas constaría el deterioro ocasionado por él al medio ambiente cada año producto de su estilo de vida: kilómetros circulados en vehículos particulares, consumo de carne roja, billetes de avión comprados, adquisición de plástico, cigarrillos

fumados… Se daba libertad a cada cual para escoger sus acciones dañinas contra la naturaleza siempre y cuando la suma total de estas no excediera del tope contaminante, fijado por ley. El ochenta y ocho por ciento de la muestra de población invitada a votar había respaldado la propuesta.

El sentido de todas estas votaciones desató un entusiasmo sin precedentes. Multitudinarias marchas de celebración avanzaban morosamente por avenidas de las grandes urbes del planeta; sus participantes estaban sumamente alegres, pues eran conscientes de estar asistiendo a un hito en la historia de la humanidad, tal vez, el más trascendente.

La insurrección y sus logros no terminaron aquí, ni mucho menos. Transcurrido un mes de los festejos, los Consejos de sabios nacionales decidieron someter a votación vinculante varias reformas legislativas. En los Estados Unidos, en Canadá y en Europa fueron estas:

1) Aumentar el sueldo mínimo en el territorio nacional.

2) Crear una renta mínima universal en el territorio nacional.

3) Gravar con un impuesto especial, el impuesto de compromiso, a las grandes fortunas. Se financiará con él la renta mínima universal y la elevación del sueldo mínimo en territorio nacional. Y también se financiarán así proyectos ganaderos, sanitarios y de ingeniería agrícola en el tercer mundo.

4) Multiplicar por tres el impuesto de compromiso a las dinastías que hayan obtenido sus fortunas con medios inmorales, a saber: explotación obrera flagrante, imperialismo y/o trato de favor de políticos corruptos.

5) Añadir un nuevo impuesto, el impuesto por lujo, a los productos y servicios de alto precio y no esenciales. El impuesto por lujo es igual al cinco por ciento del precio de venta final original. Se consideran productos de alto precio no esenciales los de alta gama en coches, prendas de vestir, piezas de joyería y bebidas alcohólicas, y en todos los casos, los yates y los aviones privados. Entran en la categoría de servicios de alto precio no esenciales las estancias en hoteles de cuatro y cinco estrellas y los viajes fuera de la clase turista. La recaudación irá a parar a Sanidad, Servicios Sociales y Educación en territorio nacional y a los mismos ministerios en los países más pobres del planeta.

6) Excluir de la venta cualquier artículo manufacturado por niños, así como por obreros con sueldos miserables y/o sujetos a horarios abusivos.

7) Fijar el precio de las viviendas según lo que se pagó por ellas desde 1950, importe al que habrá de sumarse los gastos —reformas, impuestos y honorarios de la notaría— y el incremento del Índice de Precios al Consumo de cada año. Las mismas normas valdrán para el precio de los alquileres.

Las nuevas votaciones arrojaron unos resultados sencillos de pronosticar, ya que los Consejos de sabios nacionales habían recomendado elevar el sueldo mínimo —entre un veintiocho y un sesenta por ciento según el país —, boicotear a los explotadores de niños, abaratar el precio de las viviendas e imponer gravámenes adicionales a las grandes fortunas, así como a los productos de lujo. Además, lo que la gente prefería antes de tan adecuadas recomendaciones coincidía con estas. En suma, todos las proyectos de los Consejos salieron adelante.

Se estaba fraguando una rebelión de las élites ante esas insufribles humillaciones —las medidas aprobadas en las urnas y su aplicación—, que presagiaban continuas en razón de que los políticos, sus criados mimados, habían sido expulsados definitivamente de sus feudos. Sucedería lo predicho por Azrén: estas harían trampas, su gran enfado se traduciría en actos censurables y antidemocráticos. Sin embargo, a tenor de su inesperado contraataque, se ajustaría a la verdad aseverar que el conocimiento del comandante sobre la naturaleza humana era insuficiente.

Por supuesto, si los banqueros y los magnates hubieran sabido que los extraterrestres no habían emprendido el viaje de vuelta a su lejanísimo terruño en el cosmos, jamás se habrían atrevido a mostrar su extrema villanía con semejantes hechos y modos. En resumen, la simulación del líder extraterrestre fue creíble y creída e, infortunadamente, desencadenó represalias. Él se arrepentiría mucho de haber fingido.

San Diego, tres semanas después

René Zagal acudió con Tracy y su bebé, Rachel, a la inauguración de una exposición de fotografías de guerras, *Niños entre el odio* . En esta exposición había colgadas cinco fotografías con su firma, que compartían espacio y la admiración del público con las de otros cuatro reporteros gráficos americanos, veteranos, asiduos a los territorios asolados por guerras pertinaces e iras de hondas raíces. Fotografías de niños de Afganistán, Somalia, Yemen, el Salvador, Yugoslavia, Ruanda e Irak resaltaban contra el fondo negro de las paredes; en todos ellos la esperanza había muerto, mientras que la inocencia había sobrevivido, esto decían sus ojos. Se trataba de un evento artístico y social importante para el sanfranciscano, no solo porque se exhibían las instantáneas de las que más orgulloso estaba —se jugó la vida para sacarlas, literalmente—, también porque en la galería había acordado encontrarse y charlar con Richard Gibson, un integrante del Consejo de sabios de Estados Unidos —el pilar número veintitrés de los noventa y cuatro sobre los que descansaba el nuevo orden mundial—. El periodista estaba muy contento de que alguno

de estos jóvenes paladines de la justicia hubiera solicitado conocerle, por añadidura, se sentía honrado.

Media hora después de que la familia Zagal llegara a la galería de arte, el insigne muchacho traspasó su puerta con dos guardaespaldas. El más alto se separó de él y se quedó parado junto a una columna desde la que se divisaba toda la sala; el otro caminaba por detrás de este, a dos metros. Richard Gibson fue derecho hacia René, que, aunque ni siquiera lo había visto en la televisión o en los periódicos, en apenas unos segundos intuyó quién era por su juventud, por su expresión bondadosa superpuesta a su sonrisa de niño de excursión y por el escolta a su espalda. En cambio, cada uno de los cuarenta y cuatro miembros del Consejo estadounidense habría reconocido a René Zagal al instante. Solían gastarse bromas referentes a que ese era el responsable de que, a los dieciséis años, los hubieran arrancado de sus familias y de una agradable vida convencional. De hecho, encontraban a faltar la monotonía que caracteriza las existencias corrientes de quienes carecen de responsabilidades tan grandes con la colectividad como las suyas.

El periodista le ofreció su mano. El joven no quiso saludarlo de este modo, formalmente. Le dio un abrazo como si fueran amigos de siempre.

—Maldito, René. ¿Sabe cuánto he tenido que estudiar por su culpa? ¿En qué estaba pensando cuando engendró el grupo de Facebook? —ironizó en tono cómplice.

—Me movió dejar en evidencia a vuestros predecesores. Jamás presumí conseguir algo. No me distingo por mi optimismo precisamente.

—Pues su grupo de Facebook ha transformado el mundo, y lo hará aún más. Estamos a punto de preguntar a la ciudadanía estadounidense con respecto a cuestiones muy decisivas de cara a aumentar el nivel adquisitivo de la clase obrera.

—¿Confía en que apoyarán sus propuestas?

—Sí. Hasta ahora siempre lo han hecho. Hablando de grandes cambios, estoy en disposición de contarle una primicia.

—Suéltela.

—En tres semanas se pondrán en funcionamiento los primeros generadores de electricidad alimentados con fuerza magnética.

—¿Dónde?

—A ochenta kilómetros de Dallas.

—Los empresarios tejanos del petróleo estarán dando saltos de júbilo. Apostaría que ya les ha llegado la noticia por medio de la CIA.

—No les queda más remedio que resignarse. Una pequeña minoría pierde, el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de la población gana.

Por lo tanto, no hay motivos de vacilación en el Consejo. Yo, desde luego, soy insensible al abatimiento de esos empresarios petroleros. Veamos sus fotografías.

El joven del Consejo de sabios y René Zagal se adelantaron hasta el tramo de pared donde resplandecían, bajo luces directas, fotografías de la guerra civil de Yemen en las que el sanfranciscano había capturado el sufrimiento de niños. Tracy dejó el carrito de bebé a su izquierda, se puso al lado de su marido —se habían casado hacía dos meses— con Rachel en sus brazos y se presentó ella misma. Richard Gibson se interesó por averiguar de qué forma se habían conocido. Ella se lo relató circunstanciadamente, además, le habló de su grata sorpresa al descubrir amor en la cara de René y sobre el principio del romance. El aludido, con palabras que sonaban a fidelidad y a devoción, la contradijo: no iniciaron una relación sentimental de buenas a primeras; al principio, ella lo sacó de los precipicios de la tristeza, después vivieron juntos y se amaron. En un momento de la conversación amena y distendida, el consejero se quedó abismado mirando a Rachel. Al poco manifestaría:

—Su hija no verá en las noticias de la televisión barbaridades como las que testimonian estas fotografías cuya visión nos inunda de pena y lástima. Para cuando tenga ocho años, los consejeros habremos extirpado la crueldad y las desdichas del planeta. Hemos hecho mucho en muy poco tiempo. En una década más viviremos en una sociedad distinta.

—Ojalá tengas razón —deseó Tracy.

—Yo estoy con usted, Richard, vamos en la buena dirección —emitió Zagal.

—Por cierto, tuve el placer de charlar con su enlace, Laura —manifestó el joven.

—No me diga. ¿Cómo está? Se porta como un fantasma en lo que a mí se refiere. Aparece sin previo aviso, me dice cosas que me asombran y se va. Por curiosidad, ¿llegó a conferenciar con Azrén o con otro extraterrestre de su expedición?

—Jamás. Ni yo ni nadie de los otros Consejos. Ninguno de nosotros hemos tenido ese privilegio. Me gustaría haber conversado con ellos, más que nada para transmitirles mi agradecimiento y afirmarles que me esforzaré al máximo para que la etapa crítica que estamos atravesando salga bien, esto es, para que vean cumplidas sus expectativas más optimistas. Lamentablemente, ya se han ido.

El fotógrafo de guerra se vio abocado a pensar que Azrén le había dado un trato preferencial. Lo había hecho su confidente. A nadie más le había confiado que ellos permanecerían en la Tierra por si hiciese falta liberar a

miembros de los Consejos de un rapto o para amedrentar a los antiguos protagonistas del mundo en la eventualidad de que osaran amenazarlos. Se dijo que debía respetar sus deseos: guardar silencio sobre aquello. En rigor, no le había pedido callarse que estarían haciendo de guardianes furtivamente y velando por el buen desarrollo de los planes del pueblo, pero tampoco le había dado una autorización tácita con un juego de palabras para contar tal cosa, conque preservar su estrategia mediante su silencio le parecía lo más juicioso. Consideraba que el líder extraterrestre era más sabio que él, luego sus buenas razones tendría para pasar desapercibido tras hacer proezas, reparar injusticias en varios continentes y meter el miedo en el cuerpo a unos cuantos dictadores y sátrapas desalmados.

—¡Alucinará con la confidencia que me hizo Laura! — aseguró Richard Gibson, y se mordió el labio mientras hacía una mueca de sorpresa como la que se marcara en sus mejillas al escucharla semanas atrás.

—¿Qué le espetó?

—Se tronchará de risa. Ella se vio en persona con Azrén, Levia y varios otros reajunenses. Según me confesó, le pidió al comandante que, si le invitaban a usted a una de sus naves, le tiraran una cuerda para que creyera que había de subir así a esta. Él no estuvo conforme.

René Zagal se imaginó lo que habría sentido de haber visto una cuerda colgada de la percia cuando se encontraba en la estepa de Mongolia en plena noche.

—Tiene veintidós años. Se comprende que se le ocurran estas bromas. Es propio de su edad —la excusó el periodista.

—René, jamás habló con ellos, ¿verdad?

—No. Agentes de la CIA me acechaban hasta cuando iba al servicio en los grandes almacenes. De no haber estado sometido a esa vigilancia tan estrecha, tal vez Azrén, a través de Laura, me hubiera propuesto vernos.

—Claro, claro.

Richard Gibson se aproximó a las fotografías dolorosas de René Zagal, las observó penetrado de angustia. En cuanto le lastimaron mucho el espíritu, se volvió y preguntó:

—¿Cuántos años ejerció de corresponsal de guerra?

—En puridad, fui fotógrafo de guerra casi siempre, unos ocho años. Como corresponsal de guerra ejercí escasamente seis meses.

—¡Ocho años! Mi fuerza interior se habría agotado mucho antes. Dios repartió los talentos y las diferentes clases de constancia. Yo, que en teoría soy un elegido entre millones, no sirvo para todo.

»Le convido a asistir a una de las reuniones del Consejo estadounidense.

He consultado a mis compañeros antes de brindarle este ofrecimiento. A todos les encantó la idea, la encontraron muy adecuada dado que nos nombraron consejeros por usted.

—Será un placer.

El joven volvió adonde estaba la familia Zagal, al lado de la línea en la que empezaba a decaer la luminosidad de las lámparas halógenas. Abrió la mano derecha, pegó la palma a los ojos de Rachel, suspiró como cuando uno justo ha concluido una meditación amarga sobre una atrocidad y dijo:

—No mires esto, niña, por favor.

Richard Gibson, los cuarenta y tres componentes restantes del Consejo de sabios estadounidense y los del Consejo de Sabios Universal se congregaron en Filadelfia once días después de la exposición fotográfica. Era la segunda vez que ambos Consejos deliberaban juntos. Los complejos temas a tratar requerían que trabajaran en equipo muchas horas durante varias jornadas. Hacía el típico día de invierno en «la ciudad del amor fraternal»: las nubes formaban un manto gris espeso, el frío viento cortaba los labios de los transeúntes, había luz pobre, incluso en el ecuador de la mañana, como en un cuento triste.

El presidente del Consejo estadounidense se levantó apoyando un codo en el brazo de su asiento y habló a los representantes del pueblo. A su izquierda, estaban los del Consejo de Sabios Universal; a su derecha, sus camaradas americanos. Los unos y los otros miraron al citado presidente, Kent Garret, y vieron una mirada tímida en una faz serena, de rasgos irlandeses, ligeramente acentuados por su cabello pelirrojo.

—Buenos días, compañeros. El primer punto de la junta es presentar los cómputos de las cinco votaciones populares efectuadas ayer. Votación 1: a fin de prevenir sobornos a los delegados sindicales, los sueldos fijados en los convenios laborales dejarán de depender de su decisión; en vez de esto, los trabajadores votarán personalmente sobre tales acuerdos. El ochenta y cuatro por ciento de los ciudadanos se pronunciaron a favor de esta opción, frente al dieciséis por ciento que se decantaron por mantener el proceso tal y como estaba. En otras palabras, se votó respetando nuestra recomendación. Votación 2: los políticos deberán pasar la prueba del polígrafo antes de ser nombrados en su cargo. Se les preguntará si quieren dedicarse a la política para robar o delinquir de algún otro modo. Asimismo, se les preguntará si han cometido algún delito con anterioridad. Cada dos años volverán a sentarse ante el polígrafo. Votantes a favor, noventa y seis por ciento. En contra, dos por ciento. Votos en blanco, dos por ciento. También se siguió nuestra recomendación. Votación 3: el FBI

creará un nuevo departamento, que se encargará de dar el visto bueno a las recalificaciones de terrenos pedidas por políticos, con la finalidad de detectar irregularidades. Un noventa y cinco por ciento a favor, un cuatro por ciento en contra y un uno por ciento de votos en blanco. De nuevo nos han hecho caso. Votación 4: se fundará un canal de televisión público orientado al entretenimiento; en él jamás se verán películas en que se maten a personas o se haga apología de la violencia. Además, pasará a ser ilegal la venta de armas o de videojuegos violentos a los menores de veintiún años y, a cualquier edad, a quienes padezcan problemas mentales. Votos a favor, cincuenta y ocho por ciento; en contra, cuarenta y uno por ciento; en blanco, uno por ciento. Me place que la totalidad de nuestras recomendaciones haya sido acogida favorablemente. Este veredicto de las urnas no hace sino confirmar lo señalado por el señor Azrén en su discurso televisivo: el grueso de la ciudadanía, por norma muy general, tiene opiniones coincidentes con las de los Consejos de sabios. A partir de aquí cabe especular: ¿habríamos de atribuirlo a una preferencia natural o que los persuadimos con nuestros consejos y eso origina el *quorum* ? Es difícil saberlo. Probablemente se da un *quorum* tan alto por la suma de ambas cosas.

La portavoz del Consejo de sabios universal levantó el brazo. Kent Garret le dio la palabra:

—Adelante, señorita Okuma.

La joven africana de fisonomía ghanesa, cejas rectas, dientes albos, alta, huesuda, desenroscó las piernas, retiró la silla, se irguió en toda su longitud, cogió el micrófono y preguntó:

—¿Es correcta la información notificada sobre el generador de energía? ¿Estará completamente operativo el próximo martes?

—Sí, señorita Okuma. ¡Qué gran buena nueva! En el Consejo americano estamos muy excitados. Celebramos que los ingenieros lo hayan terminado antes de lo previsto. Los ensayos, muy satisfactorios, se llevaron a cabo la semana pasada. No hay ningún impedimento técnico ni razones atinentes a la prudencia que inviten a retrasar la inauguración de las instalaciones. Esto marcará un antes y un después. Dispondremos de energía gratis, inagotable y no contaminante. Todos los seres humanos de los cinco continentes nos veremos beneficiados. Todos menos los empresarios del carbón, los que tienen participaciones en centrales nucleares, etcétera.

Aplausos, vivas en volumen de vítores, enhorabuenas y palmeares sobre los tableros de las cuatro recias mesas.

De súbito se oyó el ruido seco y corto de una explosión. Se hacía difícil ubicar su procedencia. Algunos de los consejeros miraron en dirección a

los cuatro ventanales incrustados entre columnas jónicas; otros desplazaron su mirada a la puerta de entrada, que se levantaba a tres metros de una escalinata de cerámica con color y vetas de mármol, y conectaba con el salón de actos; y unos pocos levantaron la vista hacia el cuadriculado artesonado, por intuir que el ruido provenía del tejado. Los quince escoltas que permanecían con sus venerables protegidos en el interior de ese salón desenfundaron sus pistolas, se repartieron en dos grupos a los pies de la escalinata y formaron una doble línea horizontal en estos; los de la línea delantera estaban con una rodilla en el suelo, los de la trasera de pie, en posición Weaver, y todos apuntaban a la puerta doble de entrada.

Se oyeron ráfagas de tiros en el vestíbulo que conducía al salón de actos, a las cuales seguiría un intercambio de disparos. Se notaba la diferencia de sonido entre el de las armas automáticas de los asaltantes y el de las pistolas de los escoltas apostados, de manera escalonada, entre el vestíbulo y la calle. En tres minutos, el estrépito cesó. Los escoltas del salón, a pesar de la incertidumbre y de la tensión, mantenían la formación que recordaba la de los ejércitos coloniales ingleses cuando entraba en combate en campo abierto.

—Por favor, échense al suelo —rogó uno de los escoltas a los eruditos.

Mas ninguno de ellos le hizo caso por considerar humillante y poco edificante mostrar voluntad de supervivencia en detrimento de hacer gala de valentía ante aquellos intrusos, fueren golpistas o terroristas. Pensaban que eran símbolos, no personas corrientes; en consecuencia, tenían el deber de mantener su dignidad intacta.

Los cristales de los ventanales, que miraban al río Delaware, se rompieron con las bombas de gas lanzadas por los comandos tácticos; sus pedazos se precipitaron contra el pavimento, convirtiéndose en añicos, y crepitaron brevemente como un leño rojizo al quebrarse en el fuego. Mientras el gas cegador se extendía rápidamente por la estancia, una explosión hizo volar los dos batientes. A través de aquella abertura rectangular fueron arrojadas cuatro granadas de mano, que mataron a más de la mitad de los aguerridos escoltas; el resto de ellos, quedaron inconscientes o bien desorientados por las ondas expansivas. Desde detrás la misma puerta destrozada, treinta y dos Navy SEALs fueron introduciéndose en la amplia sala en tres oleadas. Mataron o remataron a los guardaespaldas. De seguido dispararon a los jóvenes consejeros y, posteriormente, cuando estos ya yacían malheridos o muertos sobre las baldosas, les asestaron un balazo adicional en la cabeza. Con esto se aseguraron de que ninguno sobreviviera gracias a la pericia de médicos de urgencias. Saltaba a la vista que los militares cumplían órdenes precisas y que les habían pagado muy bien, en consonancia a acceder a

convertirse en villanos a los ojos del pueblo, toda vez que en ningún momento tuvieron dudas al ejecutar los asesinatos. No bien cada uno de los consejeros tuvo un orificio de bala en el cráneo, los allanadores abandonaron el edificio con suma celeridad, como si solo les hubieran dado unos segundos para huir del averno.

A esa misma hora, René Zagal hacía el amor con Tracy. Él ignoraba la herida emocional que estaba abriéndose a lo largo de Estados Unidos. Naturalmente, su teléfono móvil sonaría numerosas veces. No quiso cogerlo cuando estaba besando el cuerpo de su esposa desde el cuello hasta las caderas, ni mientras se duchaba, ni tampoco al salir del baño, ya que Rachel se presentó en sus pensamientos y fue a mimarla. Pasado un minuto, la melodía de su teléfono se activó por séptima vez. Arropó a su hija en la amusca cuna, sonrió a Tracy al observarla adormeciéndose en el lecho con las piernas entre las sábanas. Pasó al comedor, cogió su teléfono Samsung, que fulgía sobre la mesa por las llamadas perdidas, y vio en la pantalla siete llamadas de tres números distintos. Reconoció el número del coordinador de la sección de Internacional del *San Francisco Chronicle* , un luisiano mesurado y circunspecto que exclusivamente insistía en llamar cuando la ocasión lo requería. Le devolvió la llamada. Su antiguo superior descolgó enseguida.

—¿Te has enterado, René?

—¿Qué ha ocurrido?

El coordinador de Internacional cogió aire y, de un aliento, le resumió con pulcritud lo sucedido en Filadelfia. El Samsung se desprendió de la mano del fotógrafo de guerra. Este se imaginó a Richard Gibson tendido en el piso, acribillado por militares belígeros a disposición de los líderes del antiguo régimen, que se resistían a soltar la vara de mando. Recogió el móvil de la moqueta, lo pegó a su oreja derecha y preguntó:

—¿Está confirmado que no hay supervivientes?

—Sí. Los Navy SEALs los han matado. ¡Hijos de puta!

Poco tiempo después del atentado con características de magnicidio, los encolerizados manifestantes se arremolinaban en las calles y trataban de encontrar un maquinador con nombre y apellidos contra quien dirigir su odio; aquí y allá se oía la palabra linchamiento. A esa misma hora, el último presidente de Estados Unidos salió en directo en las principales cadenas del país para lanzar una suerte de mensaje institucional y retorcer los argumentos de Azrén y Levia. Procuró mudar su voz normal: autoritaria y burlona, y sí conseguiría tornarla más dulce y emocional; también procuró que sus ojos perdieran esa opacidad característica de los

mentirosos hábiles, pero eso le fue imposible.

—Estimados compatriotas. Me presento ante ustedes en estos momentos de confusión para hacer un llamamiento a la tranquilidad, a la convivencia y también al cumplimiento de las leyes vigentes en mi gobierno, que tan excelentemente sirvió a la nación. No estamos usurpando ningún puesto de elección democrática. Al contrario. Lo argumentaré. Llegaron a nuestro conocimiento unos delitos gravísimos: el denominado Consejo de sabios estadounidense había estado adulterando sistemáticamente los recuentos de las consultas populares. Con gran contención, otorgando el beneficio de la duda, comprobamos estas acusaciones; resultaron ser ciertas. Asimismo, sabemos con total certeza cuál era la misión principal del Consejo: imbuir unas ideas en la ciudadanía que propiciaran su sumisión a los extraterrestres, con la pretensión de que ellos se encontraran a su vuelta comunidades dóciles, cuyas personas en edad de trabajar serían usadas como mano de obra esclava, igual que los judíos en los campos de concentración nazi.

»Ante estas informaciones suministradas por la CIA y, sobre todo, ante la claridad de las pruebas inculpatorias que las acompañaban, autoricé las detenciones de los miembros del Consejo estadounidense y los del Universal, que actuaban en connivencia. Sus escoltas dispararon a las fuerzas del orden, y cuando esos mercenarios fueron reducidos, los propios consejeros emplearon armas de fuego contra los funcionarios públicos que habían ido a arrestarlos, a poner fin a su corto reinado del mal sustentado en el engaño y la intimidación. Los soldados, que actuaban como refuerzo de los agentes del FBI, se vieron obligados a responder a los disparos para sobrevivir. Según los presentes, el comportamiento enloquecido de los integrantes de los dos Consejos era típico de los conversos de una secta atrincherada que siguen la consigna de «resistir hasta morir» cuales mártires. Y han muerto, pero no como mártires, sino como criminales fanáticos conjurados en lavar el cerebro a las masas ignorantes y en alterar fatalmente el libre ejercicio de la democracia, cosas que consiguieron gracias a la colaboración activa de los invasores del espacio, que incluía el uso de sus programas informáticos para el recuento electoral.

»Como consecuencia de esta gran estafa, declaro abolido el extravagante sistema legislativo actual y convoco elecciones tradicionales para el domingo 16 de marzo. Espero que retomaremos la normalidad política que tan fáciles y gratas hizo nuestras vidas, y nos llevó a ser la primera potencia mundial. Ciudadanos de Estados Unidos, en este día inolvidable les mando mi cariño y les pido un voto de confianza para restablecer la ponderación junto con la armonía social que los extraterrestres nos quitaron con sus

trucos de ilusionista, sus falsedades y sus sucias acciones. Buenas tardes.

Finalizada la retransmisión, los periodistas en nómina de las grandes fortunas pusieron mucho empeño en propagar bulos y calumnias. Por lo pronto, confirmaron que hubo una confabulación entre los alienígenas comandados por Azrén y los Consejos de sabios para convertir a la Tierra en una colonia obediente del imperio alienígena; a cambio de este colaboracionismo, los hombres y mujeres de los Consejos de sabios, así como sus descendientes, detentarían cargos bien retribuidos en la burocracia del imperio subyugador. Otro medio, en la misma línea editorial, apuntaba que la selección realizada con un criterio de cualidades admirables había sido una farsa desde el principio: los muchachos de los Consejos habían sido escogidos a partir de un perfil, sí, pero no el divulgado. El perfil auténtico concordaba más con el de un criminal con dotes de manipulación y con un cierto encanto, «cualidades» con las que encandilarían a la gente; y remató su falaz libelo haciendo mención a cuando Perimedes y Euríloco reforzaron las ataduras de Ulises por su bien, para que no sucumbiera a la seducción de las sirenas. Un tercer medio —un canal de televisión con gran audiencia—, mediante un coloquio en cuyo plató concurrieron personajes nostálgicos del viejo clasismo, denunció que el pretendido ingenio hecho para disponer de energía gratuita, ecológica y perpetua sería el origen de una serie de terremotos y maremotos que, irremediablemente, diezmarían las poblaciones de América, Asia y Europa y anonadarían los corajes. Después, cuando los temblores cesaran, los extraterrestres volverían para posesionarse del planeta sin encontrar una resistencia fuerte y organizada por mor de la ristra de ineluctables desgracias pretéritas.

Como era de esperar, los estadounidenses no se creyeron esos infundios, de suerte que el autoproclamado presidente quedó expuesto al desdén y a la denigración. Ahora bien, a causa de los defectos humanos, hubieran podido llegar a creerlos a fuerza de reiteración a lo largo de los años. Los contrarios a la democracia reajunense preveían que dispondrían de ese largo tiempo para afianzar su reconquista. Se equivocaban.

12

Tres de las percias de la expedición capitaneada por Azrén hendieron el cielo norteamericano. Entraron en el continente por Nueva York y, por encima de sus rascacielos, se dividieron. Una se dirigió hacia Washington en razón de que el anterior inquilino de la Casa Blanca se había instalado nuevamente en ella y ahora se encontraba en la ciudad. Las otras dos percias trazaron una línea recta hacia la base militar de Norfolk, en Virgina. Desde su aeropuerto habían partido los comandos de castigo y eliminación que segaron la vida de los prohombres de los dos Consejos de sabios, y los Navy SEALs que los formaron habían regresado a esta base de la Armada tras ejecutar los crímenes y todavía se hallaban en sus instalaciones. Los reajunenses lo sabían y los tenían vigilados; habían pirateado varios satélites.

Las primera percia en llegar a su destino fue la de Washington. Voló alrededor de un campo de golf en cuyos *greens* el presidente estaba jugando una partida. Él, aterrado, echó a correr sin saber adónde escapar ante la terrorífica presencia de esta, así como de cuatro banffs que acababan de elevarse de sus rampas de lanzamiento y estaban persiguiéndolo a gran velocidad. A sus guardaespaldas también les entró pánico, pero el orgullo profesional junto con el sentido del ridículo les hizo seguir a rajatabla el procedimiento operativo en caso de un atentado, lo cual, considerando que no ignoraban cuán inútil era plantar cara a los alienígenas, tenía mucho mérito. En síntesis, seis escoltas rodearon al presidente —les costó alcanzarlo— en formación defensiva, luego, otros cuatro esgrimieron las armas y dispararon con la intención de ralentizar el ataque de los soldados reajunenses. Entonces, dos banffs abrieron fuego desde unos veinte metros, fulminando a los guardaespaldas, tanto a los que estaban junto al presidente en su rauda huida como a los que se habían resignado a morir en el enfrentamiento imposible de ganar. El político, pávido, con los dientes castañeando y los ojos agrandados, observó a sus escoltas caídos en acto de servicio, que lo circundaban como una corona de flores la cabecera de una tumba. Rompió a llorar, cayó sobre sus rodillas. Unió las manos en signo de imploración, fijó la mirada en el cielo y, balbuciendo, suplicó a Dios que se apiadara de él. No fue abatido ahí mismo, sobre el perfecto césped, porque Azrén tenía otro castigo en mente; en absoluto lo salvaron sus

ridículas impetraciones cuando los altísimos soldados ebúrneos lo cercaron, aunque él supusiera que sí. Así pues, transportaron al político a una percia y lo interrogaron sin miramientos.

Las otras dos percias efectuaron una ofensiva más elaborada, con fases y táctica. En la fase uno, flotaron a pocos metros de la superficie de Norfolk, generando nerviosismo y acobardamiento en los militares estadounidenses. En diez segundos se ejecutó la segunda fase: un ruido ensordecedor, que provocaba un gran dolor de oído, retumbó hasta el último rincón de la base aeronaval, además, una luz naranja cegadora tiñó el aire desde el vallado perimetral electrificado hasta las edificaciones. Al punto se inició la tercera fase, la toma de la base; doce banffs y una nave de transporte seis veces mayor que estas aterrizaron verticalmente en la pista del aeropuerto. De las banffs bajaron sesenta y dos robots de infantería junto con veintidós militares —al igual que sus compañeros del campo de golf, vestían trajes similares a escafandras, tenían activados unos escudos individuales que los envolvían por entero, cuales pequeños resplandores azules, y estaban armados con armas largas de tres cañones superpuestos—; en la nave grande, cuatro vehículos blindados voluminosos con trazas de tanque arrancaron y echaron a rodar. Los reajunenses se colocaron detrás de estos vehículos y de sus robots y, con presteza, ocuparon todos los edificios dando muestras de una clara preferencia por capturar vivos a los Navy SEALs, por cuanto Azrén había decidido encarcelarlos y juzgarlos. La derrota completa en esta desigual lid más el registro de todos los hangares, muelles, oficinas, barracones y torres de control se completaron en cincuenta y seis minutos. Luego se encerraron a los veintiocho Navy SEALs sobrevivientes en las bodegas de carga de una de las percias, que hicieron las veces de cárceles improvisadas.

La percia de Washington se mantuvo por arriba del campo de golf hasta que hubo concluido el interrogatorio al presidente no electo; durante su transcurso, este desveló las identidades de los urdidores del golpe de Estado disfrazado de liberación. Como no podía ser de otro modo, los reajunenses se apercibieron a detenerlos.

¿Dónde estaban las cuatro percias no divisadas en Estados Unidos? En Berna, San José y Sídney. Los expedicionarios habían escogido estas ciudades para trasladar a los Consejos de sabios que corrían peligro en sus países por culpa de la falta de lealtad de su Ejército. Sus percias y banffs convertirían las tres urbes en fortines inexpugnables, libres de peligro. El plan era salvaguardar a los consejeros en riesgo de sufrir atentados, como el de Filadelfia, haciéndoles fijar temporalmente su residencia en esas poblaciones y poniéndoles escoltas confiables. A continuación se

procedería a purgar a los generales codiciosos y traidores de los Ejércitos de los países con Consejos de sabios hasta que no hubiera ninguno dispuesto a sumarse a la insurrección de los millonarios y a cercenar las esperanzas del pueblo. En la patria caribeña y en Australia, naciones en que las plataformas ciudadanas revolucionarias habían aventajado a los partidos políticos en las elecciones, los extraterrestres fueron tratados como amigos y se estableció una fluida comunicación entre sus intérpretes y los jóvenes de los Consejos de sabios nacionales de cara a organizar el alojamiento de los ilustres refugiados. Sin embargo, en la ciudad helvética se imponía negociar, dado que Suiza era de los pocos países no inmerso en el gran proceso de cambio. Por ello, uno de los colaboradores de los reajunenses solicitó ser recibido por su gobierno, que se mostró receptivo y amistoso: se le dio audiencia en el acto. Pasadas dos horas, tres alienígenas acompañados del mismo colaborador, que ahora venía como mero traductor, fueron agasajados por los más altos mandatarios suizos en un salón del Palacio Federal. Contribuyó a que esa bienvenida fuera cálida el que los singulares convidados acudieran sin soldados. El hecho era que no se había levantado animosidad hacia ellos entre los políticos suizos y que, de haberse levantado, la permanencia en el cielo de Berna de la imponente percia hubiera impedido que estos, o cualquier otro ciudadano helvético, concibiera atacarlos o apresarlos. La reunión no se alargó, en gran medida debido a las claras, asumibles y atractivas solicitudes; atractivas porque el presidente y los ministros encontraron muy generoso el pago por satisfacerlas —muchos kilos de platino—, claras por la falta de rodeos y asumibles por cuanto estas se compadecían con la tradición suiza de fomentar la paz cuando la ira siembra el mundo de violencia. En definitiva, aquellos mandatarios estaban convencidos de estar formalizando un buen acuerdo, no de estar siendo coaccionados para cerrar uno pésimo, de conquistados sin ambiciones ni libre albedrío.

Los términos de la entente sellada eran muy simples: los Consejos de sabios europeos y africanos que padecieran inseguridad en sus países tendrían su sede en Suiza de manera transitoria, mientras se identificaba y se mandaba a prisión a los sediciosos en los Ejércitos, y la policía helvética, bajo la supervisión del Departamento Federal de Justicia y Policía, ayudaría con afán y desvelo a custodiar a sus egregios consejeros. En contraprestación, por cada año de ese amparo en el extranjero, el Gobierno suizo recibiría la misma cantidad pactada de platino, si bien el traductor observó que los reajunenses presumían que, a los sumo en seis meses, se habrían aplastado las eventuales rebeliones y se habrían detenido a cuantos hubieran intrigado por sed de opresión o para preservar la plutocracia.

Nada más se hubo firmado el acuerdo bueno para ambas partes, los tres gigantes volvieron a su percia.

En los diarios, en programas de televisión y en los informativos de la radio, periodistas se apresuraron a narrar, con mayor o menor acierto, el movimiento inesperado de los seres del espacio. Se había leído y escuchado: «venganza extraterrestre», «recuperando la libertad», «neutralizada la intentona golpista»… Por miedo, los medios afines al expresidente de Estados Unidos, todavía privado de libertad, no publicaron editorial alguno con el objeto de socavar la autoridad moral de los alienígenas o de tratar de defenestrarlos. En cuestión de seis horas se evidenciaría que el que midieran sus palabras no tenía nada de desatinado. En el grupo de Facebook «Comité de bienvenida a los extraterrestres», uno de sus colaboradores publicó un vídeo grabado en una dependencia de la percia de Azrén. En este el político americano, los pudientes detrás del golpe de Estado, así como sus serviciales meretrices —los Navy SEALs implicados en la matanza de Filadelfía y los periodistas que habían intentado dignificar el levantamiento militar y justificar esa misma matanza — se disculpaban con los ciudadanos de la Tierra hilvanando unas excusas que sonaban falsas y, a renglón seguido, enumeraban las ventajas que habrían conseguido para sí mismos si la rebelión se hubiera consolidado. A la conclusión de las ventajas, Azrén, con aire de magistrado inconmovible, tomó la palabra para anunciar que los detenidos serían juzgados en Reajún por dos motivos. El primero: en la expedición reajunense consideraban a los jóvenes asesinados ciudadanos de su mundo y una obra suya. El segundo: esto serviría de escarmiento; algo muy conveniente, habida cuenta de que querían evitar que otros malvados cayeran en la tentación de asesinar a más consejeros por dinero. Se diría que los prisioneros estuvieran enterándose en esos momentos de qué les reservaba el futuro, pues los Navy SEALs empalidecieron en silencio, mientras que los periodistas, los millonarios caídos en desgracia y el presidente arrancado de su trono entraron en desesperación y prorrumpieron en sonoros lloros. La filmación acababa con un *travelling* lento y largo cuyas imágenes atestiguaban el hundimiento de los presos. Media hora más tarde se pondría otra filmación en el grupo de Facebook. Laura telefoneó a René Zagal para que la marcara como publicación destacada, categoría que debía mantener durante tres meses, conforme a la voluntad de Azrén. Él lo hizo mientras departía con la joven holandesa; en la conversación se mezclaron frases de amistad, de lamentación por las muertes en Filadelfia y otras para confirmarle a ella que la publicación estaría arriba del todo tres meses, de forma que los que entraran en el grupo la verían. En esa postrera filmación

el líder extraterrestre animaba a los militares de los numerosos países en que las plataformas ciudadanas habían vencido a engrosar las filas de un nuevo ejército, uno multinacional, cuya misión sería, inicialmente, prestar protección a los consejeros exiliados por precaución en Suiza, Australia y Costa Rica. Cuando este ejército creciera hasta devenir el mayor del planeta, los Consejos de sabios, en especial el Universal, le asignarían otras funciones: parar guerras, liberar esclavos, derrocar a dictadores… El comandante calculaba que la época de transición en que la observancia de las nuevas leyes por parte de los Ejércitos estatales no estaba garantizada se alargaría, como máximo, medio año, pero confiaba en que esa indispensable lealtad se lograra en dos meses. En este intervalo de tiempo de entre dos y seis meses habían de agonizar, hasta perecer, las expectativas sustentadas en el egoísmo de los privilegiados nostálgicos del *statu quo* pretérito. Entretanto, blindarían Costa Rica, Sídney y Berna, amén de con los soldados reajunenses y las fuerzas del orden locales, con reclutas que pasaran una prueba con la cual quedaría constatada su fidelidad al reciente régimen neodemocrático. Todo esto se explicitaba en la alocución, con miras a que los militares con corazón de mercenario no perdieran el tiempo ni lo hicieran perder a los examinadores.

Tracy escuchó la llamada a alistarse con la cara apoyada en el hombro de su marido, que estaba echando un vistazo a cómo los *likes* de la nueva publicación aumentaban vertiginosamente. Ella se sentó en sus rodillas, escribió un comentario sobre esa publicación: «Reajunenses, muchas gracias por auxiliarnos. Nunca lo olvidaremos». Se levantó, fue hasta la cuna, cogió a Rachel en brazos, se apoyó en la ventana. Contempló el horizonte y también la ciudad. Luego, con sus nigérrimos ojos grávidos de fe, fijó la mirada en la niña. Pareció querer decirle: «¡Qué mundo tan bueno vamos a dejarte!».

13

Londres, 1666, durante la plaga de peste bubónica

La ira se levantó temprano aquella mañana. Al poco de rayar el alba, los políticos de la Cámara de los Comunes se personaron en la Sala Capitular del palacio de Westminster para dirimir qué castigo se ajustaba a los agravios cometidos por Thomas Hobbes contra la sociedad inglesa y el Dios de todos. Pesaban sobre él acusaciones gravísimas a cuenta de sus frases más ofensivas: el cristianismo es pura invención humana, las personas no tienen alma, el poder del monarca es conveniente, pero en modo alguno procede de Dios… Un día antes, el controvertido escritor se apresuró a quemar legajos y borradores comprometedores en la chimenea de su casa debido a que un antiguo pupilo le había avisado de que esa asamblea de los Comunes convocada para presentar «el proyecto de ley contra el ateísmo y la profanación» no sería sino una reunión de políticos confabulados para destruir su imagen y fundamentar su encarcelamiento conforme a la nueva ley. Esta reacción, quemar sus ideas ofensivas, fue del todo estéril, dado que las pruebas de su culpabilidad estaban escritas y eran de domino público desde que se imprimiera la primera edición de *Leviathan* . En honor a la verdad, lo decisivo en este juicio encubierto a la ética del intelectual no consistía tanto en reunir más pruebas como en consensuar una interpretación inculpatoria de los aspectos más irreverentes de sus obras, en especial de *Leviathan* . Encuentro oportuno desvelar que, al menos aquella mañana hundida en el pasado, la Cámara de los Comunes no desempeñaba estrictamente sus funciones propias: representar a las clases sociales bajas de Inglaterra y velar por sus intereses. La Iglesia anglicana y la Universidad de Oxford iban a tener voz y voto en la asamblea por haber sobornado o persuadido de otros modos a varios de los comunes. El lector advertirá la paradoja: bastantes corrompidos se disponían a resolver si Thomas Hobbes era un corruptor de la sociedad.

El frío aliento del otoño londinense tocaba el palacio de Westminster mediante ráfagas de viento. La sesión estaba en su ecuador, la furia en ciernes, la objetividad y la imparcialidad agonizaban. Políticos de varias edades, de todos los temperamentos, que apreciaban o detestaban la indulgencia, prestaban atención a las reprobaciones, los argumentos y las

observaciones de cuantos colegas se hacían con el turno de la palabra. Previamente, se había convenido que habría una sola intervención por común en esta fase de la sesión y que en las intervenciones se realizaría una exposición sumaria y una valoración personal de los hechos, con el objeto de constatar o desmentir los delitos de Thomas Hobbes.

—Con la excusa de criticar las cuestionables bulas de la Iglesia de los Estados Pontificios, el señor Thomas Hobbes ha aprovechado para infamar a Jesucristo y burlarse de las creencias de los súbditos ingleses, que son retratados como idiotas por el mero hecho de arrodillarse a rezar. A lo largo de su carrera como filósofo ha escrito escarnios indisculpables hacia los cristianos. —Abrió una libreta por una página marcada con una cinta; su vista se movió hacia unos párrafos—. Escuchen algunos: «El temor a las cosas invisibles es la semilla natural de lo que cada uno llama religión». «Los que aprueban una opinión la llaman opinión, pero los que la desaprueban la llaman herejía». «Los paganos tenían saturnalias y nosotros carnavales». «Al miedo de un poder invisible, fingido por la mente o imaginado a partir de historias aceptadas por el público, lo llamamos religión; si no han sido aceptadas, superstición». Y «Los impostores —o sea, nosotros, el clero y el rey— no necesitan estudiar mucho las causas naturales, sino que les basta con servirse de la común ignorancia, estupidez y superstición de la humanidad».

—Yo pienso igual: este rufián altanero ha infamado y se ha burlado. Esgrime no haber contravenido las convenciones ni haber erosionado el credo del Concilio de Nicea. ¡Mentira! ¿Acaso su turbio razonar no refuerza el arrianismo? Jesucristo fue hombre e hijo de Dios a la vez, pero si los seres humanos estuviéramos desprovistos de alma, como él sugiere, habría sido un simple mortal crucificado. Sus disquisiciones están entreveradas de blasfemias hirientes. Y ese es el origen de la terrible plaga de peste negra, tal como cree el pueblo. Dios se ha hartado de sus ofensas: nos atormentará hasta que le paremos los pies. Ya ha fallecido uno de cada cinco ingleses. ¿Cuánto tiempo consentiremos la irrespetuosidad de Hobbes? Ella ha originado la hecatombe.

—Estoy con usted. Hemos de actuar de forma urgente, o el populacho nos meterá en el mismo saco e irá a por nosotros. Me da igual si Hobbes es realmente el responsable de la peste o la acusación proviene de la superstición y la casualidad. Sea como fuere, se ha ganado que lo disciplinen por su irreverencia innecesaria, y sin arrepentimiento, debo añadir.

—Ya, bueno. Hobbes jamás ha escrito un ataque puro y duro contra Dios o los cristianos. Algunos de ustedes lo deducen a partir de una lógica

refutable. Yo digo que nos ciñamos a lo irrefutable y evitemos las inferencias personales, subjetivas. De lo contrario, no veremos a este carcamal pudrirse en una mazmorra.

—Esta es otra. Su longevidad contrasta con las miles de muertes de niños y mozos. Parece un truco del mismísimo Satanás.

—Hace solo dos años que se concedió a los judíos la libertad de culto en Inglaterra. Y ahora padecemos la peste. ¿Dios nos martiriza por no haber disciplinado a Hobbes o por acoger afablemente a los descendientes de quienes propiciaron y celebraron la crucifixión de Jesucristo? Los ingleses de a pie centraron sus sospechas en ellos antes de que los políticos pusiéramos al autor de *Leviathan* en el centro de la polémica.

—La libertad de culto a los judíos… Usted alude a una decisión de la monarquía. Es probable que Hobbes sea el culpable de la peste, además, ¡nos conviene pensarlo! Consultemos a la prudencia antes de señalar a los responsables.

—Sí, sí. Estoy de acuerdo. Al hilo de esto, estamos pasando por alto una cuestión sustancial. Él plantea que un individuo tiene derecho a retirar su lealtad al rey cuando le fallara. ¿No vamos a considerar eso una declaración de ateísmo? Si es lícito que la fidelidad decaiga en tales decepciones, los reyes no son instrumentos de Dios, *ergo* Dios no existe.

—¡Gran argumento!

—Thomas Hobbes denigra al ser humano. Según su creencia, la sociedad inglesa y el Estado tal como los conocemos son fruto de un gran pacto. Hasta aquí no hay nada ultrajante. No obstante, va más allá. Sin este pacto, y cito: «sería la guerra de todos contra todos», ya que «el hombre es un lobo para el hombre» y «su estado natural es dejarse llevar». Llegados a este punto, ya no precisamos utilizar sutilezas ni inferencias arriesgadas como arma arrojadiza, pues él está afirmando sin ambages que el ser humano está hecho de maldad y necesita las leyes para evitar caer en una barbarie sempiterna. Yo no puedo por menos que reflexionar sobre lo siguiente: Dios creó al hombre, por consiguiente, con la lógica de Hobbes, Él sería la génesis de la maldad. Nos basta esta afrenta para privarle de libertad, confiscar sus libros y prender una gran hoguera con estos a guisa de ofrenda al Altísimo. No es tarde para ganarse su perdón. Despojémonos de la indecisión y la lenidad, caballeros. Apremia encontrar una sentencia ajustada a tamaña ofensa. ¡Digamos basta ya! No deben persistir en nuestra Cámara los procederes negligentes y excesivamente tolerantes que han permitido a este hereje reírse del Señor y de los hombres anhelosos de franquear el portal del reino de los cielos.

—Hobbes está hecho de maldad. Y, de resultas de ello, la ve en los

demás. Confunde a la sociedad inglesa con su reflejo en los espejos.

Asentimientos de cabeza, gestos de convencimiento, las murmuraciones que preceden a un veredicto compartido. Se acababa de alcanzar un *quorum* en cuanto al desenlace: Thomas Hobbes sería el chivo expiatorio con el cual se mitigarían la angustia y el hartazgo derivados de la epidemia de peste, a menos que la Casa Real intercediera.

Cientos de hogueras esplendían en la tarde de aquel Londres que languidecía por la peste bubónica, la histeria y la ignorancia. Los vecinos tiraban a los fuegos los enseres personales de quienes acababan de finar por la epidemia. Pero, a veces, el temor a acercarse a cuanto perteneció a estos era tal que se hacían arder casas enteras arrojando a su interior brea y una rama encendida. De tanto en tanto, el incendio crecía más de lo esperado y se propagaba a hogares contiguos, añadiendo más motivos de lamento a la peste. Si uno explayara la vista desde un punto elevado, como por ejemplo un campanario, habría divisado varios de aquellos dos tipos de fuegos más un tercero, este último relacionado con Thomas Hobbes. Al calor de la oratoria inquisitorial pronunciada en la Sala Capitular, que había trascendido por filtraciones interesadas, en los londinenses se estaba avivando la sospecha de que el pensador de Westport había provocado al Creador con sus libros, a saber, con su particular racionalidad, con la cual pretendía descarriar a los fieles. Y ellos querían hacer patente a Dios que todos no eran iguales en mirar respetos, que no eran como Hobbes: no rechazaban su amor ni abjuraban del cristianismo, ni su fe había mermado. Y eso se consiguió —al menos grupos de exaltados lo concibieron así— rebuscando sus volúmenes en los estantes de librerías y bibliotecas, y amontonándolos en piras. Nueve hogueras hechas de páginas y de pensamientos ardían en las vías públicas de la urbe inglesa. Las llamas de la séptima bailaban frente a la residencia del intelectual en la picota. Él no la estaba mirando. Antes de que esta se prendiera había dirigido sus pasos hacia la mansión de un médico de renombre, James Spencer, a causa de un ruego —su asistenta, conocedora de su gran humanidad y generosidad, le había implorado socorro para la hija enferma de una amiga—. Transcurridos unos momentos desde que el escritor se hubiera explayado en las pertinentes explicaciones a James Spencer, los dos iban en un elegante carruaje hacia una casucha de un suburbio mísero, oscuro cual cueva alargada.

Media hora más tarde, el doctor de porte burgués abriría su maletín junto a la almohada de esa niña enferma de once años y se aplicaría en examinarla; en absoluto le importaba atender a una paciente pobre. Thomas

Hobbes había elegido bien.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el médico.

—Jennifer Crouch.

—¿Dónde te duele?

—En la cabeza y en la tripa, señor —respondió, apática; su natural gesto amable se había alterado por el mareo.

La señora Crouch avanzó hacia el camastro, con el padecimiento de las madres amorosas con hijos en un trance.

—Tiene mucha fiebre, doctor.

James Spencer hundió un poco los dedos por las zonas de los intestinos y el estómago al tiempo que miraba la pálida carita de Jennifer como dando mayor valor a sus muecas de dolor que a sus lacónicas respuestas. Entretanto, la madre acongojada se prosternó con un movimiento rápido ante Thomas Hobbes y le demostró su agradecimiento con sus palabras junto con la fuerza emocional que estas transmitían:

—Gracias, vuestra merced. Mil gracias. Le devolveré el dinero tan pronto como pueda. Hoy no estaba a mi alcance satisfacer los honorarios de un médico, y menos de uno como él, uno de verdad. La peste se llevó a mi marido hace cuatro meses, por lo cual andamos escasas de todo. Solo le pido a Dios que me dé la oportunidad de corresponderle, de hacerle un gran favor en el futuro.

—Es muy considerada, señora Crouch.

—Estoy enterada de que ha pagado el médico a otras familias del vecindario. No conozco a mejor persona. Dios le recompensará por apiadarse de los pobres.

—Me habría gustado tener hijos. Sin embargo, por varias circunstancias, no he sido padre, así que retribuyo con mucho gusto al doctor Spencer para que les asista en las urgencias graves.

La viuda besó el dorso de las manos del filósofo, se encaminó al lecho, abrazó a la niña de forma posesiva, como si quisiera hacer notorio a la muerte que no se la arrebataría. Levantó la vista y encontró la faz del doctor. En el acto, este le comunicó:

—Una niña fuerte. Sobrevivirá a la enfermedad… si mis ojos y mi experiencia no me engañan.

—¡Alabada sea María Santísima!

—Dele a beber este líquido por la mañana y por la noche durante ocho días. La medida: una cuarta parte de este vaso. Mañana a media tarde volveré para hacer el seguimiento.

La viuda unió las manos como en sus orares y ladeó la cabeza. No le salían las palabras, pero sus ojos expresaban su gratitud y hasta cierto punto

traslucían su resurgido sosiego.

Los dos hombres notables ya podían irse del hogar triste.

Cerca de las nueve, el cochero tiró de las riendas en la cancela de la mansión del doctor James Spencer. Este y Thomas Hobbes se apearon al unísono. Habían cultivado su amistad desde hacía dos décadas y tenían muchas cosas en común, como las opiniones, la modestia enraizada en la racionalidad y la afición por los mismos clubs sociales y tabernas de artistas, lo cual los había hecho más íntimos, si cabe. No estuvo fuera de lugar, pues, que Spencer mirara al escritor sin disimular su preocupación y le manifestara:

—Yo de ti habría puesto tierra de por medio hace semanas. La campiña inglesa está mucho más distante del odio hacia ti que la casa de tu hermana. ¿Cómo no temes que te linche una panda de analfabetos que confunden las mentiras de los lores, los comunes y el clero con los designios de Dios? No veo ninguna heroicidad en tu testarudez. Sinceramente, tu comportamiento delata que te has cansado de vivir o que te da igual todo.

Al intelectual no le hacía falta meditar la réplica, así que contestó al instante con una voz que, extrañamente, sonaba a taciturnidad.

—Es lo segundo.

—¿Sí? ¿No me digas? Y entonces, ¿a qué vino quemar tu prosa inédita? Cientos de horas de labor desperdiciadas.

—El miedo es un intruso muy capaz de introducirse y quedarse en mi ser siempre que lo desea. ¿Está mal que obre con dignidad cuando se ausenta? —razonó con una voz calmada, fuerte y sabia más típica de él—. Perdóname por tener a ratos esa mezcla de valentía y de soberbia de los perseguidos que renuncian a seguir corriendo. Debe de ser enervante para ti.

—Tu inclinación al suicidio me turba. Lo juro, Thomas. No entiendo tu comportamiento en lo relativo a tu seguridad personal, y nada encuentro en tus intenciones que sirva para tranquilizarme.

El anciano pensador bajó la vista como un niño consciente de que están riñéndole con razón, se encogió de hombros, situó otra vez su mirada en su amigo y le preguntó:

—Y bien, ¿hasta cuándo sufriremos la peste?

—¡Qué sé yo! No cambies de tema, majadero. Refúgiate en mi mansión sin que nadie lo advierta. Vive aquí un par de meses. ¡Solo un par de meses! Hazlo por cautela elemental. La vida clandestina te sentará bien.

—Como te he revelado, hay dos Thomas en uno: el asustado y el atrevido. Ahora estás hablando con el segundo. ¡Mala suerte! Al primero le placería seguro escribir en tu jardín trasero, sabiendo que entre sus fresnos estaría a

salvo de la violencia de los fanáticos.

—Piénsatelo dos veces antes de decir no. Los comunes te han echado encima a extremistas infectados de rencor. Encima, se han arrogado funciones de tribunal. ¡Qué desvergüenza! ¡Han caído muy bajo!

Ambos callaron súbitamente al aparecer a su lado un carromato con un cochero y un sacerdote en el pescante, cargado de cadáveres de pies y manos ennegrecidos —muertos por la peste en su traslado a una fosa colectiva fuera de la ciudad—. Esa tétrica visión para James Spencer constituía una evidencia de que estaban a merced de la impiedosa naturaleza, cuyos secretos no se lograban penetrar. A Hobbes, desde hacía semanas, aquellos carros funerarios le parecían celdas con la puerta abierta viniendo hacia él. De ahí que el gesto del médico fuera de frustración y el del intelectual de resignación.

Se produjo una despedida educada y cariñosa, larga y franca, que reflejaba mutuo afecto.

Thomas Hobbes anduvo por detrás del carromato pleno de apestosos cadáveres, dado que el carruajero había tomado una ruta que pasaba por su vivienda. La diferencia de velocidad entre él y el vehículo tirado por dos rocines alazanes ocasionó que los muertos salieran de su campo visual, entonces divisó el temblor amarillo de una hoguera y oyó el rumor de voces enfadadísimas de una nutrida congregación en torno a ella. El escritor enseguida se percató de que aquellos individuos que gritaban, así como las altas llamas, estaban alarmantemente cerca de la casa de su hermana, su hogar. De manera inevitable, el Hobbes miedoso no tardaría en imponerse al intrépido. Apretó el paso a despecho de su vejez, agachó la cabeza y se arrimó a una valla paralela a la ancha calle, todo ello en un intento de no ser reconocido y de gozar de cobijo en el domicilio cuanto antes. Sus precauciones resultaron baldías, pues le reconocieron varios de aquellos furibundos energúmenos, que no eran sino extremistas y necios a los que los charlatanes del Parlamento inglés habían encendido sus ánimos. ¡Cómo no iban a reconocerlo! Habían venido expresamente para zaherirlo, por lo que estaban aguardando su llegada con actitud avizora y con sus peores sentimientos. Los abucheos de la jauría se transformaron en una sucesión de insultos curiosamente bien ordenada: de menos a más graves, sin superposición; de la oscuridad surgieron bolas de fango que impactaron contra la vieja humanidad de Hobbes y trajeron sufrimiento y sorpresa a sus ojos castaños, tan apagados como la madera de los alféizares de un caserón largamente deshabitado. Este ganó la casa oyendo los latidos de su corazón, que le parecieron quejas de su sentido común. Cerró el batiente deprisa. Delante de sí, bajo la luz de dos velas, se silueteaban parcialmente

los dos hijos y los cuatro nietos de su difunta hermana; tenían aspecto de espectros por esa pobre luz que borraba sus pies a la par que sus emociones, pero al dar tres pasos hacia estos los vio con más nitidez y tuvo la clara percepción de que todos estaban tan nerviosos como él. En la calle, entre la promiscuidad compuesta por detractores desenfrenados de voces chillonas, ardían catorce ejemplares de *Leviathan,* dos de *Of Liberty and Necessity: a Treatise* y uno de *De Cive* con el fin de aplacar la pretendida indignación de Dios. Hobbes encontró comprensión, solidaridad, amor y aliento en sus familiares, aun así, se sentía fatal. Hasta las once y media, sus dos sobrinos se turnaron para otear, desde la tronera de la cocina y con cierta asiduidad, el anillo de cólera alrededor de la fogata. Después, furtivamente y de tanto en tanto, lo hicieron los hijos de estos. En cuanto dieron las campanadas de las doce, los seis subieron a sus dormitorios; los menores aún con cierta excitación y los adultos pensando y asumiendo que, de intentar la turba un allanamiento, no tendrían modo de pararla ni de hacerla desistir de sus otros empeños: agredir e insultar a la cara a Thomas. Algo después, en el cuarto de Fiona, la más pequeña de los nietos de su hermana, como era costumbre en la casa, el filósofo contaba un cuento a esta niña vivaracha de ocho años al paso que ella fingía que se dormía. En realidad, procuraba mantenerse despierta para escuchar enteros los entretenidos relatos fantásticos, que siempre le encantaban. Tras la última frase de la narración, Fiona se quejó de que esa noche había dejado el cuento inacabado. A su queja, él repuso:

—Cada uno se imagina el final. En la vida real de vez en cuando tampoco sabemos lo que nos ocurrirá.

El anciano extendió la manta medio caída en las baldosas sobre el cuerpecito de su sobrina nieta, la besó entre las cejas, pasó el índice y el pulgar por sus párpados, bajándolos. La miró con sumo cariño mientras ella se ponía de lado en el colchón de lana y la luna la cubría con su débil resplandor.

14

Italia, a su debido tiempo

Las siete percias se juntaron en las alturas; debajo relucía Roma. Se ordenaron en una formación triangular —una a la cabeza, dos en medio y cuatro en el final de esta— y ascendieron para atravesar la atmósfera y viajar hasta Reajún por secretos atajos.

En San Francisco el matrimonio Zagal estaba presenciando en la televisión la partida de las naves. Tracy se movió sobre el sofá, cogió una mano de René, recostó la cara en su hombro y musitó que la bondad había triunfado sobre el mal gracias a los extraterrestres. Mientras él notaba la respiración de su esposa en el cuello, le vino a la mente lo más curioso que Laura le había contado sobre Levia: su deseo de quedarse en la Tierra para siempre. Se la imaginó mirando con tristeza desde la percia el hogar que dejaba. Se equivocaba, pues la hija de Azrén y once jóvenes más habían abandonado la expedición. Ellos no estaban dispuestos a desperdiciar su juventud pasando treinta y dos años y doscientos doce días en las percias —veían esto como una injusta pena de prisión—, así que decidieron asentarse en Nueva Zelanda a pesar de los ruegos de los otros reajunenses. En ese momento, desde un lugar cercano al monte Cook, tenían la vista fija en el cielo y con enorme pena pensaban en sus familiares.

FIN

COMENTARIOS DEL AUTOR

Un cordial saludo, estimado lector. Existe un hilo conductor entre mi primera novela, *El caso de los escritores de novela negra asesinados,* y las otras dos, *Mosad —operación Medea —* y *Comité de bienvenida a los extraterrestres* . En *El caso de los escritores de novela negra asesinados* se denuncia que muchas desgracias en el mundo podrían solucionarse con la solidaridad. En la segunda, *Mosad —operación Medea —*, se refleja que si hubiera justicia no haría falta la solidaridad; además, en ella se afirma que la justicia es preferible a la solidaridad. En la última novela, *Comité de bienvenida a los extraterrestres* , se ofrece una fórmula para superar casi todas las injusticias que hacen infelices a los seres humanos. Es por ello que, en cierto modo, considero que mi segunda y mi tercera novela son continuaciones de *El caso de los escritores de novela negra asesinados.*

En cuanto al precio tan barato de mis novelas, debo decir que recibí varias ofertas de editoriales para publicar mis obras y que, de haber aceptado alguna de estas, el precio de venta de cada *ebook* sería de unos seis euros. Habida cuenta de que yo me hubiera llevado solo un diez por ciento, me decanté por eliminar los intermediarios y venderlas a un precio muy asequible para los lectores. Si les ha gustado *El caso de los escritores de novela negra asesinados* , por favor, recomiéndenla a sus amigos y escriban un comentario positivo.

Atentamente,

Xavier la Vansa

CENE CON UNO DE LOS PERSONAJES

¿Le ha gustado la novela *El caso de los escritores de novela negra asesinados, Mosad —operación Medea—* o *Comité de bienvenida a los extraterrestres* , y le gustaría cenar con uno de los personajes de la Vansa: el detective Marc Lancaster, su clienta Anika Doric, el sacerdote Paulo Guimaraes, el periodista René Zagal, la espía María, Levia...? Envíe un mensaje al *email* lavansaescritor@hotmail.com indicando su valoración en Amazon o en Google Play de *El caso de los escritores de novela negra asesinados* , su ciudad de residencia y a cuál de los personajes le gustaría conocer —no ponga datos personales en el *email* : dirección, teléfono, etcétera—. Se celebrará un sorteo el 1 de abril de 2022. El 23 de abril de 2022, al ganador se le pagará una cena con su personaje favorito, que será interpretado por un actor o una actriz de calidad.

El resultado del sorteo será publicado en la página de Facebook de La Vansa: https://www.facebook.com/Novela-negra-El-caso-de-los-escritores-de-novela-negra-asesinados-1751937628411360/?ref=bookmarksel 2 de abril de 2022.

Es posible que se filme al lector ganador y al personaje durante la cena. Está filmación aparecería en internet: página de la Vansa, etcétera.

Si usted es un gran fan de la Vansa que anhela conocer a su personaje favorito y está dispuesto a correr con los gastos, la cuenta de la cena más los honorarios del actor o de la actriz —no serán muy altos—, también puede escribir al mismo *email* para solicitar un encuentro con él o ella. En el supuesto de que las peticiones no fueran demasiado numerosas, se organizarían estas cenas entre lectores y personajes.

Edición limitada, diez ejemplares firmados por el autor

En el futuro se hará una edición limitada de *El caso de los escritores de novela negra asesinados* : diez ejemplares en papel con la firma del autor. Quienes estén interesados en optar a su adquisición deberán escribir al *email* lavansaescritor@hotmail.com y enviar el mensaje «Edición Limitada» —no pongan datos personales en el *email* : dirección, teléfono, etcétera—.

---

1 El cierre de comillas (») significa que el mismo personaje sigue hablando tras un punto y aparte. Estas comillas son conocidas como comillas de seguir. 2 Niño o niña que sube a la cima de los castillos humanos (folclore catalán). 3 El cierre de comillas (») significa que el mismo personaje sigue hablando tras un punto y aparte. Estas comillas son conocidas como comillas de seguir. 4 El cierre de comillas (») significa que el mismo personaje sigue hablando tras un punto y aparte. Estas comillas son conocidas como comillas de seguir. 5 El cierre de comillas (») significa que el mismo personaje sigue hablando tras un punto y aparte. Estas comillas son conocidas como comillas de seguir. 6 El cierre de comillas (») significa que el mismo personaje sigue hablando tras un punto y aparte. Estas comillas son conocidas como comillas de seguir.